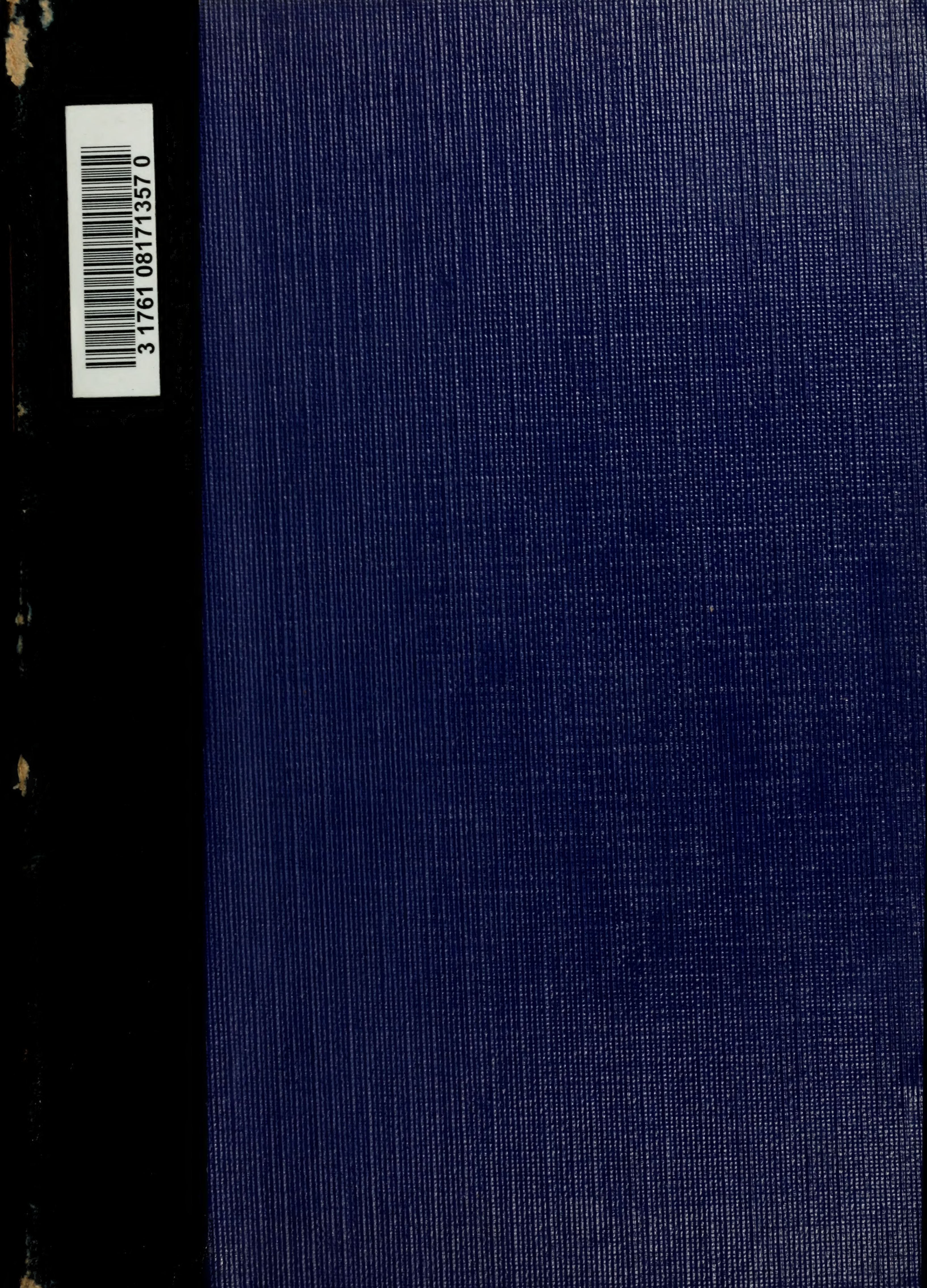
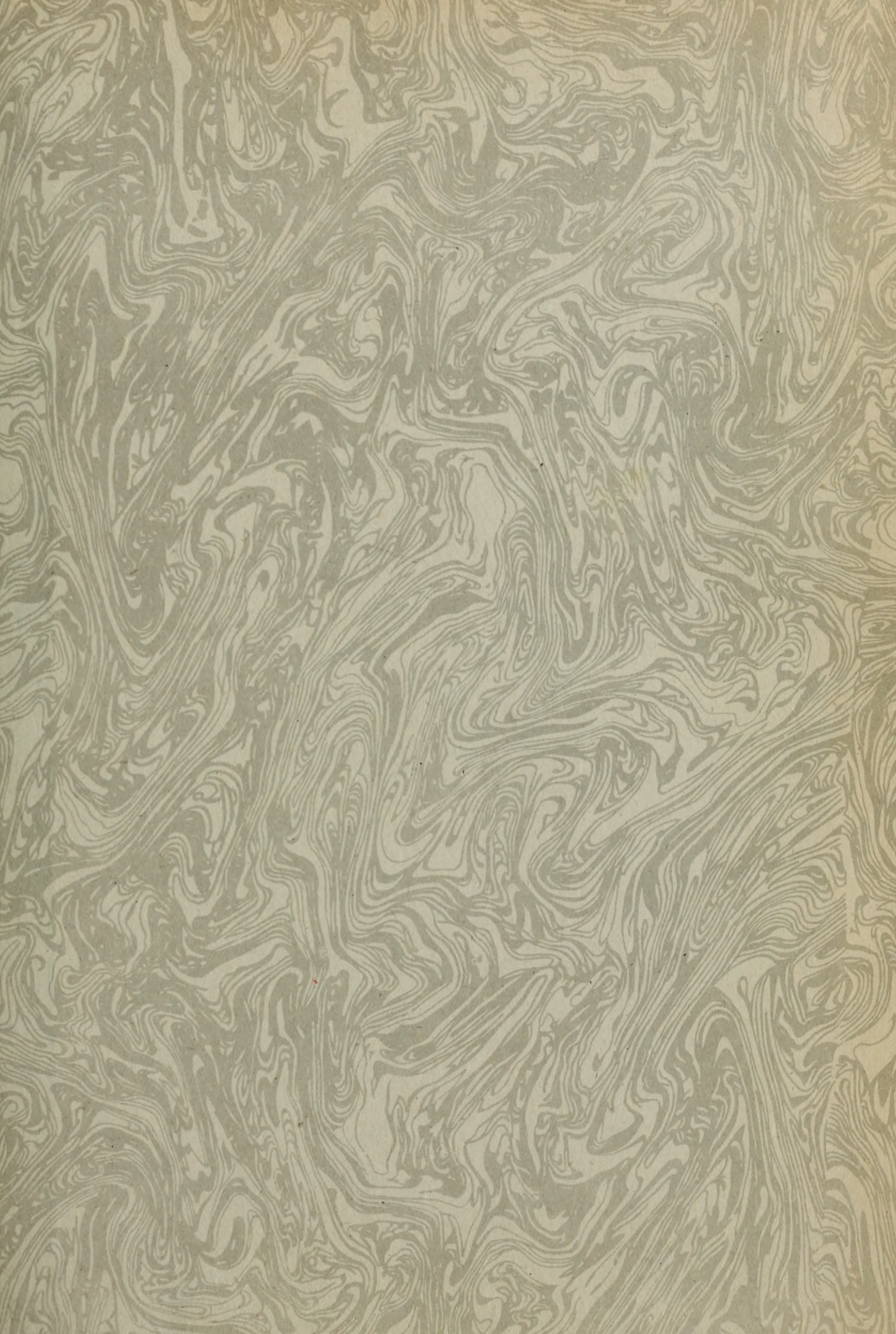

3 1761 08171357 0





CUBA ESPAÑOLA

CUBA ESPAÑOLA

Reseña histórica de la insurrección cubana

en 1895

POR

Emilio Revertér Delmas

ILUSTRADA POR FRANCISCO PONS

WEYLER

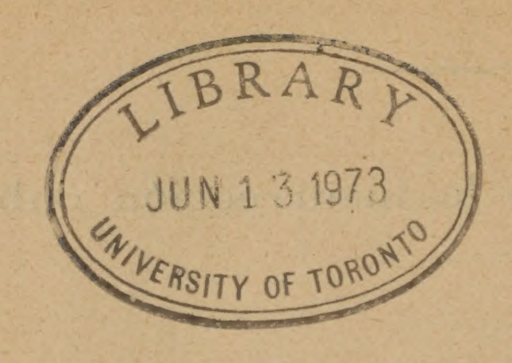


BARCELONA

CENTRO EDITORIAL DE ALBERTO MARTIN

Ronda de San Antonio, núm. 64

1897



Establecimiento tipográfico de Vives y Susany, calle de Muntaner, núm. 36



WEYLER

CAPITULO PRIMERO

El general Weyler en la Habana. —Nuestras esperan zas.—El pueblo á esperar al general. —Las calles y los muelles.—Arcos de triunfo.—¡Viva España!—Los chupinazos.—Gran entusiasmo.—Las comisiones oficiales.—El *Alfonso XII* en bahía.—La falúa de las autoridades.—El general.—Accidente imprevisto.—Ovación calurosa.—Weyler en tierra cubana.—Entrada en la Habana.—La comitiva.—Las fuerzas de la carrera.—Demostraciones de simpatía.—Un detalle.—En la plaza de Armas.—En el Palacio de la Capitanía.—Recepción brillantísima.—La jura del cargo.—Discurso del general.—Saludo á los voluntarios.—Alocución a pueblo de Cuba.—Visita de los corresponsales.—Manifestaciones del general.—Sus propósitos.—La acción militar y la política hermanadas.

LLEGÓ á la Habana el general Weyler. Con exacto conocimiento, por la práctica adquirida en la anterior campaña, de las condiciones de la guerra en la gran Antilla, y aleccionado además por toda clase de datos respecto del estado de la actual

insurrección, de los elementos con que contaba y de la importancia que había adquirido, llevó el nuevo general en jefe á la isla todas las ventajas que estas circunstancias le proporcionaban, para poner en práctica inmediatamente su plan y sus propósitos.

El numeroso ejército que allí teníamos acababa de ser reforzado con nuevos escuadrones de caballería, y lo sería en breve en mayor escala con las fuerzas de infantería y artillería que habían de salir de la Península por todo el mes de Febrero.

Con tan valiosos elementos no cabía la menor duda de que se podría atender á todas partes, sobre todo si se reconcentraban y utilizaban racionalmente las fuerzas, acumulando por de pronto contingentes respetables y recursos en abundancia en las provincias de Pinar del Río y de la Habana, de donde es ocioso decir que urgía rechazar á todo trance la invasión de los rebeldes, para continuar después la campaña con mayor desahogo en los departamentos central y oriental.

Y urgía tanto más conseguirlo, porque la ventaja efectiva, indiscutible, evidente, que se alcanzaría obligando á Máximo Gómez y á Maceo á salir de aquellas dos provincias occidentales, redoblaría nuestras energías y facilitaría los futuros empeños, afirmando en el extranjero la confianza en el éxito de nuestra causa.

Había que aguardar, pues, confiadamente, en que los hechos respondieran á las esperanzas del país, que tantos sacrificios estaba haciendo para dominar la rebelión separatista.

. . . .

Grande entusiasmo despertó en el vecindario de la Habana la llegada del nuevo gobernador general de Cuba.

Desde las primeras horas de la mañana del día 10 de Febrero un numeroso gentío de todas las clases sociales comenzó á pulular por las calles de la Habana y á invadir los muelles y sitios más próximos, en espera de la entrada en bahía del vapor *Alfonso XIII*, que conducía al nuevo capitán general y generales que le acompañaban.

Los edificios públicos y muchos particulares estaban vistosamente engalanados, y habíase levantado, entre otros, un magnífico arco de triunfo, frente al Templete, á través de cuyo ramaje se leían estas inscripciones:

«¡VIVA ESPAÑA!»

«*Los vecinos del barrio del Templete al general Weyler*».

*
* *

A las siete y cuarenta y tres minutos oyóse el estampido de los *chupinazos* disparados desde la azotea del «Centro Asturiano», anunciando que el trasatlántico que llevaba á bordo al nuevo capitán general de la isla, se hallaba á la vista de la ciudad.

Desde el momento en que se divisó á pocas millas de la entrada del puerto al *Alfonso XIII*, pobláronse los muelles de una multitud compacta y alborozada, é inmediatamente se hicieron á la mar varias embarcaciones llevando numerosas y distinguidas comisiones de la Lonja, del Casino, de la Cámara de Comercio, del Centro Asturiano, de otras varias sociedades y de los partidos políticos de Cuba, en busca del trasatlántico.

Entre otros muchos, descollaban por su vistosidad un remolcador y dos vapores de la bahía, que flotaban lujosamente adornados y en los que veíanse grandes lemas alusivos.

Todas las comisiones y distinguidas personalidades iban dominadas por visible entusiasmo á recibir al nuevo general en jefe.

A las nueve y media en punto entraba en aguas de la bahía de la Habana el vapor correo de España.

Los primeros en llegar junto al trasatlántico y subir á su bordo á saludar y dar la bienvenida al general Weyler, fueron el capitán ge-

neral interino, general Marín, los generales Pando y Suárez Valdés y el alcalde de la Habana, que ocupaban una falúa del muelle de Caballería.

El general iba de pié en el puente del trasatlántico, desde el cual contestaba á los saludos de la multitud que, entusiasmada, le aclamaba con estruendosos vítores y manifestaciones de regocijo.

Al propio tiempo atronaban el espacio continuadas explosiones de una profusión inmensa de petardos y cohetes.



CASERIO DE VEREDA NUEVA

En medio de aquel ensordecedor ruído y del entusiasmo y júbilo que rebosaba de todos los pechos, un imprevisto accidente ocurrido al vapor-correo *Guadano* estuvo en poco de turbar la alegría y regocijo públicos.

Frente á Casa Blanca zozobró de popa dicho vapor, que conducía tropas á la capital, las cuales corrieron gravísimo riesgo de perder la vida. Fueron salvados todos, gracias al arrojo y pericia de los marineros que tripulaban la lancha de la Capitanía del puerto y que se precipitaron en socorro y auxilio de los náufragos.

Los valientes marineros fueron con tal motivo muy felicitados y

recibieron una expontánea y calurosa ovación de la multitud que desde los muelles y embarcaciones presenció el suceso.

***

Al pisar tierra cubana el general Weyler, las tropas hiciéronle los honores de ordenanza y la plaza le saludó con las salvas correspondientes á su alta gerarquía militar y elevada representación oficial.

El general saluda al pueblo de la Habana, conglomerado en los muelles y allí congregado para recibirle, y aquella compacta multitud aplaude y aclama con entusiasmo al ilustre caudillo del ejército de la patria.

No quiso ocupar el general Weyler el carruaje que le esperaba y que le estaba destinado, y á pié, llevando á su derecha al gobernador general interino de la isla, general Marín, y á su izquierda al alcalde de la Habana, emprendió la marcha, precedido de una compañía de guías, entre los vítores y aclamaciones de la multitud.

Cubrían la carrera desde el muelle hasta el palacio de la Capitanía general fuerzas de voluntarios, de bomberos y del ejército, y mandaba la línea el general Suárez Valdés, quien se hizo cargo del mando de las fuerzas en formación al saltar de la falúa.

Con dificultad podía moverse la comitiva, á causa de la inmensa muchedumbre que se agolpaba en las calles del tránsito, deseosa de ver y saludar al nuevo capitán general, á quién sin cesar dirigía entusiastas aclamaciones, mezcladas con nutridísimos vivas á España y á Cuba española.

La comitiva se dirigió por las calles de Chacón, de O'Reilly y de los Oficios á la Capitanía general, siendo aclamada á su paso por la muchedumbre.

El pueblo cubano hizo al general Weyler grandes demostraciones

de simpatía, significándole las esperanzas que tenía en su mando para el feliz éxito de la campaña contra los enemigos del orden y de la soberanía de España.

***

En el tránsito de la comitiva desde el muelle al palacio de la Capitanía hubo un curioso detalle.

Un muchacho del pueblo se acercó al general Weyler, llevando una preciosa corona de laurel y flores, que puso en manos del ilustre caudillo. Este la tomó con visibles muestras de agradecimiento y pagó el homenaje de obsequio dando un cariñoso beso al chiquitín.

A las once entraba el general en la plaza de Armas donde se levanta el palacio de la Capitanía general, y apenas penetrara en el amplio portal y desaparecía de los ojos de la multitud, que en aquella se había reunido, óyese un clamoreo general de la muchedumbre que pide con insistencia que salga al balcón.

Pronto aparece Weyler, atendiendo á los deseos del pueblo, en el balcón principal del edificio, y de nuevo es aplaudido y aclamado durante largo rato.

Inmediatamente y sin perder minuto jura el cargo de gobernador general y general en jefe del ejército de Cuba y se efectúa la recepción de rúbrica, que fué brillantísima.

Al recibir á la Junta de autoridades y Diputación provincial hizo las siguientes declaraciones:

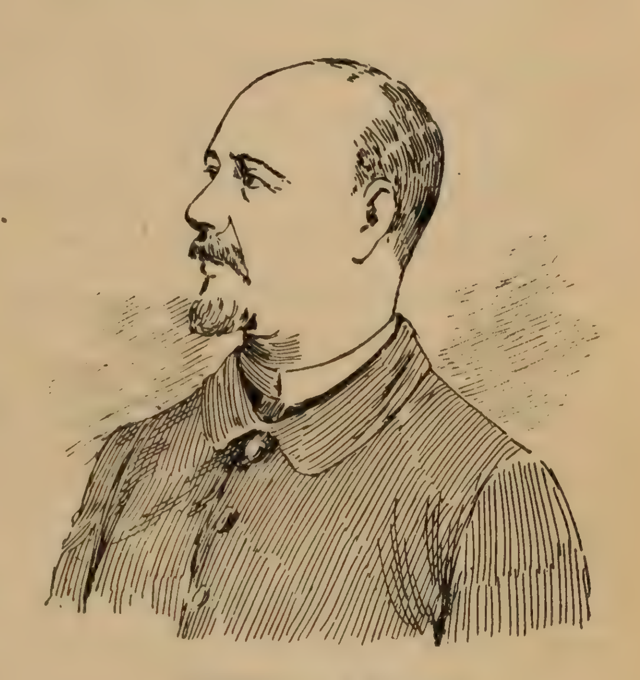
«En nombre de S. M. la reina Regente y de su augusto hijo el rey Don Alfonso XIII, acabo de tomar posesión del mando superior de la isla.

»Vengo animado de los propósitos generosos de la hidalga y noble nación que aquí me envía. Seré tolerante, siempre que la toleran-

cia sea compatible con mis deberes. Vengo á mantener incólume el alto nombre de la pátria y á poner término á la guerra que devasta los campos y asola las ciudades de esta hermosa isla.

Tanto los peninsulares aqui residentes como los insulares deben mostrar sin tregua y sin descanso, sin desmayos ni vacilaciones su amor profundo á España, sacrificándose por ella.

Ya sé que todos, así los unos como los otros, vienen dando pruebas inequívocas é incesantes de su patriotismo y dispuestos están á continuarlos hasta llegar al sacrificio, y con orgullo y gratitud recuerdo, como español, la lealtad con que en la guerra pasada los hijos de Cuba formaron columnas que prestaron grandes servicios á España.



GENERAL AROLAS

Yo espero que estos servicios serán hoy tan generosos y tan importantes como lo fueron en aquella lucha pasada.

Mientras dure la guerra no admitiré discusión alguna de política. Condeno toda política que no sea la política española, y no admitiré á mi lado camarilla alguna.

Para mi sólo existen en Cuba españoles y separatistas.

Mi misión en este punto será la de deslindar los campos haciendo separación perfecta entre los que aman á España y los que luchan contra la madre patria.

Acogeré con benevolencia toda queja justa que me sea dirigida, é informaré mis actos en la más estricta justicia.»

Impresión muy favorable produjo en su auditorio el discurso del general.

***

Recibió luego en Corporación á los jefes y oficiales, á quienes dirigió un cariñoso saludo y prodigó frases de elogio por su valor y honroso comportamiento en los campos de batalla, en defensa del honor y de la soberanía de España.

Después, en el salón de actos, dirigió la palabra á los coroneles de voluntarios en la siguiente forma:

«Sé cuánto valeis, y espero mucho del apoyo de vuestros batallones unidos.

Sólo somos españoles. Quédese á un lado la política hasta acabar la guerra. Dediquémonos todos sólo á un cuidado; al de salvar la patria.

En cuanto á los cubanos, los que quieran estar al lado nuestro serán nuestros hermanos, serán españoles; lo mismo los blancos que los negros.

De negros estaba formada toda mi escolta en la pasada guerra, y aquellos negros se portaron admirablemente. Son pues tan amantes de España como los blancos, y por eso entre unos y otros, no habrá para mí diferencias. Habrá sólo las diferencias que su conducta haya de establecer.

Responderé á la guerra con la guerra.

A los rebeldes que depongan las armas los perdonaré.

Y deseo consignarlo así, para que nada se haga en contrario; porque así lo exige el buen nombre de España.»

Estas manifestaciones del nuevo gobernador general produjeron excelente impresión.

Dirigió, después, frases halagüeñas á los empleados civiles y á la Marina, recordando á ésta la valiosa ayuda que prestó en la campaña de Mindanao.

Se mostró muy agradecido á las manifestaciones de simpatía del pueblo cubano y pidió la ayuda de todos para acabar pronto la guerra.

Los coroneles de voluntarios, al terminar el discurso el general Weyler, gritaron entusiasmados:

«—¡Viva el general Weyler!»

«—¡Viva nuestro general!»

***

El mismo día que se hizo cargo del mando supremo de la isla el general Weyler, publicó la *Gaceta de la Habana* un extraordinario con la siguiente alocución del nuevo gobernador general al pueblo de Cuba:

«.... Al encargarme del mando político y militar de la isla no he menester reiterar la confianza que á la Nación y al Gobierno inspira la lealtad del pueblo cubano, porque harto conocida es; tampoco necesito asegurar que España no omitirá, según lo tiene acreditado, sacrificio alguno para conseguir la paz y atender al bien estar y al progreso moral y material de Cuba.

Cuento para todo con el valor acreditado del ejército y de la marina, con el patriotismo de los voluntarios y el apoyo incondicional y sincero de tantos buenos españoles insulares y peninsulares, dispuestos de consuno á todo género de sacrificios.

Corresponderán mis actos á la noble generosidad y legendaria hidalguía que el español caballeroso é hidalgo tiene siempre para el

vencido; castigaré severamente á cuantos en cualquiera forma presten su concurso á los enemigos de la patria, á cuantos traten de menguar su prestigio, y en cambio, los que sirvan la causa de España obtendrán la protección resuelta y estusiasta que merecen.

Estoy resuelto á prescindir de toda misión política, porque he venido á la isla á terminar la guerra. Pero en mi no ha de hallar, ciertamente, obstáculo alguno, sino asentimiento respetuoso y concurso



INGENIO DE SANTA SUSANA

eficaz el Gobierno de la nación, cuando en sazón oportuna y compatible con los fines de la pacificación de la isla, entienda que deban plantearse reformas convenientes á su prosperidad.

España tendrá siempre para Cuba aquel amor desinteresado inefable que guarda el corazón de la madre para sus hijos.

¡Viva España! ¡Viva Cuba española!»

Esta alocución al pueblo cubano dá una idea clara y precisa de la política que se proponía seguir el nuevo gobernador general de Cuba.

Todos los corresponsales telegrafiaron que en todos los círculos, así en los políticos como en los mercantiles y particulares, habían causado muy buena impresión las declaraciones del general Weyler, re-

conociendo todos que la política por éste proclamada era la única que debía seguirse y la que reclamaban los intereses de la patria.

***

Al ser visitado el general por los corresponsales de periódicos importantes de la Metrópoli, añadió á sus declaraciones las nuevas é importantes manifestaciones siguientes:

«La situación de la isla es mala, lo encuentro todo desorganizado hasta un punto que nunca creí. A mi salida de la Península pedí que desde la Habana se me comunicaran á Puerto Rico noticias exactas respecto á la situación del enemigo y de nuestras tropas.

He llegado y verdaderamente no he conseguido enterarme todavía de lo que deseaba saber.

Nadie ignora que á mi llegada á la Habana los rebeldes estaban á quince kilómetros de esta capital, y desde luego observé que el espíritu público estaba muy decaído.

Resumiendo la situación he de decir que he hallado el ejército tan subdividido y fraccionado que se dá el caso de existir secciones de un mismo cuerpo en distintas provincias.

Hay pequeños destacamentos mandados por jefes que pudieran mandar columnas.

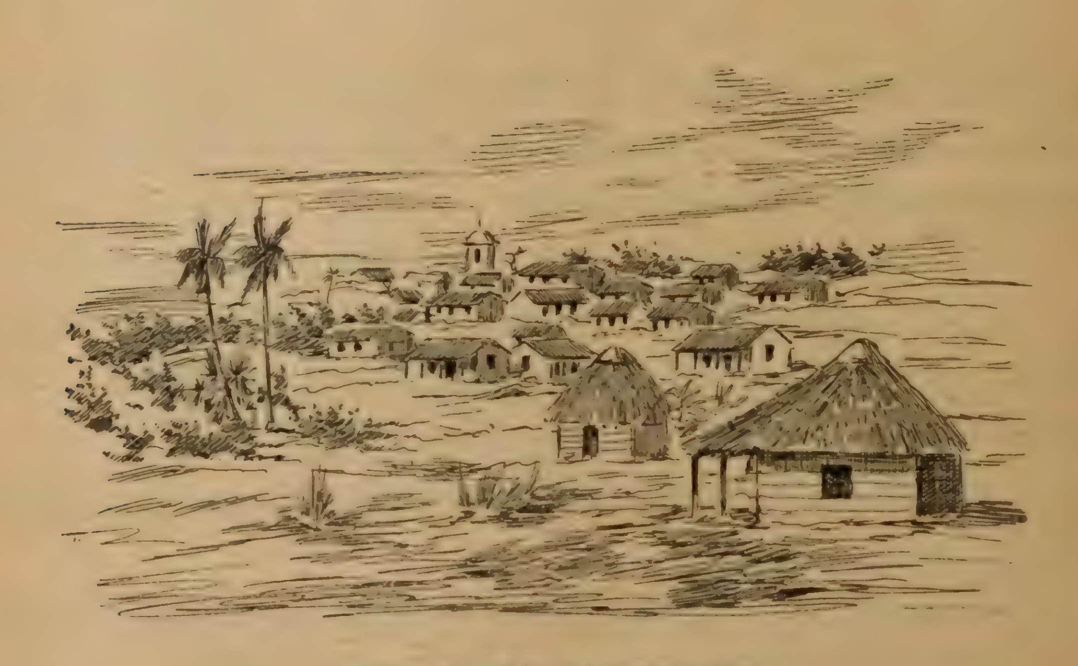
Me encuentro con arma tan poderosa en esta guerra como la de caballería, completamente disuelta. Desde luego la reconcentraré por creer sínceramente que, unida en grandes masas, podrá surtir efectos útiles á la guerra.

No puedo proceder con aquella rapidéz que quisiera. Necesito

algunos días de plazo para reorganizar las fuerzas, á fin de que maniobren con areglo á mis planes.

Espero los refuerzos de España para combinar los cuerpos de ejército, y comenzaré enseguida el desarrollo de mis planes.

Desde luego suprimiré los pequeños destacamentos, que sólo sirven para ofrecer á los rebeldes ocasión de obtener fáciles victorias.»



POBLADO DE ALACRANES

Estas manifestaciones, publicadas por la prensa, causaron honda impresión y amargura en todos los ánimos y disgustaron á algunos elementos militares y políticos. La opinión aplaudió la sinceridad y franqueza del general Weyler y sus propósitos y planes para la campaña. Persona de la intimidad del general nos comunicó, á los pocos dias de la llegada de éste á la Habana, que parecíale haber hallado al nuevo gobernador general inclinado á aprovechar los primeros éxitos militares que esperaba obtener, en lo que quedaba de buena estación para proponer al Gobierno la oportunidad del planteamiento de reformas políticas y económicas.



LLEGADA DEL GENERAL WEYLER Á LA HABANA

De nuestra información política, comunicada por nuestro celoso corresponsal en la Habana á raíz de la llegada del general Weyler, deducíanse las afirmaciones siguientes:

Bien organizado aquel numeroso ejército, distribuído racionalmente y dirigido con pericia militar y táctica adecuada á la manera de guerrear del enemigo, la insurrección á pesar de su táctica de rehuir encuentros, sufriría rudos golpes, que nos darían gran ventaja y fuerza moral para entonces implantar reformas ámplias, amplísimas en la isla.

«Pero seguir así—nos decía nuestro ilustrado corresponsal y colaborador—perdiendo las fuerzas en el vacío, paréceme funesto, y es preciso y muy conveniente á los altos intereses de la patria mover la opinión para que en las altas esferas se persuadan que así no podemos continuar.»

Desde que se conocieron bien en la Península el desarrollo y la importancia de la insurrección de Cuba, abogamos y hemos venido sosteniendo en las páginas de esta nuestra Reseña, la necesidad de desarrollar en nuestra posesión antillana una acción militar muy enérgica, á la par que una política muy sabia, muy liberal y muy justa, que la sirviese de complemento.





CAPITULO II

Revista de tropas en Carabanchel.—La carretera de los Carabancheles.—Los batallones de Wad-Rás, Covadonga y Arapiles.—El campamento.—La revista.—La comitiva real.—El desfile.—Despedida del pueblo de Madrid al batallón de Wad-Rás.—Entusiasmo popular.—La partida.—Llegada á Cadiz.—El embarque.—El batallón de la Reina.—El pueblo de Madrid á los soldados de Covadonga.—En el cuartel de la Montaña.—En las calles.—En la estación.—La partida.—Llegada á Cadiz.—El embarque.—El batallón de Arapiles.—El vapor *León XIII*.—El batallón de Otumba en Barcelona.—Al cuartel.—Al muelle.—Embarque en el *San Francisco*.—El general Despujol.

SINGULAR coincidendia! El mismo día y casi á la misma hora en que el pueblo de la Habana moviase y se rebullia por calles y plazas, alegre y alborozado, esperando el paso del nuevo capitán general de Cuba, para manifestarle su simpatía, como demostración de las esperanzas halagüeñas que en él cifraba y de su pericia y dotes militares se prometía, el pueblo de Madrid dirigíase alegre y bullicioso, como si fuera de romer ía, al campamento militar de Carabanchel á presenciar la revista de las tropas expedicionas de Cuba, á la que habían de asistir los reyes, y aprovechar la ocasión de tributar una entusiasta ovación á los nobles y valerosos hijos de España, á quienes el destino y el deber patrio llevaban allende los maes á defender la soberanía y la integridad del territorio de la nación.

Pocas veces como en la mañana de aquel día (10 de Febrero) habíase visto tan concurrida y con tanta animación la carretera de los Carabancheles.

Manuelas, *Simones*, calesas, *charretes*, tartanas, *ómnibus*, coches de lujo, ginetes elegantes en sus potros ingleses ó andaluces, mozos de la calle de Toledo y de la plaza de la Cebada rigiendo sobre la silla vaquera el caballo fogoso, tranvías atestados, grupos de familias del pueblo que caminaban á pié, llevando en las cestas la merienda, y entremezclados con todos y aminándolo todo con sus voces y gritos, vendedoras de *torraos*, de naranjas, de alcahués y avellanas, de castañas y nueces, de altramuces y camarones, de «¡agua, azucarillos, agua!», de comestibles de todas clases, de vinos y aguardientes, marchando aprisa, arreando el borriquillo ó haciendo vehículo de los propios lomos, para llegar pronto al campamento y tomar posiciones antes que el pueblo y las tropas.



D. JOSÉ PORRUA (Gobernador Civil de la Habana).

Los batallones de Wad-Rás, de Covadonga y de Arapíles habían pasado antes que muchos de los que á Carabanchel se dirigían, marchando marcialmente, luciendo el traje nuevo de rayadillo, el calzado de becerro blanco y el ros con funda y correaje negro y de estreno también.

A la una de la tarde la extensa esplanada que está frente á la Escuela de tiro presentaba un cuadro animadísimo y ofrecía un espectáculo hermoso.

Diseminadas y en desórden, puestas en grupos, recostadas aquí, allí formando un corro junto al pabellón compuesto con las armas, comían alegremente las tropas.

Los vendedores ambulantes no tenían manos para despachar sus mercancías á los soldados.

Al mismo tiempo un numeroso grupo rodeaba un carro con provisiones de donde descargaban y distribuían algunas vituallas y pellejos de vino.

Corrillos de jóvenes oficiales entretenían el tiempo y mataban el apetito desocupando algunos cestos y vaciando unas cuantas botellas; un poco retirados, en una pequeña eminencia, discurrían los jefes, y el público lo miraba todo, se sumaba y se mezclaba en todo; y rodeando y sirviendo de marco al cuadro estaban los coches, innúmeros y de todas clases, unos esperando á las gentes del pueblo que habían conducido al campamento á tomar parte con las tropas en la fiesta militar, otros paseando á elegantes damas ó perifolladas *demi-mondaines*, alrededor de los cuales, y como en una tarde de carreras, caracoleaban los briosos caballos.

***

A poco más de las dos de la tarde sonaron las cornetas y el cuadro varió instantáneamente de aspecto. Cada soldado echaba el último trago y partía corriendo á ocupar su puesto en filas. Formaron las tropas, evolucionaron los batallones y las fuerzas se colocaron en línea de revista, dando frente á los montes de Guadarrama.

Púsose á la cabeza de la línea el batallón de Wad-Rás, junto á éste Covadonga y detrás Arapiles.

A las dos y cuarto llegó el capitán general al campamento. Acompañaban al marqués de Estella,—cuya familia presenciaba el espectáculo desde un lujoso tren de carreras—el general Cos-Gayón, el Estado mayor y la escolta.

Inmenso era el gentío que ya á esta hora invadía el campo de maniobras.

El general Primo de Rivera recorría la línea en que se tendían las tropas, seguido de su Estado mayor y de su escolta.

A las tres vióse avanzar por la carretera una gran nube de polvo, y divisóse la escolta de la comitiva real que se aproximaba al trote de sus briosos corceles. Bandas y músicas hucieron sonar la marcha real, y á poco, detrás de los batidores de la escolta, que marchaban á galope, entró trotando en la esplanada el tren real.

Detrás del carruaje en que iban los reyes, seguían los que conducían á la archiduquesa é infanta Isabel, al archiduque Eugenio, condesa de Sástago, duquesa de Nájera y generales Polavieja y Alameda, del cuarto militar del rey.

Figuraban además en la comitiva regia, el ministro de la Guerra, los generales Ortega, Martitegui, Aznar, Bosch, Cerezo, Bascarán, Gerdón, Montero, Sánchez Gómez, Campos y Manzano, y los agregados militares de Francia y Alemania y muchos jefes y oficiales.

El escuadrón de la escolta real era el término del lucido y vistoso acompañamiento.

Vestía el rey uniforme de alférez de infantería con capote y ros gris.

Los reyes revistaron las tropas, y al terminar se situaron frente á la Escuela de tiro para presenciar el desfile.

Brillante fué éste, dada la marcial apostura de nuestros bizarros

soldados y las airosas marchas entonadas por las músicas y banda de cornetas, coreadas por los vítores de la entusiasmada multitud y los aplausos de las aristocráticas damas.

Arrancando lumínicos destellos y haces de luz á las bruñidas armas y haciendo brillar los correajes nuevos el esplendente sol, de un día claro y hermosísimo, fueron pasando por frente á los reyes y comitiva oficial, los batallones de Wad-Ras, Covadonga y Arapiles en dirección de la carretera, donde perdíase á poco su silueta entre grises nubes de polvo.

Diseimnáronse los coches, los ginetes y el público; los últimos vivas á las tropas resonaron todavía en la esplanada ya casi desierta, y cerrando la marcha partió la comitiva regia, que formaba al alejarse nube de brillantísimos destellos, arrancados á los colores que se destacaban de la diversidad de uniformes del Estado mayor del ministro de la Guerra y capitán general de Madrid, y de las bruñidas corazas y relucientes cascos de los coraceros de la escolta real.

***

Entusiasta y cariñosa fué la despedida que al día siguiente tributó el pueblo de Madrid al batallón expedicionario de Wad-Ras, de guarnición en la villa y corte.

Acompañándoles en el cuartel desde las primeras horas de la mañana; siguiéndoles luego en el paso por las calles y dándoles el postrer adiós en el andén de la estación, entre vivas que entusiasmaban y abrazos que conmovían, consejos que animaban y lágrimas que enternecían, el pueblo de Madrid demostró el día 11 de Febrero, de memorable recordación para España, en igual grado que lo demostrara siempre, su amor perdurable al ejército y un especial cariño por aquel bra-

vo pelotón de Wad-Ras, que tiene como privilegio el triunfo continuado y como vasalla la gloria, alcanzada tantas y tantas veces en los campos de batalla.

Al presenciar la salida del batallón, del cuartel en que se alojaba, recordaba al público allí congregado otra despedida; aquella que se hizo á estos soldados mismos la tarde que partieron para Melilla. Siem-



EMBARQUE DE TROPAS EN EL VAPOR «SAN FRANCISCO»

pre expontáneo en sus manifestaciones de entusiasmo por nuestro ejército glorioso, el pueblo de Madrid había acudido, como ese día acudió, á llenar las cercanías de la calle del Rosario; había llevado, como en dicha ocasión llevó, sus modestos recuerdos á las tropas, y había vitoreado frenéticamente á los soldados, desfilando por delante de la regente del reino y de todo el elemento oficial, que estaban en el patio del cuartel. Llegada la hora, ganaron las tropas la calle y emprendieron la marcha hacia la estación del Mediodía.

Ese día, el pueblo de Madrid, ya que excederse no, porque esto no cabe en lo posible, demostró una vez más cómo mira en cada soldado de la patria un hijo, un hermano ó un amigo.

Por la mañana los alrededores del cuartel veíanse llenos de gente que hablaba con la tropa y con los oficiales, y á éstos y aquéllos obsequiaban con regalos y recuerdos.

A las dos de la tarde, cuando se aproximaba el momento de partir, el gentío alcanzaba una cifra respetable; y á las tres, cuando las órdenes de marcha circularon y las cornetas sonaron y el batallón pisó la calle, una masa impenetrable de gente llenaba aquellos sitios, dando con cien voces, que coreaban otras mil, gritos de entusiasmo para vitorear al ejército, á la patria y á los soldados de Wad-Rás.

Púsose en marcha el batallón muy lentamente, porque el gentío que lo aprisionaba hacía dificultoso el andar. Iban los soldados, en su mayoría, sin armas, llevando á la cabeza del batallón á su coronel, señor Terán, y al teniente coronel señor Fernández de Córdoba, marqués de Mendigorría.

Casi todos aquéllos llevaban en sitio visible los muchos regalos recibidos, entre los cuales figuraban unas cajitas con meriendas, obsequio del diario el *Heraldo* á la tropa expedicionaria.

Por el Viaducto de Segovia y la calle Mayor hasta el Prado dirigióse la fuerza á la estación de Atocha.

* * *

En ella esperaban el Obispo de Sión, el ministro de la Guerra, el capitán general de Madrid, los generales Sánchez Gómez, Ortega, Franch, Tejeiro, Manglano, Capdepón, Aznar y otros muchos; el gobernador civil, señor conde de Peña Ramiro, el presidente de la Dipu

tación, con una Comisión de diputados provinciales, el alcalde interino, con varios concejales, y una Comisión de la Cruz Roja, presidida por los señores Pando y marqués de Campo Santo; el general Polavieja, en nombre de la Reina; el presidente del Círculo de la Unión Mercantil; los agregados militares de Francia, Austria y Alemania; muchísimas personas conocidas, entre las que figuraban gran número de damas de la aristocracia, y sobre todo, gente del pueblo, que, unida á la que llegaba con la tropa, componía una imponente muchedumbre.

Por todas partes no se oían más que vivas y aclamaciones: vivas nutridos y entusiastas á España, al ejército, al batallón de Wad-Rás, á los soldados que pelean en Cuba; vivas que recorrían toda la gama del entusiasmo y que electrizaban á la multitud; vivas delirantes, salidos de las bocas y de los corazones de todos.

El delirio, el verdadero delirio manifestado, revestía mil formas distintas; desde el requiebro y el abrazo, hasta el donativo expontáneo y generoso de la mujer del pueblo, que se desprendía del portamonedas, de la cruz que adornaba su pecho ó del pañuelo que la tapaba la cabeza.

Con todo esto, el tiempo transcurría, y no había forma de que la tropa penetrara en el andén. El público, confundiéndose con los soldados, quería avanzar con ellos y no hacía caso de las intimaciones de los guardias civiles de caballería que amonestaban á la gente para que facilitara el paso.

Esto lo resolvió el teniente coronel, marqués de Mendigorria, dirigiéndose á la multitud y rogándola que permitiera el avance de la tropa, puesto que luego todo el mundo podría, sin dificultad ninguna, entrar en el andén.

Así se hizo, y en cuanto los soldados se hallaron en sus puestos, la muchedumbre invadió todos los sitios.

En este momento fué cuando se presenciaron las escenas más con-

movedoras. Por un lado oíanse sollozos, ayes, lágrimas de las mujeres conmovidas; por el otro, las voces viriles y enérgicas de los hombres que seguían gritando, que gritaban siempre ¡Viva el ejército! ¡Viva España!

Una mujer del pueblo colgó un escapulario al cuello de un soldado y abrazó y besó á éste, y una dama elegante dió llorando otro abrazo al marqués de Mendigorria y le colgó también una medalla.

Un caballero que presenciaba la escena se quitó la cadena del reloj y acercóse al mismo marqués, á quien dijo:

—Mi teniente coronel; hágame usted el favor de aceptar esta cadena para que de ella cuelgue la primera cruz que gane combatiendo á los enemigos de la patria.

—Esta cadena—contestó el marqueés, tomándola de manos del obsequiante—será para el primer soldado que gane la cruz esa.

Y de esta especie registráronse mil rasgos.

* * *

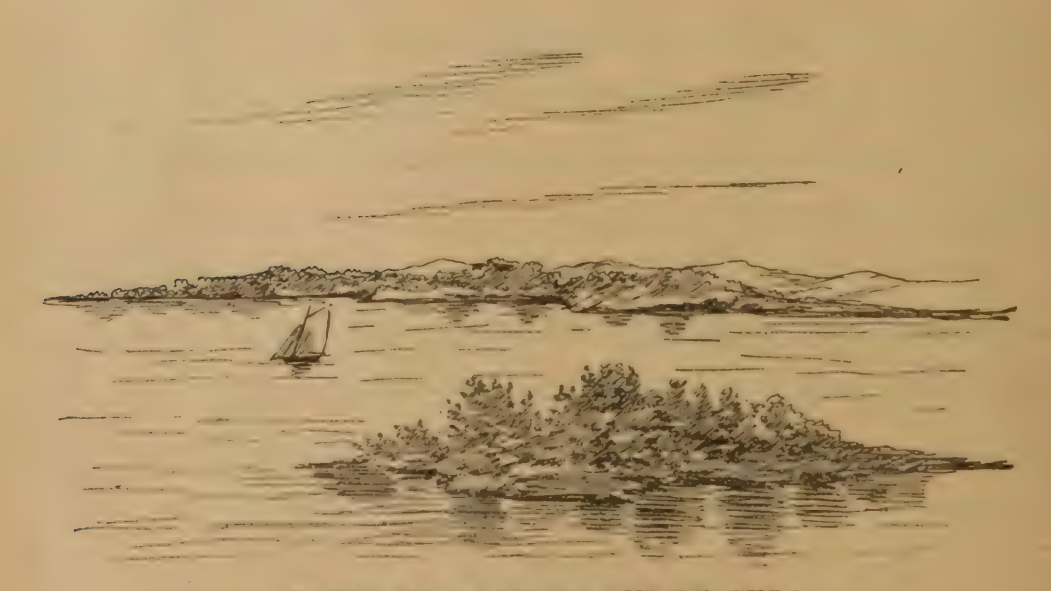
Llegó, al fin, el momento de partir; y si hemos dicho que durante todo el anterior lapso los vivas atronaban, y el entusiasmo era sin límites y los cuadros conmovedores sin número, ya no hay manera de decir cómo las exaltaciones pudieron aumentar y el delirio crecer y resonar los vítores con más formidable estruendo.

Muchos eran los que lloraban. Muchos los bravos que tenían que suspender por un momento su ardor de combatientes y su energía invencible de soldados de España para conmoverse y sentir—ellos que nunca sienten el peligro, porque lo desconocen—la pena de los que dejaban.

De esta suerte llegóse al instante postrero y decisivo en que se dió la señal de partida.

Recibieron las tropas los últimos regalos: los de la Cruz Roja que repartían medallas para la fe y curas antisépticas para las heridas; los del pueblo, que aún encontraba más que dar; las bendiciones del obispo; el último abrazo, la recomendación postrera.

Acomodáronse los soldados en los vagones, dieron á su turno un



CAYOS EN LA COSTA SUR DE CUBA

general y atronador ¡viva España!, y arrancó el tren muy despacio. Y saludando por última vez á los bravos que desaparecían resonó en el anden un estruendoso aplauso y otro viva unánime, entusiástico, imponente, estallido del entusiasmo, del sentimiento, del cariño del patrio amor que allí se desbordaba...

Pocos minutos después la muchedumbre se retiraba silenciosa de los andenes y emprendía tristemente impresionada y con lento paso el regreso á la ciudad.

. . . .

El tren militar llegó á Cádiz á las cinco de la madrugada del día

13 siendo recibido por el elemento militar, banda de música y algunos curiosos, y habiendo hecho sin incidentes el viaje

Los soldados se quedaron en los andenes de la estación para esperar á que amaneciese.

A las siete de la mañana marcharon á los muelles, embarcando á seguida en una balandra que los transportó á bordo del trasatlántico *Buenos Aires*, en el cual habían de hacer la travesía.

El embarque y el trasbordo se hicieron con felicidad, dirigidos por las autoridades de Marina.

En el momento de zarpar la balandra, los soldados dieron entusiastas vivas á España, que fueron contestados calurosamente por el numeroso público que había acudido á presenciar su embarque.

Al amanecer empezaron los preparativos de marcha del batallón de la Reina, en los cuarteles donde se alojaba.

A las ocho de la mañana abandonaba el cuartel y dirigíase á los muelles para embarcar en el *Buenos Aires*. Al pasar por el populoso barrio de Santa María, donde se hallan los cuarteles, fué objeto de calurosa ovación por parte del público que le aguardaba para despedirle.

Las mujeres gritaban:

—«¡Que se conozca en la manigua la llegada de los soldados gaditanos!»

En el momento del embarque se desarrollaron escenas tristísimas y conmovedoras.

Los soldados, serenos y resignados con su suerte, alentaban á sus familias y procuraban consolarlas.

A las once embarcaban en el *Buenos Aires*, donde los soldados de Wad-Ras los acojían con entusiastas vivas y abrazos.

***

Si entusiasta y cariñosa fué la despedida que el pueblo de Madrid hizo al batallón de Wad-Rás, grandiosa y más imponente en realidad fué la tributada á los soldados de Covadonga.

Bandas de música, que no eran las del ejército, acompañaron á los soldados en su marcha; más considerable público bajó á la estación; llovieron los regalos y se centuplicaron las muestras de entusiasmo y se multiplicaron los abrazos y los vivas.

Si esta exaltación del sentimiento público no hubiera estado en todos, y no hubiese sido por todos comprendida y necesitara de interpretación alguna, bien se interpretara diciendo cómo éste, al parecer, aumento del entusiasmo y del cariño, no fueron, no podían ser muestras de unas mayores simpatías por éste ó por aquél grupo de tropas; no fueron tampoco despertar de amores, siempre vivos, siempre presentes en nuestro pueblo patriótico; fueron sólo una prueba de que á medida que los sacrificios del ejército crecían y aumentaba el número de soldados que marchaban á la guerra y se conocían más á fondo los detalles sangrientos de la contienda en Cuba, iban la ternura popular y el cariño á la patria sintiéndose más impresionados, más heridos, para traducirse también en más grandes arranques y en más generosas explosiones.

Pasaba al pueblo algo muy semejante á lo que sucediera en la casa donde tras de un hijo se hubiesen marchado otro y otro. No se sentirían, seguramente, por el último más afectos que por el primero que partió, pero con el abrazo que se diera al último, parecería que se abrazaba también á los que desaparecieron antes; y las lágrimas, centuplicadas, que se vertieran por uno, serían lágrimas que se derramaran ya por todos.

Y esta fué otra significación confortante y generosa de la manifestación realizada por el pueblo de Madrid el día 13 de Febrero de 1896.

El pueblo de Madrid en masa, sin distinción de categorías ni de clases, representado por asociaciones, corporaciones, altos personajes, damas aristocráticas, gentes de humilde condición, todo el mundo asistió al cuartel de la Montaña, y acudió á la estación del Mediodia.

Por la mañana, en el cuartel, pudo presenciarse el mismo espectáculo que en los anteriores días de marcha de soldados.

Por la tarde, á las dos, formó en el patio del cuartel el batallón expedicionario, y después de hecho el reparto á la tropa de los donativos recaudados en el Circulo de la Unión Mercantil, sonaron las cornetas y emprendió la marcha hácia la estación.

Estaban las calles con una concurrencia tal como puede verse pocos días. Las tropas iban desfilando por entre un apretado y doble cordón de espectadores que se extendía por las aceras.

Los balcones de todas las casas estaban también llenos de gente que saludaba agitando los pañuelos.

***

Mientras las bandas entonaban los bélicos acordes de la marcha de *Cádiz*, iban avanzando las tropas por la calle de Ferráz, entre frases cariñosas de unos y vivas entusiastas de otros, casi estrujadas por la gran muchedumbre que caminaba entre ellas y que las seguía.

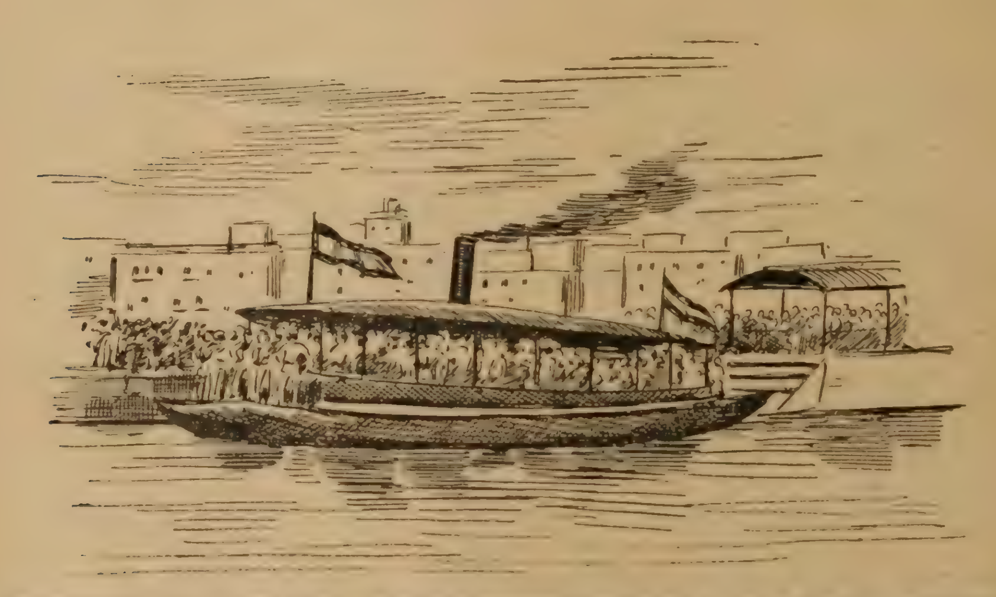
Al llegar frente al Palacio real la comitiva militar, detúvose un instante. Los reyes desde un carruaje estacionado frente á la Puerta de los Príncipes para presenciar su paso, saludaron á la tropa siendo vitoreados por ésta.

Al pasar por la calle Mayor y por delante del edificio de la Capi-

tanía general, el señor Primo de Rivera se asomó al balcón y saludó á la tropa y á su teniente coronel señor Lastra.

Cuando el batallón entraba en la plaza de la Villa, y la banda de San Bernardino, allí apostada esperando su paso, hizo que oyera por segunda vez el público los acordes patrióticos del popular paso doble de *Cádiz*, subió de punto el entusiasmo, que se traducía en ardientes y repetidísimos vivas al ejército y á España.

Por la puerta del Sol, el mismo espectáculo; por la Carrera de San

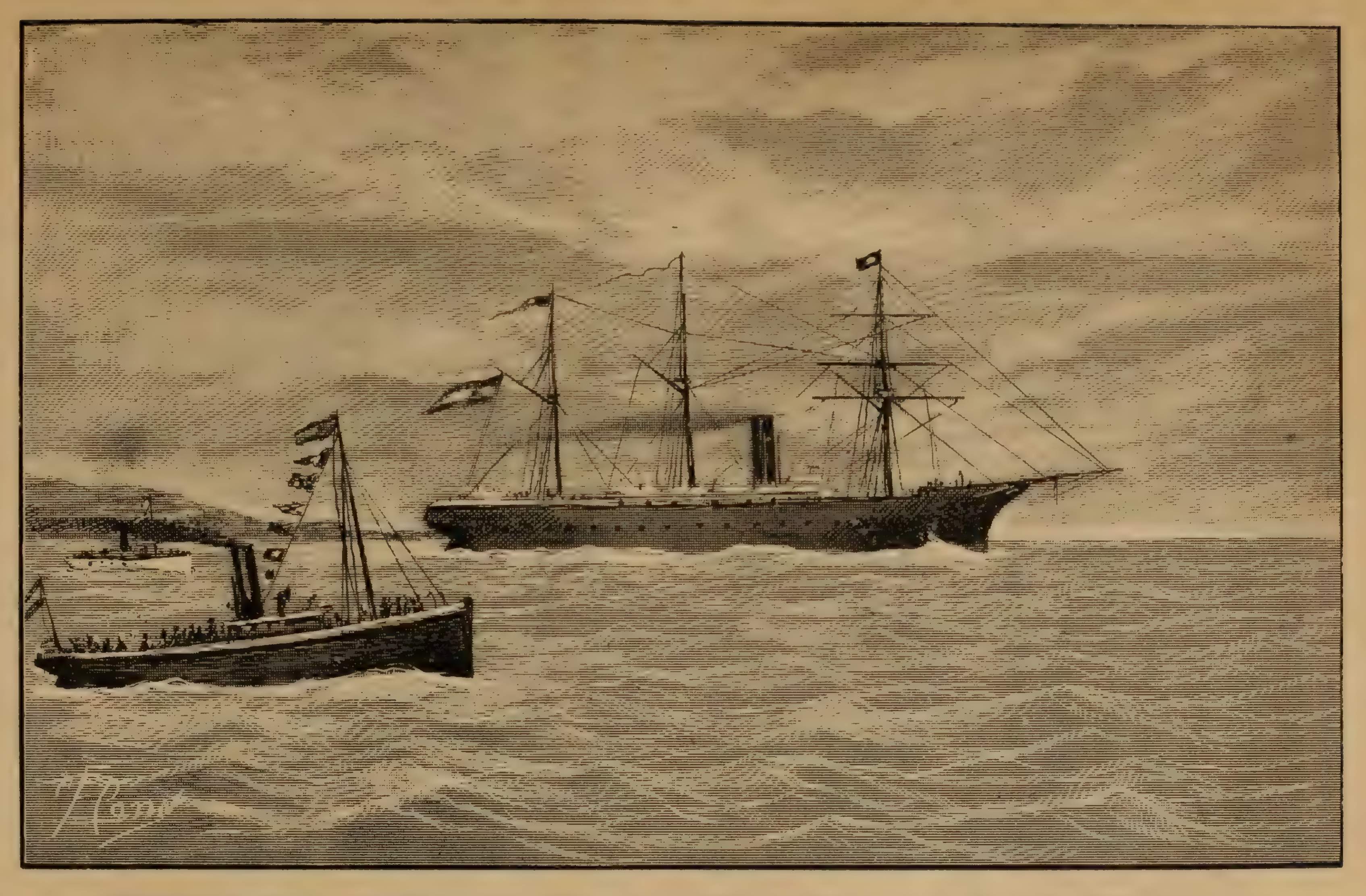


VAPORCITO GOLONDRINA CONDUCIENDO TROPAS AL VAPOR «COLÓN»

Jerónimo, hasta la plaza de las Córtes, igual cortejo de muchedumbre entusiasmada. Algunas casas de la Carrera lucían vistosas colgaduras y desde los balcones saludaban las gentes con vivas y ajitando pañuelos á los soldados.

La escalinata del Congreso estaba llena de gente; había la subida hasta sobre los leones. Y tanto era el número de curiosos y de tal suerte en aquel sitio se apiñaban, que muchos cayeron de lo alto de las columnas á las aceras, aunque por fortuna sin hacerse daño alguno.

La banda del Hospicio, puesta en la calle de Floridablanca, tocaba



DESPEDIDA EN EL PUERTO DE CADIZ A LOS BATALLONES DE ARAPILES Y COVADONGA

el himno de *Los Puritanos*. Sus sones vibrantes entusiasmaban á la multitud, que prorrumpió en aclamaciones delirantes, frenéticas, hechas á cada momento y á cada instante reanudadas.

Frente al Museo de Pinturas esperaba á las tropas otra música; la de los niños de San Ildefonso.

Por los paseos laterales del Salón del Prado y en un gran espacio, había infinidad de carruajes de lujo, llenos todos de damas distinguidas.

En este sitio hubo un derroche verdadero de las manifestaciones cariñosas de todos. Los vivas sucedíanse sin solución de continuidad; abrazaban las gentes á los soldados y hasta la entrada de la estación puede afirmarse que el camino del batallón fué una marcha triunfal, una verdadera apoteosis.

***

En la estación se habían tomado infinitas precauciones, cerrado las verjas, puesto parejas de órden público y de la guardia civil... Todo fué inútil. La multitud que aplaudía cortés al teniente coronel del batallón expedicionario cuando suplicara que se permitiese y se facilitara el paso de la tropa á los andenes, arrolló á todo el mundo, sin darse cuenta en su entusiasmo de lo mismo que hacía.

Hubo peligro de que sucedieran desgracias. Dos ó tres señoras sufrieron accidentes y un autor cómicó fué atropellado y resultó con una contusión.

Así que, la fuerza pasó grandes apuros para penetrar en los andenes. Por éstos era imposible circular, ni entenderse, ni dar un paso. Hasta los techos de los coches estaban llenos, completamente llenos de chicos que aplaudían y vitoreaban á desgañitarse.

De nada servían las excitaciones, que no podían sino ser amables

y cariñosas, de las autoridades de todas clases y elementos, que habían acudido á la estación á despedir á los expedicionarios.

Y pasaba el tiempo y era imposible terminar la colocación de la tropa. Despedida interminable, abrazos continuados, recomendaciones, consejos, advertencias, suspiros, sollozos, besos, la última palabra, el postrer encargo... No había medio de separar al pueblo de la tropa.

Dieron las cinco, y viendo ya próximo el instante decisivo, desbordóse el cariño popular con cuantas manifestaciones y exclamaciones y gritos puede dársele expresión.

Todo cuanto en relatos anteriores hemos dicho, y cuanto más fuera posible suponer, todo esto fué hecho por el público cuando vió que las últimas disposiciones para la partida se dictaban.

La muchedumbre se desahogaba con palabras sueltas, con voces, con vivas que eran uno solo; un viva atronador, formidable, de perduración eterna, ni un solo instante interrumpido.

Penetró en el andén la bandera del batallón de Covadonga, y fué aquel un momento solemne.

—¡Callarse! ¡Descubrirse!—gritaron algunos. Y todos se descubrieron, y durante algunos segundos reinó un silencio solemne y general, que varios vivas á España y al ejército cortaron.

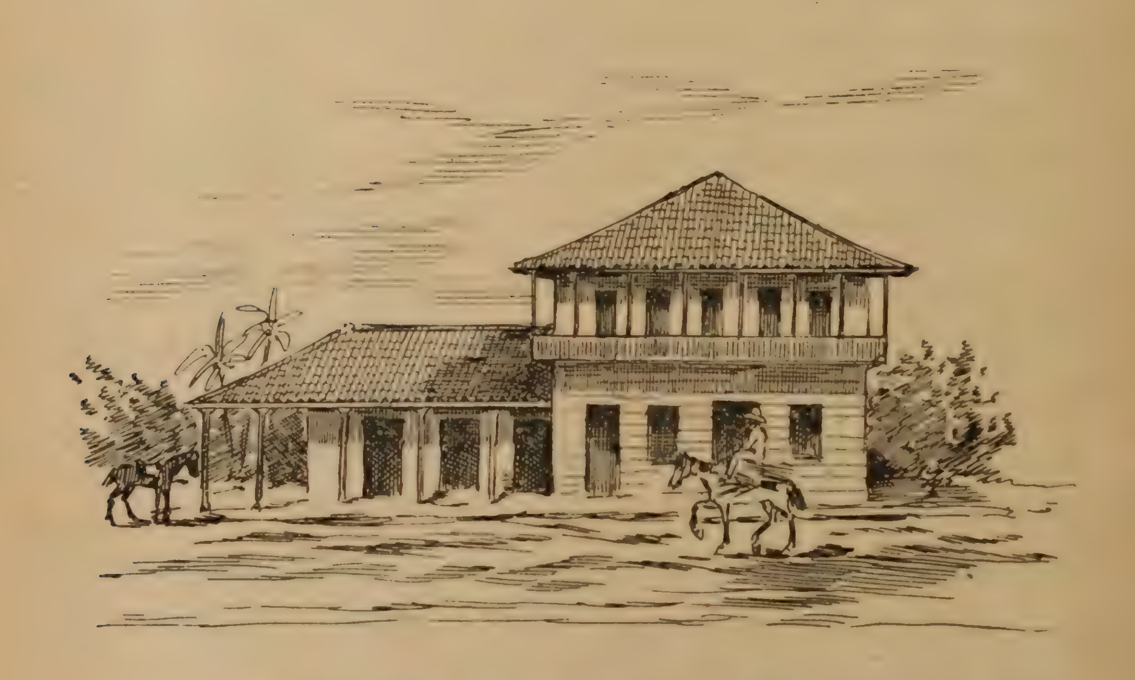
Un momento después sonó el cornetín de órdenes. Todo el mundo se hallaba ya en su puesto, y el tren arrancó.

Cruzáronse los últimos saludos, las últimas palabras, el último abrazo, los postrimeros besos, los últimos vivas entre la tropa que se iba y el pueblo que no parecía sino que no quería que se le fuera la tropa... hasta el punto de que ya el tren militar fuera de agujas, aun se veían suspendidos de los estribos de los vagones muchos hombres del pueblo, que daban el último apretón de manos á los valientes que, en cumplimiento de su sagrado deber, partían á defender al ótro lado de los mares el honor pátrio y la soberanía de España.

. . . .

A las tres de la madrugada del 15 llegó á Cádiz el batallón de Covadonga y acampó en los andenes de la estación para esperar á que amaneciese.

A la siete de la mañana presentóse allí el elemento militar con una banda de música, y el batallón formó y púsose en marcha en dirección del muelle. El embarque, dirigido por las autoridades de Marina, se hizo con gran rapidez.



CASA Y TIENDA EN LA ESTACION DEL RINCON

A las siete y media entraba en agujas el tren que conducía al batallón de Arapiles, procedente de Leganés, cuyo vecindario y autoridades dispensáronle cariñosa y entusiasta despedida, siendo recibido por las autoridades militares con bandas de música.

A aquella hora había ya bastantes curiosos y algunas familias que habían acudido á la estación á recibir á los soldados de Arapiles, entre los que había muchos que eran hijos de aquella provincia.

La tropa se dirigió enseguida al muelle, verificándose el embar-

que en igual forma que el de Covadonga y sin que ocurriera incidente de ninguna especie.

El vapor *León XIII*, en el que embarcaron los dos citados batallones, zarpó con rumbo á la gran Antilla á las dos y media de la tarde.

***

Procedente de Castellón de la Plana, donde tuvo al salir una despedida entusiasta y efusiva, dando con ello los hijos de aquella culta ciudad una elocuente muestra de su patriotismo y de su amor á los que iban á combatir, con el denuedo y arrojo que caracteriza á nuestros bravos soldados, á los implacables enemigos de la madre patria, llegó á esta capital el día 12 á las nueve y media de la mañana el tren militar que conducía al batallón de Otumba.

En el andén de la estación de Francia esperaba al batallón expedicionario el elemento militar y algunos parientes y amigos de los que venían para embarcar á luengas tierras á defender la integridad de la patria.

Desde la estación dirigióse el batallón al cuartel de San Fernando, de la Barceloneta, donde se tenía dispuesto un *lunch* para los jefes y oficiales y un desayuno para las clases y soldados, compuesto de café, panecillo y una copa de rón.

Después del modesto desayuno, los comisionados del Municipio procedieron al reparto de las cantidades y tabacos con que tenían costumbre de obsequiar á las tropas expedicionarias, recibiéndolos con visibles muestras de satisfacción y gratitud los soldados y vitoreando algunos de ellos á la ciudad que no se olvidaba de manifestar su cariño á los que iban á exponer sus vidas en holocausto de sagrados deberes.

Á las once embarcó el batallón en el muelle nuevo de la Barceloneta, siendo trasportadas las fuerzas á bordo del trasatlántico *San Francisco* por los vapores golondrinas.

Durante el embarque, presenciado por miles de almas y por todas las autoridades de la capital y muchas Corporaciones y Comisiones, tocaron las músicas y se escucharon numerosos y entusiastas vivas al ejército y á España, á Cataluña y á Cuba Española.

Terminado el embarque en el *San Francisco*, el capitán generals y demás autoridades pasaron á bordo del trasatlántico á despedir á las fuerzas expedicionarias.

El general Despujol dirigió sentidas frases á los jefes y oficiales de Otumba, reunidos en la toldilla del buque, diciéndoles que aunque procediesen de otra región y se hallasen de paso en la nuestra, no había querido dejar de darles el adios de despedida, confiando en que el batallón dejaría bien sentado en los campos de Cuba el nombre glorioso que ostentaba y que no tardaría en regresar con los otros, cargado de laureles á la Madre patria.

«Como viejo soldado que soy—dijo el ilustre conde de Caspe—quisiera daros consejos acerca del modo como se hace la guerra en el país á donde dentro de breves momentos os conducirá el *San Francisco*; pero este deber, seguro estoy, ha debido llenarlo ya con creces el general Salinas, quien por encargo del comandante en jefe del tercer cuerpo de ejército, señor Lasso, general valeroso y experimentado, tuvo el encargo de despediros en su nombre á vuestra partida de Castellón.

«Os veo partir con envidia, porque mi más vehemente deseo es ir á pelear por la patria donde quiera que ésta tenga empeñado su honor; pero deberes cuyo cumplimiento es ineludible para los que vestimos el honroso uniforme militar, me impiden satisfacerlo.»

El digno capitán general de Cataluña, después de reiterar sus votos porque los de Otumba regresasen victoriosos á España dijo que su nor-

ma debía ser la que sentía su corazón, y que sintetizaba en los siguientes vítores:

¡Viva España!

¡Viva el rey!

¡Viva Cuba Española *siempre*, por *siempre* y para *siempre*!

Las patrióticas frases del ilustre general fueron acogidas con muestras de entusiasmo y sus vítores contestados calurosamente por cuantos los escucharon.

A la una menos cuarto abandonaban las autoridades el trasatlántico, entre los vítores y aclamaciones de las tropas que ocupaban los puntos más visibles de la cubierta del buque.

Alrededor del *San Francisco* se habían apostado muchas embarcaciones, entre ellas una que conducía á la banda del Asilo Naval, que tocaba, á petición y con aplauso de los soldados, alegres aires populares.

A la una empezó á levar anclas el *San Francisco*, y á las tres salía de puntas y hacía rumbo á las costas antillanas.

. . . .

En tren militar procedente de Tarragona llegó el día 13 á esta capital el batallón expedicionario de Albuera.

Desde la estación se dirigió al cuartel de la Barceloneta, en el que se sirvió un *lunch* á los oficiales y se obsequió con tabaco y dinero á los soldados.

A las once de la mañana principió el embarque del batallón de Almansa, de guarnición en esta plaza, al que el pueblo de Barcelona tributó cariñosa despedida y ruidosa manifestación de simpatía á su paso por las Ramblas, y á las once y media el de Albuera.

Concurrieron á presenciar el embarque y despedir á las fuerzas expedicionarias todas las autoridades, comisiones de los cuerpos de la guarnición, numerosas corporaciones y numeroso público, que las dispensaron una entusiasta despedida.

A las dos de la tarde levó anclas el *San Fernando*, llevando un total de 2.200 hombres, y, rodeado de pequeñas embarcaciones, hizo rumbo á alta mar, escoltado por aquellas hasta fuera de puntas y aclamado por el público con estruendosos vivas á España y al ejército.

. . . .

A las cinco y media de la mañana del 14, en tren especial procedente de Gerona, llegó á esta capital el batallón de Guipúzcoa, y una hora después llegó de Zaragoza el batallón del Infante.

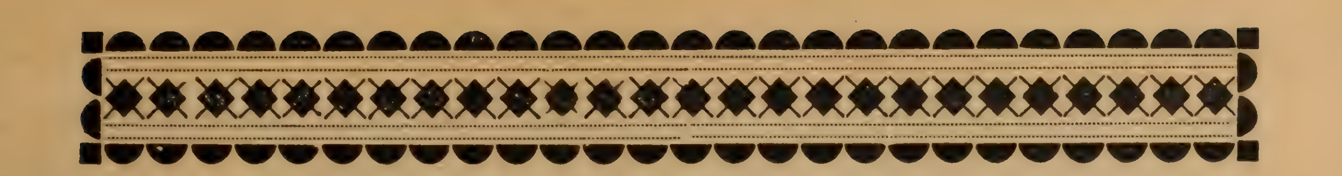
Desde la estación se dirigieron al cuartel, donde se les sirvió el desayuno, consistente en café, un panecillo y una copa de *cognac*, siendo obsequiados, además, con cigarros puros y dinero, en nombre del Ayuntamiento y de algunos particulares.

A la una de la tarde quedaban embarcados en el vapor *Colón* los dos batallones expedicionarios, y poco después pasaba á bordo del trasatlántico el general Despujol, acompañado de otros generales y autoridades, á dirigir breves frases de despedida á los oficiales expedicionarios. En este momento la cubierta del *Colón* ofrecía á los ojos de los miles espectadores del muelle, un cuadro muy animado. Los soldados cantaban y bailaban y se manifestaban todos contentos y deseosos de pelear contra los enemigos de España.

Al abandonar la comitiva el trasatlántico, oyéronse atronadores y entusiastas vivas de los que se iban, contestados con entusiasmo por los que quedaban; vivas y aclamaciones que se repitieron al zarpar el buque y hacerse á la mar.

Con la expedición de ese día habían salido ya del puerto de Barcelona para la gran Antilla, más de 26.000 hombres.





CAPITULO III

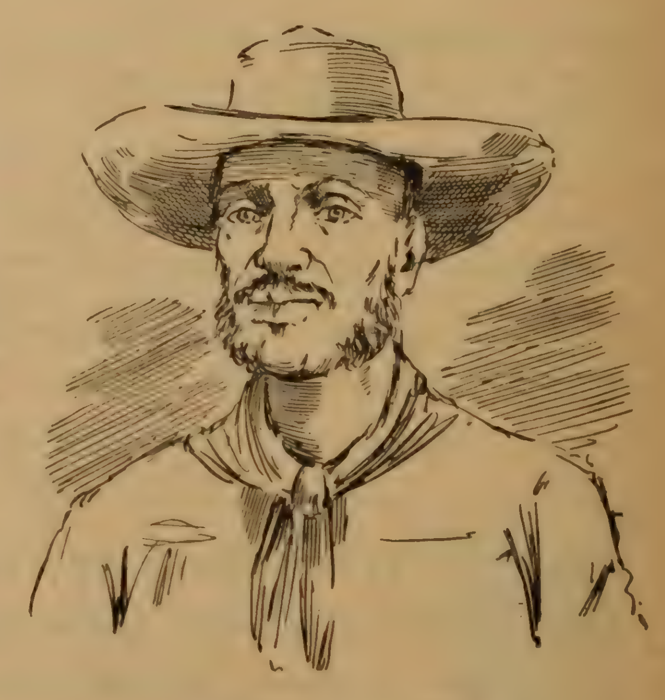
Efectos del nombramiento del general Weyler, en Nueva York.—Propaganda de los laborantes y *jingoes*.—Clamores de la opinión.—Batir en hierro frio.—Los dos rivales.—Nueva organización del ejército de Cuba.—Dos encuentros.—Heroismo y brillante retirada de cuarenta voluntarios.—Derrota del enemigo.—La columna del general Prats.—Reñida lucha.—Victoria de nuestras tropas.—Ataque á Managua.—Cobardia y traición.—La infantería de Marina.—En el ingenio «Magdalena».—La muerte del bandido Matagás.—Otro ménos.—Noticias de la Habana.—Muerte del cabecilla Reyes.—Combate de Paso Prieto.—Diario de la guerra.—El teniente Romero.—La columna del general Cornell.—Combate en el ingenio «Nueva Empresa».—Situación de las fuerzas insurrectas.—Confusión y contradicciones.

Era cosa de oir y digna de ser vista, el clamoreo insensato de los periódicos *sensacionalistas* de Nueva York, inspirados por la *Junta revolucionaria* de Cuba, desde que se anunciara el nombramiento del general Weyler para gobernador general de la gran Antilla. Tratábase de hacer pasar á éste por un hombre sanguinario y cruel, que no respetaría vidas ni haciendas, en cuanto se encargase del mando superior de la isla. Citábanse, al efecto, hechos de crueldad cometidos en épocas pasadas; ponderábase la emigración diaria de familias de la isla de Cuba, temerosas de inminente riesgo de persecución; poníase en boca del general Martinez Campos conceptos distintos de los que expresó al salir de la Habana, y todo esto para despertar sospechas, para hacer atmósfera, para crear un sentimiento hostil á España

en los Estados Unidos, con el fin ulterior de provocar una intervención.

Contribuían poderosamente á este fin los corresponsales norteamericanos en la isla, que por telégrafo comunicaban una cosa y por cartas relataban verdaderas atrocidades, que revelaban malquerencia sin nombre contra España.

Esa propaganda insidiosa y artera nos hacía mucho daño y no se comprende cómo las autoridades de la Habana vivían en la más completa ignorancia respecto de esos hechos, y si tenían de ellos conocimiento cómo no les ponían coto. Hubiera bastado confrontar á esos periodistas con su obra; advertirles por primera vez, para que nos sobrara siempre la razón, que era censurable lo que hacían, y embarcarlos para sus Estados á la segunda vez de delinquir.



CABECILLA ROQUETA

En el estado de ánimo en que en aquella fecha se encontraba el Congreso norteamericano, que ora aprobaba acuerdos para intervenir con las armas en el Asia menor, donde peleaban turcos y armenios; ora pretendía inpedir que ninguna nación europea abriese, dominara ó poseyera un canal en Nicaragua, no podría sorprender á nadie que la Cámara popular, inspirándose en las mil y una noticias falsas que propalaban los *jingoes* respecto de Cuba, tomase cualquier acuerdo de trascendencia que agravase todavía la situación de España.

Y era de temer, dada la tensión de ánimos en la capital de la Re-

pública norteamericana, que llegara un momento en que se desbordara el *jingoismo* en el Congreso; la opinión estaba excitadísima, cansados los imparciales, furiosos los demagogos y fatigado el Gobierno, asediado constantemente por laborantes y *jingoes*, de sus esfuerzos por mantener una actitud neutral, muy digna por cierto, pero que la nación no se explicaba á causa de estar completamente engañada respecto al carácter de la insurrección cubana.



De ahí, de ese estado de agitación y animosidad creado por el laborantismo cubano, apoyado por el *jingoismo* yankee, que se organizasen expediciones importantes, como la de Calixto García, que se hizo á la mar aquellos días con pertrechos de guerra, cañones de montaña, fusiles, baterías eléctricas, bombas de dinamita, etc.

Nuestro ministro en Washington se desvelaba y multiplicaba, pero apenas tenía un asunto bien encarrilado, en vías ya de arreglo, cuando surgían otra media docena. En el Oeste se reclutaba gente para Cuba, en la Florida organizábase una expedición, de Filadelfia partía otra, en Nueva York se preparaba otra, y otras se organizaban en algún puerto de Nueva Inglaterra; grupos de filibusteros aquí, allá, en todas partes; la *Junta* de laborantes se instalaba en Washington y hacía visitas al Gobierno; se compraban armas en esta ó en la otra fábrica, que se enviaban por ferro carril, que se embarcaban en este ó en aquel puerto. Y con todo el celo nunca bastante ponderado de nuestro representante en Washington, con la vigilancia exquisita de los agentes secretos que estaban contínuamente en movimiento tras esta ó la otra pista, los laborantes armaban expediciones y éstas se hacían á la mar.

«—Es preciso que este estado de cosas termine—clamaba la opi-

nión á voz en cuello para ser oída de nuestros gobernantes—porque ellas envuelven un gasto enorme y censurable, porque mantienen la nación americana en suspenso y en contínua agitación y alarma, porque la insurrección de Cuba se nutre de los Estados Unidos y de los Estados de la Unión lo espera todo.»

Sus clamores eran como batir en hierro frio: sus patrióticas advertencias al gobierno de la nación se perdían en el vacío, sus voces



HERMANA DE LA CARIDAD AL SERVICIO DE HERIDOS

clamaban en el desierto, y la situación en Cuba empeoraba cada día, y cada hora encontraba en la República *yankee* más simpatías y más partidarios.

Y si el malestar general y sus manifestaciones ostensibles y graves, no producían en el espíritu del Gobierno el espanto que ponían

en el ánimo de los más valerosos, no era ciertamente por sentimiento de fortaleza ó de valor, que más se aumentan cuantos más peligros rodean al que debe experimentar los reflejos de los males públicos, sino por una tan voluntaria y tan pertinaz ceguera, que obraba como si tal malestar no existiera.

Lo primero que necesita una nación ante el conflicto de una guerra como la de Cuba, es sentirse una y reconocerse fuerte. La unidad no la teníamos, porque todo nos dividía, y sobre la general discordia se alzaba el Gobierno desafiando á todos los partidos, restándose apoyos, desdeñando auxilios, complaciéndose en contrariar á la opinión, hallando como secreta satisfacción en hacer las cosas al revés de como las pedia en clamor inmenso España.

La fuerza reside y residirá en nuestra patria mientras ésta exista, y las naciones tienen carácter inmortal; pero esa fuerza no se aprovechó, no supo aprovecharse, y esa fuerza incontrarrestable de la nación española se perdía y se disgregaba inútilmente.....

***

La incursión de Oriente á Occidente de la isla de las negradas orientales acaudilladas por el *mayor general* mulato, nos sugirió la idea de la rivalidad entre los dos famosos y principales cabecillas de la insurrección separatista.

Los militares que hicieron la guerra de los diez años en los campos de Cuba lo dicen todos. Máximo Gómez debe su reputación y el puesto principal que ocupa entre los separatistas cubanos á su inteligencia, á su astucia de guerrillero con ribetes de general, mientras que Maceo ganó su fama mostrando valor salvaje, fanatismo y crueldad.

Y nosotros, que nos inspiramos siempre en la imparcialidad y en la justicia, no porque se trate de enemigos nuestros al serlo ellos de nuestra amada España, hemos de negarles esas cualidades, reconociendo á Máximo Gómez inteligencia y habilidad en la dirección de su campaña; á Antonio Maceo arrojo y valentía. Tanto más, cuanto que ese contraste de condiciones resultaba en favor nuestro, en beneficio de la causa de España; porque al diferenciar uno de otro, y al distanciar esa diferencia de carácter y condiciones á los dos cabecillas, hubiera concluido por divorciarlos. Y tras del divorcio hubiera seguido la consiguiente enemistad, y tras de la enemistad, el rompimiento y la guerra intestina de razas.

Cada uno de ellos representaba en la revolución cubana tendencias, carácter, raza, sentimientos, aspiraciones, ideales y propósitos, no ya diferentes, sino opuestos entre sí. Blanco el uno; mulato casi negro el otro; de distinta naturaleza ambos; hijo del país Maceo, dominicano Gómez; relativamente instruído éste, de escasa instrucción aquél, mientras el uno aspira á constituir su República, gobernada por una oligarquía criolla, tomaba el otro actitudes de regenerador social, como si llevase en el filo de su machete las reivindicaciones de la raza de color.

Por todo eso y mucho más eran incompatibles los dos jefes de la insurrección cubana; es más, casi nos atrevemos á afirmar que se odiaban; pues, que no se querían bien lo demostraban sus actos; sólo que cada uno procuraba servirse del otro como de valioso instrumento y poderoso auxiliar para la realización de sus fines particulares.

—Venga Maceo con sus negradas á la causa separatista—decía el jefe dominicano—pues nos son tan útiles unos y otros que sin ellos poco podríamos hacer, ya que entre mis *vijiritas* y mis guajiros poca gente de empuje puedo reunir. Si triunfamos, ya se les darán los mendrugos del festín, y gracias.

—Sirvámonos de Máximo Gómez y sus blancos;—diría á su vez

Maceo—el día del triunfo, merced á nuestro esfuerzo alcanzado, no abandonaremos la posición que con nuestro valor y su ayuda habremos logrado.

***

La invasión del departamento occidental fué, de fijo, un movimiento pensado por el *generalísimo,* y al cual aportó Maceo su concurso y el de su gente por no quedar relegado á la situación secundaria en que quedaron su hermano José y Rabí, Lacret y demás cabecillas de Oriente.

Pero, así y todo, para cruzar la isla hasta unirse á su rival y jefe no necesitó auxilio de nadie. Unidos estuvieron pocos días y en la primera ocasión separáronse otra vez. Marchó el cabecilla mulato á subleva la provincia de Pinar del Río, mientras que Gómez cubría su retirada sin cuidarse de ello más que lo preciso para que no se traslucieran al exterior sus verdaderos sentimientos.

Y en esas operaciones apareció con perfecta claridad el divorcio de los dos jefes de la insurrección separatista. Acosado el *generalísimo* por nuestras fuerzas, no combate sino cuando las circunstancias le obligan á ello. Y aún entonces solo arriesga parte de su gente; con el resto procura escapar como puede. Todo lo fía á la movilidad de sus fuerzas, nada al valor.

No lo hace así Maceo, que vencido una vez lucha otra y otra por más que el resultado de su obstinación le sea siempre fatal.

De la dificil aventura en que se metieron, trata el uno de salir poniendo en juego su astucia, dispersándose sino le queda otro remedio, mientras el otro quiere romper á viva fuerza el círculo de hierro y fuego que le vá estrechando.

Y esto no obedecía solo á las diferencias de temperamento, sino á propósito deliberado; á la pugna que entre los dos jefes militares de la insurrección existía.

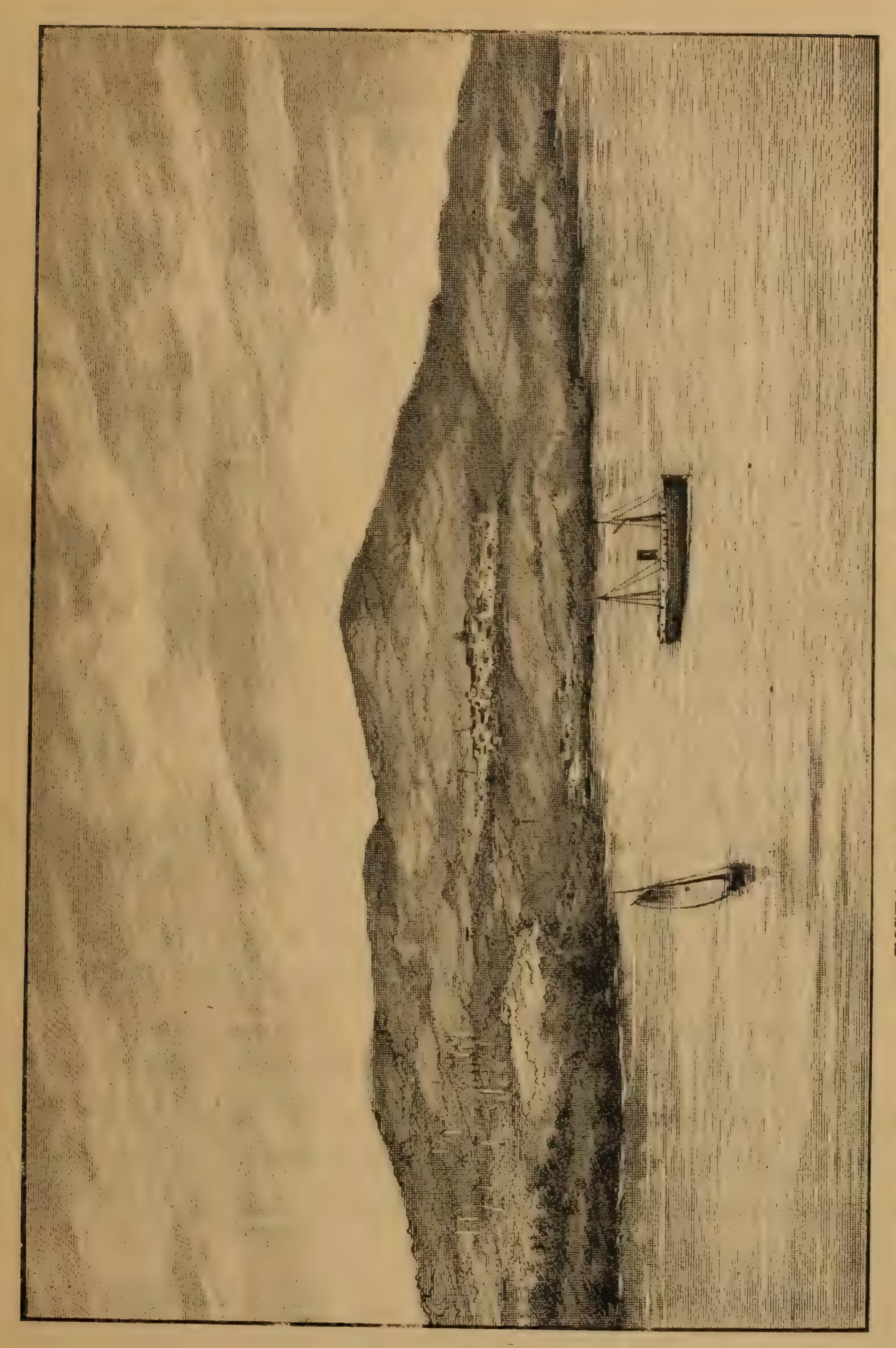
Si Maceo, permítasenos y perdónesenos la hipótesis, hubiera logrado, que no podía lograrlo, vencer á nuestros soldados en el campo de batalla, hubiera vencido á la vez á Máximo Gómez en las encrucija-



CONDUCCION DE UN PRISIONERO INSURRECTO

das de la política interior del bando separatista. Quizás naciera de ahí su empeño y obstinación en luchar con nuestras invencibles tropas, y tal vez obedeciera á esos sus propósitos y objetivo el ataque á Candelaria y el inmediato combate de San Cristóbal.

El *mayor general* mulato, el jefe de las negradas orientales, necesitaba esa victoria para afirmar su reputación de valiente entre los suyos y en ella basar sus aspiraciones y sus propósitos de destruir la influencia de su rival.



VISTA DE SANCTI SPIRITUS (DESDE LA COSTA)

*
* *

Por la nueva organización que el general Weyler se apresuró á dar al ejército de operaciones en Cuba, quedó éste dividido en tres cuerpos: de la jefatura del primero, que comprendía las provincias de Pinar del Río, Habana y Matanzas, quedó encargado el general marqués de Ahumada; del segundo, Las Villas y el Camagüey (Puerto Príncipe), el general Pando; y del tercero, departamento Oriental (Santiago de Cuba), el general Bargés.

El general Arolas fué designado para mandar las fuerzas que operaban contra las huestes del cabecilla mulato Antonio Maceo, y el general Jiménez Castellanos fué nombrado para desempeñar la comandancia general de Puerto Príncipe.

Todavia nos faltaba conocer la distribución que se daría á las fuerzas y la cifra que se asignaría á cada cuerpo de ejército.

En cambio se anunciaba el regreso á la Península de los generales Mella, Suárez Valdés, García Navarro y Canella.

Nuestro corresponsal en la Habana nos dió noticia de dos encuentros en la provincia de Matanzas, favorables ambos para nuestras armas, aunque de escasa importancia.

Ambos ocurrieron el mismo día; el primero en jurisdicción de Cárdenas, el segundo en las cercanías del poblado de Jesús Maria.

Cuarenta voluntarios movilizados dirigíanse la mañana del 11 desde San Nicolás al Recreo, cuando vieron súbitamente aparecer un numeroso grupo de enemigos.

Era la partida que mandaba el cabecilla Pérez y Martínez.

El jefe de la fuerza insurrecta ordenó á sus huestes el ataque á aquel

puñado de voluntarios leales, los cuales, sin acobardarse ante la superioridad numérica del enemigo, se dispusieron á la defensa.

La diferencia en el número era grandiosa; más esto fué un detalle de poca monta para los valientes voluntarios.

Tranquilos y serenos dejaron aproximarse á los de la partida, y, cuando los tuvieron á tiro, les saludaron con una descarga cerrada.

El enemigo se distribuyó, corriéndose por ambos flancos, para coger en medio á los temerarios voluntarios. Estos, que advirtieron la maniobra, se corrieron hacia Chico-Chico, sin dejar de hacer fuego, y realizando una brillante retirada.

Al ruido del nutrido tiroteo, acudieron fuerzas del batallón de Cuenca y los voluntarios que formaban la escolta de un tren, que se dirigía á Itabo y que se detuvo en mitad del trayecto.

Generalizada la pelea con las fuerzas que acudieron en auxilio de los cuarenta movilizados, la victoria se decidió bien pronto de parte de las fuerzas leales.

El enemigo, completamente derrotado, huyó á la desbandada, dejando en el campo de la acción cinco muertos y gran cantidad de pertrechos y armas.

Nuestras fuerzas solo tuvieron dos heridos.

***

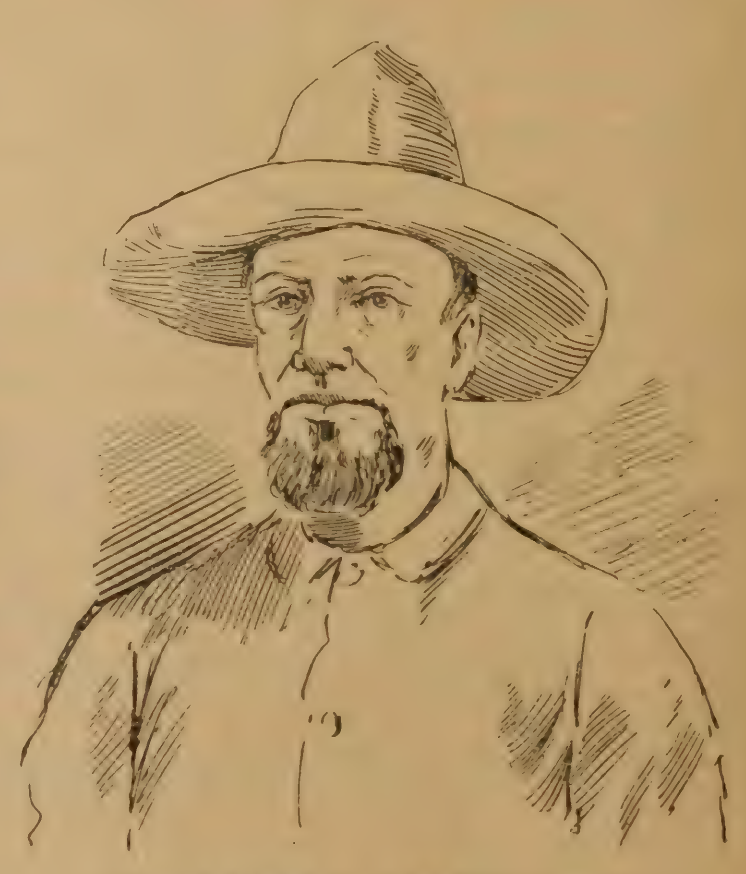
La columna que mandaba el general Prats encontró el propio día 11 al enemigo acampado y ocupando ventajosas posiciones en las inmediaciones de Jesús María.

El combate fué empeñado con grande arrojo por nuestras tropas, que lograron al poco tiempo desalojar de sus posiciones á los insurrec-

tos. Estos abandonaron en el campo de batalla cuatro dadáveres, recogieron algunos más y se llevaron tambien bastantes heridos.

Los insurgentes huyeron en dirección del demolido ingenio «Iguaro», situado en el camino de Jesús María y muy próximo á este pequeño poblado, y en su persecución salió la columna Prats.

Poco tiempo llevaban de marcha unos y otros, cuando nuestras tropas lograron dar alcance al enemigo.



TIPO YANKEE AL SERVICIO DE LOS INSURRECTOS

La lucha que entonces se entabló entre los dos bandos fué reñidísima. Los rebeldes se hicieron fuertes en sus posiciones, de las que se habían apoderado para hacer frente á las tropas que les perseguían, y en ellas se defendieron con desesperación; pero todo inútil. Nuestros bravos soldados se batieron con tal denuedo y arrojo, que por segunda vez tuvieron que huír los *mambises*, y la victoria fué ya entonces decisiva para nuestras valerosas tropas.

El enemigo abandonó en este segundo combate quince cadáveres. Además quedaron en poder de la columna diez prisioneros y abandonaron los vencidos pertrechos y municiones.

La columna tuvo un muerto, un herido y varios contusos.

. . . .

Decíanos tambien nuestro referido corresponsal que al atacar el cabecilla Castillo á Managua, importante pueblo de la provincia de la Habana, se pasó al campo enemigo una sección de voluntarios del pueblo de Nazareno. Mas, no por haber sufrido esta defección dejaron nuestros soldados de rechazar el ataque de los *mambises* y de castigarlos, hiriendo al jefe de la partida.

En la madrugada del mismo citado día 11, la partida rebelde que merodeaba por las inmediaciones de Managua, al mando del cabecilla Castillo, invadió y atacó este pueblo, guarnecido por una sección de voluntarios del inmediato poblado de Nazareno.

Al iniciar el ataque los insurrectos, se rindió la sección de voluntarios sin oponer la menor resistencia, sin disparar siquiera un tiro. Los encargados de defender el pueblo se pasaron al enemigo con armas y pertrechos y salieron de Managua en unión de la partida.

Las fuerzas de infantería de Marina destacadas también en la población se defendieron bizarramente, rechazando al enemigo, que tuvo cuatro muertos y muchos heridos, entre ellos el cabecilla Castillo, jefe de la partida, y perdió además algunas armas.

* * *

Una partida insurrecta pasó la noche del 11 en el ingenio «Magdalena», próximo á Aguada de Pasajeros, al Sur de Colón y Nordeste de Cienfuegos y muy próximo á los límites de la provincia de Matanzas y Las Villas.

Los rebeldes confirmaron á aquel vecindario la muerte del bandido José Alvarez Arteaga, conocido por Matagás, el cual venía dedicado al bandidaje desde la pasada guerra y era en toda la isla muy temido por su incomparable osadía.

Matagás era oriundo de la provincia de Valencia, en cuya capital estudió algunos años, y poseía una regular intrucción.

Los *mambises* explicaron á los vecinos de Aguada la muerte del famoso bandido, refiriendo que en el encuentro de su partida con la columna del general Godoy, el cabecilla Arteaga huyó, al galope de su caballo, llevando un muchacho á la grupa.

El chiquillo cayóse de pronto del caballo, y al apearse Matagás para recogerle recibió un balazo en la ingle, que le produjo la herida que le ocasionó la muerte.

Al sentirse herido el célebre bandolero pidió auxilio á su gente y fué por ésta trasladado á una finca cercana, habitada por *pacíficos*, donde á los pocos días murió, siendo enterrado en Sabana Cascajal.

Aseguróse que también había muerto en Trinidad el cabecilla Cayo Fernández, atribuyéndose su muerte á heridas que había recibido en uno de los últimos combates.

Decíase en la Habana que el *generalísimo* de los insurrectos había pernoctado el día 11 en una finca próxima á San Antonio de los Baños, importante pueblo de aquella provincia, situado cerca de los límites de la provincia de Pinar del Río.

Asímismo se tuvo noticia de que el cabecilla Manuel Suárez, que mandaba numerosas fuerzas enemigas, se hallaba en el Camaguey, y había ordenado la división de las partidas en dos grandes grupos. De éstos, el uno operaría á las órdenes del cabecilla Rabí ó á las de Carrillo, y el otro sería mandado por Cabrero.

El nuevo capitán general de la isla había comenzado á dictar órdenes relativas á la campaña.

Una de las primeras medidas adoptadas por el general Weyler fué anular los permisos otorgados á los *reporters* nacionales y extranjeros para unirse y acompañar á las columnas en operaciones.

Un pequeño grupo de una guerrilla de Rancho Velóz sostuvo el día

12 nutrido tiroteo en Sabanilla (Santa Clara), con la partida insurrecta de Candelario Reyes.

Los valientes guerrilleros pelearon con heroismo y causaron á los rebeldes numerosas bajas, entre las que se contó la del cabecilla Reyes, que murió en el combate.

Además hicieron á la partida dos prisioneros y recogieron muchos pertrechos y armas que los *mambises* abandonaron en su fuga.

La partida del cabecilla Núñez atravesó el día 13 la carretera de la Habana á Santiago de los Negros, en dirección á Vajay.

Supúsose que abrigaba el propósito de ir aproximándose á Pinar del Río para proteger la retirada del cabecilla mulato Antonio Maceo.

* * *

Habiendo recibido el general Oliver noticias de hallarse próxímas á Camajuaní (Santa Clara) varias partidas insurrectas, envió para que las batiera al coronel López Amor, al frente de ochocientos hombres de infantería y caballería.

Organizada la columna salió el día 7 de San Juan de los Remedios y el 8 se hallaba en Paso Prieto, donde encontró á las partidas reunidas de los cabecillas Sánchez, Mirabal, Vidal y Bethancourt.

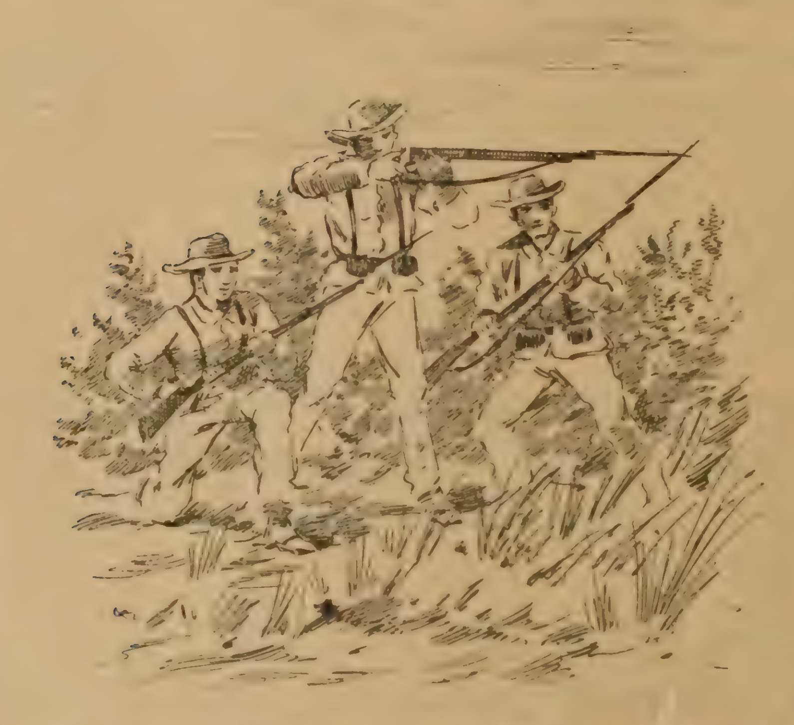
Trabado combate, el enemigo intentó cargar al machete, siendo heróicamente rechazado por nuestras tropas.

Reñida y empeñada fué la lucha, que empezó á las diez de la mañana y terminó á las cinco de la tarde, hora en que el enemigo se retiró abandonando en el campo muchos cadáveres, armas y caballos, y llevándose gran número de heridos.

Sensibles fueron las pérdidas que tuvo la columna, pues resultaron muertos el comandante señor Tomás, el sargento Francisco Otero y

cuatro soldados, y heridos un teniente, un sargento y cincuenta soldados.

Seguíamos sin saber á ciencia cierta el paradero de Máximo Gómez, de quien se dijo que el día 12 había acampado con sus fuerzas en Rato, frente á Jamaica, que luego estuvo en San José de las Lajas, donde arengó al pueblo, y que pasó la noche en el ingenio «Portugalete», donde su partida no produjo destrozos ni causó vejación alguna; pero sin



Tranquilos y serenos dejaron aproximarse á los de la partida... (Pág. 51)

que viésemos oficialmente confirmados estos nuestros informes particulares.

También, por las trazas, habíamos perdido, aunque fuese momentáneamente, las huellas de Maceo, que estuvo varios días á la vista de nuestras columnas.

El hecho, por lo que á éste último afecta, no nos sorprendió, porque con el cambio de jefes que se estaba operando en nuestro ejército,

era natural que las operaciones se resintiesen de falta de unidad y de dirección durante algunos días, que indudablemente serían pocos.

*
* *

Al referirse algunos corresponsales al combate librado en Paso Prieto (Remedios) dijeron que con las partidas que lo sostuvieron iba el «gobierno revolucionario», al que pocos días antes supusieron los mismos en las fragosidades de la Sierra del Cobre. Una de las dos noticias estaba indudablemente equivocada, y bien pudiera ser que lo estuvieran las dos.

Observemos de paso que, según noticias comunicadas por uno de los corresponsales á su diario, el día 10 pasaron por las inmediaciones de Placetas y pernoctaron en Guacamaro, al Sur de Camajuaní, yendo, por lo tanto, en dirección á Occidente, algunas fuerzas rebeldes mandadas por Quintín Banderas, entre las cuales se encontraba la partida de Vidal, que estuvo en el combate de Paso Prieto.

El teniente de la guardia civil don Pedro Romero, que con fuerzas montadas de su instituto se hallaba protegiendo el día 12 la reparación de la línea telegráfica cerca de Durán, fué atacado por la partida del cabecilla Castillo, á la que rechazó, causándola tres muertos y quince heridos y teniendo las tropas un cabo herido, al llegar al kilómetro 49 de la línea de San Felipe á Guara, (Habana).

La exploradora del tren que ausiliaba los trabajos de reparación, fué atacada también por otra partida rebelde, á la cual hizo frente la escolta del tren hasta que llegó en su auxilio una columna procedente de Alforín, cuya vanguardia al mando del teniente coronel Pagliery dispersó al enemigo, causándole 17 muertos y 23 heridos, y cogiéndole 27 caballos.

Apostada en el ingenio «Nueva Empresa», (Pinar del Río) encontró la columna del general Canella, el día 12, á la partida de Antonio Maceo.

Trabado combate, sostenido por los rebeldes desde sus posiciones con gran empeño durante más de una hora, el arrojo y denuedo con que nuestros bravos infantes de Marina atacaron á los enemigos de España hizo que pronto éstos cedieran á su empuje y abandonaran sus posiciones, de las que fueron desalojados y rechazados en dirección á San Juan y Cayajabos, abandonando en el campo 24 muertos, armas, monturas y prendas de vestuario, y retirando muchos heridos.

La columna tuvo un soldado muerto, siete heridos, entre ellos el capitán de infantería de Marina don Manuel Saltier, y 16 contusos, siendo uno de estos el general Cornell, quien á pesar de su contusión de bala en el pecho continuó dirigiendo el combate hasta la retirada y dispersión de la partida.

***

Notamos bastante confusión en los despachos oficiales del referido día 12, por lo que se refería á la situación de los jefes de partidas. Así aparecía el cabecilla Castillo, á quien se supuso herido en el ataque á Managua, saliendo con su partida de San Antonio de los Baños, presentándose cerca de San Felipe, donde atacó á un destacamento de guardias civiles de caballería, y retirándose á Guara al ser perseguido por la columna del coronel Tort que, según nuestros informes, acudió en auxilio del destacamento atacado.

Y si todo ello fuera cierto resultaría, que en menos de 48 horas el susodicho cabecilla habría atravesado dos veces la línea Habana-Batabanó, primero para ir desde Managua á San Antonio de los Baños, y después para volver desde este punto á Guara.

Otro que habia cruzado esa misma línea yendo de Este á Oeste, fué el cabecilla Núñez, que fué de Santiago de los Negros á Vajay, en dirección de Pinar del Río, con el propósito, según se dijo, de protejer la retirada de Maceo, cuya vanguardia nos habían presentado batiéndose en Cayajabos, cerca de Artemisa, con la columna del general Cornell, cuando hacía pocos días se le habia supuesto en San Cristóbal, perseguido por el coronel Hernández y contenido en su marcha cerca de Candelaria por la columna del general Canella.

Por otro lado, Máximo Gómez aparecía también arengando al pueblo en San José de las Lajas, en el centro de la provincia de la Habana.

De todo ello se deduce, que era preciso aguardar informes más exactos y precisos para poder sacar algo en limpio de este cúmulo de contradicciones, poco satisfactorias en definitiva, puesto que nos presentaban á los insurrectos cruzando en todos sentidos la provincia de la Habana y llamando á ella las fuerzas de Las Villas.





CAPITULO IV

El diario de la guerra.—El general Marín á Puerto Rico.—¿Salió Maceo de Pinar del Río?—Telegrama oficial.—Diario de la guerra.—Comentarios.—Apresamiento de un cabecilla rebelde.—Fechorías de los rebeldes en la provincia de Pinar.—Ataque á Bahía Honda.—El comandante militar señor Leal.—¡Viva España!—Sorpresa de un destacamento en la colonia «Mercedes».—Ataque á un convoy.—*Heroicidad* mambí.—100 contra 12.—Situación del *generalísimo* y sus huestes.—Atropellos de los insurrectos en la provincia de la Habana.—Incendios de estaciones.—El jefe de la estación de Campo Florido.—En San Miguel.—La regeneración de Cuba por sus *libertadores*.

Vimos con especial satisfacción, en los informes de nuestro celoso corresponsal en la Habana, que el general Weyler se proponía reconcentrar fuerzas considerables en la provincia de la Habana, suprimir en absoluto los pequeños destacamentos y dirigir la campaña desde la capital de la isla.

Hemos consignado tantas veces en las páginas de nuestra Reseña la necesidad, que en nuestra humilde opinión reclamaba la organización y distribución de fuerzas de nuestro ejército en Cuba, de adoptar aquellas dos medidas, sin las cuales no era posible hacer cosa de provecho, que al verlas á punto de realizarse, sentimos afirmarse nuestra confianza en el éxito de las operaciones.

En cuanto al propósito del general Weyler de permanecer en la Habana para desde allí preparar y dirigir la campaña, también nos pareció muy racional y muy serio.

Ya se nos alcanza que para la *galería* fuera de mucho efecto la inmediata salida á operaciones del general en jefe; pero siempre hemos creído que quien lleva la dirección de la guerra, más que á dar pruebas de valor personal, está obligado á darlas de entendimiento.

El general Weyler se mostraba muy contrariado por las dificulta-



LA COLUMNA DEL CORONEL TORT

des que había de vencer para reorganizar las fuerzas que había encontrado completamente diseminadas, trabajo que, como es natural, requería algún tiempo y retrasaría las operaciones en grande escala y el desarrollo de su plan de campaña.

Esta noticia no fué muy bien acogida por los impacientes que, sin querer fijarse en que estábamos en período verdaderamente crítico, puesto que la reorganización había de efectuarse sin suspender las

operaciones, no les cuadró muy bien la grave dificultad que á la satisfacción de sus impaciencias se oponía.

Embarcó en el vapor *María Cristina*, el día 11, el general Marín, nombrado gobernador general de Puerto Rico, á consecuencia del fallecimiento del general Gamir y en premio á sus buenos servicios, prestados á la causa de España durante su campaña en Cuba.

El pueblo y las autoridades de la Habana hiciéronle una cariñosa despedida. El general Weyler, al frente de todos los generales residentes en la capital, acompañó á su antecesor á bordo del trasatlántico, reiterándole la gratitud de la patria y del gobierno por lo acertadamente que procedió durante su interinidad en el mando superior de la gran Antilla.

***

¿Salió Antonio Maceo de la provincia de Pinar del Río?

Esta fué la pregunta que nos dirigimos unos á otros todos los españoles durante todo el día 15 de Febrero. Indicios había de ello; la noticia, sin embargo, no fué confirmada de una manera concreta.

Dos versiones, respecto de tal rumor, fueron las que circularon. Según la primera, que se nos antojó la menos fundada, el cabecilla mulato se había embarcado en la costa Norte de Pinar del Río, y ya en el mar, cada cual le señalaba rumbo distinto: quien lo envió á la Florida, quien le supuso navegando hacia el departamento oriental de la isla, y no faltó quien lo hiciera desembarcar en Las Villas.

La otra versión, menos pintoresca y más pedestre, puesto que le hacía caminar y penetrar en la provincia de la Habana, por donde salió de ella hacía un mes largo, tenía más visos de verosimilitud.

Fuere de ello lo que fuere, lo que realmente importaba era que el

hecho fuese cierto, porque él demostraría que considerando el famoso cabecilla poco segura la retirada, si la demoraba algún tiempo, tuvo empeño en precipitarla, aprovechando la forzosa aunque pasajera inacción que el cambio de jefe y la nueva organización imponían momentáneamente á algunas columnas.

Un despacho oficial del general Weyler, recibido á última hora ya de la noche del 15, confirmó el regreso desde la provincia de Pinar del Río á la de la Habana de las fuerzas de Maceo, y aunque el telegrama no lo decía, de suponer era que con ellos había entrado también su jefe.

Decía así el telegrama oficial:

«*Habana*, 15.—General en jefe á ministro Guerra:

Con noticias que mil caballos enemigos pasaron por Vapor, cerca de San Felipe, la línea de Batabanó, la tarde del 14, combatiendo ligeramente con columna Segura y fuerza ingenieros, para no abandonar línea, porque otras fuerzas enemigas numerosas están á la parte Occidental, dispuse anoche que en la madrugada hoy reconozca coronel Hernández, desde San Antonio de los Baños, inmediaciones laguna Ariguanabo, donde se señalan rebeldes; que general Echagüe, por Quivicán, marche á San Felipe; coronel Vicuña con seis compañías Saboya, que vaya á Güines é ingenio Providencia, para cubrir aquel paso importante y que se reconozca desde Quivicán pasos ingenios «Mi Rosa» y «San Agustín» por fuerzas montadas del coronel Maroto, de la columna del general Linares, para tomar persecución activa al Oriente, *se ha pasado Maceo;* teniendo análogas órdenes general Aldecoa perseguir enemigo desde Calixto y Pozo Redondo, según reconocimiento batallón Vergara, que lleva hoy vapor de Manzanillo á Batabanó, se colocará en la línea; general Arolas con fuerte columna infantería y caballería, mandada la última por general Ruíz, después de dejar convenientemente guarnecidos Guanajay y Artemisa, viene por Al-

quizar buscando rastro Maceo para perseguirlo, procurando también salirle al paso si intentara retroceder hacia Pinar del Río.

Partida Lacret desde Matanzas se señalaba ayer Sur Alfonso XII, y según noticias, entre ambas líneas férreas de Habana á Matanzas y á Güines y á Unión de Reyes, hay partidas sueltas de las fuerzas de Gómez.—*Weyler.*»

Ya hemos indicado en anteriores páginas que los insurrectos verificaban de noche las marchas más arriesgadas, las que tenían que hacer pasando por las inmediaciones de los lugares en que se hallaban nuestras columnas. El general en jefe confirmó esta opinión nuestra, al consignar en un informe que «no podía oponerse una barrera inaccesible á gentes que, fraccionadas en grupos pequeños, aprovechan la obscuridad de la noche para salvar puntos difíciles.»



CABECILLA PAJARITO

Resulta, por consiguiente, que después del encuentro con la columna del general Cornell, y sin librar nuevo combate, las fuerzas de Maceo habían atravesado la línea Mariel-Artemina, que se decía perfectamente guarnecida; y lo más sensible del caso fué, que no se tuvo noticia de ello hasta que los insurrectos acusaron su presencia dentro de la provincia de la Habana, de tal modo, que el general Arolas, que iba á combatir á Maceo á Pinar del Río, se quedó á retaguardia del cabeci-



EMBARQUE DE TROPAS AL VAPOR «SAN FRANCISCO» EN EL PUERTO DE BARCELONA

lla mulato, y como es natural, hubo de desistir de su expedición á aquella provincia, volviendo á la de la Habana.

Con ello, los que suponían á Máximo Gómez preocupado con la situación de Maceo, parécenos que debieron invertir los términos si eran lógicos. Mejor fuera, sin embargo, que no los invirtieran y que se atuvieran á los hechos, esperando á que ambos cabecilllas se encontrasen verdaderamente apurados, para decirlo.

Las palabras del informe del general Weyler que hemos copiado, no se referían á la dificultad de guardar la línea de Mariel á Artemisa, salvada ya por el grueso de las fuerzas de Maceo, referíanse á la línea Habana Batabanó, tantas veces cruzada por Máximo Gómez, y venían en realidad á preparar los ánimos para cuando la cruzasen también las fuerzas del cabecilla mulato.

En todo ello, por muy desagradable que fuera, no habría en realidad, nada de anormal, si los entusiasmos irreflexivos y las esperanzas que se hacían concebir antes de tiempo, no vinieran á la postre á agrandar con la decepción sufrida, los sucesos adversos, dándoles mayor gravedad.

Por esta razón nos hubiéramos ahorrado bastantes alarmas y desengaños de la opinión, y las cosas hubieran ido probablemente por mejor camino, si desde el primer momento se hubiera dicho la verdad.

El general Weyler no debía creer que los insurrectos pensasen retirarse de la provincia de la Habana, á juzgar por los refuerzos que había pedido á Manzanillo, Gibara y Guantánamo.

De todos modos, y teniendo en cuenta el número de combatientes que había en aquellos momentos en la provincia de la Habana, difícil fuera que se pasasen muchas horas sin que ocurriera algún encuentro importante, cuyo seguro resultado para nuestras armas obligara á los rebeldes á retroceder hacia Oriente.

***

Más que noticias de acontecimientos sucesivos, relacionados con una guerra que llevaba ya un año, parecían, por su forma y por su fondo, las que comunicaba el general en jefe del ejército de operaciones en la isla en el despacho transcrito,—que empieza dando cuenta de haber pasado mil caballos la línea de Batabanó—noticias de una insurrección que acababa de estallar y cuya fuerza no se conocía aún, pero cuyos efectos se empezaba á registrar.

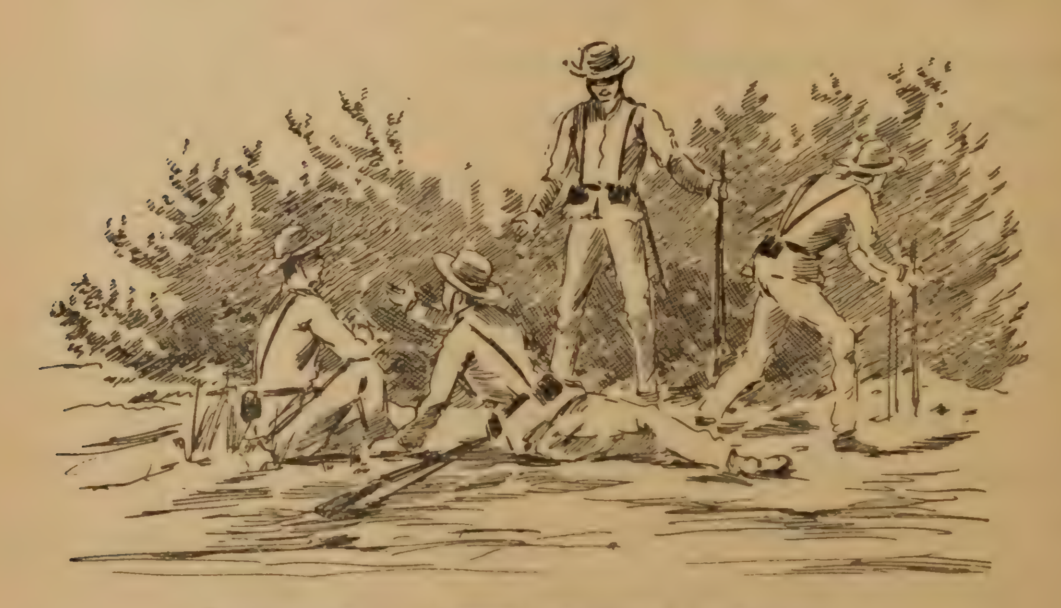
Cuarenta y siete días llevaba el enemigo en la provincia de la Habana, y al cabo de este tiempo se había logrado de tan imperfecta manera el contacto con sus fuerzas, que en el parte oficial á que nos venimos refiriendo, lo que más resalta son las disposiciones encargando á los jefes que reconocieran el terreno y buscasen el rastro del enemigo.

Por eso hemos dicho que más parecía un despacho remitido en los comienzos de una insurrección, que un parte dado después de una serie de sucesos de guerra é incidentes, escaramuzas y combates desarrollados y ocurridos en una campaña de varios meses.

Probónos ello en definitiva, que si carecíamos en absoluto de confidencias por parte de la gente del país, en cambio *tampoco* se hallaba establecido el servicio de exploradores, sin el cual se va siempre á la ventura y á tientas, como en el juego de la gallina ciega.

Para remediar en parte tan grave daño, el general Weyler dispuso que en el plazo de ocho días se reconcentrasen los habitantes del campo, sin pretextos ni dilaciones, en los puntos donde habia guarnición. Medida fué esta que tenía doble alcance: hacer más arriesgado el oficio de espía insurrecto y dificultar algo la disgregación de grupos rebeldes, que no podrían pasar en lo sucesivo por gentes inofensivas, por

pacíficos, á pretexto de que iban solos y no unidos á fuerza armada. Sin embargo, esa reconcentración de *pacíficos* ¿no equivalía á meter el enemigo en casa? ¿no era arrojar á los guajiros adictos y fieles á la causa de España, al obligarles á abandonar sus moradas y sus campos, á las filas de la insurrección? Nosotros opinamos que la medida del general en jefe ofrecía este grave inconveniente, en contraposición al doble



Forrajeando en un campo inmediato á la población.....

objeto que con ella se propuso; inconveniente que contrarrestaba la qondad de la medida y que bien valía la pena de haberlo previsto y pesado su pró y su contra antes de dictarla. A la insurrección había que restarla fuerzas, nunca aumentárselas. Unicamente bajo este punto de vista nos permitimos no discutir, sino llamar solamente la atención sobre la eficacia de la medida adoptada por el ilustre general en jefe.

***

Volviendo al preinserto despacho oficial, parece deducirse de su contexto que los insurrectos operaban un movimiento de concentración

en los límites de la Habana y Matanzas, tal vez para proveerse de municiones que les llevaran desde Las Villas; tal vez para ponerse de acuerdo sobre el giro que debían dar á sus operaciones, en vista del nuevo plan que contra ellos iba á desarrollar el general Weyler. Lo evidente fué que aquellos días se observó en el campo insurrecto un movimiento verdaderamente anormal y extraordinario.

De los horrores que la gente de Maceo había cometido en las provincia de Pinar del Río, nos dió elocuentes y tristes detalles nuestro corresponsal en la Habana. Ahora bien; aunque parecía que los orientales habían abandonado en masa aquella provincia, no por ello podía suponerse que hubiese quedado limpia de insurrectos. Y ese fué otro de los perjuicios que nos trajo el avance de la invasión y la incursión de los rebeldes de Oriente á Occidente; y no, por cierto, el menos doloroso.

***

Cerca de Cienfuegos fué apresada por las tropas una mujer que acaudillaba treinta y ocho insurrectas.

Su apresamiento no dejó de ofrecer alguna dificultad: la cabecilla rebelde hizo frente con su pequeña partida á las tropas que con ellas tropezaron.

A la voz de *¡alto!*, que les dió el destacamento, suponiendo que sería un grupo inofensivo, contestaron las insurgentes á tiros. Nuestros soldados se aproximaron al grupo rebelde sin contestar á la agresión, y la que lo mandaba ordenó el ataque, haciendo fuego desesperadamente, y obligando ya al destacamento á defenderse.

No tardó, empero, la valiente *mambí* en caer en poder de nuestras tropas, si bien se defendió antes como una fiera, al verse abandonada de sus cobardes súbditas, las cuales se dispersaron.

La prisionera, que vestía un traje rojo, con manta azul y blanca, calzón azul y sombrero carey, con la estrella de cinco puntas, y llevaba el cabello suelto, lleno de cintas simbólicas, fué conducida ante la autoridad militar de Cienfuegos, donde fué reconocida y declaró ser *La Cabrilla*.

Continuábamos recibiendo noticias de las fechorías que los *libertadores* de Cuba seguían cometiendo en Pinar del Río.

Antes de salir de la provincia, y, seguramente, para que de su paso y corta estancia en ella quedase perdurable memoria, realizaron brutales atropellos, que los pusieron aún por debajo de las más salvajes kábilas africanas.

Una partida entró en el poblado de Las Pozas, y después de entrar á saco en muchas casas y de apoderarse de cuanto hallaron á mano atropellando é insultando á sus moradores, prendieron fuego á la iglesia.

No contentos aún con tales *hazañas*, propias sólo de caribes, se fueron al cementerio y en él cometieron verdaderos horrores: arrojaron por tierra un altar de la capilla y ultrajaron las sepulturas.

Otra partida entró en San Miguel (Bahía Honda), atropellando á los vecinos, y porque algunos de estos pretendieron impedir que los rebeldes cometieran tales desmanes, el jefe de la partida ordenó que se destruyeran sus viviendas, y ocho casas fueron incendiadas.

Otra partida de vándalos entró en Caiguabo y dirigióse á la ermita, donde la emprendieron á machetazos con las imágenes, arrojándolas luego de los altares y haciéndolas pedazos en el suelo.

También entraron las salvajes hordas filibusteras en Sagua donde asaltaron una casa en que se hallaba con su novia el vecino Vicente González, peninsular.

Mandaba la partida el cabecilla Robau, al que pareciéndole de perlas la novia del leal español, ordenó á los suyos que se apoderasen de la joven, que pronto fué presa de los bandidos, á pesar de su resisten-

cia y de sus gritos de desesperación. Los ruegos de los padres, de los vecinos y del desesperado novio no lograron impedir que Robau se llevara á la graciosa muchacha.

***

El teniente coronel Leal, jefe de la comandancia militar de Bahía Honda, recibió del cabecilla Sotomayor un mensaje intimándole la rendición de las fuerzas que mandaba y la entrega de la plaza, y amenazándole con destruir el pueblo con la dinamita, sino se entregaba.

El pundonoroso comandante militar de Bahía Honda reunió á las fuerzas de la guarnición, y en alta voz leyó el mensaje del cabecilla, que rompió en mil pedazos, exclamando:

«—Así contestan los soldados españoles á los indignos mensajes de sus cobardes enemigos: ¡Viva España!

Y las tropas que guarnecían el pueblo de Bahía Honda se apercibieron á recibir al enemigo á balazos.

El ataque de las huestes de Sotomayor no se hizo esperar y fué violentísimo.

La defensa de las tropas, heróica, sublime.

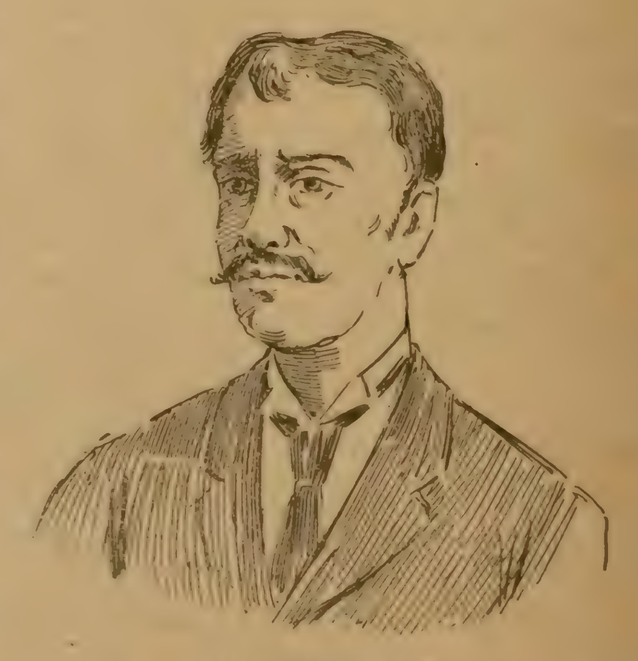
Auxiliada la guarnición por el fuego de cañón del *Alerta*, anclado en bahía, cuyos certeros disparos produjeron grandes pérdidas en los insurrectos, pronto éstos hubieron de desistir de su loca empresa, y vencidos, destrozados, se retiraron en completo desórden.

Practicando un reconocimiento, el día 15, escasas fuerzas de la guarnición de Colón, con voluntarios del quinto batallón de la Habana, fueron sorprendidos al llegar á la colonia «Mercedes» por gran número de rebeldes.

Las tropas se defendieron con bizarría del imprevisto ataque de los *mambises*, hasta que llegada la noticia de la sorpresa á Colón, salieron de este punto otras fuerzas en socorro de sus compañeros.

Con gran oportunidad llegaron al sitio del combate para auxiliar á los sorprendidos, cuya situación era ya bastante crítica y apurada, á causa de la superioribad numérica del enemigo, el cual huyó al ver acercarse á los que en alas del compañerismo acudían en auxilio del grupo sorprendido.

Conduciendo un convoy de Guinea á Miranda (Las Villas) la columna Amaya, fué atacada en mitad del trayecto por una numerosa partida rebelde.



CABECILLA ARCE

La columna se defendió bizarramente del ataque, logrando con su serenidad y nutrido fuego rechazar á los insurrectos, que tuvieron numerosas bajas.

Las tropas hubieron de lamentar las de un oficial y un soldado gravemente heridos y un capitán contuso.

Forrajeando en un campo inmediato á la población doce hombres de la guarnición de Macagua (Matanzas), fueron sorprendidos por una partida de más de cien hombres.

El exíguo grupo de valientes defendióse heróicamente de la cobarde y artera agresión *mambí*, pero apenas entablada la lucha, la mitad de los soldados quedaron fuera de combate: cinco cayeron muertos y uno gravemente herido, é indudablemente hubieran corrido igual suerte los demás, si de Macagua no hubiera salido presurosa bastante

fuerza en su auxilio, á cuya vista huyeron los cobardes *mambises* á uña de caballo.

Por contravenir las órdenes del general en jefe, prohibiendo la salida de las plazas y fuertes de pequeñas fuerzas, fué arrestado el jefe de la guarnición de Macagua.

***

No se conocía de una manera indudable, el paraje del *generalísimo* de los insurrectos. Motivos más que suficientes había, sin embargo, para suponer fundada la creencia de que el principal jefe rebelde se hallaba á no mucha distancia de la capital de la isla, y no lejos de Marianao y Wajay, puntos en los que se decía por referencias particulares haberse librado combates muy importantes.

Parece que las avanzadas de Máximo Gómez estuvieron el día 15 en las afueras de Arroyo Naranjo, poblado que se halla situado á unos quince kilómetros de la Habana.

Los rebeldes no llegaron al centro de la población, limitándose á saquear algunas casas de las afueras, de las que se llevaron víveres en abundancia.

Las partidas que acaudillaban los cabecillas Aguirre y Cárdenas, que con otros merodeaban por las cercanías de la Habana y en lugares no muy distantes de esta capital, estaban cometiendo todo género de atropellos, procurando rehuir todo encuentro con nuestras tropas.

En la línea llamada de la Bahía, ferro-carril directo de la Habana á Matanzas, destruyeron por el incendio las estaciones de Minas y Campo Florido. Las dos se hallan próximas á la Habana, de la que sólo dista la primera unos diez kilómetros, y á la que pusieron fuego los insurrectos y quedó completamente destruida.

De allí se encaminaron los incendiarios á Campo Florido, cuya estación se dispusieron también á destruir por el mismo procedimiento.

El atribulado jefe rogó á los dos cabecillas de las vandálicas hordas filibusteras, que se compadecieran de su situación y no pusieran fuego á la que era su morada, pues que su esposa había alumbrado hacía muy pocas horas, y sacar de allí á la parturienta en el delicado estado en que se hallaba, era poner en grave riesgo su vida.

Nada lograron las súplicas y aún las lágrimas del acongojado esposo.

Al interceder por el desventurado jefe de estación algunos indivíduos de la partida, que se apiadaron de su penosa situación, respondieron los dos jefes:

«—Pues que no la saque; incendiaremos la estación con la enferma dentro.»

Y la incendiaron; pero trasladando antes á la pobre enferma á un bohío inmediato.

Despues se dirigieron á San Miguel donde pusieron fuego á un gran almacén de géneros, que quedó reducido á cenizas sin que pudiera salvarse nada de las existencias.

¡Con ese peregrino procedimiento proponíanse, por lo visto, regenerar á Cuba sus llamados libertadores!.!.





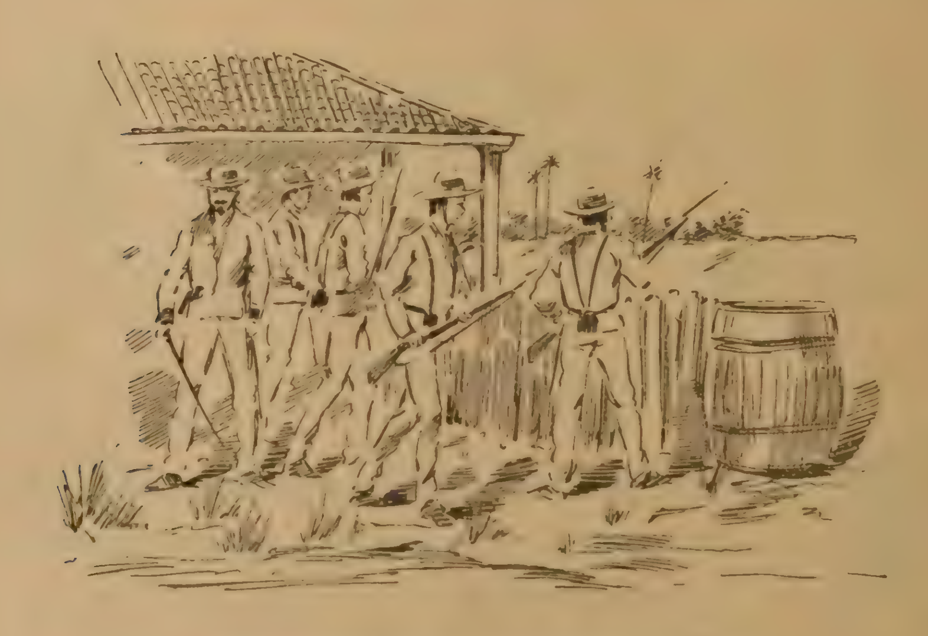
CAPITULO V

Maceo hacia Oriente.—Diario de la guerra.—Situación de nuestras fuerzas.—Nuevas noticias del combate de Paso Prieto.—Importante combate en Wajay.—Tiroteo en Cangrejeras. —Ataque al poblado de Isabel.—Encuentro en Monte Realengo.—Curiosidades *mambisas*.—La cabecilla *La Cabrilla*.—Encuentro en San Antonio de las Vegas.—Sorpresa de los insurrectos.—La columna del general Echagüe.—Diario de la guerra.—Un telegrama de nuestro corresponsal.—Deducciones.—Encuentro eu Guanajales.—La columna del general Linares.—Combate en las Lomas del Porvenir.—Diario de la guerra.

No cabía ya la menor duda de que Maceo había atravesado de Occidente á Oriente la línea de Batabanó. Contra él precisamente iban dirigidas todas las operaciones que se detallaban minuciosamente en el parte oficial del día 16, recibido al siguiente día en Madrid.

En efecto; después de consignar en el despacho el general en jefe que Maceo se hallaba, al recibirse en la Habana las últimas noticias, hacia Santa Catalina, al Sur de Guara, el general Weyler dispuso que salieran en su persecución las siguientes fuerzas: desde San Felipe el general Linares con una fuerte columna de infantería, caballería y artillería; desde Calveto el general Aldecoa, con otra columna de análoga composición, y desde Pozo Redondo el coronel Tort, con el batallón de Vergara y fuerzas de caballería y guardia civil.

Además de estas columnas que salieron en persecución del cabecilla mulato desde los puntos más inmediatos á aquel en que se señalaba su presencia, iba también persiguiéndole, aunque á mayor distancia, puesto que salió el 16 de Alquízar para Güira de Melena y Quivicán, el general Arolas, que llevaba tres fuertes columnas; la de Galvis, la antigua de García Navarro y los seis escuadrones que mandaba el coronel Ruíz.



... nuestros soldados se prepararon á la defensa

Al mismo tiempo, con el propósito de cerrar á Maceo el paso hácia Oriente, el general en jefe dispuso que el general Echagüe fuera por tren, con dos batallones y dos escuadrones, á reunirse en Güines con el coronel Vicuña y el batallón de Saboya; que la antigua columna Canella, al mando interino del coronel don Juan Hernández, fuera á la Habana para desde allí seguir á situarse en el empalme con la línea de Matanzas, más al Este de Aguacate, donde estaba la columna del teniente coronel Paglieri; que la de Molina avanzara desde Alfonso XII (Matanzas), á San Nicolás (Habana), y que el general Prats se

corriera desde Jagüey, al Sur de la provincia de Matanzas, á Corral Falso, al centro de dicha provincia, para vigilar el movimiento enemigo.

Tal es, en resúmen, la situación en que debían hallarse nuestras fuerzas en previsión de que Maceo continuase su avance á Oriente, bordeando por el Sur la parte cenagosa de la provincia de la Habana.

Y para mayor claridad añadiremos nosotros que debían encontrarse á vanguardia del cabecilla mulato las fuerzas de Echagüe, Vicu cuña, Fernández (antigua columna Canella), Paglieri, Molina y Prats, y á retaguardia Arolas (con tres columnas) y Linares, Aldecoa y Tort.

De aquí parece deducirse también que se abandonaba momentáneamente la persecución de Máximo Gómez, el cual pasó á las nueve de la mañana del día 15, con 1.200 caballos cerca del ingenio «Mi Rosa», después de haber atravesado la provincia de la Habana de Oriente á Occidente, es decir, en sentido contrario que Maceo la línea de Batabanó.

Suponía el despacho oficial que ambos cabecillas se buscaban para unirse, y que había pasado el uno casi al lado del otro sin verse. De extrañar fué que hallándose tan cerca no conocieran sus situaciones respectivas.

También hubo de sorprendernos que el general Arolas en su avan ce desde Alquizar á Güira de Melena y Quivicán no tropezase con las fuerzas de Máximo Gómez, que avanzaban, según decía el despacho, en sentido contrario y casi en la misma línea.

De todos modos, y á pesar de la facilidad con que todavía se movía el *generalísimo* en la provincia de la Habana, no parecía posible que transcurrieran muchas horas sin que se verificase un encuentro importante con sus fuerzas ó con las de Maceo.

***

Recibiéronse en la Habana el día 17 nuevas noticias, que se apresuró á cablegrafiarnos nuestro diligente corresponsal, de la brillante acción de Paso Prieto. Aseguraban aquéllas que en este combate tuvo el enemigo más heridos de los que un principio se había dicho.

Parecía comprobado por las manifestaciones de los vecinos de aquellos contornos, que los rebeldes tuvieron en dicha acción más de cien heridos, y que entre éstos se encontraba el cabecilla Severo Pina, titulado secretario de Hacienda, cuyo estado era de gravedad, según se decía.

Asegurábase también que los rebeldes tuvieron cuarenta y seis muertos, entre los que figuraba un famoso bandido que había sembrado la alarma y mantenido el pánico por aquellos campos durante mucho tiempo. Era el tal bandolero el famoso tuerto Rodríguez.

Circulaban con insistencia rumores en la capital de la isla de haberse librado un combate á menos de tres leguas de la Habana.

Decíase que una partida muy importante, que operaba á las órdenes del cabecilla Villanueva, había sido batida el día anterior por nuestras tropas.

Los rumores indicaban como sitio del combate el poblado de Wajay, y, según se afirmaba, había batido á los insurrectos la caballería destacada de Marianao, á diez kilómetros próximamente de la Habana, y el enemigo había tenido gran número de bajas.

Redújose el combate, según despacho oficial del día 17, á que al llegar á Cangrejeras la sección exploradora de caballería de Pizarro, que se hallaba en Marianao, supo su jefe que un grupo de diez hombres armados iban en dirección del ingenio «San Telmo», perseguidos por

la vanguardia de la sección, compuesta de un sargento y cuatro individuos de tropa, los cuales llegaron hasta la casa de la finca donde aquéllos se refugiaron, frente de la cual se detuvieron, sosteniendo vivo fuego con los rebeldes hasta que llegó el total de la fuerza y desalojó de ella al enemigo. Este tuvo cinco heridos y perdió seis caballos.

Una numerosa partida insurrecta, mandada por el cabecilla apodado *El Inglesito*, atacó el poblado de Isabel, en la jurisdicción de Colón (Matanzas).

El ataque fué violentísimo; pero la guarnición hizo una brillante defensa y opuso tenáz y vigorosa resistencia desde el fuerte, con la que impidió que el enemigo se hiciera dueño del pueblo, obligándole á retirarse.

La lucha fué muy empeñada y el nutrido fuego duró más de dos horas, causando á los rebeldes dos muertos y doce heridos, sin que el destacamento tuviera que lamentar baja alguna.

Noticioso de ello el comandante militar de Jovellanos salió la noche siguiente con 50 hombres de infantería de Marina y 100 de las guerrillas y voluntarios movilizados en persecución de la partida, á la que al amanecer encontró acampada en Monte Realengo.

Trabado combate, pronto fué desalojado de sus posiciones el enemigo y ocupado el campamento por nuestras tropas, que recogieron un muerto é hicieron cuatro prisioneros, uno de ellos el cabecilla mulato José Gil, apoderándose además de una mula, 18 caballos, armas y explosivos.

***

No sólo á título de cosa curiosa y rara ó de materia cómica, vale la pena la lectura de las siguientes cartas, que uno de nuestros correspon-

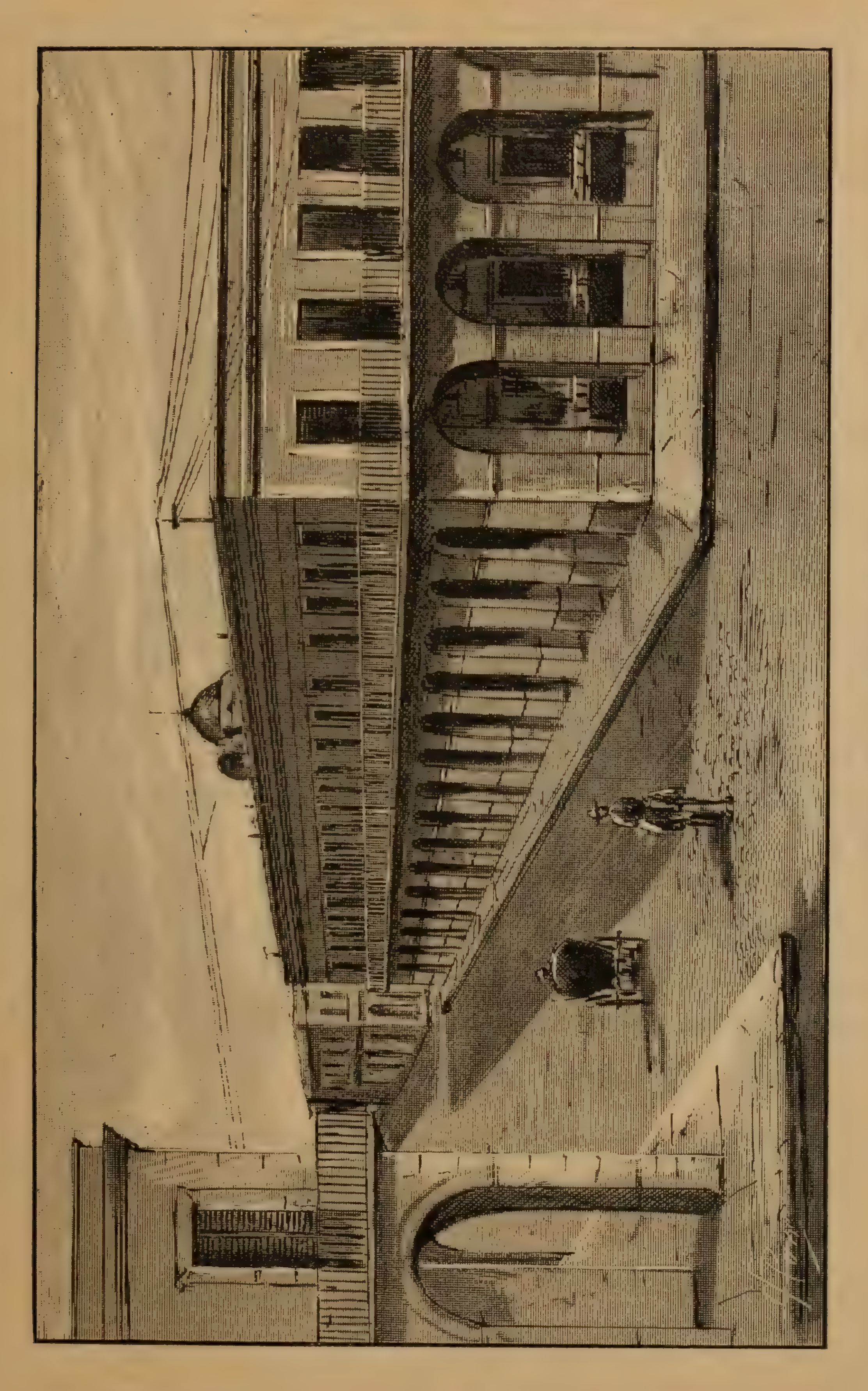
sales en la isla nos remitió por el último correo de Enero, sino porque en cierto modo dan también una idea del aspecto de la guerra y estado de los ánimos en la gran Antilla, en la fecha á que aquéllas se refieren. Son muy curiosas, tienen un sello de autenticidad indudable y bien merecen ser conocidas de nuestros apreciados lectores.

Dicen así las cartas, que integramos con la misma ortografía, á fin de no desvirtuar su lenguaje típico y quitarle su sabor local:



VAPOR FILIBUSTERO RECOGIENDO UNA EXPEDICIÓN EN ALTA MAR

«Estimado Flores: aunque con mucha pena, pero tengo el gusto de desirte como ya me es de todo punto imposible ocultarte lo que me determino á realisar; pero viendo que tu no te deside á aser nada lo aré yo porque aunque sea una mujé, no lo soy, y tengo való y palabra para aser todo, así que me determino ir al campo insureto á defendé lo que tengo de agradesé de esta tiera porque quiero á lo mio y no tengo ya más que pensá que me voy. A vé si tu, al fin, lo ase ó no, pero tu creo tienes mieo, pero yo con sé mujé y too, tengo való, ya tu sabe, y mu-



PLAZA DEL VAPOR (Habana)

cha palabra; asi es que si cree que es mentira, yo me voy cuando tu meno lo crea. Espero lo que haga.—*Isabel.*—Enero 17 de 1896.»

«Sr. D. Flores Bacallao.—Presente.

Flores: ay te dejo esta carta para que se la entregue á el comandante melitá; también te dejo lo que tengo de mujé y el túnico y me llevo los pantalone tuyo para cuando te hagan falta, para lo que guste.—*Isabel Morejón.*»

«Señó comandante melitá de este partido: tengo el gusto de ponerle en su conosimiento como si por casualidá le dan conosimiento ó parte de mi desaparesimiento no jusgue nada de mí, como en asunto de otro carate, más que de que e tomado la determinasión de irme á campo insureto al mando de un pequeño número de persona. Así es que no le culpe á nadie, sólo lo ase mi voluntá y viltú, que me desido ya á sé úti á la umanidá porque aunque sea mujé, no lo soy, y tengo való sufisiente para asé tal cosa.

Es cuanto le puedo desí á V., mi comandante, y quedo de V., segura servidora.—*Isabel Morejón*.—Enero 23 de 1896.»

Esta insurrecta era la cabecilla conocida por el apodo de la *Cabrilla,* que mandaba una partida de 38 mujeres, casi todas morenas y alguna que otra mulata, y que fué apresada, como recordarán nuestros lectores, en un encuentro con un destacamento de tropas cerca de Cienfuegos.

El armamento de esas *mambisas* consistía en machete y rewólver; algunas llevaban Remingtons tercerolas y todas iban á caballo y vestidas de hombres.

***

Siguiendo el movimiento de retirada hacia Oriente las fuerzas insurrectas de Pinar del Río, tuvieron un encuentro en San Antonio de las Vegas, al medio día del 10, con la columna del coronel Segura las partidas de Maceo y otros cabecillas, entre los cuales se encontraba Miró, Collazo y Castillo.

Atacados valientemente por nuestras tropas, los insurrectos se retiraron y se hicieron fuertes en el sitio llamado Lomas Culebra; pero brevísima fué la resistencia que allí opusieron, y no pudiendo contrarestar el certero fuego de cañón y de fusilería de nuestros bravos soldados, se dispersaron huyendo en varias direcciones, abandonando su camino á Matanzas por el Sur y vía férrea de San Felipe á Güines, por temor de un nuevo encuentro con las columnas que les cerraban el paso entre el ferrocarril y la costa.

Abandonaron en el campo de la lucha doce muertos y dejaron en poder de nuestras tropas setenta y un caballos, cinco machetes y muchos pertrechos de guerra, más tres prisioneros que fueron sometidos á juicio sumarísimo.

Se distinguió de una manera notable, en una brillante carga, el segundo escuadrón de caballería de Camajuaní, al mando del bravo coronel Segura.

Al pasar Maceo la línea de Batabanó por el sitio llamado Vapor con sólo setenta caballos, uniósele el resto de su fuerza, compuesta de unos seiscientos hombres, dirigiéndose á San Antonio de las Vegas á reunirse con las partidas de Miró, Diaz y Castillo, que allí esperaban con más de 3.500 caballos.

En movimiento de avance el tren que conducía al general Echagüe y su columna encontró al medio día del 16 en Molina, entre Paraderos, Melena y Palenque á una partida insurrecta de 800 caballos.

Creyendo los insurrectos que era un tren de mercancías se acercaron á reconocerle, viéndose desagradablemente sorprendidos por el vivo fuego con que los recibió la columna.

El enemigo huyó en el más completo desórden, ante el corto pero vivo fuego que se le hizo desde el tren, abandonando en su huida cinco muertos y doce heridos que se le hicieron y varios caballos muertos y muchos heridos.

El tren militar siguió sin más interrupción su marcha á Güines, pues á la brigada del general Echagüe le urgía llegar pronto á su destino.



Se distinguió de una manera notable... (Pág. 83).

Las brigadas de los generales Linares y Aldecoa emprendieron la persecución de los restos dispersos de la partida.

***

Como se vé, un encuentro con Maceo, á quien alcanzó en San Antonio de las Vegas el coronel Segura, y la dispersión, sin combate, de un

grupo de 800 caballos entre Melena y Palenque, por las fuerzas del general Echagüe, fueron los únicos hechos de armas ocurridos en la provincia de la Habana desde que en ella se iniciaron las operaciones que en precedente párrafo hemos detallado.

En la situación de nuestras columnas—según despacho oficial del general en jefe al Gobierno—verificóse alguna variación, impuesta por los movimientos del núcleo de 3.500 caballos que mandaba personalmente el cabecilla mulato. Este habíase corrido algo al Norte, cruzando la línea férrea de San Felipe á Güines, y como al mismo tiempo algunas partidas sueltas, aunque de escasa importancia, se acercaron á la Habana, el general Weyler dispuso que las fuerzas del general Galvis se separasen de la columna del general Arolas y fueran á situarse en Rincón, y que el córonel Hernández, que mandaba la columna Canella, se acercara desde el Empalme hasta La Catalina, al Occidente de los montes de Madruga, para estrechar desde más cerca á Maceo y demás cabecillas principales, que eludían combates y apelaban á la fuga. El general Echagüe con fuerte columna continuaba en Güines y Teresa, oponiéndoseles al frente y en persecución de las inmediatas partidas estaban las fuerzas de los generales Linares y Aldecoa y las del coronel Tort. El coronel Molina seguía con sus fuerzas en San Nicolás, vigilando Caimito y Primavera, y los generales Arolas y Ruiz, en la vía férrea de Güines, en previsión de que contramarchara el enemigo, recorrían la zona entre Alquizar, Güira de Melena y la costa Sur, por tenerse noticias de que Máximo Gómez no se había unido á Maceo.

Conviene observar que los dos encuentros que dejamos reseñados y á que hemos aludido, el de San Antonio de las Vegas con la columna Segura y el de Echagüe, entre Melena y Palenque, no obstante haber ocurrido casi al mismo tiempo, según consignaba el parte oficial, se libraron á 18 kilómetros de distancia uno de otro, y el segundo á unos 8 kilómetros, lo más, de Güines, lo cual demuestra en definitiva

que las columnas en cuanto se movían tropezaban con el enemigo.

Habíamos vuelto á perder el rastro del *generalísimo*, cuyo paradero cierto se ignoraba, por lo visto, y que indudablemente había debido correrse también al Norte por la parte occidental de la provincia de la Habana, pero del cual no habíamos de tardar en saber noticias, á poco que se moviese en cualquier sentido, por la misma razón que más arriba dejamos indicada.

El núcleo de la insurrección dentro de la provincia de la Habana, parecía encontrarse, á la sazón, en el cuadrilátero comprendido entre Güines y Jaruco, al Este, y Bejucal y Arroyo Naranjo, al Oeste, sin perjuicio de que Máximo Gómez y algunas otras partidas estuvieran fuera de ese cuadrilátero.

***

A confirmar en parte las anteriores apreciaciones vino el siguiente telegrama de nuestro celoso corresponsal en la Habana:

«*Habana*, 18.—Circulan diversos rumores relativos á la situación de las numerosas fuerzas que acaudillan en esta provincia los jefes rebeldes Máximo Gómez y Maceo.

Dicen que ambos cabecillas marchan unidos rehuyendo encuentros con tropas, y se habla mucho de los propósitos que persiguen.

Lo que parece cierto, aunque la noticia no está confirmada oficialmente, es que las avanzadas unidas de Gómez y Maceo estuvieron ayer en San José de las Lajas, pueblo situado en el centro de esta provincia. No se sabe que cometieran desmanes.

Desde San José, según las mismas noticias, salieron para seguir su marcha con dirección á Managua, población más próxima de esta capital que la anterior.—*X*.»

***

Dedúcese de este telegrama que después de la acción de San Antonio de las Vegas, Maceo había seguido corriéndose al Norte, hacia San José de las Lajas y después hacia Managua, dentro del cuadrilátero que hemos indicado. Y si era cierto, como nuestro bien informado corresponsal indicaba, que Máximo Gómez se había unido á él, nuestras columnas tendrían también que reconcentrarse, subiendo hacia la Habana.

La columna del coronel Galvis, que estaba en Quivicán, era la que se hallaba en mejores condiciones para avanzar rápidamente por la línea férrea. De todos modos, bien se vé que la audacia de los jefes de la insurrección, acercándose á la capital de la isla, no tenía límites.

Respecto á la situación de los cabecillas que acaudillaban las fuerzas rebeldes en el territorio de las Villas, nos anunció nuestro corresponsal en Santa Clara, con fecha 18, que el cabecilla Lacret decíase se había dirigido con importante núcleo de fuerzas hacia la Siguanea, centro de las operaciones de la insurrección, donde los enemigos de la patria contaban con sus más importantes elementos. Allí tenían hospitales y de allí remesaban á las fuerzas de la Habana y Pinar del Río los pertrechos y armas.

También se decía que Quintín Banderas dirigíase hacia la jurisdiccion de Santa Clara, llevando numerosas fuerzas y acompañándole varios conocidos cabecillas.

Se consideraba seguro que se encaminaban hacia La Esperanza, pueblo situado al Oeste de la provincia.

El propósito del enemigo era, al parecer, reconcentrar grandes fuerzas en dicho punto, para operar contra Santa Clara.

Relacionadas con ese propósito de los insurrectos, recibimos el mismo día noticias de un amago de ataque á Villa Clara.

En la tarde del 13 aparecieron á la vista de Santa Clara numerosos grupos de insurrectos que estuvieron merodeando por los alrededores

de la capital, y ya cerrada la noche, se aproximaron más á la población y recorrieron toda la línea de fortines que defienden la ciudad, haciendo fuego á las fuerzas que los guarnecían.

En todos los fuertes fueron rechazados por las tropas, sosteniéndose en algunos de ellos nutridísimo tiroteo. Antes de alborear el día se retiraron, sin haber causado baja alguna en los fuertes tiroteados.

La presencia de los rebeldes en las inmediaciones de la ciudad, no



Nuestras tropas acometieron... (Pág. 89).

dejó de producir alguna alarma entre los habitantes, alarma aquietada por la seguridad que ofrecen las fortificaciones de la plaza.

Los rebeldes se posesionaron del ingenio «Portugalete», é hicieron retroceder á los campesinos que iban á vender leche y otros artículos á la ciudad.

***

En las inmediaciones del poblado de Guanajales (Matanzas), encontró el día 17 la columna mandada por el general Prats, á las parti-

das que capitaneaban los cabecillas Varona y Sotolongo, en número de mil insurrectos.

Nuestras tropas] acometieron tan denodadamente á los rebeldes, á pesar de su gran superioridad numérica, que deshechos y dispersos á la primera acometida, huyeron en todas direcciones, dejando en poder de la columna cinco muertos, 13 caballos y algunos efectos y pertrechos de guerra. La columna sólo tuvo que lamentar un herido de tropa y varios contusos.

La columna del general Aldecoa sostuvo el 17 en Navío ligeros ti roteos con algunos grupos insurrectos, que rehuyeron todo encuentro con nuestros soldados, huyendo á los primeros disparos.

En el ingenio «Josefina», cerca de Nueva Paz (Habana), una columna de voluntarios movilizados batió y dispersó el mismo día á las partidas mandadas por los cabecillas García y Acevedo, causándoles bastantes bajas.

También en Bodegas de la Sabana de Guanajay (Pinar del Río), practicando un reconocimiento 50 hombres del batallón de San Quintín encontraron algunos grupos insurrectos, á los'que persiguieron y alcanzaron, batieron y dispersaron por completo, cogiéndoles dos muertos, algunos caballos y dos tercerolas.

Aseguróse que llevaban, además, muchos heridos.

Dedicado desde el día 16 el general Linares, con la columna de su mando, á seguir incesantemente y sin descanso el rastro de la partida que capitaneaba el cabecilla Maceo, la alcanzó por fin el 18 en las Lomas del Porvenir, lugar cercano y derivado de los montes de Chimborazo.

Aunque los insurrectos ocupaban fuertes y ventajosas posiciones, bien pronto tuvieron que abandonarlas, cediendo al impetuoso empuje de nuestros soldados, que los pusieron en vergonzosa fuga y completa dispersión, haciéndoles muchos heridos y cinco muertos, que dejaron en el campo.

Tomadas las posiciones enemigas y puestos en fuga los rebeldes dispuso el general Linares que algunas secciones de tiradores practicaran un reconocimiento á retaguardia, noticioso de que á distancia y en aquella dirección se veían desfilar grupos de separatistas, que se supuso pertenecían á las partidas que mandaba el *generalísimo*.

A los toques de corneta de las columnas, que produjeron el movimiento de las tropas en persecución del enemigo, éste se puso en precipitada fuga; pero destacadas dos compañías del onceno regimiento de artillería á pié, y acertadamente emplazadas dos piezas por fuerzas de una batería montada, unas y otras rompieron tan nutrido y certero fuego contra los fugitivos, que éstos dejaron sobre el terreno seis muertos y retiraron 27 heridos, que se llevaron en caballos y hamacas. Fueron contados los últimos por los habitantes en los caserios inmediatos al lugar del combate, quienes aseguraron, además, que las fuerzas insurrectas pertenecían á las partidas que mandaba Máximo Gómez.

La columna tuvo cuatro soldados del batallón de San Fernando y uno del de Talavera, heridos, y un caballo muerto.



Con noticias fidedignas el general en jefe de que Maceo había pasado por el ingenio «Santa Amelia» en dirección de Tapaste y potrero «Cerca», con 3.000 hombres y llevando 80 heridos en los combates sostenidos con el coronel Segura y demás columnas, y que Gómez con sus fuerzas debía llegar en la noche del 18 al ingenio «Morales», para unirse á su *mayor general* mulato, reforzó la guarnición de Jaruco con fuerzas de Guadalajara, y ordenó que las columnas Galvis y Francés, al mando del general Arolas, se trasladasen en trenes desde Gabriel y Santiago de las Vegas, por la Habana, á situarse en la línea férrea de

Matanzas, en Aguacate y Jaruco; que seis escuadrones del general Ruiz fueran desde Bejucal y Cuatro Caminos á la carretera de Sabana á Güines; el coronel Tort á San José de las Lajas y el coronel Segura sobre el enemigo.

El general Aldecoa, que tuvo por Navío tiroteo con otras partidas marchaba al Cármen á ligar con columnas de Hernández en Juan de Catalina, y las fuerzas de Echagüe, que se hallaban en Güines, en combinación con las del general Prats y coronel Molina, avanzasen hacia los montes de Madruga desde La Unión de Reyes y San Nicolás.

El grueso del enemigo parecía querer dirigirse á la provincia de Matanzas, proponiéndose el general en jefe con esta combinación de fuerzas obligarle á combatir.

. . . .

Es tan escasa la distancia entre San Antonio de las Vegas, donde el coronel Segura batió á Maceo el día 16, y las Lomas Porvenir, cerca de los montes Chimborazo, donde lo encontró el general Linares el 18, que á tener la seguridad de que en ambos encuentros se había hallado el cabecilla mulato, habría que suponerle ó muy tranquilo ó lleno de indecisión, por no saber qué camino tomar para esquivar el encuentro con nuestras columnas.

Desde luego lo que parecía evidente era que no se había acercado á Managua, cuya dirección se indicaba que había tomado después de pasar por San José de las Lajas. Posible es que marchara, en efecto, hacia aquel punto, y que después de iniciada la marcha, para despistar á nuestras columnas, retrocediese al Sur, creyendo encontrar libre el camino. Esta era su táctica acostumbrada; pero ya debían saberla de memoria nuestros generales, para no dejarse engañar en lo sucesivo.

Todavía lograría alguna vez evadir la persecución, sobre todo si tropezaba con pequeñas columnas; pero si éstas estaban bastante nutridas para poder distraer de su frente ó centro fuerzas que siguieran el

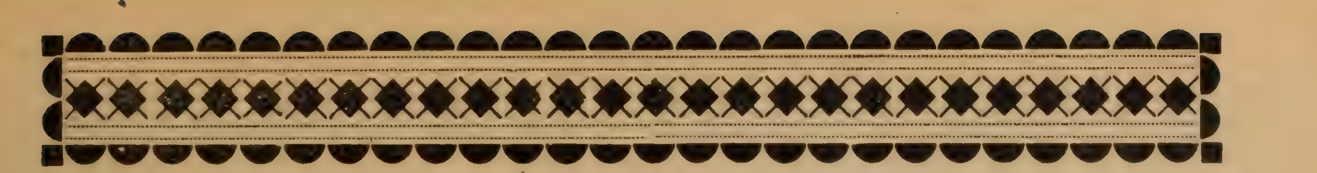
avance por las dos alas, aquel movimiento por los insurrectos tantas veces repetido y que se proponían seguir dando un rodeo, podría sufrir grandes quebrantos y contribuir á la desmoralización del enemigo, cuando se enterase de que no se le dejaba descansar.



FARO EN LA PUNTA DE MAISI (Santiago de Cuba).

Todo el interés de la campaña continuaba reconcentrado en la provincia de la Habana, esperándose con verdadera ansiedad el resultado de las operaciones emprendidas contra los dos jefes principales de la insurrección.





CAPITULO VI

El gobernador de Matanzas.—Circular á los alcaldes.—Ataque á Macagua.—Esperanzas.—Diario de la guerra.—Previsiones del general Weyler.—Ataque á Jaruco por las huestes de Maceo.—Tren de auxilio.—La columna del coronel Hernández.—Combate en la tienda de Molina.—La columna del general Aldecoa.—Encuentro en el ingenio «Morales».—El enemigo huye.—La columna del general Linares.—Encuentro en los potreros «Galvez y Cenas».—Los *mambises* siguen huyendo.—El coronel Tort con su columna les sale al paso —Nuevo encuentro con la columna Aldecoa.—Combate en el potrero «La Charca».—Aldecoa reforzado por Linares.—Pánico de los rebeldes.—La columna del coronel Segura en su persecución.—Dispersión de los *mambises.*—Combate en La Catalina.—Nuevo combate en el paso del río Ojo de Agua.—Rudo y empeñado combate en «El Gato».—Victoria de nuestras tropas.—Desaliento de los rebeldes.—Vandalismo de los *libertadores* de Cuba.—Los insurrectos en los límites de la provincia de Matanzas.—Satisfacción del general en jefe.—La opinión en la Habana.—Serafín Sánchez batido en Las Villas.—Descontento de los orientales.—Diario de la guerra.—Un héroe anónimo—Heroismo del capitán Dobón.—Justa recompensa al valor.

CUMPLIENDO el gobernador civil de Matanzas, señor Porset, las órdenes verbales del general Weyler, en la entrevista que con éste celebró, envió el 19 una circular á los alcaldes de la provincia para que convocaran á hacendados y colonos y les expusieran la necesidad de que formasen á su costa cuerpos armados de defensa para que cuidasen las fincas, recomendando, además, que les expusiera el deber de auxiliar de este modo la acción del Gobierno, desoyendo las amenazas de los rebeldes.

Agregaba que el general Weyler autorizaba á los Municipios que

llevasen á efecto la rápida creación de guerrillas locales, para las cuales el Estado facilitaría armas y municiones, pagando en igual forma que á los movilizados, ycorriendo de cuenta de cada individuo la adquisición de caballo y equipo.

La circular concluía excitando el celo de los alcaldes para que se organizasen inmediatamente estas fuerzas.

Los insurrectos de Matanzas atacaron á Macagua de donde fueron rechazados; también atacaron el Municipio de Guamutas siendo igualmente rechazados, con pérdida de dos hombres muertos y algunos heridos.

Las fuerzas de Antonio Maceo entraron el 19 en el ingenio de «Santa Amelia», término de Managua, donde desengancharon dos mulas de un carromato y se las llevaron.

Produjeron muy buen efecto en la isla los bandos y circulares del general Weyler; el alistamiento de voluntarios aumentaba, y en todo el país renacían las esperanzas, confiando en que se lograría dar pronto una lección dura á los rebeldes.

El núcleo que llevaba Maceo, compuesto de fuerzas de caballería, y contra el cual iban dirigidas principalmente las operaciones que se estaban llevando á efecto en la provincia de la Habana, se había corrido hacia el Norte, con el propósito al parecer de buscar salida por la parte más quebrada de aquel territorio, buscando los montes de Madruga y siguiendo, si lograba este primer empeño, por Sierra Anica y los montes de San Miguel, en la provincia de Matanzas.

Para oponerse á este propósito del enemigo y obligarle á combatir antes de que saliera de la provincia de la Habana, el general Weyler había ido estrechando al cabecilla mulato, haciendo avanzar, como hemos dicho, hasta Madruga algunas columnas de Matanzas y llevando á Aguacate otras que se mantenían en la línea de Batabanó.

Aunque no se había conseguido todavía batir de frente al grueso de

estas fuerzas, se había logrado acosarlas y se había podido seguirlas, y esto tal vez importara más, sin perder su rastro, sabiendo constantemente la dirección que llevaban.

El telegrama oficial recibido el día 20 detallaba una serie de encuentros ocurridos entre nuestras tropas y las fuerzas de Gómez y Maceo; pero sin que ninguno de ellos hubiese tenido excepcional importancia.

En cambio, por ciertas indicaciones, y muy especialmente por la noticia que daba de haberse corrido la columna del general Echagüe desde Güines hasta las Vegas, parecía deducirse que los rebeldes iban acentuando su movimiento de retroceso hacia la provincia de Matanzas, puesto que algunas de nuestras columnas procuraban conservar posiciones á vanguardia del enemigo, para lo cual se habían visto obligadas, como la citada del general Echagüe, á correrse más á Oriente de la provincia de la Habana, casi á los límites ya de la de Matanzas.

Sin embargo, no podía formarse todavía juicio definitivo del resultado alcanzado por las últimas operaciones en la provincia de la Habana. Lo que si podía pronosticarse era que si Gómez y Maceo lograban salir de esta provincia sin mayores quebrantos, sería más difícil acosarlos en las restantes. Mas, de todos modos, siempre se habría alcanzado una ventaja real, si se conseguía empujarles hacia Oriente.

*
* *

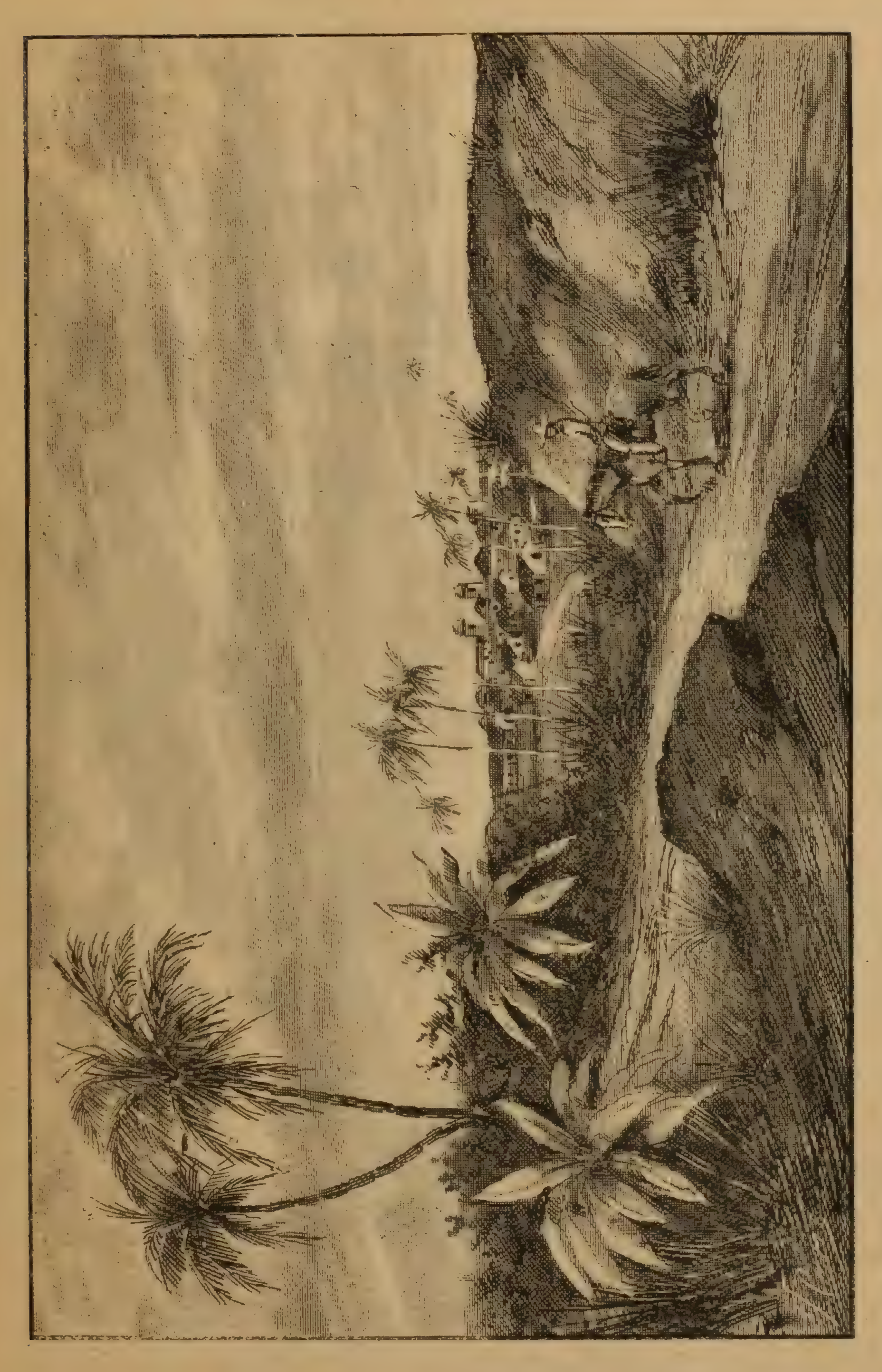
Los informes recibidos por el gobernador general hiciéronle sospechar que Maceo y Máximo Gómez, encontrando dificultades por la situación de las columnas y ocupación de la línea de Güines á Catalina é ingenio «Providencia», para seguir marchando hacia la provincia de Matanzas por la parte Sur de la provincia de la Habana, tomaron rumbo al Norte con el propósito de llamar la atención de nuestras tropas, distrayéndolas de la Catalina y de Güines.

Para prevenir algún golpe de mano había dispuesto el general en jefe que avanzasen hacia Jaruco en tren dos compañías del batallón de Guadalajara, que habían desembarcado hacía poco, procedentes de Santiago de Cuba, y que un escuadrón y fuerza de artillería á pie recorrieran la vía férrea para asegurar el movimiento de esas fuerzas.



OFICIAL DE LAS GUERRILLAS LOCALES

Las previsiones del general Weyler no fallaron. A las nueve de la noche del 18 fuerzas rebeldes en número de cuatro mil hombres, mandados personalmente por Antonio Maceo, cayeron sobre Jaruco, invadiendo la población y atacando al pequeño destacamento que la guarnecía, formado por voluntarios y fuerzas del regimiento de Saboya, y que hubo de refugiarse en la casa cuartel.



POBLADO DE WAJAY (Habana)

La guarnición, que era relativamente escasa, se defendió con bizarría, y varias veces rechazó los ataques del enemigo, dirigido personalmente por su jefe y *mayor general* mulato, que cou voces descompasadas y con gritos contra la patria excitaba á los suyos.

En vista de la tenáz resistencia del valeroso destacamento se dirigieron á la cárcel, cuya guardia, formada por cinco municipales, ante la superioridad aplastante del enemigo y sin medios materiales de defenderse se rindió, é invadiendo entonces el establecimiento penitenciario los rebeldes, dieron suelta á los 24 presos que en él había, pegando luego fuego al edificio.

Desde la cárcel se dirigieron los *heróicos mambises* á las casas de un celador de la misma y de su comandante, las que con algunas otras pertenecientes á peninsulares destruyeron también por el incendio.

En los barrios extremos fué donde causaron mayores destrozos.

A las tres de la madrugada, cuando más engolfados se hallaban saciando el voraz y salvaje apetito de destrucción, corrió entre ellos la voz de que se aproximaba un tren, con tropas de auxilio, y cual bandada de pájaros á la aparición de un niño, huyeron cobardemente, abandonando en las calles de Jaruco un muerto y un herido, varios caballos, armas, pertrechos y municiones. Era efectivamente el tren militar que conducía las dos compañías de Guadalajara y ochenta hombres de Saboya, enviados por el general en jefe á reforzar la guarnición de Jaruco.

El valeroso destacamento tuvo que lamentar la muerte de un voluntario y las heridas de seis soldados de Saboya.

Al amanecer llegó, procedente de Catalina, el coronel Hernández con fuerzas de caballería, que inmediatamente salieron en persecución del enemigo por el camino de Güines, cuya dirección había tomado, alcanzando al poco tiempo de marcha en la tienda de Molina una partida de mil hombres montados, que batió y persiguió hacia Morales y Armenteros, causándola doce muertos, varios heridos y cogiéndola muchos caballos.

Dispersa ya la partida, el coronel Hernández siguió su marcha á Catalina para conservar la importante posición que tenía señalada.

* * *

A las nueve horas de la mañana del siguiente día 19, la columna del general Aldecoa, efectuando el movimiento convergente ordenado por el general en jefe, encontró en el ingenio «Morales» al grueso de las fuerzas de Máximo Gómez.

Roto el fuego por nuestras tropas, sostúvolo débilmente el enemigo, que rehuyendo combate se dirigió hacia el potrero «Galvez».

En este punto era donde, según confidencias, debían reunirse las fuerzas de Gómez y Maceo.

Se trataba, pues, de una operación muy importante para nuestras columnas, porque había que impedir la unión de las fuerzas de los dos jefes principales de la insurreccion.

Los movimientos de nuestras tropas estaban combinados y tendían todos al mismo fin; á evitar la unión de Gómez y Maceo.

Poco tiempo hacía que las huestes del *generalísimo* habían conseguido burlar combate con la columna Aldecoa, cuando dieron con la columna del general Linares, que las batió nuevamente y con gran fortuna.

El encuentro se realizó entre los potreros «Gálvez y Cenas», próximamente al sitio donde debían reunirse las fuerzas rebeldes.

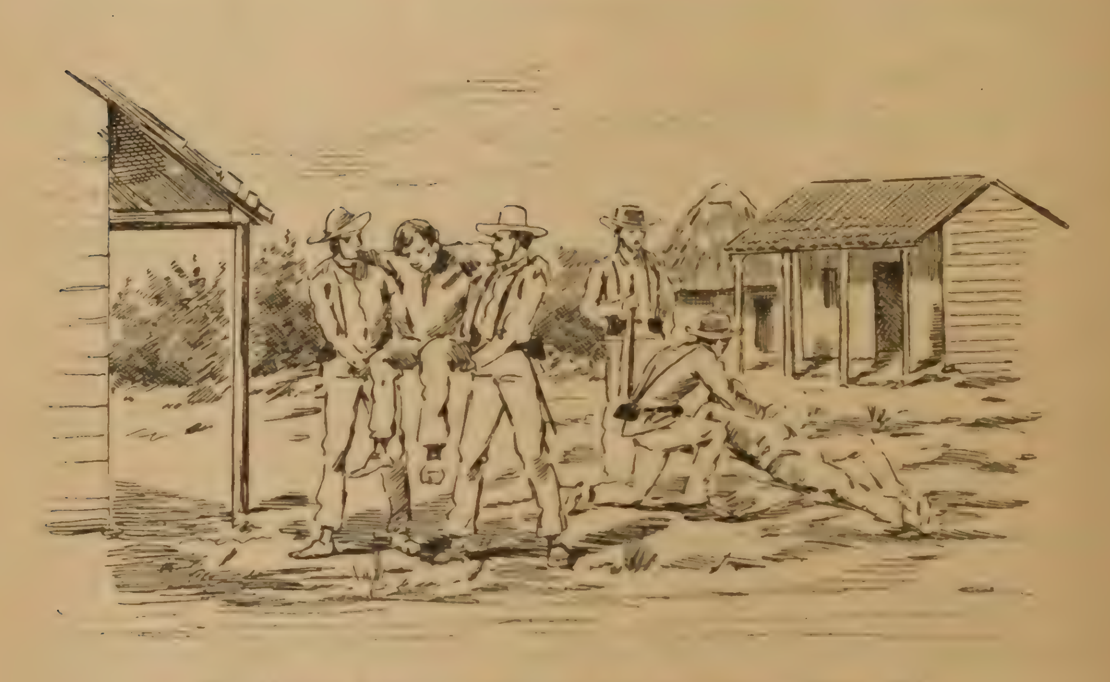
Desde este momento las partidas de Máximo Gómez fueron de derrota en derrota, huyendo siempre y quedando desperdigadas y deshechas.

La columna Linares llevaba artillería y el fuego de cañón hizo enormes bajas en las masas enemigas.

No bien hubo escapado el enemigo del alcance de sus tenaces é infatigables perseguidores, tropezó con la columna del coronel Tort, que le salió al paso.

El *generalísimo,* obligado por nuestras tropas, hacíalas frente siempre; pero siempre también preparando desde los primeros momentos la retirada y cuidando de huir más que de combatir.

Entre las bayonetas de los bravos infantes de Tort dejaron muchos



El valeroso destacamento tuvo que lamentar... (Pág. 98).

muertos los rebeldes, que, acosados, desalentados por la incesante persecución de nuestras incansables tropas huían á la desbandada.

Poco tiempo tardaron, después del encuentro con la columna Tort, en encontrarse de frente con otra columna.

Huían aún de los terribles efectos de nuestras bayonetas, é iban á caer bajo la acción de nuestros Maüssers.

Eran las fuerzas del general Aldecoa, que había salido á campo atraviesa á cortar la retirada al *generalísimo.*

La infatigable columna encontró de nuevo á las huestes de Máximo Gómez en el Callejón de la Charca.

El enemigo sostuvo vivo tiroteo, pero corto lapso; y, dejando un muerto y retirando algunos heridos, huyó como siempre sin aceptar combate.

La columna siguió en persecución de los fugitivos, dándoles al poco tiempo alcance en el potrero «La Charca».

En este punto hízose fuerte el enemigo y trabóse reñidísimo combate, que duró más de dos horas.

Las fuerzas enemigas eran en su mayor parte de caballería.

El ataque de las tropas fué ordenado, violentísimo, admirable. Nuestros valientes soldados se batían con denodado arrojo, como veteranos de la guerra y con el ardor propio de sus juveniles pechos.

El enemigo atacó también dos veces con desesperación. En ambos ataques la caballería insurrecta operó un movimiento envolvente pretendiendo copar ó encerrar en un círculo de hierro y fuego á nuestra infantería, pero ésta la rechazó siempre con sus descargas cerradas, que produjeron numerosas bajas en las filas enemigas.

El éxito de la acción lo decidió nuestra artillería, y la victoria de nuestras armas fué completa.

Durante el combate disparó pié á tierra nuestra caballería.

Habíase iniciado ya el movimiento de retirada en las masas insurrectas y héchose muy débil ya el tiroteo que iba á poner fin al empeñado combate, cuando apareció la columna Linares en el potrero de la Charca.

La presencia de estas fuerzas sembró el pánico en las filas insurrectas, y los *mambises* huyeron una vez más maltrechos y desmoralizados, abandonando en poder de las tropas un herido y gran cantidad de armas y municiones.

Se supuso que el enemigo se llevó buen número de muertos y he-

ridos, porque en el reconocimiento que en el campo de la acción practicaron nuestras tropas se encontraron muchos charcos de sangre y varias prendas manchadas del rojo líquido y agujereadas de bala.

La columna tuvo dos soldados muertos y dos heridos del regimiento de Mallorca, otros dos del de Zamora y varios contusos y heridos leves de la Princesa.

En el combate del Callejón de la Charca tuvieron nuestras fuerzas un herido del regimiento de Mallorca y cuatro de San Quintín.

***

La columna del coronel Segura, que seguía el rastro del enemigo que huyó en dirección á San José, alcánzole al amanecer del día 20 cerca de la Loma del Vigía.

La caballería rebelde estaba formada por unos trescientos ginetes, que rehuyeron combate.

Nuestra artillería le disparó nutrido fuego de cañón, mientras la caballería salió á galope á cortar el paso al enemigo, el cual tuvo muchas bajas.

Continuando en su persecución la columna volvió á encontrar á las fuerzas rebeldes cerca ya de San José.

El enemigo llevaba ochocientos caballos, que tampoco aceptaron combate y se dispersaron huyendo del alcance de nuestros ginetes.

La brillante columna del coronel Hernández (Juan), una de las que sin descanso y con mayor fortuna perseguían á los enemigos de la patria en la provincia de la Habana, tuvo al obscurecer del día 20 un nuevo encuentro con la partida de Maceo, á quien había batido ya en Tienda Molina.

Marchando de Venta Trujillo á La Catalina encontró fuerzas de Maceo apostadas en buenas posiciones, desalojándolas á la bayoneta de dos de ellas, que sucesivamente fué ocupando, y persiguiéndolas y obligándolas á huir hacia La Catalina, donde el enemigo intentó hacer una última resistencia haciéndose fuerte en el poblado. Atacado éste por los bravos soldados de la columna Hernández, pronto viéronse obligados los que en él buscaran refugio á abandonarlo, no sin dejar huellas de su paso, incendiando á su salida algunas casas para distraer á las tropas y entorpecer su persecución.

La columna tuvo quince heridos, causando al enemigo numerosas bajas, que lograron retirar protegidos por las sombras de la noche, pues el combate terminó á las nueve.

El coronel Tort que, como sabemos, operaba con sus fuerzas en combinación con las columnas de los generales Linares y Aldecoa y coronel Hernández, encontró la noche del 20 en el paso del río Ojo de Agua, cerca de La Catalina, la partida de Maceo que acababa de ser batida por el último de aquéllos, trabándose combate entre las vanguardias, que duró una hora, haciendo al enemigo seis muertos y gran número de heridos, que no pudieron precisarse por haberlos retirado.

La columna tuvo algunos soldados heridos, entrando en La Catalina á las once y media de la noche.

Adquirida en este punto confidencia de que el grueso del enemigo estaba en el demolido ingenio «El Gato», salió para dicho punto. Tres cuartos de legua antes de llegar al ingenio, empezaron á hostilizarla pequeños grupos, sin duda con el fin de hacerla variar de rumbo, lo cual no consiguieron.

Al llegar á «El Gato» encontró al enemigo parapetado en posiciones ventajosas, detrás de cercas de piedras y ruínas de mampostería, formando, según costumbre suya, un semicírculo. Desplegada la columna, fué desalojado el enemigo de los flancos, por certero fuego de

artillería é infantería, que le obligó á replegarse en las ruinas y casa de la finca, donde se hicieron fuertes y defendiéronse con tenacidad.

Costó dos horas de fuego de ambas armas el desalojarlo de su fuerte posición, que fué, al fin, tomada por la vanguardia, compuesta de un escuadrón de Pizarro y dos compañías de Vergara.

Dejó el enemigo en el campo de la empeñada lucha diez muertos, que no pudo recoger, calculando que se llevó hasta treinta, y buen número de heridos, según versión de campesinos próximos, que dijeron llevaban dos en cada caballo.



estaba en el demolido ingenio el «Gato»... (Pág. 103).

Desalojados de la primera posición trataron de resistir en las lomas inmediatas, de las que fueron también desalojados rápidamente, dividiéndose al retirarse en dos partidas.

En persecución del grupo mayor, por Lomas Esperanza, salió la infatigable columna, pero se hizo de noche y hubo de desistir de sus propósitos de darle alcance y de sus deseos de batirles de nuevo.

* * *

Por averiguaciones hechas en el terreno, resultó que las partidas fueron las de Maceo, Zayas, Porras, Cárdenas y Gallinga, reunidas en número de cuatro mil á cinco mil insurrectos.

La columna tuvo al capitán don Antonio Serri gravemente herido y doce de tropa, heridos también, de ellos seis graves.

Un paisano que llevaron á Madruga como práctico de la fuerza, dijo á su regreso que los insurrectos iban muy estropeados y desalentados por efecto de la incesante persecución que se les hacía; que llevaban más de doscientos heridos, iban muy deprisa y se expresaban de una manera muy levantada respecto á la bizarría y arrojo de las tropas, y que al oir fuego decían los *mambises* al sonar los disparos:—«Tejer, tejer, y correr, correr.»

Se observaba en la provincia de Matanzas gran movimiento de concentración de partidas hacia los límites de la Habana, para ayudar, sin duda, el paso de Gómez y Maceo, al propio tiempo que en esta última provincia grupos diseminados de rebeldes llamaban la atención de las columnas y amagaban ataques en los poblados sobre la vía de Matanzas, deseando dar paso libre hacia la Ciénaga, al grueso de las fuerzas de los dos cabecillas, amenazando un día incendiar á Jaruco é intimando otro á rendición á las guarniciones de voluntarios de San Antonio de Río Blanco, Casabal y otros poblados inmediatos á la vía férrea, y quemando caseríos.

Para evitar hechos tan vandálicos había colocado en Jaruco, el general en jefe, como centro de operaciones, al batallón de Guadalajara, disponiendo, además, que desde Yumurí á los alrededores de Matanzas operasen pequeñas columnas, por si á pesar de la vigilancia de los pasos y de la activa persecución de las columnas, Maceo y Gómez entraban en la provincia de Matanzas.

Según comunicó el general Echagüe el día 22 al general en jefe, el enemigo había penetrado el día anterior en el central de Nueva Paz,

en el límite de la provincia de Matanzas, ocupando á tiempo sus fuerzas y las de la columna Francés los pasos prevenidos á la entrada de la Ciénaga.

***

El éxito de las brillantes operaciones que estaba realizando aquellos días nuestro valiente ejército, y que consistía principalmente en no dejar reposar al enemigo ni un instante, ni rehacerse de las derrotas continuadas que sufría incesantemente, tenían muy satisfecho á su general en jefe, por la actividad, celo y bravura con que todas las columnas cumplían las órdenes que combinaba el Estado mayor, y muy reaccionada á la opinión respecto al próximo término de la guerra.

En el contínuo ajetreo en que nuestras infatigables tropas tenían al enemigo, sucedía que éste salía de un encuentro con una columna para ir á dar á los pocos pasos con otra; se libraba de un combate con esta, poniendo los piés en polvorosa, y se hallaba sin darse cuenta de ello, obligado á combatir con otra columna. Estrechábanle éstas de tal manera que le obligaban á una lucha, sin solución de continuidad. Aquello era el movimiento contínuo.

Aseguróse que en uno de los encuentros de Máximo Gómez con la columna del bizarro coronel Segura, acaso en el librado en las inmediaciones de San José, tuvieron los rebeldes más de 80 heridos.

La opinión en la Habana mostrábase muy satisfecha del brillante resultado obtenido en el comienzo de las operaciones bajo el mando del general Weyler.

En jurisdicción de Sancti Spiritus (Las Villas), el teniente coronel Armiñán con las fuerzas á sus órdenes batió cinco veces á la partida de Serafín Sánchez, en Ojo de Agua y Carramanala, y en las Olivas al ca-

becilla Tello, haciéndoles varios muertos, veinte heridos y cogiéndoles algunos caballos.

Unos cuantos rebeldes, que formaban parte de la partida del primero de esos cabecillas, cuando operaba en la provincia de Pinar del Río, se negaron á seguirle después del combate de Paso Prieto.

Descontentos por haberles obligado á abandonar su provincia, se expresaban en términos durísimos contra sus jefes.

—Si Maceo y Gómez están apurados—decían—que se fastidien. Ellos no pelean en el llano, *ni fuera tampoco*, y nosotros no hemos de pagar por ellos su locura, operando en terreno que no conocemos.

Añadían que Guilos, el cabecilla á cuyas órdenes habían quedado en Pinar, era un hombre cobarde é inepto.

Huídas las partidas gruesas de Pinar del Río, quedaron sólo grupos de bandidos que se dedicaban á incendiar puntos sin destacamento.

***

Reduciendo á sus naturales proporciones, como lo hacía el general Weyler, los hechos de armas ocurridos entre Júcaro y Santa Catalina, tenemos un encuentro de la columna Hernández con mil insurrectos, en el camino de Güines; otro de la columna Aldecoa, en el que intervino después el general Linares, contra fuerzas de Máximo Gómez, cuyo número no se fija, en el ingenio Morales, y un tercero de la columna Segura en Loma Vigía con doscientos rebeldes.

La importancia de estos combates no puede, pues, graduarse por la de las fuerzas insurrectas que en ellos fueron batidas; pero debe serlo, en cambio, por las pocas horas que mediaron entre ellos, indicación evidente de que no se perdía la pista del enemigo y de que ya

no le era dable impedir la activa persecución de que era objeto, como hasta hacía poco ocurría, por no tener en su seguimiento más que una sola columna, ó porque lograba emplear con éxito alguna de sus acostumbradas tretas para escurrir el bulto.

El sistema empleado por el general Weyler tenía además otras ventajas: la seguridad de que detrás del enemigo y á corta distancia iban nuestros soldados, animaría á los pueblos y les decidiría á



CAÑONERO DE SERVICIO EN LA COSTA

resistir cuando los rebeldes intentasen penetrar en ellos, y como por otra parte los insurrectos no podían menos de recoger sus heridos, cuanto más menudeasen los encuentros, mayores serían por necesidad, las bajas que sufrieran, lo que disminuiría el número de combatientes en tres hombres por cada baja, el herido y los dos hombres, válidos que habrían de cargar con él, mientras permanecieran en las provincias de

la Habana y Matanzas, donde no disponían de un refugio seguro como el que les ofrecía la manigua en las demás provincias orientales.

Eran muy encomiadas las disposiciones dictadas por el general Weyler, merced á las cuales se vieron acorraladas las partidas de Antonio Maceo en Jaruco. Además, por virtud de dichas disposiciones y de la situación dada á las columnas, los rebeldes habían comenzado á retroceder hacia Matanzas, lo cual hacía que en la Habana fuese renaciendo la confianza de que pronto quedarían pacificadas las provincias occidentales y circunscripta la rebelión al Camagüey y Santiago de Cuba.

***

En uno de los encuentros reseñados entre las fuerzas del cabecilla mulato y nuestras tropas resultó muerto el hijo del famoso cabecilla Guillermón.

Dióle muerte un valiente soldado que sostuvo con el *mambí* reñidísima lucha cuerpo á cuerpo.

El soldado resultó en los primeros momentos gravemente herido en el vientre. A pesar de esto el heróico soldado, que arrojaba abundante sangre por la herida, seguía peleando con admirable arrojo, hasta que su enemigo, que le atacaba con el terrible machete desesperadamente, fué alcanzado por un bayonetazo y cayó á su vez vez mortalmente herido.

El héroe anónimo del ejército de la patria, no bien hubo caído al suelo su adversario, se desplomó exángüe y casi sin alientos ya, rendido y casi exánime, siendo recogido aun con vida y auxiliado momentos después por sus compañeros de armas, que en brazos lo transportaron al hospital de sangre.

Ignoramos, deplorándolo, el nombre y la suerte del heróico hijo

de España, que como otros muchos derramó su sangre generosa por defender el honor nacional... ¡Cuántos nombres de otros tantos héroes como el vencedor del hijo de Guillermón quedarán ignorados para la historia...!

De otro hecho heróico, apenas comprensible por el arrojo temerario que revela, nos complacemos en dar cuenta á nuestros lectores, teniendo la satisfacción esta vez de poder señalar á su admiración al protagonista y consignar en estas páginas el glorioso nombre del oficial que lo llevó á cabo, á fin de perpetuar su recuerdo en la mente de todos los españoles.

Brillante y glorioso fué, indudablente, el combate que fuerzas de los batallones de Colón y Alcántara, secundados por un escuadrón de caballería y dos piezas de artillería, sostuvieron con una partida insurrecta de tres mil rebeldes, en los términos de Cacao, Calabazar y Cuatro Caminos, cerca de Jiguaní (Bayamo).

Obtúvose por nuestra parte la victoria á costa de 34 heridos de la clase de tropa y dos capitanes, uno de los cuales, Don Juan Francisco Dobón, en uno de los arranques propios tan sólo de la indomable raza española, realizó un acto heróico, digno de la epopeya, que salvó la situación gravísima y comprometida en que se hallaban las avanzadas.

Al ver el valiente oficial que una pequeña fuerza de Alcántara era envuelta por el extraordinario número de rebeldes, con los treinta guerrilleros que mandaba lanzóse sobre el enemigo, mezclándose con él en el ardor del combate y luchando en proporción de uno contra diez con empuje y furia tal, que logró contener la avalancha enemiga hasta la llegada del resto de la columna, salvando de un copo á la referida fuerza.

En esta épica lucha, el bravo capitán Dobón fué gravemente herido en la región abdominal, y recogido del campo del combate en gravísimo estado fué transportado al hospital de Bayamo, donde afortunadamente curó de su gloriosa herida.

El general en jefe, tan luego tuvo conocimiento del acto heróico realizado por el bizarro oficial, le propuso para el empleo inmediato superior, que sobradamente ganó en tan reñido combate el valeroso capitán, héroe de la jornada.



BARRACONES DEL CASTILLO DEL PRINCIPE (Habana)

A la llegada del grueso de la columna se generalizó el combate, y los cobardes *mambises* fueron completamente derrotados y puestos en fuga por nuestros valerosos soldados.





CAPITULO VII

Operaciones en Oriente.—Carta de Santiago de Cuba.—Detalles del encuentro en Calabazar. —El *chocolate* español.—En el Limbo.—La columna Manrique de Lara.—Encuentros y combates.—Lamentable sorpresa de Jabira.—El Sanatorio de la Cruz Roja de Madrid. —Solemne inauguración.—La Regente y el soldado Rodríguez Reaño.—Relato conmovedor.—Caritativo rasgo de la Reina.

HIJA la atención de España en las operaciones emprendidas por nuestro valeroso ejército contra los dos jefes principales de la insurrección separatista, en las provincias de la Habana y Pinar del Río, tenía poco menos que relegadas al olvido las que, al propio tiempo, se desarrollaban en el departamento Oriental combatiendo á las negradas capitaneadas por Jesús Rabí, Quintín Banderas y otros cabecillas de segundo orden.

El correo de Cuba llegado á Cádiz el día 16 nos trajo varias cartas con interesantes noticias de aquel departamento, y como hace tiempo ya que de los sucesos en él ocurridos no nos hemos ocupado en estas nuestras páginas de la guerra, por atender al relato de los desarrollados en Occidente, creemos de justicia llegado el momento de abrir un paréntesis en éste, para dedicar un recuerdo á las tropas que



CAYOS EN LA CALETA DE SANTA TERESA (Costa Sur)

que en la provincia de Santiago de Cuba operaban y combatían á los enemigos de España, dando cuenta á nuestros lectores de algunos de los hechos por ellos realizados en defensa del honor y de la integridad nacional en aquel territorio, foco principal del separatismo cubano.

De una de las referidas cartas, copiamos los siguientes párrafos dando detalles del importante encuentro ocurrido en la sabana del Calabazar el día 12 de Enero.

«.... Salimos de Santa Rita á las once de la mañana, y cuando habíamos andado una media hora, vimos un grupo de unos doce hombres; se desmontó una pieza de artillería y les hicimos dos disparos, así como también unas descargas de fusilería. Viendo que no hacían caso y que se internaron en la manigua, continuamos la marcha á las dos; una de sus avanzadas nos hicieron unos disparos y huyeron.

Continuamos la marcha sin novedad ni incidente hasta las cuatro de la tarde, hora en que llegamos al sitio donde estaba emboscado el grueso de las fuerzas, las que al tenernos á tiro rompieron contra nuestras avanzadas un fuego tan intenso y nutrido que la caballería se vió obligada á retirarse: aquello era un diluvio de plomo.

Retirada la caballería para poder nosotros trabajar, avanzamos de frente en guerrilla, apoyados por la artillería, y en el momento en que empezamos á hacer fuego, allí habías de ver correr á pié y á uña de caballo á los *valientes mambises*. En seguida comenzaron á hacer fuego las dos piezas que llevábamos, tirándoles diez y seis cañonazos: por todas partes sentíase silbar las balas, no tenías ya que mirar más que dónde podías hacer blanco para disparar con resultado y si te alcanzaba alguno de sus proyectiles, quedar vengado.

No te creas, por eso, que á los soldados les hacía falta que nadie los vengara, porque todos semejaban leones, todos éramos españoles, y lo que deseábamos era vengarnos de la alevosía de aquellos malvados.

Rechazados y puestos en fuga los *mambises* seguimos detras de ellos

hasta que se metieron en las montañas del Cacao; en nuestra persecución los veíamos caer de los caballos, muertos ó heridos, y en seguida se les veía recogerlos y echarlos encima de las cabalgaduras, ó bien les ataban con un lazo y se los llevaban á rastras hasta el monte; así es que nunca podemos cojerles ni muertos ni heridos.

El fuego duró hora y media, y aquello parecía el fin del mundo, por el humo y estruendo de las descargas y los disparos de la artillería. Por nuestra parte tuvimos catorce heridos graves y once leves: á ellos les hicimos, según noticias posteriormente adquiridas, ciento sesenta y nueve bajas: de éstas cincuenta y nueve muertos.

Al reconocer al otro día el campo, encontramos muchos rastros de sangre y siete caballos muertos, que abandonaron en la retirada.

Las partidas con quienes nos peleamos fueron las de Rabí, Quintín, Rubio y Hanana, componiéndolas un total de *seis mil hombres y seis cientos caballos*: nosotros éramos cuatro compañías de Colón, dos id. de Andalucía y parte del tercero peninsular, no llegando en junto á mil quinientos hombres, al mando del general Gasco: así que había seis de ellos para uno de nosotros.

*
* *

«El mismo día 13, antes de emprender la marcha, hicimos un nuevo reconocimiento, encontrando en el monte muchos rastros de sangre y al salir á la sabana nos hicieron nuevos disparos, que nos causaron una baja; le atravesaron una pierna á uno de la segunda compañía.

También atacaron el campamento, pero en el momento en que les hicimos dos disparos de cañón, no encontraron monte donde meterse, pues, según ellos dicen, no les gusta el *chocolate* (á los cañones los llaman *chocolateras*), y como no sea escondidos entre las piedras ó em-

boscados en los montes, no nos hacen frente, es decir, frente ya nos le hacen cuando son cuadruplicado número, y aún así, siempre les toca correr.

Están en el monte, en las alturas, pasa una columna, le tiran tres ó cuatro tiros y huyen. Cuando hay ataques como el que dejo descrito, ya he dicho en la forma que los hacen, ellos son el cazador y nosotros



apoyados por la artillería... (pág. 114)

el conejo; si nos dán, bien, y si no, nosotros no podemos hacerles nada, por las posiciones que ocupan.

A las doce salimos con los heridos para Santa Rita, y el día 14 los llevamos á Bayamo, saliendo al otro día de allí para Cauto el Paso.

Llevamos unos seis meses sin descansar nada, y ya puedes figurarte en la manigua qué vida llevaremos; pero todo lo soporto con paciencia, con tal de que pueda decir siempre que he sentido silbar las balas muy cerca de mí, sin haber recibido de ellas ninguna caricia, lo cual, maldita la gracia que me haria y con seguridad daría ello fin con mi resignación.

Esto me parece que tiene visos y caracteres de durar mucho más de lo que algunos creen.

Cuando me contestes, dime si habeis leído en los periódicos alguna cosa de nosotros, porque aquí estamos como los niños del Limbo; no sabemos más que lo que vemos, y lo que vemos ¡es tan poco agradable!

Yo, hasta la fecha, no he sacado más que tres ó cuatro cruces y una fiebre que me ha tenido en el hospital más de un mes; pero me conformo con haber sacado hasta ahora el pellejo sin agujero ninguno.—A.**—*Bayamo* 20 Enero 1896.»

De otra de las cartas precitadas entresacamos las noticias siguientes:

«La columna del coronel Manrique de Lara, formada en los primeros días del mes de Noviembre, con fuerzas de los batallones de Vizcaya y Alava y una sección del escuadrón del Comercio de la Habana número 2, empezó sus operaciones el día 10 por la jurisdicción de Trinidad, que fué su zona asignada.

Puesto al frente de la columna un jefe tan experto y conocedor de esta guerra como lo es el señor Lara, militar muy apreciado en esta isla por los constantes servicios prestados en ella desde la campaña anterior, de esperar era que los que ahora llevase á cabo respondieran á lo que exigirse debe á su brillante historia militar.

No fueron defraudadas las esperanzas de cuantos así opinamos, y buena prueba de ello han dado los hechos, defendiendo con 250 hombres el poblado de Fomento, cuando en 9 de Diciembre último fué bloqueado por los cabecillas Máximo Gómez y Maceo, con más de 3500 insurrectos; la acción que se libró el mismo día en Vega Larga, entre Fomento y Casa de Teja, con las fuerzas de la columna al mando del teniente coronel don Eladio Salvat, en cuyos combates tuvo el enemigo considerables bajas, por 9 heridos nuestros; la persecución emprendida en la ma-

drugada del 10, siguiendo el rastro de las fuerzas contrarias hasta hallarlas el día 11 en las lomas de Alberiche, después de marchas forzadas y penosísimas, sin probar alimento en todo el día, cooperando, en combinación con la columna del general Oliver, á desalojarle de sus fuertes posiciones, después de un fuego sostenido desde las dos de la tarde del 10 hasta las diez de la mañana del 11, sin interrumpirse la acción durante la noche; la persecución hecha el 12 tiroteando á la vanguardia insurrecta en las cercanías de Turiño; el alcance que el 13 le dió sosteniendo fuego durante todo el día en Mabugina, Sierra de California y monte Molembo, donde se le hicieron muchas bajas, por un muerto y dos heridos de la columna; la marcha que por acuerdo de los generales Oliver y Luque practicó, por si el enemigo retrocedía, por el Manacal, Alberiche, Apocinado, Veguitas y Güina de Miranda, cuyo territorio hasta Báez y Guaracabulla dejó libre de enemigos, operando activamente por los sitios referidos, el Bagá, Quemado Grande y Minas Ricas, habiéndose reforzado la columna con dos compañías del batallón de San Quintín.

Llamado por el general don Sabas Marín para situarle con su cuartel general en Ciego Montero, realizó el día 27 de Diciembre una brillante marcha de diez leguas, desde Báez á Santa Clara, de cuyo punto salió la mañana siguiente y llegó á Ciego Montero á la una de la tarde.

***

«Situado en este punto como base de operaciones, la infatigable columna Lara no ha descansado un momento, reconociendo y explorando contínuamente el territorio encomendado á su vigilancia, dando esta actividad resultados tan satisfactorios, que el día 31 de dicho mes, en un encuentro sostenido por el teniente coronel Salvat con las parti-

das de Sixto Roque, le hizo dos muertos y un prisionero, llamado éste José Alomá Ciarles, el cual fué sujeto á procedimiento sumarísimo.

El día 5 del actual, formadas dos columnas, mandadas una por el coronel Lara y la otra por el comandante de San Quintín, don Hilario Uriz, combináronse operaciones que dieron por resultado hallar una partida insurrecta, batirla y hacerle dos muertos y algunos heridos, sin pérdida alguna por nuestra parte.

Dispuesta la residencia de la columna en Cangrejos, se situó el día 7 en este poblado como base de operaciones, reconociéndose por el comandante del batallón de Alava, don Domingo Alonso, las colonias Constancia, Venero, Jabacoa, La Casualidad, Dos Arroyos y Luísa, sin hallar enemigos.

Los referidos jefes y el teniente coronel del batallón de Alava, don Arturo Domínguez, no descansan un momento, operando activamente por la zona encomendada á la vigilancia de la columna, consiguiendo por este medio que las pequeñas partidas que por aquí merodean no hallen reposo en ninguna parte.

El comandante Uriz batió el 14 á la partida de Arturo Aulet, entre el ingenio «Melones» y la colonia «Adelaida», y batida de nuevo le hizo tres heridos, le mató seis caballos y ocupóles tres sin monturas y varios machetes, no teniendo por nuestra parte novedad alguna.

El 17 al establecer emboscada el capitán don Eduardo Arohuetes de Juan, se despeñó por un barranco, produciéndose una fuerte conmoción cerebral, que hizo su estado gravísimo. Afortunadamente hoy se halla más aliviado y de esperar es que se restablezca pronto, como son los deseos de todos cuantos conocen á tan bizarro oficial. Un soldado de los que llevaba á sus órdenes, llamado José Casellas Alós, al ver que su capitán rodaba al abismo, acudió en su auxilio, produciéndose una herida leve debajo del labio inferior.

El comandante Alonso, operando el 18 por Ciego Montero, Palma-

pito y San Antonio, tuvo fuego en este último punto con una partida insurrecta, á la que hizo dos prisioneros llamados Francisco Aday Almeda y Angel Ugarte Pérez, pájaro de cuenta éste último, según versión popular, y autor de casi todos los incendios que han habido en estos contornos. A los dos se les sigue procedimiento sumarísimo.

Continuada la operación, no obstante haberse dispersado la partida, la encontró de nuevo reunida en la finca denominada *El Cometa*,



INSURRECTOS FORRAGEANDO

atacándola con decisión y ocupándole las posiciones y dos caballos, que abandonó en su huída.

***

«En la tarde del 26 salió de esta población una pequeña fuerza del batallón de Vizcaya, compuesta de ocho individuos de tropa, al mando de un cabo, que se encontraban destacados en el ingenio «Tajo», á una legua de esta villa.

En el callejón de Jabira, situado á mitad de camino, fueron sorprendidos por una partida insurrecta, formada por más de sesenta hombres, al mando del cabecilla Ventura Ramírez, la cual les atacó por sorpresa, cayendo cual avalancha sobre la pequeña fuerza, que se defendió heróicamente.

A los disparos oídos desde distintas partes de esta población salió el comandante militar señor López, con fuerzas de la guardia civil, y el teniente señor Audarica, con fuerzas de Vizcaya, hacia el lugar del suceso, en auxilio del destacamento atacado.

El resultado de la alevosa agresión mambí fué que la pequeña fuerza de Vizcaya, en la desigual lucha que entabló con la numerosa partida, tuvo los siguientes muertos y heridos:

El valiente cabo José Pedarnós, que montaba á caballo é iba al frente de su fuerza, recibió en el ataque graves heridas de bala que le produjeron la rotura de la femoral, causándole la muerte casi instántanea.

El soldado Aurelio Pino fué herido de arma de fuego en la cara externa del muslo izquierdo. Su aspecto es lastimoso y su estado grave, habiendo sido curado de primera intención en la casa del vecino de aquellos lugares don Manuel Santander, y transportado luego á esta población.

Otra de las víctimas de la ferocidad mambí fué el heróico soldado Mateo Vilanova—(de cuya odisea hemos dado ya cuenta á nuestros lectores)—de quien se me permitirá dar al detalle las 14 heridas que recibió, para poder apreciar en todo lo que vale, el valor á prueba heróica de este valiente soldado que pertenecía como los demás, á la segunda compañía de Vizcaya. Siete heridas tenía en el cráneo, cuatro con fractura de la lámina externa; pérdida de los dedos meñique y anular de la mano izquierda; y tres en el antebrazo derecho con fractura conminuta del cúbito y penetración en la articulación de la muñeca.

La defensa de este valiente soldado acaso no tenga otra igual en esta guerra. En situación desesperada y habiéndole arrebatado el enemigo el armamento, se batió pecho á pecho y á brazo partido, con un machete que quitó á los mismos insurrectos, con cuatro de éstos, matando á dos, á quienes vió llevárselos cruzados sobre caballos, y poniendo en fuga á los demás cobardes.

Su aspecto, cuando lo visitamos en la clínica, debido á la fina amabilidad del doctor Estrada, era de paciente serenidad y sufrimientos contenidos, que le producían un continuado sopor ¡tal era la magnitud de sus atroces dolores! Su estado, según informe facultativo, es sumamente grave.

En la tarde de ayer se dió cristiana sepultura al cadáver del infortunado cabo José Pedarnós, recogido en el campo de Jabira y traido á esta población. El fúnebre y numeroso cortejo lo acompañó desde el hospital militar hasta el cementerio, cuyo trayecto se hallaba invadido por un gentío inmenso. La música y el cuerpo de voluntarios, así como las fuerzas de la plaza, acompañaron al cadáver hasta la última morada, y las personas más salientes de nuestra sociedad formaban parte del numeroso y lucido acompañamiento. Muchas coronas particulares, con la que le dedicó el coronel Rubin, la del cuerpo de voluntarios, Ayuntamiento y Sociedades adornaban el modesto y severo féretro que encerraba los restos de un mártir de la patria.—..** *Trinidad* 28 Enero de 1896.»

***

Solemne inauguración tuvo el día 17 de Febrero el sanatorio de la Cruz Roja para heridos ó enfermos que regresen de Cuba, instalado en el hospitalillo municipal de Vallehermoso, en Madrid.

Asistió al acto la Regente, acompañada de su hermano el archiduque Eugenio, los duques de Medina-Sidonia, la condesa de Sástago, los generales Polavieja y Manzano, el coronel Barraquer y el ayudante del archiduque.

La comitiva oficial fué recibida por el clero de la parroquia de los Dolores, presidida por el obispo de Madrid Alcalá; por los ministros de la Gobernación y de la Guerra; el gobernador civil, el alcalde, el presidente de la Diputación provincial, los individuos de la Asamblea suprema de la Cruz Roja y los hermanos de San Vicente de Paul, encargados de cuidar á los asilados en el benéfico establecimiento.

Cuando entró la reina se dirigió á la capilla, sencillamente decorada y que lucía ese día hermosos tapices enviados de Palacio, donde se cantó una Salve, oficiando de pontifical el obispo de la diócesis.

La Regente pasó luego á visitar todas las dependencias del Sanatorio.

Seis eran los enfermos que se hallaban aquél día en el asilo, que estaba ya prestando los servicios de su benéfico instituto. De los seis, todos se hallaban en camino de curación rápida, exceptuando uno; Antonio Rodriguez Reaño, soldado extremeño, que sufrió en Santiago de Cuba un machetazo horrible en la región occipital y una herida de bala en la cadera izguierda.

La Regente y el archiduque, después de una visita detenida al hospital, conversaron con los seis asilados, preguntando á cada uno de ellos por su enfermedad y pidiéndoles detalles de los hechos de armas en que recibieron sus heridas.

Las palabras con que el soldado Rodriguez Reaño hizo el relato de todos los pormenores de sus heridas y de cómo las adquiriera, conmueven verdaderamente y merecen ser conocidos de todos los españoles entusiastas por nuestro valeroso ejército.

—¿Qué tienes?—preguntó la reina al herido, que, como los otros,

esperaba en pié al lado de su cama á que pasara por su lado la regia comitiva.

—Tengo, señora, estas heridas—contestó el interpelado—que me hicieron los insurrectos en Santiago de Cuba.

—Y ¿cómo ocurrió el hecho?

—«Pues ocurrió el suceso en Campechuela, cerca de Santiago, el día 31 de Agosto, fecha que no olvidaré nunca.

»Guarnecíamos un fuerte 65 hombres; seis ú ocho parejas de in-



MAYORAL DE UN INGENIO

surrectos lo atacaron, haciendo algunos disparos. El capitán don Desiderio Sánchez, del 8.º peninsular, mandó que saliéramos 20 hombres del fuerte á practicar un reconocimiento, y al llegar al potrero se presentó el capitán de la guerrilla con cinco guerrilleros á advertirnos que había mucha fuerza enemiga.

»Nuestro capitán siguió adelante con los 20 hombres, y entramos en fuego con los enemigos, llegando hasta el sitio en que estaban emboscados en todas direcciones. La caballería enemiga hizo una descarga

y nos cortó la retirada. Ocho de los nuestros pudieron escapar y los que quedamos cogidos y encerrados en el círculo formado por el enemigo nos resistimos hasta hacer uso de la bayoneta y del machete. Mandaba á los insurrectos el cabecilla Salvador Río.

»Sobre mí se echaron tres; pude guardar la espalda con el potrero, me defendí á tiros, y dos de ellos se retiraron, no sé si heridos. El que se quedó contra mí, gritóme: «Tire el arma, soldadito.» Yo le contesté con un voto, pude picarle el caballo que montaba, logrando hacerle retroceder, y quedó separado unos seis pasos de mí. Lleno de coraje, disparé sobre él mi fusil, entrándole hasta el fogonazo, y cayó *pa trás* sobre las ancas del caballo.

»Al *dir* á ganar el potrero, y en el momento en que volvía la cabeza, otro insurrecto me *largó un viage* con su machete. La cabeza me cayó *pa lante* y con mis manos la eché *pa trás* y la sujeté *pa* que se tuviera derecha, y me fuí al potrero. A los cuarenta pasos me faltaron las fuerzas y caí; pero sin perder el conocimiento.

»Escondí en la tierra las armas y las municiones *pa* que no se las llevara el enemigo, pude incorporarme y á rastras un rato y otro tambaleándome llegué milagrosamente vivo á otro fortín de los nuestros. Mis compañeros me llevaron á casa del médico de Campechuela.

»No quiso curarme.—«La vida que le queda, dijo al verme, durará menos tiempo que la cura.»

»Yo le repliqué al escuchar sus terribles palabras:—«Cúreme, dure ó no.»

»El médico ni siquiera me contestó y se fué á atender á otros heridos en el mismo encuentro, que acababan de llegar.

»Al volver, al poco rato, al sitio donde yo me hallaba, me dijo:

»—¿Todavía estás vivo? Parece que tienes mucho ánimo. Voy, pues, á curarte.»

»Estaba encharcado en mi sangre.

»A los tres días de curado, fuí conducido en un vapor á Manzanillo, en cuyo hospital estuve dos meses. De allí fuí transportado al de la Habana y luego dos meses al Morro, al depósito de transeuntes.

»Al fin vine á la Península, como me vé Vuestra Real Magestad, y máñana me iré á mi pueblo á pasar la Semana Santa y volveré después aquí á que me hagan una nueva cura...»

La Regente dirigió algunas frases de consuelo y de elogio al heróico soldado, y antes de marcharse se informó del médico del establecimiento acerca de su estado.

El doctor Candela contestó que el paciente podría curarse, practicándole la delicada operación de la terotomía.

Al abandonar la augusta señora el Sanatorio, dispuso que se entregasen cincuenta duros á cada uno de los asilados en él.

El caritativo rasgo de la reina fué muy celebrado por la prensa y aplaudido por la opinión.





CAPITULO VIII

Diario de la guerra.—Retroceso de los rebeldes.—Telegrama oficial.—La columna del coronel Segura —Captura de *El Inglesito*.—Otro *Inglesito*.—El destacamento de Jicotea. —Heróica defensa y brillante retirada.—La guarnición de Marianao.—Batida de las partidas Acosta y Villanueva en Punta Brava.—Lamentable equivocación.—La guarnición de Managua y la columna del coronel Molina.—Deplorable sorpresa en Guamutas. —Vandalismo separatista.—Saqueo é incendio del poblado Estante.—Destrucción de un fuerte.—Diario de la guerra.—Telegrama oficial.-- Comentos y suposiciones.—«Acto de fuerza.»—Caso de extrañeza.

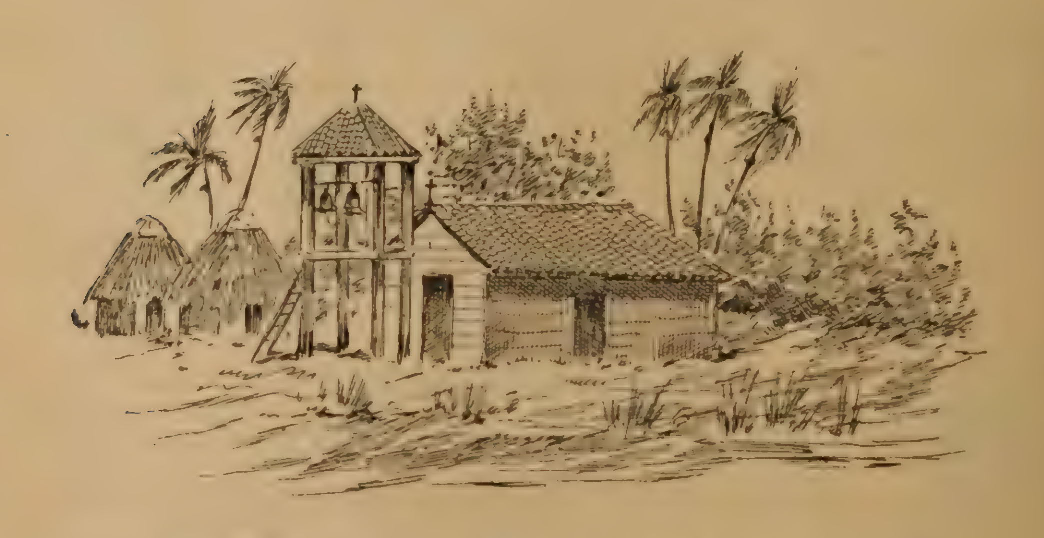
LA noticia lanzada por la prensa de Madrid el día 22, y cuyo eco repercutió en toda la Península, de que Máximo Gómez y Maceo habían salido de la provincia de la Habana, era demasiado importante para que el general Weyler, á tener la certeza de tan plausible suceso, no se hubiese apresurado á comunicarlo.

Lo anunciaron, sin embargo, como hecho que no admitía duda, algunos corresponsales de la Habana, los cuales tenían además noticia de que los dos principales jefes de la insurrección se dirigían á la Ciénaga de Zapata, para evitar la persecución de nuestras columnas.

Nosotros solo supimos lo que habia dicho el general Weyler respecto de la distribución de nuestras fuerzas, á saber: que el general Aldecoa estaba en Güines, Echagüe en Vegas, Hernández en la Catalina, Molina en Madruga y Prats en Aguacate ó el Empalme, y no se nos al-

canzó bien, mientras no lo confirmase el general en jefe, que hubiesen pódido rebasar esta línea sin dar de nuevo la cara, para internarse en Matanzas.

Y no es que lo considerásemos imposible en absoluto, pero, á lo menos, parecía natural que debiéramos saber por qué punto habían cruzado la línea divisoria de ambas provincias; y sobre detalle tan interesante, los corresponsales guardaron en sus despachos la mayor reserva.



IGLESIA DEL PUEBLO YAGUARAMAS (Cienfuegos)

¿Era que los insurrectos se habían fraccionado en pequeños grupos y habían repetido, para salir de la Habana, la maniobra que ejecutaron al abandonar Maceo la provincia de Pinar del Río? Todo podía ser, pero nadie lo aseguraba.

El único dato de que disponíamos para creer que el movimiento de retirada iniciado por el enemigo no había debido interrumpirse, era el paso del general Arolas á la provincia de Matanzas. Ello parecía indicar que el general en jefe confiaba en que Gómez y Maceo no podrían retroceder, y que impelidos á seguir hacia Oriente se procuraba que



HUIDA DEL CABECILLA ROLOFF A NEW-YORK

tropezasen en Matanzas con fuerzas que los volvieran á batir y que después siguieran picándoles la retirada.

A confirmar estas nuestras apreciaciones vino un despacho oficial del general en jefe, expedido en la Habana el 22 y recibido por la noche del mismo día en el Ministerio de la Guerra.

De su contenido deducíase que Maceo, después de ser batido el 19 cerca de La Catalina y el 20 en el ingenio «El Gato», pernoctó el 21 en Nueva Paz, es decir, en la provincia de la Habana, pero tocando ya con la de Matanzas.

También hacía constar el despacho que algunas fuerzas del enemigo habían retrocedido á San Nicolás, alejándose de la divisoria de Matanzas, y que varias partidas se corrieron por el Norte hacia Jaruco, con objeto de llamar la atención de nuestras columnas lejos del lugar en que se encontraba Maceo.

Del paradero de Máximo Gómez nada se decía en el telegrama oficial.

En resúmen: era muy probable que Antonio Maceo, en la fecha á que nos contraemos, hubiese logrado penetrar en la provincia de Matanzas por debajo de Nueva Paz. Conviene advertir que en el último encuentro que tuvo con nuestros valientes soldados llevaba el cabecilla mulato de 4 á 5.000 hombres, y que sus heridos no bajarían de 200.

Las demás partidas continuaban dentro de la provincia de la Habana; pero había que confiar en que no permanecerían allí mucho tiempo.

Por lo mismo que nos atenemos á los hechos, y hacíamos poco aprecio de los entusiasmos irreflexivos, nos complacemos en consignar que el horizonte se iba aclarando de una manera sensible y que la activa persecución que sufría el enemigo empezaba á dar sus naturales frutos.

***

Considerándose seguro que en los sitios de la provincia de la Habana, donde habían sido batidos los rebeldes con tan brillante éxito durante aquellos días, debían quedar ocultos muchos insurrectos, practicóse un minucioso reconocimiento por la columna que mandaba el coronel Segura, entre Güines y San Nicolás, recorriendo los sitios donde se suponía que debían hallarse escondidos grupos de rebeldes, pertenecientes á las fuerzas enemigas. La operación dió por resultado el hallazgo de numerosos grupos, que á la vista de nuestras tropas emprendieron precipitada fuga; pero perseguidos por la columna, cayó en poder de nuestras tropas el cabecilla apodado *El Inglesito*, importante jefe de las hordas separatistas y hombre sanguinario, de quien se referían horribles desmanes y atropellos.

El prisionero, titulado coronel del ejército *libertador* de Cuba, fué sometido á procedimiento sumarísimo.

Creemos oportuno advertir á nuestros lectores que la identidad del apodo hizo á algunos confundir al cabecilla apresado con otro, conocido también por el *Inglesito*, natural de Regla (Habana), más popular que éste entre los enemigos de España y cuyos hechos recordaban con elogio los rebeldes.

Aquél *Inglesito* llamábase Enrique Reeve, y era hijo de un inglés, de donde tomó origen su apodo.

Reeve cayó en poder de nuestras tropas y fué fusilado en el acto sobre el mismo campo de acción. Se le dió por muerto; pero los tiros no habían hecho más que herirle gravemente.

Recogido por sus parciales fué curado de sus heridas en poco tiempo, y no se tardó mucho en verle reaparecer al frente de sus huestes realizando verdaderas atrocidades contra los leales á España y predicando por dó quiera la guerra y el exterminio contra los españoles.

Murió en una emboscada en las inmediaciones de Colón.

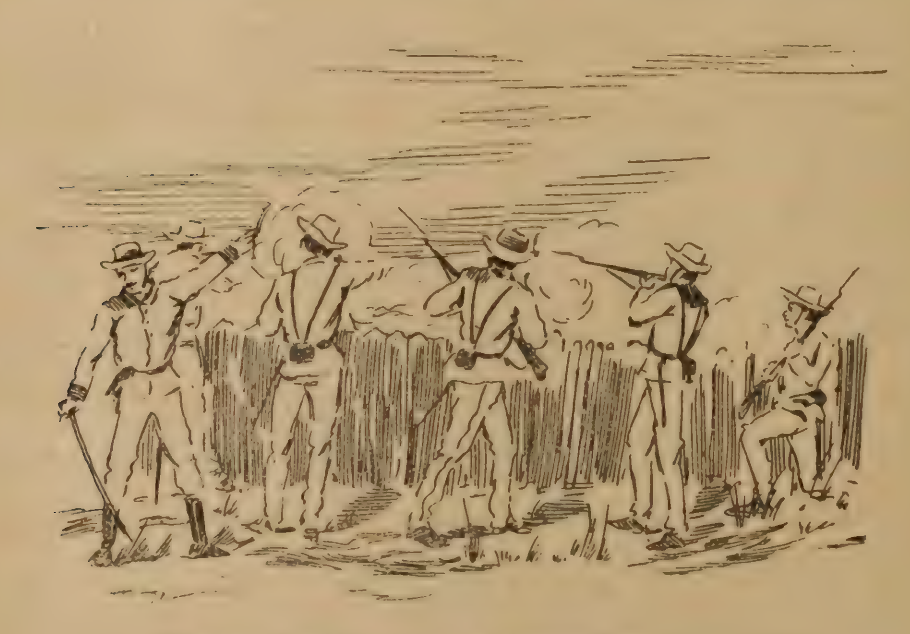
El Inglesito capturado por los soldados del bravo coronel Segura

se llamaba Alfredo Gold y era también un rebelde temible por sus feroces instintos.

Los hechos que más nombre le habían dado entre los enemigos de España habían sido la destrucción de los ferro-carriles de Matanzas y de Cárdenas y Júcaro.

*
* *

Consignaba el general en jefe en su despacho oficial del 23, que los últimos encuentros habían levantado el espíritu patriótico de los po-



Un grupo de voluntarios, parapetados... (pág. 134)

blados y campesinos, y que se observaba gran desmoralización en las partidas grandes.

Confirmaban confidencias que la partida de Periquito Pérez dividióse en el ingenio «Merceditas», por negarse á ir, parte de ellos, en dirección de Vuelta Abajo.

Marchando de exploración el día 22 el destacamento de Jicotea

(Las Villas), encontró en Diamante fuerzas enemigas numerosas que trataron de envolverle. El valeroso destacamento forma el cuadro y se defiende bizarramente durante hora y media, batiéndose en retirada y teniendo siempre á raya con sus nutridas y certeras descargas á la ca ballería enemiga, que al fin se retiró sin conseguir su propósito.

Tuvieron nuestras tropas cinco heridos, entre ellos el oficial que las mandaba. Las bajas del enemigo quedaron ignoradas.

Seguían ocupando nuestras columnas de la provincia de la Haba na las posiciones del día anterior, cubriendo las líneas en los pasos de Tana y en la de Batabanó, por si los principales cabecillas intentaban pasar de noche, escoltados por cincuenta ó sesenta hombres, esperando luego al grueso que pasara aunque fuera sosteniendo combates huyendo.

Una pequeña columna organizada por el comandante militar de Marianao, con fuerzas de la guarnición, voluntarios y bomberos, á las órdenes del capitán Calvo, de orden público, batió el 23, destrozándolas, á las partidas de los cabecillas Villanueva y Baldomero Acosta, cerca de Punta Brava (Guatao), causándoles 20 muertos, que recogió y entregó para su enterramiento al alcalde de Guatao, haciéndoles 15 prisioneros, entre ellos un herido, cogiéndoles diez caballos con monturas, machetes y pertrechos y suponiendo lleváronse muchos heridos.

Seguía la batida por la zona la columna de artillería á pié y un escuadrón de Borbón, al mando del teniente coronel Cavestany con el capitán Calvo y la sección de caballería del regimiento de Pizarro.

***

Sensible fué el accidente ocurrido el 22 en el poblado de Madruga (Habana), á la columna del coronel Molina.

Anochecía ya cuando las fuerzas que formaban la columna dirigié-

ronse á pernoctar en el referido poblado, base de las operaciones en aquella zona.

Los voluntarios que guarnecían dicho poblado sintieron aproximarse las fuerzas, y suponiendo que era una partida insurrecta, aprestáronse á la defensa.

Tendía ya la noche su negro manto sobre la población y la campiña, cuando la vanguardia de la columna llegaba á la entrada del pueblo.

Un grupo de voluntarios, parapetados en unas casas de las afueras del pueblo, hizo fuego contra los soldados, con tan triste acierto, que un cabo cayó muerto de un balazo, el teniente que mandaba la sección quedó gravemente herido, y resultaron también heridos, aunque no de tanta gravedad, dos soldados.

Cuando la vanguardia, repuesta de la desagradable sorpresa que le causara la imprevista agresión, suponiendo á su vez que los que les agredían eran insurrectos, hechos fuertes en el poblado, se disponían á atacar, llegó el coronel Molina con el resto de la columna, y sospechando en una lamentable equivocación ordenó á los cornetas dar los toques con las contraseñas.

Gracias á la serenidad y previsión del coronel Molina, evitáronse mayores desgracias.

No menos de sentir fué también lo ocurrido el propio día á un pequeño grupo de soldados de caballería, pertenecientes al destacamento de Guamutas.

Habían salido del poblado los soldados de María Cristina para llevar los caballos á forrajear en las inmediaciones, cuando de improviso viéronse sorprendidos y atacados por unos ciento cincuenta insurrectos que, lanzándose violentamente sobre ellos, les dieron una terrible carga al machete.

Aquel grupo de valientes defendióse con bizarría durante largo rato, á pesar de la superioridad numérica del enemigo y de las sensi-

bles bajas que sufrió en los primeros momentos del imprevisto cuanto alevoso ataque de los *mambises*, que los cogieron por sorpresa y descuidados, hasta que enterado el comandante del destacamento, señor Soriano, de lo que ocurría, salió con fuerzas de Guamutas en su auxilio. Huyeron los rebeldes al aproximarse nuestras tropas; pero, perseguidos por éstas, fueron alcanzados en las inmediaciones del ingenio «Favorito», donde en una brillante carga de nuestra caballería se les hicieron doce prisioneros y se puso á los restantes en completa dispersión.

Deplorable fué así bien la vandálica fechoría llevada á cabo el día anterior por las hordas filibusteras, *regeneradoras* de la hermosa Antilla, en el poblado de Estante, situado á poca distancia de Alfonso XII, en la provincia de Matanzas.

Dos partidas muy numerosas, mandadas por los cabecillas Vidal y Sanguily, invadieron el día 21 el referido poblado, desguarnecido de tropas é indefenso.

Los insurrectos entraron á saco en el pueblo, atropellando brutalmente á sus habitantes; destruyeron todas las viviendas y pegaron fuego á todo el poblado. Componíase este de unas setenta casas, las cuales quedaron convertidas en ruinas.

Después pretendieron atacar el gran «Central Conchita»; pero recibieron noticias de que se hallaban próximas las tropas, y los incendiarios huyeron de aquellos lugares sin atreverse á asaltar el ingenio. En su huída quemaron un puente entre Bolondrón y Güines.

***

Estábamos sin noticias del paradero de los principales núcleos insurrectos que se movían dentro de la provincia de la Habana. Sabíamos, en cambio, que en esta misma provincia se habían presentado

partidas en San Antonio de Río Blanco, Carabayo, San Antonio de los Baños, Punta Brava, Hoyo Colorado, y entre Güines y San Nicolás, donde fué preso *El Inglesito.*

Conociendo la situación de estos pueblos se ve que todavía abundaban las partidas en la citada provincia, puesto que se habían presentado á un tiempo mismo en puntos tan distantes unos de otros como San Antonio de Río Blanco, que está al Nordeste de la provincia; Güi-



...y pegaron fuego á todo el poblado. (Pág. 135)

nes que se halla al Sudoeste, y Hoyo Colorado y Punta Brava al Oeste y Sudoeste de la Habana y sus inmediaciones.

Y no fué esto lo más sensible; lo de sentir fué que no se sabía á ciencia cierta si los núcleos principales, los que iban mandados por Máximo Gómez y Maceo, habían salido de aquella provincia.

El general en jefe parecía sospechar que aun se hallaban en ella, puesto que además de tener ocupados los pasos del Tana, había dispuesto también que se ocupase la línea de Batabanó, *por si intentaban pasarla de noche los principales cabecillas.*

Prestaron, por consiguiente, un flaco servicio al general Weyle- los que dieron por cierto el paso de los insurrectos á la provincia de Matanzas, desluciendo con sus prematuros anuncios las brillantísimas operaciones de aquellos días.

Hay que hacer justicia al general en jefe, que nunca dijo tal en sus despachos, limitándose á dar cuenta del resultado efectivo de los encuentros y de las disposiciones tomadas para batir á las fuerzas insurrectas que iban mandadas por Antonio Maceo.

Tampoco teníamos noticias del paradero de Máximo Gómez ni había que contar con que pasara á Matanzas sin que le precediese Maceo; de manera que mientras éste último no siguiera marchando hacia Oriente, no había que esperar, á nuestro juicio, que el titulado *generalísimo* abandonase el territorio en que venía moviéndose desde los primeros días de Enero.

Para juzgar de las ventajas alcanzadas, conviene descontar, por lo tanto, todo lo que á ellas añadió la fantasía; pero aun así siempre quedaba un hecho positivo; el de la persecución constante que sufrieron las partidas, persecución que había de dar á la larga sus buenos resultados con una gran victoria, aunque el efecto no fuera tan aparatoso.

Y como esta persecución había de continuar, era indudable que la insurrección iría quebrantándose cada día más.

Conviene tener en cuenta únicamente, que esta no era obra para realizada en un día, ni en una semana.

***

Una nueva prueba de su criminal manía destructora dieron los insurrectos al incendiar el día 25 el pueblo de Estante (Matanzas), de

mostrando con estas atrocidades no que contaban con el país, sino que teniéndolo por enemigo, procuraban causarle los mayores daños.

Los pueblos que eran víctimas de estos crímenes, comprenderían también la necesidad en que se hallaban de defenderse contra las hordas cuya única misión consistía en asolarlo todo, convirtiendo en cenizas campos y viviendas.

El parte diario que solía remitir el general Weyler, faltó el día 24. No pensamos por ello que las operaciones hubiesen sufrido interrupción; creímos más bien que este compás de espera se debía á la necesidad de combinar nuevos movimientos de nuestras columnas, provocados por la disgregación de las fuerzas del enemigo, escarmentado por la persecución y las bajas que había sufrido siempre que había presentado grandes núcleos.

Poco conocedores los orientales del terreno que pisaban en la Habana y Matanzas, entendimos que no podrían sostenerse mucho tiempo en estas provincias, por la dificultad de disgregarse.

En cambio, las partidas locales, formadas con gente de la provincia y conocedoras del terreno, se mantendrían en él hasta que materialmente se las extinguiera. Cuando los que las constituían se vieran acosados por la persecución, se sentirían más inclinados á presentarse que á pasar á otra provincia; pero esto era obra que requería bastante tiempo y para lo cual serían necesarios los refuerzos que estaban navegando, los cuales desembarcarían en la Habana en los primeros días del próximo mes.

Seguíamos creyendo que Máximo Gómez, y aún el mismo Maceo, continuaban en la provincia de la Habana. Nos lo hacía presumir el silencio del general Weyler, quien á tener noticias de que aquellos cabecillas ó alguno de ellos había pasado á Matanzas, se hubiera apresurado á comunicarlo.

***

A última hora de la tarde del 25 se hizo público por el Gobierno el siguiente despacho del gobernador general de Cuba.

«Habana, 24 Febrero.—A ministro de Ultramar.—Madrid.

Ruego á V. E. transmita presidente Consejo de ministros siguiente telegrama, clave reservada:

«En contestación telegrama V. E. 21 del actual, tengo la satisfaccion de manifestarle que situación militar y política muy mejorada, espíritu público reanimado, permiten reiterarle pueden hacerse elecciones antes que dejar Gobierno, contando con mi decidido apoyo.—*Weyler.*»

Este telegrama, que pudiéramos llamar electoral, del gobernador general de la gran Antilla, y que publicaron todos los diarios de la noche, de Madrid, pareció haber agotado, con el inesperado esfuerzo, todas las energías telegráficas del general en jefe del ejército de Cuba, para enterar al país de la marcha de las operaciones militares, que era en realidad lo que más le importaba.

Sí; después de aquellos despachos minuciosos, detallados, á que nos había acostumbrado el general Weyler, dejónos de pronto sumidos con su silencio en la más completa ignorancia *oficial* de lo que en Cuba ocurría.

Sensible fuera, sin embargo, que no fuese el general en jefe quien nos tuviera sin noticias, pues durante todo el día corrió el rumor de que el Gobierno tenía en su poder un despacho de la Habana desde la madrugada anterior. Y á este rumor daba mayor crédito la puntualidad con que hasta tres días antes había venido el general Weyler refiriendo cuanto ocurría, y con tales antecedentes, nadie acertaba á expli-

carse que hubiera enmudecido de pronto, precisamente en los momentos en que la ansiedad era mayor por saber si los dos jefes de la insurrección continuaban en la provincia de la Habana ó la habían evacuado, según particulares informes.

Cierto que algunos corresponsales los habían hecho salir de allí y los habían internado en la provincia de Matanzas, y que el general Weyler no había puesto obstáculo á la transmisión por el cable de tan satisfactoria noticia, mientras la comunicaban otros; pero no menos



LOMAS DE CAMARIOCA

cierto también que por su cuenta nada había dicho, dándonos una prueba más de su talento militar y del conocimiento exacto que tenía de las condiciones de la insurrección.

Por si acaso, y por lo que ocurrir pudiera, no había querido el general que se repitiese aquella *retirada* de Máximo Gómez á Las Villas, que terminó en los últimos días de Diciembre con la invasión de la provincia de la Habana. Quería, por lo visto, asegurarse bien de lo que el enemigo se proponía y de lo que podía hacer, y en ello procedió, en verdad, muy cuerdamente.

Pase, por consiguiente, por que no hubiera repetido oficialmente lo que algunos corresponsales venían diciendo por su cuenta á propósito de la retirada de Máximo Gómez y Maceo á la provincia de Matanzas. ¿Pero era que no había ocurrido nada, que mereciera ser conocido, durante tres días? Opinamos que sí y creímos, además, que el general Weyler lo había comunicado al Gobierno, cuya reserva, incomprensible siempre, pero mucho más en aquellos momentos, sólo sirvió para dar pábulo á toda suerte de cavilosidades é invenciones.

*
* *

Apenas se habló durante la noche del 25 y siguiente día 26 de otra cosa en todos los círculos, asi políticos como militares, que del telegrama del general Weyler dirigido al ministro de Ultramar, y que dejamos transcrito, noticiándole que el estado político y el de la guerra en Cuba, permitían acudir á las urnas electorales.

No era nueva la noticia, y no fué eso lo que sorprendió, no fué eso lo que se comentó.

El gobernador general de la grande Antilla habia dicho ya que allí se pódian hacer elecciones sin peligro de que ninguno de los tres partidos españoles apelaran al retraimiento.

Algunos escrúpulos de uno de esos tres partidos, quiso el jefe del Gobierno aclararlos de un modo preciso, y á ello se encaminaron una serie de telegramas cambiados en aquellos tres últimos días entre la Habana y Madrid, que tuvieron en suspenso la natural ansiedad del país por conocer el curso de las operaciones de guerra.

No se comentó el hecho de que el general Weyler se manifestase optimista, ni que el Gobierno aceptase como indiscutible su informe, y, fundado en él, se decidiera á ir á las elecciones.

Se comentaron los términos del telegrama en el cual terminaba diciendo el general Weyler:

«Pueden hacerse elecciones antes que dejar Gobierno *contando con mi decidido apoyo.*»

De *acto de fuerza* fué calificado el telegrama del general en jefe del ejército de Cuba, por algunos periódicos.

Aparte lo extraño del *caso*, de ser consultado un gobernador en Cuba por el jefe de la nación, acerca de la continuación ó no continuación en el poder del partido gobernante, resultaba otra cosa gravísima, y era que el señor Cánovas pensaba apoyarse, por lo visto, en las arrogantes palabras del general en jefe para someter á la reina, la disolución del Parlamento.

No recordamos un episodio semejante en nuestra accidentada historia política.

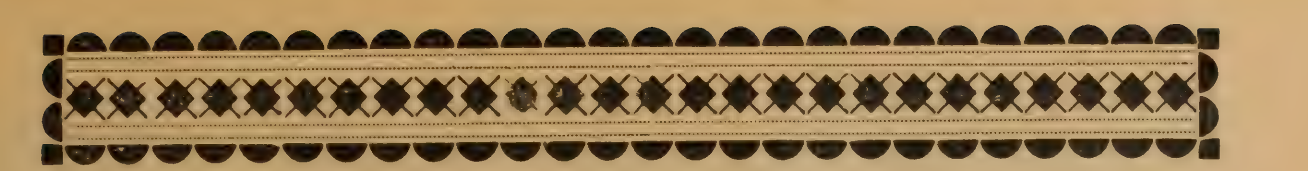
Precisamente se lanzó, á modo de amenaza y de imposición, el extraño telegrama del general Weyler, en un día en que las noticias de la campaña de Cuba fueron poco lisonjeras y en que bajaron los valores públicos, singularmente por esta causa.

¿A dónde se proponía llevar el señor Cánovas la política española, dados los tortuosos y violentos rumbos que habia tomado?

Después de ese telegrama, ¿con qué libertad iba á firmar la Regente el decreto de disolución de Córtes?

Y para que todo fuera raro en el referido despacho, resultaba que traía fecha del 22 y ésta fué enmendada al darle publicidad, suponiendo el Gobierno que debía estar equivocada.





CAPITULO IX

Expedición filibustera.—Calixto García.—El vapor *Bermuda*.—En su persecución.—Su apresamiento.—Despachos oficiales —Telegrama de Nueva York.—La expedición.—Satisfacción en la Península.—Nuestro telegrama.—Noticias de la campaña.—Diario de la guerra.—Situación de Gómez y Maceo.—Varios encuentros.—Captura del cabecilla Bethancourt.—La columna del general Prats.—Maceo batido.—Persecución y dispersión.—Ataque á un tren.—El coronel Molina en el potrero «Condesa».—Ajetreo de columnas.—Los insurrectos de Pinar del Río.

CUANDO aún se hablaba á diario de la fracasada expedición filibustera de Calixto García, ponderando la importancia de aquélla, el número de expedicionarios que contaba, las municiones y el dinero que la goleta norteamericana *Hakins* conducía, vinieron á nosotros nuevos cablegramas participándonos la salida de otra importante expedición, que fué por fortuna, otro fracaso.

No se descuidaba, no, el laborantismo cubano. Abatido como las correspondencias le pintaban; en derrota como le dejaron los hechos, aun había tenido Calixto García fuerzas y medios bastantes para fletar otro barco y adquirir otras armas y reunir otras gentes.

Por fortuna, del enorme contratiempo sufrido nuevamente era más difícil que pudiera reponerse el laborantismo que se agitaba en Nueva York. Por lo pronto, el cabecilla tan ingrato á España, tendría

que pasar en la inacción el tiempo que permaneciera en la cárcel á donde había ido á parar y á dó llevóle su ruín tenacidad; el caudal separatista había sufrido un rudo golpe con la nueva pérdida de recursos y dinero, que constituiría también el menoscabo de su ya menguado crédito, y á la postre, y sobre todo, los insurrectos de la manigua y los filibusteros de la Junta revolucionaria aprenderían cómo era difícil que consiguieran nada, siempre que no encontrasen en un Gobierno que



BATERIA EN EL CAMINO DEL VEDADO (Habana)

debía ser amigo, una complicidad que merecería las más enérgicas protestas, no solo de nosotros, sino de Europa entera.

He aquí el interesante cablegrama que nos envió nuestro corresponsal en la Habana:

«*Habana*, *25*.—Grata satisfacción ha causado aquí, como causará ahí, la importantísima noticia que acaba de comunicar nuestro representante en los Estados Unidos, señor Dupuy de Lome.

Calixto García, según cablegrama de nuestro ministro, organizaba



COMBATE EN EL POTRERO «CONDESA»

desde hace algunos días una nueva expedición filibustera, cuyos trabajos y preparativos eran vigilados por nuestros cónsules y nuestros agentes en Nueva York.

Todo listo y ultimado, anoche se dió á la vela el buque que conducía á los nuevos expedicionarios.

En el vapor *Bermuda* zarparon éstos. Nuestro representante, con noticia detallada de todos los movimientos de los filibusteros, pasó oportuno aviso á las autoridades yankees.

Cuando éstas se disponían á acudir al puerto, ya el vapor *Bermuda* había zarpado.

Disponiéndose darle caza, salió inmediatamente un buque del resguardo, en el cual iban el cónsul general de España, un alguacil federal y varios agentes del Gobierno.

Un éxito mejor que el esperado coronó los trabajos de los perseguidores.

El vapor *Bermuda* fué en breve alcanzado y capturado y con él el vapor *Sthonihow*, que llevaba un cargamento completo de armas y municiones, que se disponía á trasbordar al *Bermuda*.

Los buques apresados volvieron inmediatamente al puerto.

Iban en el *Bermuda* 110 separatistas al mando de Calixto García.

Según nuestro representante, el arsenal de municiones y armas que llevaban los filibusteros era considerable.—*X*.»

Confirmando este nuestro telegrama, recibió el Gobierno el propio día 25 los siguientes despachos oficiales, que nos trasmitió nuestro celoso corresponsal en Madrid:

«*Washington*, 24.—Ministro de España á ministro de Estado:

Esta noche ha salido en el vapor inglés *Bermuda* Calixto García con 98 hombres. Ayer avisé á este Gobierno donde estaba vapor y hoy le he dicho hora salida. No pudiendo detenerle en tierra, le he segui-

do, saliendo casi al mismo tiempo un buque resguardo, en que van cónsul general, alguacil federal y agentes.

Confían capturarlo ó evitar embarquen armas que esperaban en otro vapor fuera del puerto.

Telegrafiaré en cuanto tenga más detalles.—*Dupuy*.»

«*Washington* 25.—Ministro de España á ministro de Estado:

Se me acaba de comunicar por teléfono que vapor *Bermuda* en que iba Calixto García y vapor *Sthonihow*, con cargamento completo de armas y municiones, han sido capturados por cañonero de que hablaba en mi telegrama de anoche; los presos son 110 y están en la cárcel.

Durante un mes he seguido progreso conspiración. Recomiendo V. E. admirable conducta cónsules Nueva York y Filadelfia.—*Dupuy*.»

De nuestro corresponsal en la capital de la República norte americana recibimos el telegrama siguiente:

«*Nueva York* 25.—(Vía cable Lóndres-Bilbao).

Los funcionarios de esta aduana han operado la detención de cien filibusteros cubanos á bordo vapor inglés *Bermuda* á poco haber zarpado de este puerto. El buque ha sido secuestrado, como así mismo otro vapor con cargamento, armas, municiones y varios sacos de oro, que han sido conducidos á tierra.

Entre cubanos detenidos figuran varios de gran representación personal é indudable prestigio entre enemigos integridad española.—*N*..»

A última hora de la tarde recibió el Gobierno otro despacho de nuestro representante en Washington señor Dupuy de Lome, ampliando los detalles de la captura del vapor inglés *Bermuda* y del *Sthonihow*, en que iba la expedición de Calixto García.

Según las noticias oficiales, ascendían á 400 hombres los expedicionarios detenidos.

Los pertrechos de guerra consistían en 3 000 fusiles, cuatro cañoñes, dos ametralladoras, bastantes sacos con oro y una considerable cantidad de cartuchos.

El fracaso de la segunda expedición de Calixto García—ya se recordará el trágico remate que tuvo la primera—produjo como era natural, en la Península, la mayor satisfacción.

Lástima fué que el Gobierno nos aguara la mitad de la fiesta, dan-



...se dió á la vela el buque que conducía á los expedicionarios... (pág. 146)

do pretexto con su silencio, respecto á la marcha de las operaciones de nuestro valeroso ejército, para que sin el menor fundamento, sin duda, se dijera, y de ello hablaron varios periódicos, que Maceo había regresado á Pinar del Río.

Como complemento á las precedentes noticias recibimos de nuestro diligente corresponsal en Nueva York el telegrama siguiente:

Nueva York 26.—(Vía cable Bilbao)

Filibusteros detenidos á bordo vapor *Bermuda* puestos todos en libertad anoche, excepto Calixto García.

A éste síguesele proceso por haber mandado expedición vapor *Hakins*, naufragado ha poco. García y cuatro más complicados asunto comparecerán ante tribunal el día 3 próximo Marzo.

Aduana confirmado orden detención *Bermuda* con todo su cargamento, del cual forman parte cuarenta toneladas de fusiles.

Los periódicos de esta mañana, ocupándose apresamiento *Bermuda* por cañonero norte-americano, dicen que desde naufragio del *Hakins*, tanto Calixto García como demás cubanos que entonces le acompañaron, eran objeto de constante vigilancia por parte policía norte-americana.

Sin embargo, ha llamado atención que, contra lo que se esperaba, hayan sido puestos en libertad los numerosos filibusteros que iban á bordo del *Bermuda*, á pesar de ser público y notorio que se dirigían á Cuba á cometer actos de hostilidad contra nación amiga de los Estados Unidos.—*N*..**

* * *

Por fin, hízose público un despacho oficial del general Weyler fechado en la Habana el día 25, en el que la primera autoridad de la isla comunicaba al Gobierno las noticias siguientes de la campaña.

Practicando reconocimiento la columna del coronel Tort en los ingenios «Morales» y «Tomás Candela», en término de San José de las Lajas, encontró á la partida del cabecilla Massó, á la que persiguió y dispersó rápidamente, obligando á los rebeldes á emprender precipitada huída.

Otra partida mandada por Periquito Pérez salió al encuentro de nuestros soldados para proteger la retirada de Massó, que llevaba mucha impedimenta.

Fuerzas del general Ruiz combinadas con otras de Linares salieron de Managua y San Felipe á reconocer los alrededores de Nazareno por saber que las partidas de Núñez querían reunirse á las de Massó sin duda para proteger la marcha de la impedimenta dejada por Maceo, costeando el Sur de la Ciénaga.

Las partidas que querían forzar el paso fueron derrotadas y se les cojieron armas, que tiraron en la huída, y varias cajas de municiones.

Noticioso el general en jefe de que el cabecilla Castillo, después de haber protegido la retirada de Maceo volvía con su partida á Occidente, envió al general Aldecoa en su persecución.

En reconocimientos practicados en terrenos del ingenio «Morales» y valles inmediatos, afirmaron varios campesinos que habían observado el combate de San José de las Lajas, que los rebeldes enterraron terminada la acción, más de setenta cadáveres de insurrectos, entre ellos un jefe, joven de barba rubia y larga, que tenía un papel en el bolsillo que decía:—«Carrillo mándame sal, que no tengo». También quedaron muertos muchos caballos.

Según habían comunicado algunos individuos de una partida á sus familiares, el cabecilla Maceo quedó herido en un brazo en el combate de Loma Candela y Gato.

El alcalde de Bolondrón dió aviso en la noche del 24 de que la partida de Maceo habia pasado por cerca de dicho pobladocon dirección á Corral falso.

Otra partida insurrecta, mandada por el cabecilla Lacal, atacó la propia noche el poblado de Jabucito. Los voluntarios que había destacados en el pueblo se refugiaron en el fuerte, y desde allí rompieron vivísimo fuego contra los rebeldes, rechazándolos y logrando después de largo y certero fuego que se retiraran, llevándose varios muertos y heridos.

El cabecilla Castro atacó la misma noche el poblado de Bainova, no

consiguiendo penetrar en él, pero cortando las comunicaciones telegráficas con Jaruco y Matanzas, é impidiendo llegasen noticias de la persecución de Maceo y Gómez.

De Jaruco salieron dos escuadrones y fuerzas de infantería en tren, protegiendo á una brigada de obreros para la recomposición de las líneas.

Una partida de doscientos rebeldes, después de quemar seis casas de guano en Bainova y Plataforma atacó el fuerte que defiende este último poblado, guarnecido con fuerzas de la guardia civil y ocho voluntarios, los cuales se defendieron tan bizarramente, que obligaron á retirarse al enemigo, después de causarle muchas bajas.

***

Sabíamos ya de una manera oficial que Máximo Gómez y Maceo salieron de la provincia de la Habana y que iban caminando por la de Matanzas hacia Las Villas. Los que no habían llegado á formar opinión exacta de la fuerza y el desarrollo adquiridos por la insurrección, creyendo que era fácil impedir á aquellos dos cabecillas que rebasaran la línea de Aguacate, Madruga y Nueva Paz, consideráronse chasqueados porque lograron cruzarla y discutían las ventajas y los inconvenientes que ofrecía la circunstancia de tenerlos tan cerca de la capital de la isla y en territorio poco apropiado para burlar la persecución de nuestras columnas.

En el retroceso de los rebeldes hacia las provincias orientales, nosotros no vimos más que ventajas; ni un solo inconveniente. Así como cuando avanzaban por Matanzas en la segunda quincena de Diciembre, hemos dicho que lo que importaba era contener el avance; todo lo que fuera obligarles á la sazón á retroceder, nos pareció de perlas, y si en

sus marchas se vieran constantemente acosados, claro está que fuera mejor, porque cuanta más gente dejasen en el camino, más difícil les sería enganchar otra nueva para las futuras excursiones que pudieran proyectar.

Esta retirada suya tuvo para ellos, y para nosotros también, una importancia decisiva. Como llevaron á cabo la invasión sin gran peligro ni esfuerzo, si retrocediesen sin sufrir grandes pérdidas, podría que-



...salió inmediatamente un buque del resguardo... (pág. 146)

darles alientos, si no para volver á las andadas, por lo menos para intentarlo. En cambio si fueran bien castigados, como no llevarían para enardecer su entusiasmo el recuerdo de ningún triunfo militar, ni la satisfacción de haber defendido un palmo de terreno que nuestros soldados les hubiesen disputado cara á cara, no fuera fácil que Gómez ni Maceo lograran arrastrarlos á nuevas aventuras fuera del territorio que conocían palmo á palmo.

El *generalísimo* tuvo la habilidad de rehuir el combate, y hasta la fecha solo había tocado las ventajas de semejante táctica; de allí en adelante era cuando habría de tocar sus inconvenientes. Su gente podría contar que incendió muchos cañaverales y que destrozó no pocas

líneas férreas, pero tales hazañas no son propias para sostener la fé, ni siquiera para que las cantaran los poetas de la manigua.

Las partidas que todavía se movían en la provincia de la Habana, se sostendrían aun durante algún tiempo, pero cada día con mayores dificultades, y así que llegasen los nuevos refuerzos les sería de todo punto imposible penetrar en los poblados.

***

El telegrama del general Weyler fechado el 26, referíase á la situación que el día 24 ocupaban Máximo Gómez y Maceo, bastante distanciados á la sazón, si las referencias dadas por el alcalde de Roque, sobre la ruta que seguía el primero, eran exactas.

Suponíase que el *generalísimo* se dirigía hacia Sardiña, al Sudeste de la provincia de Matanzas, para atravesar el río Hanabana, cerca de Amarillas, y penetrar en la provincia de Santa Clara; en tanto que Maceo se encontraba al Norte, en las Lomas de Guacamaro, entre la población de Matanzas y la de Cárdenas, aunque más cerca de esta última que de aquélla.

El primero no llevaba, al parecer, ninguna columna en su seguimiento; pero en Manguito, que está sobre Sardiña, le esperaba el general Arolas, y al otro lado del Hanabana el general Pando. Además, el coronel Hernández iba á reforzar estas fuerzas que estaban á un lado y á otro de la divisoria de Matanzas y Santa Clara.

Antonio Maceo, que llevaba cuatro mil hombres, iba más acosado, pues le perseguían tres columnas: la del coronel Molina, que cerca de Limonar batió á un grupo de 800 rebeldes; la del general Prats, que derrotó entre Lagunillas y Camarioca á 4.000 hombres mandados por el susodicho Maceo y los cabecillas Zayas, Mestre, Bermúdez y Miguelini, obligándoles á retirarse á las lomas de Guacamaro, después de

causarles bastantes bajas, y la del coronel Francés, que seguía también el rastro de Maceo hacia Cárdenas.

Mucho dudamos de que Máximo Gómez hubiera seguido, como suponía el alcalde de Roque, hacia Sardiña y Amarillas, para cruzar allí el río Hanabana; primero porque habría sabido por sus confidentes que Arolas le cerraba por allí el paso, y ya sabíamos que no le gustaba forzar las líneas combatiendo de frente, y en segundo lugar porque no parecía probable que dejase á Maceo comprometido á tan gran distancia del camino que parecía seguir. Más probable era, por consiguiente, que realizase una contramarcha corriéndose otra vez al centro de la provincia de Matanzas, ó desviándose hacia el Nordeste, en vez de continuar hacia el Sudeste.

La columna del coronel Tort desde Lajas y Nazareno sostuvo fuego en el potrero «Coringer» con varios grupos insurrectos de la partida Massó, que huyeron hacia Santa Amelia y Portugalete, donde alcanzados por los escuadrones de Pizarro, fueron batidos y dispersos.

Fuerzas del batallón de San Fernando, al mando de su jefe, con escuadrón Almansa, encontraron en Menocal á la propia partida de Massó, á la que batieron y dispersaron por completo, abandonando en su huída armas, caballos y heridos.

En San Antonio de los Baños fué apresado el cabecilla Bethancourt, pardo, que mandaba una partida que hizo quemas en Gabriel: se le instruyó juicio sumarísimo.

***

Importante fué el combate librado por la columua del general Prats contra varias partidas reunidas y mandadas por Maceo.

Noticioso el general Prats, que con su columna se encontraba en

Jovellanos, de que numerosas fuerzas enemigas se dirigían hacia Camarioca, salió el 24 á cortar la marcha del enemigo, que impedía el avance de trenes en el puente quemado de Tosca.

Poco tiempo tardaron nuestras tropas en avistar al enemigo, con cuyas avanzadas de exploradores sostuvo fuego la vanguardia de la columna, siguiendo ésta el rastro de partida numerosa hacia Camarioca.

Continuando al siguiente día la persecución, encontró al enemigo en Valle Paila, en número de 4.000 insurrectos de las partidas reunidas de Zayas, Mestre, Bermúdez y Angelini, formadas en tres grupos y mandadas por Maceo.

La columna atacó en igual forma, desalojándolos de sus posiciones, recargando y tomando á la bayoneta los ingenios «Perla», «Diamante» y «Julia», en que se habían hecho fuertes, y obligándoles á retirarse, después de haber sostenido vivo fuego, hacia las lomas de Guanacabo.

Tuvieron nuestras fuerzas en este brillante combate dos heridos graves, diez y seis leves y varios contusos; el enemigo dejó en el campo de la lucha 42 muertos, cogiéndosele además seis prisioneros, 49 caballos, armamentos y efectos.

Siguiendo la persecución alcanzó la vanguardia de la columna á la retaguardia del enemigo, formada por 500 hombres, en Lomas Hatico y San Juan, sosteniendo nutrido fuego y dispersándolo de nuevo, dejando en el campo tres muertos y siete caballos.

Todavía continuó la infatigable columna del general Prats persiguiendo á las desbandadas partidas en dirección de Quintero y La Santa, donde se diseminaron por completo.

El coronel Hernández comunicó desde Jovellanos que á la salida de la columna en tren desde Limones á las diez de la noche, la máquina exploradora encontró la vía cortada. El enemigo apostado atacó á la escolta, siendo rechazado; la columna bajó del tren y continuó la marcha á pié desde Madán; en Cárdenas tomó otro tren y siguió á Alvarez, en la línea del Hanabana.

Sabiendo el coronel Molina que en el potrero «Condesa», (Limonar), había una partida insurrecta, marchó con sus fuerzas á batirla, encontrando cuatro fuertes de los puntos Limones, Caminar y Marigora, cercados por 800 insurrectos y próximos los destacamentos que guarnecían aquellos á rendirse.

Tomadas las alturas trabó combate y ahuyentó al enemigo, recogiendo ocho muertos, veinte caballos vivos, muchos muertos, armas,



De Jaruco salieron dos escuadrones... (pág. 151)

efectos y útiles, persiguiéndolo y evitando cortaran puentes, que quedaron en buen estado.

El sargento Billota, de María Cristina, comandante del fuerte de Limones, salió engañado á conferenciar con el enemigo: hecho prisionero pudo escapar y presentarse á la llegada de la columna, entregando un papel firmado por Antonio Maceo, amenazando volar el fuerte.

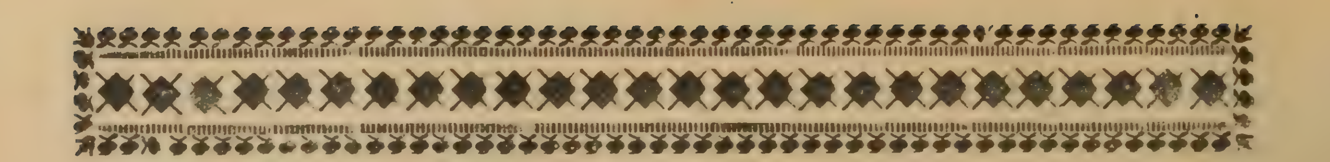
El teniente coronel Francés con sus fuerzas salió de Bolondrón en dirección á Güira, siguiendo rastro de Maceo por ingenio «Central

Luisa», persiguiendo grupos insurrectos en Montalvo, Atrevido y Santa Maria, que siguieron á Cimarrones, Lagunillas y Audaz, y cerca de Coliseo tomaron rumbo á Cárdenas.

Con este ajetreo de columnas proponíase el general en jefe obligar á Maceo y Gómez á combates repetidos, por haber aumentado en la provincia de Matanzas las fuerzas expedicionarias rebeldes, con objeto de distraer á las columnas que les persegnían.

Las partidas de Pinar del Río intentaban también llamar la atención de nuestras tropas atacando los pueblos y quemando algunas casas de las afueras de Alquizar. Como había fuerzas bastantes para contenerlos, no lograrían seguramente impedir el destino y objeto principal de los expedicionarios.





CAPITULO X.

Diario de la guerra.—Ocupación y destrucción de un campamento enemigo en Gallegos.—Muerte del famoso guerrillero Lolo Benitez.—Sorpresa de un destacamento en el Cañaveral.—Batida de Maceo.—Datos biográficos y episódicos del valiente guerrillero Lolo Benitez.—Recuerdo de gratitud y tributo de homenaje á su memoria.—Carta de la Habana.—Contrastes de la guerra.—Güira y Quivicán.—Incendio y destrucción.—Tristes detalles.—Ruina y miseria.—Arrojo y heroismo.—Una partida de asesinos.—Atropellos y salvajadas de los *regeneradores* de Cuba.—Cuadrillas de bandoleros.—Propósitos del general Weyler.—Bando aplaudido.—Diversidad de pareceres.—Dispersión y deserciones.

VARIABA un poco la situación de las cosas, especialmente por lo que á Maceo se refería, el despacho oficial del general en jefe del día 27.

En efecto; Maceo había logrado salir del semicírculo en que parecía tenerle encerrado las columnas de Prats, Molina y Francés, y retrocediendo hácia el Oeste, por debajo de la ciudad de Matanzas, dirigíase por las trazas hacia Santa Ana, muy cerca ya de la divisoria con la Habana.

Este movimiento, que no supimos si había sido voluntario ú obligado por la persecución que sufría, aunque esto último parecíónos lo más probable, daba un interés extraordinario á las operaciones que se estaban llevando á cabo en la provincia de Matanzas, y nos confirmó en la idea de que Máximo Gómez no seguiría, por entonces, marchando hacia Amarillas.

Hagamos constar de paso que nada se decía de su situación en el referido despacho del 27.

En el departamento Oriental habíamos sufrido la pérdida sensible del famoso guerrillero cubano Lolo Benitez, que tantos servicios había prestado á España, así en la guerra anterior como en la actual, en un reñido combate librado en La Sal (Manzanillo).

Sabedor el general González Muñóz de que los insurrectos cubrían la zona del Zarzal, donde habían acumulado grandes elementos de subsistencia, salió de Manzanillo con su columna, el día 24, en dirección del campamento enemigo. Fraccionada la columna en tres secciones, dirigiéronse combinadas á atacar el campamento, encontrando la vanguardia en Gallegos al grueso enemigo ocupando fuertes posiciones. Roto el fuego por ambas partes, trabóse rudo combate, que duró tres horas y dió por resultado el desaloje del enemigo de todas sus posiciones por nuestras valerosas tropas.

La columna tuvo un muerto y quince heridos; el primero, desgraciadamente, Lolo Benitez, que se batió en primera línea con el ardor y bravura en él peculiares.

El enemigo tuvo más de veinte muertos llevándose muchos heridos. Siguió la columna el rastro del enemigo, al que alcanzó en Veguitas y dispersó. En este punto dejó los heridos y enterró al famoso guerrillero, continuando las operaciones.

Forrajeando en el Cañaveral un pequeño destacamento compuesto de veinte y dos hombres, al mando de los tenientes Pina y Noriega y sargento Lozano, fué sorprendido y atacado de improviso por una numerosa partida de rebeldes, que mataron al teniente Pina y al sargento y cuatro guerrilleros.

En su auxilio acudió el capitán de la guerrilla con la restante fuerza, logrando salvar al teniente Noriega y trece hombres y retirar los heridos. El enemigo se retiró, sin aceptar combate.

Fuerzas del batallón de Valencia al mando del comandante Camiero, batieron cerca de Guanabana á la numerosa partida de Maceo, que marchaba hácia El Llano, en dirección del ingenio «Ignacia» y potrero «Benavides».

Después de sostener hora y media de fuego, el enemigo se retiró hácia Arroyo Viejo, para dirigirse probablemente á Santa Ana, llevan-



CENTINELA INSURRECTO

do cuatro muertos, entre ellos un titulado comandante, y cuarenta heridos, dejando 24 caballos muertos ó heridos y 20 sanos.

La columna no sufrió baja alguna, por hallarse resguardada por las lomas, al flanco derecho del enemigo, y haber hecho fuego parapetado tras cercas de piedras á distancia de mil metros.



LLEGADA DE UN CORREO AL PUERTO DE LA HABANA, CONDUCIENDO TROPAS

Este encuentro parecía indicar un pequeño retroceso de Maceo, para recurvar al Sur de las columnas que tenía al frente.

*

La muerte del famoso y arrojado guerrillero cubano Lolo Benitez nos trae á la memoria algunos datos biográficos y episódicos de su vida, de los que no queremos privar á nuestros lectores ni dejar de consignar en estas páginas como un recuerdo de gratitud al patriota insular y un tributo de admiración y homenaje á sus servicios por la patria.

Al estallar el grito de Yara en 1868, Lolo Benitez contaría veinte años escasos, y era un mozo varonil á quien la juventud de Guisa, su pueblo natal, consideraba como jefe indiscutible, tanto por su inteligencia, como por su valor y destreza en todos los ejercicios físicos, que dominaba por completo; próximo á Bayamo, foco de la insurrección, los jefes más caracterizados de ésta le designaron como jefe de una partida de las que por entonces se formaban, seguros de que habrían de seguirle los jóvenes de Guisa. Al saberlo el interesado protestó con violencia y hubo de manifestar su desagrado diciendo:

—No comprendo que ningun blanco se subleve contra España; aquí no hay más qne dos razas: la de color procedente de Africa y la nuestra, que no es ni puede ser otra que la española; nuestros padres ó abuelos han sido todos españoles y de ello no puede renegar nadie que los haya tenido honrados; los que desciendan de bandidos podrán avergonzarse de ser españoles; pero mi abuelo era un español decentísimo y yo no reniego de su nombre.

Estas frases se consideraron como un reto, y pocos meses después una fuerte partida rebelde penetraba en Guisa, dando apenas lugar á que los amigos y parientes de Lolo Benitez, entre los que se encontraba

su madre, se hicieran fuertes en la iglesia. Los rebeldes, convencidos de la inutilidad de sus esfuerzos para vencer con nobleza, reunieron cantidad suficiente de hierba seca, á la que dieron fuego. Los defensores del improvisado fuerte y las mujeres que en él se habían refugiado murieron abrasados.

Lolo Benitez, que como todos los hombres verdaderamente esforzados, había sido hasta entonces de un caracter bondadoso, se hizo feroz. El espectáculo del cadáver carbonizado de su adorada madre no se borró jamás de su mente: organizó una guerrilla con la que hizo verdaderos prodigios, no perdonando nunca al insurrecto que caía en su poder. Pronto su nombre se hizo temible, y la guerrilla que mandaba se convirtió en el espanto de los insurrectos de Bayamo, Manzanillo y Jiguaní, teatro de sus operaciones, agregada al batallón cazadores de Antequera, al que pertenecían entonces el infortunado Santocildes como ayudante, y como capitanes los hoy generales Bouza, que manda el campo de Gibraltar, y Ordóñez, que reverdece en Cuba los laureles de aquel tiempo; y entre otros subalternos, que no recordamos, el actual jefe del disciplinario de Melilla, señor Ossorio.

A esa época se refería un artículo del ilustre marino señor Novo y Colson, quien mandando una cañonera en el río Cauto, aprovechando una rotura—casual ó *intencionada*—de la máquina, acompañó á una dura expedición á la columna formada por los de Antequera y las fuerzas que mandaba el intrépido guerrillero Lolo Benítez, que tan gloriosa muerte tuvo en el campo de sus antiguas hazañas, y cuya historia le fué entonces contada al escritor y marino en los momentos que éste increpaba á Lolo por la crueldad de que hacía alarde.

Cuantos estuvieron algún tiempo con él, pudieron observar que si en la lucha no perdonaba á nadie, ya terminada, no era tan cruel como la fama y él mismo decían. Lolo Benítez era un cubano muy español, y aún descontando el terrible efecto que le produjo el asesinato de su

madre, se indignaba violentamente con los descendientes de los españoles que maldecían á España.

Lolo Benítez, como la inmensa mayoría de los hijos de Cuba que descienden de españoles dignos y honrados, son, han sido y serán siempre españoles; es una falsa idea la que se tiene al sospechar de los



VOLUNTARIO DE CENTINELA EN LAS TRINCHERAS DEL POBLADO DE QUIVICAN

hijos de aquella hermosa tierra, tan españoles como los peninsulares y que tantas pruebas de amor á la patria están dando, y que no tienen que recibir de nadie lecciones de patriotismo.

El ejército y la armada tienen en sus filas muchos cubanos que han escrito con sangre generosa su amor á España; numerosos voluntarios

y guerrilleros del país luchan como nuestros soldados; el general Weyler organiza batallones de gente de color con el mejor acuerdo, y esas señoras cubanas que vitorean á nuestros soldados en las calles de la Habana, demuestran bien claramente, á despecho de advenedizos aventureros, de gentes de sospechosa procedencia, salvo contadas excepciones, y de bandidos medianamente organizados, que en Cuba hay sentimientos tan españoles como en la Península. Pensar otra cosa es dar la razón á los laborantes de los Estados Unidos y olvidar que hay cubanos que, como el valiente Lolo Benítez, han hecho toda clase de sacrificios por España.

El valiente y famoso guerrillero murió en el campo de batalla, donde tantas veces había desafiado á la muerte.

España le debe perdurable recuerdo, y si en el mundo dejó algún sér querido, la patria debe ampararlo.

***

Por dar idea exacta y real, y contener detalles elocuentes de los desastres ocasionados por la barbarie y salvajismo de las hordas de Gómez y las negradas de Maceo en la provincia de la Habana, integramos la siguiente correspondencia de nuestro ilustrado y celoso corresponsal en la capital de la isla:

«*Habana* 7 de Febrero.

«El mismo día en que feché mi carta última (28 de Enero), he tenido ocasión de ir á Quivicán y á Güira, en coche, porque el ferrocarril no circulaba, para hacerme cargo de la situación de estos dos pueblos, tan castigados por los rebeldes, y poder comunicar á ustedes mis impresiones.

En mi viaje he podido apreciar los contrastes de la guerra, viendo

aquí caras alegres ante las noticias de un triunfo; observando allá, al resplandor de las descargas y á las llamaradas del incendio, los rostros desencajados, tristes, de los que perdieron sus bienes y miran sus hogares en ruína.

Güira y Quivicán, tan inmediatos á esta capital, son dos pueblos en que parece arraigada la desdicha. Güira de Melena no es ya un pueblo, ni siquiera un caserío, sino un montón de ruínas, todavía humeantes: Quivicán, también incendiado en mucha parte, también entrado á saco, es el diario lugar á donde las partidas acuden para *proveerse* de ropas, de víveres y de medicinas, y tener á sus habitantes bajo la contínua amenaza, en un perpétuo sobresalto.

En la mitad de Güira ya no hay casas: de las construcciones de piedra quedan alguna pared, que aun se sostiene, el montón de escombros, la columna ó el soporte en pie.....; de los edificios de madera no restan ya ni aún las cenizas, que se llevó el viento; sólo permanecen en los solares, ennegrecidas por el humo, el puñado de tejas de la techumbre que se vino abajo.

En Quivicán se puede decir que no se vive. La gente anda por las calles sin conciencia de lo que le pasa. La entrada de cualquier puñado de tropas es objeto de grandes muestras de regocijo y de una manifestación de contento extraordinario. Careciendo todo el mundo de lo más preciso, siempre se halla medio para encontrar alguna cosa y agasajar con ella á los soldados. Parece como que las gentes los halagan y acarician para que no los desamparen.

Marchan los soldados y vuelve la zozobra... Los insurrectos no tardarán en presentarse... y, en efecto, vienen. Llegan en pelotones primero, después en grandes masas, amenazadores, escandalosos, atronando las calles con sus gritos, metiéndose de rondón en todas las casas, apoderándose y llevándose todo lo que encuentran.

Como en el pueblo ya no hay nada libre de la rapacidad de los

mambises, los insurrectos muestran sus preferencias y dirigen desde luego sus pasos hacia la botica. Traen sus enfermos y obligan con amenazas á los mancebos á que los curen, á que los surtan de remedios; y saliendo enseguida, hacen la última correría, registran nuevamente el almacén, hace veinte y cuatro horas saqueado, *arramblan* con todo, hasta con lo inútil, y se van, dejando al pobre pueblo lloroso y asolado.

En Güira de Melena he visto también muestras de una miseria que sólo tocándola y palpándola puede parecer creible.

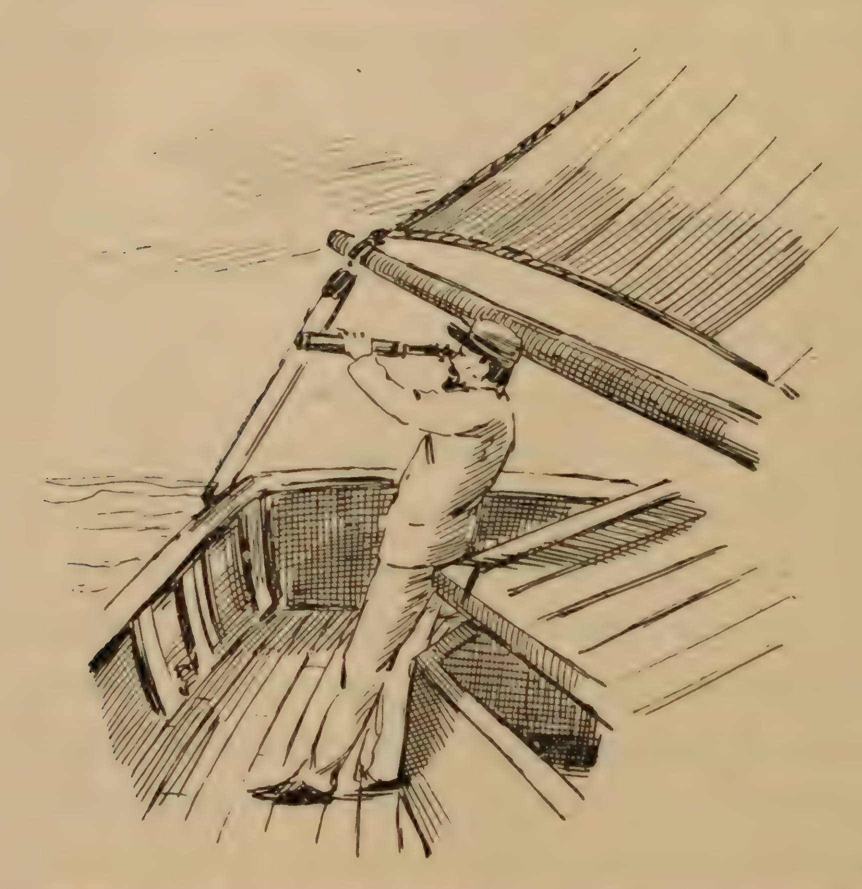
En una casa he estado, cuyo dueño—que no puedo nombrar ahora y es algo amigo mío,—se encuentra, es decir, se encontraba en muy satisfactoria posición. Su morada era una de las mejores de Güira de Melena. Estaba decorada con comodidad y con lujo. Reinaba en ella la tranquilidad y la abundancia; y sus habitantes disfrutaban bienes y tenían una servidumbre numerosa.

Ha desaparecido todo eso; y no daré sino un detalle de cómo la familia ha quedado. El padre tuvo necesidad, hace dos días, de ir á un colegio de la Habana donde tenía un hijo enfermo. El hombre desdichado que tantas veces ha hecho el viaje desde el pueblo hasta la capital en el carruaje propio, no tenía ahora sino para costearse la ida. Por no tener quien pudiera dárselo en el pueblo y por no pedírselo á nadie en la Habana, tomó unos plátanos, fué y recogió á su hijo, vendió los racimos de la fruta, y con veinticuatro reales que le produjeron la venta, pudo pagar el regreso á Güira.

Y episodios de esta clase se registran y se ven aquí todos los días...—*X*.

Brillante, heróica, inverosímil fué la reñida y sangrienta lucha sostenida por un puñado de bravos voluntarios del cuarto batallón de la Habana, con una numerosa partida de rebeldes, al mando del cabecilla Anastasio Núñez.

Del ingenio «Isidro Prosemio», situado cerca de Quemado de Güinea (Sagua), salieron el día 27 el teniente de voluntarios don Pedro Liaño y siete hombres más á forrajear en sus inmediaciones.



OFICIAL DE UN BARCO FILIBUSTERO RECONOCIENDO LA COSTA

Junto al arroyo de Jicotea viéronse súbitamente sorprendidos por el enemigo. Una partida numerosa de insurrectos los atacó cuando más descuidados estaban, pues ni aún hallábanse agrupados, ni el enemigo les dió tiempo de reunirse para aprestarse á la defensa.

El cabo Luege que se hallaba acompañado de cinco voluntarios,

mandó inmediatamente formar el cuadro, y rompiendo un vivísimo fuego contra sus enemigos, se defendieron heróicamente aquellos seis valientes del feroz ataque de los *mambises*, muchas veces superiores en número.

A las primeras descargas de los rebeldes cayó muerto el voluntario Manuel Jeite y gravemente herido en una pierna su compañero José Lariego. Este, que se hallaba tendido junto al muerto y entre los otros cuatro voluntarios, siguió disparando su fusil contra sus enemigos.

Entre tanto, el teniente Liaño y el voluntario Manuel Menéndez, que habían quedado solos y no habían podido unirse á los otros seis hombres, cayeron en poder de los rebeldes.

El desventurado teniente murió macheteado por aquella partida de asesinos. Menéndez resultó gravemente herido.

Los otros cuatro hombres se batieron en retirada, logrando al fin ponerse en salvo, después de sostener una empeñada y desigual lucha.

Continuaban los *regeneradores* de Cuba cometiendo toda clase de atropellos y salvajadas, incendiando poblados y destruyendo fincas y caseríos.

Penetraron en el pueblo de El Cano y saquearon las tiendas, en las que no dejaron objeto de valor. Lo mismo hicieron en El Calvario.

Estuvieron también en Arroyo Naranjo y en La Cumbre, provincia de Matanzas, donde cometieron todo género de desmanes.

Una partida de veinte hombres atacó nuevamente el poblado de Cayajabos, en la provincia de Pinar del Río.

Esta partida, que no era sino una cuadrilla de bandidos, como las pocas que quedaban ya en Vuelta Abajo, saqueó todas las viviendas del pueblo y le puso luego fuego, dejándolo completamente destruído y arruinados y sin hogar á sus infelices habitantes.

Era ya la segunda vez que los *plateados* hacían blanco de sus fechorías al pueblo de Cayajabos.

En la provincia de Santa Clara otra partida mandada por el cabecilla Jesús Rodríguez atacó el pueblo de Santo.

Los rebeldes entraron á saco en el pueblo y se apoderaron de todos los objetos de valor que hubieron á la mano, dieron una muerte brutal á dos indefensos chinos y, por último, antes de abandonar el pueblo, pegaron fuego á ochenta y tres casas.

*
* *

Nos anunció nuestro bien informado corresponsal en la Habana, con fecha 28, que el general en jefe se proponía en término de veinte días pacificar completamente las provincias de Pinar del Río y Matanzas, para dedicarse entonces á combatir en las Villas á Maceo y Máximo Gómez, á cuyo encuentro había salido el general Pando con una fuerte columna, ocupando ventajosas posiciones.

Habíase publicado un bando conminatorio de confiscación de bienes á todos los comprometidos en la rebelión que no se presentaran en el plazo de ocho días.

El acuerdo del general Weyler había causado en toda la isla profunda impresión, creyéndose que serían muchos los que se presentaran para evitarse las responsabilidades y consecuencias en el bando establecidas.

Con los reclusos del penal de la Habana se había formado un batallón que saldría á campaña formando parte de la columna del general Arolas.

Pregonaban los insurrectos por boca de sus partidarios, que nada había ganado España con hacerlos desalojar las provincias de Occidente, pues si volvían al Centro y á Oriente era porque así les convenía. En cambio, la opinión de los amigos de España era favorable á la

campaña que venía realizando el general Weyler, á quien elogiaban hombres importantes de todos partidos.

Antonio Maceo, perseguido por varias columnas, había cruzado la línea férrea de la Habana á Matanzas.

El movimiento de los rebeldes debía ser incesante, á juzgar por las contínuas roturas de las vías férreas á larga distancia unas de otras.

Acentuábase la dispersión de los rebeldes, á consecuencia de la activa persecución de nuestras infatigables columnas, siendo frecuentes las deserciones en las partidas de Gómez y Maceo.





CAPITULO XI

Lo que cuesta la guerra.—El primer año.—50 millones de duros gastados.—Lo que había que gastar.—¡500 duros por hombre al año!—¡¡Doscientos millones de duros!!—De dónde y cómo se sacaron los recursos.—Cuadro del personal enviado á Cuba y Puerto Rico.—Bajas del ejército de operaciones en Cuba.—Lo que teníamos y lo que deseábamos.—Crédito de España en la Península.—Crédito del Tesoro de Cuba.—Reflexiones.—Rudo combate en Gabriel Mateo.—Victoria de nuestras tropas.—Ataque á Guanabo.—Sorpresa desagradable de los *mambises* en «Buenavista».—En la colonia «Carmen».—Reñido combate en Las Nuevas.—Los insurrectos en Cárdenas.—Saqueo é incendios.—Soldado sorprendido y macheteado.—El cabecilla Maceo.—Diario de la guerra.

Si las guerras llegan á abolirse algún día en el mundo, al menos en las naciones civilizadas, no será por razón de derecho, ni por razón de humanidad, ni porque al fin impere en las contiendas entre pueblos una ley suprema de justicia. Será porque los principios económicos impongan la supresión del Estado guerrero, institución histórica que pudo mantenerse en otros tiempos, y hoy incompatible con la vida moderna, tan cara, tan costosa. Ya las guerras entre naciones duran pocos meses; ejemplo: la francoprusiana y la chinojaponesa y la misma de Oriente. Imposible que resurjan las legendarias luchas que duraban años. Con ellas desaparecerían las naciones, por la quiebra, por la bancarrota, por la miseria. A la hora actual, y prosiguiendo la historia de desdichas de este siglo, España es una triste excepción en el mundo. Si se necesitara, que no se necesita, una prueba decisiva de la eternidad de nuestra nación y de la inmortalidad

de nuestra raza, esa prueba la daría el haber padecido, sin suprimirse en el mapa, en el espacio de sesenta años, cuatro grandes guerras civiles. Podrá salir España de la presente lucha desmayada, exangüe y pobre; pero hay que procurar por todos los medios que salga con vida. De los datos que á continuación publicamos, y que son oficiales, se puede deducir una triple enseñanza: lo inmenso del sacrificio impuesto á nuestro pueblo; las energías y los recursos poderosísimos con que



DETENCIÓN DE UN CIMARRON

cuenta para hacer frente á la guerra; la necesidad absoluta y urgente de pónerla término por todos los medios eficaces y honrosos.

50 MILLONES DE DUROS GASTADOS.—LO QUE HABRÁ QUE GASTAR

El coste aproximado del ejército de Cuba en un año, á razón de cien mil hombres (el ejército de Cuba pasaba ya de los ciento veinte mil), es de *60.000.000 de duros*, según datos oficiales.

Sesenta millones de duros hubiera costado el solo mantenimiento del ejército de Cuba, desde el 24 de Febrero del año 1895 á igual día del

pasado año, triste primer aniversario del en que se supo en la Península la noticia del «grito de Baire», si desde los comienzos de la guerra hubieran existido en la isla los cien mil hombres que sirven de base al cálculo. Estos se han ido enviando por etapas sucesivas, y solo llegan á aquel número los que hay en Cuba desde el mes de Octubre del año pasado. Por consiguiente, para computar la cifra de lo gastado, hay que proceder por otros datos.

La unidad de combate cuesta en Cuba, tomando un término medio entre el sueldo del general y el plus de campaña del soldado, incluyendo lo que representa la oficialidad, *¡10.000 reales por hombre al año!*

Por consecuencia, y en virtud de datos *oficiales*, auténticos y fehacientes, puede asegurarse, que lo que llevaba gastado en el primer año transcurrido de guerra es lo siguiente, tomando las cifras en números redondos, y con un criterio, que si fuera susceptible de error, más bien resultaría por bajo de la abrumadora realidad, que acrecentándola y sobrepujándola.

	Duros
Gasto del ejército de operaciones en Cuba	40.000.000
Idem del armamento adquirido, del coste de los transportes, de la Marina de guerra y de las comunicaciones	10.000.000
Total de lo gastado en un año de guerra (24 Febrero 1895 á 24 Febrero 1896	50.000.000

Cincuenta millones de duros costaba ya combatir la criminal insurrección, al año de haber estallado, atendido que solo hacía, á la sazón, cuatro meses que estaban en campaña cien mil hombres. Mas como en lo futuro y desde Marzo inmediato hubo en la isla de Cuba cerca de ciento treinta mil soldados, con lo cual aumentaron todos los demás gastos, se podían establecer para el año de guerra que comenzaba las siguientes cifras:

	Duros
Gasto del ejército de operaciones en Cuba	60.000.000
Idem de armamento, transportes, Marina y comunicaciones	15.000.000
Total para el gasto anual futuro	75.000.000

El general Weyler, al embarcarse para Cuba, fijó como plazo para la terminación de la guerra por una definitiva, completa, absoluta victoria de nuestras armas, el plazo de dos años más sobre el que ya iba transcurrido. Partiendo de este cálculo hecho por un general que contaba con grandes alientos y esperanzas, que empezaban á confirmar los hechos, y suponiendo, para lo que hicimos á Dios fervientes votos, que sus vaticinios se cumplieran, había costado la guerra de Cuba, sumando los cincuenta millones ya gastados, con los setenta y cinco millones cada año, que se habrían de gastar: *¡¡200.000.000 de duros!!*

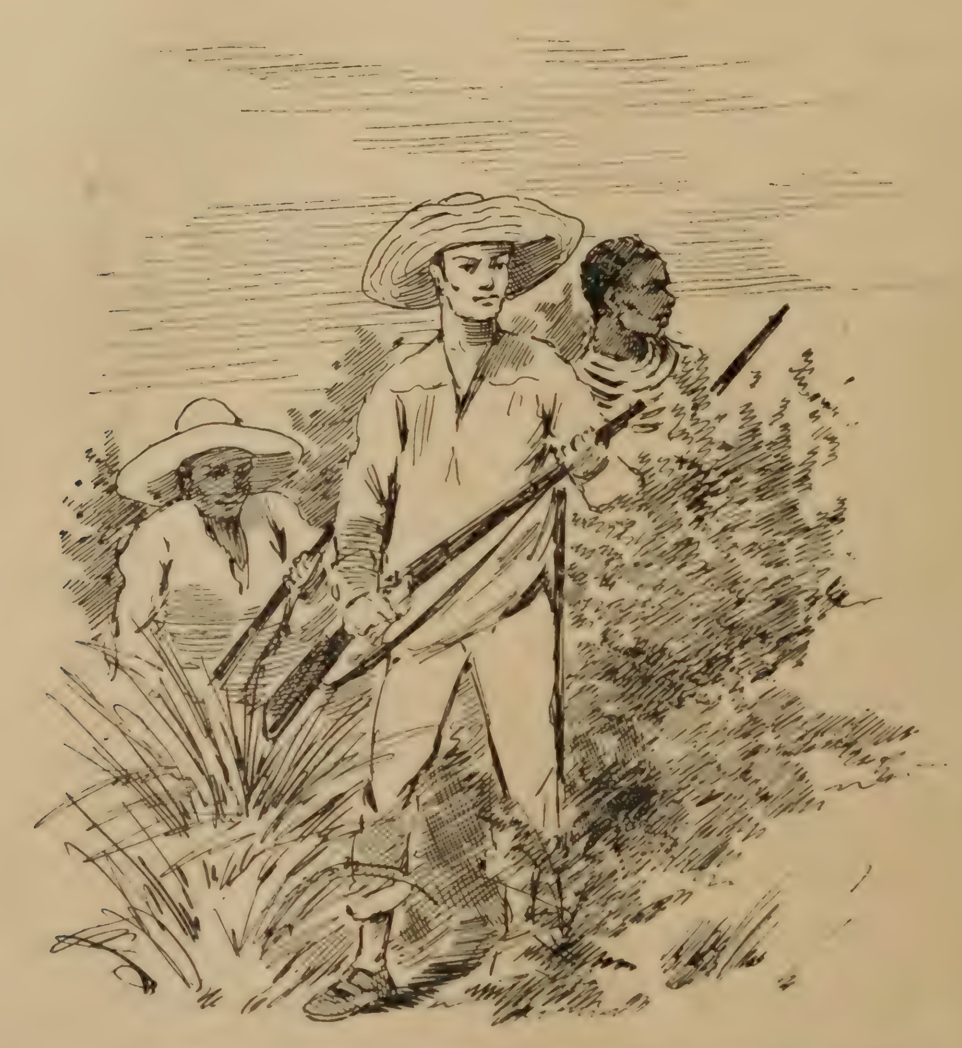
Aquí hacemos punto, dejando al tiempo que confirme ó destruya la importancia de estas cifras, de las cuales, por su caracter oficial, que tenemos por absolutamente autorizado, respondemos en absoluto.

DE DÓNDE Y CÓMO SE HAN SACADO LOS RECURSOS

Había que responder á tan grandes necesidades, á tan imponentes gastos, con proporcionados recursos, que superasen, que aventajasen en lo posible al coste de la guerra. Hasta la fecha, justo es decirlo, no se había experimentado ninguna grave, ni mucho menos insuperable dificultad. Se habían arbitrado los siguientes fondos:

	DUROS
De las operaciones sobre valores de Cuba	20.000.000
Del Banco de España	30.000.000
De la operación con el Tesoro de Paris	10.000.000
De las ventas de valores de Cuba	25.000.000
De los recursos de reserva	15.000.000
Total de recursos autorizados para afrontar los gastos de la guerra	100.000.000

Como quiera que hasta la fecha á que nos referimos no se habían gastado más que cincuenta millones de duros, como queda demostrado más arriba, quedaban efectivos como remanente para seguir la



...viéronse súbitamente sorprendidos por el enemigo... (pág. 168)

guerra, en tanto no se autorizasen nuevos recursos en el nuevo ejercicio económico, *50 millones de duros.*

117.795 HOMBRES Á CUBA

MINISTERIO DE LA GUERRA

Sección 7.ª

Al estallar la insurrección había en Cuba.....	13.000	hombres
Desde entonces se habían mandado...............	117.795	id.



DESCARRILAMIENTO DE UN TREN, OCASIONADO POR LOS INSURRECTOS

He aquí, para demostrarlo, el

CUADRO del personal enviado á Cuba y Puerto Rico con motivo de la campaña de la gran Antilla:

RESUMEN	CONTINGENTE TRANSPORTADO					
	Generales	Jefes	Oficiales	Sargentos	Cabos y Soldados	TOTAL
1.ª expedición.	2	31	258	187	8.115	8.593
2.ª id.	4	37	184	66	7.186	7.477
3.ª id.	1	10	166	124	3.707	4.008
4.ª id.	2	25	267	87	2.581	2.962
5.ª id.	2	41	362	304	8.892	9.601
6.ª id.	2	95	1294	948	26.716	29.055
7.ª id.	13	144	1253	788	24.441	26.639
8.ª id.	7	66	263	190	8.507	9.033
9.ª id.		65	506	513	17.817	18.901
Dos batallones de cazadores del distrito de Puerto Rico. . . .		6	70	50	1.400	1.526
Totales.	33	520	4623	3257	109.362	117.795

NOTAS.—1.ª En la 3.ª expedición figuran los batallones provisionales números 1 y 2, que fueron organizados para Puerto Rico y después marcharon á Cuba.

2.ª En la 7.ª idem id. 2.017 individuos alistados en las Repúblicas Argentina, Brasil y Uruguay.

3.ª Se incluye en la 9.ª expedición la fuerza embarcada en el vapor *Santo Domingo*, que fueron próximamente unos 800 hombres, más la plana mayor y 3 baterías del 5.º regimiento de montaña que embarcaron el 5 de Marzo.

3.877 BAJAS

MINISTERIO DE LA GUERRA

—

Sección 7.ª

NOTICIA de los fallecidos en la isla de Cuba desde 1.º de Marzo de 1895 á fin de Enero de 1896

Generales y asimilados	3
Coroneles ídem	4
Tenientes coroneles ídem	3
Comandantes ídem	17
Capitanes ídem	51
Primeros tenientes ídem	1[illegible]1
Segundos tenientes ídem	54
Capellanes	9
Sargentos	80
Cabos	161
Soldados	3.394
Total	3.877

CAUSAS DEL FALLECIMIENTO

En el campo de batalla	286	3.877
De resultas de heridas	119	
Del vómito	3.190	
De enfermedades comunes	282	

LO QUE TENÍAMOS Y LO QUE DESEÁBAMOS

Ahora veamos cuál era el estado económico, el crédito de España, en la Península y en Cuba. Este análisis, en el cual no hacemos tampoco sino repetir conceptos de carácter oficial, servirá para tener confianza y fé en el vigor de la nación española, enmedio de tantos y tan graves desastres. Damos publicidad á tales informes señalando su origen,

porque sería antipatriótico ocultar la gravedad del mal, pero mas anti patriótico es todavía dejarse dominar por el pesimismo.

CRÉDITO DE ESPAÑA EN LA PENÍNSULA

No se había hecho, á pesar de la gravedad de las circunstancias y los apremios de las atenciones de guerra, ningún empréstito, ni grande ni pequeño. Al terminar el mes de Febrero de 1896, al año de comenzada la insurrección, no se había tocado ni en un maravedí al cré-



Reconociendo la extensa zona de San Felipe... (pág. 183)

dito para negociar Deuda flotante, que era de 75 millones. Y hay que notar y advertir que hacía muchos años que no sucedía cosa semejante, pues, aun en épocas normales, solía ocurrir que antes de cortar el cupón de Enero empezaban ya las contrataciones sobre Deuda flotante.

No se había empeñado ni enajenado ninguna renta, ni se había pro-

puesto, ni menos creado, ninguna contribución extraordinaria. No se había hecho uso de la autorización legislativa para el empréstito de 500 millones consolidando la Deuda flotante. Y á pesar de las angustias del país, no se había advertido baja sensible en las recaudaciones de los tributos en la Península.

Y es que, así como erraría grandemente quien dudara de la aflicción económica, grave, gravísima, que produce una guerra como la de Cuba, erraría también quien no viera en estos datos la revelación elocuente de los tesoros de vigor, de energía, de vitalidad de la nación española, siempre rediviva, grande, abnegada, fuerte para combatir las situaciones más críticas que su infausto destino le depara.

CRÉDITO DEL TESORO

Debe, ante todo, señalarse como un fenómeno extraordinario, el hecho siguiente: el hecho de que en un país que está en guerra, la moneda circulante, la que servía al comercio y á la vida, *era todavía el oro.*

La ampliación del capital y reforma del Banco Español de Cuba, ya acordada, permitiría disponer de una circulación fiduciaria, sólidamente garantida, de 50 á 60 millones de pesos. En la anterior guerra, sin garantía ninguna, se elevó la circulación á 76 millones de pesos.

El rendimiento de Aduanas se elevaba hace diez años á 20 millones de pesos. Hoy rinde entre 11 y 12 millones. Confíaba la ponencia de los ministros designados para esto—así lo confirman los datos oficiales á que venimos refiriéndonos—en que una prudente reforma de Aranceles permitiría elevar el ingreso á más de los 20 millones que ya había rendido. Y sobre el aumento no sería dificil levantar de 70 á 90 millones de duros.

También creía el Gobierno que la reforma de los impuestos interiores podrían rendir, sin exageración, algunos millones de duros que podrían servir, si otras catástrofes no lo impedían, para nivelar el presupuesto de la isla y destinarlo á realizar mejoras en la misma.

En síntesis, el crédito de la Península y el crédito del Tesoro de Cuba podrían subvenir á las necesidades de la guerra durante tres años. Descartando lo que está bien que se descarte, lo que podríamos llamar «poesía de los números», en todo lo relativo á los recursos posibles, siempre España demostrará que sabe hacer prodigios para mantener la guerra, para defender su causa santa. La pesadumbre de las cifras de los gastos, con ser tan grande, con ser tan imponente, no podrá dar la razón jamás á los insurrectos, á su audaz y absurda afirmación de que el pueblo que descubrió la América tendría que abandonar su última posesión, no vencida por las armas, postrada por el sacrificio doloroso de su fortuna y de su riqueza.

Ahora bien—y estas ya son reflexiones exclusivamente nuestras—no lo olvidemos, no lo olvide el Gobierno; los sacrificios en dinero, valen mucho, en cuanto ponen muy alto la vitalidad y el prestigio de España; en cuanto dicen al mundo entero que no hay empeño que no venza nuestro patriotismo; pero evitarlos en cuanto sea posible, es deber imperioso de todos los gobiernos. Bueno es que los extraños sepan que tenemos todos los hombres y todo el dinero que se necesita para acabar la guerra; pero bueno también que aquí sepan todos—y por esto nosotros no nos cansamos de decirlo—que en Cuba, á una acción militar inteligente y enérgica, debe acompañar ahora y siempre una política sabia, justa, liberal, expansiva, de reformas en fin, que ahorre en lo posible la sangre de nuestros soldados y los recursos de nuestra Hacienda.

* * *

Reñido y empeñado fué el combate sostenido el día 27 en Gabriel Mateo (Habana) por la columna del general Linares contra varias partida reunidas en número superior á 1.500 hombres.

Reconociendo la extensa zona de San Felipe á Aguacate la columna Linares, á la media hora de salir del primero de estos poblados, en el cruce de los caminos de Tienda de San José y Aguacate, sitio llamado Gabriel Mateo, encontró á las partidas de Núñez, Perico Díaz y Castillo que tenían más de 1.500 hombres y ocupaban posiciones en una loma.

Rompieron el fuego los insurrectos contra la columna, que iba fraccionada, por exigirlo así las condiciones del terreno, en la siguiente forma:

A vanguardia, en flanqueo, una compañía de infantería y una sección de caballería; en el centro maniobrando, tres compañías de infantería y dos piezas de artillería; y á retaguardia dos escuadrones de caballería, cuya acción no permitía el terreno.

El general Linares ordenó un reconocimiento en distintas direcciones á las fuerzas de vanguardia, á la vez que las tres compañías que formaban el centro rompían nutrido fuego y atacaban vigorosamente las posiciones enemigas, auxiliadas por la artillería.

El enemigo defendió el terreno palmo á palmo.

Nuestra artillería iba rápidamente abriendo brecha en sus parapetos y trincheras y las balas de nuestros Maüsser haciendo huecos en sus filas.

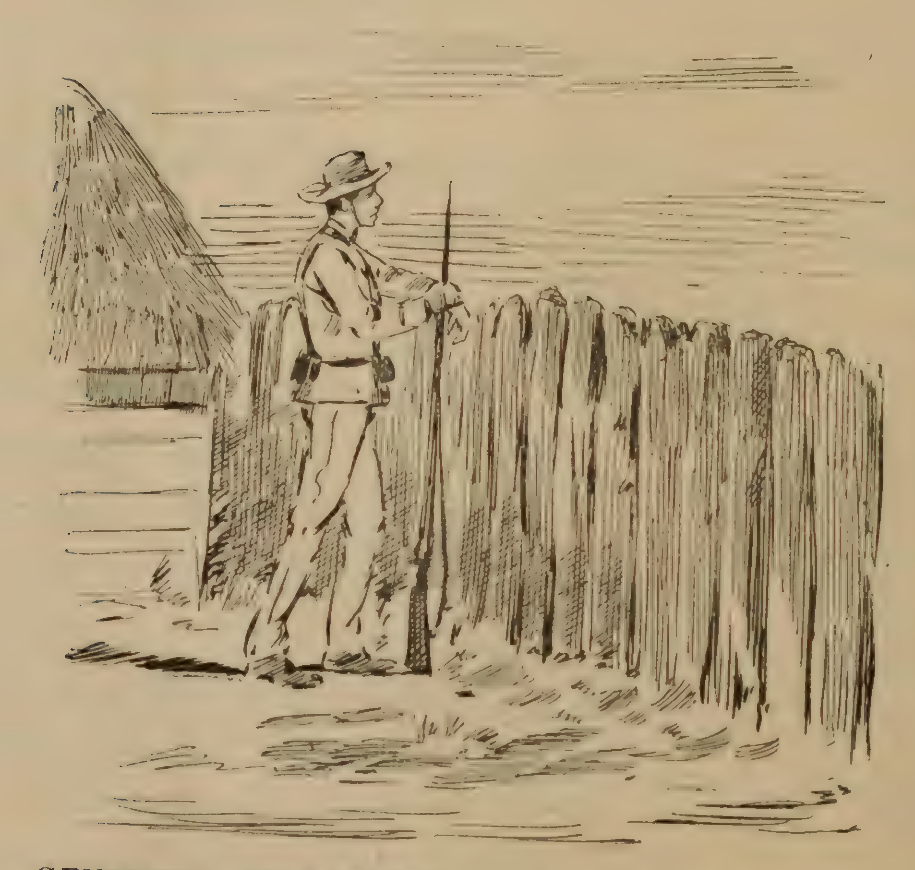
Precisamente la columna del general Linares acababa de cambiar por el Maüsser, el armamento Remington.

Arrollados por el empuje y denuedo de nuestros bravos infantes abandonaron los *mambises* sus posiciones, defendiéndose con tenacidad de posición en posición y siendo de todas desalojados por la bravura y entusiasmo de nuestras tropas.

Una vez desalojado de las lomas el enemigo, siguió la columna en su persecución, hostigándole durante un trayecto de legua y media.

El combate duró tres horas.

Anochecía ya, cuando el enemigo, siempre perseguido y acosado por nuestros infatigables soldados, se refugió en Seibato, donde resguardado y protegido por las cercas y paredones de un ingenio demolido intentó una última y tenaz resistencia; pero un vigoroso ataque á la bayoneta de nuestros bravos infantes y el avance de los escuadro-



CENTINELA EN LAS TRINCHERAS DE UN FUERTE

nes, que pudieron entonces maniobrar, los dispersó en todas direcciones.

Avanzando entonces la vanguardia de caballería concluyó con una brillante carga el éxito del combate.

Las bajas de la columna fueron las siguientes:

Un artillero muerto, y seis soldados de San Fernando, uno de Almansa y el práctico que llevaba el general, heridos.

El enemigo tuvo gran número de bajas; en el campo dejó doce muertos y se llevó más de cincuenta indivíduos cruzados sobre los caballos, ignorándose si fueron muertos ó heridos.

Además abandonaron los rebeldes en el lugar del combate muchos efectos; armas de fuego, machetes, monturas, municiones y caballos.

La victoriosa columna acampó aquella noche en Seibato, y al día siguiente continuó el reconocimiento, recogiendo municiones y llevando los heridos á San Felipe.

El enemigo retiróse hacia Navío y Culebras, en dirección entre Guara y Melena.

El resto de las fuerzas de la columna de Linares acudió en auxilio del destacamento de Guanabo atacado por una partida de 700 insurrectos, en su mayor parte montados.

La partida, al mando de los cabecillas Aguirre y Goiri, procedente de Peñalver, intimó la rendición á los treinta voluntarios que formaban el destacamento que guarnecía Guanabo, en la jurisdicción de Jaruco.

Los bravos y leales voluntarios contestaron á tiros, y los *mambises* después de un ligero tiroteo prendieron fuego á una tienda y continuaron su marcha al ingenio «Tiro», donde residía su dueño, don Sebastián Macía, peninsular, á quien ahorcaron por despreciar sus amenazas y la prohibición que le tenían hecha de cortar caña para moler.

***

Desagradable sorpresa tuvieron el día 27 en el ingenio «Buena Vista» las partidas de Mestre, Capirote, Rojas y Labastros.

Acababan de llegar al ingenio y se disponían á hacer el rancho, cuando se presentaron á ayudarles en su faena, con el fuego de sus fusiles, y á proporcionarles el condimento que merecían, y no esperaban ni fué de su agrado, fuerzas del regimiento de María Cristina, al mando del comandante señor Cabello.

La vanguardia de las tropas lanzóse á la bayoneta sobre los descuidados y entretenidos *mambises*, tomándoles al primer ataque todas las posiciones y ocupando el campamento.

Los rebeldes emprendieron la fuga, abandonando víveres y utensilios, y entonces nuestra caballería los atacó por el flanco, dando una carga que sembró el pánico en las filas insurrectas.

Perseguidos en su huída, poco tiempo después trataron de rehacerse en la colonia «Carmen», á media legua del sitio en que se realizó el primer ataque de la columna.

Las fuerzas de infantería de María Cristina dieron una nueva carga á la bayoneta, derrotando completamente al enemigo, que se puso en dispersión.

La columna acampó en la Colonia, sobre cuyos terrenos halló y recogió gran número de efectos y armas, abandonados por los fugitivos.

El coronel Vazquez al frente de fuerzas del regimiento de Cataluña batió el día 27 en las Nievas, jurisdicción de Cienfuegos, á la partida de Higinio Piñeiro, que había atacado aquel poblado.

El combate fué muy reñido, y el campo de la acción quedó por nuestros bravos soldados, que recogieron ocho cadáveres de insurrectos.

Además se llevaron éstos muchos heridos y dejaron en poder de nuestras tropas doce prisioneros.

La partida se puso en precipitada fuga, pero al otro día se presentó de nuevo en el poblado y entrando en una casa de locos se llevó varios caballos.

***

En la noche del 28, una partida insurrecta destacada de las fuerzas que mandaba Máximo Gómez, y cuyo jefe ha quedado ignorado, entró por sorpresa en la rica y floreciente ciudad de Cárdenas, importante población de la provincia de Matanzas, de más de 23 000 habitantes, y con justicia llamada la Barcelona de las Antillas.

Recorrieron los rebeldes las principales calles de Anglana, la Merced y José Calzado, saqueando casas y comercios, desarmando á los serenos y despojando á los dueños de las tiendas de las armas que tenían como voluntarios.

Se retiraron después de incendiar algunas fábricas y el ingenio del señor Santos Guzmán, siendo de consideración las pérdidas que causaron.

La noticia produjo fuerte impresión en la Habana.

Una partida mandada por el cabecilla Lazo, que continuaba como algunas otras merodeando en la provincia de Pinar del Río, destruyó por el incendio los poblados de Guanes y Mántua.

El cabecilla Gil incendió también en el pueblo de Cabañas, al Norte de Pinar y uno de los más importantes y ricos de Vuelta Abajo.

El soldado Luís López Ubaldo, perteneciente á la columna Oliver, quedóse rezagado algunos minutos en una marcha de ésta á Ságua (Las Villas.)

Un grupo de rebeldes, que estaba apostado en las inmediaciones del camino que tomó la columna, sorprendió al infeliz soldado López, y después de herirle de un balazo, le produjeron varias heridas de machete, que le dejaron en estado gravísimo.

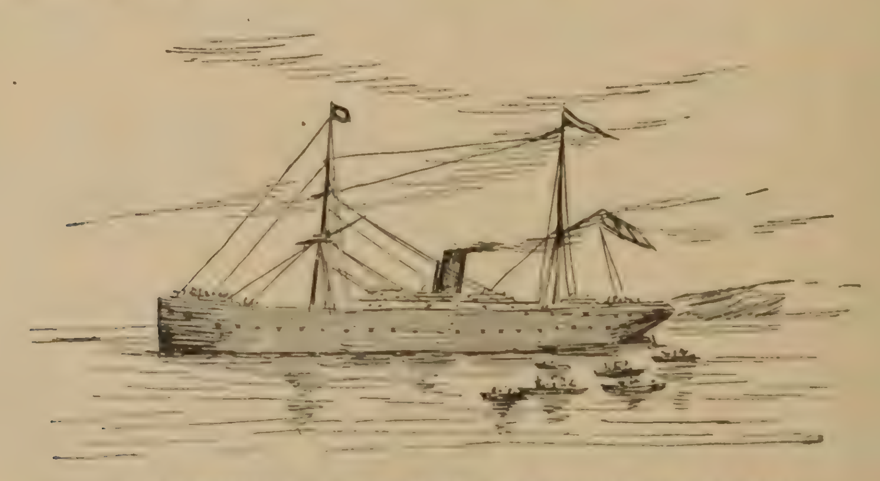
El cabecilla Antonio Maceo, después del último combate sostenido

con nuestras tropas, retrocedió rápidamente, intentando cruzar la línea de Cárdenas-Amarillas.

Lo impidieron las columnas que mandaba el general Arolas.



Acusaba una falta de vigilancia incomprensible lo ocurrido en Cárdenas, en algunas de cuyas calles penetró de noche una partida de insurrectos, según nos comunicó nuestro corresponsal, apoderándose de las armas que llevaban los serenos y de las que tenían los dueños de las tiendas, que saqueron é incendiaron.



DESEMBARQUE DE TROPAS EN GUANTANAMO

No se concibe que en población tan importante como Cárdenas, que contaba más de veinte mil habitantes, no hubiera un solo centinela en los extremos de la población, para evitar la sorpresa; y si esto es siempre lamentable en tiempo de guerra, lo fué mucho más en aquellos momentos en que la insurrección tenía en la provincia de Matanzas sus principales fuerzas.

Repetimos que el hecho, sin ser de gran importancia y carecer de trascendencia, fué, sin embargo, muy lamentable por sus tristes y deplorables consecuencias y por la falta de vigilancia que acusó.

Tampoco eran satisfactorias las noticias que transmitía el general en jefe en el despacho oficial que se recibió la noche del 28.

Los principales de que daba cuenta en su telegrama el general Weyler—y que son los que dejamos reseñados en los precedentes párrafos—aparecían ocurridos en la provincia de la Habana y revelaban que la estaban cruzando todavía en todas direcciones partidas muy numerosas.

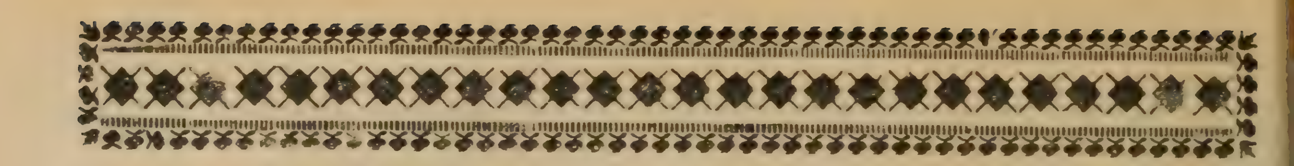
Cierto que el general Linares, después de una serie de combates muy rudos, había batido á un fuerte núcleo de mil quinientos *mambises*, pero, en honor de la verdad, se creía que después de salir de allí las fuerzas de Máximo Gómez y Maceo, solo quedarían partidas locales con escasos contingentes, y con sorpresa desagradable aparecían cerca de San Felipe, las de Núñez, Castillo y otras, con los 1.500 hombres que hemos indicado.

Las de Pero Díaz, que atravesó en dirección á Oriente la línea Batabanó por Ventura, cortando la línea férrea y el telégrafo, y otra de 700 que intimó la rendición á Guanabo, población situada al Norte de la provincia, en término de Jaruco.

No era tampoco satisfactoria, por lo que omitía el parte oficial, la situación en Matanzas, pues que al no transmitir ninguna noticia de esta provincia revelaba, ó que no había ocurrido ningún nuevo encuentro con Máximo Gómez ni Maceo, ó que las comunicaciones con la Habana estaban momentáneamente interrumpidas.

Lo que parecía evidente, de todos modos, era que en esta última provincia no habían quedado bastantes fuerzas del ejército para limpiarla de los grandes núcleos de insurrectos, cuya presencia venía acusada por el despacho del general en jefe.





CAPITULO XII

Heridos y deportados.—El estudiante Rizo.—La vida en campaña del *generalísimo*.—La retirada de los insurrectos.—Diario de la guerra.—Varios encuentros.—Llegada de la última expedición de tropas á la Habana.—Manifestación entusiasta.—Confusion de noticias.—Retroceso de Máximo Gómez y Maceo.—Combate en «Jesús María.—Ataque á la bayoneta.—Carga de caballería.—Derrota y dispersión de los rebeldes.—En persecución de los fugitivos.—Nuevo combate.—El enemigo huye.—Recurso salvaje.—Incendio de los cañaverales de Ojo de Agua, Vellocino y San Ignacio.—Victoria de nuestras tropas.—El cabecilla Zayas herido.—Terrible ciclón en Santa Clara.—La columna del comandante Cortés.—Combate en «Olayito».—Situación de Gómez y Maceo.—Diario de la guerra.

Fondeó en Cádiz el día 27 el vapor correo de Cuba *Reina Cristina* conduciendo 140 soldados inútiles ó heridos y seis filibusteros destinados á Ceuta.

Entre los últimos figuraba el joven Enrique Rizo Ibarra, de veinte y dos años, natural del Camagüey, hijo del coronel español de igual nombre y apellido, y sobrino del general Jiménez Castellano.

El coronel Rizo operaba en Vuelta Abajo contra los enemigos de España: su hijo Enrique estudiaba leyes en la Universidad de la Habana. Los amigos le sedujeron á marcharse con la partida del cabecilla Espinosa, en la cual figuraba.

Visitado por nuestro corresponsal en Cádiz dióle tan curiosos datos acerca de la vida que llevaba en campaña el *generalísimo* de los separatistas, Máximo Gómez, que los creemos dignos de ser conocidos de nuestros lectores y de la historia.

Dijo el estudiante Rizo, que apenas el jefe dominicano llega con su gente á un punto propio para acampar, escoje el sitio que mejor le parece para levantar su tienda, que es muy lujosa, coloca después muchas avanzadas para evitar cualquier sorpresa y se rodea por último de su guardia particular, compuesta de cincuenta hombres, escogidos entre los mejores ginetes del Camagüey, y mandada por el teniente Bernabeu, que goza fama de muy valiente.

Esta guardia es muy afecta al cabecilla, y para resguardarle de cualquier atentado no deja pasar á nadie, aunque sea insurrecto ó laborante, sin registrarle minuciosamente.

Tomadas todas estas precauciones, el *general* se recuesta en una hamaca y allí abre la correspondencia y todos los periódicos que le llegan de América, que son muchos.

Como si tales precauciones fueran pocas y no bastaran aún para la seguridad personal de Gómez, añadió el joven Rizo que, cuando él estaba en el campo insurrecto, un médico, Eugenio Sánchez Agramonte, asistía á todas sus comidas y las compartía con él, analizándolas préviamente.

Afirmó que el *generalísimo* no tomaba sino una copa de ron á la comida y otra á la cena; que le molestaba mucho una úlcera que tenía en la pierna, si bien no le impedía montar á caballo, y que para evitar rozaduras llevaba botas muy altas.

Tocante á la vuelta de las fuerzas insurrectas hacia Oriente, dijo Rizo que obedecía á un plan preconcebido.

Que había dejado en Pinar del Río unos mil hombres divididos en pequeños grupos, á fin de entretener gran número de fuerzas españolas; que no pensaba abandonar las provincias del centro y que pondría gruesas partidas en el triángulo que forman Trinidad, Santa Clara y Cienfuegos, donde hay posiciones formidables donde sostenerse.

Afirmaba que disponía de más de 40.000 hombres y decía que si

más armas tuviera más numerosas fueran las partidas á sus órdenes.

Y por último, le causaba tanta preocupación la carencia de armamento, que tenía encargado á los suyos que en los combates que fuera posible se cogieran fusiles antes que prisioneros, y decía que en breve esperaba recibir grandes partidas de armas y pertrechos, con las que daría nuevo y mayor impulso á la guerra....

***

Las noticias que nos comunicaron los últimos días de Febrero nuestros corresponsales en el teatro de la guerra eran poco satisfactorias. De



VOLUNTARIOS PREPARANDOSE PARA SALIR A OPERACIONES

las que comunicara al Gobierno el general Weyler nada sabíamos, porque en los centros oficiales no se facilitó el 29 ningún despacho del general en jefe. Además, por las indicaciones que hacían los corresponsales, se venía en conocimiento de que el Gobierno suprimió del último despacho oficial, que conocíamos, algún detalle halagüeño.



EL PUEBLO DE LA HABANA ESPERANDO á LOS BATALLONES DE ARAPILES, COVADONGA, OTUMBA y NAVARRA

Ateniéndonos, pues, á las noticias de que disponíanos, solo cabe consignar, porque el hecho se dibuja ya con bastante claridad, que en las provincias de Pinar del Río y de la Habana, la insurrección había tomado notorio incremento con los elementos de la localidad.

En la primera de estas provincias los insurrectos habían incendiado las poblaciones de Guanes, Mántua y Cabañas, importantes todas ellas, especialmente las dos primeras, que, después de la capital, aventajan á todas las demás de Vuelta Abajo, por el número de habitantes.

En la provincia de la Habana algunas partidas rebeldes de escasa importancia habían llevado su audacia á un punto inconcebible aproximándose á muy corta distancia de la capital. Una de ellas destruyó el puente llamado de los Pinos, en el ramal de la vía férrea de Regla á Guanabacoa, á ocho minutos de Regla, y otra se apoderó de varias caballerías en el Asilo de enagenados, que está á un cuarto de hora de la Habana, y próximo al acueducto que surte de aguas á la capital.

Carecíamos en absoluto de noticias acerca de la situación de Máximo Gómez y Maceo. De este último nos dijo nuestro bien informado corresponsal que «después del combate del día anterior,» había retrocedido hacia Cárdenas. Conviene advertir, empero, que después de un combate que algunos suponían librado en Unión de Reyes, no teníamos ni el más insignificante detalle hasta la fecha precitada, ni sabíamos por consiguiente que columna de nuestro ejército había sido la que lo sostuvo.

El día 1.° nos anunció desde la Habana nuestro citado corresponsal, que el general Pando, por noticias que había recibido, suponía que Máximo Gómez y Antonio Maceo cruzaron el día anterior por las inmediaciones de Ceja de Pablo hacia Sierra Morena, con rumbo á la costa Norte. Las columnas que mandaba el general Arolas los perseguían activamente.

Si Gómez y Maceo lograban entrar en Las Villas, irían allí catorce batallones de infantería, catorce piezas de artillería y ocho escuadrones de caballería.

***

En los límites de las provincias de Matanzas y Santa Clara, entre Santa Rosa y Voladores, la columna mandada por el coronel Hernández batió el día 28 á varias pequeñas partidas, haciéndoles un muerto y algunos heridos.

La columna Segura que iba á reunirse con la de Hernández, obedeciendo órdenes del general Pando, encontró á las mismas partidas cuando habían sido ya batidas por aquél, teniendo con ellas un ligero tiroteo, del que resultaron muertos dos rebeldes.

Reconociendo el mismo día fuerzas montadas al mando del teniente coronel Palanca el «Central San Luís», encontraron á una partida de 500 hombres, que tras corto tiroteo se retiraron y huyeron.

Las columnas del teniente coronel Jorro Vázquez y otros, en reconocimientos constantes por las inmediaciones de Santa Clara, tuvieron varios encuentros y tiroteos con pequeñas partidas, que rehuyeron combate y se dispersaron con pérdida de cinco rebeldes muertos y varios heridos, caballos y monturas.

La guarnición de Manzanillo rechazó á una numerosa partida que pretendía impedir las obras de la vía férrea. Los rebeldes hirieron á dos paisanos de los que allí trabajaban.

Cuando la guarnición atacó á los *mambises*, estos huyeron, teniendo nueve bajas.

Hallándose ocupado en el establecimiento de una línea heliográfica en la loma del Toro, cerca de Candelaria (Pinar del Río), un destaca-

mento de ingenieros al mando del teniente coronel del cuerpo señor Clazel, vióse atacado por una partida de insurrectos, que pretendieron impedir los trabajos que aquél realizaba, así como la construcción de un fuerte que á no larga distancia habían comenzado.

La pequeña columna rechazó el ataque y batió victoriosamente á los rebeldes, causándoles un muerto y haciéndoles un prisionero.



...fuerzas montadas al mando del teniente coronel Palanca... (pág. 195)

El destacamento tuvo un soldado muerto y dos paisanos heridos.

Llegaron á la Habana los vapores *San Fernando* y *Colón*, conduciendo á los batallones de Almansa, Albuera, Guipúzcoa é Infante, á quienes la población en masa acudió á recibirles en solemne y entusiasta manifestación y prodigó una ruidosa ovación á su entrada en la ciudad.

Igual acogida y recepción tuvieron los batallones de Arapiles y Covadonga, Otumba y Navarra al desembarcar de los trasatlánticos *León XIII* y *San Francisco*, que llegaron á la capital de la isla el día 29.

***

Algo confusas fueron las noticias oficiales que se recibieron este día en la Península referentes á la situación de los dos jefes de la insurrección separatista en la grande Antilla. Mientras el general Pando avisaba desde Las Cruces (Santa Clara), que Máximo Gómez y Maceo pasaron á una legua de Macagua, cerca de Colón, hacia Ceja de Pablo, al Norte de Las Villas, el general Arolas informaba desde San José de los Ramos (Matanzas), que fuerzas del *generalísimo* intentaban pasar por Palma Sola á Santa Clara. Es decir que el primero suponía á los dos famosos cabecillas marchando juntos en dirección al Norte de Santa Clara, en tanto que el segundo afirmaba que Máximo Gómez iba solo hacia el Sur de la misma provincia. En lo único que ambos informantes convenían era en que los dos cabecillas se dirigían á Las Villas. Mas, tampoco coincidían sobre este punto todos los informes, puesto que el general Weyler, aludiendo á otras referencias cuya procedencia no citaba, suponía que Maceo había retrocedido antes de llegar al límite de la provincia de Matanzas.

Como supusimos anteriormente, Máximo Gómez no siguió hacia Sardiñas, para cruzar el río Hanabana por Amarillas, puesto que cuatro días después de haberse indicado aquel itinerario por el alcalde de Roque, se anunció su presencia en Macagua, ó su paso por Palma Sola.

Lo que parecía evidente era que si no habían pasado los dos á Las Villas, estaban, por decirlo así, tocándose con la mano, con la particularidad de que Máximo Gómez, en su movimiento de retroceso desde la línea de Batabanó, había tenido la habilidad de esquivar todo encuentro con nuestras columnas. Por lo menos, no se tuvo aquí noticia

de que se hubiese visto obligado á sostener ningún combate de alguna importancia.

Para suponer á Gómez y á Maceo sobre la divisoria de Matanzas y Santa Clara había otro dato más seguro, y era que todas las columnas que los perseguían, y que se quedaron á retaguardia, habían recibido orden de avanzar. Así, el coronel Hernández, que estaba en Santa Rosa, cerca de Unión de Reyes, había ido á Voladores; Segura, á Alvarez; el general Bernal, con la columna Echagüe, á Santo Domingo; Vicuña á Manacas; Galvis, á Palmillas, y Prats á Colón y Jovellanos.

De manera que la mayor parte de las columnas que perseguían á los dos cabecillas se habían corrido hacia Oriente, sobre el límite de Matanzas y Las Villas, y alguna, como la de Vicuña, lo había rebasado, yendo á establecerse sobre la línea férrea de Matanzas á Santo Domingo, en Santa Clara.

El general en jefe no acusó en su último despacho del 29 que hubiese ocurrido en aquellos días ningún encuentro de importancia.

***

De un brillante encuentro sostenido por el teniente coronel Cossío contra varias partidas en la provincia de Matanzas, cerca del Río San Juan, nos dió noticia nuestro corresponsal en la Habana.

La acción fué reñida y provechosa, puesto que se cogieron al enemigo buen número de armas y pertrechos, además de causarle muchas bajas.

Había salido de los Cangrejos la columna Cossío con rumbo á Tienda Güira, cuando al atravesar el río San Juan, no muy distante de la capital de Matanzas, se encontró con la columna del coronel Mo-

lina. Ambos jefes cambiaron impresiones, se comunicaron las noticias que tenían respectivamente acerca de la situación y paradero del enemigo y se separaron tomando cada uno con sus tropas el rumbo que antes llevaban, si bien y á virtud de esta entrevista, la columna Molina, que era la más fuerte, se desprendió de ochocientos infantes y veinte y cinco ginetes que pasaron á las órdenes del teniente coronel Cossio.

Poco tiempo llevaba de marcha la reforzada columna Cossío cuando las fuerzas que iban de vanguardia encontraron en el potrero «Jesús María» una avanzada del enemigo.

Los insurrectos, á la vista de nuestras tropas, se replegaron á su campamento, situado en el *batey* de la finca, y se apercibieron al combate.

Al llegar la columna al campamento enemigo, hallábanse en éste unos 1,500 hombres dispuestos ya á la lucha y mandados por los cabecillas Anieva, Bethancourt y Capirote.

Roto el fuego y empeñada la acción por ambas partes, los rebeldes sostuvieron nutridísimo tiroteo durante más de dos horas.

Al cabo de este tiempo nuestra valerosa infantería dió un brillantísimo ataque á la bayoneta que sembró el pánico en las filas rebeldes. Un momento después la caballería dió por el flanco una terrible carga al machete, que acabó de descorazonar á los insurrectos, desalojándolos de sus posiciones y obligándoles á emprender desordenada fuga.

El enemigo huyó en dirección al ingenio «Jesús María», incendiando cuanto se hallaba á su paso en el potrero, para dificultar la persecución de las tropas.

La columna salió, no obstante, en su persecución, dándoles alcance en el ingenio á donde habían ido en busca de refugio.

Allí hízose fuerte y volvió á empeñarse el combate, haciéndose nuevamente el fuego general durante más de una hora.

Tampoco, entonces, pudieron resistir los *mambises* el violento

empuje de nuestros valientes soldados, y otra vez vencidos huyeron de nuevo, dirigiéndose hacia el ingenio «Vellocino», en Ojo del Agua.

Perseguidos de nuevo por la infatigable columna, otra vez trabóse combate, que sólo pudieron sostener durante media hora.

Vencidos y derrotados se dividieron en grupos y se dispersaron en distintas direcciones. No por esto cejaron nuestros incansables y



EMBARQUE DE TROPAS EN EL PUERTO DE BARCELONA

valientes soldados en la persecución de los enemigos de la patria, y fraccionados y por secciones siguieron ostigándoles siempre, acosándolos sin darles tregua ni descanso.

Viendo los *mambises* que de modo alguno podían conseguir librarse de la tenaz persecución de que eran objeto por parte de nuestras tropas, á las que, por otra parte, no podían vencer, ni les era dable

aun resistir una sola vez más su acometividad y empuje, apelaron para lograrlo á un recurso salvaje y brutal.

Incendiaron los cañaverales de Ojo del Agua, Vellocino y San Ignacio, en una extensión vastísima.

Así hicieron imposible ya la persecución. Nuestros valientes soldados, envueltos entre las llamas, cegados por el denso humo, asfixiados por el intenso calor, tuvieron que retroceder. Entre ellos y los *mambises* se levantaba una infranqueable valla de fuego, una muralla de espeso y acre humo que hacía irrespirable la atmósfera.

En cuanto fué posible procedióse á practicar un minucioso reconocimiento en los sitios por donde habían pasado huyendo los cobardes incendiarios, encontrando abandonados en el terreno diez y ocho cadáveres de insurrectos.

El enemigo llevaba bastantes más, y muchos heridos, según manifestaron los vecinos de aquellas inmediaciones.

En el campamento rebelde donde se libró el primer combate, que empezó decidiendo ya de parte de la valerosa columna la victoria, se encontraron dos grandes sacos llenos de municiones, ocho trabucos, cuatro rewólvers, catorce tercerolas y cinco machetes.

Abandonaron también los fugitivos otros muchos efectos y ropas, y se recogieron igualmente cuarenta y dos caballos vivos, que con otros veinte y cinco muertos, dejaron en el campamento.

El bizarro jefe que mandaba la columna, teniente coronel Cossío, resultó herido, no de gravedad por fortuna, y levemente varios soldados.

La noticia y los detalles de este brillante y victorioso combate produjeron en la Habana excelente impresión.

Según manifestación de varios vecinos de Los Abreus y Rodas, en la provincia de Santa Clara, el cabecilla Zayas se hallaba herido de un balazo de fusil Maüsser, que le alcanzó en uno de los últimos encuentros librados aquellos días.

Añadieron los informantes que habían visto el día 28 al cabecilla cuando cruzó por dichos pueblos, que tenía una herida de bala en la garganta.

Una terrible manga de viento destruyó gran parte del pueblo de Rodas, siendo arrasadas por el violento ciclón unas cuarenta casas.

Los almacenes de Montalvo tambien quedaron convertidos en ruínas.

Resultó, además, muerta una señora y varios heridos.

En Los Abreus los daños y las desgracias fueron todavía mayores, pues quedaron gran número de casas destruidas y hubo también muchos heridos, y muertos una señora y un negro.

Los heridos de más gravedad llegaron á diez y seis, siendo muchísimos los contusos.

Las pérdidas en ambos pueblos y en algunos otros de la provincia de Santa Clara, á los que alcanzó también la acción del terrible huracán, fueron de gran consideración.

La columna del comandante Costa y doscientos hombres de la guerrilla local de Sagua tuvo el día 24 un favorable encuentro en las inmediaciones de Sierra Morena con las partidas reunidas de Robau y otros.

El fuego duró dos horas, dispersándose el enemigo, que tuvo siete muertos y varios heridos.

El teniente coronel Arce con dos compañías de Isabel II y tres de Borbón encontró el 29 en el ingenio «Olayita» á las partidas de Nuñez, Alvarez y otros, desalojándolas del *batey*, donde se habían hecho fuertes y causándoles muchas bajas.

El combate fué empeñado y el enemigo se resistió con tenacidad no

acostumbrada, viéndose al fin obligado á ceder el campo á la bravura de nuestros soldados, ante cuyas irresistibles bayonetas huyeron abandonando 18 hombres muertos y muchos caballos.

La columna tuvo al comandante Añino y al teniente Moya heridos, y cuatro soldados muertos y trece heridos.

Según aviso del comandante militar de Pijuan, el 28 por la tarde llegaron al ingenio Arroyo los cabecillas Gómez, Lacret y Clotilde García, con 5.000 hombres, saliendo al otro día á las nueve de la mañana con rumbo á Cimarrones, por el camino real de Guamutas.

El general Pando acusaba en sus partes la presencia de Maceo al Norte de Santa Clara por Manacas, y que Gómez retrocedía.

Llegó el vapor *San Agustín*, sin novedad en la travesía, con el batallón de la Princesa, al que el pueblo de la Habana dispensó igual entusiasta acojida que á los demás desembarcados anteriormente.

***

Los distintos y aún contradictorios informes que en los despachos oficiales se daban sobre la situación respectiva de Máximo Gómez y de Maceo, eran señal evidente de que perdido el contacto con ellos, se había perdido también su rastro. Así, cuando se les creía á punto de penetrar en Las Villas y se dirigían las columnas en aquella dirección, Máximo Gómez aparecía internándose en Matanzas, por el camino de Guamutas, hacia Cimarrones, y á la vez se señalaba la presencia de Maceo nada menos que en la provincia de la Habana, entre Casiguas y Barnoa, al otro lado de los montes de Madruga.

Con esto se vió la equivocación que sufrieron cuantos indicaron que los dos jefes de la rebelión separatista iban por la Ciénaga de Za-

pata ó bordeándola cuando salieron de la provincia de la Habana, á la que Antonio Maceo había retrocedido.

En precedente capítulo y con referencia á informes nuestros, correspondientes al día 21, cuando todavía no había penetrado en la provincia de Matanzas el cabecilla mulato, decíamos refiriéndonos á su situación:

«. ... Se ha corrido hacia el Nordeste, con el propósito al parecer



CAMPESINOS PRISIONEROS DE LOS INSURRECTOS

de hallar salida por la parte más quebrada de aquel territorio, buscando los montes de Madruga y siguiendo, si logra este primer empeño, por Sierra Anica y los montes de San Miguel, en la provincia de Matanzas.

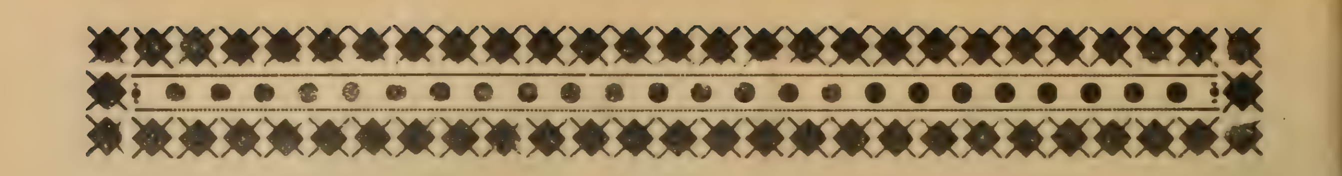
Y, en efecto, mientras permaneció en Matanzas, apenas separóse Maceo del itinerario que indicamos, más que para correrse un momento algo más al Norte, á las lomas de Guacamaro, desde donde retrocedió, precisamente para volver á Occidente.

No faltó quien todavía creyera que el jefe de los orientales retro-

cedió á la provincia de la Habana por no poder internarse en la de Matanzas. La ignorancia en que durante cuatro días se estuvo respecto de su paradero, no nos permite compartir semejante opinión.

Mucho hubiéramos lamentado que uno y otro cabecilla hubiesen pasado á Santa Clara sin ser duramente castigados; pero aun nos pareció peor que uno de ellos hubiera podido volver á la provincia de la Habana. Fiamos, claro está, en que no lograría permanecer en ella mucho tiempo; el hecho, no obstante, fué de mal efecto en aquellos momentos. Y como tal contratiempo debióse seguramente, en primer término, á la circunstancia de tener cortadas las comunicaciones, señalóse la imperiosa necesidad de procurar en lo sucesivo, costare lo que costare, tener siempre una línea telegráfica asegurada en el centro de la isla, para que desde Las Villas y Matanzas estuvieran constantemente expeditas las comunicaciones con la Habana.





CAPITULO XIII

Diario de la guerra.—La columna del general Bernal.—Reñido combate en las lomas de Mamey.—Bajas de los insurrectos.—Idem de la columna.—El bizarro comandante de Treviño, D. Pascual Herrera.—La columna del general Aldecoa en Nazareno.—Derrota de Maceo.—El general Linares y sus fuerzas.—Encuentro en «Portugalete».—La columna del general Muñoz en Santiago de Cuba.—Diario de la guerra.—Maceo batido dos veces.—Desarme de voluntarios.—Nuevas partidas en la provincia de la Habana.—Máximo Gomez en el Hanabana.—El teniente coronel Aldea.—Diario de la guerra.—Ataque á un convoy.—La codicia de los *mambises*.—Ataque á Sagua de Tánamo.—Dos mil *mambises* con un cañón y seis horas de asedio.—Los insurrectos rechazados con grandes pérdidas.

La atención pública distraída aquellos días con las noticias de los Estados Unidos referentes á la inmediata declaración de beligerancia en favor de los incendiarios de Cuba,—á cuyo trascendental suceso dedicaremos una parte de nuestra obra—habíase fijado poco en la marcha de las operaciones en la isla, donde habíamos vuelto á perder las ventajas alcanzadas en la retirada hacia Oriente de los dos jefes principales de la insurrección, uno de los cuales, según confirmó el general en jefe en despacho oficial, se encontraba de nuevo en el centro de la provincia de la Habana.

«.... Parece—decía el general Weyler en telegrama del 2 de Marzo—que no pudiendo pasar Gómez y Maceo límite provincia Santa Clara, efecto situación fuerzas, pretende Maceo distraer columnas en persecución de Gómez que, enfermo, quiere cobijarse Siguanea.»

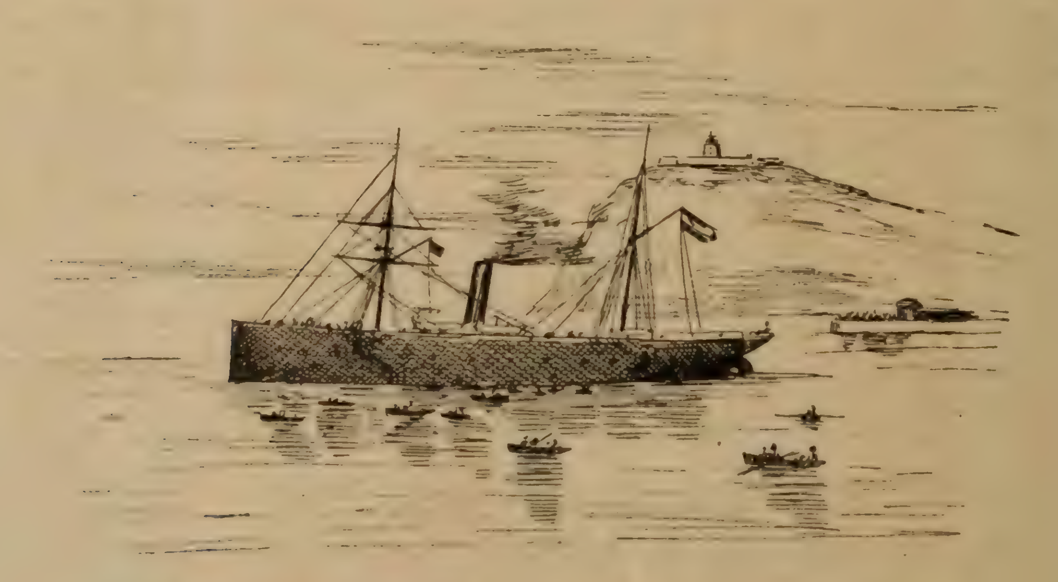
Pues si tal era el propósito de Gómez, y el inconveniente para realizarlo estaba en la colocación que se dió á las columnas en el límite de Las Villas, mucho temíamos que lo lograse, porque en el mismo despacho, de cuyo texto hemos copiado el transcripto párrafo, decía el general en jefe haber dispuesto que la columna de Bernal regresara á Güines; la de Vicuña á la provincia de la Habana—(también Güines se halla en esta provincia)—y que las columnas de Segura y Hernández pasasen á la provincia de Matanzas. Y como la del primero estaba en Santo Domingo, la de Vicuña en Manacas y las de los dos últimos en Voladores y Alvarez, todos ellos en Las Villas, cerca del límite con Matanzas, resultaba que ésta línea iba á quedar bastante más despejada de lo que convenía.

Cierto que en persecución de Máximo Gómez quedaban las columnas de Arolas, Galvis y Nario, y que Segura y Hernández ocupaban la línea que cubría con sus fuerzas el general Arolas; pero no es menos cierto que el frente de Máximo Gómez, si su propósito consistía en pasar á la Siguanea, había quedado menos guarnecido.

Para que las operaciones dieran algún resultado positivo, debiera haberse provisto con urgencia á dos dificultades que, por no haberse podido dominar hasta entonces, habían inutilizado los mejores propósitos y malogrado ventajas evidentes. Precisaba, en primer lugar, que los jefes de columna dispusieran de los elementos necesarios, exploradores ó confidentes, para no perder el rastro del enemigo, ó para conocer su situación en cuanto se reuniese en grupos importantes; y era necesario á la vez que esos jefes pudieran ponerse en todo momento en comunicación con el general en jefe ó con el general del cuerpo de ejército á que perteneciesen. De otro modo no se sabría nunca del enemigo más que cuando hiciera acto de presencia en un poblado, ó cuando se le viera cruzar la línea férrea desde algún fortín inmediato.

No se nos ocultan las grandes dificultades que fuera preciso ven-

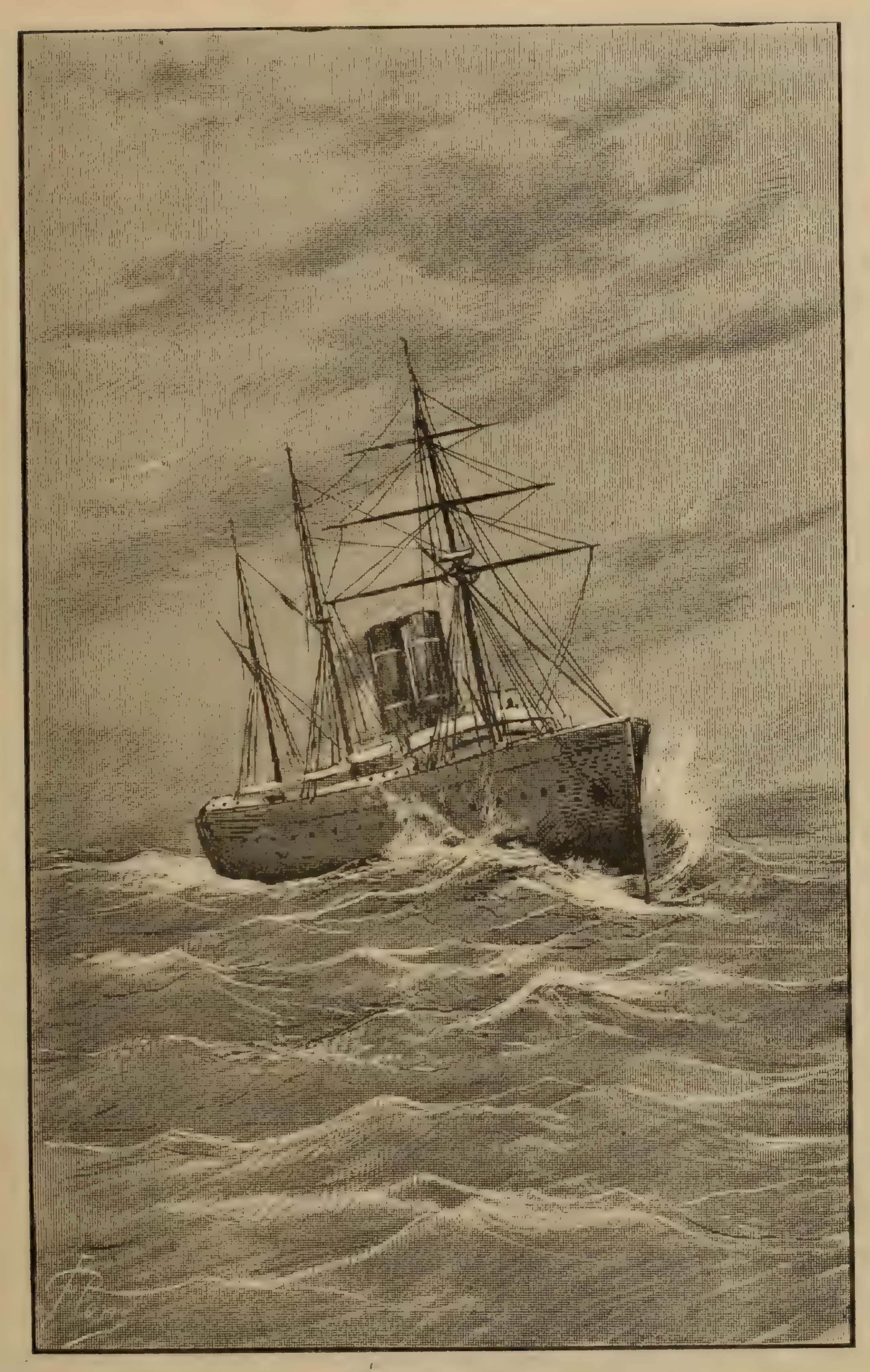
cer para conseguir ambos propósitos, aun en terreno tan poco accidentado como el de la Habana y Matanzas, pues ya se comprenderá que no nos podemos referir ni al Camagüey ni al Departamento Oriental; pero abrigamos el convencimiento de que solo así pudieran conseguirse resultados positivos en la persecución. De otro modo se batiría al enemigo cien veces, y otras tantas volvería al mismo sitio en que fué batido ó por donde pasó anteriormente. Y cuenta que no nos referi-



Salida del puerto de Barcelona del vapor *Santo Domingo* conduciendo el escuadrón de caballería de Alcántara

mos tampoco á partidas locales de cien ó doscientos hombres, que se disgregan fácilmente en grupos pequeños, sino á partidas de más de mil, que aunque disgregadas momentáneamente, siempre forman núcleos importantes que poder combatir.

Con cinco mil hombres se presentó de nuevo Maceo en el centro de la provincia de la Habana, la mañana del 1.° de Marzo, y evidente es que le hubiera sido difícil reunir tal contingente de fuerzas y aun más difícil retroceder de Matanzas, si no se hubiese perdido su rastro durante cuatro ó seis días.



VAPOR «SAN FRANCISCO» CONDUCIENDO TROPAS A CUBA

*
* *

Importante encuentro y reñido combate fué el que sostuvo el día 1.º de Marzo en Loma Mamey (Santa Clara) la columna del general Bernal con las partidas unidas de Antonio Núñez, Cayito Alvarez y Serafin Sánchez, á quien se creía en la provincia de la Habana, y otros, en número de tres mil insurrectos.

La columna encontró á los rebeldes ocupando fuertes y ventajosas posiciones en las lomas; pero ni esto, ni la superioridad numérica del enemigo fué obstáculo para que nuestros bravos soldados las atacaran con el ardimiento y arrojo de que tantas y tan repetidas veces había dado ya, y seguía siempre dando pruebas evidentes nuestro valeroso ejército.

El combate duró tres horas, al cabo de las cuales fueron desalojados los *mambises* de las dos fuertes posiciones que ocupaban y puestos en desordenada fuga, dejando en el campo 25 muertos, entre ellos un cabecilla que no pudo ser identificado, varios prisioneros, y una amazona y muchos heridos. Las tropas recogieron, además, 400 caballos con monturas, gran número de armas y municiones Maüsser, explosivos y efectos para cortar líneas férreas y telegráficas.

Las bajas de la valerosa columna fueron cuatro muertos de tropa, siete heridos graves, doce leves, once caballos y un mulo muertos.

Todas las armas lucharon en competencia y con bizarría incomparable, distinguiéndose individualmente el bizarro comandante de Treviño, don Pascual Herrera, que herido de gravedad en la segunda carga dada al enemigo, frente á su escuadrón, cargó por tercera vez hasta conseguir romper las filas enemigas, destrozarlas y dispersar y poner en desordenada fuga á los rebeldes.

El general en jefe ordenó la formación de juicio contradictorio para el bravo comandante y para otros varios jefes y oficiales que asimismo se distinguieron por su arrojo y bizarría, entre ellos los príncipes de Borbón, don Fernando y don Cárlos.

***

Al amaneceer del día 2 salió de San José de las Lajas en busca del enemigo la columna del general Aldecoa, encontrando á las nueve de la mañana en las inmediaciones del poblado Nazareno á las fuerzas del cabecilla Maceo.

Posesionado de las alturas que circundan al poblado había un grupo de 1.500 hombres: Maceo con el resto de las partidas ocupaba el pueblo.

Roto el fuego de fusil y de cañón y tomadas sucesivamente las posiciones que ocupaban los rebeldes por la valerosa infantería, el coronel Maroto con tres escuadrones apoyó la derecha y operó un movimiento envolvente, cooperando á la desordenada huída de los enemigos, que abandonaron el pueblo, tomado por una compañía de España.

Seguido el rastro principal, se divisó desde el potrero «Porvenir» al enemigo atravesando un barranco, y cañoneado por las tropas inició la retirada á Lomas del Navío.

Las bajas de la columna fueron, el teniente Asenjo, del batallón de Mallorca, muerto; cuatro soldados y un práctico, heridos; tres contusos, y cuatro caballos y dos mulos de la artillería muertos.

Los insurrectos dejaron en el campo un insurrecto y diez caballos; pero los informes que posteriormente se adquirieron demostraron que llevaba muchos muertos y heridos atravesados sobre caballos.

La columna victoriosa pernoctó en el ingenio central «Merceditas» donde dejó los heridos.

De San Antonio de las Vegas salió al amanecer del 3 la columna del general Linares en persecución de la partida mandada por el cabecilla Castillo hacia Managuina Leibón, donde dispersó á la vanguardia enemiga, haciéndole dos bajas y siguiendo la persecución por el camino de Nazareno.

En Lechuga encontró pronto al grueso de la partida, á la que batió y persiguió legua y media en dirección al potrero «Leiva», causán-



...y puestos en desordenada fuga... (pág. 210)

dola ocho muertos, muchos heridos y cogiendo bastantes armas, municiones y efectos. Siguiendo el rastro enemigo alcanzó en Guaramas un grupo de rebeldes, que se dispersaron.

El general Mella con sus fuerzas encontró en el ingenio «Portugalete» á la partida de Massó, fuerte de mil hombres, mandada por el cabecilla Mestre, que marchaba á unirse á las fuerzas de Maceo.

Empeñado corto combate, los batió y dispersó, haciéndoles dos muertos que dejaron en el campo y cogiéndoles cuatro caballos, no

pudiendo emprender su persecución, porque al retirarse incendiaron los cañaverales para evitarla y no tener que abandonar los muchos heridos que llevaban.

La columna del general Muñoz, de operaciones en Santiago de Cuba, después de la acción de Gallegos, continuó operando sobre Sabana y la loma de Caney, é internándose con ligeros tiroteos en la sierra por Pureal dispersó fuerzas enemigas. Siguió á Gua, donde batió á la partida de Monlado que dejó en el campo dos muertos con armas. Continuó á Gloria dispersando en su marcha á dos partidas, á las que causó dos heridos recogidos, y les cogió doce caballos.

***

Como se ve habían vuelto á menudear los encuentros y combates en la provincia de la Habana, pero sin cambiar la situación, que seguía siendo la misma. Máximo Gómez continuaba en la provincia de Matanzas y Antonio Maceo en la de la Habana. En ambas provincias y en la de Santa Clara los insurrectos se dedicaban á quemar cañaverales.

El combate más importante de que nos dieron cuenta nuestros corresponsales y confirmó el despacho oficial del general en jefe del día 3, es sin género de duda el que sostuvo el día 1.° el general Fernández Bernal en Lomas de Mamey, cerca de Mordazo (Santa Clara) con las partidas de Serafín Sánchez, Antonio Nuñez y Cayito Alvarez, que reunían 3 000 hombres. En el campo dejaron los insurrectos 25 muertos y se les hizo cinco prisioneros, entre ellos una amazona. Acredita, además, la importancia de la victoria alcanzada por nuestros valientes soldados, el hecho de haber cogido al enemigo 400 caballos con sus monturas, gran cantidad de armas, municiones y explosivos. La derrota, según se vé fué completa y la huída de los rebeldes precipitada.

Conviene advertir, además, que la columna que con tal bizarría se había conducido, acababa de llegar á Las Villas, á donde se corrió desde Matanzas por orden del general en jefe, para cerrar el paso á Máximo Gómez y á Maceo, cuando se creía que estos cabecillas continuaban su marcha hácia Oriente. De manera que sin tener siquiera tiempo de hacerse cargo de la situación, logró alcanzar tan brillante y señalada victoria.

Componían la valerosa columna los batallones de la Habana y de Asturias, alguna fuerza de artillería y un escuadrón de Treviño, cuyo jefe, el bravo comandante don Pascual Herrera se hizo acreedor á la cruz de San Fernando, por su heróico comportamiento.

***

Dos veces aparece batido Antonio Maceo en el telegrama oficial del general Weyler del día 5: la primera entre Cuatro Caminos y Tapaste, por la columna del coronel Tort, la segunda cerca de Casiguas por el brigadier Melguizo.

Dispuso el coronel Tort el día 4 desde Cotorro que el segundo escuadrón de Pizarro al mando del capitán don Mamerto Lopez, se adelantara á preparar raciones en San José de las Lajas.

Avisado el capitán en Cuatro Caminos de que el grueso de las fuerzas de Maceo estaba pasando por el ingenio «Portugalete», por Somorrostro y Jamaica, en dirección de Tapaste, aceleró la marcha y alcanzó la retaguardia del enemigo, compuesta de grandes masas que estaban en la carretera, batiéndolas antes de la llegada de la columna.

El enemigo huyó, dejando en el campo tres muertos y cinco caballos con monturas, y un carro de víveres de las bodegas de Jamaica, que habían saqueado.

El general Melguizo con su columna encontró más tarde al grueso de las fuerzas del cabecilla mulato ocupando ventajosas posiciones tras cercas de piedras en el ingenio Morales y en Casiguas.

Roto el fuego y trabado combate, pronto los rebeldes fueron desalojados de sus posiciones, batidos y puestos en fuga. Perseguidos por el escuadrón de Castillejos y los voluntarios de Jaruco se dispersaron, llevándose numerosas bajas.

La columna tuvo dos soldados heridos de gravedad y varios leves.

Consignaba, además, el parte oficial que Maceo desarmó en Santa Cruz, cerca de Jibacoa, á un grupo de voluntarios, dejándoles en libertad. El suceso tuvo una importancia mediocre; pero indicaba, por el lugar en que ocurrió, que las fuerzas del famoso cabecilla, que se mantenían aquellos días en la parte Norte de la provincia de la Habana, se habían acercado á la costa, donde era muy posible que hubiesen ido para proveerse de municiones, si tenían noticias de que por allí trataban de facilitárselas.

El general en jefe indicaba que algunas partidas de Matanzas se dirigían hácia la provincia de la Habana, para engrosar las fuerzas insurrectas que la recorrían. De aquí que se viera en la necesidad de organizar nuevas columnas para emprender su persecución.

Máximo Gómez se encontraba por las trazas intentando el paso por el río Hanabana para penetrar en la provincia de Las Villas.

Con objeto de conseguir su intento y viéndose acosado por las columnas de los generales Prats, Arolas y por el batallón de Barcelona, dividió sus fuerzas en tres grupos, dirigiéndose él con uno de ellos hácia Calimete, perseguido por el general Arolas. Los otros se dirigieron uno á Cumanayagua, por San Gregorio, y el otro hácia Arango, en dirección á Camilo.

Al otro extremo de la provincia de Matanzas, en Cidra, el teniente coronel Aldea, con fuerzas de la columna del general Aldecoa, batió á

una numerosa partida insurrecta, cuyo jefe no se indicaba, persiguiéndola hasta Chucho, Santa Elena y Arroyo de la Vieja, causándola bajas, haciéndoles un prisionero armado y cogiéndola caballos heridos.

* * *

La escasa importancia que en definitiva tuvieron estos encuentros, demuestra que los rebeldes, no obstante las fuerzas con que contaban á la sazón en las provincias de la Habana y Matanzas, persistían en su sistema de rehuir combates formales.

El empeño que ponía Máximo Gómez en permanecer cerca del Hanabana, parecía indicar su deseo de correrse á las Villas y pasar á la Siguanea. Si lo lograra se consideraría más seguro de lo que estaba. En impedírselo debía estribar el empeño de las columnas que tenía delante y de las que le perseguían de cerca.

Dieron también aquellos días señales de vida los rebeldes en Pinar del Río, de la manera por ellos acostumbrada, esto es, incendiando el 22, una partida de 200 hombres, mandada por los cabecillas Pepe Ibarra y Ramón Lena, un poblado sin guarnición, cuyos habitantes huyeron á las sabanas para evitar mayores males.

De esta provincia teníamos escasas noticias, porque las comunicaciones con la Habana estaban interrumpidas. Aquellos días salió el general Suárez Inclán para organizar desde Pinar del Río la comunicación telegráfica con la capital de la isla.

De la relativa facilidad que tenían los insurrectos para proveerse de armas y municiones por mar, fué buena muestra el tiroteo que sufrió el cañonero *Lince* al conducir un convoy con raciones á Juan Hernandez. Los que no mostraban reparo en señalar su presencia en tales parajes de la costa, contaban de seguro con medios para llevar á ésta cuantos alijos pretendían introducir.

***

En el departamento Oriental, de donde hemos apartado la atención, por el mayor interés de las operaciones que venían desarrollándose en las provincias occidentales, también ocurrieron aquellos días algunos sucesos dignos de mención.

Noticias particulares de Vapores, término municipal de Jibara



POBLADO DEL COTORRO

(Santiago de Cuba), aseguraban que una compañía de Sicilia y la guerrilla local de San Andrés, conduciendo un convoy de víveres y municiones, tuvieron fuerte encuentro en San Antonio con las partidas de Carrillo y Cornelio Rojas, fuertes de 500 hombres montados.

La codicia por las municiones hizo acercarse al enemigo demasiado, trabando rudo y empeñado combate que les costó 25 muertos, al ser rechazados por los valientes custodios del convoy.

Las tropas tuvieron que lamentar la muerte del bravo teniente de la guerrilla de San Andrés, don Manuel Leiva y siete soldados heridos.

Conviene tener en cuenta que el lugar en que se verificó la acción

está en el interior de la provincia de Santiago, donde hacía tiempo que no había ocurrido ningún encuentro.

Según los particulares informes que con posterioridad nos fueron trasmitidos por nuestro corresponsal en la Habana, el encuentro tuvo lugar en Aguara y nuestras fuerzas iban mandadas por el bizarro comandante Linares y el capitán don Indalecio López, jefe de la guerrilla de San Andrés.

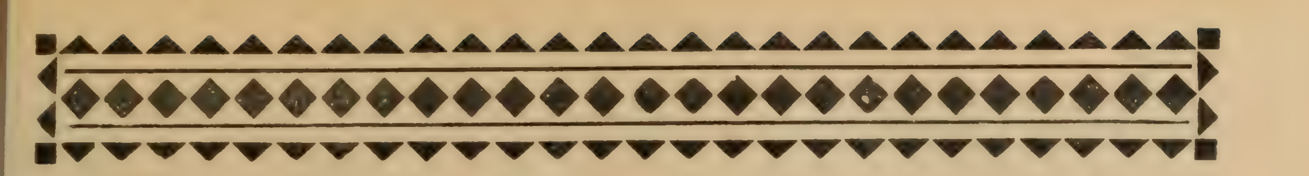
Los insurrectos eran más de setecientos, mandados por los cabecillas Carrillo, Rojas y Felipe Martinez, y sus bajas efectivas pasaron de treinta, llevándose, además, muchos heridos.

Merece también consignarse el ataque á Sagua de Tánamo llevado á cabo el día 16 de Febrero por las partidas de José Maceo, Cartagena, Rouen y otros cabecillas, que además de llevar fuerzas considerables, más de dos mil hombres, disponían de una pieza de artillería. Treinta y seis horas tuvieron á la población asediada, y aunque la guarnición ascendía apenas á doscientos cincuenta hombres, debieron ser de tal consideración las pérdidas que sufrieron los rebeldes, que al fin se retiraron desistiendo de su empeño.

El caso, de todos modos, no dejaba de ser extraño, porque esta era la primera vez que intentaban penetrar por la fuerza en una población defendida por una regular guarnición de tropas del ejército. Bueno es consignar que los vecinos de Sagua de Tánamo ayudaron á nuestros soldados en la defensa del pueblo.

De lo comunicado per el general Weyler en su despacho oficial del 2, no dejó de llamarnos la atención el que la columna del general Bernal y la del coronel Vicuña hubiesen ido á la Habana en aquellos momentos, dejando, aunque momentáneamente, de cooperar á la persecución de Máximo Gómez y de Maceo.





CAPITULO XIV

En busca de refugio.—Salvajadas *mambises.*—En San Luís.—La columna Cornel.—Diario de la guerra.—Vuelta de Maceo á Matanzas.—Los partes oficiales.—¿A que fué Maceo á la provincia de la Habana?—Literatura hiperbólica.—Reconcentración de fuerzas insurrectas.—El colmo de la previsión.—Despacho oficial.—Ataque é incendio de caseríos.—Prisión del cabecilla Cárdenas.—Condena de Betancourt.—Muerte del cabecilla Ramos.—El coronel Vicuña y las partidas de Máximo Gómez y Maceo.—Reñido combate en Corral Falso.—Derrota del enemigo.—Nueva victoria en La Esperanza.—Varios encuentros.—Máximo Gómez á Las Villas.—Diario de la guerra.—El general Prats contra Quintín Banderas.—En el río Auras.—Batida y dispersión del enemigo.—Diario de la guerra.—El proceso contra *El Inglesito.*

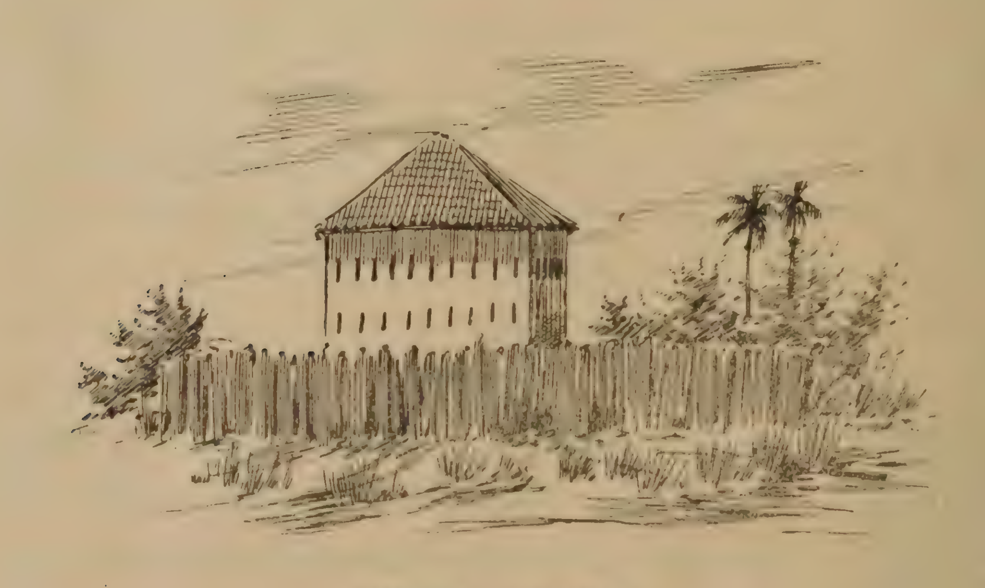
HUYENDO de los salvajes atropellos que en Vuelta Abajo cometían las hordas separatistas y las cuadrillas de *plateados*, llegaban á Batabanó, en los primeros días de Marzo, sin número de familias en busca de seguro refugio y amparo á la sombra de la bandera de la patria.

Aquellos desdichados, lanzados de su hogar y sumidos en la miseria por los *regeneradores* de Cuba, contaban mil atrocidades y salvajadas por sus *libertadores* cometidas. En el ataque á San Luís, pueblo importante situado al Sur de la capital, por la partida de *Pajarito* y Varona, los vecinos se vieron obligados á abandonar sus casas, porque iban á ser incendiadas.

Los rebeldes anunciaron también que iban á llevarse á todos los hombres útiles del pueblo, de quince á cincuenta años, bajo amenaza de ahorcar á los que se negaran cumplir estas órdenes.

Merced á la oportuna y providencial aparición de la columna del general Cornel, no realizaron sus propósitos ni pudieron llevar á efecto sus amenazas.

Reclutando estaban la gente y preparando teas incendiarias, cuando de repente oyóse el toque de una corneta, y momentos después aparecía la columna Cornel que penetró en el pueblo, mientras por la parte opuesta salían huyendo los *mambises* al sentir las primeras descargas de las tropas.



FUERTE LIMONES

Los despachos que venia remitiendo el general Weyler, no se caracterizaban precisamente por su laconismo; en el que se recibió el día 7, fechado el día anterior en la Habana, había verdadero derroche de pormenores sobre hechos insignificantes que no podían ejercer ninguna influencia en la marcha de las operaciones, ni servían para formar juicio, ni favorable ni adverso, en ningún sentido.

Prescindiendo, por lo tanto, de todo aquello que huelga por su escasa importancia y ateniéndonos á lo más esencial, dedúcese del informe oficial que Maceo había logrado volver á la provincia de Matan-

zas sin sufrir gran quebranto, y que Máximo estaba sobre la divisoria de la citada provincia y la de Santa Clara, divisoria que tal vez habría cruzado ya al telegrafiar el general.

Para suponerlo así, bastaba tener en cuenta que Galvis le perseguía desde Macagua, donde le batió en dirección á San Pedro de Mayabón, y que Arolas iba también detrás de él desde Palmillas, es decir, que uno y otro habíanse quedado á retaguardia del *generalísimo.*

Al otro extremo de la provincia de Matanzas se acusaba á la vez la presencia de Maceo con 6.000 hombres, y se suponía que en sentido contrario, es decir, de Oriente hacia Occidente, marchaban para facilitarle la salida Quintín Banderas y Lacret, que avanzaban entre Altamira y Roque.

***

Como todavía se persistía en la extraña, cuanto desacreditada manía, de atribuir á persecución que sufrían, el paso de una provincia á otra de los dos jefes principales de la insurrección, nos quedamos sin saber el verdadero motivo de la última correría hecha por Maceo en la provincia de la Habana, á la que no pasó seguramente á humo de pajas.

¿Fué allí á recoger municiones recien desembarcadas ó le llevó el deseo de hacer acto de presencia cerca de la capital de la isla en el momento en que se iba á votar en las Cámaras norteamericanas el reconocimiento de la beligerancia? No lo sabemos. Es probable, sin embargo, que alguno de estos propósitos le indujera á retroceder á un territorio que había ya abandonado.

Observó en aquellos días un periódico de la villa y corte, que en la campaña de Cuba habíamos adelantado poco *después del cambio de régimen*; y agregaba que «esto no era obstáculo para que siguieran los

corresponsales con una literatura hiperbólica que iba produciendo ya hastío en la opinión.»

Conformes con la segunda parte ó sea con la literatura hiperbólica no sólo de los corresponsales si que también de la oficial; respecto del cambio de régimen, entendemos que no había habido tal, si el diario quiso decir que el general Weyler se mostraba más severo que su digno antecesor con los insurrectos. El *Inglesito* y Betancourt estaban allí vivos y sanos, para demostrar que calumniaron al general en jefe los que habían supuesto que iba á proceder con más rigor que Martínez Campos.

El general Bargés, jefe de las fuerzas del departamento Oriental, indicó al general en jefe en comunicación recibida el 6 en la capitanía general, que las partidas de aquél territorio tendían á reconcentrarse, y suponía que esta decisión debíase al propósito de las mismas, de atraer hacia allí mayores fuerzas para disminuír las que perseguían á Maceo.

Fuera el colmo de la previsión humana y *mambí*. Si la reconcentración se efectuaba, debía obedecer más bien, á nuestro humilde entender, para aventurar algún golpe de mano con más probabilidades de éxito que el que habían intentado días antes, sin resultado, contra Sagua de Tánamo.

***

El despacho oficial recibido por el Gobierno en la madrugada del 8, fué más interesante que el del día anterior.

Confirmaba en él, el general Weyler, el paso de Maceo á Matanzas, entre Bija y Cayajabos, obligado por la columna del general Molina que le flanqueó desde Palos, batiéndole, tomando rumbo á Cabezas y

Saratoga con fuerzas de Miró, Regino Alfonso y Bacallao; enumeraba las partidas que se le habían unido, que fueron las de Cepero, Lacret, Clotilde García, Zayas, Sanchez, Mestre, Capirote, Zamora y Migueli-ni, en número de 5.000 hombres, muy estropeados; daba detalles de un combate importante librado entre Cidra y Sabanillas la mañana del 7, por la columna del teniente coronel Aldea y el batallón de Murcia; se-ñalaba la presencia en Corral Falso de una partida que intimó la rendi-ción y entrega del armamento á la guarnición y que al retirarse incen-dió varias casas, y confirmaba tambien la marcha de Máximo Gómez hacia San Pedro de Mayabón.

De todo ello se seduce que el núcleo de las fuerzas insurrectas se hallaban en aquellos momentos dentro de la provincia de Matanzas y que allí también se dirigían varias columnas en persecución del ene-migo, que, por las señas, había reunido entre los límites de Santa Cla-ra y las de la Habana, más de diez mil hombres.

Por lo demás, la situación seguía siendo la misma. Como en la excursión anterior, era lo probable que Maceo se dirigiera hacia el Norte.

* * *

Seguían los rebeldes atacando los pequeños poblados, que procura-ban destruír por el incendio. Ultimamente atacaron por segunda vez el pueblo de Wajay, incendiando muchas de sus casas.

Antonio Maceo recorría con sus fuerzas la provincia de Matanzas, que cruzaba de una parte á otra, esquivando los encuentros con nuestras tropas, que divididas en pequeñas columnas le perseguían de cerca.

Una de las partidas del cabecilla mulato atacó el caserío de Itabo, cuya guarnición lo defendió bizarramente, auxiliada por la guerrilla local, rechazando al enemigo.

Quintín Banderas dirigíase con numerosa partida por Casimba alta hacia Cuevitas. Las avanzadas de voluntarios de Alfonso XII fueron atacadas por los rebeldes, á quienes rechazaron, causándoles algunas bajas.

El jefe de la estación de Acosta, don Felipe Juárez, por virtud de las órdenes que habia recibido, àpresó al cabecilla Cárdenas, que fué conducido á Matanzas.

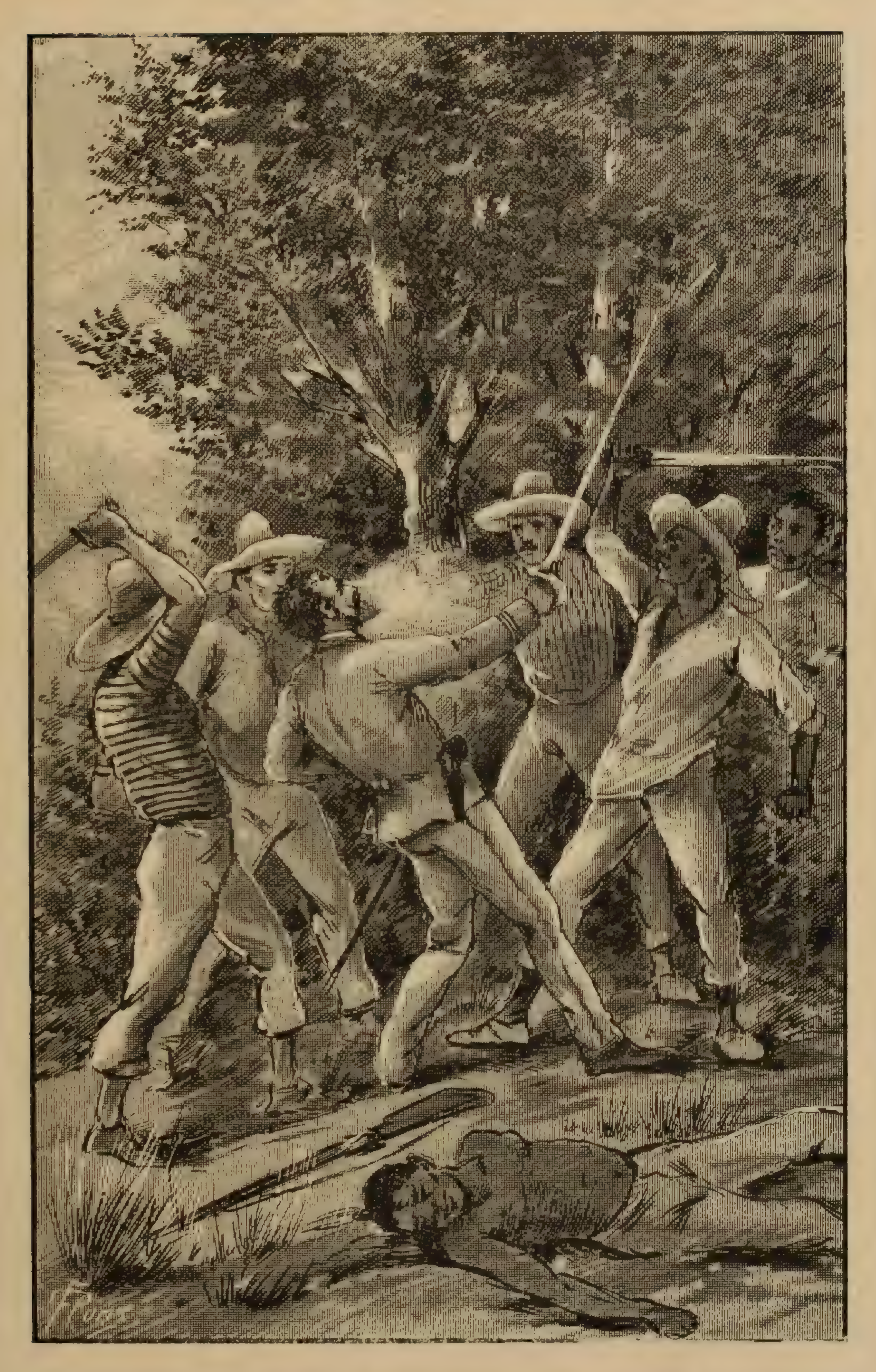


DESEMBARCO FILIBUSTERO

Refirió que le quisieron ahorcar otros cabecillas, pero mediante la intervención de algunos de ellos, fué perdonado. Dijo que los hombres de su partida iban perfectamente armados y montados, usando gran variedad de armas, entre las cuales abundaba la tercerola y diez y siete Remington que se llevaron de San Antonio de Río Blanco.

Refirió también el cabecilla Cárdenas, que la noche anterior á su prisión, estuvo en el campamento de Roque, Acevedo y el *Inglesito*.

De nuevo fué atacado por los rebeldes el pueblo de Jaruco (Habana). La guarnición hizo una brillante defensa, y el enemigo se retiró, llevándose bastantes muertos y muchos heridos.



MUERTE DEL TENIENTE DE VOLUNTARIOS SEÑOR LIAÑO

El Consejo de guerra formado para juzgar al cabecilla José Bethancourt, hecho prisionero en San Antonio de los Baños, le sentenció á reclusión perpétua.

Cerca de Tapaste fueron recogidos los efectos de un caballo muerto, abandonado por los rebeldes en la acción librada días anteriores en aquellas inmediaciones. Averiguóse que era el caballo que montaba el cabecilla Mirabal.

En el equipo llevaba, entre otros efectos y documentos importantes, una carta firmada por Serafín Sánchez, dirigida á Máximo Gómez, que se dijo tenía mucha importancia.

El teniente de voluntarios de Caravallo, señor Zaragoza, con escasa fuerza á sus órdenes, batió con gran fortuna, en el ingenio «Oviedo», á la partida mandada por el cabecilla Ramos.

En la lucha resultó muerto el jefe de las fuerzas rebeldes y otros dos insurrectos, quedando, además, otros dos de éstos prisioneros de nuestras tropas.

* * *

Importantísimo fué el combate librado en la provincia de Matanzas el día 7, con muy favorable resultado para nuestras tropas, entre las fuerzas al mando del coronel Vicuña y las partidas de Máximo Gómez y Maceo.

La columna, compuesta de los batallones de Saboya, Canarias, escuadrón de Borbón y una sección de Villaviciosa, encontró á las siete de la mañana del citado día, en las cercanías de los ingenios «Diana» y «Abreu», próximos á Corral Falso, á las huestes de Gómez, Lacret, Clotilde García y otros cabecillas de renombre.

Las fuerzas insurrectas estaban posesionadas de los dos ingenios, y

ocupaban además fuertes posiciones en las lomas del mismo nombre. Roto el fuego contra el ingenio «Abreu», pronto se generalizó el combate, siendo desalojado el enemigo de las tres posiciones que ocupaba. Situado en una nueva posición, la retaguardia de la columna lo desalojó de ella, retirándose entonces á una tercera, en las lomas de «Andrea», erizadas de extensas cercas de piedras, donde fué reforzada por Maceo con numeroso contingente de fuerzas rebeldes, que en junto ascenderían á unos siete mil hombres.

El combate fué reñidísimo y el fuego duró cuatro horas. Al fin fin, un brillante ataque de la columna puso en desordenada huida al enemigo, ocupando las lomas nuestras valerosas tropas y apoderándose de doscientos caballos, muchos de ellos con montura, que los fugitivos abandonaron.

Los rebeldes tuvieron setenta y un muertos vistos, de los cuales dejaron en el campo de la lucha cuarenta y tres, retirando los demás, arrastrados por sus caballos, á cuyas colas los ataban con cuerdas. Los heridos que recogieron y retiraron fueron incontables.

La columna tuvo tambien sensibles bajas; tres muertos, cinco heridos de gravedad, cuatro menos graves y diez leves.

El núcleo principal de las fuerzas insurrectas se dirigió hacia San Miguel de los Baños, y según informes posteriormente adquiridos, Maceo pretendía marchar á Manjuari.

***

De otro combate, que fué una nueva victoria para nuestras tropas, librado el mismo día en La Esperanza (Las Villas), nos dió cuenta nuestro diligente corresponsal en Villa Clara.

El encuentro se realizó entre una numerosa partida de rebeldes y

dos compañías del regimiento infantería de San Marcial, mandadas por el comandante Ochoa.

Los insurrectos fueron batidos, perseguidos y dispersos por la pequeña y valerosa columna de San Marcial.

La columna Lersundi batió á otra partida rebelde en Sierpe, haciéndola bastantes bajas, entre ellas un titulado inspector de costas que fué enterrado en Gibara.



En la lucha resultó muerto el jefe de las fuerzas rebeldes....(pág. 226)

El comandante Talavera con dos compañías de América y una sección de caballería salió el 7 de San Luís en persecución de una partida que pasó por la colonia «Voladores», en el límite de la provincia de Matanzas y Santa Clara, creyéndose fueran fuerzas del *generalísimo*, tomando un grupo la dirección de Quemado y otros la de San Felipe.

El general Pando comunicó que Máximo Gómez, después del encuentro en Bacuno, había pasado á las Villas con gente reclutada en Matanzas, perseguido por tres columnas.

Todo indicaba que los núcleos principales de la insurrección daban por terminada su excursión á Occidente, y que se disponían á abandonar las provincias de la Habana y Matanzas, como abandonaron la de Pinar del Río, sin perjuicio de dejar en aquéllas como dejaron en esta última fuertes partidas locales, que darían todavía mucho que hacer.

Aun faltaba por averiguar, si en su retroceso llegarían todas aquellas partidas al Camagüey y al Departamento Oriental, ó si una parte de las mismas pretendería permanecer en Las Villas, quedándose Máximo Gomez en la Siguanea.

***

Por de pronto estábamos un tanto desorientados respecto de la situación del *generalísimo*. Quien le suponía cerca de Corral Falso, en el centro de Matanzas, unido á Maceo; otros decían que se le había batido en Manguito, no lejos de Calimete, lo que de ser cierto indicaba que se había corrido al Sur, cuando se le suponía al Este, y el general Pando manifestaba que había pasado á Las Villas con gente reclutada en Matanzas. Tres indicaciones distintas, aunque probablemente ninguna cierta, pues ya nos habíamos convencido de que rara vez se lograba saber con oportunidad el camino que seguía.

Ni siquiera cuando disponían de fuerzas considerables se atrevían los rebeldes á hacer frente durante mucho tiempo á nuestros valientes soldados, que avezados ya á la guerra como veteranos, se batían cada día con mayor arrojo. Una vez más demostraron los insurrectos su carencia de sólidas condiciones para la resistencia en el combate sostenino cerca de Corral Falso. No obstante la superioridad numérica de sus fuerzas, el bravo coronel Vicuña, con su pequeña columna, los derro-

tó completamente, obligándoles á emprender precipitada fuga, en la que dejaron abandonados 71 cadáveres, 43 de los cuales se recogieron en el mismo campo de la acción, además de 200 caballos con monturas.

El general en jefe consignaba en su parte oficial que suponía que estas fuerzas insurrectas pretendían dirigirse hacia Manjuarí y que se les había cortado el paso, obligándoles á retroceder hacia el Noroeste.

De una série de pequeños encuentros en toda la isla, excepto en el Camagüey, dió también noticia el general Weyler en su despacho oficial. Ninguno de ellos ofrecía interés, y algunos eran verdaderamente insignificantes.

* * *

Noticioso el general en jefe por comunicación del alcalde de Guacamaro (Cárdenas) de que las partidas de Maceo y Lacret se habían concentrado en el ingenio «Nieves», fraccionándose después para converger en el ingenio «Saratoga» y unirse allí á otras venidas de Camarioca con 2.000 hombres, y que por Saratoga y río Auras, según parte del gobernador militar de Matanzas, pasaban fracciones de la partida Maceo, batida el día anterior por el coronel Vicuña, desmoralizadas y faltas de municiones, ordenó que el general Bernal saliera desde Limonar al encuentro del enemigo, cuyo rastro buscaban Vicuña desde Corral Falso y Suárez Inclán desde Jovellanos, y el coronel Tort, desde San Nicolás avanzase en tren hacia Unión de Reyes y Bolondrón para concurrir á las operaciones.

El general Prats encontró el día 7 en Antón, camino de Boquerones y Aguada, al Sur de Colón (Matanzas), numerosas fuerzas pertenecientes á las partidas de Quintín Banderas y otros cabecillas, á las que

batió y dispersó, sin empeñar serio combate, persiguiéndolas hacia Baños, Santa Rita, Cayo Infierno, Laguna, Colorado y Carrillo, y causándoles muchas bajas.

En Palma conferenciaron los coroneles Figueroa y Molinas, saliendo el primero con su columna hacia San Miguel de los Baños y Molina con sus fuerzas en dirección del río Auras, donde encontró á las partidas de Maceo, Zayas, Lacret, García Acevedo y otros cabecillas, ocupando fuertes posiciones.

Roto el fuego por la pequeña columna, sin medir las fuerzas enemigas, muy superiores en número, fueron éstas sucesivamente desalojadas de sus posiciones, después de tres horas de nutrido tiroteo, retirándose por Vista Hermosa, ingenio Trinidad, San José, Atrevido, fraccionándose y dispersándose en diversos rumbos, tomando el grupo principal la dirección de Bolondrón.

Perseguidos por la valerosa columna del coronel Molina hasta el ingenio «Atrevido», se les quemó el campamento con muchos bohíos.

El enemigo desorganizado y sin municiciones, tuvo muchas bajas, cogiéndosele cien caballos y armas; las tropas tuvieron cuatro heridos graves y varios contusos.

* * *

Demostróse el pésimo estado moral en que se hallaban los rebeldes con el hecho de que siete mil insurrectos amparados en posiciones excelentes y mandados por un cabecilla de tanto prestigio entre ellos, como su *mayor general* Antonio Maceo, no pudieran resistir el ataque de una sola y exígua columna de tropas; la del coronel Vicuña.

Esto contribuía grandemente á aumentar la animación de las tropas y probaba evidentemente que los rebeldes iban derrotados, faltos

de municiones y abrumados por una gran impedimenta de heridos que imposibilitaba sus movimientos.

Conocíase la situación de las partidas insurrectas que se encontraban en Las Villas, y para que les fuera más difícil el paso á Oriente sería reforzada la trocha de Júcaro.

Máximo Gómez no tenía á su lado cabecillas que mandasen las partidas, en aquella fecha en completa desorganización.



BAHÍA DE NIPE

Conocíase también la presencia del grueso de las partidas de Maceo en la provincia de Matanzas, por los frecuentes incendios que ocurrían en los cañaverales.

El general en jefe disponíase á trasladarse en breve á Matanzas, para dirigir desde más cerca las operaciones militares en Las Villas.

En la noche del 6 al 7 un grupo de insurrectos hizo algunos disparos contra Managua (Habana), sin duda para mantener la alarma.

La guarnición, compuesta de tropas recien llegadas á la isla, hizo al amanecer un reconocimiento en las inmediaciones de la población y

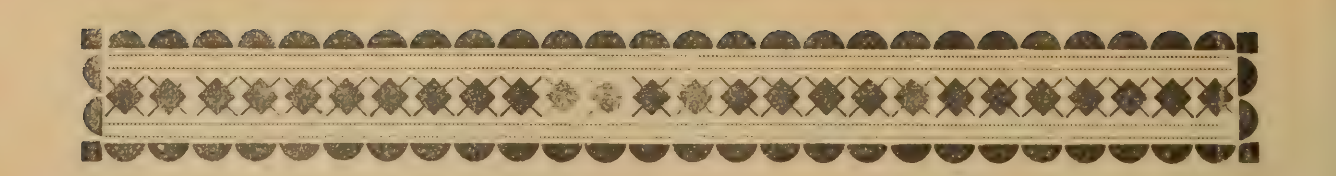
dispersaron un grupo de sesenta ginetes, haciéndoles tres bajas y cogiéndoles ocho caballos.

El tren mixto de Guanajay fué tiroteado por una partida; la escolta hizo dos descargas y el enemigo se retiró.

La comunicación heliográfica entre la Habana y Pinar del Río quedó restablecida por completo el día 8.

El auditor de guerra encargado de informar en el proceso contra el cabecilla *El Inglesito*, después de hacer un estudio detenido del sumario, dió dictámen declarando que estaba demostrado que al ser hecho prisionero dicho cabecilla se le cogió con las armas en la mano.





CAPITULO XV

Llegada á la Habana de los últimos refuerzos de tropas.—Telegramas del alcalde de la Habana y del presidente del Consejo de ministros.—La columna del general Prats.—Derrota del *generalísimo*.—Diario de la guerra.—Obra de destrucción.—La consigna general. —Asalto é incendio de Vereda Nueva.—Ataque a Picotos.—La columna Terán en Vuelta Abajo.—Los insurrectos á diez minutos de la Habana.—Diario de la guerra.—Los globos cautivos en Cuba.—Dudas y deficiencias.

LLEGARON á la Habana las últimas tropas enviadas á la isla con el general Weyler á reforzar el ejército de operaciones en Cuba. El día 8 de Marzo desembarcaron en el puerto de la Habana las últimas fuerzas de la cuarta expedición militar á la grande Antilla, las que, como las anteriores allí llegadas, fueron objeto de entusiasta y cariñosa manifestación de simpatía por la población en masa, sin distinción de razas ni clases sociales.

El alcalde de la Habana dió cuenta del suceso al presidente del Consejo de ministros, en los patrióticos siguientes términos, que dan idea clara de la importancia del acto realizado por el pueblo cubano.

«*Habana*, 9.—El alcalde al presidente del Consejo de ministros. —Madrid.

Terminó felizmente el desembarco fuerzas de la cuarta expedición.

Tan fausto suceso dió ocasión á este vecindario para hacer magnífica, extraordinaria demostración de sentimientos patrióticos: ovaciones y obsequios expedicionarios superaron á los realizados con anteriores, creándose verdaderos, aunque muy gratos conflictos, señalamiento itinerario, pues habitantes de las principales vías, que rivalizaron en



INGENIO «PERLA»

manifestaciones de júbilo, disputáronse el honor de la primacía del tránsito de las tropas.

Tan numeroso pueblo, sin distinción de razas, sexos, ni condiciones sociales, acudió á presenciar el desfile último de los batallones de la Lealtad y Garellano, que duró acto siete horas, durante las cuales interrumpióse el tránsito.

El entusiasmo creciente, la prodigalidad de los agasajos y la explosión de afectos observados, tienen alta significación y relación estrecha con recientes provocaciones, que si por injustas mortifican y exasperan el sentimiento nacional, nò perturban el ánimo de estos habitan-

tes, que confían en la sabiduría, firmeza y previsión del gobierno superior, discreto y dignamente secundado por las autoridades de la isla.

Esta capital dió ayer soberbio, admirable espectáculo de patriótico entusiasmo, sólo comparable al orden, sensatez y cordura ejemplar que presidió los festejos.—*El alcalde.*»

A este patriótico telegrama, contestó el señor Cánovas con el siguiente:

«*Madrid*, 9.—Presidente Consejo ministros á alcalde:

Recibo con entusiasmo las noticias que me comunica acerca de las grandes demostraciones patrióticas con que han sido recibidos en la Habana los últimos batallones de la reciente expedición al desembarcar en el puerto.

Ciertamente, la Península ha hecho en esto sacrificios inmensos, lo mismo que en el envío de todo género de material de guerra necesario para poner ésta en estado de responder á todas la eventualidades, y espera que en medio de las vicisitudes que nos ofrecen las circunstancias, ningún español en Cuba, como en la Península, se negará á sacrificio alguno que se le pida para el éxito de la empresa en que el honor y la integridad de la patria están empeñados.—*A. Cánovas del Castillo.*»

* * *

La infatigable y valerosa columna del general Prats tuvo un nuevo y favorable encuentro con el enemigo el día 8, en el ingenio «Santa Rita y Baró», provincia de Matanzas.

Las fuerzas del general Prats trataron de cortar el avance á cuatro

mil rebeldes que marchaban á las órdenes de Quintín Banderas y Angel Guerra, entre los que supúsose que iba también Máximo Gómez, pues las últimas noticias recibidas confirmaban que el *generalísimo* estaba en la provincia de Matanzas.

Después de hora y media de nutrídisimo fuego, en el que tuvieron los rebeldes bastantes bajas, desistió el enemigo de seguir el camino que llevaba y tomó posiciones en un potrero.

Atacado por nuestras tropas fué desalojado de las posiciones que ocupaba, corriéndose hácia la colonia «Algarrobo» donde se hizo fuerte.

Desalojados también de allí, á las cuatro de la tarde, retrocedieron las partidas hasta la Granja Modelo, perseguidas por nuestra caballería. Tomaron allí posiciones y operaron un movimiento envolvente, tratando de acorralar y copar á nuestras avanzadas de caballería, pero la oportuna llegada de nuestra infantería malogró su intento, y atacados con gran vigor por nuestros bravos infantes se retiraron á sus posiciones, de las que fueron muy luego desalojados y huyeron en completa dispersión, dirigiéndose por grupos hácia San Marcos.

Cuatro horas duró el ataque y la persecución de los insurrectos, los cuales dejaron en el campo 21 muertos y retiraron muchos heridos, á los que se les vió colocar sobre los caballos. De éstos, entre muertos y vivos, quedaron en poder de nuestras tropas más de 60.

La columna tuvo heridos gravemente á los soldados de Antequera José García y Francisco Vargas, y otros leves.

En persecución de las partidas del *generalísimo* llevaban las tropas de la columna Prats muchos días, haciendo largas jornadas, lo menos de once leguas, y de doce la de ese día. Esto no obstante, se batieron nuestros infatigables soldados denodadamente, con vigor y empuje imponderables, cual si llevaran una semana de descanso.

* * *

No nos equivocamos al suponer que Máximo Gómez intentaba pasar con sus huestes á la provincia de Santa Clara, siguiendo su retroceso hacia Oriente. El telegrama oficial recibido en la madrugada del 10 confirmó nuestra suposición, diciendo que el general Arolas, que con la columna Francés iba en persecución de aquél, había llegado, después de una marcha de catorce horas, á Cartagena, que está al otro lado del Hanabana.

El titulado *generalísimo* seguía, por las trazas, en su retroceso, aunque en sentido inverso, naturalmente, el mismo camino que recorrió, cuando, viniendo del Camagüey, pasó por Las Villas para invadir Matanzas. Desde Cartagena, continuando hacia el Sudeste, pasaría por Ciego Montero, Las Cruces, Cimarrones y Manicaragua para internarse en la Siguanea, y si no se detenía aquí, continuaría por el Sur hasta cerca de Sancti Spíritus, inclinándose al llegar allí hacia el Norte, para atravesar el Zaya y después el Jatibonico.

Decíase en el despacho oficial, que en una carta recogida á los insurrectos en uno de los últimos encuentros, se exponían los propósitos de Máximo Gómez en su marcha hacia Oriente, y que estos planes se habían comunicado al general Pando para evitar destrozos en la zona de Cienfuegos y prevenir la marcha á Sancti Spíritus. Bueno fuera tenerlos en cuenta; pero no convenía fiar demasiado en ellos, por si la la carta fué dejada con el propósito deliberado de que cayera en poder de nuestros soldados.

En Rancho Velóz, ó sea en la costa Norte de Las Villas, se había presentado una partida de 300 hombres, que asesinaron á cuatro infelices trabajadores en el ingenio «Constancia» y tirotearon el fuerte de

María Teresa. Hasta entonces no se había señalado la presencia de ninguna en aquel territorio.

También se señaló una partida de 800 hombres entre Palmarillo y Guarreiras, ó sea en los límites de Matanzas y Santa Clara, que incendió los cañaverales del ingenio «Calabazar» hasta las inmediaciones de la vía férrea.

Todo ello indicaba, que la marcha hacia Oriente de los núcleos principales insurrectos se iban acentuando.

Comunicaron los alcaldes de los pueblos inmediatos á Bolondrón que en la acción que habia tenido la columna del coronel Molina con las partidas de Maceo, Zayas y Lacret, el enemigo abandonó más de cien muertos.

***

Todos los despachos, así oficiales como los de nuestros corresponsales, convenían en que las grandes partidas, al abandonar las comarcas en que habían permanecido desde Diciembre, continuaban su obra de destrucción, incendiando cuanto hallaban en el camino.

Tan bárbaro sistema demostraba que fiaban más en el daño que pudieran causar en el país que recorrían, que en su propio esfuerzo.

Por muchas que fueran las faltas y por grandes que hubiesen sido los errores, exagerados por la pasión, que se nos quisieran atribuír por nuestros enemigos, bueno fuera que todos los que tenían algo que perder y aun aquellos que en tan grave problema no se inspiraban más que en un interés de justicia, se parasen á discutir sobre las ruinas amontonadas por la insurrección, para ver si entre las cenizas del incenido, si entre los escombros de los poblados destruídos encontraban la más leve garantía de orden, de paz y de seguridad para el porve-

nir, si pudiera darse el caso de que la vida de Cuba dependiera un día de los incendiarios que la han asolado y convertido en ruinas.

Como obedeciendo á una consigna general, dictada por el despecho de la impotencia y sugerida por la barbarie y el salvajismo de los jefes del separatismo cubano, las pequeñas partidas que habían quedado merodeando en las provincias de la Habana y Pinar del Río, para sostener la alarma y distraer fuerzas de nuestro ejército en operaciones, se-



POTRERO «COPINGER»

cundaban con ferocidad inaudita la obra de destrucción emprendida y llevada á cabo por las grandes en su retirada á Oriente, asaltando y destruyendo pueblos y arrollando cuantas propiedades hallaban indefensas.

El día 9 fué asaltado por los insurrectos el pueblo de Vereda Nueva, de la provincia de la Habana.

El enemigo se propuso destruirlo por el incendio, aprovechando la oportunidad de encontrarse desguarnecido.

Quemaron los rebeldes la iglesia del pueblo y la casa-cuartel de la guardia civil, que estaba desocupado. Cuando estaban entregados á es-



EL CAÑONERO «LINCE» ATACADO POR LOS INSURRECTOS en el POTRERO JUAN HERNANDEZ (Las Tunas de Zaza)

tas criminosas operaciones creyeron que se acercaban las tropas y se retiraron sin completar su obra salvaje.

También fué atacado por los insurrectos de Vuelta Abajo, entre otros varios pueblos desguarnecidos y que entregaron á las llamas, el poblado de Picotos: pero en éste no realizaron sus infames deseos porque fueron rechazados por la vigorosa defensa que hizo su reducida y heróica guarnición. En cambio consiguieron incendiar el caserío de Malas Aguas, qne dejaron completamente destruído.

La columna del coronel Terán, con fuerzas de Wad Rás, desembarcó en Arroyos, en la costa Occidental de Pinar del Río, marchando el día 3 á Mántua con impedimenta, contínuamente tiroteada por el enemigo. Llegada al pueblo salió el 4 para el monte Indio donde batió al enemigo acampado en Loma Alta, haciéndole 17 muertos, entre ellos un titulado teniente y bastantes heridos, y cogiéndole 50 caballos y armamentos.

De regreso de su expedición alcanzó á las partidas de Pablo Oliva y Alejandro Hernández, que se hallaban entre Mántua y Guanes, ocupando posiciones en Loma China.

El encuentro fué muy reñido, dejando los rebeldes 16 muertos en el campo: las tropas tuvieron cinco heridos.

El día 10 fué atacado nuevamente por una numerosa partida el hospital de alienados que se halla á diez minutos de la Habana.

El enemigo se propuso tan sólo hacer notar su presencia cerca de la capital de la isla, pues la pequeña guarnición del depósito del acueducto de Vento, rechazó sin grande esfuerzo á los rebeldes.

***

«Es dudoso fuera Gómez con partidas los que atravesaron por Hanabana.» (*Telegrama oficial del 10.*)

Ignorándose á cierta cierta en el cuartel general, el paradero de los dos jefes principales de la insurrección y temiéndose una nueva invasión en la provincia de la Habana de las partidas insurrectas que salieron de ella, otra vez volvieron á retroceder nuestras columnas en busca del enemigo hácia los límites de Matanzas y Habana.

Lo más original del caso fué que después de haber dicho que Máximo Gómez se hallaba en Santa Clara, cundió de pronto la sospecha de que continuaba en Matanzas. ¡Cualquiera averiguaba con tal cúmulo de contradicciones donde se encontraba en aquellas fechas el invisible *generalísimo!*

De todo ello, lo que más claro resultaba era que la gran dificultad con que se tropezaba en Cuba para que las operaciones dieran los frutos apetecidos, consistía en la falta de una buena y constante información de los movimientos del enemigo.

Impresionado por esta deficiencia que tantas fatigas ocasionaba á nuestros sufridos soldados, y que venimos haciendo notar en las páginas de esta nuestra *Reseña*, un amigo nuestro nos escribió llamándonos la atención de utilizar en la campaña de Cuba los globos cautivos.

«Unos cuantos de estos- copiamos sus palabras- situados en puntos estratégicos, bien defendidos, con el personal suficiente é idóneo para el manejo de heliógrafos ú otro medio de transmisión óptico ú eléctrico, y anteojos de gran alcance con personal práctico, conocedor del terreno, podrían servir para que el general en jefe estuviese informado de los movimientos del enemigo y para que pudiese á su vez, por el mismo medio de transmisión, fuera del alcance del enemigo, dar las órdenes convenientes á nuestras columnas, que no sufrirían entonces en tan gran escala las fatigas de las marchas y contramarchas, necesarias de otro

modo, por la falta casi absoluta de información y el desconocimiento en que se está de los movimientos de las partidas.»

***

Si hemos de ser francos, tememos mucho que el procedimiento recomendado por nuestro comunicante parezca poco práctico: pero á la



UN PACIFICO

vez no podemos menos de recordar y de tener en cuenta, en abono de aquella opinión, cuán útiles fueron y cuán importantes servicios prestaron los aerostatos en la guerra franco-prusiana, como también que nuestro ejército dispone de globos cautivos, en cuyo manejo se han adiestrado nuestros ingenieros, y que si este es un elemento de guerra

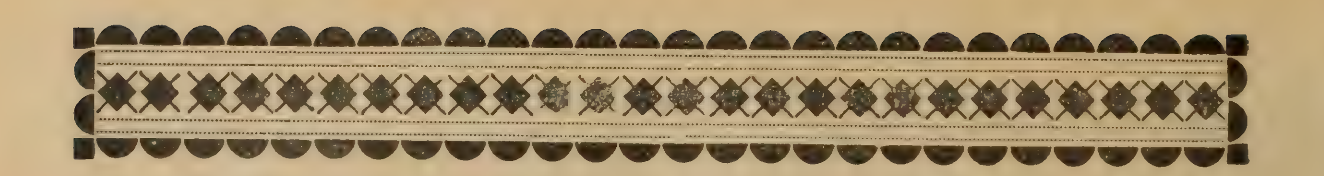
útil, debe aprovecharse en esta ocasión, y si no lo es, deben quemarse los globos que tenemos y no gastar el tiempo y el dinero en instrumentos de guerra que solo son utilizables en tiempo de paz y para entretenimiento de desocupados.

Volviendo á la marcha de las operaciones que se estaban llevando á efecto en Matanzas, suponía el general Weyler en su precitado telegrama del día 10, que el grueso de las partidas se había concentrado entre Manjuari, Navas y Alfonso XII, es decir, al Sur de la provincia de Matanzas y lindando casi con la Ciénaga de Zapata. No daba el general en jefe tales noticias por ciertas ni tampoco afirmaba la presencia de Gómez en Matanzas, por el contrario, manifestaba que se proponía aclarar estos puntos, y agregaba que esperaba un combate importante.

Pero llegó el parte oficial del día 11, que no desvaneció aquellas dudas ni daba cuenta de ningún combate importante en dicha provincia, ni indicaba siquiera el lugar en que se suponía á las fuerzas de Maceo.

Con datos tan dudosos, óbvio es consignar la imposibilidad de formar juicio exacto de la marcha de las operaciones.





CAPITULO XVI

Aspecto de la guerra.—Cuadro aterrador.—Ignorancia oficial.—La beligerancia.—El conflicto con los Estados Unidos.—Los clamores de la opinión.—Responsabilidades del Gobierno.—Manantial que no se agota.—Descarrilamiento de un tren.—En la necrópolis de Cárdenas.—Invasión é incendio de Managua.—Apresamiento de un bote filibustero.—110 prisioneros al Morro.—Bando-circular del general Weyler.—Llamamiento al servicio de las armas.—Audacia de los insurrectos.—El cañonero *Lince* en peligro.—El *Satélite* en su auxilio.—La guerrilla Lersundi.—José Maceo batido por el general Lachambre.—Destrucción de un campamento enemigo.—Hórrido incendio en Regla.

GUERRA bárbara desde sus comienzas era la que hacían, no contra España, sino contra su propio país, contra sus propios paisanos, los insurrectos de Cuba.

De sobra habían confirmado éstos en el año que iba transcurrido, su anunciado propósito de levantar sobre las ruinas y pavesas de la tierra antillana el edificio de una estéril independencia, bajo el cual, aunque fuese, que no es, posible su fundación, no habrían de guarecerse sino cadáveres y mendigos.

Nunca habia alcanzado, sin embargo, los extremos de horror que á la sazón alcanzaba esa campaña de sistemática y bárbara desolación, que solo tiene precedente en las históricas depredaciones del vándalo Atila.

Las últimas noticias de Pinar del Río, de Matanzas y de Las Villas, oprimían el ánimo é infundían, aún en los más cristianos y cultos, el

deseo de que la lucha contra semejante enemigos se convirtiera por nuestra parte en verdadera montería de lobos.

Por todos lados corría y se dilataba el incendio; pueblos y vegas desaparecían en el transcurso de una noche, y por los campos arrasados vagaban millares de infelices que habían perdido la hacienda y el hogar, y que solo por la brutal crudeza del sufrimiento conservaban alguna noción y conciencia de la vida.

Habían sufrido ignominiosa muerte varios hacendados y trabajadores que, obedeciendo á los estímulos del patriotismo, más aún que fiando en la protección de las autoridades, habían emprendido sin atender las órdenes de Maceo y Gómez los trabajos de la molienda.

Y entre tanto no se sabía por donde andaban los dos jefes principales de la insurrección; sabíase tan solo que habían cruzado por tales ó cuales parajes, porque así lo denunciaban los escombros humeantes que dejaban á su paso.

El exterminio y la destrucción tomaban proporciones cada día mayores, y á tal punto habíase llegado, que se echaba de menos el tiempo en que el cabecilla mulato y el cabecilla dominicano invadían, tres meses hacía, las provincias occidentales de Cuba.



Mientras tanto no se cuidaban de esto los senadores norte-americanos. Entretenidos en rebuscar datos sospechosos, en truncar textos conocidos y en traducir á su gusto documentos más ó menos oficiales, no reparaban en los hechos, volvían la cabeza para no ver la sangre y las llamas que en múltiples regueros corrían por los campos de Cuba, y no consideraban en los asesinos y en los incendarios sino á un pueblo que luchaba por su independencia y que bajo tal concepto merecía todo género de simpatías.

Para ellos, que se precian de razonadores y prácticos, hechos y horrores tamaños no tenían significación alguna. Lo primero, lo principal, lo único, era la teoría, aplicada en el caso presente á los propios intereses.

Aún hay algo peor y más triste. El que nosotros viviéramos y vivamos pendientes de sus arbitrarios juicios y de sus mudables humores.

Anunciaron el reconocimiento de la beligerancia de las hordas filibusteras y la probabilidad de una intervención, y España toda se levantó indignada y resuelta á afrontar las más duras pruebas y á hacer los más penosos sacrificios, á trueque de no soportar lo que le parecía y era en realidad un insulto.



GENERAL CORNEL

Hubo después un cambio relativamente satisfactorio, pero quedaron en pié la amenaza y el peligro.

El Senado norte-americano dió un paso atrás, ó cuando menos se detuvo, no tanto porque le impresionara la voz de aquellos de sus ministros que en nombre del sentido común protestaron contra los valedores incondicionales de la rebelión de Cuba, cuanto por el efecto que á no dudarlo le causó el ejemplo invocado de la conducta que siguiera en casos análogos el general Grant, á cuya memoria siguen los Estados Unidos prestando religioso culto.

Aplazada la discusión, no sabíamos si hasta principios del mes

próximo ó por tiempo indefinido, habíamos entrado en un período de tregua; pero, desgraciadamente, no había motivo fundado para que recobrásemos la confianza, ni para que dejáramos de preocuparnos ante la probabilidad de que el conflicto, por un momento conjurado, volviera á surgir en plazo no remoto.

La cuestión que se dejaba, reaparecería mañana plantecda en la misma forma, como que respondía en los Estados Unidos á aspiraciones permanentes y á codicias insaciables.

Era como un pagaré prorrogado; mas á nadie se ocultaba que tarde ó temprano llegaría el vencimiento y se presentaría al cobro.

***

Mucho contribuyó la actitud del pueblo español á entibiar los belicosos ímpetus de una parte del pueblo americano. Debemos pensar no obstante que algo pudo también haber contribuído al cambio, el hecho de no encontrarse el segundo suficientemente preparado para arrostrar las eventualidades de una peligrosa contienda.

Fuerza era, por tanto, que perseverásemos todos en la desconfianza y en la energía, y que aprovecháramos la tregua abierta en el conflicto para acumular fuerzas y medios que nos permitieran hacer cara á las complicaciones futuras.

No nos referimos tan solo á los aprestos militares; aludimos principalmente á la necesidad de buscar soluciones que allanasen los obstáculos de nuestro camino, así para la paz como para la guerra.

Preferible fuera ésta, con todas sus consecuencias, á los gastos y sacrificios inherentes á la paz armada, si nos habíamos de concretar á mantener la situación de equilibrio inestable, en que á la sazón vivíamos, y no hubiéramos de poner formal empeño en desatar ó cortar el

nudo que podía convertirse en dogal para España, si no nos dábamos prisa en acudir al remedio.

Y á dos cosas necesitaba atender el Gobierno y necesitábamos atender todos.

A abreviar la guerra, á fin de quitar argumentos á nuestros encubiertos adversarios, y á buscar, mientras durase aquel compás de espera, una solución nacional que facilitase la pacificación moral y material de Cuba.

No era cosa de que durante dos, tres ó más años, continuáramos sometidos á la doble perspectiva periódica de la estación de las lluvias y de la discusión sobre la beligerancia.

Había que apresurar ante todo y sobre todo una solución honrosa y eficaz, otorgada por nosotros mismos, y que no viniera impuesta con malos modos ni sugerida con interesadas solicitudes por gente extraña.

Así pensamos, y así pensaron todos los españoles que en algo estimaban la honra y la dignidad de la nación, ante el conflicto planteado en las Cámaras *yankees* y provocado por cuatro senadores y diputados *jingoes* asalariados por el laborantismo cubano.



Ahora bien; ¿lo hizo así el Gobierno? ¿atendió el señor Cánovas los clamores de la opinión?... Otro año y algunos meses han transcurrido, y la situación sigue siendo la misma, sino peor. Hablen por nosotros las miles de madres desventuradas que lloran la ausencia eterna de sus queridos hijos; díganlo esos trasatlánticos convertidos en flotantes carros mortuorios, que tres y cuatro veces al mes nos devuelven al seno de la madre patria á miles de espectros, en quienes los mismos que les dieron el sér no reconocen al hijo amado que fueron á despedir y

vieron embarcar sano, bueno y robusto; díganlo los hospitales de Cuba y los de la Península, los Sanatorios de la Cruz Roja y provinciales, rebosando tuberculosos, anémicos, heridos, lisiados, inútiles; dígalo el Erario exhausto, nuestras rentas empeñadas, nuestra Deuda flotante de miles de millones; dígalo, en fin, mister Woodfort, el enviado extraordinario de los Estados Unidos, con su carga de reclamaciones y su abultada cartera repleta de peticiones de indemnización para los súbditos norteamericanos damnificados por sus mismos protegidos. ¿Se quiere prueba más elocuente de la responsabilidad contraída por un gobierno, con su incuria, su debilidad, su abominable sistema, su desastrosa y funesta política de humillaciones y de malversación? Y, sin embargo, el patriotismo del noble pueblo español, de este pueblo sin rival, sin decaer ni un solo instante, no regateando nunca cuántos sacrificios se le han exigido por sus gobernantes, para conseguir la salud de la patria; acudiendo solícito á cuantos llamamientos se le han hecho, sin protestar, siempre resignado y voluntarioso, ora entregando sus ahorros, ora derramando su sangre generosa por la salvación de su querida España. Y es que el patriotismo de los españoles, de los hijos del pueblo del 2 de Mayo, de los nobles descendientes de Daoiz y Velarde, mártires heróicos de aquella memorable epopeya nacional, es manantial que no se agota.



Un numeroso grupo de rebeldes hizo descarrilar el día 11 un tren de viajeros en la línea de Cárdenas, entre los kilómetros 7 y 8.

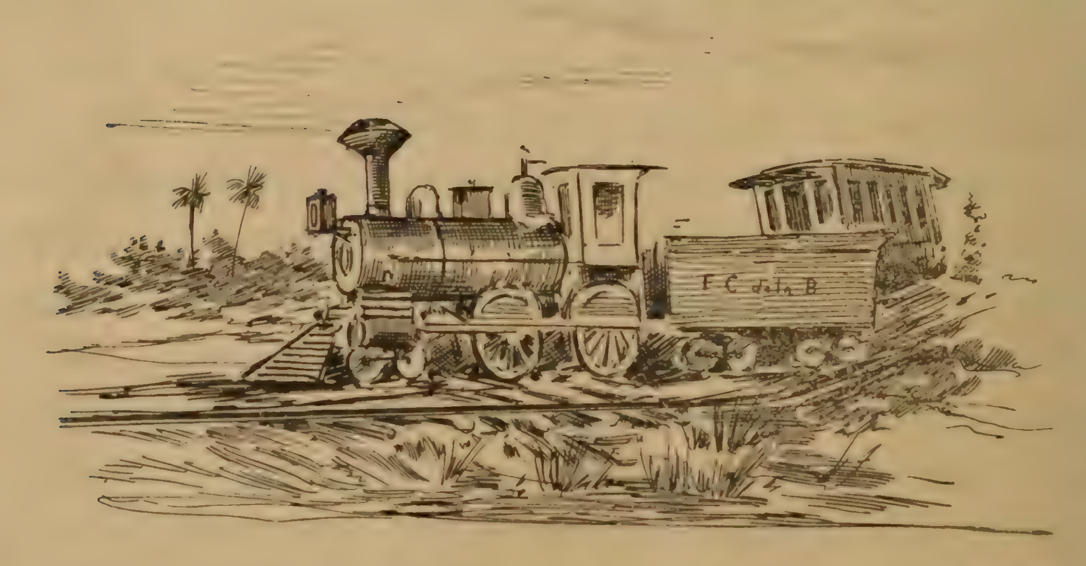
No ocurrieron desgracias personales. Al salirse el tren de los railes los pasajeros se arrojaron á la vía, huyendo precipitadamente ante la presencia de los rebeldes.

La escolta, formada por diez soldados del batallón de María Cristina, se bajó del carro blindado, batiéndose en retirada.

El enemigo destruyó por completo el tren, incéndiándolo.

La escolta montó en la máquina exploradora, y salió en busca de refuerzos.

El propio día, en el momento de estar entregados en la necrópolis de Cárdenas á la triste tarea de dar tierra sagrada á un cadáver, otro grupo de insurrectos se apoderó de los caballos del carro fúnebre. La



...hizo descarrilar un tren de viajeros en la línea de Cárdenas... (pág. 251)

escena se reprodujo dos días consecutivos, y el hecho produjo gran impresión en la ciudad.

Los *mambises* estaban merodeando siempre por aquellos alrededores en busca de caballos, pues en los últimos encuentros habían perdido muchos, estaban ya cuasi sin ellos y no podían adquirir más, porque entre la requisa que ellos habían hecho y la que hizo el ejército después, no quedaban caballos en las propiedades rurales.

Una partida insurrecta invadió el día 12 la Macagua, pueblo de la jurisdicción de Colón, en la provincia de Matanzas.

Los rebeldes incendiaron la casa-ayuntamiento, que quedó completamente destruída, como asimismo varias casas del pueblo.

La pequeña guarnición que desde una casa-fuerte, en la que se alojaba, hizo una valiente defensa, impidió que el enemigo incendiara totalmente el poblado.

La policía de la capital de Matanzas, que había recibido una confidencia, adoptó las oportunas precauciones, y el día 12 por la mañana detuvo en la bahía de aquella ciudad un bote cargado de víveres y municiones en gran cantidad y otros muchos efectos que iban destinados á los rebeldes.

Ciento diez filibusteros que habían sido apresados en la provincia de Santa Clara, llegaron el día 12 á la Habana é ingresaron en el castillo del Morro.

El general en jefe dictó un bando-circular por el que se concedía la libertad á todos los presos que lo habían sido en la Habana y en Pinar del Río por haberse rebelado contra la patria. Para obtener esta libertad se les exigía una declaración y una promesa; debían declarar que no fueron por su expontánea voluntad á unirse á la causa de la insurrección y prometer ante dos testigos fidelidad á España.

***

El general Pando, gobernador y comandante general de la provincia de Santa Clara, publicó un bando, haciendo un llamamiento al servicio de la causa de España.

El bando contenía las disposiciones siguientes: que todos los ciudadanos útiles para el servicio de las armas se alistasen como voluntarios: que el ciudadano que no atendiera este llamamiento, respondiendo á impulsos de su patriotismo, demostraría tibieza por la defensa de

la causa de España. En su consecuencia, entre aquellos que desoyeran la orden se formaría una relación, en la que serían incluídos, unos como indiferentes, otros como sospechosos.

Terminaba el bando dirigiendo una excitación á las autoridades de Las Villas, para que pusieran su reconocido celo al servicio de los propósitos que en dicha disposición se perseguían, y señalando el plazo de quince días para el alistamiento.

De un hecho que revela la audacia de los insurrectos del departamento Oriental, nos dió cuenta nuestro corresponsal en Santiago de Cuba.

El cañonero *Lince* corrió el riesgo de caer en poder de los rebeldes.

Hallábase el buque, en los primeros días de Marzo, en el estero denominado Juan Hernández, en las Tunas de Zaza, custodiando á varias goletas que conducían un importante convoy de víveres y municiones á Jíbara.

Los insurrectos, que acechaban los movimientos de los barcos pretendiendo apoderarse del cañonero y de las goletas, cerraron la boca del estero con cadenas y alambres, para impedir la salida del *Lince*.

Lo consiguieron por el momento, y el cañonero y las goletas, encerrados y cercados en el estero, no tenían posibilidad de salir, ni el *Lince* podía maniobrar en el estero.

La situación era comprometida.

Desde las orillas rompió nutrido fuego el enemigo, cuyas fuerzas, mandadas por el cabecilla Miguel Gómez, eran muy numerosas, é hicieron un ataque rudo.

El *Lince*, sin poder maniobrar, rompió fuego de cañón y de fusilería contra las masas de rebeldes. Los primeros cañonazos impusieron algo al enemigo, cuyas filas rompieron y aclararon; pero pronto se rehizo y redobló el ataque con mayor ardimiento y rudeza.

El fuego del cañonero era nutridísimo, especialmente el de fusil Maüsser: en muy poco tiempo se gastaron tres cajas de municiones.

Comenzaban á escasear ya los pertrechos; iban agotándose ya las municiones, haciendo por momentos crítica y peligrosa la situación del *Lince*, cuando apareció el cañonero *Satélite*, que acudía atraído por el fuego de cañón.

Con grandísima oportunidad llegó el *Satélite*; rompió las cadenas y los alambres que cerraban la boca del estero y protegió la salida del *Lince*.

Pocos momentos después del *Satélite*, llegó al lugar del suceso la guerrilla organizada y mandada por el ex-diputado autonomista cubano conde de Lersundi, que casualmenle se hallaba en aquellas inmediaciones.

La guerrilla, que iba de marcha recorriendo y vigilando la costa, oyó el fuego de cañón y acudió al estero.

La presencia de la pequeña columna fué oportunísima también, pues contribuyó muy eficazmente á ahuyentar al enemigo, librando con él un breve pero encarnizado combate.

Ignoradas quedaron las bajas que tuviera el enemigo: de las tropas resultaron gravemente heridos dos marineros del cañonero *Lince* y once soldados de la guerrilla Lersundi.

***

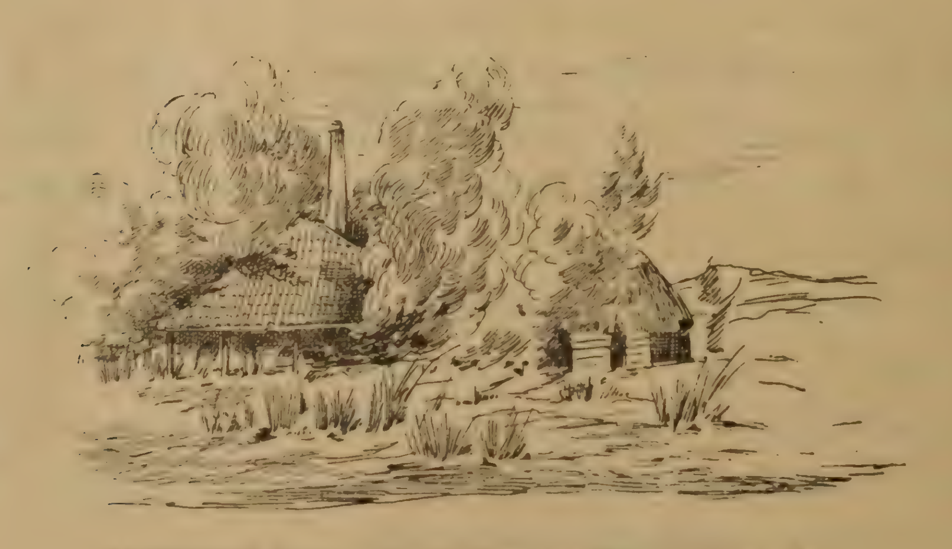
Operando el general Lachambre con la primera brigada por la jurisdicción de Bayamo, encontró en Ramón Yaguas numerosas fuerzas rebeldes mandadas por José Maceo, que ocupaban un extenso campamento.

Empeñado combate entre ambos bandos, fué tan vigoroso el ata-

que de nuestras tropas, que batido y derrotado el enemigo, abandonó el campamento y el hospital y se retiró á las lomas con numerosas bajas.

La columna tuvo un guerrillero muerto, un oficial y tres de tropa heridos graves, y un oficial y cuatro soldados contusos.

Continuando las operaciones tuvo otro encuentro, en el que se hicieron al enemigo siete muertos, entre ellos el titulado capitán Zayas



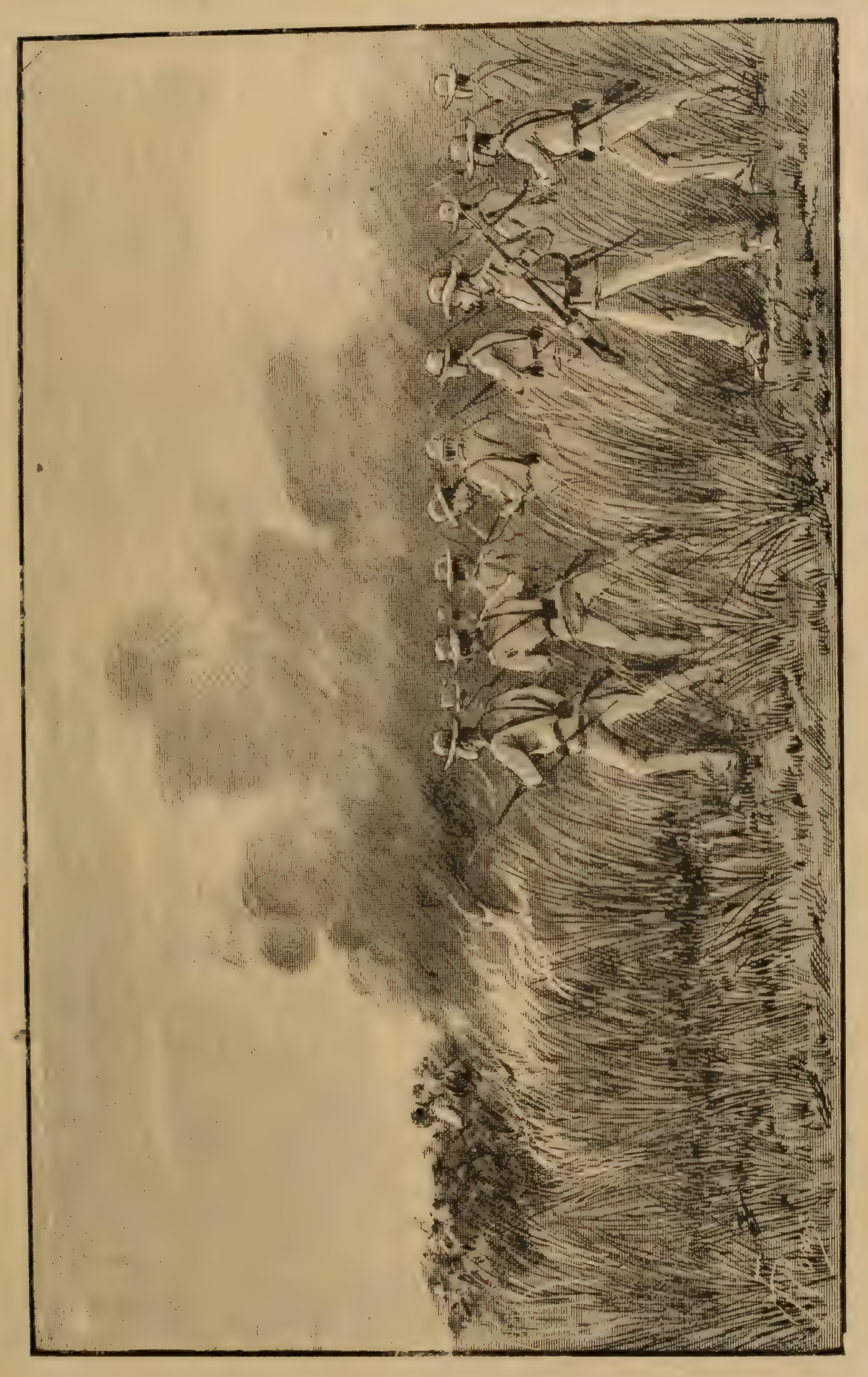
INCENDIO DEL INGENIO «SANTOS GUZMAN»

y dos prisioneros, y se le cogieron 31 caballos y 62 reses. Además les fueron destruídas muchas estancias y siembras.

Las tropas marcharon por terrenos difíciles á Loma de los Ciegos.

Un deplorable siniestro, debido á causa fortuíta, ocurrió el día 12 en Regla, población inmediata á la Habana.

A las seis de la tarde inicióse un violentísimo incendio en la magnífica fábrica de refinería de azúcar que existía en el pueblo. El voraz elemento tomó desde los primeros momentos tan devastadoras y colosales proporciones, que inútiles fueron cuantos esfuerzos se hicieron para impedir que comunicara á las casas contiguas.



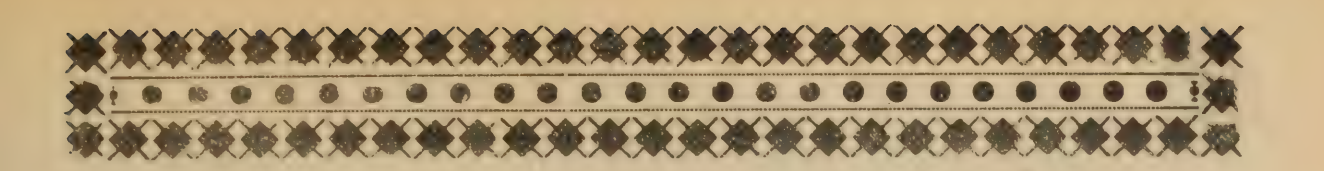
LA COLUMNA COSSIO PERSIGUIENDO A LOS REBELDES POR EL INGENIO «VELLOCINO», EN OJO DEL AGUA

A las diez de la noche pudo considerarse el incendio completamente dominado; pero la fábrica estaba convertida en un montón de ruínas, y diez y siete casas del pueblo habían quedado asimismo destruídas.

El espectáculo que ofrecía Regla era aterrador.

Las pérdidas ocasionadas por el terrible incendio se calcularon en unos trescientos mil pesos.





CAPITULO XVII

Diario de la guerra.—Sin noticias.—Extraño silencio.—Uno menos.—Los rebeldes de Pinar del Río.—Incendio, destrucción y ruina.—Artería *mambí*.—Quintín Banderas.—El coronel Hernández Velasco.—La guardia municipal de Rincón.—Emboscada y combate encarnizado.—Al machete.—¡Viva España!—Pueblos atropellados y campos incendiados.—Diario de la guerra.—Reincursión de Maceo en la provincia de la Habana.

Tornaba á fijarse la atención pública en la guerra de Cuba, de la que no debiera un momento apartarse, mientras no quedase dominada la criminal insurrección. Y hay que convenir en que la marcha de los sucesos no era todo lo satisfactoria que fuera de apetecer y que urgía pensar en poner remedio á la esterilidad de los esfuerzos que se hacían, aunque fuese preciso duplicarlos.

No se había perdido una sola acción, ni una sola vez habían sido vencidos nuestros soldados, á quienes ningún trabajo, ninguna fatiga logró rendir, y, sin embargo, por grande que fuese nuestro deseo de señalar las ventajas alcanzadas, teníamos que rendirnos á la evidencia y ésta nos mostraba á los rebeldes deteniendo é incendiando los trenes en Matanzas, á las puertas de Cárdenas; acometiendo á nuestros buques de guerra en el Zaza; arrasándolo todo en Pinar del Río; incendiando en la provincia de la Habana la iglesia y la casa-cuartel de Vereda Nueva; atacando á las puertas de la capital

el hospital de dementes; pegando fuego á algunas casas de Regla, y á Máximo Gómez y á Maceo pasando de la Habana á Matanzas y de Matanzas á la Habana, sin que supiéramos casi nunca dónde estaban ni á dónde se dirigían.

El triunfo en la guerra no consiste en ganar batallas, si el enemigo ha de poder volver á recuperar sin esfuerzo el terreno perdido. ¿No bastaban en Cuba los hombres que había? Pues, si el general Weyler y el general Azcárraga y el Gobierno lo creían así, ¿por qué no enviaban más? La guerra debía hacerse para sacar de la victoria el fruto debido; para que se palpasen las ventajas; en una palabra, para que la insurrección tuviera que ceder definitivamente el terreno conquistado por nuestros valerosos y heróicos soldados.



CABECILLA MULATO MIGUELINI

Mas para ello había que adoptar un plan: no andar á la ventura en busca del enemigo, esperándole donde no llegaba, persiguiéndole donde no estaba. Por los resultados veíase que el sistema que se seguía no era bueno.

Teníamos en Cuba un sistema de guerra y ningún plan de campaña; y el sistema, preciso es decirlo con la mayor claridad, era de lo más primitivo posible.

En efecto: ni en Cuba ni en parte alguna se puede dejar el enemigo á la espalda, y en Cuba menos que en ninguna parte.

Si para ello se imponía la necesidad de un esfuerzo colosal ¿porqué no se hizo de una vez? El país no hubiera escatimado ningún elemento, porque lo que quería, ante todo, era dominar la insurrección y acabar la guerra cuanto antes. Había que descartar ese peligro, había que vencerlo, no solo por la sangre y el oro que costaba, aunque esta fuera razón sobrada, sino también porque constituía un semillero de tremendos conflíctos que nos amenazaban constantemente y que podían estallar de un momento á otro. Ahí está en prueba de ello el conflicto aún pendiente y no resuelto aún con los Estados Unidos.

No somos de los que han dudado, ni antes ni ahora, de la buena voluntad de nadie; creemos que todos han cumplido con su deber, y nuestros soldados con exceso, si en esto exceso cupiera, haciendo todos cuanto han sabido y podido; pero creemos al mismo tiempo, que los unos por el afán de atenuar el mal, y por ignorancia los otros, la importancia de la insurrección no ha sido bien apreciada. De aquí que los esfuerzos por el país realizados no hayan correspondido al resultado apetecido.

Desde el primer instante debiera haberse mirado el peligro de frente, con valentía; medir bien su extensión y calcular sus dificultades. Asi procediendo se hubiera podido aprontar de una vez los medios de todo género, militares, políticos y enonómicos, adecuados para vencerlo. No se hizo así, y el peligro ha producido la hecatombe nacional que todos habíamos previsto y en la que todos más ó menos somos víctimas.

* * *

Dos días llevábamos sin saber por conducto oficial lo que pasaba en Cuba; silencio más extraño en los momentos en que venía anun-

ciándose una acción importante. No faltó quien atribuyera esta carencia absoluta de noticias oficiales á la salida de la Habana del general Weyler, de quien dijeron aquellos días algunos corresponsales que se proponía trasladarse por mar á Matanzas.

No creímos, sin embargo, que la provincia de la Habana estuviera bastante tranquila para que el general en jefe abandonase la capital de la isla; esto sin contar con que el propósito de ir embarcado á Matanzas, que dista de la Habana por ferrocarril dos horas ó dos horas y media, no se justificaba por el deseo de ganar tiempo, y tenía el inconveniente de parecer poco airoso. Creímos, por lo tanto, que no se había pensado en tal cosa, y que el general Weyler continuaba en la capital de la isla.

El incendio ocurrido en la fábrica de azúcar de Regla había sido, como hemos dicho ya, al parecer, casual. Pero el hecho de que en la Habana lo hubieran atribuido á obra de los insurrectos, según telegrafiaron varios corresponsales, no dejó de ser bastante extraño, pues, aun siendo mucha la audacia de los insurrectos, esa hubiera pasado de la raya.

Si con bandos y circulares se hubiese de haber acabado la guerra, bien podíamos decir que á la fecha iban las operaciones por buen camino, ya que á penas se pasaba día sin que se anunciase la publicación de algún documento de esa especie.

Hacía un mes apenas, era aquí en la Península opinión corriente que los que no fueran completamente afectos á nuestra causa debían irse ó ser lanzados á la manigua. Un mes hacía que los más atronaban los oídos de los menos diciendo que la política de la tolerancia era fatal para nuestra causa en Cuba. Y la verdad es que tales opiniones no concordaban con los bandos en que se ofrecía libertad á los detenidos que habían estado en la insurrección.

Esto era más humano; y cuando el general Weyler lo hacía, era

seguramente porque lo creía eficaz; pero convengamos en que distaba bastante de lo que muchos habían hecho creer á la opinión y no estaba en consonancia con el nuevo sistema de la guerra con la guerra, preconizado por dicho general y por el Gobierno que lo enviara á sustituir al *benévolo* Martínez Campos.

Por lo demás, seguíamos sin saber oficialmente por dónde andaban Máximo y Maceo.

El deseo de saber lo que ocurría en Cuba, era una preocupación demasiado legítima para que el público no se sintiera deseoso de saber la marcha de las operaciones en la gran Antilla.

***

Nos comunicó nuestro activo corresponsal en la Habana, con fecha 14 de Marzo, haberse confirmado oficialmente la noticia de la muerte del cabecilla Ramón Rodón, en uno de los últimos encuentros de aquellos días.

Rodón era hombre sanguinario, y durante la presente insurrección había empleado su actividad en la destrucción de los campos y las viviendas por el incendio.

En la pasada guerra levantóse también en armas contra España.

Los rebeldes de Pinar del Río, continuaban recorriendo en grandes núcleos la provincia, incendiando, destruyendo y arruinando cuanto á su paso encontraban. Los campos estaban devastados, los pueblos en ruinas, los habitantes en la miseria.

Además de los pueblos destruidos por las vandálicas hordas filibusteras, de que nos había dado ya cuenta el cable, había sido incendiado por completo el poblado de Pigirigua.

Constaba de setenta casas, y todas habían quedado convertidas en cenizas y escombros.

Buena prueba de la táctica *mambí* y del artero sistema de guerrear de los separatistas cubanos tuvo el día 13 una guerrilla de la guarnición de Vueltas.

Había salido la guerrilla á forrajear al camino de Río Bajo, sin alejarse mucho de la población, cuando de pronto un pequeño grupo de rebeldes comenzó á tirotear á los soldados. Estos les hicieron frente y entablaron con aquellos un nutrido tiroteo que duró más de dos horas.



CABECILLA GIL

Durante este tiempo, el enemigo iba batiéndose en retirada, y nuestros soldados persiguiéndole siempre y alejándose insensiblemente de su cuartel.

De improviso observaron nuestros valientes guerrilleros que el grupo enemigo iba engrosando por momentos, y entonces diéronse cuenta y se percataron de la estratagema de los rebeldes. Estos se habían presentado en pequeño grupo, para atraer á la guerrilla hacia la colonia Cantarranas, donde estaba el campamento enemigo. En él se hallaba una numerosa partida á las órdenes del cabecilla Pancho Cortés, y en su poder hubieran caído nuestros temerarios guerrilleros con sus caballos, si no hubieran advertido que se les preparaba y atraía á una emboscada.

Mas, aun era tiempo, por fortuna, de burlar los arteros propósitos

de los *mambises*, y abandonando la persecución del grupo rebelde, la guerrilla se retiró al pueblo, sin contratiempo.

*
* *

Decíase en la Habana que los rebeldes habían enviado á los vecinos de Guayabo, pueblo de la provincia de Santa Clara, una orden para que desalojasen todas las viviendas en el improrrogable plazo de dos días.

La orden era terminante y habíala dictado Quintín Banderas, anunciando que iba á establecer en Guayabo *su cuartel general.*

El cabecilla anunciaba que si los vecinos no cumplían lo ordenado arrasaría el pueblo.

Noticioso el coronel Hernández Velasco de que numerosas fuerzas enemigas se hallaban acampadas entre el ingenio León y el potrero del mismo nombre, al Sur de Artemisa, (Pinar del Río), se encaminó con su columna al sitio indicado para batirlas.

Encontrábanse allí, en efecto, las partidas mandadas por los cabecillas Núñez y Martínez.

Al pasar la retaguardia de la columna por el potrero Trevijos fué atacada por los rebeldes que, procurando ocultarse, habían visto pasar el grueso de la columna.

Las condiciones del terreno eran pésimas; la diferencia numérica de las fuerzas era enorme en favor de los rebeldes.

Así lo apreció el enemigo, y atacó violentamente; la retaguardia se batió con denuedo, haciendo fuego por descargas cerradas.

Al escuchar las primeras descargas el bizarro jefe de la columna comprendió al momento la maniobra del enemigo y ordenó á la vanguardia que operando un movimiento de retroceso y envolvente por el flanco izquierdo, cayera sobre aquél.

Así se hizo, y con tal premura y precisión llevó á efecto la vanguardia la operación, que los insurrectos, sorprendidos de pronto por lo imprevisto, huyeron precipitadamente, dejando tres muertos en el lugar del combate y llevándose, además, muchos heridos.

Las fuerzas de la retaguardia tuvieron tres soldados de Alfonso XIII gravemente heridos.

Continuó la marcha la columna en busca del campamento enemigo; pero á su llegada al sitio en que se le suponía, los *mambises* habían levantado ya el campo.

***

Muestra patente de arrojo y de valor heroicos dieron el día 13, frente al enemigo, catorce guardias municipales de Rincón.

Salieron á reconocer aquellos valientes los alrededores del pueblo y las cercanías del de Wajay (Habana), persiguiendo á un grupo de rebeldes, que habían estado á punto de caer en su poder y habían logrado ponerse en salvo.

Los fugitivos ganaron mucho terreno en la huída y consiguieron unirse á una partida de cincuenta hombres, mandada por el cabecilla apodado *El Corvo*.

Prevenidos los de la partida de la proximidad del pequeño destacamento, le prepararon una emboscada.

Al llegar los valientes guardias cerca de Aguada cayeron de improviso los rebeldes sobre ellos, trabándose un encarnizado combate.

A las primeras descargas los insurrectos ganaron El Palmar: los guardias municipales, sin reparar en la doble desventaja de la posición y del número, atacáronles en sus posiciones con tal empuje y denuedo que á los pocos minutos batíanse los insurrectos en retirada.

Desalojado el enemigo de las posiciones que ocupaba, los valientes

guardias, al grito de ¡viva España!, dieron una carga al machete, que fué decisiva. Los cobardes *mambises* se pusieron en vergonzosa dispersión ante el vigoroso ataque de los ¡catorce municipales!...

Estos llevaron al jefe militar de Rincón las pruebas del resultado de su heróico combate: le presentaron dos prisioneros, armas, caballos y muchos efectos.

Elogióse mucho el valor de los arrojados guardias municipales, que tuvieron la incomprensible fortuna de salir todos ilesos del empeñado y desigual combate.

***

Los insurrectos, procurando siempre en cuanto les era posible rehuir el encuentro con nuestras tropas, seguían realizando todo género de atropellos en los caseríos y en los campos indefensos.

En aquellos días arreciaban en su principal medio de guerra, el incendio.

En Santo Domingo y en Quemado de Güines (Habana) las propiedades ofrecían un penoso aspecto: en ambos términos se habían perdido las esperanzas de hacer las operaciones de la molienda; toda la caña habia sido por el incendio destruida.

Una guerrilla de Sagua (Las Villas) tuvo un reñido encuentro con las partidas de los cabecillas Dominguez y Ruperto Sánchez, en las lomas de Guayabo.

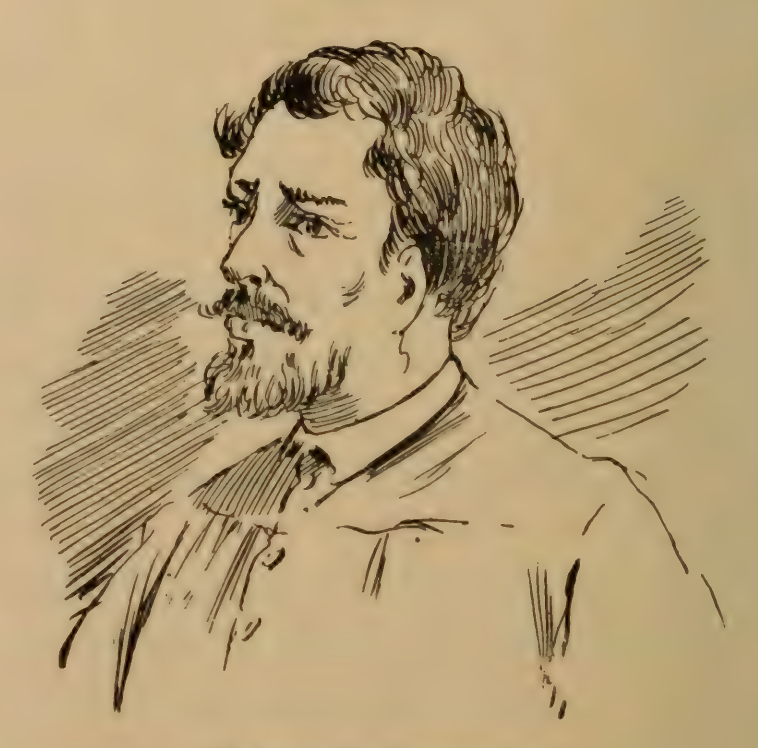
La guerrilla puso en dispersión al enemigo, que abandonó en el campo cinco cadáveres y se llevó varios heridos.

Las fuerzas de Maceo habían iniciado un movimiento de retroceso de la provincia de Matanzas á la de la Habana, contrariando así los planes del general Weyler para envolverlos.

Una partida numerosa, que no se sabía á ciencia cierta si iba mandada por Quíntín Banderas ó por Antonio Maceo, desde el Sur de la provincia de la Habana pasó á la de Pinar del Río.

En tanto que estas fuerzas rebeldes adelantaban hacia Occidente, Máximo Gómez, al frente de 900 de sus mejores ginetes, adelantaba por Las Villas amagando un golpe de mano.

El avance tenía el principal objetivo de llamar la atención de las columnas hacia aquel lado y dejar que la partida que penetró en Pinar del Río quedara libre de inmediata persecución.



CABECILLA CASTILLO

Después de permanecer los insurrectos en la provincia de Pinar unas 24 horas, volvió aquélla con rumbo á la Ciénaga de Zapata, abandonando unos 200 caballos que estaban muy cansados.

Asegурóse que la vuelta ó correría imprevista y precipitada de los rebeldes á la provincia de Pinar del Río tuvo por objeto proteger un desembarco en aquellas costas, el cual efectuóse sin contratiempo.

El general Ochando manifestó que varios cabecillas insurrectos reunidos en Manjuari, tuvieron confidencia de los movimientos que esperaban efectuar las columnas para envolverles, haciendo así fracasar la combinación.

*
* *

Nuestro diligente corresponsal en la Habana nos comunicó, con fecha 14, los siguientes informes respecto á la reincursión del cabecilla mulato, con sus fuerzas, á la provincia de Pinar del Río.

En virtud de haberse recibido en la Capitanía general la noticia de que grandes núcleos de fuerzas rebeldes estaban reconcentrándose en Manjuari, pueblo situado cerca de los límites de la provincia de la Habana con la de Matanzas, se dispuso que varias columnas se dirigieran á dicho puuto para salir al encuentro del enemigo, por si pretendiera invadir de nuevo la provincia de la Habana.

Así era, en efecto, y á evitarlo marcharon á cortar el paso á los rebeldes las columnas de Vicuña, Bernal y Suárez Inclán.

Al llegar éstas á un ingenio próximo al lugar indicado, pidieron al dueño informes acerca de la dirección que llevaban las fuerzas insurrectas.

Un hijo del dueño del ingenio, Luís Baró, en el cual se habían detenido las fuerzas rebeldes, dió á los generales citados noticias falsas de la ruta emprendida por los *mambises*, y de este modo consiguió su propósito el enemigo.

El día 9, á las cinco de la mañana, cruzaron las fuerzas de Maceo desde la provincia de Matanzas á la de la Habana, por cerca de Cocos.

Las fuerzas rebeldes que se internaron en la provincia de la Habana iban mandadas por Antonio Maceo, Lacret y Quintín Banderas. A su paso por esta provincia, se les unieron las pequeñas partidas que en ella se encontraban desde hacía tiempo, calculándose que en junto ascendían las fuerzas reunidas á un total de cinco mil hombres.

Los rebeldes marchaban rápidamente hacia el límite opuesto de la

provincia, y se decía que Maceo tenía el propósito de invadir nuevamente la provincia de Pinar del Río.

Ese propósito del cabecilla mulato temíase que obedeciera á noticias que hubiese recibido del próximo arribo á aquellas costas occidentales de alguna expedición filibustera.

Las fuerzas insurrectas habían llegado á la línea Habana Batabanó, y se encontraban en aquella fecha en las inmediaciones de San Felipe, perseguidas por las columnas del general Linares y coronel Tort, con las cuales habían sostenido ligeros tiroteos sin importancia, pues rehuían el combate.

Máximo Gómez se hallaba con las partidas á sus órdenes entre Colón y la Ciénaga de Zapata.

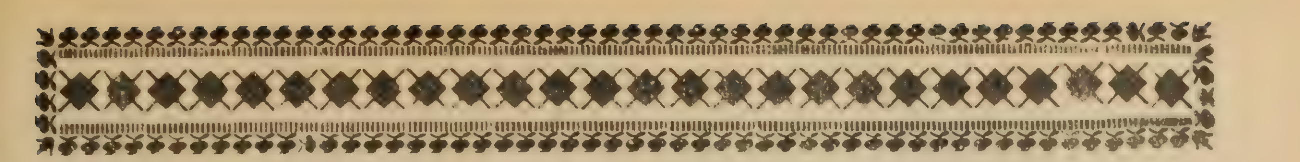
El comandante militar de Nueva Paz aseguró que las fuerzas que habían penetrado en la provincia de la Habana eran las de Quintín Banderas, infantería de Lacret y caballería de Núñez, y que Maceo con armas cargadas en mulos llevaba marcha forzada hacia la costa de la Ciénaga, huyendo del coronel Tort, que les perseguía.

Maceo pernoctó el 11 en Jicotea (San Nicolás), avanzando el 12 rápidamente hacia Occidente, abandonando más de 100 caballos cansados, y proponiéndose, al parecer, marchar á Vuelta Abajo, evitando combate con las columnas.

El general Linares salió al amanecer de Providencia, reconociendo el río Mayabeque, hacia la desembocadura del Guparaca, y siguiendo el rastro de la numerosa partida de Maceo hasta el ingenio «Teresa».

El coronel Suárez Inclán, con su columna y las de Hernández y Villa, antes Franco, habíase adelantado á guardar la línea de Artemisa y Guanajay, para impedir el paso del enemigo á Pinar del Río, cubriendo el coronel Maroto, con sus fuerzas, la línea de Alquizar á la costa.





CAPITULO XVIII

Diario de la guerra.—Noticias oficiales de la campaña.—Ataques é incendios.—Una bomba de dinamita.--Puente destruido.—Ataque á Batabanó.—Liberación de los jefes de la insurrección.—Los Estados Unidos y España.—La audacia de los rebeldes.—Nuevo ataque á Batabanó.—Maceo, Collazo y otros.—8 horas de fuego.—Brillante defensa de la guarnición.—Columnas de auxilio.—El enemigo huye.—53 casas incendiadas.—El municipio y la iglesia destruidos.—Justas recompensas.—Los filibusteros contrariados.—Maceo á Pinar del Río.—Incendio y atropellos en Guara.—En Matanzas.—Muerte de Periquito Pérez.—Diario de la guerra.

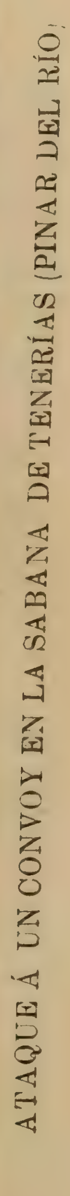
INÚTIL fuera desconocer que hasta la fecha íbamos á donde nos quería llevar el enemigo; no iba él á donde nosotros queríamos obligarle á que fuera. Apenaba los ánimos ver aquel contínuo avanzar y retroceder de las columnas en el terreno comprendido entre los límites de Pinar del Río y los de Santa Clara; no eran los movimientos de un ejército que llevara una dirección determinada y un propósito fijo; semejaban más bien fuerzas que iban á sofocar una insurrección que se iniciaba y cuya importancia y hasta los sitios en que había estallado se desconocían, yendo, como se va siempre en los primeros momentos, un poco á ciegas. Entristecía ver burlados y engañados á nuestros generales y malbaratados los planes de nuestro Estado mayor, y que hiciera fracasar las combinaciones la traición y el espionaje. Esto nos probó una vez más las dificultades con que tropezaban los jefes de columna en la persecución de los rebeldes en un país

enemigo; en un país completamente hostil á España; en un país en que todo habitante, al parecer *pacífico*, era un filibustero disfrazado, un encubierto enemigo de la madre patria.

Entreteníanse algunos en buscar los motivos que habían impulsado á Maceo á llevar á cabo otra nueva correría por la provincia de la Habana, sin caer en la cuenta que así confesaban y reconocían que el jefe mulato iba á donde se le antojaba. Y en evitarlo era en lo único que debieran pensar, para que en lo sucesivo hallara dificultades insuperables entre el propósito y la ejecución.


GENERAL SEÑOR LOÑO

Cuando se quiere atender á todas partes á un mismo tiempo, sucede á menudo que no se atiende á ninguna, y todas quedan desatendidas. Todo el esfuerzo debiera haberse concentrado, en aquella fecha, en la provincia de la Habana, hasta pacificarla por completo. Conseguida esta ventaja, ella misma, por el efecto moral que produjera, nos hubiera proporcionado otras; hubiese levantado en favor nuestro el espíritu del país, hubiera apartado del enemigo á los indiferentes y á los indecisos, y habría facilitado, por consiguiente, nuestros futuros empeños. Y por otra parte, creemos que nadie pondrá en duda que es más hacedero pacificar una provincia y después otra, que pacificar seis al mismo tiempo



ATAQUE Á UN CONVOY EN LA SABANA DE TENERÍAS (PINAR DEL RÍO)

En esto, como en todo, debió haberse empezado por el principio en vez de querer hacerlo todo de una vez. Así lo entendió el general Weyler cuando se propuso arrojar á los insurrectos de Pinar del Río, Habana y Matanzas, antes de la estación de las aguas. Si hubiese concretado, por de pronto, su propósito á una sola de estas provincias, posible fuera que se hubieran conseguido resultados más favorables. Arrojar de una provincia al enemigo, dejando el camino libre y abierto para que pudiera volver á entrar en ella siempre que le viniera en ganas, entendemos que á ningún resultado práctico conducía y ninguna ventaja reportaba al país ni al objetivo principal de la campaña, ya que no era más que un continuo tejer y destejer, que malograba los esfuerzos de nuestro valeroso y sufrido ejército.

***

Por fin, tuviéronse el día 14 noticias oficiales de lo que pasaba en Cuba. A Máximo Gómez se le suponía en el centro de la provincia de Matanzas y á Maceo al Sur de la de la Habana.

Decía el despacho del general en jefe, que perseguían al primero las columnas de Colón, Figueroa, Galvis y Nario. Sobre Maceo iban las de Tort, Linares, Aldecoa, Melguizo, Maroto y Ruíz, y además las de Bernal, Suárez Inclán y Arolas, que se habían corrido desde Matanzas, supusimos que para cubrir la línea de Artemisa ó con el propósito de pasar á Pinar del Río, si el jefe mulato se dirigía á esta última provincia.

Conviene advertir que Maceo estaba en la provincia de la Habana desde la madrugada del día 9.

Habíamos perdido ya la cuenta de los generales que regresaban de Cuba. Como todos venían por enfermos, un periódico militar observó que á los generales les era por lo visto más perjudicial aquél clima que

á los soldados, oficiales y jefes, circuustancia, añadía, que se prestaba á muchos comentarios.

En Guara, población inmediata á Melena, al Sur de la Habana, habia sido atacado por los rebeldes un fuerte que estaba defendido por reducida guarnición.

Esta recibió con nutrido tiroteo al enemigo, el cual se retiró.

Continuaban su obra destructora las hordas filibusteras, habiendo incendiado últimamente el caserío Güira Manero, dejándole completamente en ruinas.

También destruyeron por el incendio el batey del ingenio «Teresa» (Melena). Este ingenio gozaba justa fama de ser uno de los mejores de la isla de Cuba.

Una bomba de dinamina hizo explosión el día 14 en un fortín que se estaba construyendo en Santa María, causando algunos daños, aunque no de consideración.

Supúsose que los autores de hecho tan criminal se hallaban entre los vecinos, los cuales se sospechaba que mantenían relaciones con los rebeldes que estaban en el campo.

Una numerosa partida atacó el mismo día el fuerte de Pelayo, en el término de Bejucal (Habana).

Estaba defendido el fuerte por ocho soldados del batallón de Llerena, que hicieron una defensa brillante. El enemigo se retiró ante el nutrido tiroteo de la guarnición.

De nuevo había sido destruido por los vándalos filibusteros el puente de Gonzalo, en la línea de Sabanilla á San José de los Ramos. Era ya ésta la quinta vez que los rebeldes habían destruido el citado puente.

***

La importante población de Batabanó, fué atacada por los insurrectos el día 14.

El ataque lo realizó una partida que se había levantado en armas recientemente y que estaba mandada por el cabecilla Teo Telichea.

Los voluntarios que guarnecían la población se defendieron bizarramente hasta la llegada de las columnas del general Linares y coronel Tort, que se hallaban por aquellas inmediaciones persiguiendo á los rebeldes.

En las inmediaciones de dicho pueblo, en la línea de Batabanó á la Habana, cerca de San Felipe, se hallaba el *mayor general* Antonio Maceo, con fuerzas muy numerosas.



SARGENTO BILBOTA

Es de creer que el ataque á Batabanó, se realizara por orden del jefe mulato, hallándose éste á la espectativa.

Como parecía indudable que su propósito era invadir con sus cinco mil acompañantes la provincia de Pinar del Río, había ido en aquella dirección además de las columnas ya mencionadas, la que mandaba el general Arolas.

Conocíanse detalladamente la situación de Maximo Gómez, y los movimientos últimamente por él realizados.

Acompañaban mil hombres al *generalísimo*, entre los cuales figuraban algunos conocidos cabecillas.

Durante todo el día 13 estuvo en Mulato Roque, y al anochecer pasó al ingenio «Arroyo,» donde pernoctó. El siguiente día por la

mañana pasó por San Carlos, que se halla á una legua de Recreo; cruzó más tarde por los ingenios Doloritas y San José, en el término de Guamutas; después siguió hacia Laberinto.

En aquellas inmediaciones sostuvo nutrido tiroteo con la columna del coronel Nario, continuando su marcha hacia Occidente, lo cual hizo suponer que pretendía unirse con Maceo.

Este, con su partida, hallábase el día 15 por la mañana en Portugalete.

***

Un día y otro día estaban discutiendo las Cámaras de los Estados Unidos, como si se tratara de asunto propio, lo que hacíamos en Cuba, lo que no hacíamos y hasta lo que debíamos hacer.

Quisiéramos saber lo que pensarían y harían los ingleses si en el Reischtag alemán ó en las Cámaras francesas se discutiera á la nación británica y á su gobierno, con motivo de las dificultades y de los disturbios que tantas veces, en lo que va de siglo, ha tenido que dominar en Irlanda; lo que hubieran hecho y pensado los franceses si *torys* y *whigts* se entretuvieran desde los escaños de la Cámara de los Comunes, y desde las de la Alta Cámara, en alentar á los árabes en sus diversos levantamientos contra Francia, desde el que dirigió el famoso Abd-el Kader, hasta la última insurrección de Abou-Amema, y lo que dirían ahora mismo italianos y portugueses, si en cualquier Parlamento del mundo que no fuera el de estas dos naciones, se pusieran á discusión los asuntos africanos que á ambos pueblos interesan, y se pretendiera resolverlos en perjuicio suyo, á pretexto de las dificultades con que tuvieran ó tienen que luchar.

Y decimos esto, porque realmente, lo que estaba ocurriendo en Washington pasaba ya de la raya por todos conceptos, pues que lleva-

ba á diario nuevos alientos y esperanzas á los que se habían rebelado contra la soberanía de España en Cuba, incitándoles á permanecer con las armas en la mano, y á continuar la obra de incendio y destrucción cometida por el filibusterismo.

Valido hubiera más cien veces el reconocimiento inmediato de la beligerancia que la bochornosa situación en que colocaba á España el inacable debate de las Cámaras *yankees* que solo parecía prolongarse para nuestra mengua y mortificación.

Del teatro de la guerra, fueron escasas las noticias que tuvimos el día 15. Confirmada desde hacía dos días la presencia de Maceo en la Habana, únicamente cabe añadir á ella el empeño que había puesto en apoderarse de Batabanó que, fué defendido con arrojo durante toda la noche por su escasa guarnición y algunos vecinos que ayudaron á los bravos voluntarios. Los rebeldes se retiraron al amanecer sin lograr su intento.

***

Las operaciones militares de Cuba, despertaban interés extraordinario y se comentaban con calor por todo el mundo.

La audacia de los rebeldes era inconcebible; la actividad de nuestras columnas, prodigiosa.

En la noche del 13 fué atacado de nuevo Batabanó por las partidas de Maceo, Collazo y otros. La guarnición se defendió brillantemente, sosteniendo vivísimo é incesante fuego desde los fuertes 56 hombres del batallón de San Quintín, en ellos destacados, desde las siete de la noche á las tres de la madrugada, hora en que el enemigo se retiró con muchas bajas.

A rechazar al enemigo contribuyó muy eficazmente un cañonero, que hizo fuego muy nutrido desde la bahía.

Antes de emprender el ataque, los rebeldes cortaron la línea telegráfica. El general en jefe al tener conocimiento del hecho y en previsión de los propósitos del enemigo, ordenó la marcha de la columna del general Arolas, desde Regla, y de la de Linares desde Plazaola, las cuales llegaron sucesivamente á la vista de Batabanó á las tres de la madrugada.

A la proximidad de las tropas los insurrectos se retiraron pegando fuego á la celaduría y al juzgado, que fueron convertidos en escombros, como asimismo cincuenta y tres casas de las afueras, y destruyeron el Municipio y la iglesia.

Según informes adquiridos en el lugar del suceso, Maceo y Banderas mandaron el ataque, que fué rudo, lamentándose de no poder rendir ni apoderarse de los fuertes, cuya defensa por la escasa guarnición fué heróica.

Maceo había comunicado pomposamente la toma de Batabanó; de modo que la noticia del fracaso impresionó hondamente á los suyos.

El general en jefe, en nombre de la reina, recompensó á los bizarros voluntarios, muchos de los cuales perdieron sus muebles y ropas, al ser incendiadas sus casas por las hordas del cabecilla mulato; toda la prensa les consagró grandes elogios.

Antonio Maceo con sus negradas, después de su infructuoso ataque á Batabanó, donde tan duro castigo tuvo su audacia, corrióse con Quintín Banderas, Collazo y otros cabecillas hacia el Noroeste de la provincia, en sus límites con la de Pinar del Río, cuyas costas estaban infestadas de numerosas partidas.

La partida de Lacret había quedado rezagada entre San José de las Lajas y Portugalete, por llevar la mitad de las fuerzas desmontadas. Unida á la partida que mandaba el cabecilla Pancho Pérez entraron en Guara, saqueando é incendiando el pueblo y cometiendo todo género de atropellos con sus indefensos habitantes.

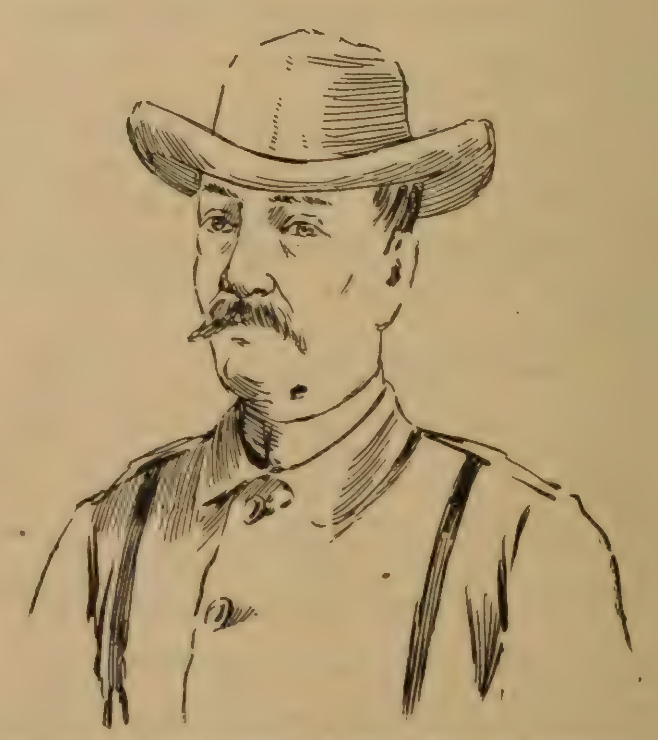
***

No se quedaban en zaga en sus fechorías los vándalos que recorrían la provincia de Matanzas.

La partida del cabecilla Suárez entró en Caimanera (Cienfuegos), incendiando varias casas y los almacenes del muelle.

También destruyeron por el fuego un barco cargado de leña.

La escasa fuerza de la guardia civil destacada en el pueblo impidió mayores desastres, defendiendo con denuedo el centro de la población y arrojando, al fin, al enemigo, de su recinto.


CABO DE VOLUNTARIOS SEÑOR LUQUE

Afirmóse de un modo terminante por el periódico *Cuba* – según nos comunicó nuestro corresponsal en la Habana – que en uno de los últimos encuentros había muerto el conocido cabecilla Periquito Pérez.

Esperábanse con viva impaciencia noticias de encuentros importantes que, dada la situación de nuestras columnas y la de los grandes núcleos de las fuerzas insurrectas en la provincia de la Habana, era de presumir ocurrirían de un momento á otro.

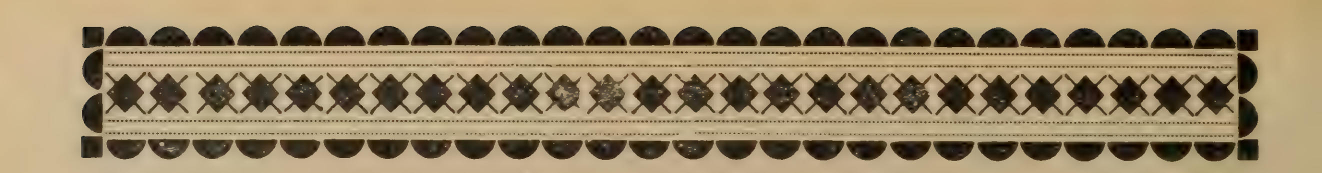
El enemigo ocupaba la situación que dejamos indicada; la de nuestras tropas, según los partes oficiales, era la siguiente:

La columna del general Arolas se hallaba en Batabanó para impedir el avance del enemigo por el Sur de la provincia de la Habana á la de Pinar del Río: la columna del general Bernal estaba en Regla, próxima á la capital, adonde había llegado el 13; la columna del general Ruiz se hallaba en la Salud; la del general Melguizo próxima á la de Ruiz, en San Felipe, ocupando la línea Habana-Batabanó; la columna del general Aldecoa, en San José de las Lajas; había otras en Ceiba del Agua, en Güira de Melena, en Alquizar y en Artemisa; las columnas Tort y Linares operaban combinadas en persecución de las fuerzas de Maceo, y las de Prats, Vicuña y Galvis, marchaban sobre Máximo Gómez.

El 16 inició el *generalísimo* un movimiento de retroceso en su marcha: á todo trance procuraba internarse en la provincia de Santa Clara.

Antonio Maceo persistía en sus propósitos de pasar á Pinar del Río.





CAPITULO XIX

Malas nuevas.—Pesimismos.—Pormenores alarmantes.—Espectación é inquietud.—Duelo nacional.—Error funesto.—Lamentable choque entre dos columnas—San Quintín y Llerena en el ingenio «El Cano».—El despacho oficial.—Detalles del triste suceso.—Seis horas de fuego.—¡San Quintín y á ellos!—Tres cargas á la bayoneta.—Lucha horrible y cruenta.—Un toque de corneta.—Espanto indescriptible.—Sensibles bajas.—Los oficiales heridos.—Declaraciones del ministro de la Guerra.—Nota oficial.

FORMANDO una de esas séries fatales que á veces caen sobre los indivíduos y sobre las naciones, no de otro modo que si el destino ó la casualidad se gozase en ponerlos á prueba, sucedíanse unas á otras, sin solución de continuidad, las malas nuevas en nuestra desventurada nación.

La noticia que el cable antillano nos comunicó el día 16, sin referirse á desastres ni contratiempos de verdadera importancia, fué, á no dudarlo, más amarga y más triste que ninguna de las anteriores recibidas aquellos días de verdadera prueba para el temple de alma del pueblo español.

Un fracaso obtiene pronto compensación, y un error, siquiera sea muy grave, después de conocido se remedia. Pero no puede rescatarse la sangre inútilmente vertida, no puede tornarse á la vida á los que la muerte en mal hora arrebató, y su pérdida, siempre sensible y dolorosa, lo parece más aun, cuando ocurre á causa de una funesta equivo-

cación como la que el nefasto día 16 dió origen al desgraciado choque entre dos de nuestras columnas en las cercanías de Mindanao.

El triste cuanto deplorable suceso anuncióse sin detalles, dando lugar á mil comentarios pesimistas ó penosísimos; pesimistas entre los que dudaron de la versión oficial, penosísimos entre los que la dieron crédito, no precisamente por merecérselo el Gobierno, sino por resistirse á dar mayor alcance al funesto contratiempo.

Observábanse desde hacía días en la opinión corrientes de pesimismo por las noticias que se recibían de Cuba. Insistíase en que se habían recibido importantes despachos de la Habana, los cuales tenía reservados el Gobierno. Hablóse de haber sido copado el batallón de San Quintín por la partida de Quintín Banderas; asimismo se habló del copo de otro batallón....

La espectación era grande y angustiosa la impaciencia por conocer los informes oficiales, tanto para calmar la general ansiedad, como para esclarecer el suceso, asaz misterioso y extraño.

Los desastrosos efectos del choque recordaban un caso análogo ocurrido en el Estrecho de Gibraltar á principios de siglo. Un navío inglés, deslizándose por la noche entre dos de los nuestros, disparó al pasar las carronadas de ambas bordas, é hizo que el *San Hermenegildo* y el *Real Cárlos*, convencidos de que tenían encima al enemigo, se cañonearan y destrozasen con furia, hasta que la luz del día vino á sacarles del mútuo yerro.

***

Entiéndese el patriotismo de muy diversas maneras, todas ellas respetables para nosotros, y á juzgar por los términos en que se comunicó y publicó oficialmente la noticia, parece que lo que convenía á

nuestro interés ó quizás á nuestro amor propio, era no concederle sino muy reducido alcance.

Ni aun hoy, hemos de faltar á la tácita consigna, ni tampoco entra en nuestro ánimo el propósito de agravar el hecho con comentarios más ó menos duros. Queremos, no obstante, reivindicar un derecho que á nuestro juicio, constituye además un deber elemental para cuantos se precien de buenos españoles: el derecho y el deber de llorar la desventura de los pobres y heróicos soldados, que á la sombra de la misma bandera, de la bandera de la patria, combatieron hasta la muerte los unos contra los otros, prodigando estérilmente una sangre generosa, haciendo el inútil sacrificio de sus preciosas vidas, de que la patria tenía más necesidad que nunca; el deber de unir nuestras lágrimas á las de las desinteresadas madres que en aquella infausta jornada perdieron al sér de su sér, al hijo querido de sus entrañas, al único apoyo y sostén, quizás, de su vejez, cuya eterna ausencia aún hoy lloran, y llorarán perdurablemente, allá en la soledad de su triste retiro.



CABECILLA MESTRES

Penible cosa es ver cómo nuestra juventud siembra de heridos y enfermos los hospitales y de cadáveres los campos de Cuba: sirve, empero, de consuelo para los que allá van y para los que aquí lloramos por ellos, la idea de que el sacrificio se consuma en lucha abierta contra los enemigos de España.

Mas, no ocurrió así en la deplorable jornada de "El Cano;" antes por el contrario, allí pelearon hermanos contra hermanos, sin que la madre común reportara ningún provecho del heroismo de todos.

Deploremos, pues, la desgracia; no ocultemos la acerba pena que el desgraciado caso nos produjo; consagremos un sentido recuerdo á los que murieron víctimas de su deber, y no admitamos el supuesto de que se les puede negar este último tributo, atendiendo á razones y suspicacias de mal entendido patriotismo.

***

Del hecho tan doloroso como lamentable dió noticia el día 16 el general en jefe del ejército de Cuba. En el ingenio denominado "El Cano" cerca de la Habana, entre Marianao y Wajay, dos fuerzas compuestas ambas de soldados españoles, sostuvieron reñido combate, creyendo las dos que se batían con el enemigo común; con los enemigos de España.

El destacamento que defendía el ingenio pertenecía al batallón de Llerena; las compañias que lo atacaron, creyendo luchar con los insurrectos, pertenecían á San Quintín. Algunos corresponsales dijeron que el combate duró cerca de seis horas y que los de San Quintín que atacaban y que fueron los que mayores pérdidas experimentaron, acometieron á los de Llerena varias veces cargando á la bayoneta.

¡Terrible debió ser la impresión de los combatientes cuando el fatal error se deshizo!

El suceso ocurrió de noche, atribuyéndose á esta circunstancia la funesta equivocación. No se explica bien, sin embargo, que dos fuerzas entren en lucha sin reconocerse, sin darse la una á la otra el ¡quién vive! y mucho menos de noche. Y también parece extraño que una fuer-

za que maniobra en una jurisdicción cualquiera no tenga conocimiento de los puntos de aquella zona en que hay destacamento ó guarnición de tropas de ejército.

El despacho oficial, que no citó los nombres de los jefes que mandaban ambas fuerzas, dijo que murieron doce soldados y que resultaron heridos 27, y heridos también cinco oficiales de San Quintín.

El general Weyler terminaba su despacho, diciendo que el "*lamentable suceso estaba atenuado por las pruebas de bizarría que dieron las tropas en el ataque y en la defensa.*" ¿Había dudado alguien de la bizarría de nuestras tropas? ¿No reconocían todos, hasta nuestros enemigos, que el soldado español en Cuba es invencible.?

De desear fué, por tanto, que en tales condiciones no se volvieran á dar en lo sucesivo pruebas de bizarría, y de pedir hubimos también un poco más de oportunidad en los comentarios al general en jefe.

¡Lástima grande que el Gobierno no suprimiera del despacho tales palabras!

*
* *

He aquí los detalles que del penible suceso y funesto contratiempo nos comunicó nuestro activo corresponsal en la Habana:

El batallón 7.° peninsular, que operaba en las cercanías de la Habana, recorría en la noche del 15 el término de Marianao, cuando al estar cerca del ingenio llamado "El Cano" se encontró con fuerza armada, con la que rompió inmediatamente fuego.

No era fuerza enemiga, sino destacada del batallón de Llerena la que defendía el citado ingenio, la cual en las tinieblas de la noche y sin tiempo para dar contraseña contestó al tiroteo del 7.° peninsular (San Quintín.)

Dió, al parecer, márgen al funesto error, el que una partida insurrecta había atacado hacía pocos minutos el prenombrado ingenio, siendo rechazada bizarramente y no insistiendo en su propósito por considerarlo irrealizable.

Los insurrectos al retirarse del ingenio pegaron fuego á algunos cañaverales de la finca.

En el mismo momento, y atraidas por el incendio de la caña, acudían las fuerzas del batallón de San Quintín, que suponiendo que el enemigo se hallaba en el ingenio, el cual había comenzado á destruir, se dispuso á atacar á los supuestos rebeldes, y comenzó desde luego un tircteo nutrido para arrojarlos de su posición.

A su vez el destacamento de Llerena creyó hallarse de nuevo frente al enemigo, y suponiendo que este venía reforzado con nuevos grupos de rebeldes, se aprestó al combate, respondiendo con vivo fuego de fusilería.

No paró ahí la cosa, sino que á los pocos momentos (eran las nueve y media de la noche) acudió á toda prisa el resto del batallón de San Quintín, atraido por los disparos.

Las posiciones que ocupaban las fuerzas de Llerena permitíanles luchar con ventaja, pero esta circunstancia no impuso á los valientes de San Quintín, firmes en su propósito de arrojar del ingenio á los que creían enemigos.

La noche era obscura y las tinieblas impedían á los combatientes ver que luchaban hermanos con hermanos. Parece que se hicieron repetidas veces las contraseñas de corneta, y no fueron entendidas por el bando opuesto.

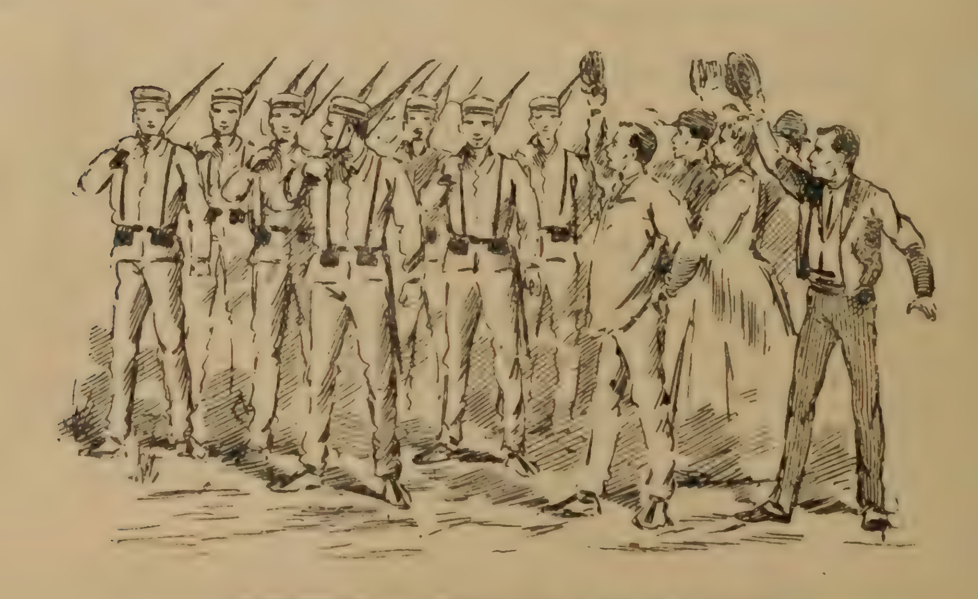
Seis horas duró este tristísimo combate, que fué por instantes arreciando.

Al grito de «¡San Quintín y á ellos!» lanzáronse con violentísimo

empuje los infantes de San Quintín contra el supuesto enemigo, dando una tras otra tres brillantes cargas á la bayoneta.

Otras tantas veces fueron rechazados por los valientes de Llerena, resueltos á defender las posiciones en el ingenio hasta que no quedara en pié uno solo de sus hombres.

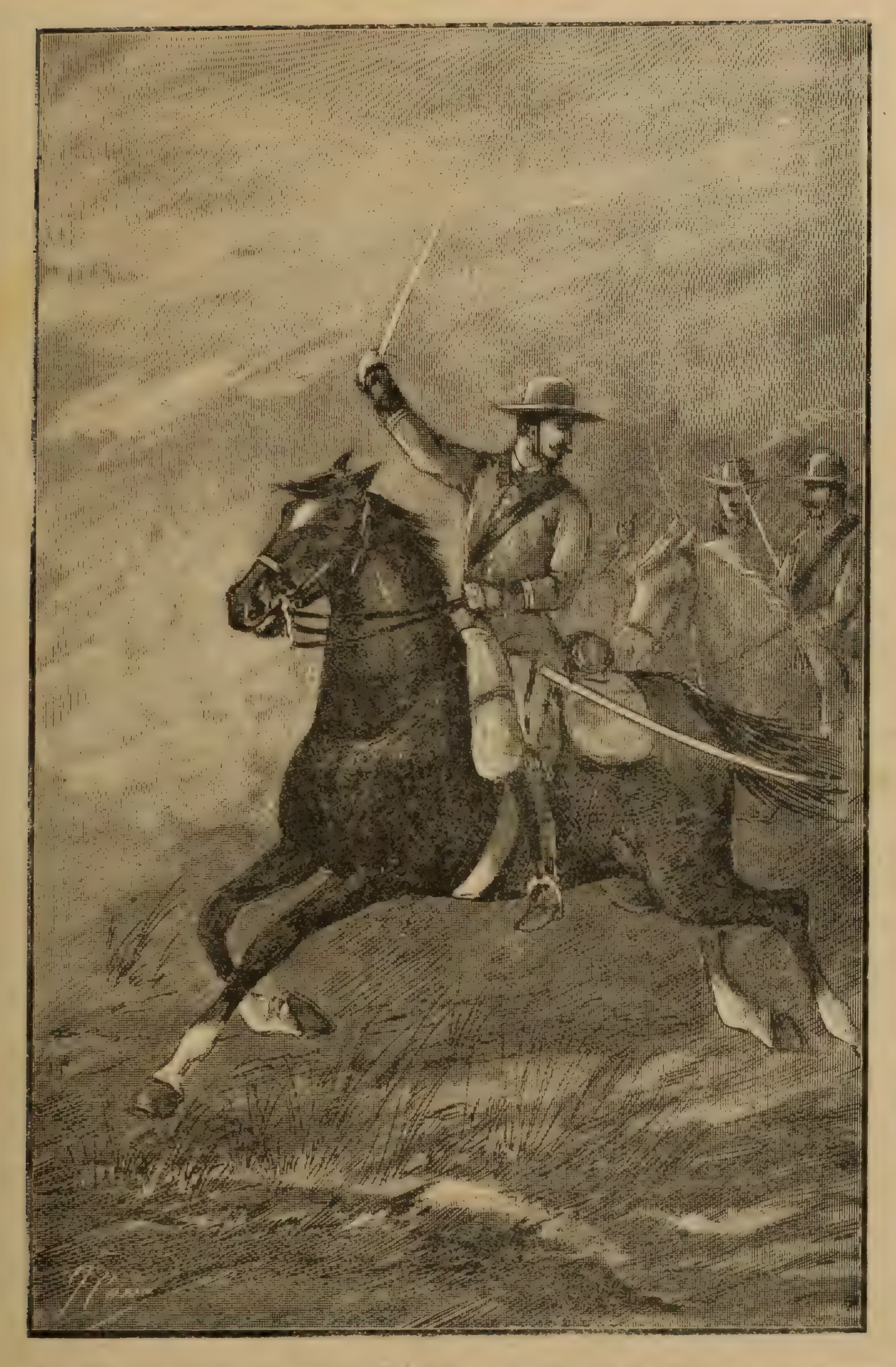
Los gritos de «¡San Quintín y á ellos!» que, entre el silbar de las balas y los ruídos de las armas y los movimientos de las tropas allá en



DESPEDIDA DE TROPAS EN MADRID

lejanía, escuchaban los infantes de Llerena, eran tomados equivocadamente.

Suponían los defensores del ingenio por aquellos gritos—no escuchados con claridad ni serena atención, en el fragor del combate—hallarse frente á la partida del famoso cabecilla Quintin Banderas, que gozaba fama de valiente y sanguinario entre los insurrectos, y como no entendieron claramente más que el final de la voz—(Quintín)—creyeron que eran los vítores del enemigo á su jefe, como solían hacer los mambises al entrar en lucha.



EL ESCUADRÓN DE TREVIÑO EN EL COMBATE DE LOMA MAMEY

Y esto excitaba más al destacamento, enardecía más los ánimos de los bravos soldados de Llerena y más y más arreciaban en la pelea.

Aquella terrible lucha, aquel combate titánico y horroroso, lucha feroz, combate sangriento, tenía que cesar y cesó. Pero cesó después de seis horas de mortífero fuego, durante las que el campo del combate fuese sembrando de muertos y heridos.

Un toque de corneta dado en un momento de tregua y de silencio y que heló la sangre en las venas de los combatientes deshizo al fin el error, evitando más derramamiento de sangre.

Indescriptible, inenarrable el espanto que produjo en los ánimos de aquellos valientes defensores de la patria el tardío reconocimiento del funestísimo error que á lucha tan cruenta y horrible les había llevado.

El número de bajas fué muy considerable y por todos conceptos sensible y lamentable en extremo.

Según las noticias oficiales, resultaron muertos doce soldados del batallón de San Quintín, y heridos cinco oficiales y 27 soldados.

Los oficiales heridos fueron el capitán don Ildefonso Romero, y los tenientes don Damián Cabanna, don Francisco Guardiola, don Gabriel Alonso y don Antonio González, del batallón de San Quintín, y gravemente herido el sargento del mismo batallón Evaristo García y García.

Todos los heridos fueron conducidos al Hospital de la Habana.

***

A través de todas las atenuaciones—más estudiadas que sentidas—á través de todos los rebuscados optimismos para atenuar el efecto del hecho lamentabilísimo ocurrido en Cuba entre las fuerzas de San Quintín y Llerena, pudo observarse el día 16 que la impresión en todas par-

tes había sido dolorosa y que aun los ministeriales, que procuraban quitar importancia al suceso, sentíanse profundamente contrariados.

El ministro de la Guerra creyóse obligado á hacer público su juicio sobre la marcha de las operaciones y acerca del suceso desgraciado ó funesto choque que á tan tristes comentarios dió lugar y tantos lamentos arrancó á la opinión dolorosamente impresionada.

Tal juicio, que nosotros respetamos, como de quien viene, es optimista. Solo deseamos que los sucesos respondieran á las esperanzas y que el acierto del general Weyler fuera tan patente y manifiesto como la confianza del digno general Azcárraga.

Refiriéndose el ministro de la Guerra á la impaciencia que con visos de censura se insinuaba ya por algunos periódicos, con respecto á la gestión militar del general Weyler, manifestó que así como antes cuando se trataba del general Martínez Campos, defendió contra apasionadas apreciaciones á este ilustre caudillo, consideraba entonces que era notoriamente injusto desconocer que el extraordinario movimiento de columnas de que daban cuenta los partes oficiales, demostraba que la dirección de las operaciones de la guerra obedecía á un pensamiento, cuyo resultado se advertía á cada paso.

—«Buena prueba de ello—dijo el general—es, por ejemplo, lo ocurrido en Batabanó, donde aparecieron las columnas de los generales Arolas y Linares, cuando el enemigo se creía más seguro en la ejecución de sus actos vandálicos.

«Revela esto que si no obtenemos á diario éxitos brillantes, en cambio tampoco los insurrectos hallan momento de reposo, viéndose forzados los principales cabecillas á estar en contínua marcha para esquivar el encuentro con nuestras tropas, las cuales les obligaban, en la mayoría de los casos, á variar de dirección y de propósitos.»

Con respecto á lo indicado por un periódico de que nuestras columnas deben en sus ataques al enemigo acometer á fondo, conside-

rará el ministro de la Guerra que sólo por desconocimiento de la realidad podía hacerse semejante recomendación. Precisamente todos los hechos de la guerra demostraban que nuestros bizarros soldados iban en sus acometidas hasta la temeridad, llegando, aún con fuerzas inferiores, á penetrar en el ataque en términos que alcanzaban siempre el cuerpo principal del enemigo.

«Testimonios elocuentes son, entre otros,—añadió el general Azcárraga—los rudos combates sostenidos por los generales Luque, Bernal y García Navarro y por los coroneles Segura, Vicuña y Molina, por no citar sino los más recientes. La entrada en Paso-Real del general Luque, ¿es acaso combate de vanguardia? ¿Pudo ir más allá de donde fué el coronel Segura, cuando se vió atacado inopinadamente al conducir un convoy? En su encuentro de Pozo Hondo, este mismo jefe de columna llegó en la profundidad de un ataque hasta términos verdaderamente increibles. Ahora mismo, el suceso desgraciado, por tratarse de hermanos, ocurrido entre fuerzas de San Quintín y de Llerena, ¿no demuestra que nuestras columnas, á la sola aparición del enemigo, se lanza sobre él con la intención de penetrar á fondo, realizándolo con ímpetu extraordinario? Si no fuera así, antes de romper el fuego, ó por lo menos, á poco de iniciado, hubiéranse reconocido los soldados de



TENIENTE SEÑOR PINA

San Quintín y de Llerena, evitándose las bajas que todos deploramos.

«Y por cierto, que para los que creen exageradas las bajas que según los partes oficiales hacen al enemigo nuestras fuerzas, este suceso les demostrará que pensaban con exceso de malicia, pues que nuestras propias tropas, al encontrarse por equivocación, se las han causado muy sensibles y no cortas, por desgracia.

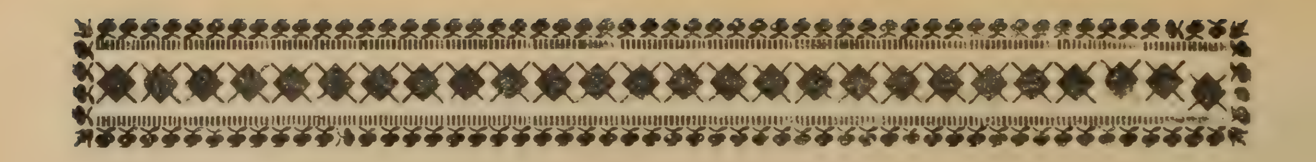
«Por lo tanto, yo tengo que rechazar por injustas esas insinuaciones—terminó el ministro—que, aun no estando hechas con el propósito de mortificar, lastiman sin razón á los que mandan columnas y á nuestros heróicos soldados.»

. . . .

En efecto; es muy cierto lo que dijo el señor ministro de la Guerra, á propósito de los ataques á fondo, que nunca los echamos de menos en el ejército español.

El heroísmo de nuestros bravos soldados está harto bien demostrado para que buscáramos pruebas de él en un hecho tan triste como el que aún hoy lloramos.





CAPITULO XX

Diario de la guerra—Encuentro en Jalarroga.—La columna Hernández.—Situación de las fuerzas de Maceo.—Id. de Máximo Gómez.—Fuertes tiroteados y casas incendiadas.—El general Linares y su columna.—Situación de nuestras columnas.—Los partes oficiales. —El combate de *Galope*.—Nuestras bajas.—Los que se distinguieron —Actividad de nuestras columnas.—La infantería de Marina.—Aprehensión de armas y municiones.—El combate de Cayajabos.—El teniente coronel Francés.—Derrota de Maceo y sus partidas.

UN verdadero índice de la situación de nuestras columnas en la provincia de la Habana, y más especialmente en los límites de ésta con la de Pinar del Río, fué el despacho oficial del día 16.

De los telegramas particulares recibidos el 17 se deducía que Maceo pasó á esta última provincia; el oficial no lo afirmaba ni lo negaba.

Una novedad que nos plugo, encontramos en la comunicación del general Weyler, á la que nos venimos refiriendo; la de que se empezaba á utilizar la caballería para el servicio de exploración. Es éste un servicio fatigoso y arriesgado, tal vez de poco lucimiento; pero si se organiza bien, de indudable utilidad, especialmente en Cuba, donde había que luchar como en país enemigo, sin contar para nada, ó poco menos que para nada, con las confidencias expontáneas y verídicas de la gente del campo, sobrado atemorizada por el paso contínuo de las partidas.

Gran empeño mostraban aquellos días los insurrectos en apoderarse de algún puerto ó población de mediana importancia. Así lo indicaba el que se hubiesen aventurado á atacar dos veces en poco tiempo, á dos poblaciones; á Sagua de Tánamo, en el departamento Oriental, y á Batabanó, en el espacio de pocos días, en la provincia de la Habana.

Al iniciarse la insurrección, el año anterior, intentaron atacar á Bayamo, pero el malogrado Santocildes los castigó de tal modo en las inmediaciones de aquella población, que quedaron escarmentados para rato, sin atreverse en lo sucesivo á intentar ni siquiera un amago de ataque contra ningún poblado que tuviese guarnición.

El haberse atrevido á la sazón á probar fortuna en empeño que les ofrecía tan escasas probabilidades de éxito, y la seguridad de perder mucha gente, demostraba á todas luces que desde los Estados Unidos se les había dirigido determinados apremios.

Lo mismo en Sagua de Tánamo que en Batabanó, los rebeldes habían visto su propósito frustrado por segunda vez. A desalojarlos de las inmediaciones de esta última población, en la que incendiaron varias casas y edificios públicos, contribuyó eficazmente un cañonero, según nos dijo nuestro corresponsal.

***

De los encuentros que en el parte oficial se mencionaban, solo dos tuvieron alguna importancia. El sostenido cerca de Xenes, en el límite de la Habana y Matanzas, por la columna del teniente coronel España contra las partidas de Aguirre, Cárdenas y Hernández, y el que sostuvieron las fuerzas del coronel Hernández de Velasco, al otro extremo de la provincia de la Habana, con partidas insurrectas, cuyo jefe no se citaba.

El teniente coronel España con la columna de Jibacoa batió el día 16 á las partidas de los cabecillas Aguirre, Cárdenas y Hernández, compuestas de más de mil hombres, en Jalarroga, cerca de Xenes. El enemigo huyó, dejando sobre el campo y en poder de nuestras tropas, siete muertos, varios heridos, armas, municiones, cinco acémilas con provisiones de boca y guerra y un botiquín. La columna tuvo un herido grave y dos leves.

Comunicó el coronel Hernández Velasco que entre Waterlóo y Carepas se divisaron á las doce de la mañana del 16 exploradores enemigos. Nuestras avanzadas situadas en Waterlóo, al mando del comandante Lizcano, tuvieron dos horas de fuego, causando al enemigo cuatro muertos y cogiéndole 18 caballos. Fuerzas del coronel Fernández desde Neptuno acudieron á los disparos, batiendo á los insurrectos con fuego de cañón y fusilería entre Minerva y Neptuno, causándoles seis muertos que quedaron en el campo, 20 caballos muertos y 30 que les cogieron. La columna tuvo un muerto, cinco heridos y seis contusos.



NEGRO Á LAS ÓRDENES DEL CABECILLA DELGADO

Para contener la correría de Maceo, el general en jefe había reunido todas las fuerzas en la provincia de la Habana. La línea de la Habana á Batabanó no tenía á la fecha otro interes que la defensa de fuertes obras de fábrica y comunicaciones.

A Máximo Gómez se le suponía todavía en la provincia de Matanzas, pero en realidad no se sabía de cierto.

* * *

A juzgar por los datos que nos proporcionó el despacho oficial del día 17, las fuerzas que llevaba Maceo á Pinar del Río se habían dividido en dos grupos principales, el uno, á cuyo frente iba el mismo Maceo, seguía por la línea férrea y sus inmediaciones, donde están Candelaria y San Cristobal, que ya había rebasado; y el otro, mandado por Quintín Banderas, parecía dirigirse hacia la Costa Norte. Era probable que Maceo siguiera por el centro de la provincia, para atraer varias columnas en su persecución, con objeto de que no cargaran todas sobre Quintín Banderas, que seguramente iba á facilitar y protejer el desembarco de alguna expedición filibustera.

Aunque los informes que se daban sobre la situación de Máximo Gómez eran contradictorios, lo que parecía más verosimil era que el cabecilla dominicano había pernoctado el 16 en Santo Domingo, (Las Villas) en el cruce del ferrocarril de Sagua con el de Villa Clara, según comunicó al general en jefe el alcalde de Quemado de Güines, jurisdicción de Sagua. Daba mayor crédito á esta versión el retroceso á Rodrigo, al Norte de Santo Domingo, del tren de Sagua, lo que acusaba la presencia de partidas importantes en la citada zona.

En Matanzas los insurrectos tirotearon los fuertes de Bolondrón y Alfonso XII, y en la provincia de la Habana los de San José de las Lajas y San Antonio de las Vegas, quemando además algunas casas en esta última población.

El coronel Villa desde Guanajay avisó que la partida de Quintín

Banderas pasó en la tarde del 16 por el ingenio «Pilar», en dirección de Tobo.

La columna del coronel Suárez Inclán desde Mangas, unida con los exploradores de la caballería de los coroneles Hernández y Villa, estaba dispuesta á lanzarse sobre el grueso de las fuerzas enemigas.

El comandante militar de Candelaria avisó que por heliógrafo se le comunicaba que Maceo con sus huestes hallábase acampado, en la tarde del 16, en Galope, y en San Cristóbal las partidas de Bermudez, Lacret y Collazo.

El general Linares, que con su columna seguía el rastro de Maceo sobre la línea de Batabanó, en marcha forzada de quince horas, oyó fuego de cañon hácia San Pedro. Apresuró el paso, y en Pueblo Nuevo encontró á la columna de Suarez Inclán que había tenido al anochecer hora y media de fuego con el enemigo, disputándole el paso. Reconocido el lugar del combate tiroteó á varios grupos enemigos, que retiraban heridos. A las nueve de la noche llegó á Candelaria, con violento temporal de agua y viento, sin hacer rancho, consiguiendo con tan tenaz persecución empujar al enemigo entre las columnas de Hernández y Suárez Inclán, situadas en la costa Sur de Pinar del Río.

Las columnas del coronel Villa y tenientes coroneles Valcárcel y Francés perseguían también al enemigo, hallándose, además, otras tres columnas en la costa Norte.

El general Valdés desde Pinar había adelantado á la columna de Echevarría y preparaba las de Gelabert y Terán para batir de frente á Maceo.

El general Arolas organizaba en Guanajay fuerzas de ingenieros, cuatro batallones de infantería y dos escuadrones, en línea á intérvalos de Mariel Artemisa y Majana, para evitar el retroceso de Maceo y sus negradas.

Esta era la situación y disposición de nuestras columnas en la pro-

vincia de Pinar del Río, el día 17 de Marzo, frente á las huestes acaudilladas por el cabecilla mulato, que de nuevo habían invadido aquel territorio.

***

Aunque sobrado detallados en algunos de sus extremos los partes oficiales iban ajustándoee poco á poco á la realidad. Así, se observaba mayor cautela en su redacción, para no aventurar pronósticos que los hechos venían más tarde á desbaratar.

No por eso iría peor la campaña.

Muy pocos días hacía que se consideraba poco menos que imposible que Máximo Gómez pudiera pasar de Matanzas á Santa Clara, sin sufrir un serio descalabro. Pasó allí, según parecía; y véase como se explicaba el parte oficial á propósito de su probable regreso á la primera de dichas provincias.

«General Galvis—decía el general en jefe en su despacho del 18—desde Macagua asegura que Gómez está hacia jurisdicción Cienfuegos creyendo retrocederá Matanzas por Jaguey Chico; supongo recogerá más gente para ayudar expedición Maceo, distrayendo columnas».

De manera que no solo se reconoce que pasó á las Villas, sino que se admite como muy posible que pudiera volver á Matanzas.

Tal vez no vieran las gentes ventaja mayor en semejante confesión. Nosotros vimos una muy evidente; y fué que si Máximo Gómez volvía á Matanzas, prevenida ya la opinión, se sorprendería menos del hecho que si se le hubiera asegurado que no podía regresar. Sería un incidente más de la campaña; no una decepción con aspecto de nuevo fracaso.

La gente que llevaba Antonio Maceo era la única que daba alguna vez la cara á nuestras tropas.

El combate de Paso Real y el sostenido el día 16 cerca de Candelaria, son hechos que lo atestiguan. En uno y en otro la gente más granada de la insurrección sufrió evidente escarmiento, no obstante contar en ambos con fuerzas superiores por el número á las nuestras. En Paso Real los rebeldes fueron arrojados del pueblo y batidos después fuera de él por la columna del general Luque; en el camino de



CASA DEL POTRERO GALOPE

Candelaria intentaron en vano contener el avance de las fuerzas mandadas por los coroneles Suárez Inclán y Hernández.

También en el parte oficial estaba claramente expresada la importancia de este encuentro.

"Dos horas -decía el despacho oficial- reñido combate, rompió paso Inclán á Candelaria, causando enemigo muchos muertos y heridos, siendo la victoria completa de nuestra parte.

"Columna llena de bizarría obtuvo victoria, que completó general

Linares, llegando nueve noche, una hora después que Inclán á Candelaria."

Un despacho de Nueva York calculó en 300 las bajas que entre muertos y heridos sufrieron los rebeldes en este encuentro.

*
* *

He aquí el relato que de este brillante hecho de armas nos envió nuestro celoso corresponsal en la Habana:

Obedeciendo órdenes del general en jefe, el coronel Suárez Inclán, con la columna de su mando, salió de Mangas al medio día del 16 avanzando hacia Candelaria para tomar posiciones.

El coronel Hernández con las fuerzas á sus órdenes quedó encargado de salir á su vez de Artemisa apoyando la marcha de la columna en dirección del punto donde se suponía al enemigo.

Efectuóse la marcha de ambas columnas bajo una lluvia torrencial hasta dar con el enemigo que, en número de 4000 hombres al mando de Maceo, Quintín Banderas y otros cabecillas, ocupaba ya ventajosas posiciones en el sitio llamado *Galope*, cerca de Candelaria.

Ocupaban los insurrectos una extensa línea defendida por grupos de tiradores, situados en la manigua que allí existe paralela á la carretera, los cuales rompieron sobre la columna nutrido fuego de fusilería así que tuvieron á tiro á nuestras tropas.

El coronel Inclán desplegó en línea paralela á la carretera á las fuerzas de vanguardia, formada por parte del batallón de Tarifa y una sección de caballería del escuadrón de Vitoria. El enemigo, cuatro veces superior, se corrió, atacando á la retaguardia y tratando de envolver á la columna. Dos compañías de Luchana y una sección de Vitoria rompieron fuego rápido, y dos piezas de artillería comenza-

ron á disparar metralla sobre los insurrectos que avanzaban al machete, logrando contenerlos; y atacando entonces toda la infantería á la bayoneta desalojaron al enemigo de sus posiciones.

El combate duró más de dos horas, y fué tan empeñado y reñido que en más de una ocasión se vieron por algunos instantes comprometidas nuestras tropas, hasta el punto de que los artilleros se vieron precisados á defender sus cañones haciendo uso de sus tercerolas y machetes.

Era de noche ya, cuando la columna, forzado ya el paso á Candelaria y batido y retirado el enemigo, continuó su marcha hacia el punto de su destino. Pocos momentos llevaba de marcha cuando el enemigo, que se había rehecho durante el corto alto de la columna, intentó cercar á ésta y envolverla con su numerosa caballería; pero se le obligó á retirarse con vivo fuego de cañón que le produjo tremendas pérdidas.

Las bajas causadas á los rebeldes no fué posible precisarlas á causa de ser ya de noche cuando terminó el combate; pero calculóse que debieron ser muchas, por lo mucho que se *arrimaron* á las *chocolateras*, y por haber atacado en grandes masas.

Sensibles fueron las sufridas por la valerosa columna, y ellas dan por sí solas idea de lo reñido y empeñado del combate. Del batallón de Luchana resultaron muertos el bravo capitán Torrijos y un soldado, y heridos, un sargento y diez individuos de tropa; del batallón de Tarifa, el bizarro capitán Guerrero y cinco soldados muertos, y tres sargentos y 38 de tropa heridos; del escuadrón de Vitoria, tres soldados heridos; y de la sección de artillería un soldado muerto y el teniente Comas y cuatro de tropa heridos. En total, dos oficiales y siete soldados muertos, cuatro sargentos y 55 de tropa heridos: en junto 68 bajas.

Se distinguieron notablemente en el combate el comandante de Tarifa señor Guerra, que dirijió con pericia y valor su batallón, el teniente coronel de Luchana señor Martínez Baños, al frente de las dos

compañías de retaguardia, el comandante del escuadrón de Vitoria señor Bueno, el capitán de artillería señor Villauazul, el comandante Serrate, ayudante del general Ochando, á las órdenes del coronel jefe de la columna, y el teniente Comas, que al frente de las dos baterías siguió en su puesto después de herido.

El general Weyler felicitó á los cuerpos que en la acción de *Galope* tomaron parte, proponiendo para el ascenso al bizarro coronel señor Suárez Inclán, y dispuso, además, el envío de nuevos refuerzos á Pinar del Río para batir á los rebeldes sin tregua ni descanso.

***

No se puede pedir mayor actividad que la que estaban desplegando aquellos días las columnas que operaban en las provincias de la Habana y Pinar del Río.

En la primera los generales Bernal, Ruíz y Melguizo y los coroneles Tort y Maroto, realizaron importantes batidas para no dejar descansar un instante á los rebeldes que recorrían aquel territorio. En la provincia de Pinar del Río el parte oficial del día 19 señalaba una serie de encuentros con las partidas de Maceo. Este pretendió retroceder desde las inmediaciones de Candelaria hacia la Habana; pero batido en el camino de Cayajabos por el coronel Hernández de Velasco y después en este último punto por la columna Francés, que salió de Guanajay para cerrarle el paso, vióse precisado á retroceder al Norte, hacia Cabañas, donde lo esperaban las columnas de Linares, Inclán, Hernández y Echevarría, que emprendieron su persecución.

El cabecilla Delgado fué quién logró desprenderse del núcleo de Maceo para dirigirse hacia la costa del Sur.

Un importante servicio prestó la infantería de Marina, realizando

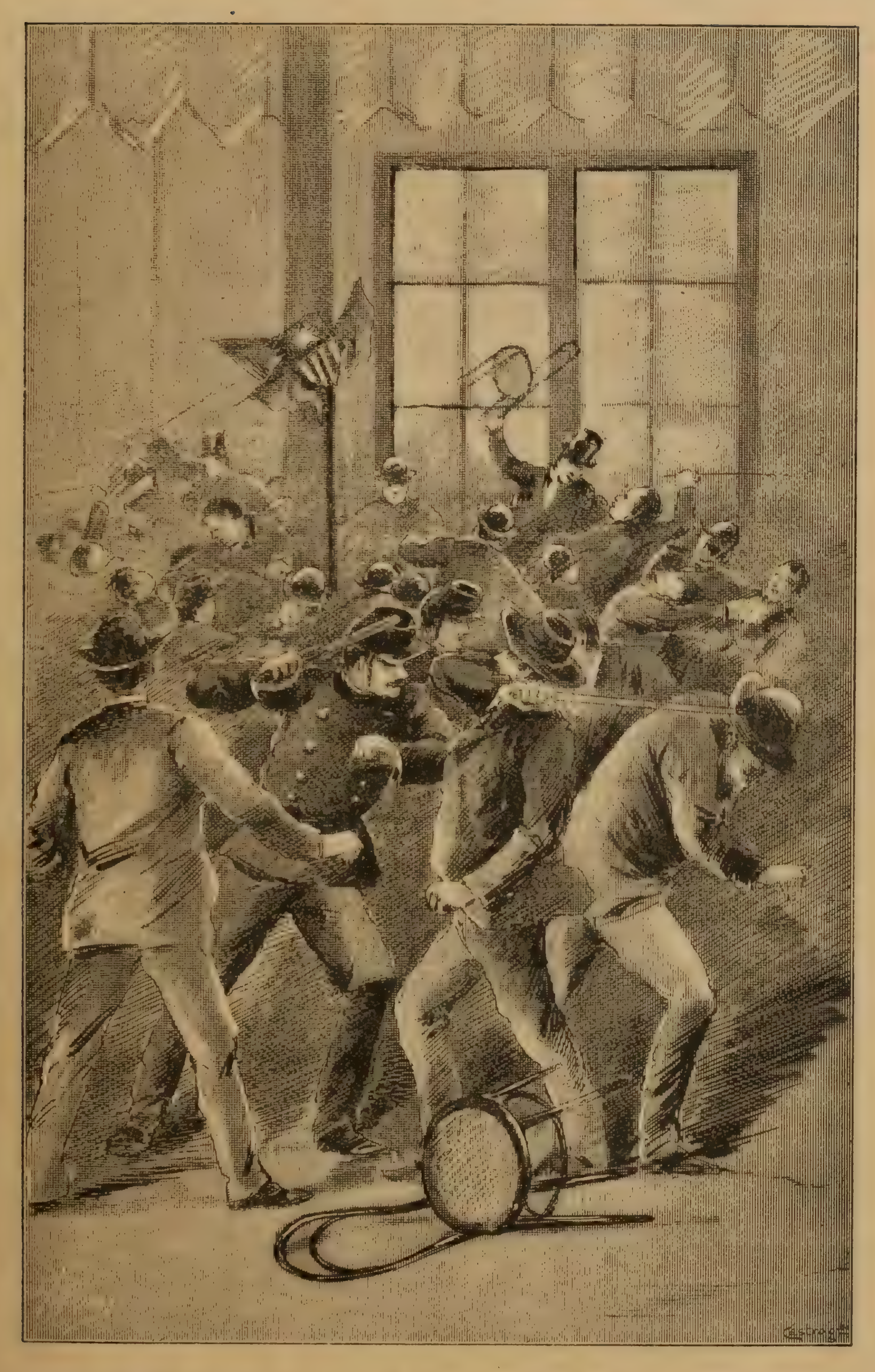
en la madrugada del 18 la aprehensión de 151 bultos de armas y municiones que los insurrectos acababan de desembarcar en la costa Norte de la provincia de Matanzas, cerca de Cárdenas.

No se supo, de modo cierto, el nombre del barco que condujo la expedición filibustera que logró desambarcar; pero por los detalles que se citaban, dedújose que el alijo se habia verificado recientemente, puesto que los hombres que desembarcaron, y cuyo número no se citó, ayudaron á la partida que intentó recuperar los bultos aprehendidos.



PUERTO ISABELA (Sagua la Grande)

El destacamento de Paradiso (Cárdenas) compuesto de treinta hombres de infantería de Marina, mandados por el primer teniente don José Taboada, defendió la presa permaneciendo veinte y cuatro horas en las trincheras, sin comer, hasta recibir refuerzos de Cárdenas, y rechazando durante el tiempo que estuvo en las trincheras tres rudos ataques de una partida de doscientos hombres que trató de recuperar el alijo y que fué reforzada por los que habían desembarcado. Los botes que utilizaron los filibusteros para verificar el desembarco quedaron varados



COLISION EN UN MEETING FILIBUSTERO EN BUENOS AIRES

en la costa, por haber sido remolcados por la lancha de guerra *Caridad*, que llegó después del destacamento.

En poder de nuestras tropas quedó prisionero un rebelde que se hallaba herido, por quien se supo que el alijo procedía de la expedición filibustera de Collazo.

***

El combate sostenido en Cayajabos el día 17 por la columna del teniente coronel Francés, contra las partidas de Maceo, fortificadas en muros derruidos y cercas de piedras, fué á juzgar por los datos oficiales que transmitió el general Weyler, de los más reñidos y sangrientos de la presente campaña. Así lo acredita el número de nuestras bajas que, entre muertos, heridos, y contusos, ascendió á cincuenta y cuatro. El enemigo dejó en el campo catorce muertos, pero logró, como de costumbre, retirar sus heridos, cuyo número quedó ignorado.

Muchas veces al hablar de las bajas sufridas por los rebeldes, nos ha llamado la atención la facilidad con que transportaban tan embarazosa impedimenta, sin que su conducción ó arrastre entorpeciera, al parecer, en lo más mínimo su marcha.

Bien se nos alcanza que una partida no lleva sus heridos á donde quiera que vá, sino que los deja en cuanto puede, en lugar seguro. Pero aun siendo así, tiene que resolver dos problemas de dificil solución, y los hechos demuestran que los resuelve. En primer lugar, transporta sus heridos sin detener su marcha, más bien apresurando la huida, y después los deposita en sitio donde les pueden cuidar, no obstante carecer de lugar seguro y resguardado de todo ataque.

Con más elementos de todo género contamos nosotros para transportarlos á los poblados y á los hospitales, y sin embargo, el corres-

ponsal de un periódico consignaba en su información de aquellos días que en Alquizar llevaba 48 horas detenido un tren sanitario que conducía heridos para la Habana, añadiendo que la detención fué motivada por los cortes que los rebeldes hicieron en la vía, en sitios donde el trasbordo de heridos era peligroso.

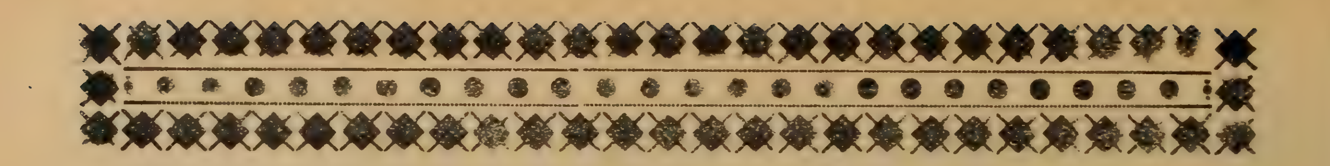
Al amanecer del 17 salió de Guanajay la columna del teniente coronel Francés, encontrando al enemigo fuertemente atrincherado en Cayajabos. Eran las partidas reunidas de Maceo, Banderas, Delgado y Pérez, en número de más de tres mil hombres.

Sin pararse á contar la superioridad de las fuerzas enemigas ni reparar en las fuertes y ventajosas posiciones que ocupaban, nuestros bravos infantes lanzáronse tres veces valerosamente á la bayoneta sobre las trincheras, apoyados por el fuego de la artillería, que hizo certeros disparos, consiguiendo tras rudo choque y reñido combate de más de una hora, desalojar á los rebeldes de sus posiciones, que una tras otra tomaron á la bayoneta con irresistible empuje nuestros invictos soldados.

El enemigo huyó, perseguido por el fuego de la valerosa columna, hacia Cabañas, regresando ésta con heridos á Artemisa, y siguiendo la persecución de los rebeldes la columna del general Linares, que llegó una hora después del combate, y las de los coroneles Inclán y Villa y teniente coronel Valcárcel.

El bizarro teniente coronel don Eduardo Francés, por su brillante comportamiento, fué propuesto por el general en jefe para el ascenso á coronel.





CAPITULO XXI

El batallón de Wad-Rás y las partidas de Varona.—Ataque á un convoy.—Glorioso combate en Paso Real.—Dos horas de lucha.—El enemigo vencido.—52 insurrectos muertos.—Varona herido y el cabecilla Pérez, muerto.—La expedición Collaso.—Incendio de la estación de Gelpí.—Dolorosa sorpresa en Yabucito.—El bravo teniente Rodríguez y sus 16 valientes contra 500 insurrectos.—Heroismo y cobardía.—La columna del teniente coronel Alfau.—Saqueo é incendio de Arroyo Arenas.—Encuentros en Loma Rubí y en Loma Guarin.—Avance de las partidas de Matanzas hacia la Habana.—Las bajas de nuestro ejército de operaciones en la primera decena de Febrero.—Diario de la guerra.—Despacho oficial.—Propósito del general en jefe.

Con detalles que acreditaban el hecho,—del que no se tenía conocimiento oficial,—y le daban completa verosimilitud, nos dió noticia el día 22, nuestro diligente corresponsal en la Habana, del glorioso combate sostenido por el batallón de Wad-Rás, contra numerosas fuerzas insurrectas pertenecientes á las partidas de Varona y Sotomayor.

El encuentro ocurrió cerca de la sierra de Portales, entre las poblaciones de Santa Fe y Guanes, y junto al poblado de Paso Real, al Sudoeste de Pinar del Río. Hay que advertir que este Paso Real, es un poblado situado á pocos kilómetros al Sur de Guanes, y conviene no confundirlo con el pueblo así llamado también, en que tan brillante victoria alcanzó sobre Maceo, el general Luque. Este Paso Real, en donde fueron derrotados los orientales, se halla situado sobre el ferro-

carril de la Habana á la capital de Pinar del Río y á Oriente de esta ciudad, en tanto que el otro está á Occidente, en las estribaciones de la sierra de los Portales.

Las partidas que acometieron á los valientes de Wad-Rás, fueron las de los cabecillas Sotomayor y Varona, que juzgaron sin duda em-



INSURRECTOS RECOGIENDO SUS HERIDOS

presa fácil la de apoderarse del convoy que aquéllos custodiaban. Nuestros bravos soldados los desengañaron pronto, defendiéndose con su acostumbrada bizarría primero, atacándolos y poniéndolos después en dispersión. Cincuenta y dos muertos dejaron los rebeldes en el lugar de la acción, y de aquí puede deducirse la importancia de las bajas que sufrieron.

El heroico batallón había salido de Guanes escoltando un convoy para Santa Fe, cuando en el camino fué alcanzado y acometido por 1,400 insurrectos mandados por los cabecillas Varona, Sotomayor, Pérez y otros.

El enemigo se subdividió en varios grupos para atacar á la columna por distintos puntos, disgregar sus fuerzas y apoderarse del convoy.

Los soldados de Wad Rás, aun cuando la mayoría eran reclutas de la última expedición, se batieron con bizarría, efectuando con gran precisión y serenidad las maniobras militares que sus jefes les ordenaron.

La columna formó el cuadro y rechazó brillantemente los diferentes ataques al machete de la caballería enemiga que, aún con la inmensa diferencia del número, fué impotente ante la imponderable resistencia de los valientes cazadores de Wad-Rás.

La lucha duró dos horas.

Durante el combate, la columna no detuvo un momento su marcha, sino que continuó marchando y formando cuadros escalonados, dentro de los cuales quedaban los carros del convoy.

El enemigo acometía al machete con tanto empeño, que en algunos ataques llegó hasta dos metros de las bayonetas de nuestros soldados.

Los rebeldes tuvieron, al fin, que retirarse vencidos por la heroica resistencia de los bravos infantes de Wad Rás, abandonando en el campo 52 muertos, entre los que figuraba el cabecilla Pérez, y llevándose gran número de heridos, entre los que se contó su jefe Varona.

***

Ya no cabía duda de que la expedición filibustera desembarcada cerca de Cárdenas fué la mandada por el cabecilla Collazo, pues los

telegramas afirmaban que los expedicionarios se habían unido á la partida de Lacret. Díjose que la expedición la formaban los cabecillas Collazo, Hernández, Estrada, Duque y 54 individuos, y que llevaban 750,000 cartuchos, 1,200 fusiles, 2,100 machetes y 400 revólvers.

Al cabecilla Lacret atribuyó nuestro corresponsal en Matanzas el incendio de la estación de Gelpí, la primera que se encuentra al salir de aquella ciudad y de la cual dista cinco kilómetros escasos para ir á Jovellanos. Todo indicaba, por lo tanto, que en esta empresa había intervenido Collazo, haciendo con ella su debuto de incendiario.

Un destacamento de 17 hombres, contando el jefe que los mandaba, fué sorprendido en Yabucito (Santa Clara), cerca del fuerte que ocupaba, por una partida de 500 insurrectos. Los soldados se defendieron como leones, lucharon como héroes y sucumbieron como españoles; sólo cinco pudieron regresar al fuerte.

He aquí los detalles que de hecho tan triste como heroico nos comunicó uno de nuestros corresponsales en el teatro de la guerra.

El jefe de la guarnición de Yabucito, primer teniente de infantería, don Francisco Rodríguez, recibió la noticia de que cerca de dicho punto, en el ingenio «Penate», acampaba una pequeña partida insurrecta. Con la fuerza de que disponía salió inmediatamente el bizarro teniente en su busca, para batirla.

Llevaba el teniente Rodríguez trece soldados del batallón de Las Navas y tres números de la guardia civil.

A corta distancia de Yabucito, encontró nuestra pequeña fuerza á un grupo de rebeldes, contra los que rompió el fuego.

En la persecución del grupo enemigo, que se batía en retirada, se fué alejando el valeroso destacamento. De improviso, apareció una partida de 500 hombres acaudillada por el cabecilla Robau.

La presencia del pequeño grupo insurrecto á la vista de la guarnición de Yabucito, había sido una estratagema del artero Robau, á cuya partida pertenecía aquel grupo.

Se había explotado únicamente el arrojo de aquel puñado de valientes y buenos españoles.

Sobre ellos cayó, en tan sin igual combate, la partida de Robau, dando una terrible carga al machete.

El bravo teniente Rodríguez dió la voz de fuego en retirada, pero ya era tarde; nuestra pequeña fuerza estaba copada.

La caballería insurrecta, que tenía dispuestos los movimientos, envolvió á nuestros soldados en círculo de hierro y fuego, que fué estrechando hasta cerrarles la salida.

Fué obra de un instante; la emboscada de los arteros *mambises* había dado los resultados apetecidos, y el asesinato de aquel puñado de valientes se consumó casi por completo.

Los trece bravos soldados de las Navas y los tres valientes guardias se batieron heróicamente, rechazando con desesperación el primer ataque del enemigo. Próximos al fuerte que tan imprudentemente habían abandonado, luchaban á la desesperada por ganarle, resistiendo el feroz empuje de los alevosos *mambises*.

Los diez y siete hombres de la guarnición de Yabucito se aprestaron á morir, pero haciendo pagar caras sus vidas y cobrándoselas con creces, antes de rendirlas, á aquellos *quinientos* salvajes.

El primero que cayó muerto fué el teniente Rodríguez; tras él cayeron tres soldados del batallón de las Navas y dos números de la Guardia civil, todos muertos. Además resultaron gravemente heridos dos soldados de las Navas, fué hecho prisionero el otro guardia y se extraviaron cuatro soldados, que se supuso fueron apresados también.

De modo que de los diez y siete hombres que componían el destacamento que guarnecía el fuerte de Yabucito, solo se salvaron cuatro, los cuales lograron llegar al fuerte. Después pareció el guardia civil prisionero, que había conseguido también ponerse en salvo. Estos cinco valientes siguieron haciendo fuego desde el fuerte, del que el ene-

migo intentó apoderarse una vez terminada la épica lucha sostenida por su guarnición á campo libre y abierto y contra fuerzas treinta veces mayores en número, pero sin que lograran tomarle y teniendo que desistir de su empeño ante la tenaz resistencia de sus heróicos defensores, ávidos de vengar la muerte de sus compañeros de armas y dispuestos á morir como ellos en defensa del honor y de la bandera de España.

Los insurrectos tuvieron cuatro muertos y diez heridos.

***

La columna del teniente coronel Alfau batió en los montes de la Magdalena y Cayama, provincia de Matanzas, á las partidas de Matós, González y otros cabecillas.

El encuentro fué muy reñido, dejando el enemigo en poder de nuestras tropas un muerto, dos heridos y un prisionero, y retirando otos muchos heridos.

También se apoderó la columna de gran cantidad de pertrechos y armas.

Los rebeldes intentaron recuperar los hombres y efectos perdidos y fueron nuevamente rechazados con nuevas bajas y obligados á emprender precipitada fuga en completa dispersión.

En la provincia de la Habana los insurrectos entraron en Arroyo Arenas, pueblecillo situado cerca de Marianao, saqueando las casas é incendiándolas.

El pueblo quedó convertido en ruinas.

El parte oficial del 21 daba cuenta de una série de encuentros en Oriente, Matanzas, Habana y Pinar del Río, siendo el más importante de ellos el que tuvo la columna Villa Villares con fuerzas de Maceo,

en Loma Rubí (Pinar del Río), en donde el cabecilla mulato fué de nuevo batido, causándole siete muertos y quemándole el campamento y 70 casas de guano é inutilizándole 50 caballos. El general Suárez Inclán acudió con su columna al fuego, por la extrema izquierda de la línea, contribuyendo eficazmente á la dispersión del enemigo y causándole otros tres muertos.

En la última de dichas provincias varias columnas perseguían a Maceo, habiéndose tiroteado la de Linares, en combinación con la de Suárez Inclán, con partidas dispersas en Lomas Guarín y batido la fracción mandada por Bernal á la partida de Borje, titulado gobernador civil de la Habana, en el cafetal «Estrella», cogiéndole armas y municiones y haciéndole doce prisioneros, los cuales dijeron que las partidas llevaban muchos heridos.



SEGUNDO DEL CABECILLA PEREZ

El general Weyler anunció en su referido despacho que las partidas de la provincia de Matanzas avanzaban hácia la de la Habana en auxilio, sin duda, de Maceo y con objeto de separar tropas de la línea de Mariel, y que para reforzar nuestras fuerzas en la última de estas provincias había pedido dos batallones al general Pando.

Las bajas ocurridas en el ejército de operaciones durante la primera decena de Febrero, fueron las siguientes:

Muertos: En campaña, 17; del vómito, 164; de otras enfermedades, 76; suicidado, 1; total, 258.

Heridos, 19.

Desaparecidos, 2.

Total de bajas, 279.

En dicho mes, el número de soldados en Cuba era de 110.000; los enfermos sumaban 5.000, resultando por tanto en una proporciún de 5 por 100.

* * *

No pudo decirse, ni se dirá, que el general Weyler procedía de ligero al transmitir las noticias que comunicaba al Gobierno. Cuatro días hacía, el 24 de Marzo, que andaba rodando por todos los periódicos de la Península é islas adyacentes, el relato circunstanciado del encuentro que se decía sostenido por el batallón de Wad-Ras, en la jurisdicción de Guanes (Pinar del Río), y no obstante la importancia del suceso, éste no había sido aún confirmado oficialmente.

Lo más original del caso fué que el suceso había sido comunicado á la Habana y era allí público, pues algunos corresponsales «habían tenido ocasión de leer—copiamos lo que ellos mismos decían—una interesantísima carta del marqués de Mendigorría, escrita el día 10 desde el extremo Occidente de la provincia de Pinar del Río.»

Ahora bien; en esta carta se decía:

«Mas ó menos, Wad-Ras combate todos los días, y no se atreven los insurrectos á hacerle frente mucho tiempo. La conducción de convoyes desde Mantua á Guanes y el abastecimiento de otros puntos y destacamentos militares, suscita encuentros constantes. Uno de ellos

fué de verdadera importancia, y el coronel Fernández Terán, al reconocer el campo halló 52 cadáveres enemigos.»

No deja de ser extraño, por consiguiente, que todo el mundo en la Habana se hubiese enterado de este suceso, menos la primera autoridad de la isla; pero aún es más extraño que noticia de tal importancia se hubiese comunicado confidencialmente, y no de una manera oficial.

De todo ello se deduce, á la postre, que la reserva del general Weyler, que á primera vista parece extraña, es en definitiva, muy lógica y natural. Cuando por conducto oficial llegase á sus manos la noticia, es indudable que la transmitiría.

***

En general convenía desconfiar de las noticias recibidas en la Península por particulares, cuando no las confirmaban los corresponsales de los periódicos que tenían servicio especial establecido; pues ya estaba averiguado que eran la mayor parte del tiempo debidas á la fantasía de gente novelesca. Después, y aunque en menor grado, convenía también mirar con un poco de recelo las noticias de la Habana, cuando á pesar de ser muy favorables, se veía que el capitán general no se apresuraba á comunicarlas. Y en tercer lugar, se debía tener siempre en cuenta que, disponiendo la autoridad del capitán general de Cuba, de la comunicación por el cable, podría dejarse adelantar cuando se viera en la necesidad de referir algún suceso poco agradable, pero tendría verdadera satisfacción en ser el primero, siempre que se tratase de comunicar buenas noticias.

Sin necesidad de poseer una gran dosis de espíritu analítico, quien quiera que tenga presente estas observaciones, podrá fácilmente aquilatar el valor de las noticias y el crédito que merecen. Claro está que el

procedimiento no sirve, ni para los que están resueltos á verlo todo negro, ni para los que están empeñados de antemano en verlo todo de color de rosa.

. . . .

De escasa importancia fueron los encuentros que especificaba el despacho oficial recibido el día 23.

A la fecha, parecía reconcentrado todo el interés de la campaña en la línea Mariel Artemisa, donde se habían acumulado importantes fuerzas, con el propósito de impedir á Maceo que regresara á la provincia de la Habana, y con el de cerrar el paso á las partidas que intentasen pasar desde esta provincia á la de Pinar del Río.

Si el propósito se lograba, innegable es que hubiérase alcanzado una verdadera ventaja.





CAPÍTULO XXII

Las dos guerras.—Nuevas desventuras.—Choque entre dos columnas en el ingenio «Santa Rosa».—Las columnas del general Godoy y del coronel Holguín.—¡16 muertos y 84 heridos!—Dolorosísimos detalles del espantoso combate.—Efectos tristísimos de la horrible lucha.—Escenas desgarradoras.—El teniente coronel del batallón de las Navas.—Los oficiales heridos.—Consternación en Santa Clara.—Causas del accidente.—Remenbranzas.—Explicaciones y comentarios.—Tristes consideraciones.

NATURAL y patriótica era y es la impaciencia por ver el término de la guerra de Cuba; pero debía tenerse presente que la campaña en aquellos espesos maniguales y en aquellas quebradas lomas, reviste carácter especialísimo, por el sistema que tiene el enemigo de rehuir combate y de fraccionarse y desbandarse cuando se vé perseguido y acosado de cerca por nuestras infatigables columnas. Cuando algunas veces hace frente y resiste, es siempre vencido, y si empeñara á menudo combates como los de la Candelaria y Paso Real, poco tardaría en quedar deshecho y humillado por el denuedo de nuestras tropas, tan justamente celebrado y admirado en el mundo entero.

La guerra con los Estados Unidos la hemos creído siempre improbable; pero el Gobierno, que ha venido observando una rectitud correcta, organiza y robustece, sin embargo, los elementos de guerra para

las eventualidades del porvenir, sin alarde ni provocaciones vulgares, impropias de los poderes que tienen conciencia de su deber y están inquebrantablemente resueltos á cumplirlo.

Nosotros debemos tener fe en la justicia de nuestra causa y en nuestro propio y vigoroso esfuerzo, porque las naciones no movilizarían sus fuerzas por simpatía tan sólo hacia España, sino porque así conviene á sus intereses y aspiraciones; y ese caso llegaría si los Estados Unidos pretendiesen cerrar el paso de los mares de las Antillas al viejo mundo, para proclamar la omnipotencia marítima del nuevo, con arreglo al espíritu y letra de la doctrina de Monroe, pues todos los actos y maniobras de la gran República, por hábilmente que sean velados en la forma, tienen como supremo y único objetivo de sus impacientes aspiraciones, esmaltar en su bandera una estrella más, con la anexión de Cuba, la isla más feraz y rica del mundo.

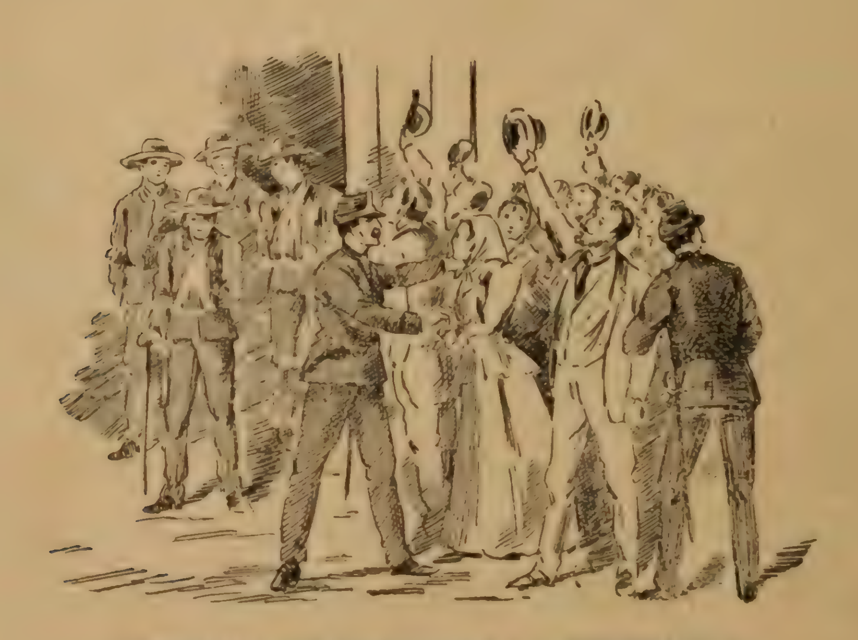
Respecto del sistema de atracción ó de rigor empleados en la isla, las opiniones han estado largo tiempo divididas, y ni uno ni otro hasta la fecha han producido el resultado por todos apetecido. Muchos fueron los que desearon procedimientos de exterminio, sin parar mientes en que no es cosa fácil conseguir lo que en este punto pareciera desquite de las atrocidades cometidas por las hordas filibusteras.

Los problemas de Cuba se han discutido pública y reservadamente con gran amplitud. Se ha llegado en proyectos hasta la misma pavorosa solución de la venta. Se ha cambiado de política y de sistema diferentes veces durante la presente guerra, con detrimento de la seriedad política de un gobierno prestigioso. Y se ha concedido, al fin, una amplia autonomía al país cubano, de la que confiadamente esperamos todos próximos y saludables resultados, que nos libren en plazo breve de los abrumadores sacrificios de sangre y oro que viene haciendo la desventurada madre patria. Estos son nuestros mayores anhelos, y por verlos pronto cumplidos, hacemos votos al cielo.

*
* *

Una noticia tristísima, una nueva desventura que llorar, un nuevo desastre que sentir y que arrancó un gemido de dolor á España entera, comunicó el cable en despacho procedente de Nueva Yoik, el día 25.

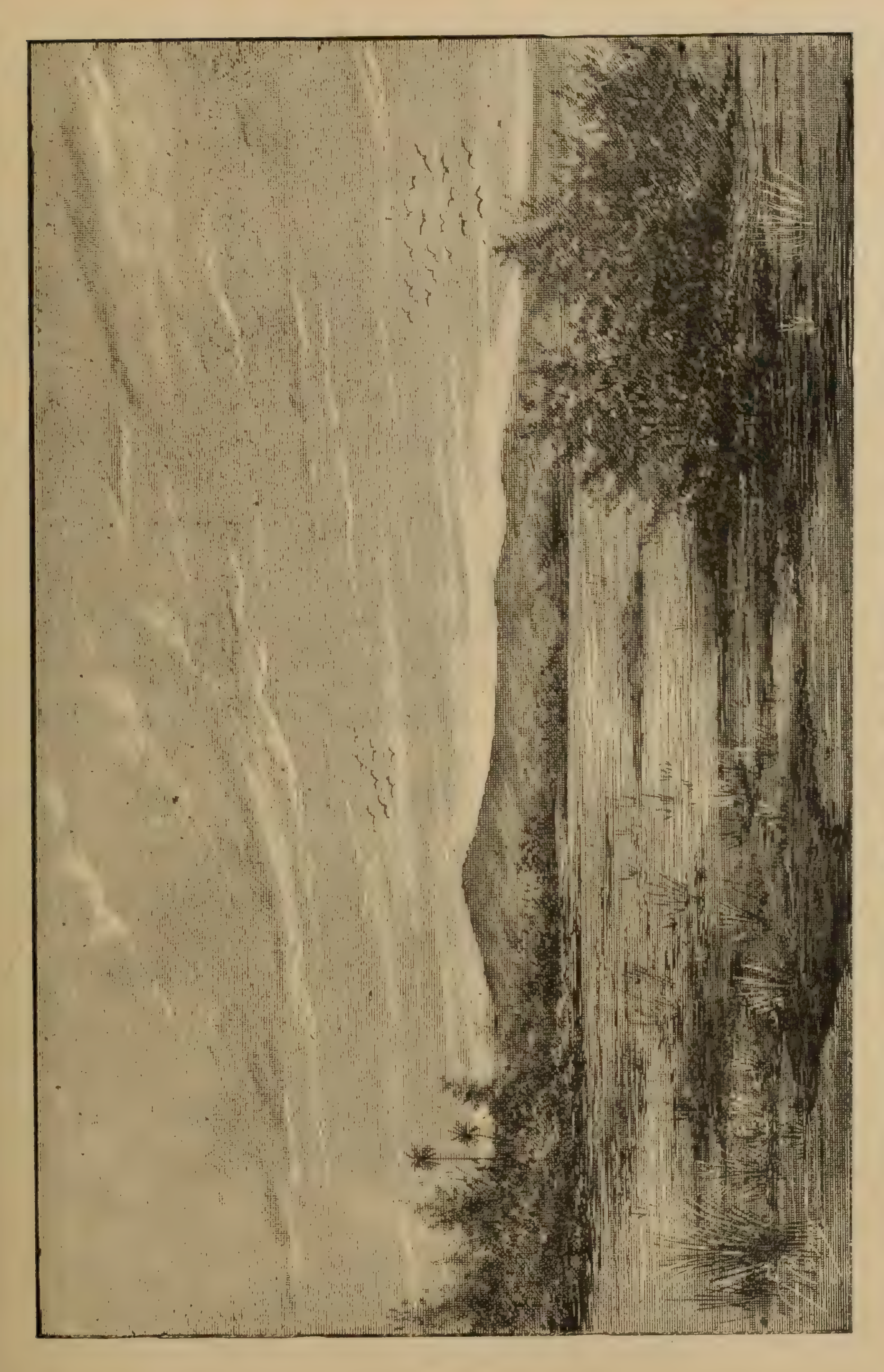
Dos columnas nuestras habíanse batido una contra otra en el ingenio «Rosa», cerca de Esperanza (Santa Clara), creyendo que luchaban con los insurrectos.



LLEGADA DE HERIDOS A LA ESPERANZA

Otro vez habían chocado y peleado furiosamente entre sí fuerzas de nuestro ejército de Cuba; otra vez se había derramado en vano generosa sangre española.

Dos de nuestras columnas, la del general Godoy y la del coronel Holguín, creyendo tener en frente al enemigo, atacáronse el día 24 en medio de la espesura. Cuando pudieron conocer su error, yacían sobre el campo de batalla ¡diez y seis muertos y ochenta y cuatro heridos!



LA CIENAGA DE ZAPATA (LAS VILLAS)

Es decir, que se había repetido la funestísima equivocación que hacía poco sufrieran los batallones de Llerena y San Quintín. Mas, con ser aquella desgracia tan terrible, la que de nuevo hubimos de lamentar fué aún mucho mayor, por el número de bajas que ambas columnas se causaron la una á la otra.

Profunda tristeza experimentamos al leer el despacho de Nueva York, que nos trajo la noche del 24 noticia tan funesta; no menos profunda fué la que al siguiente día, al darse cuenta de lo ocurrido, experimentó España.

Algo más que tristeza sintió la nación al enterarse del funesto y lamentable suceso, porque él vino á evocar el triste recuerdo de que ni siquiera iban pasados diez días desde aquél en que cerca de Marianao ocurrió á nuestros pobres soldados análoga desventura.

El 16 de Marzo sucumbían en «El Cano» doce de nuestros hermanos, y caían heridos veinte y siete; el 24 del propio mes, es decir, ocho días después, tuvimos que llorar por diez y seis de los primeros y por ochenta y cuatro de los segundos.

En ocho días, dos errores de la misma índole nos costaron pérdidas mayores y doblemente sensibles, que una verdadera batalla. Aun desconociendo, de momento, los detalles del encuentro, nos pareció inexplicable la repetición de tan lamentables equivocaciones.

Como un desgraciado azar, favorecido por la obscuridad de la noche, se concibe el caso de «El Cano», donde el batallón de San Quintín asaltó posiciones defendidas por el batallón de Llerena. No sucede lo propio con el librado en el ingenio Santa Rosa el día 24 entre las columnas de Godoy y Holguín, que fué reñido de día, aunque á través de espesos cañaverales.

Cediendo á consideraciones de bien ó mal entendido patriotismo nos limitamos al relatar en capítulo precedente el funesto error de Llerena y San Quintín, á deplorar aquel grande infortunio, y á consagrar

un sentido recuerdo á los que sin gloria ni provecho para la patria le habían sacrificado su vida. Ante la nueva desventura de que hemos de dar cuenta á nuestros lectores, nos creemos en la obligación de consignar nuestro vehementísimo deseo de que no se repitan semejantes funestos yerros y de que á toda costa se busque, por quien deba, el modo de evitarlos, y se indaguen las verdaderas causas del desastre, á fin de exigir las debidas responsabilidades, si por desgracia mayor, las hubiere habido.

Después de la desdicha de «El Cano», alguien trató de consolarse y de consolar al país, con la falsa, aunque bien intencionada suposición, de que «el lamentable suceso estaba atenuado por las pruebas de bizarría que así en el ataque como en la defensa habían dado nuestras tropas.»

Entendemos que en la repetición del lamentable y funesto suceso no habrá nadie que se atreva á buscar compensaciones ni atenuación al desdichado error, por ese malaventurado camino.

Debemos á la patria y nos debemos á nosotros mismos la verdad.

Nadie pretende que se escatime la sangre, á que tiene derecho la nación cuando se trata de su honor y de sus más altos intereses; pero nadie habrá á quien deje de causar hondísima pena el espectáculo de la sangre malgastada y perdida inútilmente.

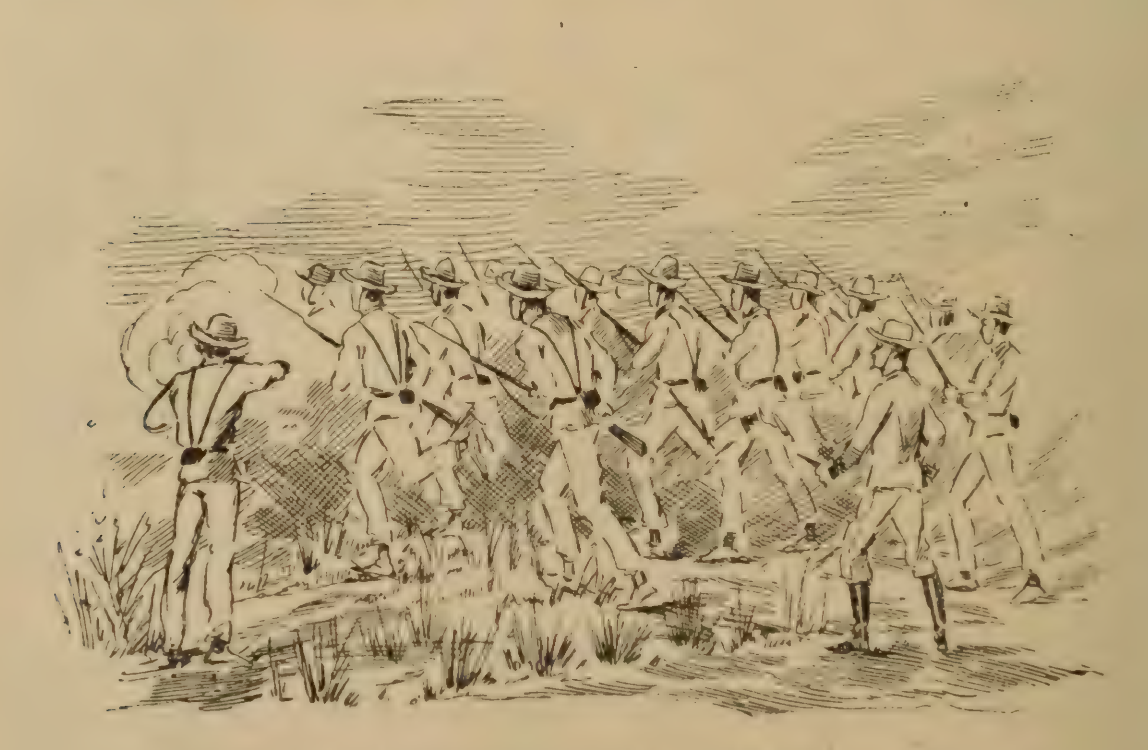
Por inflexible que sea nuestro ánimo contra todo linaje de contratiempos, fuerza es reconocer que constituyen muy amarga prueba para nuestra abnegación dos fatalidades de tal magnitud, ocurridas en poco más de una semana.

***

Dolorosísimos detalles nos comunicó nuestro diligente corresponsal en Santa Clara, acerca del espantoso combate de Santa Rosa.

El encuentro de las mencionadas columnas tuvo lugar en el ingenio de Santa Rosa, cerca de la Esperanza, en la provincia de Las Villas.

Parece que la columna del coronel Holguín, compuesta del batallón de Cataluña y fuerzas de las Navas y Soria, salió en persecución de una muy numerosa partida insurrecta.



...creyendo que tenía enfrente al enemigo rompió el fuego .. (pág. 325)

Las fuerzas rebeldes, alcanzadas por la columna, hiciéronla frente, pero se resistieron poco tiempo. El enemigo huyó, y tras él siguió la columna tiroteando á la vanguardia de la partida.

El general Godoy, que había recibido la noticia del encuentro de la columna Holguín con numerosas fuerzas insurrectas, acudió con las tropas á sus órdenes, al objeto de cortar á aquellos la retirada.

Llevaba Godoy los batallones de Zaragoza y Barbastro, el escuadrón de Pavía, y una de las guerrillas de Santo Domingo.

Al llegar estas fuerzas á las inmediaciones del ingenio Santa Rosa oyeron tiroteo, y la guerrilla de Santo Domingo, que iba de vanguardia, creyendo que tenía enfrente al enemigo rompió el fuego, siendo contestado en el acto y adelantando los otros hacia ella.

Entre tanto, los espías rebeldes habían anunciado á la partida perseguida por la columna Holguín, que se aproximaba otra columna de tropas, por lo que apresuróse aquella á ponerse en salvo.

Aprovechando la semiobscuridad del crepúsculo vespertino (era ya la caída de la tarde, y el sol había terminado su carrera y traspuesto aquel hemisferio) los insurrectos, sin dejar de hacer fuego en el llano, fueron corriéndose paulatinamente hácia los extensos y espesos cañaverales del ingenio, tras de los cuales desaparecieron, en el momento mismo en que al lugar del combate llegaba la columna que acudía en auxilio de los que se batían.

La avanzada de las fuerzas de Godoy recibió el fuego de la columna Holguin; supuso que se trataba de la partida rebelde en cuya busca acudía, y toda la columna se apercibió al combate.

Por su parte, las fuerzas de Holguín, que ante ellas tenían combatientes, creyeron que el enemigo á quien perseguían hacíales de nuevo frente, y puesto que aceptaba la lucha, organizaron el ataque.

Frente á frente las dos columnas, considerándose mútuamente fuerzas insurrectas, empeñóse reñidísimo combate entre los valientes soldados hermanos, mientras el enemigo huía tras de los cañaverales.

Las espesas y extensas plantaciones de caña y la altura que ésta alcanzaba, á la sazón, en todos aquellos terrenos, separaba á los combatientes y les impedía poderse conocer.

Las dos columnas esperaban dar por allí alcance al enemigo que perseguían y buscaban, y de ahí que á los primeros disparos que entre sí se cruzaran, cada una de ellas avanzara resueltamente sobre la otra

llegando á encontrarse y á chocar cuando ya era impoble evitar desgracias.

A pesar de la escasa distancia que separaba á los combatientes, los disparos y las voces y el ruido de las cañas, al ser por ellos tronchadas y removidas, impidieron fuesen oídos los toques de corneta y las contraseñas de los cuerpos.

Además, muchas habían sido las veces que los arteros *mambises* habían acudido al ardid de imitar las contraseñas y los toques de nuestras columnas, para burlar la vigilancia de nuestros soldados, que los dejaban aproximar creyéndolos compañeros.

La lucha fué encarnizada y sangrienta.

Ambas columnas se batían denodadamente, y los Maüssers iban sembrando sus mortíferos efectos en uno y en otro bando.

Las numerosas bajas que se producían de ambas partes enardecía más y más los ánimos de nuestros valientes soldados, y seguro es, que en su ardor bélico, en su entusiasmo, habrían llegado á exterminarse mútuamente, si un ataque más terrible, una carga héroica á la bayoneta, no hubiera sacado á unos y otros de su funestísimo error, tarde ya por desgracia.

Cuando las fuerzas leales se reconocieron, el efecto que se produjo en el ánimo de aquellos valientes fué terrible, dolorosísimo, imposible de describir.

Y cuando ofrecióse á su vista y hubieron contemplado el triste cuadro de horror que presentaba el campo de la lucha, un grito de espanto, un gemido de dolor intenso escapóse de todos los pechos...

Allí estaban los efectos tristísimos de tan encarnizado combate. Mútuamente se habían causado numerosas y sensibles bajas; de una y otra parte había muertos y heridos.

***

Al efectuarse el reconocimiento del terreno, después del combate, produjéronse multitud de escenas desgarradoras.

Un soldado encontró, á los primeros pasos y entre las cañas, el cadáver de un hermano suyo que servía en uno de los batallones del supuesto enemigo; de la columna contraria. Del campo de batalla fueron recogidos 16 muertos y 96 heridos, según el parte oficial. La columna Godoy tuvo diez individuos de tropa muertos y dos oficiales y 57 de tropa heridos; la de Holguín, un jefe y cinco de tropa muertos, y cuatro oficiales y 33 individuos de tropa heridos. En total ¡112 bajas!

Entre los muertos se encontraba el bizarro teniente coronel Fuenmayor, primer jefe del batallón de cazadores de las Navas, con dos balazos, uno en el pecho y otro en la cabeza, que recibió precisamente cuando daba la voz de ¡alto el fuego!, después de decir á uno de sus oficiales:

—«Esos no son *mambises*, son españoles y nos han confundido.»

Don Manuel Fuenmayor y Sánchez, teniente coronel del batallón de las Navas, con el cual fué á Cuba en Agosto de 1895, era un bravo y pundonoroso jefe del ejército español, en el cual ingresó en Julio de 1865 y después de 24 años de servicios ascendió á teniente coronel, el 1.° de Diciembre de 1869.

Era un jefe muy ilustrado, escritor de mucho mérito, y se había granjeado el cariño de sus compañeros y subordinados.

Dejó á su viuda con siete hijos pequeños, dos varones y cinco hembras, que residían en Inca (Baleares.)

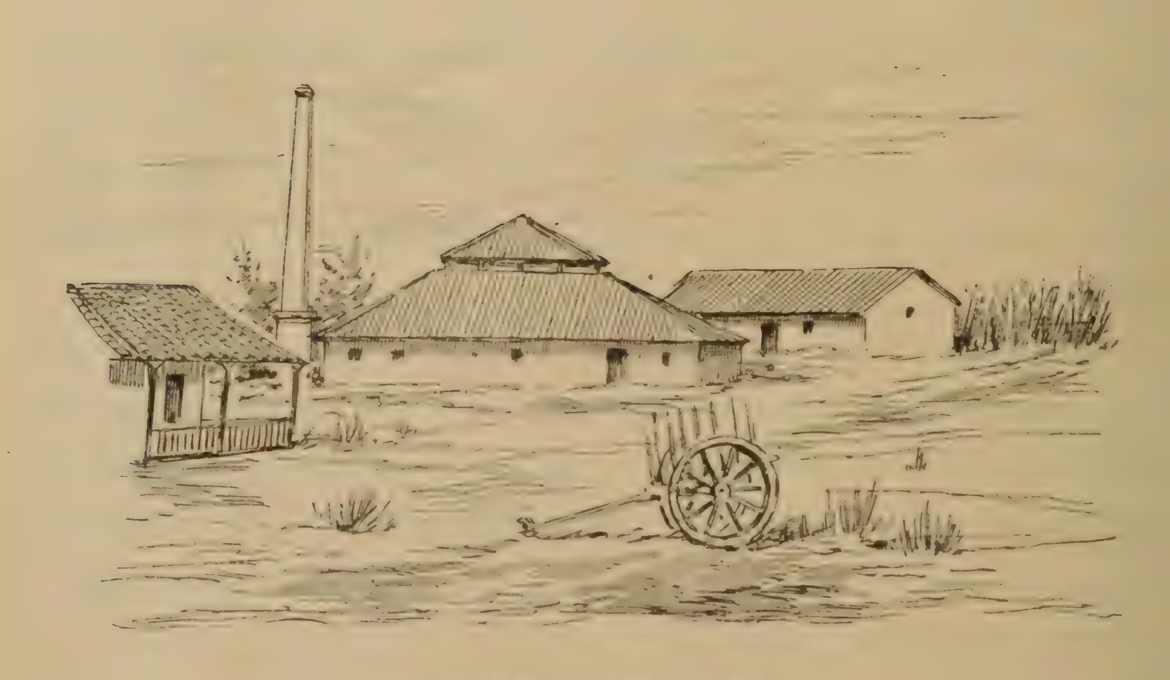
Los cinco oficiales heridos fueron: el capitán señor Batlle y el primer teniente D. Alfredo López, del batallón de Soria; los segundos tenientes don Manuel Torres y don Francisco Mateos, del batallón de Zaragoza, y los primeros tenientes del escuadrón de Pavía don José Letamendia y don Fernando de Latorre.

La columna Holguin continuó la persecución del enemigo, y la del

general Godoy llevó los muertos y heridos á Esperanza, desde donde practicada que fué la primera cura de los últimos, fueron todos trasladados á Santa Clara.

La llegada de las desventuradas víctimas del funesto combate de Santa Rosa á la capital de Las Villas, produjo general consternación.

Las campanas de las iglesias doblaron fúnebremente al entrar en la población el triste convoy; todas las tiendas y comercios cerraron sus



INGENIO «SANTA ROSA»

puertas en señal de duelo; suspendiéronse las tareas en las oficinas públicas, y en los edificios que ocupaban éstas se izó la bandera de la pátria á media asta.

El vecindario en masa se asoció al duelo de la nación, y todas las clases sociales de Villa Clara rivalizaron en muestras de abnegación, ofreciéndose para cuanto los heridos necesitaban. Dos de éstos fallecieron al entrar en la población.

Los médicos civiles, practicantes y estudiantes allí residentes, se

pusieron á las órdenes de los médicos militares, ayudándoles en su tarea humanitaria, no bastando apenas todos ellos para hacer frente á las exigencias de aquel cuadro de horrores.

***

Apenas el telégrafo exparció por la isla la triste y dolorosa noticia, en las poblaciones y en los campamentos observóse la penosa impresión que en todos los ánimos producía.

En la Habana la sensación fué inmensa, por estar aún reciente el penible recuerdo del no menos funesto choque entre San Quintín y Llerena.

El general Weyler mandó practicar las averiguaciones conducentes á explicar la causa que pudo producir el funesto error, á cuyo efecto llamó á la Habana al general Godoy, quién afirmó que perseguía con su columna á las partidas de Gómez, Torres y Robáu, cuando tuvo lugar el desgraciado encuentro con las fuerzas de Holguín.

Según parece, las causas del desventurado accidente, fueron falsas confidencias sobre el punto en que acampaba el enemigo, que precisamente era el ocupado por la columna Holguín.

Los que conocen bien la isla de Cuba y las condiciones en que allí se hace la guerra, se explicaban la posibilidad de que ocurrieran desastres como el de Santa Rosa y El Cano, y aun extrañaban que no fuesen más frecuentes, dado el fraccionamiento en que se hallaban la mayoría de los batallones, y las condiciones del terreno en que operaban, lo cual hacía muy difícil el reconocimiento de las fuerzas á simple vista y de momento, y muy fácil la confusión entre leales y rebeldes, ya por no distinguirse casi en nada el vestuario ó uniforme de unos y otros, á los pocos días que aquellos llevan de campaña, ya porque los soldados,

no solamente llegaban á olvidar la contraseña de sus cornetas, sino que desconocían las de los cuerpos con los cuales podían encontrarse en sus marchas y contramarchas.

A este propósito se recordaban sucesos análogos ocurridos en la Península durante la guerra civil, y también se hacía memoria de famosas disposiciones tomadas por ilustres caudillos, para impedir confusiones, citándose aquella de Zumalacárregui ordenando que, para una sorpresa que realizó de noche, sus tropas se pusieran las camisas sobre los uniformes, con lo cual logró que los *encamisados* se conociesen y se auxiliaran.

Todos convenían en la necesidad de que las tropas usasen distintivos que les permitieran reconocerse á distancia.

Sin embargo, esas explicaciones á nadie satisfacieron, ni aún á los mismos que pretendían explicar cómo pudo ocurrir tan doloroso accidente; porque se hace difícil comprender que dos fuerzas se estén tiroteando sin verse, siendo aún de día, cuando se hallan tan cerca la una de la otra, como debieron hallarse las nuestras, según se colige del número de bajas que se hicieron. Y de que no se veían, parece que no puede caber la menor duda.

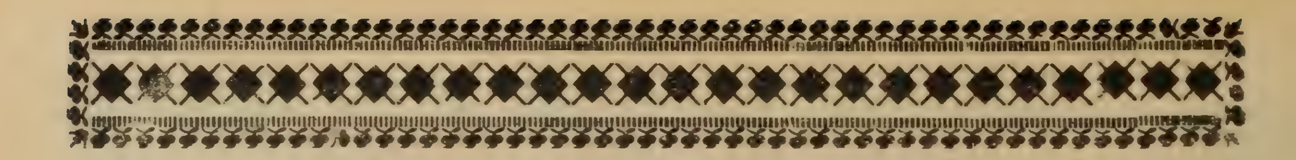
El combate se desarrolló, según dijeron, dentro de un espesísimo cañaveral,—la caña estaba entonces en pleno desarrollo y alcanzaba la altura de un hombre,—deduciéndose por lo tanto que ambas columnas regían su fuego por el fuego del contrario, apuntando en la dirección en que oían los disparos del supuesto enemigo; pero sin aprontar á la lucha ningún otro elemento de acierto.

El deseo de alcanzar y de batir al enemigo se sobrepone de tal modo á tal otra consideración, é influye con tal fuerza en el ánimo de los pundonorosos y bravos jefes de nuestro valeroso ejército, que apenas oyen unos cuantos disparos, allí se van en la dirección del punto de donde salieron. Este ardimiento habla muy alto en pro de su denue-

do, y no habría que poner á él ningún reparo, si se tratase de una guerra de otras condiciones; pero en un territorio en que se cruzan en todos sentidos nuestras columnas, y pasan y repasan también las partidas, impone ello mayores precauciones y cerciorarse bien, que no faltan medios para ello, de que se tiene en frente al enemigo. De otro modo, expónense á diario nuestros bravos soldados en Cuba á tener que lamentar muchas veces desgracias como las de El Cano y Santa Rosa.

Bastaría en nuestro humilde juicio, para evitar esos casos tan deplorables y funestos, los flanqueos descubiertos y los reconocimientos de exploración, según dictan las reglas del arte de combatir.





CAPITULO XXIII

Diario de la guerra.—Telegrama oficial.—El batallón de Wad-Rás.—Lamentable sorpresa de San Juan de las Yeras.—Ataque á Villa-Clara.—Muerte del cabecilla Vidal.—La columna de Almansa contra 2.000 rebeldes.—El bravo coronel Segura y su columna en la Siguanea.—Reñidos combates.—Destrucción del campamento enemigo.—El cabecilla Rego, herido.—Armas y municiones, caballos y reses en poder de las tropas.—El valle de la Siguanea.—Importancia de la operación.—Impresión en la Habana.—Diario de la guerra.—El coronel Pavía y la partida de Lacret.—Pillaje y destrucción.—Consideraciones.—El parte oficial.—Varios encuentros y pequeños combates.—El paradero del *generalísimo*.—Diversas opiniones.—Supresión del parte oficial diario.—Lógica interpretación.

HABIASE perdido de tal modo la pista de Máximo Gómez, que no se puede ni siquiera indicar, con alguna probabilidad de acierto, la provincia en que á la fecha se encontrara. ¿Estaba en la Habana, en Matanzas ó en Las Villas? No se sabía. Lo positivo era, que no mostraba gran empeño en distraer fuerzas que fuesen en su persecución, para sacar á Maceo del aprieto en que otra vez se le suponía metido. Si este desconocimiento del paradero del *generalísimo* se prolongaba algunos días, fuera cosa de suponer que había ido á descansar á la Siguanea ó á las soledades del Camagüey.

La expedición de Calixto García, que al fin logró embarcar, según acusaban despachos de Nueva Yorck, debía estar á la vista de las costas de Cuba, procurando poner pié en tierra. Aquí abrigábase la esperanza

de que nuestra Marina de guerra tuviese la fortuna de dar con ella antes de que consiguiera realizar su propósito. Esto fuera un gran golpe, pues, por las noticias que se tenían, esta expedición era muy importante.

El parte oficial del 23 daba cuenta de varios encuentros de poca importancia, ocurridos la mayor parte en la provincia de la Habana. En la de Pinar del Río, si los informes del Capitán general eran exactos, como indudablemente debían serlo, las fuerzas de Maceo se habían co-



...y vióse obligado á formar el cuadro y b-tirse en retirada... (pág. 334)

rrido desde Bahía Honda á Sabana la Mar, es decir, desde el Norte al Sur.

Por lo demás, la situación seguía siendo la misma; resultando, por desgracia, que el mayor daño fué el que nos causamos nosotros mismos.

***

Por fin, el general Weyler confirmó en despacho oficial del 23 el combate sostenido el día 6 por el batallón de Wad-Rás, al mando del heróico coronel Terán, contra fuerzas numerosas de los insurrectos, capitaneados por el cabecilla Varona, á la entrada de la sabana Tenerías, cerca de Mántua (Pinar del Río).

Entre los 52 muertos, recogidos y contados por las tropas en el campo del combate, que tuvo el enemigo, confirmaba el despacho hallarse el cabecilla Leopoldo Pérez y muchos orientales, siendo 200 las bajas que en total tuvo la partida.

La columna tuvo tres muertos, 27 heridos graves, y 14 leves y contusos.

De los encuentros que se mencionaban en el telegrama del general en jefe, el más importante fué el sostenido el día 22 cerca de San Juan de las Yeras (Santa Clara) por un destacamento de 52 hombres de San Quintín y voluntarios, que efectuando un reconocimiento fué sorprendido por 600 insurrectos y vióse obligado á formar el cuadro y batirse en retirada por la manigua, rechazando al enemigo y causándole numerosas bajas.

El valeroso destacamento, cuya defensa organizó y dirigió el bravo capitán de voluntarios señor Calleja, tuvo que lamentar la muerte de un teniente y 15 indivíduos de tropa.

Además merece citarse por lo atrevido del intento, el ataque á Villa Clara por el cabecilla Leoncio Vidal, que quiso entrar en la capital de Las Villas y perdió la vida, con otros de sus secuaces. Era esta la segunda vez ya, que los rebeldes amagaban un ataque á esta importante población.

Es también digno de ser citado el ataque á Jaguaycito, cerca de Nueva Paz (Habana), realizado por la columna de Almansa, contra las partidas de Eduardo y Pedro García, compuestas de 2.000 rebeldes parapetados en un caserío. Cargados por la guerrilla, 50 guardías y dos

compañías del batallón de Almansa, fueron desalojadas de su fuerte posición y dispersas y puestas en fuga en dos horas de fuego, con muchas bajas y 22 caballos muertos.

En el parte oficial no se hacía referencia alguna á Máximo Gómez ni á Maceo.

Por la importancia que tuvo el triste y luctuoso suceso de Santa Rosa, objeto aquellos días de todas las conversaciones, y también por lo frecuentes que eran los ataques á los poblados y los incendios, apenas se fijó la atención en que en San Antonio de las Vegas (Habana) los insurrectos habían quemado las tres cuartas partes del pueblo, y en que en Punta Brava (en la misma provincia) habían incendiado también 48 casas.

Sucesos fueron estos que hubieran impresionado dolorosamente á todo el mundo unos meses antes, y que á la sazón pasaron poco menos que inadvertidos.

***

Donde mayor movimiento se notaba aquellos días por parte de los rebeldes era en Las Villas, circunstancia que parecía denunciar la presencia de Máximo Gómez en aquel territorio.

No era tampoco escasa, sino muy constante, la actividad que desplegaban allí nuestras columnas, yendo á buscar al enemigo, como fué la del bravo coronel Segura, á su principal baluarte, á la célebre Siguanca, en la que no habían penetrado todavía nuestros soldados durante la guerra actual, y donde los insurrectos se consideraban más seguros.

La operación realizada por las tropas, con tanto atrevimiento como fortuna, en terreno tan accidentado y escabroso, debió causar cierta

estupefacción en el campo insurrecto, donde no esperaban, seguramente, ese golpe de audacia, dado como quien dice en las barbas del *generalísimo,* que no debía andar muy distante de aquellos lugares.

Aparte del efecto moral conseguido, que no fué por cierto para desdeñado, la batida fué verdaderamente fructuosa, por el ganado recogido y las bajas que se causaron á los insurrectos.

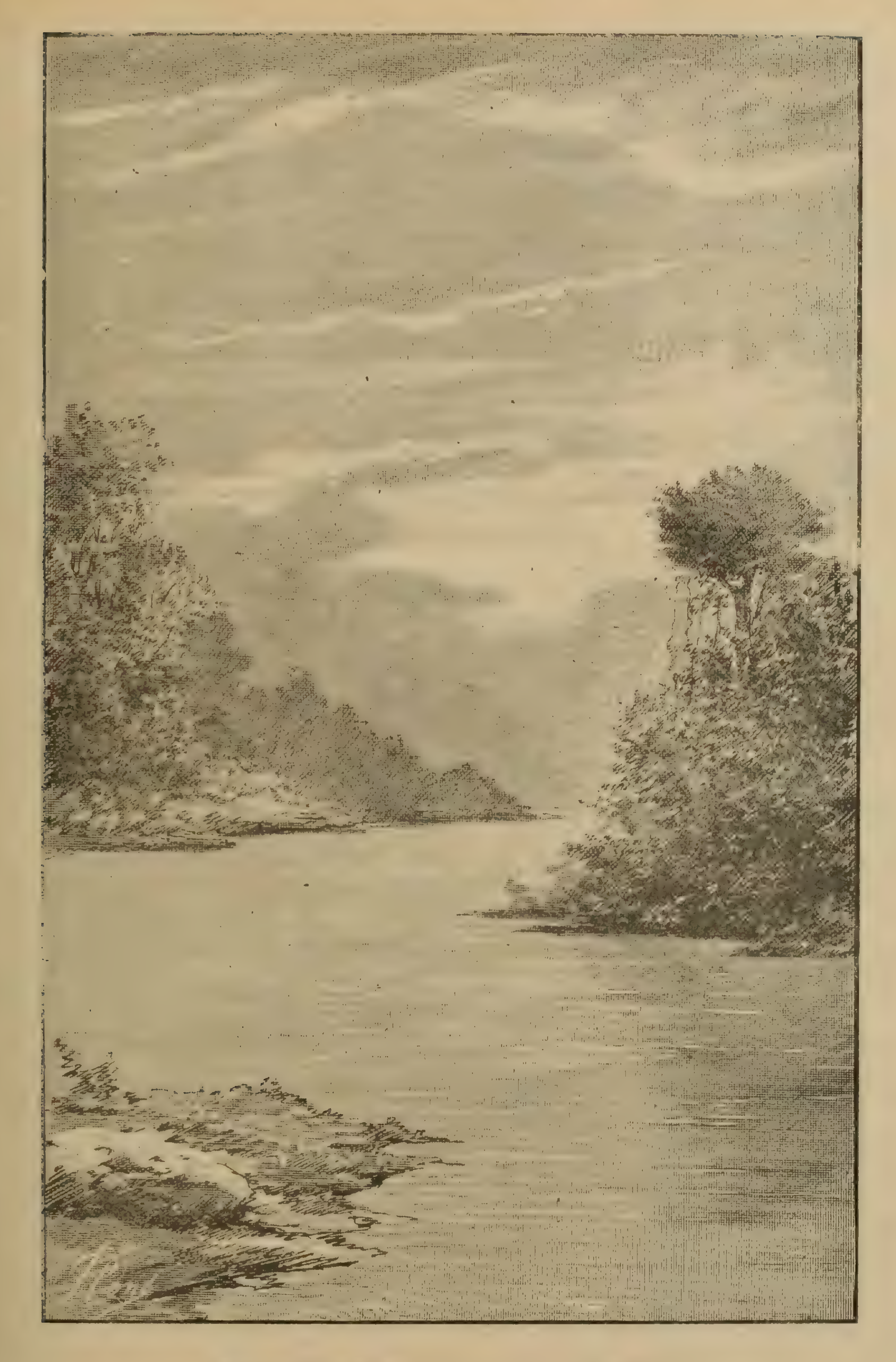


NEGRA EN UN CAMPAMENTO INSURRECTO MACHACANDO MAIZ

Muy interesantes y consoladoras fueron las noticias que recibimos de las brillantes operaciones de guerra realizadas en los días 17 al 22 por nuestras heroicas tropas, en los que el enemigo había considerado para nosotros infranqueables parajes de la Siguanea.

Los reñidísimos combates allí librados por la valerosa é infatigable columna del bizarro coronel Segura fueron tanto más dignos de loa, cuanto que los rebeldes se consideraban seguros de no verse perseguidos en los montes de la Siguanea por nuestros soldados.

Por eso tenían allí sus campamentos, sus almacenes, sus cuarteles, sus hospitales; por eso venía siendo aquél su refugio, de donde no sa-



DESEMBOCADURA DEL RIO JATIBONICO

lían á combatir con las tropas, sino á talar los campos, á incendiar los ingenios y caseríos, volviendo después á guarecerse en las espesuras y quebrajas de aquellos montes.

Por eso produjeron tan excelente impresión en la Habana y en la Península las interesantes noticias particulares que de Santa Clara se recibían acerca de este hecho de armas, cuya importancia no era preciso encarecer. Estas noticias no completaban el relato de las acciones libradas en la Siguanea, pero los detalles que se conocían permitían formarse una idea de lo que en ellas había ocurrido y, sobre todo, bastaban á conocer el triunfo obtenido por nuestras tropas.

Esta victoria, que así se consideraba la operación llevada á cabo por nuestras tropas, á juzgar por los informes recibidos, había sido obtenida por la columna del bizarro coronel Segura.

Nuestras tropas se internaron en la Siguanea, donde los rebeldes se mostraban jactanciosos de no haber visto durante toda la insurrección un soldado.

La valerosa columna cayó sobre el enemigo, demoliéndole sus guaridas, arrasándole sus parques de armas, destruyéndole sus almacenes.

Los insurrectos hicieron frente á nuestras tropas, defendiéndose con desesperación, pero siendo batidos y derrotados en todos y cada uno de los sucesivos encuentros, en los que tuvieron muchas bajas. Entre los heridos, que según referencias fueron innumerables, se hallaba el importante cabecilla Rego. Nuestras tropas se apoderaron de un campamento enemigo, haciéndose dueños de gran cantidad de armas y municiones, un hospital, un parque de armas y grandes almacenes, entre los que había uno de medicamentos.

Se apoderó también la columna Segura de importantes documentos, por los que pudo conocerse perfectamente la organización militar del enemigo.

Tratábase de documentos oficiales, planes y órdenes autorizados por el «Gobierno de la República de Cuba.»

En poder de nuestras tropas dejaron asímismo los rebeldes gran número de caballos y reses destinadas á la alimentación.

Entre otra infinidad de objetos que sería prolijo enumerar, encontraron nuestros soldados en los campamentos enemigos gran número de retratos de los más importantes cabecillas.

Destruyó la columna también unas treinta casas y cerca de trescientos *bohios* donde se guarecían los rebeldes.

Estas noticias, aunque incompletas, produjerou gran satisfacción en la capital de la isla por la importancia que tenía este hecho de armas, el cual revelaba que la Siguanea, el importante campo de operaciones de las fuerzas rebeldes, no era impenetrable para nuestos soldados, como ellos creían.

* * *

Entre Santa Clara y Trinidad (Las Villas), á unas nueve leguas de la primera población y sobre siete de la segunda, hállase el valle de la Siguanea, verdadero reducto que los rebeldes de Cuba consideraron siempre inexpugnable.

Las alturas que lo rodean, sin ser de gran elevación, están cubiertas de tan espeso bosque y áspera manigua, que sólo haciéndose paso con el machete lógrase penetrar hasta lo profundo del valle, hondonada en forma de herradura, cuyo eje se prolonga en la direación de Este á Oeste.

Las aguas allí recogidas corren hácia Occidente por cauces tormentosos, reuniéndose en el río Hanabanilla, que á su vez las vierte en el Arimao.

Allí, y utilizando veredas sólo por ellos abiertas y conocidas, consiguieron los insurrectos cubanos en la guerra pasada instalar sus almacenes y hospitales, constituyendo lo que puede llamarse un depósito central de todos los elementos de combate y de vida.

No es que en absoluto sea aquel terreno inaccesible á las tropas; pero tantas dificultades han de vencer éstas para franquearse el camino, que ha de ser fácil, con esfuerzo leve, á las partidas situadas en el



El coronel Pavía con su columna batió... (Pág. 342)

valle, levantar el campo y recoger todos los efectos que en él tengan, poniéndolos en salvo á la menor señal de alarma.

La seguridad, por la experiencia confirmada, de que siempre podrían hacer esto, les animó en la campaña actual á instalarse allí también, creando un centro de organización y abastecimiento y un lugar de reposo para sus gentes.

El resultado de la operación realizada por el coronel Segura, vino á demostrar que se habían equivocado de medio á medio, merced á la

falsa creencia de que nuestros soldados no habrían de aventurarse á los riesgos de una operación para la que parecían necesarias muchas fuerzas y en la que el peligro de un revés era inminente, así como las probabilidades de que resultase infructuosa.

Se comprende, pues, que en la Habana causaran gratísima impresión las victorias del coronel Segura y sus intrépidos soldados.

* * *

Menos satisfactoria que la anterior fué la noticia del desembarco en las costas de Cuba de la expedición filibustera de Calixto García, que ya se daba por seguro.

Los que trasmitieron la noticia desde Nueva York, suponían que el villano García se había unido á Máximo Gómez, y que se proponía pasar al Camagüey con el propósito de levantar nuevas partidas. Pero como al mismo tiempo corría con bastante fundamento en algunos pueblos de la costa Norte de Pinar del Río—según nos informó nuestro corresponsal en la Habana,—el rumor de haber desembarcado cerca de Bahía Honda una expedición filibustera, parecía lo más probable que ésta fuese la de Calixto García, que se habría unido á Maceo y nó á Gómez.

Comentando el atrevido ataque de los insurrectos á Villa Clara, nadie se explicaba, que por mucha que fuera la audacia del cabecilla Leoncio Vidal, audacia que pagó con la vida, se arriesgase á atravesar la línea de fortines que rodea á la población y á llegar hasta el centro de la ciudad, sin contar con algún auxilio en el interior de la misma.

Cierto que para intentar el golpe aprovechó las sombras de la noche y la ausencia de la columna Luque, que había salido á operacio-

nes; pero aún así, jamás se hubiera arriesgado en tamaña aventura con cincuenta hombres, sin esperar mayor ayuda.

No obstante haberse dicho en un despacho oficial que Maceo se dirigía hacia la costa Sur de Pinar del Río, el recibido el 26 indicaba que se encontraba todavía al Norte, puesto que el general Linares le perseguía en San Diego de Núñez. El que parecía haberse corrido algo más al Sur era Quintín Banderas.

Sobre la situación de Máximo Gómez, los partes oficiales continuaban guardando silencio.

El coronel Pavía con su columna batió el día 24 en los ingenios «Cantabria» y «San Joaquín» (Matanzas), á la partida de Lacret, tomándole posiciones y persiguiéndole con arma blanca con dirección á la Ciénaga, haciéndole 15 muertos, entre ellos titulados comandantes, capitán y comisario, 23 caballos muertos y 30 cogidos con monturas, armas y municiones.

* *

Los insurrectos proseguían su campaña de pillaje y destrucción. En la provincia de la Habana saquearon La Catalina, población importante y rica, que por lo visto estaba desguarnecida, é incendiaron el caserío de Hoyo Colorado, cuyos habitantes tuvieron que refugiarse en Marianao y en El Cano.

Estos hechos, que con tanta frecuencia se repetían aquellos días, demostraban que se había pasado de un sistema al sistema opuesto: del de la diseminación excesiva, al de la excesiva agrupación de fuerzas. El año anterior no había en Las Villas un solo ingenio que no estuviese custodiado por su correspondiente destacamento; á la sazón había,

en la provincia de la Habana, importantes poblaciones que carecían de guarnición ó que la tenían tan escasa, que no podían evitar, como ocurrió pocos días antes en San Antonio de los Baños, que los rebeldes incendiaran la mayor parte del pueblo.

Harto se nos alcanza que era difícil atender á todas partes, en un territorio tan extenso como el que á la fecha ocupaba y en el que se movía la insurrección; por consiguiente, no es un espíritu de crítica el que nos dicta las anteriores observaciones, sino el deseo de señalar las inmensas dificultades con que se tenía que luchar en Cuba, dificultades que no se aplanan ni desaparecen desconociéndolas ú ocultándolas, sino que precisa tenerlas muy en cuenta y medirlas bien para poder vencerlas.

Cuando se verificó, á principios del año 96, la invasión de Pinar del Río, las únicas tropas que había en la provincia se hallaban en la capital, y en ella se mandó reconcentrar á los voluntarios de los pueblos. Así quedó la provincia desguarnecida, y los insurrectos entraron sin la menor dificultad en todos los pueblos.

Ahora bien; ¿hubiera ocurrido tal si ya en aquella época se hubiese reconocido y confesado el incremento que había adquirido la insurrección? No parece probable.

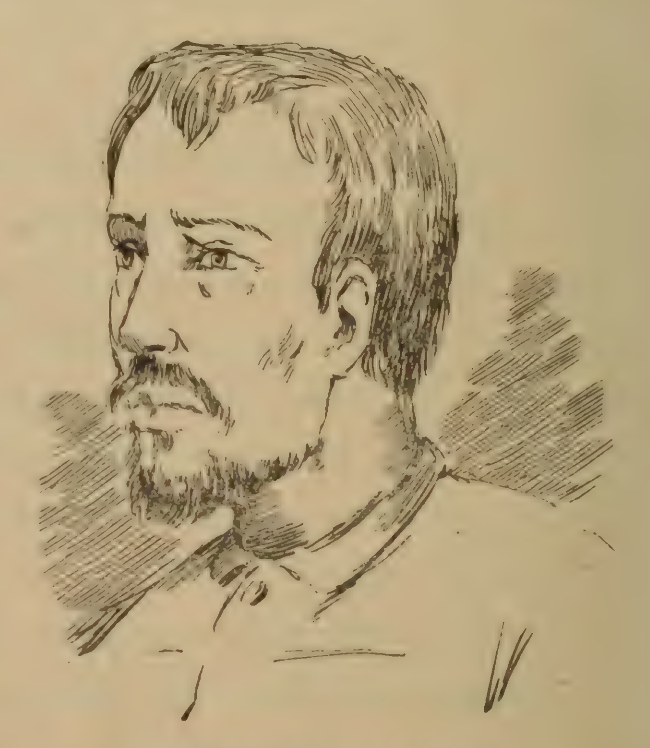
Pero se prefirió creer, y se sostuvo á título de opinión dictada por un sentimiento patriótico, que Máximo Gómez y Maceo no podrían salvar la trocha de Júcaro á Morón; y después, cuando se verificó la invasión de Matanzas, hubo quien creyó también que lo mejor que se podía hacer, para servir bien á la patria, era negar el hecho.

Convengamos en que ese modo de entender el patriotismo, no nos dió buenos resultados. El conocimiento exacto de la realidad y la previsión impuesta por ese conocimiento, hubieran sido elementos más provechosos para los intereses de la patria.

*
* *

Pocas fueron las noticias que contenía el parte oficial del 27. Se seguía fortificando la línea de Mariel-Artemisa, con el propósito de incomunicar á las partidas que mandaba Maceo en Pinar del Río, de las que estaban á Oriente de dicha línea. Y continuábamos sin saber á ciencia cierta el paradero de Máximo Gómez.

El coronel Molina batió en los potreros Paz y Encrucijada, de la jurisdicción de Colón, á las partidas de García y Aldana, fuertes de 900 hombres, causándoles diez muertos, que recogió del campo, y muchos heridos que se llevaron, y cogiéndoles veinte caballos vivos y varios heridos, y varias armas y pertrechos.



CABECILLA NARANJO

En la noche del 27 varios grupos de insurrectos intentaron pasar la línea de Mariel por distintos puntos, al Este y al Oeste de la trocha, siendo rechazados. También atacaron el ingenio Pirol, al Oeste de la línea, siendo igualmente rechazados por las tropas que guardaban la citada línea.

El hecho tenía verdadera importancia, porque si esa trocha se cerraba bien, no sólo quedarían incomunicadas las partidas de Pinar del

Río sino que si recibían por mar armas y municiones, tampoco las podrían transportar á las demás provincias.

El batallón de Navarra batió el 27 en Sabana Bruneto á las partidas de Pepe Roque y Fermín Mayón, de mil hombres, haciéndoles quince muertos, bastantes heridos y un prisionero, y cogiéndoles armas y caballos. Las tropas tuvieron un muerto, dos heridos y un contuso.

La ignorancia en que se estaba respecto del paradero de Máximo Gomez, del cual por ningún conducto se tenía el menor indicio, dió lugar en la Habana á las suposiciones más extravagantes y contradictorias. Quien le suponía preparando con Calixto García un golpe de mano audáz, y quien le juzgaba escondido y moribundo.

Entre esas dos opiniones, queda un márgen bastante espacioso para otras muchas, entre ellas, la que tenga visos de ser más lógica y verosímil.

No fuera extraño, por consiguiente, si era cierto, como tantas veces se había dicho, que andaba bastante estropeado de salud, que hubiese ido á refugiarse en sitio seguro donde le fuese posible descansar y cuidarse.

El desconocimiento en que estábamos de su paradero demostraba, en definitiva, que eran contados, aun entre los suyos, los que sabían dónde se hallaba. Y los que se resistían á creer que tuviera que vagar para atender á sus achaques, le hacían en definitiva demasiado favor, suponiendo que los dominaba y ahuyentaba con la voluntad.

El general en jefe del ejercito de Cuba creyó conveniente suspender el envío del parte oficial que transmitía diariamente. En lo sucesivo, sólo daría cuenta de aquellos sucesos que por su excepcional importancia mereciesen ser conocidos.

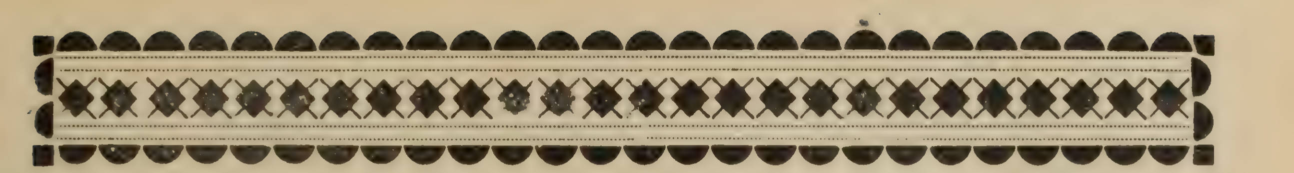
Semejante determinación parecía indicar que al período agudo de la insurrección sucedía el período crónico en el ánimo del general Weyler.

No se esperaba ni una nueva complicación, ni el alivio inmediato: el mal había alcanzado su mayor desarrollo, y el enfermo, sin embargo, había resistido. No se moriría, pero la curación completa no podía lograrse en cierto plazo. No había, por lo tanto, necesidad de dar á diario noticias del enfermo.

Esta es, en resumen, la interpretación más lógica que se puede dar á la decisión tomada por el capitán general de la isla.

Después de todo, poco importara que transcurriesen dos meses sin recibir una sola noticia oficial, si al cabo de ese tiempo se nos hubiese anunciado que Pinar del Río y la Habana estaban limpias de insurrectos.





CAPITULO XXIV

Diario de la guerra.—Despachos oficiales.—El escuadrón de Galicia en el potrero «Rico».—Nuevas fechorías de los rebeldes.—Nueva incursión en la Siguanea por la columna del coronel Moncada.—Desembarco de una expedición filibustera.—Ataques en Pinar del Río.—Encuentro en Madruga.—Un mozo de cuenta.—Diario de la guerra.—Buena impresión.—Convoyes atacados.—Muerte del cabecilla Naranjo.—Tiroteos y encuentros.—Incendios, destrucción y atropellos.—Rumores, comentarios y suposiciones.—Optimismo exagerado.—La razón y el derecho.

VARIAS tentativas habían llevado á cabo los insurrectos, en el transcurso de algunas semanas, para apoderarse de alguna población importante. Primero cayeron sobre Sagua de Tánamo y Mayarí, en el Departamento Oriental; después atacaron á Batabanó, en la provincia de la Habana; más tarde quisieron sorprender la capital de Las Villas, y últimamente habían pretendido apoderarse de Pinar del Río, utilizando en el ataque los cañones que había conducido á la isla la expedición filibustera del *Bermuda*.

No se comprobó oficialmente la certeza de este último intento, que comunicó un despacho de Nueva York, el día 29, de procedencia separatista, según se advertía por los detalles; pero aun siendo falsa la noticia, ella demostró el empeño que ponían los laborantes en pesar sobre

la opinión, vanagloriándose de que las huestes insurrectas contasen con elementos para atacar poblaciones defendidas por fuerzas nuestras.

Sin duda querían, con estas intentonas, contrarrestar el mal efecto que en el extranjero producía la escasa resistencia que oponían á nuestras columnas, en campo abierto, pensando encubrir así, con ciertos golpes de audacia á la desesperada, la cobardía que demostraban rehuyendo el combate siempre que podían.

Continuaba el general Linares, al frente de varias columnas, per-



La caballería cargó bizarramente... (Pág. 349)

siguiendo á Maceo por el Norte de la provincia de Pinar del Río, pero sin que hubiese tenido con él ningún encuentro.

Los grupos rebeldes que se habían presentado en la línea de Mariel Artemisa con ánimo de atravesarla habían sido rechazados, lo cual demostró que estaba bien guardada.

Confirmóse oficialmente el ataque á Hoyo Colorado, donde una

partida de 800 hombres intimaron la rendición á la guarnición del fuerte, que los rechazó.

La presencia de Maceo en Pinar del Río contribuía á concentrar el interés en esta provincia. Había, además, otro motivo poderoso para que se fijase la atención en el extremo occidental de la isla. Perdida la pista de Máximo Gómez, hasta el punto de que pudiera creerse con algún fundamento, que había abandonado temporalmente la dirección de la lucha para atender á sus achaques, agravados, á no dudar por las fatigas de la campaña, quedaba al frente de la insurrección Antonio Maceo; pero quedaba en un extremo de la isla, desde donde sólo podría dirigir las operaciones de las fuerzas insurrectas de Pinar del Río, si era cierto, como se aseguraba, que la línea de Mariel-Artemisa Majana estaba bien guardada.

Si se lograba mantenerle en este aislamiento, no sólo sería más fácil batirlo, sino que se dejaba á los demás cabecillas entregados á sus propias iniciativas, sin plan ni concierto.

Todo ello, naturalmente, en la suposición de que Máximo Gómez estuviese momentáneamente imposibilitado para continuar personalmente dirigiendo la insurrección, y contando también con la incomunicación de Antonio Maceo en Pinar del Río.

***

Los despachos oficiales del 29 contenían algunas noticias de interés, entre las que descollaba la brillante participación del escuadrón de Galicia en el encuentro sostenido por la columna del general Melguizo con las partidas de Aguirre y Mirabal.

Reconociendo la columna el potrero «Rico», sorprendió á las citadas partidas, fuertes de 1400 hombres. La caballería cargó bizarramente á

sable, haciendo 25 muertos, tomando el campamento y cogiendo armas y efectos. Un cabo y dos soldados heridos en lucha personal con un grupo de rebeldes, mataron al negro Ofences, famoso entre los suyos. Del escuadrón resultaron heridos de machete el capitán don Miguel Feijóo, grave, el teniente don Cristóbal Ceña, leve, y cuatro soldados, menos graves.

En el pueblo de Peñalver, que dista de la Habana unos veinte kilómetros, algunos grupos de insurrectos quemaron en la noche del 28 la iglesia y varias casas y ahorcaron al alcalde señor Rodríguez Lavandera.

Otra nueva incursión en el valle de la Siguanea señalaba el despacho oficial; la llevada á cabo, también con buen éxito, por el bizarro coronel Moncada, que sostuvo varios encuentros con la partida de Perfecto Castro, haciéndole ocho muertos y trece heridos, destruyéndoles cien casas, enfermerías y talleres, y apoderándose de 200 reses y 160 caballos.

Una nueva expedición filibustera, procedente de Jamaica, desembarcó en las costas del departamento oriental, al Sur de Manzanillo, cerca de Cabo Cruz.

Debió, sin embargo, ser sorprendida en el momento de poner pie en tierra, puesto que los expedicionarios fueron batidos por fuerzas que el general Bargés, prevenido del suceso, mandó por mar desde Santiago de Cuba. En esta operación tomó parte muy principal el cañonero *Alcedo*, que contribuyó con sus fuegos á la derrota y dispersión del enemigo, el cual dejó en el lugar de la acción numerosas bajas. Entre los muertos díjose que figuraba el titulado general Cervino, jefe de la expedición.

Al otro extremo de la isla, los insurrectos atacaron á Bahía Honda, en la costa Norte de Pinar del Río, y á San Luis, al Sur de la capital de la provincia, no muy lejos de La Coloma. Nuestros soldados frustraron en ambos puntos el intento de los rebeldes, obligándoles á huir.

Continuaba la persecución contra Maceo, á quien se suponía en San Diego de los Baños, alejándose cada vez más de la provincia de la Habana y acercándose á la capital de Pinar del Río. No se señaló en esta provincia ningún encuentro de importancia.

En la de la Habana, término de Madruga, tuvieron un encuentro las fuerzas del batallón de Valencia con la partida que mandaba el cabecilla García.

El resultado del combate que entre ambas fuerzas se empeñó, fué muy favorable para el batallón, que luchó bizarramente.

Nuestras fuerzas dieron una brillante carga á la bayoneta, que puso en dispersión al enemigo, el cual dejó en poder de las tropas muchos caballos, armas y municiones.

* * *

Mozo de cuenta y sanguinario como pocos debía ser el cabecilla que recorría la parte Norte de la provincia de la Habana. Apenas se pasaba día sin que ahorcase á alguien y quemase unas cuantas casas. La última de sus víctimas había sido —según el parte oficial del día 30— el secretario del Ayuntamiento de Guanabo, por haberse opuesto á la acción destructora de las hordas filibusteras que penetraron en el pueblo é incendiaron algunas casas: la penúltima ya se recordará que fué el alcalde de Peñalver. Todo ello en menos de 48 horas. Pidiendo estaba el tal sujeto, cuyo nombre fuera curioso conocer, que se le cazase como una fiera, ya que por tal se distinguía entre la taífa de bandidos que había reclutado la insurrección.

Aunque no nos merecieron gran crédito los rumores que en la Haban circularon en los últimos días de Marzo, relacionados con la presentación de algunos cabecillas y con ciertos tratos pendientes, bueno es

que los dejemos consignados. A ellos dió pié probablemente la noticia de haber conferenciado con el general Weyler el secretario de Lacret.

Pero esta noticia nos pareció también inverosímil. Entre otras razones, porque si el hecho hubiera sido cierto, no es probable que se hubiese sabido al momento. Esta clase de negociaciones suelen llevarse con más reserva.



CABECILLA LEONCIO VIDAL

Ni oficial ni particularmente teníamos noticia de la situación y paradero del *generalísimo* de los insurrectos, Máximo Gómez.

Antonio Maceo se hallaba en las inmediaciones de Caimito, á siete leguas de San Diego de los Baños.



RIO «VERDE», (Pinar del Río)

Desde que nos anunciaron que se iba á suprimir el parte diario oficial, teníamos dos la mayor parte de los días.

Sin que descollase ningún hecho extraordinario en los despachos que el día 1.° de Abril se recibieron, hay que convenir en que produjeron buena impresión, por deducirse de su contenido que desde Punta Maisí hasta el cabo de San Antonio, el ejército y la marina no ahorraban ninguna fatiga para perseguir á todas horas y en todas partes á los rebeldes, que se veían muy á menudo acosados, como lo indicaba el número de prisioneros que caían en poder de nuestras columnas.

El día 14 salió de Juan López (Pinar del Río), un convoy de 33 carretas arrastradas por 190 bueyes y custodiado por el batallón de Wad-Rás y la guerrilla montada de voluntarios de Arroyo.

Atacados por frente y flancos, á la media hora de marcha, por las partidas de Lazo y Fajardo, fuertes de 500 hombres, fué rechazado el enemigo. Pasó el río Verde la columna y fué atacada de nuevo por las partidas. Ocupadas las alturas del otro lado del río por nuestras tropas, empeñóse nuevo combate, y después de una hora de nutrido fuego, fueron rechazados los rebeldes, pudiendo cruzar el convoy el río sin dificultad. Allí quedaron heridos dos prácticos y cuatro soldados de la columna, dejando el enemigo siete bajas vistas y algunos caballos muertos.

Continuó la marcha el convoy, y después del paso del arroyo Limones, hostilizó el enemigo la retaguardia de la columna, siendo rechazado también y llegando el convoy, sin nuevo contratiempo, á Guanes, punto de su destino.

El 24 en Blanquizara, la columna del coronel Terán, conduciendo un convoy de heridos y enfermos de Guanes al surgidero La Fé, fué atacada por las partidas de Varona y otros, en número de 2.000, con las que sostuvo cinco horas de fuego, haciéndoles 26 muertos y rechazando el ataque. La columna tuvo 3 muertos, 11 heridos y 2 contusos.

La operación fué muy fatigosa, por la gran impedimenta que llevaba la valerosa columna, llegando sin más contratiempo á su destino, merced al indomable valor de las tropas.

* * *

Según consignó el general Weyler en uno de sus despachos recibidos el día 1.°, se identificó la muerte del cabecilla local muy peligroso Crescencio Naranjo, vecino de Remates.

Otras operaciones no ofrecieron resultados completos por falta de caballería, que pedían también se aumentara los jefes de las columnas de la provincia de Pinar del Río.

La primera división de Santiago de Cuba, en reconocimiento por la costa de Guantánamo, causó al enemigo seis muertos y cuatro heridos, é hizo prisionera, además, á la familia del titulado general Pérez y veinte mujeres, varios niños y tres hombres, uno titulado prefecto y otro ayudante del general insurrecto. Fueron destruídos también el campamento enemigo, la armería, salina y tenería, y cogidos un botiquín y pertrechos de guerra.

En Baracoa hubo tiroteos en Duavas entre 60 hombres de Talavera y guerrillas y el cañonero *Alvarado*, que hizo fuego también con su cañón, y una partida rebelde de 400 hombres que esperaban un desembarco. La partida fué batida y disuelta.

El teniente coronel Ruíz, con un convoy de Jiguaní, escoltado por 600 hombres de los batallones de Alcántara y Colón, fué atacado por el cabecilla Rabí, que había colocado torpedos en el camino. Los insurrectos fueron rechazados, después de una hora de fuego; y dispersa la partida, llegó el convoy sin otra novedad á su destino.

El general Bernal batió á las partidas de Collazo y Borges, fuertes de mil hombres, cerca de Peñalver, Morenito y Cachimba, haciéndoles seis muertos, de ellos cinco negros, catorce prisioneros blancos, y cogiéndoles caballos, monturas y armas.

La columna tuvo un oficial y un soldado heridos levemente.

Maceo continuaba perseguido en Pinar del Río por el general Linares y las columnas de los coroneles Inclán y Villa, las cuales en marcha forzada por la sierra Rosario, sin práctico y en constante tiroteo con el enemigo, hicieron ocho prisioneros, enviados á Bahía Honda el 27; y Quintín Banderas amagaba acometer con numerosas fuerzas rebeldes la línea Mariel Artemisa, á la que el general en gefe mandó nuevos refuerzos.

Las partidas que recorrían la provincia de la Habana continuaban evadiendo combates, quemando y destruyendo propiedades y ensañándose con la gente indefensa que encontraban, dando muerte y martirizando á cuantos consideraban afectos á nuestra causa.

* * *

Bien hicimos en dudar de que tuviesen fundamento los rumores de tratos y componendas con algunos jefes de partida. Los mismos que comunicaron la noticia se apresuraron á quitarle toda importancia, diciendo que habían sido rechazadas las proposiciones que hacían los insurrectos. Y por si esto no bastara, el general Weyler volvía á repetir que se necesitarían dos años para dominar la insurrección.

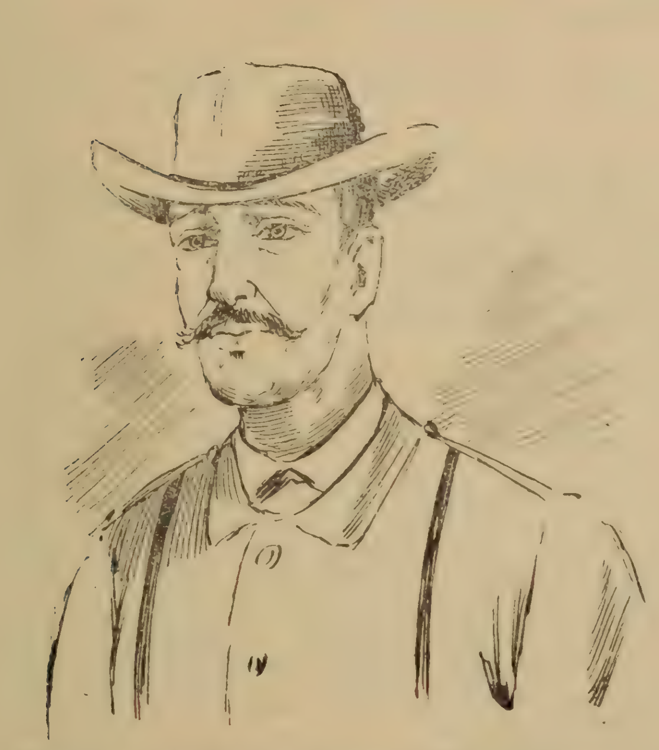
Si nosotros hubiésemos creído que algunos cabecillas estaban dispuestos á someterse, diéramos importancia al suceso, en caso de que hubiesen obrado de acuerdo con Máximo Gómez, porque semejante

intento fuera señal de desavenencias en el campo insurrecto. De otro modo el suceso careciera por completo de importancia.

Un cabecilla más ó uno menos, poco importaba.

El misterio en que aparecía envuelta la desaparición de Máximo Gómez, cuyo paradero se desconocía desde hacía quince días, estaba dando pié á toda suerte de comentarios y suposiciones.

Decíase, en los primeros días de Abril, que entre el *generalísimo* y Maceo habían surgido graves disidencias por haberse opuesto aquél á que el cabecilla mulato volviese á Pinar del Río, y haber llevado Maceo á cabo su propósito desobedeciendo al jefe dominicano.



UNO DE LOS PRACTICOS HERIDOS EN EL PASO DE RIO VERDE

Dió alguna verosimilitud á esta suposición, la creencia bastante extendida, aunque no bien comprobada todavía, de que el jefe de los Orientales se encontraba encerrado en Pinar del Río sin poder pasar á la Habana. De aquí se deducía que previendo Máximo Gómez el peligro á que se exponía aquél, desluciendo con un fracaso el efecto producido con la primera invasión, fué adversario decidido de esta segunda que estaba llevando á efecto Maceo.

Si las cosas hubieran pasado así, habría que convenir en que existían motivos sobrados para el supuesto disgusto de Máximo Gómez y para que surgiera una ruptura entre ambos. Lo que falta saber es, si

en efecto, todo eso que se supuso fué cierto y tenía algún fundamento. Porque si resultaba después que Maceo había regresado á Pinar del Río por encargo de Gómez y de acuerdo con él, la historia de la disidencia se venía al suelo, y con ella todas las suposiciones que la misma había originado.

Fué este, por lo tanto, un punto muy conveniente de aclarar, porque tenía verdadera importancia. Por lo mismo que todo lo que se relacionaba con la insurrección nos interesaba á todos, convenía discurrir sobre ello con mucho aplomo, sin dejarnos atropellar por el deseo.

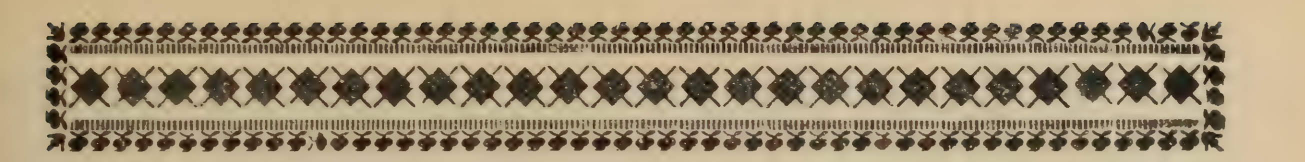
Bueno fuera esperar á que Máximo Gómez se muriese, y después á que la noticia de su muerte se confirmara, para deducir las consecuencias que podría tener en la campaña su fallecimiento.

Viejo como es y achacoso como está, esto ha de ocurrir necesariamente en plazo no largo. Entre tanto hay que convenir en que iban siendo ya demasiadas las veces que se le había matado.

El optimismo debiera haber tenido sus límites y haberse comprimido un poco. De otro modo se iba á sospechar que fiamos más en la casualidad que en el esfuerzo de nuestros soldados, y de esto á creer en duendes y brujas no hay más que un paso.

La razón y el derecho que nos asisten no pueden estar á merced de una hemoptisis más ó memos oportuna. Prevalecerán de todos modos, y esto basta; pero prevalecerán por nuestro propio esfuerzo.





CAPITULO XXV

Diario de la guerra.—Incendio y ruina.—El general en jefe —¡Horrible!—Crimenes de los insurrectos.—Quejas de la opinión.—El telegrama oficial del 13.—La expedición filibustera del *Bermuda.*—El cañón de Maceo.—Marcha de las operaciones.—Varios encuentros.—Un paso oculto en la trocha de Mariel.—La insurrección en Pinar del Río.—Causas de la reinvasión de Maceo á la provincia de la Habana, y de la segunda invasión de Pinar del Río.

La situación que el despacho oficial del día 2 señalaba á Maceo, había variado bastante con relación á la que fijaba el parte anterior, puesto que desde Caimito, en la sierra del Rosario, se había corrido al Sudeste, hacia Candelaria, aproximándose bastante á la línea Mariel-Artemisa, de la cual, por otra parte, sólo estaba separado por una distancia de diez kilómetros el cabecilla Quintín Banderas.

Estos movimientos parecían indicar el propósito de acometer el paso á la provincia de la Habana. Ya veremos si se decidieron á ello y si lograron salvar la trocha.

Con el propósito, al parecer, de distraer fuerzas de la citada línea, las partidas que recorrían la provincia de la Habana se dedicaban todas las noches á incendiar ingenios y poblados. Ya indicaba el general Weyler que contra su plan se veía obligado á destinar destacamentos con objeto de evitar esos incendios.

Al dar cuenta en capítulo precedente de que los rebeldes habían incendiado en la provincia de la Habana el caserío de Hoyo Colorado, y saqueado La Catalina, hicimos las consideraciones siguientes:

«Estos hechos, que con tanta frecuencia se repetían, demostraban que se había pasado de un sistema al sistema opuesto: del de la diseminación excesiva, al de la excesiva agrupación de fuerzas. El año anterior no había en Las Villas un solo ingenio que no estuviese custodiado por su correspondiente destacamento; á la sazón había en la provincia de la Habana importantes poblaciones que carecían de guarnición ó que la tenían tan escasa, que no podían evitar, como ocurrió hacía pocos días en San Antonio de los Baños, que los insurrectos incendiaran la mayor parte del pueblo.»

Se repitieron de tal modo, desde aquella fecha, estos hechos criminales, que en el parte oficial del día 2 se consignaba que *sólo en la noche del 31 de Marzo* fueron incendiados por las partidas insurrectas los ingenios y poblados Alianza, Peñalver, Charao, Remisión, Luz, Logia, Guiro y Marrero, que carecían de guarnición. Y de tal modo debieron pesar en el ánimo del general en jefe estos actos de salvajismo, que por ser propios de los bandoleros que los cometieron, debieran de haberse previsto, que en el mismo despacho el marqués de Tenerife manifestaba "que se veía obligado, en contra de su plan, á facilitar destacamentos para proteger la defensa de algunas fincas".

Ya sospechábamos, según se ha visto, que el general Weyler se vería en ese caso, aunque á decir verdad, no creíamos que tuviera que facilitar soldados para proteger las fincas particulares. Por tal razón, nos extrañó más que hubiese modificado tan radicalmente su plan, aun que fuese por poco tiempo.

Hemos señalado la necesidad de llevar guarnición suficiente á los poblados, con objeto de poner á sus habitantes á cubierto de una agresión y á fin de que adquiriesen confianza en nuestro auxilio y en

nuestra fuerza; pero nunca pensamos que conviniera diseminar el ejército en pequeños destacamentos.

El remedio, por otra parte, nos pareció ineficáz de todo punto para protejer la hacienda particular. Cierto que una docena de bandoleros bastaba para quemar un ingenio, y que otros tantos soldados eran más que suficientes para rechazarlos y estorbar su intento; pero cuando hubiese veinte ó treinta soldados en una finca, no irían cincuenta insurrectos á quemarla; se juntarían trescientos y sería difícil, sino imposible, evitar el daño.

Por consiguiente, así como seguimos creyendo que el sistema de los pequeños destacamentos era perjudicial, porque diseminaba las fuerzas, é ineficáz en la mayor parte de los casos, creemos que los pueblos no debían quedar sin guarnición.

Esto es, en definitiva, lo que hemos dicho anteriormente: ni la diseminación excesiva ni la excesiva agrupación.

Además, cuando hay pueblos importantes con guarniciones insuficientes ó que carecen en absoluto de ella, por la necesidad de nutrir las columnas en operaciones, no es justo que se distraigan tropas para defender la propiedad privada.

***

¡Horrible! «Quemados los pueblos y quemadas todas las casas de teja de los veguerios—decíannos de la Habana en carta del 14 de Marzo —han dispuesto los verdugos de esta infeliz comarca, que sean reducidas á cenizas las casas de curar tabaco y hasta los bohíos que hoy sirven de albergue á las que ayer eran familias acomodadas y á los miles de pobres que se verán obligados á buscar por hogar la sombra

de los árboles ó lo más recóndito de las cuevas. Nada respeta ya la tea maldita.

»Hoy se cumple, según he logrado saber, el plazo que los incendiarios han dado á los vecinos de Alonso Rojas, ó mejor dicho, del que fué Alonso Rojas, y hoy es un montón de humeantes escombros.

»Hoy, millares de personas, ancianos, mujeres y niños, vense obligadas á abandonar sus casas, que ante su vista serán incendiadas; hoy, millares de seres son conducidos por esas hordas salvajes, llevándose sus animales y escasos muebles, á las vecinas playas, á donde vivirán muriendo.

»La pluma se nos cae de las manos al narrar estos horrores.»

He aquí, ahora, una lista *incompleta*—que acompañaba á dicha carta—de los crímenes que habían cometido los *regeneradores* de Cuba en la *temporada última:*

«Incendio del pueblo de Paso Real de San Diego.—Incendio de la Herradura.—Incendio de los Palacios.—Incendío de Santa Cruz de los Pinos.—Incendio de Alonso Rojas —Incendio de San Juan y Martínez. —Incendio de Galofre.—Incendio del Sábalo.—Incendio de Guanes.—Incendio de Mántua.—Incendio de Baja.—Incendio de las Martinas.—Incendio de Luis Lazo.—Incendio de Punta la Sierra.—Incendio de Guillén.—Incendio de las Acostas.

Incendio de Isabel María, Cabezas, Sumidero, Guayaba, Cangre, San José, Río Feo, Taironas.—En los barrios de San Juan y Martinez han quemado todas las casas de vivienda y de curar tabaco. Esto en Vuelta Abajo, donde han arrasado con todo.

Vamos á Vuelta Arriba: «Quema de 4 cañaverales el día 2 del actual en el ingenio Anguila y casas de colonos, propiedad de don Carlos Galindo, en el Recreo, Matanzas.—Quema de los cañaverales de la colonia García, de D. Desiderio Curbelo, una casa de D. Nicanor Rodriguez y varias casas y cañaverales del ingenio San Carlos.—Que-

ma del ingenio de la Concepción, de D. Enrique Fajardo, de la casa y cuatro cañaverales.—A D. Escolástico Valdés también le quemaron la casa.—A D. José Querol, id. id., en el barrio de la Sabanilla de la Palma.—A D. José Amat le fué quemada la casa y cañaverales del ingenio Concepción.—Quema de los cañaverales del ingenio Angelita, del término Guamutas.—A D. José Jesús Hernández le fueron quemados varios cañaverales del ingenio Concepción.—A D. Antonio González y á D. Teófilo Perdomo les quemaron varios cañaverales en el ingenio Anguila.

En el ingenio Doloritas quemaron 300.000 arrobas de caña.—A las fábricas del ingenio Admiración les pegaron fuego también.—A don Marcos Acosta y á D. Agustín Acosta les quemaron la casa y toda la colonia.—Incendio de las casas de Matías Zamora, Emilio Amard, Pedro Polo, José Rodríguez, Manuel Valla, nueve cañaverales del ingenio San Ricardo, seis de los sitios de D. José Rodriguez, cañaverales de Favorita y dos de Figuera.

Los rebeldes han quemado también, en las últimas cuarenta y ocho horas, los ingenios de Lagía, Luisa, Peñalver y San Agustín. Dos de ellos estaban demolidos, y los restantes les sirvieron de campamento.

Han logrado, además, cruzar rápidamente algunas aldeas y poblados, destruir varias casas y bohíos y ahorcar á varios infelices españoles.»

* * *

Quejábanse las gentes de que cada día escaseasen más las buenas ó malas nuevas de Cuba;de que no se supiera al cabo de tres semanas donde paraban los jefes principales de la insurreción, y de que cuanta mayor furia acusaba contra nosotros el temporal que soplaba de los

Estados Unidos, tanto menores fuesen la cuantía y el número de las noticias relativas á encuentros de nuestras tropas con los rebeldes.

No dejaban de tener alguna razón los que así pensaban, pero bien hubieran hecho en resignar su impaciencia por una semana más á la dura ley de las circunstancias, que está siempre muy por encima de la voluntad de los hombres.

Mientras durase el período electoral disminuirían las noticias de



COLUMNA DEL CORONEL MONCADA

la guerra, y era muy probable que cuando aquél llegase á los momentos álgidos nos quedaríamos por veinticuatro ó por cuarenta y ocho horas sin ninguna.

Claro está que no por eso habían de interrumpirse las operaciones militares, ni se había de otorgar á las partidas facciosas una tregua de que se aprovechara el partido político dotado de ánimo bastante para concurrir á las urnas; pero tampoco cabe desconocer que la contienda,

ó mejor todavía, la práctica de la función ó de la farsa electoral, había de reclamar atención preferente por parte de las autoridades de la isla.

Y no era que inspirase temor la probabilidad de cualquier choque entre los partidarios de candidaturas ó políticas opuestas; era que, por lo menos, habia que prevenir defensas y que adoptar precauciones, en evitación de que por las puertas de cualquier colegio electoral se colasen de rondón los *mambises,* en vez de penetrar en buen orden los pacíficos ciudadanos.

Había que cuidar, además, de multitud de detalles é incidentes, los cuales, por fuerza, habían de absorver toda la actividad de los representantes del Gobierno, si éstos deseaban, como es natural, que no saliera cosa mala de los comicios.

De lo expuesto se deduce que nada importante podría saberse de la campaña hasta tanto que hubiesen pasado las elecciones. Y aún se nos antojó que del resultado de éstas había de depender en no pequeña parte el curso de aquélla, pues á la vista saltaba que hallándose al caer la estación de las lluvias, dentro de poco habría que fiar exclusivamente á la acción de la política lo que principalmente se fiaba, á la sazón, á la fuerza de las armas.

De modo que el interés de la nación, la justa impaciencia de todos aquellos que, pensando en la vida de los suyos y en el verdadero interés de la patria, aguardaban con viva inquietud noticias importantes de la guerra, quedó supeditado al manejo del manubrio electoral.

Hasta que se efectuase el escrutinio, teníamos que contentarnos todos con las noticias electorales.

***

Entre San Diego de Nuñez, San Luis y Cabañas, decía el general Weyler en su telegrama oficial del día 3, que se encontraban las fuer-

zas de Maceo y Quintín Banderas, con las cuales no se había logrado librar ningún combate de importancia mediana desde la acción de Candelaria, por haber sabido aquellos cabecillas evitar el encuentro de las columnas que los perseguían. De la situación que ocupaban entre Cabañas y Bahía Honda se deduce que llegaban hasta la línea de costa que se extiende entre los puertos de estas dos poblaciones, dado que San Luis está tocando á la ensenada de Cabañas. Debíamos suponer que la desembocadura del río Santiago, entre aquellos dos puertos, estaría vigilada por algún cañonero de nuestra marina, porque de otro modo los insurrectos, situados como estaban en la costa, podrían desembarcar por allí con la mayor facilidad toda clase de armas y municiones.

Como una serie de indicios pueden llegar á constituir prueba, no fuera aventurado suponer que una parte de la expedición del *Bermuda* había logrado desembarcar en la costa de Pinar del Río.

Para pensarlo así tenemos en cuenta los siguientes datos:

Que al llegar á Puerto Cortés el vapor filibustero y ser detenido á instancia de nuestro representante en Guatemala, llevaba á bordo, según relación del señor Oativeros, contrabando de guerra, que le fué decomisado, consistente en 90 cajas de armas y municiones, *una cureña* y un Maüsser, lo cual no constituye un cargamento completo; que el general Weyler decía en su despacho del 3, que «el comandante de San Diego de los Baños, en telegrama del día 31, participa que Maceo atacó el poblado de Rodes, disparando *nueve cañonazos* y fuego de fusilería, siendo rechazado», y que al omitir nuestro ministro en Guatemala todo detalle sobre los filibusteros detenidos á bordo del *Bermuda*, se debe suponer que no iba ninguno, porque todos habían desembarcado en Pinar del Río.

Lo que debió ocurrir es que cuando el barco estaba verificando el alijo, recibió aviso de que se acercaba uno de nuestros buques, y en-

tonces no tuvo más remedio que interrumpir la operación, yéndose con viento fresco á otra parte. Y se fué tal vez después de hacer algunas intentonas, aunque inútilmente esta vez, para dejar el resto del alijo.

¿Cómo cabría explicar de otro modo los *cañonazos* de que hablaba el parte oficial? ¿De dónde habría sacado Maceo el cañón ó los cañones que tenía?

***

De la marcha de las operaciones, hubo realmente muy poco que podamos decir en concreto: En Las Villas, las partidas de Zayas y Aguilar atacaron el pueblo de San Juan de las Heras, al Sur de Villa Clara, de la que dista veinte kilómetros. Los rebeldes para evitar que la guarnición recibiera auxilios de Ranchuelo, población con la cual comunica por ferro-carril, destrozaron la vía férrea. Esto no obstante, las partidas, que lograron saquear y quemar algunas casas de San Juan, fueron rechazadas por la guarnición, los voluntarios y algunos vecinos.

Esto aparte, el despacho oficial daba cuenta de una serie de encuentros en varias provincias, todos favorables para nuestras armas.

El coronel Molina sorprendió el día 3 á las partidas de Clotilde García y Alvarez, fuertes de 500 hombres, en el ingenio «Covadonga», teniendo una hora de fuego, persiguiéndolas hasta la noche y causándolas siete muertos y muchos heridos, y cogiéndolas treinta caballos, armas y monturas.

En operación combinada. el general Melguizo y el comandante Fonsdeviela con sus columnas, cerca de Minas, en la vía férrea de Matanzas-Habana, la emboscada del comandante hizo nueve muertos á partidas que tiroteaban trenes de viajeros.

El coronel Moncada, en las Villas, batió tres veces al enemigo, matando al cabecilla Cuevillas y causándole varios heridos.

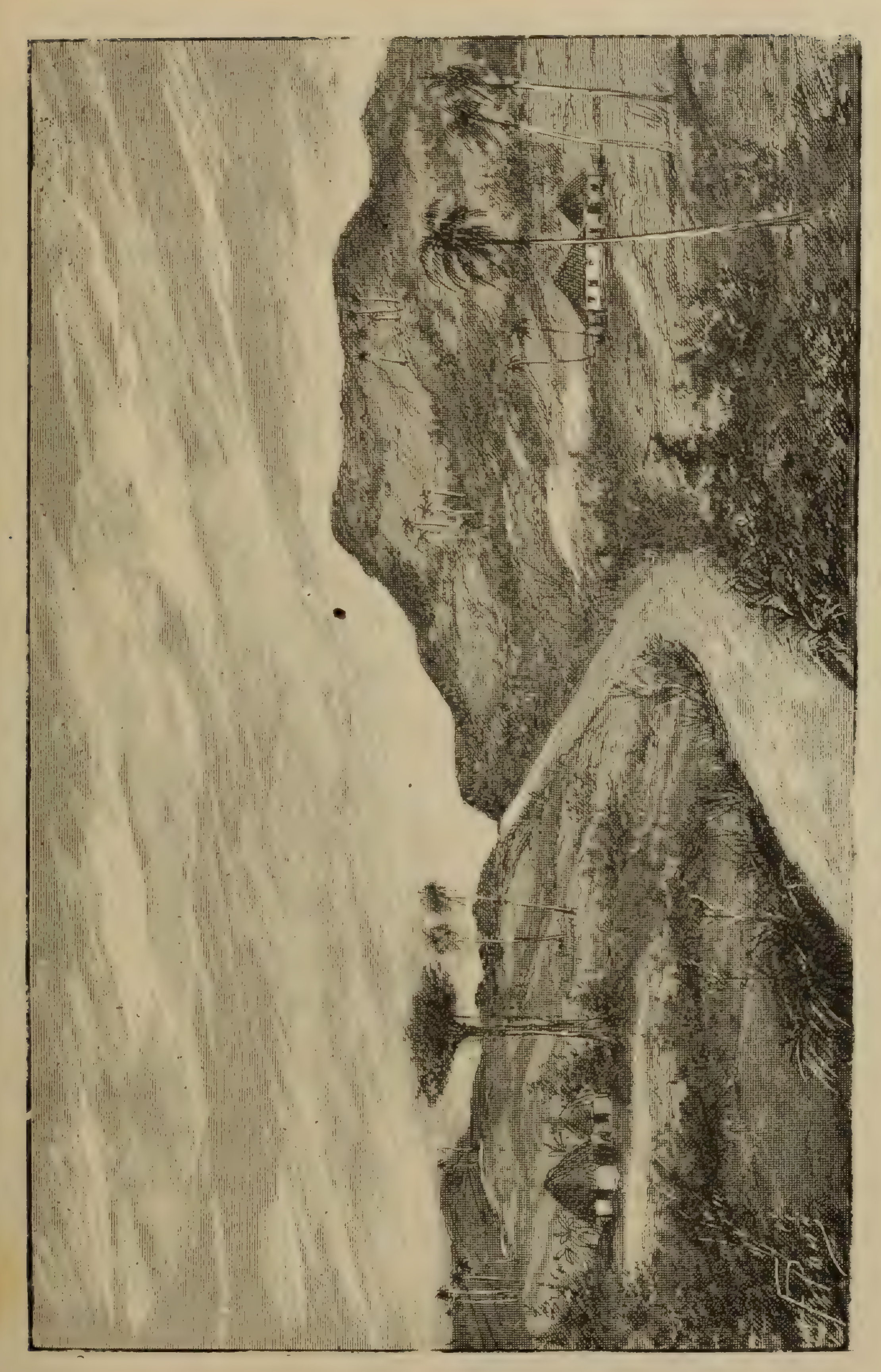
Comprobóse que en el encuentro de 26 de Marzo el coronel Lara hizo al enemigo siete muertos y cinco heridos, entre aquéllos el cabecilla Perico Muñoz.

El teniente coronel Vazquez encontró en Lafitas á la partida del



CABECILLA CRESCENCIO NARANJO

cabecilla Rego, batiéndola y causándola dos muertos, uno de ellos el cabecilla Fleites, y destruyendo los almacenes de la prefectura. En San Blas volvió á encontrar al enemigo, compuesto de 900 hombres; tuvo cuatro horas de fuego, hízole 10 muertos y tres heridos y le cogió municiones y víveres.



CALZADA DE LA HABANA A GUANAJAY

La columna tuvo al teniente don Miguel Húsen gravemente herido, y seis de tropa heridos.

Una lancha tripulada por ocho soldados, que cruzaba el río de Sagua de Tánamo, fué atacada por una partida rebelde. Nuestros soldados se defendieron bizarramente, y á pesar de resultar cuatro de ellos heridos, opusieron tan tenaz resistencia, que lograron ahuyentar al enemigo, causándole un muerto y un herido.

El coronel Tort sorprendió en Figueras (Güines) á las avanzadas de la partida Miró, tomando el campamento enemigo y cogiendo 40 caballos, armas y municiones. Siguiendo á la Ciénaga en su persecucución, las batió de nuevo ocupando documentación, haciéndoles cuatro prisioneros y cogiendo 53 caballos vivos y 18 que se ahogaron.

Un grupo insurrecto intentó pasar la línea de Mariel por Maravillas y San Simón, siendo rechazado en dirección de Mangas, donde se habían reunido numerosas fuerzas enemigas.

***

Telegrafiaron de Cuba que al Sur de la línea militar de Mariel-Artemisa, muy cerca del mar, se había descubierto un paso oculto, por el que los rebeldes trataron de introducirse en la provincia de la Habana.

El descubrimiento lo hizo el general Arolas, el cual destacó fuerzas de su columna para custodiar dicho paso.

No hay en ningún mapa la menor indicación de que existan cayos, ni siquiera bajos, en la ensenada de Majana, que limita por el Sur la referida línea. ¿Sería un túnel submarino el que se descubrió? Llamamos sobre tan curiosa novedad la atención de los geógrafos para que en lo sucesivo rectifiquen sus cartas.

Capricho fué el de los rebeldes, menester es reconocerlo, que pudiendo pasar por tan fácil y seguro camino de una provincia á otra, se habían entretenido aquellos días en forzar la línea Mariel-Artemisa por varios puntos. Afortunadamente, "el paso oculto" se había descucierto antes de que lo utilizase Maceo y habíase convertido para los rebeldes en un mal paso. ¡De buena nos libramos!

El general en jefe señalaba el día 5 el paso de una fuerza de caballería insurrecta de 300 hombres por San Juan y Martinez, al Sur de la capital de Pinar del Río, aunque sin indicar la dirección que seguía.

Este dato, unido á los que nos habían facilitado anteriormente los despachos oficiales, demostró que eran varias é importantes las partidas que recorían aquella provincia, donde la insurrección había alcanzado una importancia que fuera inútil desconocer. Esto no obstante, y á pesar de la actividad que desplegaban las columnas, eran contados los encuentros que se señalaban en ella con núcleos rebeldes importantes, desde la segunda invasión de Maceo. Cierto que existía la creencia de que este cabecilla intentaba pasar á la Habana y que para impedírselo se había procurado, en primer término, reforzar la línea Mariel Artemísa, atendiendo, más que á perseguirle, á estorbarle el regreso.

Una vez cerrada esa línea y en condiciones de impedir el paso, según se aseguraba, á una fuerza enemiga considerable, se completaría la operación persiguiendo sin descanso á Maceo, hasta que se lograse batirlo repetidas veces y desbaratarlo.

El empeño que parecía poner el cabecilla mulato en no alejarse mucho de la línea referida, indicaba su propósito de forzarla, ó por lo menos de intentarlo. Por fortuna el general Weyler aseguraba al mismo tiempo que la trocha estaba cada día mejor guarnecida y vigilada.

En algún despacho de la Habana se indicaba que se creía á Máximo Gómez en la jurisdicción de Remedios (Santa Clara).

En carta anónima que de la isla se nos remitió, fechada el 13 de

Marzo, encontramos el por qué de la reincursión de Maceo á la provincia de la Habana y de la segunda invasión de Pinar del Río por sus uerzas orientales, en las siguientes líneas que de dicho documento entresacamos y reproducimos á la letra:

«En la junta de cabecillas que acaban de celebrar los jefes principales de la insurrección, Máximo Gómez ordenó que mientras él permanecía en Matanzas, Antonio Maceo se internara nuevamente en la Habana y Pinar del Río, *á fin de demostrar á los Estados Unidos y á España que ni la provincia de la Habana ni la otra mencionada estaban pacificadas como aseguró el general Weyler en su bando.*

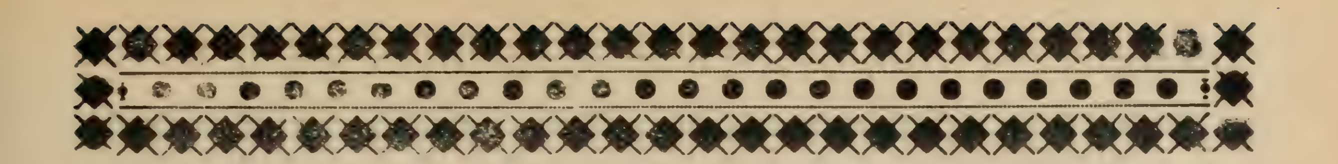


D. RAMÓN SANCHEZ BARCAIZTEGUI
(Teniente de Infantería de Marina)

»Maceo con sus huestes se dirige á rebasar la línea de la Habana y luego se trasladará á la provincia de Pinar del Río.»

¿Obedeció, en efecto, á ese único propósito y á esa orden del *generalísimo* la vuelta del *mayor general* mulato á la Habana y á Pinar del Río? Lo dudamos, y nos atenemos á los informes de nuestros corresponsales é insistimos en lo que dejamos consignado respecto á este particular en precedentes páginas de nuestra *Reseña.*





CAPÍTULO XXVI

El orígen de la guerra.—Pacto entre *yankees* é insurrectos.—Las bases del pacto.—¡Y nada vieron en Cuba!—Los *yankees*.—Detalles del pacto.—Patriótica advertencia.—El patriotismo de Asturias.—El ilustre obispo de Oviedo.—Alocución patriótica.—Embarque de tropas.—Rasgo de patriotismo.

RECIBIÓ y publicó, el director del excelente periódico español de California *El Comercio*, una carta de Nueva York, dando cuenta de los planes concertados por el jefe del partido revolucionario cubano José Martí y algunos otros cabecillas separatistas y un sindicato de capitalistas norteamericanos, compuesto de comerciantes, industriales y especuladores, los cuales, mediante ciertos privilegios y ofertas para el futuro, convinieron en la formación de un *Protocolo de bases* para la organización y ejecución de una vigorosa y formal rebelion contra la soberanía de España en Cuba.

Según las referencias, informes y datos que había recogido el autor de la carta, el *Protocolo* concertado entre el difunto propagandista Martí y el sindicato americano comprendía dos partes.

«En la primera—decía la carta—están las *bases* á que la junta revolucionaria se obliga, en nombre del Gobierno que en su día esta-

blezca en Cuba la insurrección triunfante; y en la otra parte están las obligaciones que asume el sindicato para la propaganda y mejor éxito de la rebelión.

»En la primera parte, la Junta revolucionaria residente en Nueva York asume la dirección técnica de la guerra y deja al Sindicato las operaciones financieras y demás asuntos que los miembros de la Junta no puedan realizar por sí, sin quebrantar las leyes de la hospitalidad que reciben en este país.

»La Junta se ofreció á poner á la disposición del Sindicato no sólo los recursos pecuniarios que se recaudasen entre los cubanos residentes en los Estados Unidos, sino todo el dinero que por colectas ó donativos, remitiesen los partidarios de la causa separatista en Cuba, en Europa ó en los demás países de América.

***

»Como base para el fondo de la guerra, la Junta se ofreció á expedir *Bonos de la liberación de Cuba* por valor de *cincuenta millones de pesos*, cuya suma podría aumentarse según lo exigiesen las necesidades y la duración de la campaña.

»Esta cantidad de *bonos* sería entregada al Sindicato con las siguientes condiciones para su inversión:

La mitad de la suma se destinaría á los pagos que hubiese que hacer por compras de armamento, municiones y demás pertrechos de guerra que debían transportarse á Cuba, ó bien entregarse en este país á las expediciones filibusteras que embarcasen con dirección á la isla.

Una parte de la mitad restante se distribuiría proporcionalmente, y según la importancia de los servicios, entre los editores de los periódicos adictos á la causa, y entre los abogados, jueces, diputados, sena-

dores y demás personas de positiva influencia que trabajasen en favor de la rebelión; y la otra parte se distribuiría entre los cabecillas y funcionarios del gobierno de la futura república cubana, en recompensa de sus esfuerzos y servicios.

Para la distribución y adjudicación de la mitad de la suma en *Bonos*, se pondrán siempre de acuerdo la Junta y el Sindicato, á fin de que hubiese en todo justicia y equidad.

En toda compra de elementos de guerra, provisiones, vestuarios y contratos con armadores de buques filibusteros, el Sindicato pagaría la mitad en dinero y la mitad en *Bonos de la Liberación de Cuba*, bonos que reconocería por su valor efectivo el gobierno de la república, tan luego como se consumase la independencia. Mediante una cláusula establecida, estos *Bonos* devengarían un interés desde el día del triunfo hasta la fecha de su amortización.

En cumplimiento de las *bases* del Protocolo, la Junta y el Sindicato estuvieron haciendo remesas periódicas de armas, municiones, equipos y demás pertrechos de guerra, cuyos elementos se fueron distribuyendo y ocultando en los diferentes puntos de la isla, aprovechándose para ello de la falta de vigilancia de las autoridades españolas. Así es que, cuando estalló la actual rebelión en Cuba, los insurrectos tenían de todo en abundancia.

Los sucesos de Melilla por un lado, y por otro las reformas que en sentido parcial y autonómico se plantearon en las Cortes con anuencia de los representantes de los partidos políticos existentes en la isla, obligaron á los filibusteros separatistas á anticipar su movimiento de rebelión, temerosos de que, con la implantación de las reformas, perdiesen la oportunidad de hacer la guerra y el capital invertido en los elementos que ya tenían acumulados en la isla.

Para mayor previsión de los acontecimientos, la Junta y el Sindicato convinieron en la necesidad de facilitar á los filibusteros expedi-

cionarios la correspondiente carta de ciudadanía americana, y de remitir igual documento á los principales partidarios en la isla, á fin de que, en caso de arresto, pudiesen invocar la protección de los cónsules americanos y reclamar en su día los daños y perjuicios que la guerra pudiera ocasionarles. Todas las cartas de ciudadanía se obtuvieron aquí con la mayor facilidad.



DON TEODORO GUARNER BENEDICTO

***

«La segunda parte del Protocolo obliga al Gobierno que se establezca después del triunfo de la insurrección, á reconocer los actos y compromisos contraídos por la Junta revolucionaria de Nueva York, y al cumplimiento de las siguientes *bases* pactadas:

1.ª A pedir el protectorado de los Estados Unidos á fin de prevenirse contra cualquier intentona de guerra por parte de España ó de otra potencia europea.

2.ª A otorgar al Sindicato americano el privilegio de medir y vender todos los terrenos egidales y no cultivados que existen en la isla con arreglo á las bases que se establezcan.

3.ª Otorgar á dicho Sindicato el privilegio de construir todos los ferrocarriles, puentes, puertos, muelles, caminos y carreteras, líneas te-

legráficas y telefónicas que necesite la isla para su mayor progreso y desarrollo.

4.ª A conceder la entrada, libre de derechos aduaneros, á la maquinaria, material de ferrocarriles, de líneas telegráficas y telefónicas y demás instrumentos de agricultura que se necesiten para el establecimiento de nuevas vías ó de nuevas industrias en Cuba.

5.ª A eximir de contribuciones, por término de cinco años, á las empresas manufactureras, agrícolas y bancarias que se establezcan en Cuba con capital americano.

6.ª A hacer obligatoria la enseñanza del inglés en las escuelas públicas de la isla, y á uniformar la enseñanza con arreglo al sistema americano, para lo cual el gobierno de la república cubana utilizaría los conocimientos y la experiencia de los profesores y profesoras graduados en los colegios y Universidades de los Estados Unidos.

7.ª A uniformar las leyes y el sistema monetario de la República cubana para hacer más fácil y práctico el comercio y las relaciones entre la isla y los Estados Unidos.

8.ª A reconocer iguales derechos y garantías á los ciudadanos americanos que los que se otorgasen y disfrutasen los ciudadanos cubanos.

9.ª A negociar, bajo las condiciones más favorables para la isla, y dentro del término de diez años, contables desde el día del triunfo de la insurrección, la anexión del territorio cubano al territorio que comprenden los Estados de la Unión Americana..

*
* *

«El Sindicato se compromete, á su vez, por todos estos privilegios, á suplir al Gobierno de la República cubana el *déficit* que anual ó

mensualmente le resultase en su *presupuesto de ingresos* para cubrir los gastos de la administración, y de cuyos ingresos formarían parte las sumas que se recaudasen por la venta de terrenos.

El dinero que el Gobierno de la República de Cuba resultase debiendo al Sindicato americano, ya por gastos de guerra ó anticipos, ó bien por subvenciones que devengasen las obras materiales que en la isla realizase, devengarían el interés legal que se estipulase hasta el completo pago del monto de la deuda.

El Sindicato se compromete también á hacer las gestiones necesarias para obtener que el Tesoro Federal de los Estados Unidos le pague el capital é interés que el Gobierno de la República de Cuba resultase adeudando el día en que tenga efecto el *Acto oficial* de la *anexión* de la isla á los Estados Unidos.

Usted habrá observado que muchos de los puntos comprendidos en el *Protocolo* se han venido cumpliendo al pié de la letra; y ¡quién quita que lo demás llegue á ser un hecho real y positivo, si Dios y España no ponen un pronto fin á la sangrienta y devastadora rebelión que hoy amenaza acabar con la riqueza de la preciosa y codiciada Antilla.»

***

En el Ministerio de la Guerra se estaba prestando especial atención á la formación del batallón de voluntarios de Oviedo, y en esta capital aumentaba el entusiasmo para su organización.

De todas partes del principado asturiano respondían al llamamiento del ilustre obispo de Oviedo Fray Ramón Martínez Vigil, á cuya patriótica iniciativa estaba realizando Asturias la idea generosa y ejemplar de ofrecer al Gobierno un batallón de 1.000 voluntarios armados,

equipados y puestos á punto de embarcar para la guerra de Cuba.

La suscripción aumentaba considerablemente y pasaba ya en los primeros días de Abril de ochenta mil duros.

Las comisiones ejecutiva y de propaganda de la junta del principado de Asturias publicó, para abrir la suscrición provincial, la patriótica proclama siguiente:

«Asturianos:

Para el clamor de la patria estremecida á la vista del peligro ó angustiada bajo el peso de la adversidad, hubo aquí siempre formidables ecos y pronta respuesta. Reengendrada la nacionalidad española en el seno de nuestros montes, hiere aquel clamor las entrañas de Asturias, como hiere las entrañas de la madre el clamor de sus hijos. Constituída la patria grande, el amor idolátrico de la pequeña patria no nos impidió amarla con abnegado amor; á ella, á la España prepotente y soberana. Depusimos en el suyo la realeza de nuestro nombre, transfundimos nuestra sangre en sus amplias venas, llevamos al común acervo nuestros bienes, sumamos nuestras glorias á sus glorias, sin regatearle nada en exenciones y privilegios, que nadie con mejor derecho pudiera disputar. Una sola reserva hicimos: ingentes nuestras montañas, bravíos nuestros mares, antes como ahora, así ahora son, como antes fueron, los pobladores de esta tierra: indomables para la humillación, esclavos del deber, avaros de su independencia, pródigos en sacrificios por Dios, por la justicia y por su honor.

De todo ello se os pide hoy una prueba más. Guerra devastadora y funesta tomó proporciones terribles en los feraces campos de Cuba. La que venimos llamando *Perla de las Antillas*, engarzada en la tradicional diadema de la patria española, parece próxima á caer en el fango de la desmoralización y de la barbarie. Por retenerla y salvarla, por dejar á flote nuestra soberanía y nuestra dignidad, realízanse esfuerzos casi inverosímiles. Si el cálculo miserable nos guiara, otra

fuera nuestra conducta; porque ya pasó el tiempo en que los perezosos galeones importaban, casi zozobrando, el oro americano. Hoy exportamos... ¡exportamos en los colosales barcos que el vapor empuja, con el fruto de prolijos afanes y el anticipo de futuras privaciones, el cargamento precioso de miles y miles de vidas—el nervio, la flor, la esperanza y la alegría de la madre patria!

¡Y aún hay quien en vez de admirarnos nos ultraja; quien con toda la razón, y en mengua suya, insidiosamente nos debilita y brutalmente nos amenaza!



Tente. CORONEL D. SERVANDO RODRIGUEZ

La crisis es grave, suprema la hora; y á los empeños de la acción oficial y á los elementos contados y previstos, menester es que se una solícita y fervorosa, la acción privada, y se incorporen extraordinarios recursos. Para eso se ha creado esta *Junta*, que si se ha atrevido á ostentar un título augusto, el de aquella JUNTA DEL PRINCIPADO que abrillanta las páginas de nuestra historia provincial, antes fué para mejor influir en el ánimo de aquellos á quienes se dirige con la memoria de un pasado que á tanto obliga, que no para emular prestigios harto difíciles de merecer.

Esta *Junta* abriga el noble propósito de que Asturias asociada ya á la obra común como una de tantas provincias, figure también en ella

con algo singularmente *suyo*; algo no reclamado por el imperio de la ley, siempre acatada, sino ofrecido por el generoso entusiasmo de sus hijos, nunca sordos á semejantes llamamientos.

Cuba es de España; pero ya de muy atrás el emigrante astur puso en ella con preferencia sus ojos, y la regó con su sudor, y la ennobleció con sus virtudes, y la alegró con los cantos de su nativo suelo, y la defendió con sus bélicos alientos; y de Cuba trajo, el que allí no dejó sus fallidas ilusiones ó su vida malograda, la digna recompensa de un trabajo honrado, en que halló á su vez Asturias factor poderoso de su prosperidad y engrandecimiento. No es mucho, pues, que una parte de lo que allí obtuvo el ahincado esfuerzo, vuelva allí ahora como expontánea ofrenda de amor y gratitud.

Empeñados en la lucha intereses tan caros, que no son intereses mezquinos; empeñada su honra, España no puede vacilar ni retroceder. Hombres y dinero hacen falta; hombres y dinero daremos. Nutrido con hermanos nuestros, equipado, armado y sostenido á nuestras expensas, queremos enviar á Cuba el BATALLON DEL PRINCIPADO, un batallón de bravos que lleven sobre su pecho la Cruz de Covadonga, en sus labios el nombre de la tierra querida, y en pos de sí el coro unánime de votos ferventísimos por sus triunfos y su gloria. Este batallón asturiano, palpitante remembranza del que tan alto puso nuestro nombre en la pasada guerra, será desde luego muestra elocuente de nuestro patriotismo; si el porvenir nos deparase mayores pruebas, sería nuestra vanguardia!

Reunamos, pues, nuestros donativos en la medida y con el apremio que las circunstancias exigen. Cuando derrocha el pobre pueblo su sangre y marcha cantando al combate, á la muerte, ¿cómo podrán los favorecidos de la fortuna fruncir el ceño y escatimar sus dádivas? Sea nuestra mano digna de nuestro corazón, y nuestro corazón digno de la magestad y de las aflicciones y de los peligros de la patria; y pron-

to, entonces, trocado en realidad nuestro propósito, hecho fecundo el ejemplo, la actitud de España acorde con su historia, henchida de luz y ahita de grandezas, demostrará á la América y al mundo entero que el Derecho y el Honor podrán tener un sudario en la bandera roja y gualda, cuando no haya ni un brazo que la tremole ni una voz que la aclame; pero jamás, jamás, tendrá aquí quien los traicione ó los olvide.

Asturiano: ¡VIVA ESPAÑA!

¡Viva el BATALLÓN DEL PRINCIPADO!»

***

El día 5 de Abril era el destinado para el embarque en el vapor correo *Montevideo*, con destino á Cuba, de cuatro compañías de ingenieros, organizadas en esta capital.

Después de tomar en el cuartel de Atarazanas, donde se alojaban las fuerzas expedicionarias, un rancho extraordinario y de serles distribuídos los donativos en metálico con que fueron obsequiados por el Ayuntamiento y el ex-diputado D. Carlos Godó, consistentes en dos pesetas á los sargentos, una y media á los cabos y una peseta á los soldados, se dirigieron á la nueve y cuarto de la mañana á la inmediata iglesia de Santa Mónica á oir misa.

Terminada la misa, se encaminaron las tropas, con sus jefes y oficiales al frente y acompañadas de sus parientes y amigos y numeroso público, al muelle de la Barceloneta, punto destinado para el embarque.

A las diez llegaron al embarcadero, frente al cual estaban formados ya los varios piquetes de la guarnición y numerosas comisiones de los distintos cuerpos que habían concurrido á despedirles, y estacionado

un numerosísimo público que se había congregado para presenciar el embarque. Este se verificó en la misma forma que otras veces, entre los vítores y aclamaciones de la muchedumbre y los acordes de las músicas militares. Muchos soldados provistos de guitarras, cantaban y daban vivas á España y á Cataluña, que eran contestados por el pueblo con otros al ejército y á Cuba española.



INSURRECTOS ENTERRANDO PERTRECHOS DE GUERRA

Para dar idea del espíritu que animaba á los expedicionarios, basta consignar el siguiente hecho ocurrido á bordo del *Montevideo* momentos antes de zarpar.

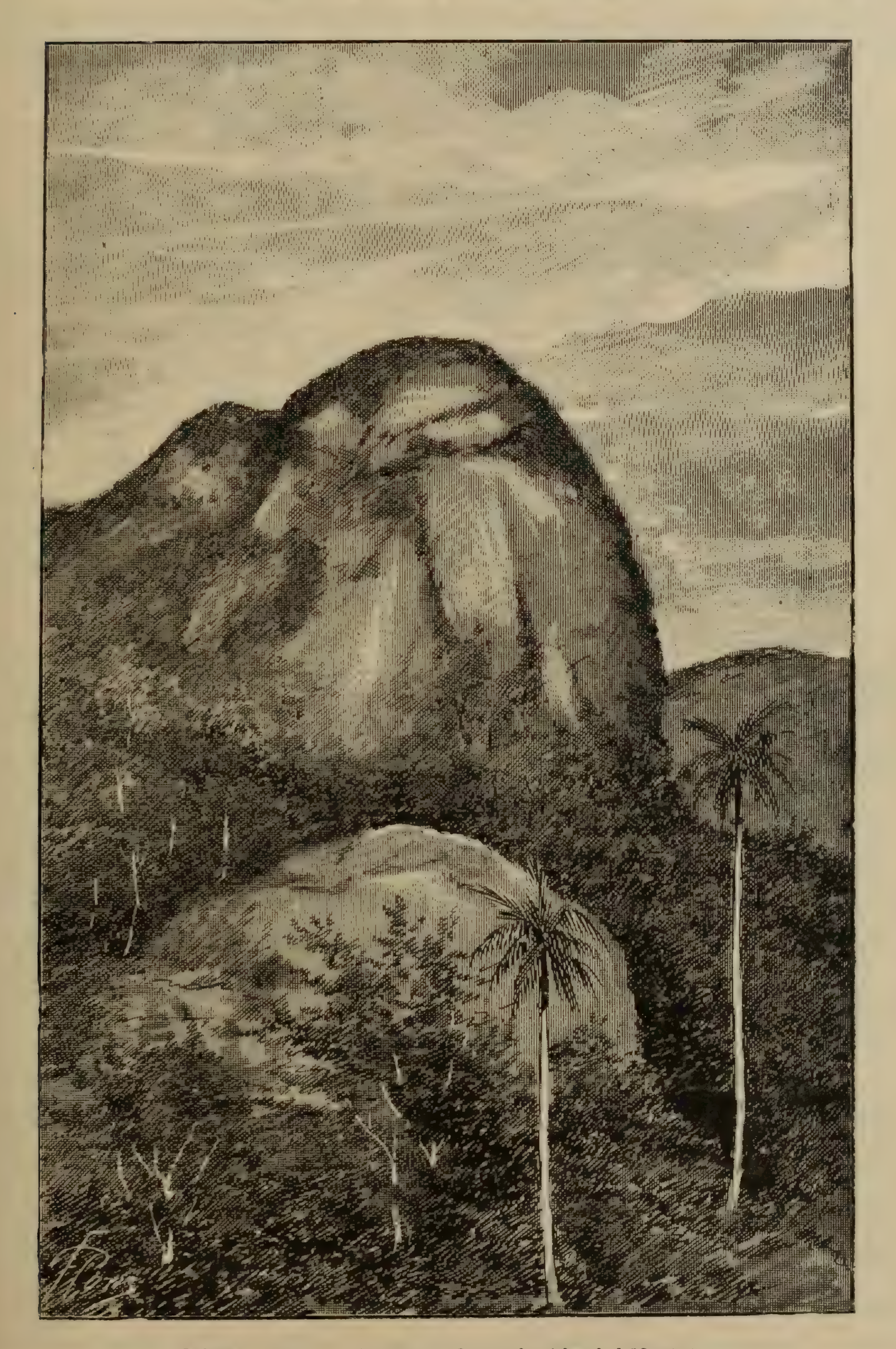
Dos soldados de la expedición sintiéronse súbitamente enfermos. Reconocidos por el médico del buque y por el director de Sanidad marítima, señor Bianchi, se dispuso que fueran desembarcados inmediatamente. Uno de los dos hízolo así; pero el otro se negó rotundamente diciendo «que enfermo y todo, quería ir á Cuba para combatir á los enemigos de España y compartir con sus compañeros de armas las penalidades de la campaña.» Inútiles resultaron cuantos esfuerzos se hicieron

para convencerle de que desembarcara, y en vista de su patriótica insistencia, se dispuso que pasara á la enfermería y se le tuviera en observación para en caso que se agravase fuese desembarcado en Cádiz.

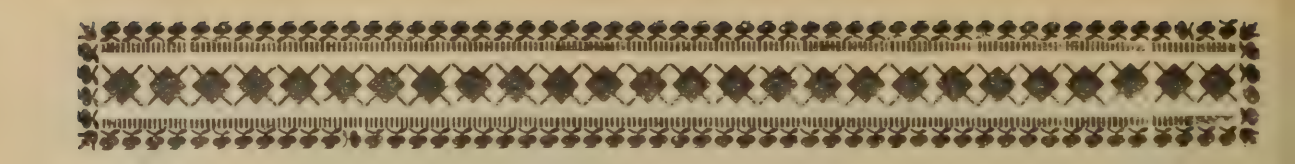
La conducta del recluta fué por todos muy elogiada, viniendo ella á probar que en el corazón de nuestros nobles soldados late en toda su pureza el santo amor á la patria, por la que no hay español que vacile en sacrificarse y no esté pronto y dispuesto siempre á derramar su sangre generosa.

¡Loor al valeroso y noble soldado español!





LOMA DE LA GUIRA (Consolación del Norte)



CAPITULO XXVII

Maceo batido.—Máximo Gómez en el Camagüey.—Ataque á un convoy en Puerto Padre.—Despacho oficial.—Diario de la guerra.—El batallón de Valencia y el teniente coronel Aldea.—Batida de las partidas Sanguily y García Bermudez.—Detalles del ataque á La Palma.—Observaciones y aclaración.—Las zonas militares.—El ataque á La Palma.—Heroísmo de la guarnición.—El bizarro capitán Pozo.—Combate y lucha sangrienta en las calles.—El enemigo rechazado y arrojado del pueblo.—Las columnas de auxilio.—Combate en Santiago de Cuba.—José Maceo batido.—El cañonero *Alvarado*.

A poca distancia de Consolación del Norte, en La Palma, fué alcanzado y batido Maceo, el día 5, por las columnas de Linares y Suárez Inclán, que eran las que más de cerca le perseguían. No indicaba el despacho oficial la dirección que tomaron después del combate los insurrectos; sólo sabíamos que nuestras columnas se alejaron bastante de la costa, siguiendo á Viñales, probable mente con el propósito de reponer sus municiones.

El lugar donde se verificó el encuentro demostraba que Maceo se había internado bastante en Vuelta Abajo, alejándose por consiguiente de la línea Mariel-Artemisa, cerca de la cual se le creía con el intento de forzarla. El que la había cruzado, según parecía, no obstante la vigilancia en ella ejercida, era el cabecilla Miró. Bien es verdad que el hecho se explicó diciendo que este último pasó á la provincia de la Habana, comisionado por Maceo, en busca de fuerzas insurrectas que

fueran á sacarle de la *ratonera* de Pinar del Río, donde, según se contaba, los insurrectos carecían de todo y andaban muy apurados. Mucho nos hubiese satisfecho que los hechos hubieran venido á confirmar tan satisfactorias noticias; que si el enemigo andaba escaso de recursos y no encontraba medios de adquirirlos, pronto se desmoralizaría, sin contar también con que en tales condiciones fuera más fácil batirlo.

Hacía ya bastantes días que se nos había indicado, como suceso probable, que Máximo Gómez se hubiese retirado á las soledades del Camagüey para cuidar de su salud, harto quebrantada. El hecho se nos confirmó el día 6 por varios conductos, aunque se nos indicaba que no era el quebranto de su salud, sino el deseo de conferenciar con el Gobierno insurrecto, el que lo había llevado á lá provincia de Puerto Princípe.

El parte oficial del propio día 6 señaló el ataque de un convoy que iba de Puerto Padre á Tunas (Departamento Oriental,) añadiendo que el combate fué rudo. El convoy llegó á su destino. Hacía tiempo qne los rebeldes no daban señales de vida en la jurisdicción donde había ocurrido este encuentro.

Daba cuenta también el despacho oficial de haber sido batido el cabecilla Lacret en el potrero Almagro (Matanzas) por fuerzas á las órdenes del coronel Pavía, las que continuaron persiguiendo al enemigo hasta el ingenio «María,» en Guacamaro, y de que los insurrectos habían asesinado á los cabecillas Flores, Rodríguez y Juan Gutierrez por querer presentarse á indulto, iniciado en las zonas de Palos y Madruga (Habana).

En resúmen: la situación seguía siendo la misma, y si hemos de decir la verdad, no creimos que se modificara mucho durante los ocho días que faltaban para las elecciones. Una vez transcurrido ese plazo, posible era que se pudiera formar juicio más exacto de los propósitos de los insurrectos y también del resultado de las operaciones.

*
* *

Insistíase en que Maceo había pedido auxilio á las partidas de la Habana y Matanzas para que se acercasen á la línea Mariel-Artemisa, con objeto de distraer las fuerzas que la guardaban, ó una parte de ellas,



La valerosa columna batió cuatro veces al enemigo... (pág. 389)

facilitándole así la salida de la provincia de Pinar del Río.

Como no estábamos acostumbrados á conocer los planes y propósitos de los insurrectos hasta que los veíamos ejecutados, lo único que nos sorprendió en este suceso fué la novedad del caso. Y si la confidencia que había proporcionado al general en jefe esa noticia, era, como suponemos, digna de crédito, hay que convenir en que tenía la ventaja de haber sido facilitada con la antelación suficiente para prepararnos bien, poniéndonos á cubierto de una sorpresa.

Que algunas partidas de Matanzas se corrieran á la de la Habana en vísperas de las elecciones, nos pareció bastante probable; lo que á nuestro juicio faltaba averiguar era si las llevaba allí el propósito que se indicaba ó si se proponían hacer acto de presencia en las inmediaciones de la capital de la isla el día de la elección.

Una de las partidas que se citaban para realizar la operación indicada era precisamente la de Lacret, el cabecilla de quien se dijo que, teniendo el propósito de entregarse, mandó su secretario á la Habana para hacer, no sabemos qué clase de proposiciones, al general Weyler.

Entretanto, había quien suponía á Maceo en Mántua, casi al extremo Occidental de Pinar del Río, desde donde necesitaría lo menos seis ú ocho días, aún sin encontrar obstáculos en el camino, para llegar á la línea Mariel-Artemisa. Conste, sin embargo, que esta noticia, por más que no fuera inverosímil, no aparecía todavía comprobada.

De los hechos de armas que relataba el parte oficial del día 6 no cabía deducir ninguna consecuencia para el resultado de las operaciones Fueron encuentros aislados, propios para evidenciar la actividad y bizarría de nuestros soldados que no rehuían ni la fatiga ni el peligro; pero sin la cohesión necesaria para que se desprendiera del conjunto de los mismos ventajas inmediatas y evidentes.

Uno de los más importantes y gloriosos hechos ocurridos, fué la batida y persecución de las partidas Sanguily y García Bermúdez por el teniente coronel Aldea al frente del batallón de Valencia, entre Alfonso XII y Bolondrón.

La valerosa columna batió cuatro veces al enemigo, causándole 45 bajas y ocupándole 37 caballos y varias armas.

Digna de mención es también la heróica conducta del destacamento del heliógrafo en Loma Toro, compuesto de 25 ingenieros y soldados del regimiento de Castilla, los cuales sufrieron 18 días de bloqueo por las fuerzas de Maceo y rechazaron diferentes ataques de los sitiadores.

*
* *

Hasta el día 7 no transmitió el general en jefe detalles del ataque operado por los insurrectos de Pinar del Río al poblado de La Palma.

Un dato que echamos de menos en el parte oficial en que el general Weyler dió noticia del ataque referido, aparecía consignado en el despacho del citado día 7, en el que aquél transmitía el parte del comandante Salamero, comunicado desde Candelaria. Nos extrañó que no se indicase la dirección que había tomado el enemigo. Pues bien; esa omisión estaba salvada. Después de atacar á Palma las fuerzas de Maceo, á las que se atribuyó el ataque, se dirigieron hacia Caimito, fraccionándose en grupos que fueron en dirección de Sagua y de San Juan, retrocediendo por tanto hacia el Este.

El despacho anterior hizo incurrir á todo el mundo en otra equivocación; la de suponer que las columnas de Linares y Súárez Inclán fueron las que habían batido á Maceo. Del parte resultó que éste fué quien atacó de noche el poblado de La Palma, situado cerca del río Blanco, y que los asaltantes fueron rechazados después de tres horas de fuego en las calles por los voluntarios y una compañía del batallón de Valencia, que guarnecían el pueblo. Las columnas del coronel Salamero y del general Suárez Inclán no llegaron á La Palma hasta el día siguiente. Así al menos lo decía el parte, y de aquí se deduce también que desde el combate de Candelaria, apenas iniciada la segunda invasión de Maceo en Pinar del Río, nuestras columnas no habían tenido la fortuna de tropezar con el núcleo principal de los rebeldes que mandaba aquel cabecilla, el cual se mantenía en la parte más accidentada

de la provincia, sin resolverse á bajar á Paso Real ó á los Palacios, como en su primera invasión.

La heróica resistencia hecha por los voluntarios de La Palma demostró la confianza que les inspiraba el contar con el auxilio de alguna fuerza del ejército, y pareció indicar además que el espíritu de los pueblos, del elemento del país que nos era favorable, iba reaccionando. Por tal razón, siendo poco afectos á la distribución de fuerzas en pequeños destacamentos, hemos considerado siempre necesario que los pueblos contasen con alguna guarnición, mientras existieran partidas de alguna importancia en su territorio.

La distribución en zonas militares, hecha por el general Weyler, de las fuerzas que operaban en la provincia de la Habana, nos pareció muy eficaz para tener constantemente en jaque á las partidas locales; no lo sería tanto, tal vez, para perseguir á grandes núcleos, si éstos volvían á presentarse viniendo de Matanzas. Si acudiesen de Pinar del Río y lograsen pasar la trocha, ya sería más fácil perseguirlos, por disponer entonces de una parte de las tropas que mandaba el general Arolas.

Hasta la fecha, sin embargo, no se confirmaba que Lacret y Clotilde García hubiesen pasado á la provincia de la Habana. El coronel Tort aseguraba, por el contrario, que estos cabecillas no habían salido de la provincia de Matanzas.

El último parte oficial no daba ninguna noticia de las operaciones en Pinar del Río, donde continuaba Antonio Maceo. Su hermano José era el que había sido batido en el Departamento Oriental repetidas veces en aquellos días.

Seguíamos sin el menor indicio de lo que hacía y se proponía Máximo Gómez.

El ataque á La Palma (pueblo cabeza del término municipal de Consolación del Norte; con 600 habitantes, á 55 kilómetros de Pinar del Río) lo realizaron los insurrectos de noche, arrastrándose por tierra y protegidos por los vegueríos que rodean la población. El fuego duró tres horas, desde las nueve hasta las doce, penetrando los rebeldes hasta cerca de la iglesia, convertida en fuerte, donde se refugió la guarnición. No consiguiendo rendir á ésta, pegaron fuego á las casas inmediatas y se disponían á hacer lo propio en la iglesia, á fin de obligar á sus defensores á que la desalojaran y se entregasen. No aguardaron nuestros bravos soldados y valientes voluntarios á que pusiesen en práctica su salvaje propósito, y alentados y dirigidos por su bizarro jefe el capitán don Bernardino Pozo, el cual, dando el ejemplo, se puso á su cabeza, hicieron una heróica salida, entablando en las calles rudo combate, iluminados por el siniestro resplandor del incendio, y rechazando en lucha personal y sangrienta al enemigo hasta las afueras del pueblo, del que le arrojaron con su bravura y empuje incontrarrestables.



TENIENTE CORONEL SR. LAFUENTE

Treinta y nueve cadáveres dejaron los *mambises* en las calles de La Palma, retirando otros tantos y más de noventa heridos, y abandonando setenta caballos y diez y ocho monturas.

El valeroso destacamento tuvo seis voluntarios muertos y siete heridos.

***

Era ya de madrugada cuando los insurrectos se retiraron en dirección de Caimito.

A las dos de la tarde del 30 llegó á La Palma la columna del coronel Salamero y por la noche entraba la del general Suárez Inclán. Ambas acudían en auxilio de la guarnición, que tan valerosamente se había defendido y logrado con su heroismo rechazar al enemigo.

Las dos columnas pernoctaron en La Palma, saliendo á la madrugada del otro día en persecución del enemigo.

En combates sostenidos por el batallón de Cuba en Los Berros, por el escuadrón del Rey en Ti-Arriba y Zarahueca y por las columnas del coronel Recas y otros en Cuba, Cobre y Veguitas, fueron batidas y dispersas las partidas de José Maceo y otros cabecillas, causándoles 24 muertos, y cogiéndoles dos prisioneros y 24 caballos.

Las tropas tuvieron en junto un sargento y 13 soldados heridos.

Cerca del puerto de Marabi, no lejos de Baracoa, el cañonero *Alvarado*, que vigilaba aquella costa, notó que una pequeña embarcación tripulada por varios guagiros procuraba ocultarse en las sinuosidades de la costa.

Púsose el cañonero á vigilarla y observó que los tripulantes se echaban al agua para llegar nadando á tierra.

El cañonero entró entonces en el puerto, recibiendo de ambas orillas una descarga, á la que contestó con fuego de fusilería y de las ametralladoras.

El enemigo se retiró, sin que pudiera calcularse las bajas que tuvo, porque había espeso bosque en el sitio en que se hallaba oculto. La dotación del barco tuvo herido grave á un marinero llamado Carrotela.

La conducta del *Alvarado* fué muy elogiada por parecer imposible de realizar la operación, atendido su escaso tonelaje que no le permite internarse mucho en los cayos.

En despachos recibidos el día 9 se señalaba la presencia de muchos insurrectos en la parte Norte y Sur de la línea de Mariel-Artemisa.

Una numerosa partida insurrecta, aprovechando la obscuridad de la noche, intentó atacar nuevamente á Batabanó, pero fué rechazada.

Las partidas que operaban en Oriente y en el departamento central se resistían á pasar á Occidente. Esto dificultaría los propósitos que algunos cabebillas abrigaban de intentar algunos movimientos para distraer la atención de las columnas que rodeaban á Maceo y librar á este de la apurada situación en que se encontraba.

Los generales Arolas y Bernal, al frente de las fuerzas que mandaban y que se hallaban practicando una serie de reconocimientos en la línea de Mariel-Artemisa, avisaban que habían notado gran movimiento en las fuerzas rebeldes que, á la sazón más que nunca, trataban de atravesar dicha línea.

Para lograr tal objeto estaban tiroteando la línea por ambos lados, es decir, por la provincia de la Habana y por la de Pinar del Río.

El general Linares se había encargado del mando de la línea en tanto que Arolas y Bernal atacaban á Maceo ó reconocían, por lo menos, la posición exacta de sus fuerzas.

En Cienfuegos el general Luque batió á la nueva partida que había levantado el cabecilla Lacret, pues sabido es que éste había licenciado á sus fuerzas en espera de lo que se acordara entre el general en jefe y el secretario que le envió, á fin de acogerse á indulto mediante ciertas condiciones.

En el combate perecieron 9 rebeldes y tuvieron muchos heridos. La columna tuvo al comandante Sr. Costa herido grave, y dos oficia-y un soldado contusos.

El bravo comandante siguió batiéndose, á pesar de su herida, hasta que el enemigo fué dispersado.

***

La aproximación de Antonio Maceo por Cayajabos y la sierra del Anafe á la linea Mariel-Artemisa, reconcentraba todo el interés de las operaciones en este punto. Pronto sabríamos si los trabajos ejecutados en la citada línea, y las fuerzas en ella acumuladas, daban el resultado apetecido, y en breve saldríamos también de dudas para lo porvenir respecto de la eficacia de las trochas militares, cuyo principal y único objeto consiste, como es sabido, en impedir el paso al enemigo.

De mar á mar, la línea de Mariel-Artemisa tiene próximamente treinta kilómetros, es decir, que está situada en el punto más estrecho de la isla. Cuenta además con otra ventaja inapreciable: la de su proximidad á la Habana, con la que comunica por dos líneas férreas, la que pasa por Artemisa y la que llega á Guanajay, pudiendo recibir por ellas toda clase de elementos y recursos. De aquí se deduce que no siendo posible establecer en todo el territorio de la isla trocha alguna militar que reuna tan favorables condiciones para ser bien defendida, habría que renunciar en lo sucesivo á levantar tal género de obstáculos para cerrar el paso al enemigo, si por acaso la línea á que nos venimos refiriendo no respondiera al objeto único para el cual fué destinada.

Los insurrectos de la provincia de la Habana habian vuelto á atacar dos poblaciones importantes: Batabanó, que sufría ya el tercer ó cuarto ataque, y La Salud, sobre la línea férrea de la Habana á Pinar del Río.

Por cierto que, á propósito de estos hechos, nos llamó la atención que no los consignaran los partes oficiales, como ocurrió con el ataque Batabanó, del cual nada se dijo oficialmente, ó que se indicasen tan

tímidamente como el de La Salud, diciendo que la guarnición de este punto se defendió de las partidas.

Esa falta de exactitud y de detalles en los despachos oficiales no servía seguramente para acreditarlos.

El último daba cuenta de que el general Suárez Inclán, en combinación con las columnas de Echevarría, Villa y Salamero, continuaba persiguiendo á los rebeldes en las lomas de Pinar del Río, y que en la mayor parte de los departamentos centrales los insurrectos mostrábanse muy decaídos por la persecución constante de que eran objeto y que les impedía descansar y aún racionarse cuando y cómo deseaban.



TENIENTE CORONEL SR. ZABALSA

***

Nuestro corresponsal en la Habana nos comunicó el día 11 las siguientes impresiones de su visita á Artemisa, en el centro de la línea Mariel.

El tren en el que nuestro informante hizo el viaje, tardó 9 horas en recorrer los 70 kilómetros del trayecto, pues durante la marcha se iban efectuando reparaciones en la línea telegráfica y en los puentes de la vía. Estas operaciones eran de escaso resultado, porque apenas se perdía de vista el tren, los insurrectos volvían á destruir lo recompuesto.

Decíanos en su informe nuestro estimado amigo, que producía verdadera lástima ver el aspecto del pueblo de La Salud, cerca de la Haba-

na, convertido en escombros por los rebeldes, al igual que otros varios puntos de la línea, entre ellos Güira de Melena.

El teniente coronel señor Durango, jefe del tren en que viejaba nuestro corresponsal, preguntaba á los guajiros acerca del paradero de los rebeldes, pero los *pacíficos*, como si obedecieran á una consigna, le contestaban todos que nada sabían. Algunos prisioneros afirmaron que los tales *pacíficos* no eran sino insurrectos que de día fingían trabajar en el campo, para espiar los movimienfos de las columnas, y de noche iban á dar cuenta de lo que habían visto y sabían á los jefes de partida.

«Artemisa—decía el informe—produce excelente efecto; las calles están defendidas por barricadas. El general Arolas está hospedado en una casa de propiedad del alcalde de la población.»

En el momento en que el viajero llegó al pueblo, estaban conferenciando los generales Arolas y Suárez Inclán. El primero había pasado la noche inspeccionando algunos puntos de la línea.

«Tuve el gusto de hablar—continuaba diciendo el informe—con el bravo general, jefe de la línea, quien me dijo que sólo desea tener la confianza del general Weyler para que le conceda un puesto de honor en el punto donde se librará el combate que ha de decidir la guerra.

»Añadió el general, que el objeto principal de la trocha es obligar al enemigo á batirse, pues antes lo hacía cuando quería, y ahora no tiene más remedio que hacerlo aún cuando no quiera.

»Dijo, también, que Antonio Maceo está en una situación muy comprometida y que espera los auxilios de Máximo Gómez y de su hermano José, para intentar el paso de la trocha por el Norte, mientras Quintín Banderas procurará tambien pasarla por el Sur.

»Afirmó el general que un ejército regular no conseguiría pasar la línea de Mariel, y que cree que se conseguirá impedir á los rebeldes

que la atraviesen, á pesar de la manera especial como luchan y están organizados.

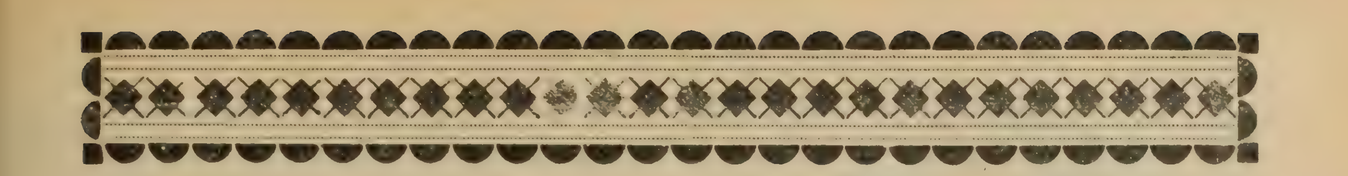
«La trocha en las siete leguas que tiene de mar á mar, con sus líneas telegráfica y telefónica y la animación que hay en ella, parece un verdadero campamento.

A lo largo de ella hay centinelas colocados en los árboles y hasta en las chimeneas de las casas. Recorren la trocha columnas volantes mandadas por el general Bernal y los coroneles Ruiz, Francés y Hernández de Velasco.

Por la trocha pasa de contínuo mucha gente, que desde el campo va á ampararse á ella contra los atropellos de los filibusteros.»

Terminaba su informe nuestro corresponsal diciendo que creíase preciso reforzar las columnas volantes con tres ó cuatro mil hombres más, con los cuales el servicio total de tropas que guardarían la línea sería de 12.000 hombres. El general Arolas tenía el mando total de la línea, el general Suárez Inclán vigilaba la parte Sur, el general Bernal el centro, y los coroneles Francés y Ruiz el Norte. Los cañoneros apoyaban la acción de las tropas, y la caballería, mandada por los coroneles Hernández de Velasco, Maroto y Figueroa, vigilaba y practicaba incesantes reconocimientos. En las tropas reinaba excelente espíritu y buen humor.





CAPITULO XXVIII

Diario de la guerra.—Ataque á Güira de Melena.—Sorpresa y ataque á una guerrilla.—¡1 por 50!—Valentía y arrojo de los voluntarios.—Fuerzas en auxilio.—Dispersión de los rebeldes.—Presentaciones.—En libertad.—La columna Suárez Valdés sorprende á la partida de Quintín Banderas.—33 insurrectos muertos—Diario de la guerra.—Despachos oficiales.—Encuentro y combate en Palos.—La expedición de Calixto García.—Relación de las expediciones filibusteras.—Consideraciones.—Celo y actividad de nuestros cónsules.—Plausible resultado de su campaña.

PARECIA indudable que las partidas de la provincia de la Habana se habían corrido hacia el Oeste de la misma, con el propósito de distraer fuerzas de la línea de Mariel-Artemisa.

El ataque á Batabanó primero, á La Salud después, y más tarde á Rincón y, últimamente, á Guayabal, en el límite ya de de Pinar del Río, indicaban su marcha y su intención. No nos extrañara, por consiguiente, que el primer ataque serio á la citada línea lo intentaran los insurrectos de Oriente á Occidente, y que en seguida dieran los de Pinar del Río una acometida en sentido contrario para rebasar definitivamente la trocha.

El ataque á Guayabal, donde los rebeldes incendiaron varias casas, la escuela y la iglesia, no dejó de ser atrevido, dada la proximidad de este pueblo á Guanajay, población que debía contar en aquellos momentos con fuerzas de alguna importancia, si era cierto, como se dijo,

que á retaguardia de la línea Mariel-Artemisa se habían concentrado también varias columnas.

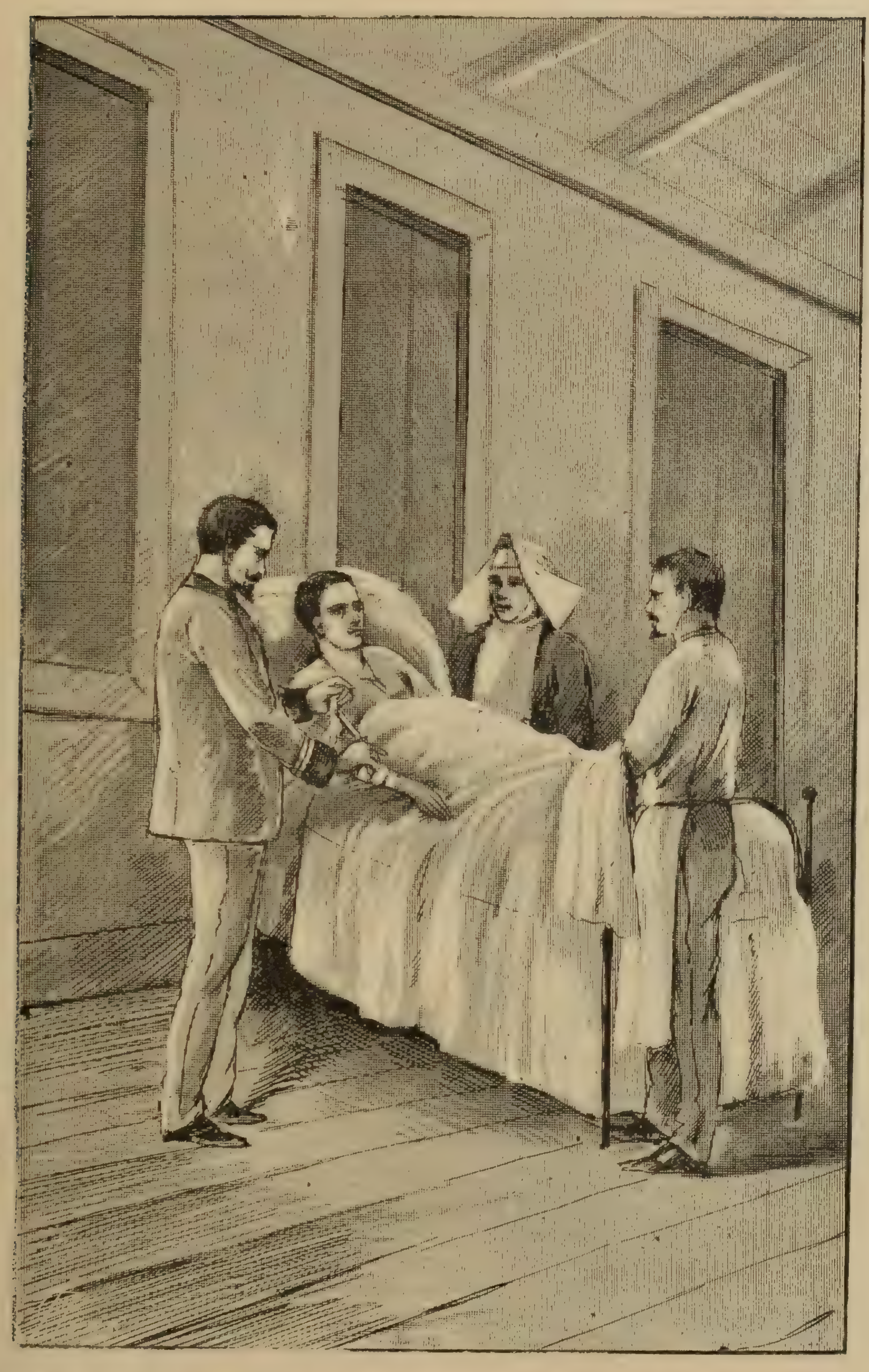
Tornó á decirse que ya se había averiguado el paradero de Máximo Gómez, el cual continuaba en Las Villas rehuyendo todo encuentro con nuestras tropas. Posible es que estuviera allí, porque en



EL ESCUADRÓN DEL REY EN OPERACIONES

alguna parte había de estar. Mas, conveniente consideramos aguardar á que la noticia se confirmase con nuevos indicios y pruebas más terminantes, para darla por indudable.

No dejaba de ser extraño, también, que nada se supiera de Calixto García, del que ni siquiera se había indicado con algún viso de funda-



CURACION DE UN HERIDO EN EL HOSPITAL MILITAR DE ALFONSO XII

mento, el punto de la isla en que debió desembarcar, ni se había afirmado tampoco terminantemente que se malogró su intento. La verdad es que ya eran demasiadas cosas las que estábamos ignorando. Y no eran ciertamente los despachos oficiales los que nos iban á sacar de dudas.

***

Una numerosa partida atacó en la noche del 10 el pueblo de Güira de Melena, en la provincia de la Habana.

Los insurrectos pretendieron sorprender á las tropas de la guarnición dando gritos de ¡viva España! y entrando en la población al toque de corneta, imitando los de nuestras tropas; éstas no se dejaron sorprender.

Advertida bien pronto la artera estratagema *mambí*, se aprestaron al combate, sosteniendo dos horas de fuego y batiéndose con denuedo tropas y voluntarios, hasta rechazar al enemigo. Este se retiró con numerosas bajas, dando alaridos de rabia y profiriendo amenazas de volver muy pronto á arrasar el pueblo.

Una guerrilla de Santiago de las Vegas, compuesta de 16 hombres, que estaba forrajeando en las inmediaciones de la población, fué el día 10 sorprendida y atacada por una partida de 800 insurrectos.

Los *mambises* se presentaron de una manera inesperada, pero la sorpresa no impuso á la guerrilla, que luchó denodadamente contra el artero enemigo, defendiéndose con valentía y arrojo, á pesar de la enorme diferencia del número—¡1 por 50!—hasta que llegó más fuerza, que había salido de Santiago en su auxilio.

El enemigo fué entonces dispersado, haciéndosele varias bajas, entre ellas un jefe. De los diez y seis valientes de la guerrilla murieron nueve en la ruda refriega.

En varios pueblos de la provincia de la Habana y en otros de las de Matanzas y Las Villas se presentaron en aquellos días muchos rebeldes.

Examinados los antecedentes de los presentados resultó que no habían pertenecido á partidas incendiarias, por lo que, el general Weyler ordenó que se les dejara en libertad, ocupándoles armas y caballos.

La columna del general Suárez Valdés sorprendió en Guayabos, cerca de Pinar del Río, á la partida de Quintín Banderas que se preparaba á atacar el fuerte de aquella población, haciéndole 33 muertos y cogiéndole 51 caballos con monturas.

La tropa tuvo gravemente herido á un capitán del escuadrón de Almansa y varios soldados contusos.

***

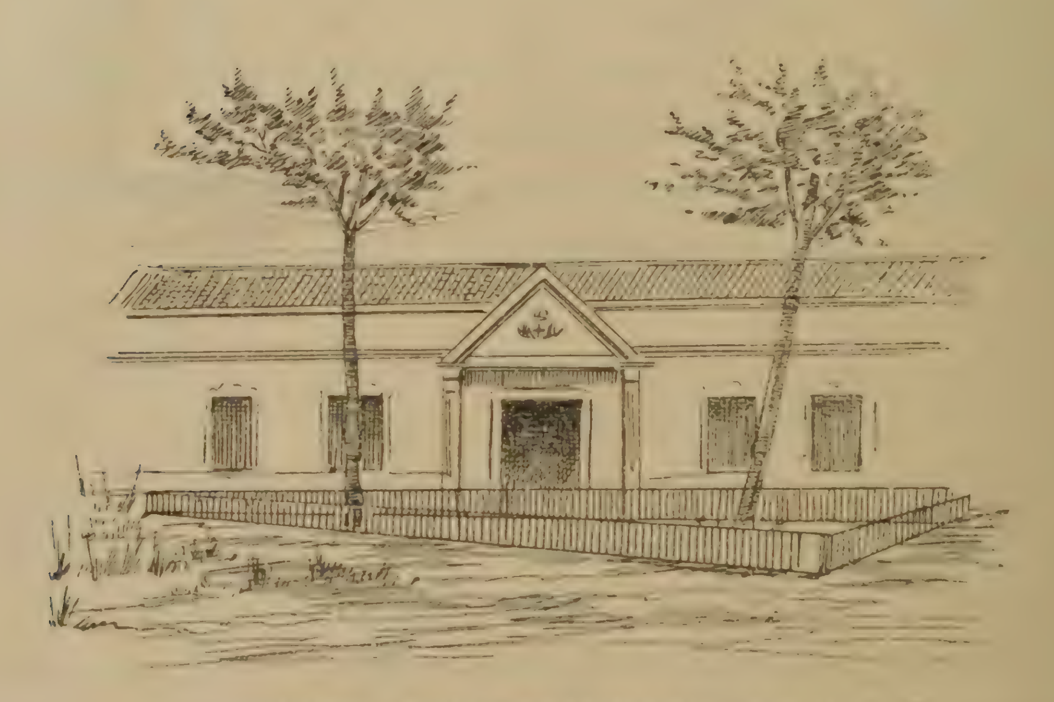
Los despachos oficiales que venían detallando á diario el curso de las operaciones de campaña en Pinar del Río, parecían redactados por quien abrigara la creencia de que no había en la Península quien tuviera interés, ni paciencia, ni medios de seguir el desarrollo de los sucesos de guerra con algún cuidado, y que por consiguiente lo mismo daba decir una cosa que otra, sin preocuparse para nada con lo que se había dicho el día anterior.

Así nos encontrábamos, casi á diario, con hechos verdaderamente inexplicables.

Muy cerca de ocho días llevaba ya Antonio Maceo,—según decían los partes—queriendo rebasar la línea Mariel-Artemisa y sosteniéndose, como es natural, muy cerca de la misma para lograr su intento. Las fuerzas que guardaban la trocha contenían á los que querían forzar el paso y se limitaban á rechazarlos.

Lógico es, en efecto, que no se alejasen mucho de la línea para no debilitarla. Lo que no se explica tan bien es el silencio que á la vez se guardaba sobre los movimientos de las columnas que perseguían á Maceo, las cuales debían venir desde el interior de Pinar del Río empujándole, picándole, por decirlo así, la retaguardia.

Y sin embargo, en ningún despacho se indicaba que esas columnas cooperasen con las de Mariel-Artemisa á batir al enemigo. Claro



GOBIERNO CIVIL DE SANTIAGO DE CUBA

está que esto no podía ser; pero de la redacción de los despachos oficiales así resultaba.

Hay todavía más. Cuando se nos pintaba á Maceo bregando desde hacía ocho días, por cruzar la trocha, se nos vino diciendo al cabo de este tiempo, que Quintín Banderas se entretenía por su cuenta, á más de cien kilómetros de distancia, en atacar, cerca de la capital de Pinar del Río, el fuerte de Guayabos. ¿Era que Quintín Banderas no iba á seguir á Maceo?

Y por si esto no bastase aún, en otro despacho oficial, el del día 10, se hablaba de un encuentro en Matanzas, ¡nada menos que en la provincia de Matanzas!, sostenido con una partida bien armada, de orientales. ¿De dónde venían y por dónde habían pasado estos sugetos? ¿Venían de Santiago de Cuba, atravesando el Camagüey y Las Villas? Fuera absurdo pensarlo. ¿Venían de Pinar del Río? Pues en ese caso, hacía ya rato que pasaron la línea Mariel Artemisa y la provincia de la Habana de un extremo al otro.

Repetimos que se hacía preciso que se pusiera más cuidado en la redacción de los despachos y que se tuvieran también un poco más en cuenta las condiciones de lugar y tiempo, de los cuales se prescindía á menudo con demasiada desenvoltura.

* * *

Las columnas que venían persiguiendo á Maceo desde el interior de Pinar del Río y que llevaban, al parecer, el propósito de estrecharle más de cerca y de acometerle al llegar á las proximidades de la línea Mariel-Artemisa, habían ido en su mayor parte á reforzar la citada línea, pasando á vanguardia de las partidas que mandaba el jefe mulato. No había, por lo tanto, grandes probabilidades de coger á éste entre dos fuegos. Así lo debió comprender el famoso cabecilla al sentirse poco molestado por los flancos y por la retaguardia en el terreno que ocupaba, y de aquí que se decidiera á atacar á Candelaria, sobre la línea misma del ferro-carril de Pinar del Río.

De las impresiones que se atribuyeron al general Arolas sobre las condiciones de defensa de la trocha, se deduce que no conceptuaba imposible que la atravesase el enemigo, aun que creía firmemente que no lo habría de lograr sin verse obligado á librar un combate importante, que muy bien pudiera decidir la guerra.

Por lo demás, ya vimos que no existía el propósito de estrecharle sobre dicha línea, y que en la creencia de que tenía gran empeño en repasarla, por carecer su gente de recursos en el terreno en que se movía, se confiaba en batirle cuando intentase cruzarla, y en ella se le esperaba.

Insistieron algunos corresponsales en señalar la presencia de Máximo Gómez en las Villas. Estos rumores que circularon aquellos días con mayor insistencia, no aparecían, sin embargo, comprobados por ningún hecho de armas en que aquél hubiese intervenido.

En los últimos partes oficiales recibidos en la Península el día 13, vimos con satisfacción que algunas columnas de las que venían del interior de la provincia de Pinar, permanecían todavía á retaguardia de Antonio Maceo, pues que se señalaba la presencia de aquellas en Bahía Honda, cortando á los insurrecctos el regreso á Occidente.

Era, en efecto, muy extraño que se fiara únicamente en las fuerzas que teníamos en la línea Mariel-Artemisa, para batir á los rebeldes que intentaran pasar á la Habana, y que no se sacase partido de la aproximación de éstos á la trocha, para procurar empujarlos hácia ella, eligiendo así el momento de batirlos en lugar de esperar su acometida. Porque la línea fortificada de Mariel-Artemisa, no sólo había de servir para cerrar el paso á las partidas de Macéo, dejándolas después en paz en Pinar del Río, sino también para batirlas más fácilmente dentro de la misma provincia.

De los encuentros que se citaban en los despachos oficiales recibidos el citado día 13, merece especial mención, por su importancia, el sostenido cerca de Palos, provincia de la Habana, por la columna del coronel Tort.

El bravo coronel, con fuerzas del batallón de Vergara, escuadrón de Pizarro y artillería montada, encontró en Palos é ingenios "Luisa" y "Guanasco", á las partidas reunidas de Massó y Castelló compuestas de 2.000 hombres.

Después de haber cortado previamente el puente del enemigo sobre el río Mayabeque, atacóles en sus posiciones, de las que los desalojó, batiéndoles tres veces y causándoles ochenta bajas, de ellas veinte muertos en el campo, y cogiéndoles 32 caballos con monturas, armas y municiones.

La acción fué importante, y en ella jugó con buen resultado la artillería disparando sobre el enemigo parapetado en las ruinas del ingenio "Pinar".

* * *

Según informes de nuestro corresponsal en Nueva York, del día 31 de Marzo, creíase allí fuera de toda duda que la expedición de Calixto García había desembarcado en las costas de Cuba, sin que hubiéramos tenido la suerte de que nuestra marina de guerra le hubiese podido dar el quién vive para impedirlo.

Doblemente deplorable fué que la vigilancia de las costas de Cuba no fuera más eficaz, si se tiene en cuenta el punto á donde, según nuestro informante, decíase, y era muy verosímil, había desembarcado Calixto García—(en la costa Norte de Pinar del Río);—porque en esa parte de la isla los rebeldes no podían sostenerse mucho tiempo, y la destrucción de las partidas de Maceo, ó su huída hácia Oriente, hubiera sido de un efecto moral muy importante en aquellos momentos en que la atención de los políticos americanos estaba fija en los sucesos de la grande Antilla y estaba, además, para decidirse de un modo definitivo en la Cámara *yankee* la cuestión de la beligerancia de los rebeldes cubanos que, por fortuna, cada vez que se ponía á debate iba perdiendo adictos ó simpatizadores, por la sencilla razón de que se iba haciendo más luz y se iban convenciendo muchos, no solamente de lo

equivocados que habían estado en sus apreciaciones sobre España y la insurrección de Cuba, sino también del papel ridículo que habian hecho ante la opinión sensata del mundo entero.

De las tres expediciones que de los Estados de la Unión habían salido aquellos días—García, Collazo y Peña—sólo se había tenido noticia de la captura de parte de la de Collazo, y aún esto en forma poco clara y terminante y dando lugar á dudas en los que no aceptaban las apreciaciones optimistas en asuntos tan graves para España como el de la guerra de Cuba.



COMANDANTE CASADO

En aquéllas figuraban hombres de bastante significación por su audacia y energía, tales como Calixto García, Avelino Rosas—un colombiano amigo de Maceo, que desde 1876 se había significado en todas las revoluciones de su país—Eduardo y José Laborda, que á pesar de los fracasos que habían sufrido desde Agosto del año anterior para ir á la insurrección, no habían desistido de su idea,—Rus y Peña.

Llevaron en los tres barcos el material de guerra, que les habían devuelto las autoridades federales, de las expediciones apresadas anteriormente, y que se componía de un millón de cartuchos para rifles americanos y Maüsser, 2,000 rifles, 4 cañones, 900 libras de dinamita y gran cantidad de machetes y medicinas. Fué indudablemente el mayor refuerzo de guerra que había recibido la insurrección desde sus

comienzos, pues, en realidad, las expediciones que habían ido á Cuba ni fueron tantas ni tan importantes como los laborantes hacían creer y muchos se figuraban.

Un periódico americano, que por el interés que tomaba en la causa de los laborantes y filibusteros puede ser creído en este caso especial, publicó la relación de las expediciones filibusteras que habían llegado á la isla de Cuba y que vamos á comparar con el número de las que teníamos noticia que habían fracasado.

«*Expediciones y su resultado.—De Jamaica.*—Los hermanos Maceo y Flor Crombert, en una goleta.—Desembarcaron en las cercanías de Baracoa (Santiago de Cuba)

De Jamaica.—Máximo Gómez y Martí, en otra goleta.—Desembarcaron en la costa Sur de Santiago de Cuba.

De Filadelfia (E. U.).—Roloff, Serafín Sánchez y Mayía Rodríguez, en el *Childs* y el *Woodall.*—Desembarcaron cerca de Sancti Spíritus.

De Florida (E. U.).—Francisco Sánchez Echevarría.—Desembarcó en las inmediaciones de Baracoa.

De Inagua (Bahama).—Expedición de Carrillo.—Detenida por las autoridades inglesas.

De Jamaica.—Segunda expedición de Máximo Gómez.—Desembarcada en las costas de Santiago de Cuba.

De Wilmington (E. U.).—Céspedes en el *Laurada*—Desembarcado en las costas de Santiago de Cuba.

Primera expedición de Collazo.—Detenida en Cabo-Sable (Florida).

Segunda id. de id. .—Detenida en Cedar Keys,

Primera id. del *Commodoro*—Detenida.

Segunda id. del id. —Detenido y secuestrado el barco desde Agosto hasta fines de Enero siguiente.

Goletas *Attica, Lark, Antoinette* y *Mallory.*—Detenidas y deshechas las expediciones.

Primera expedición de Calixto García en el *Hakins*.—Naufragado en las costas de New York.

Segunda expedición del mismo.—Detenida al salir de Nueva York, cogidas las armas y municiones y procesados los expedicionarios.

Y últimamente las tres de Calixto García, Collazo y Peña, de que ya teníamos noticia, y que no se pudieron detener, como es de suponer que no se podrían detener tampoco las que en lo sucesivo se preparasen, si los insurrectos se ajustaban á hacer lo que dentro de las leyes norteamericanas les está permitido, pues siendo libre enteramente el comercio de armas y municiones en aquel país, desde el momento en que sale de cualquiera de sus puertos un barco con destino á Méjico ú otro punto, declarando su cargamento y no llevando á su bordo *pasajeros*, nada pueden hacer las autoridades federales para impedir su salida, siendo facil á los *expedicionarios* abordar á él en cualquier puerto poco vigilado, ó en alta mar

***

Resulta, pues, que se habían realizado, á últimos de Marzo, seis expediciones con éxito para los expedicionarios, y en cambio habían tenido éstos doce fracasos; pues aun cuando los fallos de los tribunales *yankees* fueron desfavorables para nosotros, la acción de nuestra policía consular no pudo ser mejor.

Con mucha anticipación á la salida de las expediciones, las autoridades de Cuba habían tenido noticia y detalles de la expedición que se preparaba, fotografía del barco, nombre de los expedicionarios, y *siempre* se había avisado á Cuba la salida de la expedición *el mismo día* que se efectuara, lo cual prueba los buenos servicios de la policía.

Por lo demás, si los fallos nos fueron desfavorables, culpa es principalmente de las leyes inglesas, en las que están calcadas las de los Estados Unidos; prueba de ello que los procesos formados por las autoridades inglesas en las Bahamas (Nassau) y Jamaica (Kingston), no condenaron á los expedicionarios del *Horsa,* ni á los del *Laurada.*

Lo que sí es de deplorar que nuestras autoridades de Marina no pudieran hacer un buen escarmiento en los jefes de esas expediciones que llegaron á la isla, y si nosotros no nos ayudamos, menos podemos



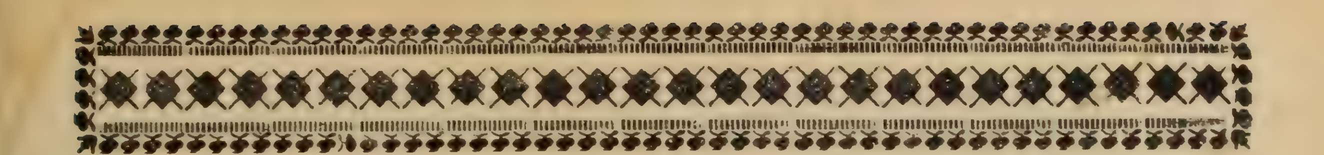
POBLADO DE MANTUA (Pinar del Rio.)

esperar que de afuera nos ayuden. Si se hubiere podido hacer un escarmiento en algún capitán de esas expediciones, á buen seguro que los laborantes no hubieran encontrado marinos que con tanta facilidad aceptasen el papel poco envidiable ni honroso de corsario, que es á lo que merece ser comparado un barco filibustero.

Si ante la deficiencia de nuestra Marina de guerra—(y conste que el calificativo no envuelve reproche alguno á nuestros dignos y bravos marinos, que no pueden hacer más de lo que humanamente han he

cho y permiten hacer las condiciones de las costas antillanas, tan desfavorables para ejercer una buena vigilancia con los barcos de que disponen), y la escasa fortuna que han tenido en impedir el desembarco de expediciones, se observan las dificultades que se opusieron á los expedicionarios para realizarlas, y se tienen en cuenta los fracasos que la mayoría de las veces tuvieron, á pesar de las leyes que casi protejen sus trabajos y de los jueces que casi les han patrocinado, como amigos y simpatizadores de ellos, debemos reconocer, y con nosotros España entera, que la gloria de esta campaña brillante contra las expediciones filibusteras, pertenece de derecho y por completo á nuestro digno representante en la República norte americana y á nuestros celosos cónsules, y que solamente á sus gestiones activas y eficaces en la mayoría de los casos, que demuestran habilidad y conocimiento completo de los hombres y de las leyes de aquel país, se hubiera conseguido el que con la deficiente legislación americana, aplicada solamente á instancia de parte, se hayan obtenido los resultados que hemos demostrado.





CAPITULO XXIX

Diario de la guerra.—Noticias desagradables de la campaña.—El despacho oficial.—Deducciones.—Operación desgraciada.—El batallón de Alfonso XIII.—El combate de Lomas del Rosario.—Telegrama oficial.—Detalles del combate.—Heroismo de los soldados.—La columna Suárez Inclán.—Sorpresa de los insurrectos en Batabanó.—El teniente coronel Pintos y su columna.—Bizarría de nuestras tropas.—Batida de las partidas de Rodrigo y Amaro.—Las fuerzas de Artemisa en Arroyo de Apolo.—Encuentro de la columna del teniente coronel Valcársel con la retaguardia de Maceo.—22 campesinos ahorcados.—Incendio y destrucción.—Triste situación de Pinar del Río.—Los *regeneradores* de Cuba.

NADA satisfactorias y bastante desagradables fueron las noticias oficiales que el día 14 se recibieron del teatro de la guerra. Una columna nuestra, compuesta de fuerzas de infantería y artillería, vióse obligada á batirse en retirada contra las partidas de Maceo, que la persiguieron hasta la costa.

Tal fué la noticia escueta del desagradable suceso.

Ya sospechamos que después de verificadas las elecciones ocurriría algo. Previéndolo así, hemos consignado en precedente página lo que sigue:

La situación seguía siendo la misma, y si hemos de decir la verdad, no creímos que se modificase mucho durante los ocho días que faltaban para el de las elecciones. «Una vez transcurrido ese plazo, es posible que se pueda formar juicio más exacto de los propósitos de los insurrectos y también del resultado de las operaciones.»

Y, en efecto, el plazo transcurrió; y por eso supimos el 14 lo que ocurriera el 9, fecha del combate de que daba cuenta el despacho oficial. Porque conviene tener en cuenta que el general Weyler, que conocía el 13 el resultado de las elecciones verificadas en la provincia de Pinar del Río el día anterior, y cuanto había ocurrido en los colegios electorales de todos los pueblos, desde Guanajay hasta el cabo de San Antonio, no tuvo hasta ese mismo día, ni medios, ni ocasión de saber lo que sucedió el día 9 en la costa de Cabañas, que está, como quien dice, á dos pasos de la Habana.

El general en jefe culpó al coronel Echevarría del contratiempo, suponiendo que no cumplió las órdenes recibidas para coadyuvar á la operación preparada con el propósito de batir á Maceo en las Lomas de Rosario. Para depurar bien lo ocurrido se abrió sumario. Desde luego nosotros no podemos creer que ningún jefe de columna deje de cumplir las órdenes que recibe: también es muy casual, y además sensible, que de las tres columnas que en combinación debían llevar á cabo la operación, fuese la más débil la primera que tropezó con Maceo, puesto que la columna de Echevarría contaba con tres batallones; con otros tres la de Suárez Inclán, y sólo con uno, el de Alfonso XIII, la del teniente coronel Devós.

De ello, en definitiva, se deduce lo que dejamos consignado en precedente párrafo: que algunas columnas de las que venían persiguiendo á Maceo desde el interior de la provincia de Pinar del Río, habían pasado á vanguardia de las partidas que mandaba este cabecilla, cosa que tenía harto sabida el general en jefe, puesto que no se quejaba de que la columna de Echevarría se hubiese aproximado demasiado á la línea de Mariel-Guanajay, sino de que se «quedase» allí. Luego, había pasado á vanguardia de Maceo, con perfecto conocimiento del general Weyler.

Otra prueba de que el general en jefe creía tener fuerzas suficien-

tes á Occidente de las Lomas de Rosario, que ocupaba Maceo, está en las siguientes líneas, que son las últimas del despacho oficial fecha 13.

Decía:

«Columnas sobre Maceo al Norte Bahía Honda, *cortando regreso á Occidente.*

Y sin embargo, en el despacho que mandó posteriormente, decía también al final del mismo:

«El enemigo *retrocedió á Occidente*, hacia Lomas Rubí.»

De lo que ocurrió después nada sabíamos el día 14, y eso que del 9 á esa fecha, iban transcurridos bastantes días.

* * *

El telegrama oficial dando cuenta del malaventurado combate en las Lomas del Rosario, decía así:

«*Habana* 13.—A ministro Guerra.

Por combinación preparada por el Estado mayor general desde el día 7 contra las partidas de Maceo, Banderas, Roloff, Núñez, Pérez y Bermúdez en el interior de las Lomas del Rosario (Pinar del Río), operaban columnas de Echevarría, de tres batallones con artillería sobre Cayajabos; Suárez Inclán con otros tres batallones, por Cuzco; teniente coronel Devós, con batallón de Alfonso XIII y una pieza, desde Bromely.

Contrariando las órdenes la columna Echevarría, dejó de penetrar en el interior de la sierra, quedándose próxima á la línea Mariel-Guanajay, y aunque Inclán, que partió de Santa Cruz de los Pinos, forzó marcha atravesando la sierra, no pudo evitar rudo combate el día 9 entre batallón Alfonso XIII, aislado, y enemigo tan superior, que sufrió numerosas bajas, batiéndose á pié jefe batallón, que dejó fuerzas en

protección de la zona de ingenios, impedimenta y parque de boca y guerra.

Con solo 450 hombres, una pieza montaña, anticipó teniente coronel Devós ataque enemigo en posiciones difíciles.

Contando cooperación Echevarría llegó primero, dominando en un brillante ataque posiciones enemigo.

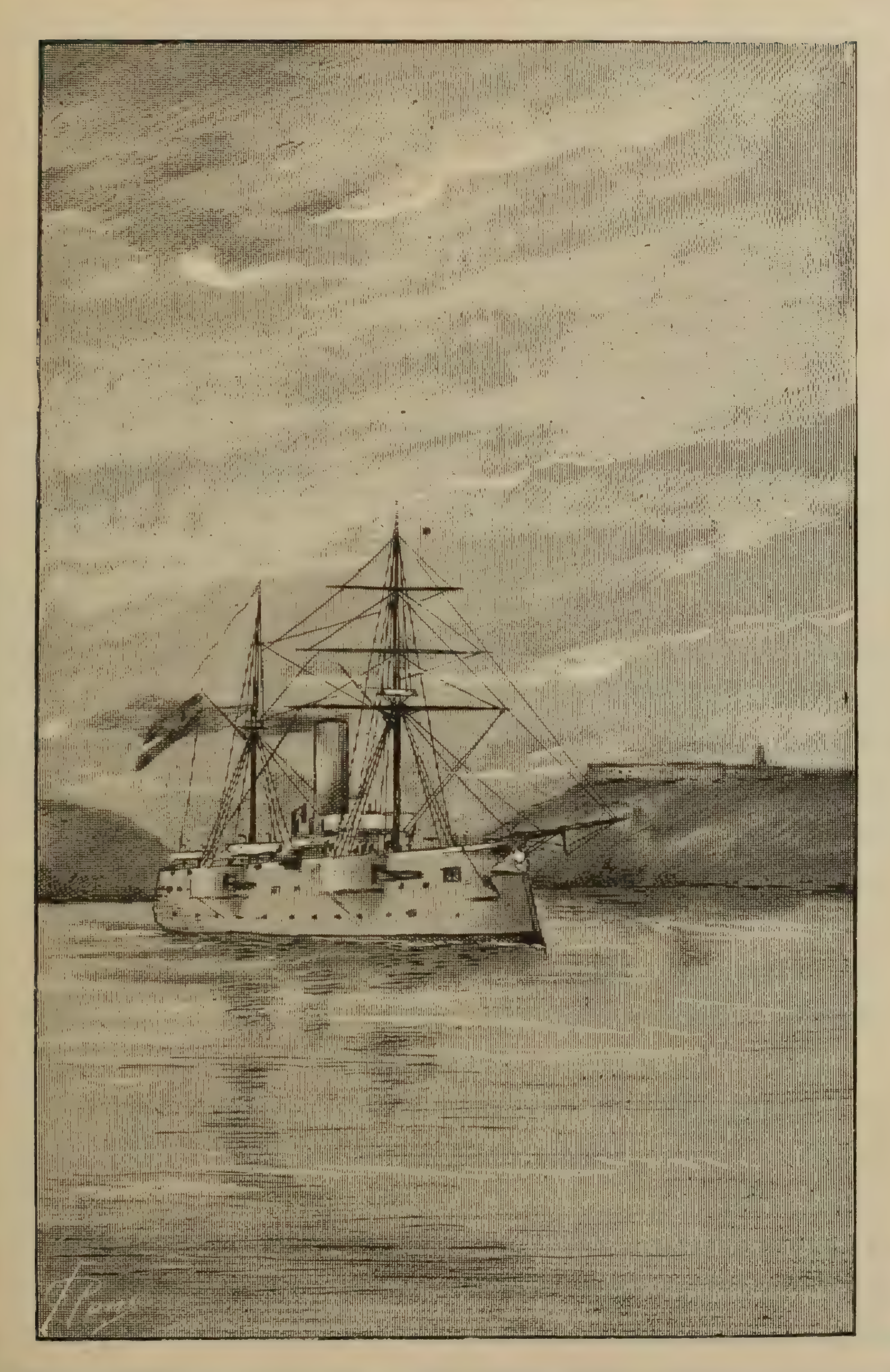


INSURRECTOS FORRAGEANDO

Maceo, con 5,000 insurrectos, trató de envolverla; pero se replegó por escalones en el embarcadero Claudio, conteniendo el empuje del enemigo con descargas de infantería y metralla, haciéndose fuerte, protegido por fuego del cañonero *Alerta*.

Contribuyó á evitar el empuje del enemigo, la oportuna llegada del general Suárez Inclán, á marcha forzada de 13 horas.

Combate brillante. Solicito empleo de coronel para Devós, de co-



CRUCERO COLON SALIENDO DE SANTIAGO DE CUBA A VIGILAR LA COSTA

mandante para capitán Eduardo Fort, y otorgar recompensas al oficial de artillería Miñón y demás distinguidos.

Columna tuvo cuatro muertos, un oficial y trece soldados heridos.

El enemigo retrocedió á Occidente hacia las Lomas Rubí; continuará persecución. — *Weyler.*»

He aquí, ahora, los detalles que del brillante combate sostenido por el bravo batallón de Alfonso XIII, contra fuerzas enemigas diez veces superiores en número, nos remitió uno de nuestros corresponsales en el teatro de la guerra:

Obedeciendo la columna del teniente coronel señor Devós, compuesta del batallón de infantería de Alfonso XIII y de una pieza de artillería de montaña, formando en junto unos 500 hombres, órdenes del estado mayor general, salió el día 8 de Bromely hácia las lomas del Rosario, donde en combinación con las columnas del general Suárez Inclán y coronel Echevarría había de atacar el campamento de Antonio Maceo y otros cabecillas, acampados con 5.000 insurrectos en las Lomas referidas.

A consecuencia de haberse retrasado la columna Echevarría, contraviniendo al parecer las órdenes recibidas, y de no haberse movido de las cercanías de la línea de Mariel-Guanajay, el batallón de Alfonso XIII llegó solo el día 9 al pié de la sierra, encontrándose aislado frente á las numerosas fuerzas de Maceo, que ocupaban fuertes posiciones en las lomas.

Los insurrectos, al ver el corto número de españoles que iban en su demanda, les atacaron de frente y trataron de envolver á la exigua columna por los flancos, haciendo maniobrar su numerosa caballería.

Contando el jefe de la columna con la cooperación de Echevarría,

anticipó el ataque á las fuertes posiciones del enemigo, rompiendo fuego la pieza de artillería, que contuvo é hizo retroceder el frente enemigo, en tanto que la infantería hacía fuego por descargas cerradas conteniendo á la caballería *mambí* que operaba un movimiento envolvente.

Viendo que era difícil sostenerse ante número tan crecido de enemigos y que el refuerzo de la columna Echevarría, con que había contado y esperaba, no parecía por parte alguna, el bravo Devós mandó á sus valientes cazadores la retirada por escalones, hacia la costa.

Así se hizo, formando el cuadro el valeroso batallón, á pié su jefe, por haberle desmontado una bala enemiga, y siguiendo el fuego por descargas la infantería y de metralla el cañón, perseguido y acosado por una avalancha de enemigos, á quienes á duras penas lograba contener la lluvia de metralla y de proyectiles Maüsser que sin descanso se les enviaba.

Cerca ya de la costa, el cañonero *Alerta*, viendo que los insurrectos iban en seguimiento de la columna, los cañoneó á su vez, conteniéndolos en su avance y protegiendo la retirada de la tropa.

En aquellos momentos llegó la columna del general Suarez Inclán, después de una marcha forzada y penosísima de 13 horas.

El enemigo, al divisar á la columna que tan oportunamente llegaba en auxilio de los que creyera aprisionar, desistió de su empeño y se desbandó, sin esperar la acometida, hacia las lomas de Rubí, en dirección á Oriente.

La intrépida columna del bravo teniente coronel Devós defendió en su retirada la impedimenta, bagajes, armas y municiones, sin perder ni abandonar un solo hombre.

El enemigo tuvo grandes pérdidas, sin que pudieran precisarse, por haberlas retirado.

Al heroismo de los bravos soldados que supieron resistir toda

suerte de fatigas y privaciones, sin abandonar sus puestos, y cuyo indómito valor de españoles no desmayó un solo instante en medio del peligro inminente que corrieran, y á la serenidad y pericia de su bizarro jefe, debióse la salvación de la columna.

El coronel Echevarría fué separado del mando de la columna y sometido á sumaria para exclarecer las causas de su retraso en concurrir á la operación combinada con las columnas de Suárez Inclán y



UN ESPIA INSURRECTO SIGIENDO EL RASTRO DE UNA COLUMNA

Devós. El señor Echevarría es cubano y tenía dos hermanos en la insurrección.

Estos antecedentes causaron gran extrañeza y dieron ocasión á que todo el mundo censurara que se le hubiera dado el mando de una columna, dadas estas circunstancias. Sin embargo, esto no significa

duda alguna por parte nuestra, respecto de la lealdad del que tenemos hoy, como entonces, por uno de los dignos jefes que honran el ejército de la patria.

* * *

Desagradable sorpresa fué para los insurrectos que formaban la partida del cabecilla Massó, la que les preparó el bizarro teniente coronel Pintos en las inmediaciones de Batabanó.

Operando la columna que mandaba el citado teniente coronel por las cercanías de Batabanó, al aproximarse en la tarde del 13 á este poblado, encontróse con que la referida partida, en cuya persecución iba, se hallaba acampada muy cerca de donde ella se hallaba, y entretenida en comer el rancho.

El señor Pintos dispuso entonces que la tropa se ocultase entre los cañaverales de un ingenio y permaneciera á la espectativa y preparada para arrojarse en un momento dado y á la primera señal que él diese sobre el campamento enemigo.

Algunos insurrectos que alrededor del campamento merodeaban, ó ejercian servicio de vigilancia, se percataron de la presencia de las tropas, por haber visto un grupo de soldados que no cumplieron fielmente las órdenes de su jefe; y creyendo, sin duda, que se trataba de una guerrilla aislada, cargaron al machete contra ellos.

Entonces la columna avanzó en masa y arrojóse, de improviso, sobre el campamento rebelde, rompiendo nutrido y certero fuego contra los descuidados *mambises*, y causándoles rápidamente 30 muertos y numerosos heridos.

Sorprendidos los insurrectos, huyeron á la desbandada abandonando su campamento y marchando á reunirse con la partida Castillo en el

cercano ingenio «Luisa.» En su persecución siguió la columna Pintos, y aunque halló los cañaverales próximos á la finca incendiados para cortarle el paso, atravesó el fuego y desalojó á los rebeldes de sus posiciones, obligándoles á huir á la desbandada.

La tropa se portó bizarramente haciendo una marcha contínua de nueve horas. Los soldados, á pesar de las fatigas de la marcha, pelearon tan bizarramente como pelea siempre el bravo soldado español.

En Las Villas, el teniente coronel Elola, al frente del batallón de León y escuadrón de las guerrillas de Santo Domingo, batió á las partidas de Rodrigo y Amaro, muy superiores en número.

El combate duró una hora, haciendo al enemigo 21 muertos, varios de arma blanca, y cogiéndole caballos y efectos.

Las fuerzas acantonadas en Artemisa batieron en las inmediaciones de Arroyo de Apolo á una partida insurrecta, causándole dos muertos y doce heridos y haciendo seis prisioneros, entre los cuales contóse un cabecilla.

En las inmediaciones de Sagua fueron hallados 22 campesinos ahorcados por los rebeldes, por el solo delito de ser afectos á la causa de España, y á fin de obligar por el terror á que fuese gente á sus filas.

La columna del teniente coronel Valcárcal tuvo un encuentro, pocas horas después del combate sostenido tan brillantemente por el batallón de Alfonso XIII, con la retaguardia de las fuerzas de Maceo.

La columna, que llevaba artillería, rompió fuego de cañón contra el enemigo, causándole muchas bajas y obligándole á huir.

Continuaban los insurrectos quemando cañaverales y *bohíos*.

Cerca de Gibara colocaron una bomba de dinamita en un puente de la línea férrea para destruirlo. La bomba, al estallar, causó grandes destrozos en el puente y desperfectos en la vía.

Las columnas que operaban en Pinar del Río, redoblaban sus

avances para cercar á Maceo y obligarle á un combate que pudiera ser definitivo.

Los cabecillas rebeldes decían que si seguían los procedimientos de terror, era para que la gente que hasta entonces había estado en sus casas, fuera á combatir con ellos por la cuenta que esto había de tenerles.


CORONEL DE INGENIEROS SR. CHACEL

***

De persona fidedigna de la provincia de Pinar del Río, recibimos la siguiente información acerca de la triste situación en que se encontraba la capital:

«Como las tropas están empeñadas en la persecución de las partidas orientales que invadieron y ocupan esta provincia, hemos llegado al extremo de no poder salir á un kilómetro de la población sin exposición de la vida.

En todas las esferas pública y privada reina un completo desconcierto.

La población está llena de familias que han perdido toda su riqueza y que carecen de recursos y medios para atender á sus necesidades; y el mal es grave, porque todos los artículos de consumo están á precios fabulosos.

Ayer contemplábamos con horror el incendio que consumía el paradero y poblado de Los Obas, á tres kilómetros de la población; ambos quedaron destruídos. Es un espectáculo, que más cerca ó más lejos, se repite todas las noches.

Las partidas que manda el titulado *coronel* insurrecto Varona, rehuyendo el encuentro con las tropas, recorren los sitios indefensos y campan en ellos por sus respetos.

Estas partidas ascienden á unos 4.000 ginetes, la mayor parte sin armas de fuego, dedicados exclusivamente al saqueo é incendio y todo género de tropelías. El pánico que se ha apoderado de los habitantes de toda esta provincia es tal, que aquí han refluído en gran número vecinos de pueblos abiertos situados á más de veinte leguas de distancia, haciendo muchos el viaje sin probar bocado.

Varona ha publicado un bando disponiendo que todos los hombres útiles de 20 á 50 años ingresen en las filas de la insurrección, so pena de ser asesinados ellos y sus familias.

En este momento entran en la ciudad 200 carretas con otras tantas familias. Estamos abocados á una miseria horrible, que con el aumento de población no puede menos de alterar la salud pública. Si siguen así las cosas, la provincia entera se convertirá en un desierto, en donde no podremos subsistir ni los habitantes ni los insurrectos. En la ciudad ya no cabemos en las casas.

El ex-alcalde de Pinar, don José María Suárez, ha llegado á pié con su familia; las partidas le quemaron todas las fincas y hasta la casa en que habitaba. En el barrio en que vivía no ha quedado en pié ni el más insignificante bohío.

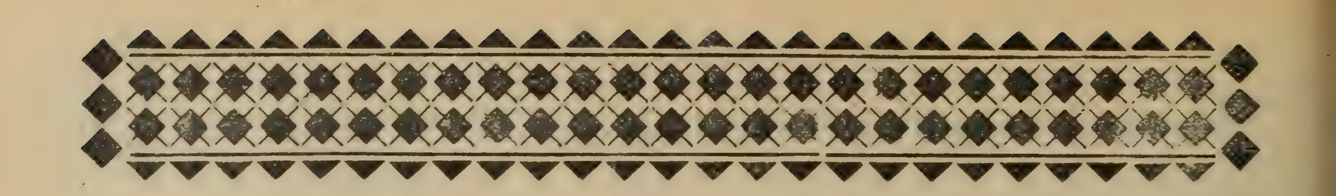
A San Juan, después de haber sido incendiado, volvieron las hordas salvajes y echaron abajo las paredes de las pocas casas que aún se sostenían en pié.

Las tropas hacen cuanto pueden y más de lo que humanamente se

les puede exigir; pero la extensión que han de vigilar es muy grande, y lo despoblado del territorio favorece á los malvados insurrectos. —*X***...»

¿Puede darse situación más triste y deplorable que la que los *regeneradores* de Cuba habían creado á sus propios hermanos de la rica comarca de Vuelta Abajo? La ruína, el hambre, la miseria..., la muerte; he aquí lo que los pacíficos habitantes de Pinar del Río deberían á sus pretendidos *libertadores* de Oriente.





CAPITULO XXX

El diario de la guerra.—Golpe decisivo.—Dificultades del problema cubano.—Suprema necesidad de que la guerra termine.—Pacificación tardía.—Desconfianza y tristeza.—Nueva política.—Tarde y con daño.—La negociación.—La prensa.—¿Qué pasa?—La opinión intrigada.—Ingerencia de los Estados Unidos en el problema de Cuba.

HACÍASE preciso activar mucho las operaciones de guerra en la provincia de Pinar del Río para que dieran resultados efectivos. De otro modo echaríase encima la estación de las lluvias, que, si no paralizaba en absoluto los movimientos de las tropas, los entorpecería grandemente.

Se confiaba demasiado, á nuestro juicio, en que la falta de elementos de vida obligase á las partidas de Maceo á intentar un esfuerzo supremo para pasar á Oriente. Pudiera ser que los que así opinaban tuviesen razón; pero no sería porque los rebeldes encontrasen allí mayores dificultades que en cualquiera otra provincia para sostenerse; sería por otros motivos.

Aparte de que el suelo de la provincia de Pinar del Río es tan feráz como el de las demás, la extraordinaria extensión de sus costas y

su proximidad á las de los Estados Unidos, les permitiría recibir por mar recursos de toda especie, no obstante la vigilancia que ejercían nuestros barcos de guerra.

Conveniente hubiera sido poner en tela de juicio ciertas opiniones que pasaban por verdades inconcusas, ó que, por lo menos, se aceptaban por tales sin aquilatarlas. Habíase dicho, por ejemplo, y aun se seguía diciendo en aquella fecha, que los rebeldes carecían de todo y pasaban las mayores necesidades en Pinar del Río. ¡Ojalá hubiese sido cierto! Pero vamos á cuentas; ¿por qué se supone podrían encontrar guarida y alimento en las demás provincias y no en ésta? ¿Porque está poco poblada? Mucho menos lo están el Departamento Oriental y el Camagüey. ¿Por que el terreno es poco accidentado? Lo es mucho más que en Matanzas y la Habana. ¿Porque había poco ganado? Precisamente en el telegrama oficial del día 15 se dijo que el general Suárez Valdés se había apoderado de cien reses vivas.

No había, pues, que contar demasiado con que el hambre y la necesidad echasen de allí á las partidas de Maceo. Otras razones serían las que les movieran á intentar la salida. Nosotros bien hubiéramos querido que no hubiese habido más que una; el empuje de nuestros soldados; y al fin confiamos en que esa fuera la única que les obligase.

Pero ya lo hemos dicho. Si se había de castigar duramente á Maceo antes de la temporada de las lluvias, debieran haberse activado mucho más las operaciones de guerra en Pinar del Río y proseguirlas con gran energía. Así se hubiera podido atender antes y mejor á las partidas de la provincia de la Habana, donde por existir mayores medios de comunicación, se las hubiera podido vigilar y perseguir con menos dificultades.

El parte oficial del 15 señaló un nuevo intento de algún grupo rebelde de Pinar del Río para pasar la línea de Mariel-Artemisa por la parte Sur, cerca del fuerte Ciénaga. Los fuegos de los cañoneros *Al-*

mendáriz y *Dardo*, con fuerzas de infantería de Marina y marinería desembarcada, bastaron para hacer desistir á aquéllos de su propósito.

La presencia del polaco Roloff en Pinar del Río, noticia comunicada por el general Weyler, al dar cuenta de la acción con tanta bravu-



GUERRILLERO MOVILIZADO

ra sostenida por el batallón de Alfonso XIII, no dejaba de tener cierto interés, pues todo el mundo le creía bastante lejos de allí.

* * *

Había patriótica impaciencia porque se diera el golpe decisivo á la insurrección de Cuba, y hombres públicos y de Estado unían su deseo al clamor general, y lo hacían público. Natural era la impaciencia y legítimo el deseo de la opinión; pero preciso era considerar, al propio tiempo, con espíritu reflexivo, que si el enemigo hubiera presentado batalla y no hubiera adoptado como suprema necesidad de su existencia el fraccionamiento y la desbandada, la guerra hubiera concluído breve y rápidamente.

Si los que estábamos aquí deseábamos tan ardientemente el pronto término de la fratricida lucha, ¿quién duda que nuestro heróico ejército, que no tenía momento de reposo, ni se rendía en las marchas forzadas, ni se desalentaba con las privaciones y sufrimientos, ni desmayaba con la acción deletérea del clima, consideraría como gran título de gloria el dar pronto paz sólida á la gran Antilla?

Si aun no lo había conseguido, no era ciertamente por falta de persecución activa, enérgica, incansable, ni porque hubiese dejado de derramar abundante sangre, sino por el especialísimo sistema, mil veces descripto, que tenía el enemigo de hacer la guerra; porque la guerra, en fin, no podía ser dominada con la facilidad y rapidéz que perseguía la ilusión del deseo.

Por lo demás, nadie dejaba de considerar como de necesidad suprema para la patria la pronta terminación de la guerra; pero, como escritores, tenemos que meditar lo que decimos, añadiendo que si en nosotros hubiera consistido, nos fijáramos mucho en el sacrificio que la nación imponía á sus hijos, guardadores fieles de su honra y defensores heroicos de su integridad, siempre que fuese compensado con los beneficios de la paz; punto de vista esencial que ocupó seguramente la atención de los hombres de gobierno llamados á resolver el grave conflicto nacional pendiente.

La presente insurrección se diferencia radicalmente de la anterior,

que duró diez años. Entonces los filibusteros no pudieron invadir el occidente de la isla, que es la parte viva y floreciente. y productiva. Casi se puede afirmar que las provincias occidentales de la Habana, Pinar del Río y Matanzas *ganaron* con la guerra, aunque á expensas de las otras y de la patria.

Hoy son esas provincias las más castigadas; y Pinar, Matanzas y Habana, han sido durante largo lapso los centros y focos principales de la revuelta, sin que en los dos años y medio que llevamos de campaña y con 150,000 hombres hayamos podido conseguir verlas libres de la tea incendiaria y el puñal asesino de los bandoleros que mandó Maceo y dirige Gómez.

*
* *

Ya se nos alcanza que el problema es difícil, que la escandalosa ingerencia de los Estados Unidos alienta la rebelión y suma fuerzas y resistencias contra nosotros. Pero así y todo, hay que decir la verdad, y declarar que no corresponde á los enormes sacrificios de la nación el resultado alcanzado. Se pensó que el general Weyler conseguiría garantizar la zafra, y no fué posible evitar la ruina; se pensó que los rebeldes serían arrojados al oriente, y resulta, á pesar de la *casi pacificación oficial*, que en occidente se mantienen, y allí han desplegado y despliegan sus ferocidades de destruir, quemar y asesinar.

¿Qué lleva en su seno ese conflicto que así resiste á nuestros gigantes esfuerzos?

El comercio se halla paralizado, la crísis económica es honda, el hambre está haciendo estragos, la propiedad ha quedado anulada, las rentas desaparecen y puede decirse que en Cuba no hay más actividades que las del Maüser y el machete, las de la fiebre y el hambre.

El mal alcanza proporciones increibles; son los gastos incontables é insostenibles, y de rechazo viene la ola á la Península y arrastra al comercio, arruina al rentista y desequilibra la industria, que pierde aquellos insustituibles y riquísimos mercados.

Cálculos que nos merecen entero crédito, aprecian en *sesenta millones de duros* lo que la isla *mandaba* anualmente á la Península en forma de cupones, rentas, beneficios ó lucros, etc., etc.; también esa importación cesó, creando á miles de familias dificultades sin cuento.

De ahí, pues, la suprema necesidad para España de que la guerra concluyera, poniendo en juego á ese fin patriótico todos los medios imaginables, todas las acciones posibles, todos los resortes gubernamentales; porque la guerra era la ruina de la patria y la miseria de españoles y cubanos.

Por eso el Gobierno del señor Cánovas, obligado por fuerza mayor, prescindió resueltamente á mediados del mes de Abril de lo que desde Enero venía pensando y diciendo respecto de las cuestiones de Cuba, y habíase convertido por entero á la política de Martínez Campos.

Por ello, quiso aplicar de seguida las reformas, y aunque negaba el propósito de hacerlo en el inmediato Junio, como supusieron algunos periódicos, ofrecía, en cambio, para cuando llegase el caso, perfeccionarlas y ampliarlas hasta donde fuera posible.

***

Para justificar de algún modo esa mutación á la vista, alegó que no convenía tratar de tan árduo asunto, sino en presencia y con la solidaridad de las Cortes. Y ni siquiera reparó en que la naturaleza anómala de las recientemente elegidas, echaba por tierra el argumento y ponía de relieve la pueril insubstancialidad de la disculpa.

¿Qué habían de hacer, ni con qué autoridad habían de cooperar á la resolución del problema, unas Cortes en que no existía, ni existiría, representación cubana? ¿Cómo ni de dónde iba á sacar el Gobierno el concurso, la ayuda, y los consejos que conceptuaba necesarios?

Y adviértase que, ya lanzado por el camino de las reformas, no vacilaría en dejar distanciados al señor Maura y al señor Abarzuza.



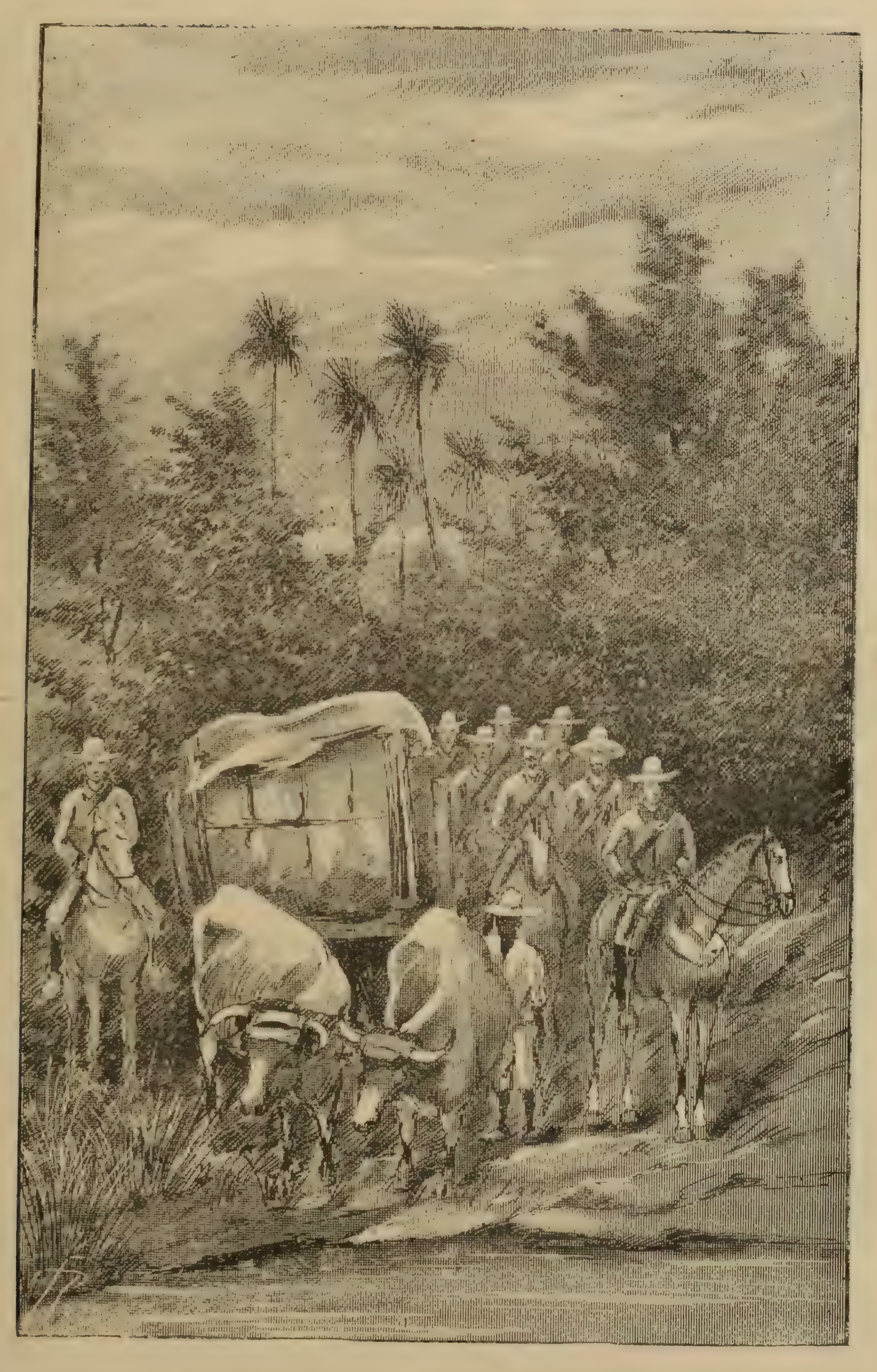
COSTA DE GIBARA (Santiago de Cuba)

Antes todo le había parecido demasiado; á la sazón, no había nada que se le antojase imposible.

Pocos días antes, consideraba peligrosa y antipatriótica la idea de otorgar concesiones al pueblo antillano, en tanto que por el hierro y el fuego no estuviesen reducidos y exterminados los separatistas; á la fecha, no le preocupaba más que un temor: el de que los facciosos no quisieran conformarse sino con la total independencia de Cuba.

Bien claro lo dijo *La Epoca* en su número del día 18:

«Si no fuera el insensato deseo de una independencia imposible lo que moviera exclusivamente á los insurrectos, y si la cuestión se redujera sólo á obtener ventajas compatibles con la permanencia de la sobe-



CONVOY CUSTODIADO POR VOLUNTARIOS

ranía de España, pocas dificultades ofrecería el problema, porque España ha sido ya generosísima en conceder franquicias á los cubanos, y no habría ahora de regatear exageradamente concesiones administrativas.»

¿Qué mayor demostración de que el Gobierno se avenía á pasar por todo, bajo la única condición de que subsistiera y permaneciera la soberanía de España?

*
* *

Nadie pudo creer que transformación semejante en el pensar y el sentir del presidente del Consejo de ministros, fuese fruto y obra de la divina gracia; nadie creyó que se tratase de una conversión milagrosa, efectuada mediante una caída de caballo ó de coche en el camino de la Huerta. Y todo el mundo vió, á no dudarlo, en ello, la mano y la mediación de Mr. Cleveland.

Mientras el gobierno de Washington y el de Madrid deslumbraban y atraían al pueblo español con el espejuelo de la beligerancia, de una y otra parte corrían tratos é insinuaciones de carácter oficioso, á fin de llevar á la práctica el segundo extremo de la resolución votada en la Cámara de los Estados Unidos.

Es evidente que se aceptó en principio aquella mediación amistosa, contra la cual hubo tantas protestas en los primeros instantes.

Lo descubrieron en sus correspondencias los periódicos norteamericanos que gozaban prestigio y fuero entre los ministros españoles, y lo confirmó la misma prensa conservadora en el hecho de reproducir apreciaciones y juicios remitidos á Nueva York en aquellas correspondencias.

Mr. G. Miner, corresponsal del *Herald*, comunicó al gran periódi-

co americano, en uno de sus despachos, esta impresión altamente significativa:

«La tranquilidad que reina en España me permite suponer que el conflicto pendiente quedará pronto resuelto de manera satisfactoria. Para ello solo es necesario que el presidente Cleveland haga amistosas indicaciones tocante á las reformas que deben ser implantadas en Cuba.»

La Epoca no tuvo inconveniente en acoger y reproducir esas palabras.

Dedúcese de ello que el carácter y la extensión de las reformas dependían del honorable míster Cleveland.

Y por analogía, era muy probable que de la opinión de Mr. Lée, general que actuaba entonces de cónsul en la Habana, dependiera, asimismo, cualquier modificación que pudiera ocurrir en los planes y operaciones de la guerra.

Si únicamente se tratara de una rectificación política, no protestaríamos nosotros. Siempre hemos predicado y pedido lo que intentó realizar el Gobierno. Siempre hemos dicho que se debía atender, á la vez y aun antes, que á la pacificación material, á la pacificación moral de la grande Antilla.

Pero queríamos que tales procedimientos fueran aplicados por la expontánea y libérrima voluntad de la nación española; no, ni nunca, por consejos muy parecidos á intimaciones de pueblos y gobiernos extraños.

Lo que á principios de aquel año hubiera merecido nuestro humilde aplauso y nuestra aprobación entusiasta y desinteresada, no pudo inspirarnos á la sazón más que invencible desconfianza y profundísima tristeza.

No basta un arrepentimiento tardío y á destiempo para que sean perdonados á aquel Gobierno sus persistentes y funestos errores.

En Enero y no en Junio se hubiera debido acudir á la acción política cómbinada con la militar; del anterior Parlamento, investido de autoridad bastante, se hubiera debido recabar para ello el necesario



SOLDADO CUSTODIANDO PRISIONEROS MAMBISES

apoyo y nó de las nuevas Córtes, que por falta de representación cubana, no tenían autoridad alguna.

Durante un año agotaron nuestros gobernantes, por empeñarse en sostener un método absurdo, la sangre y los tesoros de la nación; no estaban, pues, autorizados para cambiar de sistema, sin que á exigirles

estrecha responsabilidad se levantase toda España, trémula de dolor y de ira.

No se les regateó nada; no se puso límite al sacrificio requerido de todos; no hubo ni una queja ante la consideración del sin número de nobles existencias inmoladas en la manigua, ni ante la idea de la ruina, de la desolación y de la miseria en que aquí quedábamos, mientras al otro lado del mar se derramaba el oro á manos llenas, ¿cómo, pues, se había de tolerar, á los que tanto demandaron y obtuvieron, que bajo la presión de una potencia extraña cambiasen de doctrina y de conducta?

La nueva política anunciada era, á nuestro juicio, la única que podía producir buenos efectos, caso de que no fuese tarde para todo; pero no eran sus enemigos de siempre, no eran los conservadores, partidarios exclusivos de la represión y de la guerra con la guerra, los llamados á aplicarla.

La patria entera tenía derecho á decirles lo que decimos nosotros, al advertir una rectificación tan tardía, y, sobre todo, tan extemporánea. Tarde y con daño.

Podrán los sabios hacer experimentos fisiológicos *in anima vili*: no es lícito á ningún gobierno ensayar sistemas políticos por medio de vivisecciones tan cruentas como la que ha sufrido y está sufriendo aún España.



Es evidente, según dejamos dicho anteriormente, que desde que la Cámara de representantes de los Estados Unidos votó la beligerancia de los insurrectos de Cuba, en sesión del día 7 de Abril, entablóse entre nuestro Gobierno y el de los Estados Unidos una ne-

gociación, cuyo verdadero alcance se desconoció, pero llamada á producir en la opinión no pocas sorpresas.

Así lo apreciaron muchos hombres políticos y casi todos los periódicos madrileños.

El Liberal dijo en su sección de *Información política* del día 16 de Abril:

«Digan lo que quieran los periódicos oficiosos, y cualesquiera que sean las reservas que el Gobierno considere prudente guardar en cuanto á la negociación que se dice entablada entre Mr. Cleveland y el Gabinete español, referente á la guerra de Cuba, es lo cierto que lo que opina y lo que se propone el presidente de la República norteamericana, desde que las Cámaras de aquel país votaron la proposición de beligerancia, lo conoce el Sr. Cánovas del Castillo y es en estos últimos días á lo que consagra su atención preferente.

»Lo niegan los ministros, pero lo saben y no lo niegan en sus conversaciones más íntimas algunos prohombres, que por razón de su decisiva influencia en la política española, tienen motivos y aún derecho á conocer cuanto es esencial en las interioridades del Gobierno.

»Tal vez la opinion de esos prohombres haya sido consultada, y tal vez no se resuelva nada sin su concurso.

»Cuando se trata de altisimos intereses de la patria, no son presumibles los exclusivismos de partido.

»Parezca de esto lo que quiera, se tiene por indudable que, después de la votación de las Cámaras norteamericanas, no ha permanecido inactivo Mr. Cleveland, ni ha dejado de enterarse de ello, ni de estudiar soluciones, más ó menos explicitamente propuestas, el Gobierno español.»

* * *

El Correo, dijo:

«Para nosotros, es indudable que ha habido ó hay tanteos de negociación, y que el Gobierno se prepara à producir atmósfera en este sentido.

»No es tan facil afirmar, sin embargo, el resultado que tendrá este tanteo de negociaciones, porque el asunto es escabroso, y quizá se espera el efecto de nuevos desengaños y enseñanzas.

»Desde luego es de notar que bastantes ministeriales calificados lamentan, sin reserva, el poco resultado que hasta ahora han dado los esfuerzos del país y la acción militar del general Weyler.»

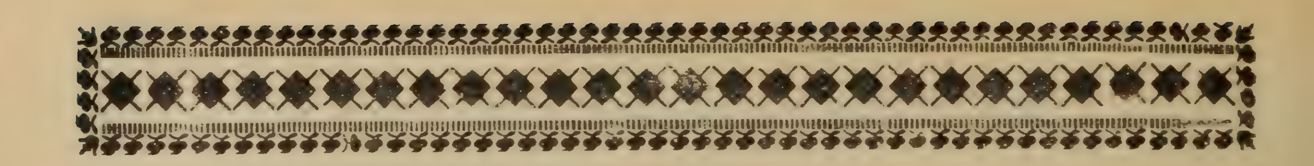
Por su parte, *El Imparcial* escribió:

«...Por otra parte, los espíritus observadores anotan varios indicios facilitados por amigos del Gobierno y que no dejan de tener valor.

»Cierto disgusto, porque la acción militar del general Weyler no ha correspondido con éxitos francos á las grandes esperanzas puestas en sus aptitudes y talentos; frases de pesar, por lo enorme de los sacrificios que á la nación impone la guerra; temores de los daños que puede producir la prolongación indefinida de sacrificios tales; sueltos significativos de la prensa oficiosa, son recogidos y analizados por los que pretenden percibir algo de lo que se hace ó se prepara más allá de la superficie.»

Y mientras la opinión intrigada se preguntaba con extrañeza é interés;—¿qué pasa?....—se insistía en que el problema, en todos sus aspectos exteriores, estaba planteado, y urgía llegar á una solución.





CAPITULO XXXI

El diario de la guerra.—Noticias de la Isla.—El *Ciudad de Cádiz.*—Fuerzas en la línea Mariel.—Los que regresaron de Cuba.—El general Aldecoa.—Pesimismos.—El teniente coronel Francés y sus recuerdos de la campaña.—Tristes escenas.—¡Pobres madres!—Carta de Santa Clara.—Detalles del ataque de Villa Clara.—*Post scriptum.*—Manifestación en honor del general Bazán.

Días hacía que los partes oficiales nos obligaban á tener fija la atención en la línea Mariel Artemisa, donde se presentaba infaliblemente cada veinte y cuatro horas algún grupo de insurrectos con el propósito de cruzarla.

Por si esto no bastase para despertar nuestro interés, el correo de Cuba, llegado á Cádiz el día 15, nos trajo noticias y detalles de las fuerzas que ocupaban aquella línea y otra porción de datos curiosos y de interés. Bien se deduce de todo ello, que el general Weyler cuidada la trocha con especial cariño.

En cuanto á los ataques de que había sido objeto, bien se vió, por lo que decían los despachos, que hasta la fecha ninguno había alcanzado gran importancia, lo cual, en definitiva, nos permitió creer que, noticioso Maceo de las fuerzas que allí se habían reunido, no se había atrevido por su propia cuenta á intentar la aventura.

Como tenemos siempre especial satisfacción en ponernos en lo justo, debemos creer que, aunque no sintiera aquel cabecilla apremios materiales de ninguna especie que le obligaran á pasar á la provincia de la Habana, su permanencia en Pinar del Río había de parecer á los ojos de todo el mundo más obligada que voluntaria, desde el momento que la línea militar se había establecido con el propósito de cerrarle el paso. Y aunque desde Cayajabos hasta Mántua, ó si se quiere hasta el mismo cabo San Antonio, no le faltaba espacio en que moverse, mien-



INSURRECTOS CONDUCIENDO EL CADAVER DE UN CABECILLA

tras no salvase la trocha se consideraría que estaba encerrado contra su voluntad, en la provincia de Pinar del Río.

Cierto que este plan nos inmovilizaba considerables fuerzas; pero como por desgracia estábamos poco acostumbrados á alcanzar ventajas materiales y positivas, no era cosa de poner grandes reparos á ésta, que lo era sin duda por su efecto moral, en tanto, al menos, que una fuerza importante de los rebeldes no lograse pasar la línea militar de Mariel-Artemisa.

Las noticias oficiales de las operaciones en el resto de la isla tuvieron aquellos días tan escaso relieve y se asemejaban de tal modo unas á otras, desde hacía algún tiempo, que todas parecían iguales. Además, á la legua se observaba que en la Habana no se sabía más que lo que el general Weyler quería que se supiera.

Cierto, que por las trazas, él también seguía ignorando el paradero del *generalísimo* Gómez.

* *

De las noticias que el vapor correo de Cuba *Ciudad de Cádiz* nos trajo, resultaba: que en el último correo de la Isla había enviado el general Weyler al ministro de la Guerra, un plano topográfico de la línea militar de Majana á Mariel.

Dicho plano estaba hecho en escala de 1 por 50.000 por el capitán de Estado mayor Sr. García Rivera, y era un trabajo excelente.

Según comunicación del jefe de Estado mayor de la isla, y que acompañaba al citado plano, la línea militar de Majana á Mariel estaba defendida por las fuerzas siguientes:

Batallón de la Lealtad.

Cinco compañías de Covadonga.

Escuadrones de Numancia y Alcántara.

Cuatro compañías de Baza.

Tres piezas de artillería de montaña.

Una compañía de Murcia.

Dos compañías de artillería.

Una sección de caballería de Pizarro.

Una sección de la guarnición de Artemisa.

Cinco compañías de Canarias.

Dos escuadrones de Pizarro.

Una sección de artillería de tiro rápido.

Cuatro compañías de Llerena.

Batallón de Tarifa.

Guarnición de Guanajay.

Dos compañías de San Quintín.

Cuatro compañías de Albuera.

Cinco id. de Valladolid.

Guerrilla montada de Zayas.

Una sección de artillería de montaña.

Escuadrones de Vitoria y Montesa.

Una sección de artillería de tiro rápido.

Batallón de Guipúzcoa.

Y la guarnición de Mariel.

Formaban la segunda línea tres columnas mandadas por los generales Arnáiz, Ruiz y Bernal.

El general en jefe de la línea, señor Arolas, tenía las fuerzas empleadas en abrir zanjas y todas cuantas obras de defensa tiene la nueva táctica militar, y, además, en la construcción de nueve Blakaus.

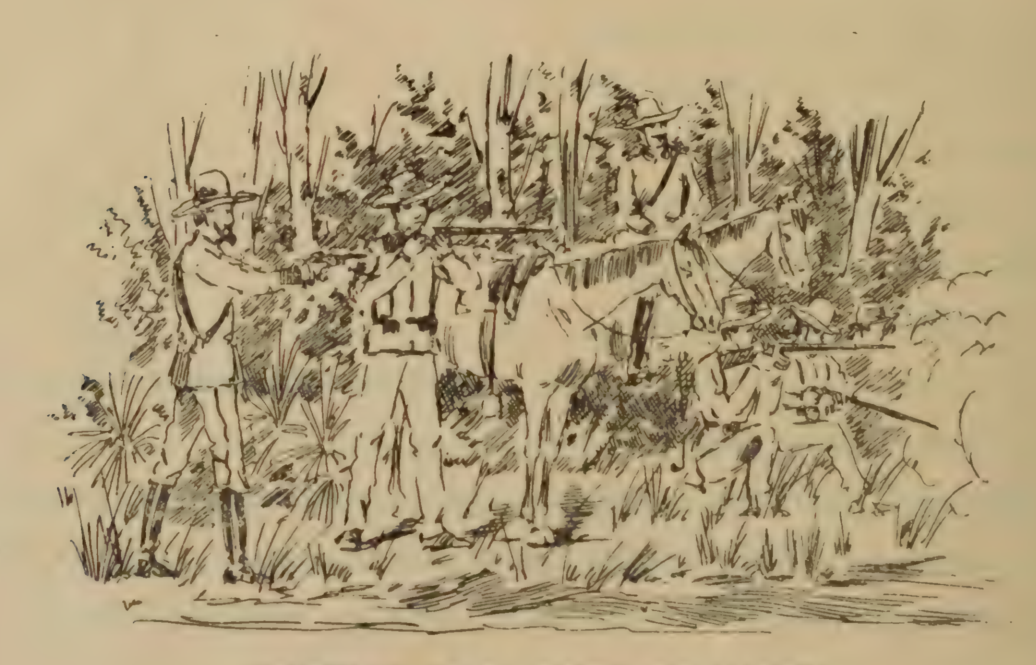
* * *

En el citado vapor *Ciudad de Cádiz* regresaron á la Península los generales Madán y Aldecoa, ambos enfermos, este último reumático; los tenientes coroneles Francés y Rosado; el coronel de Estado mayor, señor Costanza; el comandante Pérez Royo, 108 soldados y 10 marineros.

Vinieron, además, catorce dependientes de comercio, veinte y cinco obreros y diez y nueve confinados, de los cuales eran filibusteros 12.

Nuestro corresponsal en Cádiz nos comunicó que, según habíale dicho persona que había hablado con el general Aldecoa, éste no negaba en absoluto que su viaje hubiera sido motivado por disgustos con el capitán general de la isla.

El bizarro general se mostraba pesimista respecto á la campaña, pues creía que duraría años y que se invertirían en ella mucho dinero y muchos hombres.



FUERZAS DE LA LINEA DE MARIEL

Parece que trajo muchos documentos y antecedentes de la campaña para someter al ministro de la Guerra.

El teniente coronel Francés y el comandante Pérez Royo vinieron convalecientes de heridas: el primero, que mandaba el batallón de Alfonso XIII, trajo curiosos recuerdos de la campaña; una montura y armas con las iniciales de Antonio Maceo, y una cotorra que fué propiedad de la amiga íntima del cabecilla mulato, que era la mujer de un médico cubano, una de las amazonas que llevaba Maceo en su «Estado mayor.»

La montura y la cotorra las cogió Francés en la acción de Caimanes, en la cual estuvo Maceo á punto de ser hecho prisionero. La cotorra, que era muy habladora, llamó mucho la atención: se desataba á menudo en improperios contra los españoles y gritaba frecuentemente ¡viva Cuba libre! Desde que la cogió el bravo jefe del batallón de cazadores la llevaba su asistente en la columna, asistiendo á los encuentros y combates, sin asustarse por los disparos y dando gritos, al oir éstos, de ¡fuego! ¡fuego!

El bravo teniente coronel Francés recibió varios machetazos en una pierna, en la acción de Paso Real: Pérez Royo recibió un balazo en el pecho, en la acción de Manjuarí. Los demás jefes venían todos enfermos.

Los dependientes de comercio y obreros contaron tristezas del estado por que atravesaba la isla de Cuba. La falta de trabajo les había obligado á venir á la Península. Dijeron que muchos, por este motivo, emigraban á las Repúblicas americanas, y otros se iban á la insurrección.

Las impresiones de los pasajeros fueron pesimistas. Dijeron que urgía una enérgica acción antes del período de las lluvias.

El desembarco de los soldados, de los que catorce venían inútiles por acción de guerra, y enfermos todos los demás, dió ocasión á tristísimas escenas en los muelles.

Las mujeres les preguntaban ansiosas por sus hijos, y los soldados les daban esperanzas, no obstante saber que algunos habían muerto.

¡¡Pobres madres!!

***

Por el mismo correo recibimos la siguiente carta de nuestro corresponsal en Santa Clara, dándonos interesantes detalles del ataque á la

capital de Las Villas por la partida de Leoncio Vidal, del que ya nos diera en su día noticia el cable.

«*Santa Clara* 26 de Marzo de 1896.

.....Impresionado todavía por el acto de audacia llevado á cabo por los insurrectos durante la noche última, voy á darles cuenta de los sucesos de que fueron teatro las calles de esta capital.

Conocida es de todos por su importancia y por ser una de las mejores ciudades de la isla, la capital de este departamento, conocido por Las Villas.

Cuenta la ciudad con buenos edificios y anchurosas y rectas calles, algunas de las cuales, las principales, afluyen á la plaza de Armas.

Con motivo de la guerra maldita que asola y devasta estos feracísimos campos y arruina esta rica comarca, Santa Clara tiene un bien surtido parque de artillería y extensas dependencias, atestadas de provisiones, en la factoría militar.

Sin duda por esto los insurrectos quisieron apoderarse de dichas dependencias y han realizado el golpe de audacia que tan caro les ha costado, y que tan mayúsculo susto nos ha proporcionado á cuantos nos creíamos aquí seguros del alcance de sus rifles.

Serían poco más de las doce de la noche del 23, y nada anormal indicaba lo que iba á suceder momentos después. El vecindario dormía en calma y sólo la guarnición, en cumplimiento de su deber, vigilaba y estaban atentos los centinelas, las guardias y retenes.

Por el barrio del Condado, cuyas últimas casas están rodeadas de árboles y manigua, y por una de ellas, cuya puerta accesoria da al campo, penetraron los insurrectos en la ciudad. Eran éstos una numerosa partida de caballería mandada por el importante cabecilla Leoncio Vidal.

Hasta que estuvieron dentro de la población procuraron guardar el mayor silencio, no contestando á los disparos de uno de los fuertes, cuya guarnición los vió, aunque á regular distancia. Estos disparos no

llamaron grandemente la atención del vecindario, ni produjeron alarma alguna en la guarnición, porque rara es la noche que no tienen que disparar los fuertes á los pequeños grupos que intentan acercarse.

Según un vecino, que los vió salir á la calle por la puerta citada, tardaron unos tres cuartos de hora en penetrar en la ciudad. Suponiendo, como es de suponer, que atravesaron la casa uno á uno y al paso, puede calcularse que ascendía á buen número la partida.

***

«Ya dentro de la población, cuyo plano conocían perfectamente, por ser de aquí muchos de ellos, se dividieron en distintos grupos para afluir, fraccionados y dirigiéndose por distintos sitios, á la plaza de Armas. El grupo más numeroso iba mandado por el cabecilla Vidal y entró por la calle de Colón, que en su desembocadura en la citada plaza tiene en un lado el parque de artillería y en otro la iglesia.

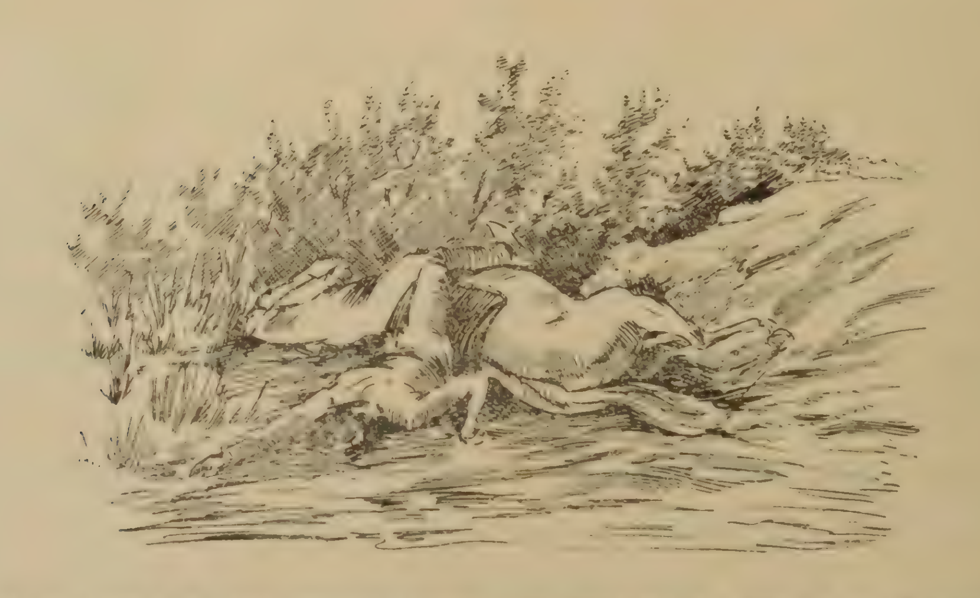
Ya agrupados en pelotón entraron en la plaza de Armas dando gritos y voces de ¡al machete! ¡mueran los patones! ¡viva Cuba libre! ¡viva Máximo Gómez! ¡viva Maceo! Este griterío, el nutrido tiroteo que le siguió, y los lamentos de los heridos, fué el ameno concierto que despertó á los tranquilos vecinos de esta ciudad.

Puestos en armas ejército y voluntarios, todos sin excepción, corrieron á ocupar sus respectivos puestos.

La primera acometida de los insurrectos fué, como queda dicho, á la plaza de Armas. El general Bazán, primer jefe militar de esta plaza, por ausencia del general Luque, se hallaba en su domicilio cuando el ataque comenzó. A los primeros disparos echóse á la calle con sus ayudantes y corrió presuroso á la plaza de Armas, á ponerse al frente de sus subordinados. Algunos le aconsejaron que esperase á tener noticias de lo que ocurría y á conocer la situación en que se hallaba la plaza.

Todo fué inútil. El bizarro y pundoroso general contestó que su deber le llamaba á la plaza de Armas al lado sus soldados, para contrarrestar el inesperado ataque del enemigo y defender á la población, aunque en ello se jugase la vida, que nada le importaba si la perdía en defensa de la patria y cumpliendo su deber de soldado.

Y, seguido de sus ayudantes, atravesó por entre los fuegos que hacían los insurrectos desde la calle de San José y la de Marta Abreu y



CADAVER DE UN INSURRECTO ABANDONADO EN LA MANIGUA

la guardia civil desde el Círculo reformista y el teatro, sito en la referida plaza.

Al abandonar su domicilio, en la calle del Carmen, el general Bazán, un grupo de insurrectos que desembocaba por la calle de Marta á la citada del Carmen, se dirigió machete en mano á acometerle; pero el nutrido fuego que la guardia civil hacía á los de la calle Marta Abreu los contuvo. Seguramente los *mambises* no conocieron al general é ignoraban que fueran éste y sus ayudantes los que allí iban; de saberlo, hubieran hecho un pequeño esfuerzo y lo machetean.

El jefe que iba al frente del grupo insurrecto, gritó: «A concluir con ellos, que son pocos», pero su gente, temerosa del fuego que hacía la guardia civil desde el Círculo y el teatro, no se atrevían á avanzar y empezaron á retroceder, para evitar lo cual, vimos cómo sus jefes la



El enemigo opuso escasa resistencia á nuestros soldados... (pág. 453)

emprendieron á palos con ellos, á fin de contenerlos en su huída.

Entre tanto llegaba el general y sus ayudantes á la plaza de Armas.

* * *

«Una vez en la plaza de Armas, el general Bazán subió al Círculo reformista, ocupado, según he dicho, por la guardia civil, y corrió presuroso á asomarse á una de las ventanas, para hacerse cargo de la situación. En aquel momento, un guardia que estaba á su lado cayó mortalmente herido. Pidió el general una luz para examinarlo, y, al encender un fósforo uno de sus ayudantes, una nube de balas pasó silbando por encima de nuestras cabezas: la luz había servido de blanco á nuestros enemigos.

No existiendo teléfono en el edificio para poder comunicar el general con los fuertes y dar órdenes á los jefes de los destacamentos que los guarnecían, tuvo que abandonar el Círculo para trasladarse á la Casa Ayuntamiento, donde le había, teniendo para ello que atravesar de nuevo toda la plaza entre los fuegos de leales y traidores á la patria. Por fortuna, los insurrectos no tuvieron la precaución de cortar los hilos, y pudieron comunicarse desde allí las oportunas órdenes á la guarnición para rechazar tan imprevisto ataque é inesperada irrupción de los rebeldes.

Con el plano de la ciudad á la vista, el general Bazán dió órdenes tan acertadas y fueron éstas tan rápida y fielmente cumplidas, que al poco rato se vieron los insurrectos acorralados y cercados por todas partes y tuvieron que desistir de su loco intento y huír al grito de «sálvese el que pueda.»

A las cuatro de la madrugada, hora en que empezó á clarear el día, fué cuando terminó el fuego, pues ya á esa hora el enemigo había huído, escapando cada cual por donde pudo.

El espectáculo que ofreció la población al amanecer era inusitado y triste por demás. En calles y plazas se veían rastros de sangre y caballos muertos ó heridos. Las gentes madrugadoras ó advertidas del suceso pudieron recoger sombreros y mantas, perdidos y abandonados en la huída, encontrándose también algunos garfios de los que los insu-

rrectos usan para arrastrar los cadáveres de los suyos, que por sus ideas superticiosas no quieren abandonar, ni abandonan nunca, cuésteles lo que les cueste. Estos ganchos son parecidos á los que ahí se usan para sacar ó pescar los cubos de los pozos.

***

«Para concluir. El resultado de la loca empresa *mambí* ha sido un fracaso más para los insurrectos, que han podido convencerse una vez más de que nunca triunfarán ni podrán vencer á nuestros bravos soldados, aunque la sorpresa sea grande, como en esta ocasión.

Fué tan precipitada la huída de los *mambises*, que, contra su inveterada costumbre, dejaron abandonado en la misma plaza de Armas el cadáver de su jefe, el cabecilla Leoncio Vidal, y el de su asistente, que fueron muertos por los artilleros de la quinta batería que defendían el parque. El cadáver de Vidal fué identificado por multitud de vecinos que le conocían.

En las ropas del temerario cabecilla fué hallada una elegante cartera con importantes documentos; se recogió, además, un lujoso machete, con puño de plata, y un magnífico revólver.

El total de muertos excedió de 30, y los heridos fueron en gran número, pues según los vecinos del campo, al abandonar la ciudad los rebeldes iban más de 100 ginetes, de los cuales era raro el que no llevaba atravesado en la delantera un muerto ó herido.

Durante el ataque quemaron dos casas, tiendas de comestibles, que antes saquearon de los barrios extremos.

Se han distinguido en la defensa de la ciudad, en primer término, el general Bazán, á cuya valentía, pericia y talento han evitado que las salvajes hordas filibusteras no saquearan é incendiasen la población; el

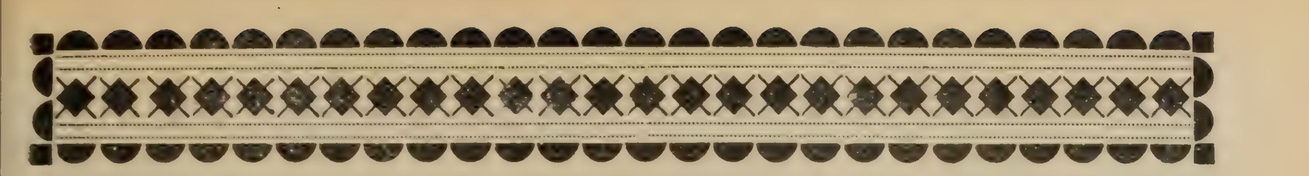
coronel señor Osset; el señor Brena, jefe de Estado Mayor; el señor González Alcalde; los ayudantes del general, comandante Pierrat, capitán de artillería Mariné y capitán de Pavía, Méndez Torre; el señor Ortí, de voluntarios; el capitán de la guardia civil, Moreno Raya; el capellán don Inocencio Lechuga, del regimiento de San Marcial, y todos los médicos militares que, junto con los capellanes de los regimientos, acudieron á los primeros momentos á prestar sus servicios, sin reparar en el peligro.—*X* »

Post scriptum.—Hoy se ha verificado una imponente manifestación presidida por el Ayuntamiento y compuesta del comercio y vecindario, en honor del general Bazán.

Los manifestantes nombraron una comisión, que ha visitado al general y le ha hecho expresión, en sentido discurso, de su agradecimiento por la brillante defensa que hizo de la población y de su deseo de que su permanencia aquí sea muy larga, para que ponga á la población en buenas condiciones de defensa, como tan peritamente hizo en Guantánamo.

El general contestó que nada tenían que agradecerle, pues sólo cumplió con su deber, y que en todo caso, las felicitaciones y los elogios debían ser para los señores jefes, oficiales, soldados y voluntarios, que tan señalada prueba de disciplina y de valor dieron la noche de la sorpresa.—**.»





CAPÍTULO XXXII

El diario de la guerra.—La expedición de Calixto García.—Despacho oficial.—La columna del general Valdés.—El enemigo batido y disperso.—Las partidas de Sanguily, Aguirre y Hernández batidas en San José.—Combates personales.—El coronel López Amor.—Sorpresa y combate.—Frente á frente.—Muerte del cabecilla Antonio Bermúdez.—Guerrilleros sorprendidos.—Lucha épica.—Detalles del combate de Guantánamo.—Nota estadística de las fuerzas insurrectas.—Importante acción de San José de Maffo.—Operación combinada.—El teniente coronel don Manuel Ruíz.—De Bayamo á Venta de Casanova.—En San José de Maffo.—¡Arriba los míos! ¡Viva España!—Derrota de los *mambises*—25 muertos rebeldes y buen número de heridos.—Importantes documentos recogidos en el campo de la lucha.

Las operaciones realizadas el 14 y 15 por las columnas que perseguían á Maceo en las Lomas de Rosario, se desarrollaron en los mismos lugares citados ya con ocasión del movimiento del día 9, que se supuso fracasado por no acudir á tiempo al lugar convenido la columna del coronel Echevarría.

En dichos días, como en el anterior, las partidas habían sido atacadas por nuestras tropas en Lechuza, y lo mismo que entonces la acción se había extendido hasta el ingenio Claudio, donde se batió en retirada la columna Devós y donde esta vez había sido derrotado el cabecilla Delgado, á quien se obligó á retroceder hacia Oriente.

El enemigo opuso escasa resistencia á nuestros soldados, cediendo

en todas partes el terreno casi sin disputarlo. El despacho oficial consignaba, además, que los rebeldes estaban desmoralizados y que andaban faltos de municiones. Para impedir que las recibieran por mar, las columnas de Suárez Inclán y de Villas quedaron operando en la costa Norte, en tanto que la de Valcárcel perseguía al enemigo en dirección de Candelaria.

También el general batió repetidas veces, cerca de Paso Real, á la partidas que se sostenían en la parte central de la provincia.



CABO DEL BATALLÓN DE MALLORCA
que se distinguió en el combate del día 17.

Un periódico filibustero, que se publicaba en Nueva York, dijo que la expedición de Calixto García desembarcó el 25 de Marzo anterior en la desembocadura del río Bacunao, entre Santiago de Cuba y Guantánamo, y que el alijo se hizo en 14 botes, que quedaron abandonados y fueron recogidos por uno de nuestros cruceros.

Extraño fué que siendo la noticia cierta mostraran tan poco empeño los laborantes en propalarla, cuando utilizaban el telégrafo tan á menudo para sucesos de menos cuantía. Nos merecio, además, escaso crédito, porque los periódicos filibusteros mentían mucho, y los que habían asegurado que Maceo tomó á viva fuerza á Pinar del Río, bien podían decir que Calixto García había desembarcado en las costas del Departamento Oriental, sin que se les creyera.

De todos modos, parecía ya cosa evidente que esa expedición no desembarcó en Pinar del Río, como se temía, y que si Maceo fué allí á esperarla, se llevó un sclemnisimo chasco.

***

El general en jefe del ejército de operaciones en Cuba dió cuenta al Gobierno de la operación realizada el 14 y 15 en las Lomas del Rosario por las columnas que perseguían á Maceo y de la derrota del cabecilla Delgado, en los siguientes términos:

«Cumpliendo mis instrucciones, el general Suárez Inclán y el coronel Valcárcel salieron con sus columnas de Bahía Honda, y el coronel Villa con sus fuerzas desde Ramales, en busca del enemigo acampado en las Lomas del Rosario. Reunidas las tres columnas el 14 en San Diego Nuñez marcharon en combinación sobre Maceo, Banderas, Delgado y Perico Pérez.

El coronel Valcárcel sorprendió al enemigo en el potrero Tapia, cerca de Lechuza, trabando combate y batiéndole. Durante la acción acudió Suárez Inclán envolviendo el batallón de San Fernando al enemigo, en Lomas, al propio tiempo que apareció la vanguardia de la columna del coronel Villa atacando las posiciones de Maceo, al que desalojó de ellas y dispersó sus fuerzas.

Las columnas persiguieron al enemigo hasta Guasimas, donde acamparon aquéllas.

El general Inclán y el coronel Valcárcel siguieron el otro día á Maceo y Banderas, alcanzándoles en la loma San Julián, cerca de Rubí, de cuyas posiciones los desalojó el batallón de Baleares.

El coronel Villa persiguió á la partida de Delgado, á la que alcanzó y batió cerca del ingenio Claudio; obligándole á retroceder hacia Oriente un vivo ataque del batallón de Cuba.

El enemigo desmoralizado. Sólo tuvimos un muerto, un oficial y nueve de tropa heridos, y un cabo de San Fernando asfixiado, no puntualizando las bajas del enemigo, que fueron numerosas, por la rapidez en la persecución y dispersión. Se les cogieron armas, caballos, municiones, víveres y los ranchos puestos en el campamento.

Valcárcel sigue operando sobre el enemigo en dirección á Candelaria, y Arolas manda reconocimientos sobre Cayajabos.

Inclán y Villa operan en la costa Norte, en previsión de un desembarco por éstas. El enemigo falto de municiones.



SARGENTO DEL ESCUADRÓN DE LA PRINCESA
que se distinguió en el combate del día 17.

Recomiendo á V. E. penalidades y bizarría de las tropas en los combates y pericia de los jefes.—Weyler.»

***

El general Vladés, operando con las fuerzas de su mando al Este de Pinar, batió el día 15, en combates sucesivos, á las partidas de Bermúdez y otros cabecillas en Paso Real de San Diego, Santa Mónica y

Bayaniguas, tomando trincheras en Paso Volante y acampando en Pinar Calaleno.

El enemigo tuvo ocho muertos vistos y muchos heridos que retiró. La columna tres heridos y cuatro caballos muertos.

El siguiente día 16 atacó al enemigo en monte Guajaros, ocupándole quince caballos, armamentos y municiones, y dispersándole.

En la provincia de la Habana, la columna del teniente coronel Rotjer batió y dispersó, el día 16, en San José, Lomas y Viajacas, á las partidas de Aguirre, Sanguily y Fernández. Simuló retirada, y el siguiente día 17 batió de nuevo al enemigo, tomándole posiciones á la bayoneta dos compañías de Mallorca, y causándole siete muertos y numerosos heridos.

En combates personales un sargento del escuadrón de la Princesa y un cabo del batallón de Mallorca mataron al arma blanca dos insurrectos.

En reconocimientos practicados en Jaruco se cogieron cuatro prisioneros.

La columa capitaneada por el coronel López Amor sorprendió cerca de Caguayabón á la partida capitaneada por el cabecilla Antonio Bermúdez. Hasta que los soldados no estuvieron á pocos pasos de los bohíos en que los insurrectos estaban ocultos, nada sospecharon de la presencia de las tropas, y cuando se vieron punto menos que acorralados, fué tal su sorpresa y el pánico que de ellos se apoderó que sólo pensaron en la fuga.

Rifle en mano salió del bohío en que descansaba el jefe de la partida, cabecilla Bermúdez, encontrándose de manos á boca y frente á frente del coronel López Amor. El cabecilla disparó dos tiros al coronel, que afortunadamente no dieron en el blanco, saliendo milagrosamente ileso el bizarro jefe de la columna, y cuando aquél se disponía á herir, los soldados le hicieron algunos disparos, matándole.

Un grupo de guerrilleros voluntarios de Placetas (Las Villas), que salieron á forrajear en las inmediaciones de la población, fueron sorprendidos por una numerosa partida rebelde.

Los valientes guerrilleros, no obstante ver la inmensa superioridad numérica de los enemigos, decidieron morir matando, y con denuedo y bravura española entablaron una lucha épica.

El enemigo, después de reñida y sangrienta lucha, se retiró con importantes bajas.

Los bravos voluntarios tuvieron nueve muertos y catorce heridos graves.

***

Dignos son de ser consignados en estas páginas los interesantes detalles, que desde Guantánamo se nos comunicaron, referentes al encuentro y glorioso combate sostenido el día 11 de Marzo por la primera compañía del primer batallón de Simancas, número 64, al mando de su bravo capitán D. José Vivar Perez y segundos tenientes D. Juan González Gutierrez y D. Miguel Rabanadas Navas, en la zona del Llano de Guantánamo.

Serían las dos de la tarde del citado día 11, cuando salió dicha compañía, que formaba una columna de 150 indivíduos de tropa, del ingenio «San Antonio», en dirección á la colonia «San Rafael», con objeto de practicar algunos reconocimientos.

A la media hora de haber emprendido la marcha, se vió una fuerza armada que atravesaba un cañaveral quemado, próximo á las lomas del Makey, compuesta de unos 200 hombres, vestidos todos con traje blanco, manta y macuto á la espalda.

Visto el orden en que marchaban y la limpieza de sus trajes, se

creyó en el primer momento que eran fuerzas de nuestras escuadras, y se dispuso que por uno de los cornetas se tocase "atención y alto", siendo contestado el toque por un nutrido fuego, por las fuerzas que se creían leales y que resultaron ser insurrectos, entablándose, como es consiguiente, acto seguido, la acción por ambas partes.

El inteligente capitán señor Vivar, visto el número de enemigos, á pesar de las condiciones del terreno, dispuso que la cuarta sección, al mando del teniente señor González Gutierrez, flanqueara el costado izquierdo, mientras que la retaguardia, al mando del otro teniente Sr. Rabanadas, avanzaba en persecución de los rebeldes por el costado derecho: este envolvente y estratégico movimiento hizo confundir y aterrorizar á las fuerzas enemigas sobre las que los bravos soldados de Simancas descargaron una verdadera lluvia de balas, que caían sobre apuellos bandidos, atacados con brío y empuje por las dos secciones centrales, al mando de su capitán.

Viendo el enemigo el arrojo y decisivo avance de la columna se lanzó al bosque, á la desbandada y en precipitada fuga, demostrando gran empeño en llevarse los muertos y heridos que se le causaron, que á larga distancia se les veía recoger y cargar.

En este instante, el capitán ordenó un ataque á la bayoneta, y al grito de ¡viva España! se lanzaron los bravos soldados sobre el enemigo, con el arrojo y bizarría que siempre han demostrado, no pudiendo efectuar el avance decisivo hasta dar alcance al enemigo, por impedirlo un espeso cañaveral y aproximarse la noche.

Terminado el combate, se verificó un escrupuloso reconocimiento en el campo enemigo, dando por resultado que los cobardes *mambises* demostraron una vez más su *valentía*, dejando abandonados cuantos efectos llevaban consigo y les pudieran molestar para correr;... ¡hasta los sombreros se dejaron en el campo de batalla!, y de ellos se recogieron gran número, así como mantas, ropas y varios efectos de guisar y de incendiar.

Las bajas del enemigo no pudieron precisarse, pero si se puede asegurar que se les hicieron varios muertos, á los que se les vió retirar, y gran número de heridos, que recogieron y se llevaron, como lo indicaban los grandes charcos de sangre que dejaban á su paso, las manchas del rojo líquido vital que se veían en las prendas recogidas, y los macutos atravesados por proyectiles Maüser.

Lo más glorioso de este combate—según afirma nuestro informante,—fué el no haber tenido la columna ni un solo contuso, no obstante haber sostenido el nutrido fuego del enemigo por espacio de tres cuartos de hora y á campo descubierto.



CABECILLA LEONCIO VIDAL.

* *

El *New Yorck Herald*, en su edición de París del 15 de Marzo, publicó la siguiente estadística de las fuerzas con que en esa fecha contaban los rebeldes cubanos.

Como quiera que no determinaba el periódico citado los puntos en que había recogido los datos necesarios para formularla, consideramos dudosas las cifras consignadas; pero en la imposibilidad de comprobarlas *oficialmente*, la reproducimos íntegra, á título de curiosa.

Las fuerzas y situación de las partidas insurrectas eran las siguientes, á principios del referido mes de Marzo:

	HOMBRES	
Máximo Gómez	8.000	
Antonio Maceo, Miró y Zayas	5.000	
		13 000
En la provincia de Santa Clara.		
Serafín Sánchez	4.000	
Roloff y Pancho Pérez	500	
Mirabal, Ferrer y Veguita	500	
Rego, Sixto, Roque, Polo y Sánchez	500	
Cortina, Vidal y Juan Bravo	400	
Juan Toledo y El Inglesito	400	
Muñóz, Chapotín, Socorro y Lino Pérez	200	
		6.500
En la provincia de la Habana.		
Lacret	3 000	
Quintín Banderas	3 000	
Massó, Alvarez, Castillo, Mestre y Núñez	3.000	
Aguirre, Díaz, Hernández y Palacios	2 500	
Villanueva, Acosta, Aguilar y otros	300	
		11.800
En la provincia de Matanzas		
Rafael Cárdenas	800	
Clotilde García	600	
Matagás	400	
Barroto, Pancho, Sardinas y Eduardo García	400	
Aulet, Morejón, Bimas, Martínez y Sotolongo.	400	
		2.600
En la provincia de Puerto Príncipe		
Machín, Rodríguez y otros	1.500	
		1 500

		HOMBRES
En la provincia de Santiago de Cuba.		
José Maceo, Rojas y Rodríguez	3.500	
Reyes, Benítez, Varas, Wilson y Mendieta	1.000	
Carrillo, Joaquín García y otros	600	
Robau, Cebrero, Rouen y Planas	400	
		5.500
En la provincia de Pinar del Río.		
Delgado, Fernández, Sánchez y otros	2 500	
Varona, Ruperto Sánchez y otros	800	
Oliva y otros	600	
		3 900
TOTAL	44 800	

* * *

De nuestro corresponsal en Santiago de Cuba recibimos por correo y vía extranjera noticias y detalles de la importante acción de San José de Maffo, librada contra fuerzas insurrectas de las partidas de Rabí y Estrada, en *La Ratonera* y en terrenos de la citada montuosa finca, término de Venta de Casanovas (Bayamo), y en la cual tomó parte y distinguióse notablemente el bravo teniente coronel don Manuel Ruiz Rañoy, al frente de las guerrillas de Alcántara.

Para llevar á cabo una importantísima operación combinada, corriéronse las oportunas órdenes con la actividad que á todo asunto de guerra imprimía el dignísimo general Bargés, jefe del primer cuerpo de ejército en operaciones en el departamento Oriental, y, al efecto, el día 28 de Marzo salió de San Luís (Santiago de Cuba) una columna compuesta de los batallones de Asia, Constitución, escuadrón del Rey y

guerrillas del coronel Tejeda, en número de 2 600 hombres. Esta co-columa debía fraccionarse en dos, á su paso por el río Contramaestre.

Por medio del heliógrafo dispuso el general Gasco, jefe de la brigada de Bayamo, que salieran de esta plaza las fuerzas de su mando en la misma dirección: San José de Maffo.

La brigada de Bayamo se componía de 650 hombres de los batallones de Alcántara y Colón, el cual hallábase en aquella fecha en Jiguaní á cuyo punto había ido escoltando un convoy.

Al recibirse en Bayamo á las tres de la tarde del 1.° de Abril las órdenes del general Gasco, el teniente coronel de Alcántara don Manuel Ruiz Rañoy, con una actividad digna de elogio, organizó la columna, y el mismo día, á las cuatro de la tarde, esto es, una hora después, salía al frente de ella en dirección á Baire, recogiendo en Jiguaní las fuerzas del batallón de Colón.

Susurrábase en ambas columnas, que la operación obedecia á un estratégico y hábil plan concebido y combinado por el general en jefe del primer cuerpo de ejército, para caer sobre numerosas fuerzas insurrectas concentradas en San José de Maffo, en espera del cabecilla Calixto García, que iba á hacerse cargo de las partidas de Oriente.

Al llegar la columna Ruiz al sitio nombrado «Cruz del Yarey,» los disparos de algunos exploradores anunciaron la presencia del enemigo.

Avanzó ordenadamente la infantería, y después de un ligero tiroteo retiráronse las avanzadas rebeldes.

Las guerrillas de Alcántara y Colón salieron en persecución del enemigo, al aire de carga, pero puesto éste en precipitada fuga no se le pudo dar alcance por la fuerza montada á las órdenes del teniente coronel de Colón señor Escudero, que recorrió el camino real hasta el cementerio de Baire, donde se unió á la infantería que avanzaba por la izquierda.

A pesar de la obscuridad de la noche, la columna fué constantemente tiroteada por los rebeldes, ocultos en la manigua.

Sin otra novedad, entró nuestra fuerza en Baire, á las once de la noche, y allí acampó y pernoctó, sin que durante toda ella dejara de ser tiroreado el campamento, no contestándose por las tropas á tales fuegos... *fátuos*.

***

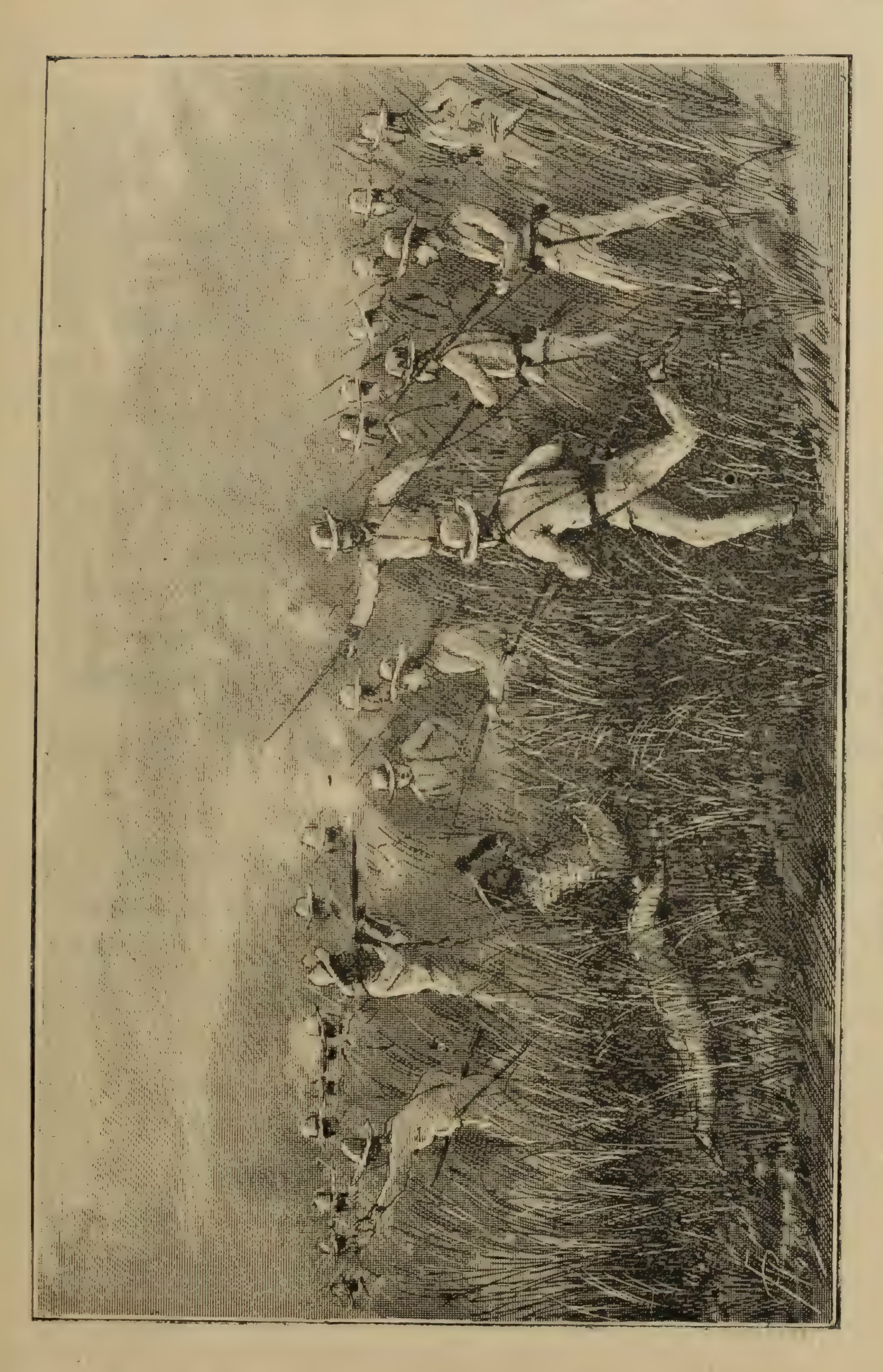
A las cuatro y media de la mañana siguiente se tocó diana en el



EL CABECILLA ANTONIO BERMÚDEZ.

campamento, y á las cinco se emprendió de nuevo la marcha por e camino real en dirección á Venta de Casanova.

Durante todo el trayecto, la columna fué hostilizada con tenaz ti-



COMBATE EN EL INGENIO «JOSÉ VALIENTE»

roteo por los rebeldes, que fraccionados en numerosas guerrillas hacían fuego desde el monte á ambos flancos, aprovechando lugares ventajosos desde donde acechar el paso de nuestras tropas y disparar á mansalva.

Los soldados seguían inpérterritos su marcha, exclamando algunos jovialmente al oir silbar las balas sobre sus cabezas: *«Rediós cuantos mosquitos.»*

En esta forma y oyéndose fuego por todas partes, llegó la columna á las alturas de *La Ratonera*.

Allí el enemigo, en grueso número, se parapetó tras una ligera trinchera que dominaba el camino por el que avanzaba la columna, sobre la que dispararon rápidas y nutridas descargas, que fueron entonces contestadas con brío, viéndose caer á dos rebeldes atravesados por las balas.

El caballo que montaba el teniente de artillería, cayó muerto de un balazo, y resultó herido de otro balazo el del capitán ayudante de Alcántara.

El enemigo, al recibir la rociada de plomo, abandonó el parapeto y huyó hácia el interior.

Después de esta escaramuza, la columna dejó el camino real y tomó el que conduce á Maffo, y serían las diez de la mañana cuando los guerrilleros que formaban la extrema vanguardia avistaron las avanzadas insurrectas, ya en terrenos de la montuosa finca titulada «San José de Maffo.

Casi á la vez rompióse el fuego por ambas partes, generalizándose al poco rato en las dos extensas líneas y oyéndose crujir un espantoso tiroteo, al mismo tiempo que avanzaban los dos bandos.

De pronto, el bravo teniente coronel Ruiz, se lanzó á vanguardia y poniéndose al frente de sus guerrilleros, gritóles con estentórea voz.

—¡Arriba los míos! ¡Viva España!

Las guerrillas, con sus valientes oficiales al frente, se lanzaron

contra el enemigo, ensoberbecido por la superioridad numérica y por la ventajosa posición elegida y ocupada de antemano.

Brillaron al aire los machetes, y como una tromba cayeron los valientes guerrilleros de Alcántara y Colón sobre las filas insurrectas, llevando consigo la muerte y sembrando el pánico y el desconcierto en las filas insurrectas, que empezaron á flaquear y á recurrir al recurso de siempre: la fuga.

Aquel momento fué terrible; nuestros bravos soldados entusiasmados por el ejemplo de sus jefes avanzaban con denuedo á través del fuego enemigo, descargando sus fusiles sobre las masas rebeldes, que trataban de repeler el ataque con un nutridísimo tiroteo y con salvajes gritos; sonaban los golpes secos del machete español al chocar con los machetes *mambises*, y oíanse imprecaciones de rabia y alaridos de dolor, en medio de la infernal barahunda y el contínuo silbar de las balas que entre uno y otro bando se cruzaban, sin solución de continuidad.

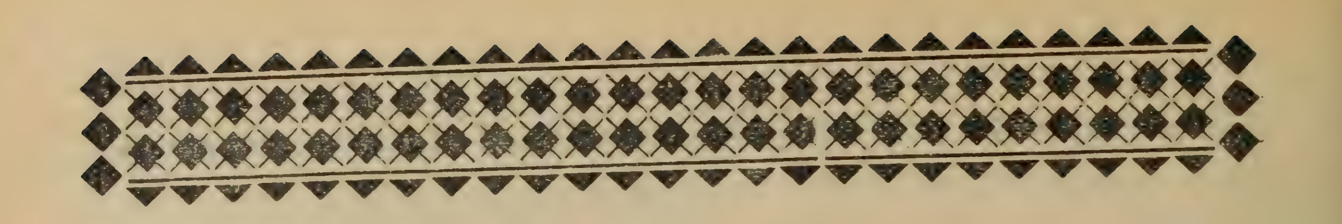
La pieza de artillería, puesta en juego y hábilmente manejada, enviaba entre tanto certeros proyectiles sobre los grupos rebeldes, que eran barridos por la metralla.

El enemigo huyó á la desbandada, fraccionándose en diversos grupos, dejando tendidos en el campo y en poder de la victoriosa columna 25 muertos, suponiéndose que retiraron algunos más, así que un considerable número de heridos.

Fueron encontrados importantísimos documentos referentes á su organización, así como algunas armas y municiones abandonadas en el pánico de la fuga.

Según los documentos recogidos ascendían á considerable número las fuerzas insurrectas concentradas en Maffo por los cabecillas Rabí y Estrada.





CAPITULO XXXIII

El diario de la guera.—Despachos oficiales.—Tres combates.—El batallón de Luzón en el ingenio «José Valiente».—86 bajas al enemigo.—Encuentro en Matanzas.—Muerte del ayudante de Lacret.—Justa recompensa á los heroicos defensores del «Ramblazo».—Aún hay justicia en la tierra.—Incendios de ingenios y quintas.—Guerra á los niños.—Diario de la guerra.—Operación combinada contra Maceo.—Las columnas de Suarez Inclán, Villa y Valcarcel.—Maceo y Banderas batidos.—El batallón de Vergara.—El bravo sargento Narciso Ruiz en el combate de Cangre.

A la actividad desplegada por los rebeldes durante aquellos últimos meses, actívidad recrudecida en los momentos en que se discutía el reconocimiento de la beligerancia en la Cámara de los Estados Unidos, sucedió un período, todavía corto pero evidente, de relativa quietud, casi de desmayo, como si los efectos de aquella discusión no hubiesen respondido á las esperanzas por los insurretos concebidas.

Por otra parte, el aislamiento en Pinar del Río de Antonio Maceo, imposibilitado de comunicarse oportunamente con Máximo Gómez; la inacción manifiesta del *generalísimo*, por impulso propio ó por causas superiores á su voluntad, y la falta de dirección que se observaba en los movimientos de las partidas, fueron otros tantos motivos que inducían á sospechar que la insurrección se encontraba en mo-

mentos de crisis, engendrada por dudas y vacilaciones, cuyo verdadero fundamento no era posible determinar, pero no por ello era menos facil de advertir.

Posible fuera que las dificultades surgidas en el campo insurrecto, cualquiera que ellas fuesen, se resolvieran de un momento á otro; pero no estará de más consignar que coincidieron por extraña casualidad con los rumores del planteamiento de las reformas, que aquí circularon aquellos días con verdadera insistencia, á pesar de las negativas, no muy rotundas, sea dicho en honor de la verdad, de la prensa ministerial y aún de los mismos ministros.

¿Existió entre ambos efectos una relación inmediata? No lo sabemos á ciencia cierta. Basta con que señalemos el fenómeno, consignando de paso que los rumores favorables al restablecimiento de la paz fueron generalmente bien acogidos, en la seguridad de que la honra y el decoro de la nación quedarían á la altura exigida por los sacrificios hechos y aún por los que estaba dispuesto á realizar el país, si necesario fuese.

La historia y el tiempo, gran descubridor éste de verdades, dirán lo demás.

***

Al referirnos á las operaciones que se estaban llevando á cabo en la provincia de Pinar del Río, indicamos en el capítulo precedente la conveniencia de empujar á Maceo sobre la línea Mariel Artemisa. Por lo mismo nos lamentábamos de que las columnas que le perseguían desde el interior no se hubiesen mantenido á sus espaldas, con objeto de cerrarle el paso hacia Occidente. Posible es que para realizar esta operación con probabilidades de éxito, no fueran suficiente las tropas que por entonces maniobraban á retaguardia de Maceo, ó que creyen-

dole decidido á salvar la trocha, más que de impedirle el retroceso, se cuidasen de ir á reforzar las fuerzas, que ocupaban la línea militar.

Algo de esto debió ocurrir indudablemente, puesto que á la fecha, con mejor acuerdo, se estaban reforzando las columnas que operaban en el interior de Pinar del Río, con el propósito, según decían de la Habana, de obligar á Maceo á batirse, ó á ir sobre la trocha, que se consideraba infranqueable. Tal era, en efecto, la operación que nos pareció indicada, como hemos dicho anteriormente.

Tres combates de alguna importancia señalaron los despachos oficiales de los días 19 y 20. El de Guanabo (Habana), donde la columna del comandante Fonsdeviela sorprendió y batió á la partida de Lino Mirabel, sosteniendo con ella rudo combate, y causándole diez muertos, entre ellos un titulado oficial, y cogiéndole armas, monturas y otros efectos. En este combate distingnióse notablemente, hasta ser motivo de felicitación por el jefe de la columna y oficiales, un sargento del escuadrón de Villaviciosa que peleando en la vanguardia dió muestras de un arrojo y una bravura temerarios y heróicos, luchando solo y aislado contra un grupo numeroso de rebeldes que le tenían cercado y de los cuales se deshizo matando á dos y poniendo fuera de combate á los demás.

Los otros dos fueron, el encuentro en el potrero Zaldiva (Habana), de la partida Castillo con la columna del general Melguizo, en el cual la caballería mandada por el bravo capitán Ruiz en una brillante carga, después de vivo fuego, dispersó al enemigo, causándole diez muertos, que abandonaron en el campo, y cogiendo caballos, monturas y armas. En su huída, los *mambises* incendiaron los cañaverales para dificultar la persecución.

Y el ocurrido en el ingenio «José Valiente», cerca de Santo Domingo (Las Villas), de mayor importancia aún que los anteriores, puesto que en él se causaron al enemigo 86 bajas.

Hé aquí los detalles oficiales de tan importante hecho de armas.

El teniente coronel Elola, al frente del batallón de Luzón y guerrillas montadas, al mando del capitán Lasso, tras notable marcha batió á varias partidas de Santa Clara y Sagua, que reunidas en número de 2.000 rebeldes habían tomado posiciones y se defendían en el ingenio «José Valiente», cerca de Santo Domingo. Después de nutrido fuego por descargas y un ataque á la bayoneta, cargó el capitán Lasso con guerri-



INSURRECTOS MUERTOS ENCONTRADOS DESPUÉS DEL COMBATE DE MAFFO

llas contra el mayor núcleo de las fuerzas rebeldes, á las que deshizo y desbarató por completo, poniéndoles en precipitada fuga y causándoles 86 muertos, 14 de arma blanca, que dejaron abandonados en el campo. Cogiéronse armas, máquinas para hacer cartuchos, gran cantidad de municiones Maüssers argentinos, armas y caballos, y, aunque el parte no lo indicaba, es de suponer que se hizo algún prisionero. En las cargas á la bayoneta es poco menos que imposible no hacerlos.

El bravo capitán Lasso y el médico resultaron contusos y la columna tuvo un muerto y ocho heridos, dos de éstos de arma blanca.

***

Ya recordarán nuestros lectores que, según hemos consignado en páginas anteriores, hacía algún tiempo se díjo que el secretario del cabecilla Lacret había ido á la Habana á conferenciar con el general Weyer y á hacerle no sabemos qué clase de proposiciones. Pues bien; en el parte oficial del 20 se decía que éste sujeto había sido muerto en un encuentro en Matanzas.

«El teniente coronel Aldea, del batallón Valencia, derrotó á las partidas de Lacret y Collazo, en Jesús María, causándoles tres muertos Persiguióles hasta la Ciénaga de Zapata, haciéndoles más bajas, entre ellos un titulado oficial herido grave. Entre los muertos se encuentra el cabecilla Suárez, ayudante de Lacret, cogiéndole documentos importantes. Tropa dos heridos. Brillante comportamiento oficiales y tropa. El soldado Enrique Massó mató de un machetazo á un enemigo que le hirió.»

Otro detalle curioso es que con la partida de Lacret iba, según decía el despacho, un corresponsal del *New York Herald*.

Del departamento Oriental y del Camagüey estábamos sin noticia alguna.

Nuestros lectores recordarán también la heróica defensa hecha por la guarnición del fuerte de Ramblazo, al ser atacado y sitiado durante varias horas por los insurrectos.

Dicha guarnición, que la componían 17 hombres, al mando del bravo sargento Manuel Domínguez, se resistió tan brava y heróicamente, que sólo resultaron ilesos el citado sargento y un valiente soldado, que atravesando la línea enemiga dió aviso á una de nuestras columnas de la desesperada situación en que sus esforzados compañeros se encontraban.

Cuando las fuerzas leales acudieron en auxilio de aquellos valientes, tres de ellos habían muerto y los demás estaban heridos.

Para recompensar tanto heroismo se concedió á los pocos días la cruz de San Fernando de primera clase al comandante del fuerte, jefe del destacamento, sargento Domínguez, y á los ¡ocho meses!, después de celebrado el juício contradictorio que es de rigor, concedióse igual recompensa á los dos cabos y doce soldados que con aquellos otros desgraciados que murieron componían la guarnición.

La recompensa fué tan merecida y tan justa, como grandes y heróicas fueron las hazañas realizadas por aquel puñado de valientes españoles.

***

También, á veces, hay justicia en la tierra.

Cuentan de Máximo Gómez que se separó de nuestro ejército por considerarse postergado, ó porque no se apreciaban sus méritos. Puede que tuviera razón, aunque siempre nos quedaría el consuelo de pensar que cuando se nos iba á ofrecer en la guerra anterior ocasión de conocerlos, se fué en derechura á exhibirlos en la manigua.

No podrán decir otro tanto los insurrectos cubanos alzados en armas contra España.

Con ellos estuvo en la guerra de los diez años y con ellos está en la actual, y aunque es cierto que le nombraron *generalísimo,* no lo es menos que en el campo de la insurrección y entre laborantes y filibusteros se le postergó á Maceo, para quien se guardaban todos los entusiasmos y á quien se dedicaban todos los ditirambos.

Cuantos militares habían regresado de Cuba, á mediados del mes de Abril del año 96, convenían unánimes en que en el campo insurrecto no se oía más nombre que el de Maceo, ni se contaban más hazañas

que las que se atribuían al jefe mulato, ni se fiaba ni se creía más que en él.

Todavía en la isla, la cosa pudiera pasar como imposición de los negros, que al fin eran los que dominaban por el número, pero lo más extraño es que la prensa filibustera, así la de Nueva York como la de París, que apenas hablaba de Máximo Gómez, ponía á diario en los cuernos de la Luna al *gran estratégico* Antonio Maceo, cual si fuera el único y verdadero jefe superior de la insurrección.

Realmente, aún tratándose de gente de color, antójasenos que todo esto le debía parecer al *general* dominicano qne pasaba de castaño obscuro, porque en honor de la verdad, no había punto de comparación entre uno y otro.

No es la mansedumbre, sin embargo, la virtud que Máximo Gómez cultiva con más esmero, ni es posible creer que hubiese hecho á última hora voto de humildad.

Por de pronto, él que acompañó y guió á Antonio Macco desde el Camagüey hasta Pinar; que le preparó la salida de esta provincia y que le ayudó á travesar la de la Habana y la de Matanzas, le consintió después volver solo á Occidente, para dejarle metido en la estacada de Pinar del Río, sin cuidarse de él para nada.

Y no es, por cierto, que lo lamentemos. ¿Quién sabe, después de todo, si él creía también en el talento estratégico de Antonio Maceo y le consideraba muy capaz de salir del apuro sin superior ayuda?

Y si lo que quiso y se propuso el *generalísimo* fué ponerle á prueba, hay que convenir también en que estaba en su derecho.

De todos modos, ya se observa que no ha sido tampoco entre los suyos donde se ha hecho justicia al cabecilla dominicano.

***

El día 1.° de Abril fué reducido á cenizas por las hordas de Acea, Borges, Collazo y Pedro Díaz el ingenio de Peñalber. Parece que la quema obedeció á que el general Bernal, durante su estancia en aquella jurisdicción, estableció un destacamento en dicho ingenio, siguiendo de allí la línea de pareja, especie de trocha, hasta el demolido ingenio «Reunión», donde existía otra compañía destacada que hacía el recorrido al pueblo, cubriendo en la distancia que hay entre Alquízar y la costa ó ciénaga. Esta última finca, que contaba con una magnífica casa de vivienda, fué también víctima de una caterva de incendiarios y asesinos, que la redujeron á escombros en la misma tarde.

El ingenio «Luz», propiedad de doña Dolores Sainz, viuda de Lousa, fué totalmente quemado en la madrugada del 2, por las mismas partidas antes mencionadas. La finca contaba con tres casas, muy buenas y la vivienda que era de magnífica construcción.

A las diez de la noche del 31 de Marzo se declaró un voraz incendio en las hermosas quintas de recreo de D. Antonio B. Zanetti y don Serafín Mederos, situadas al extremo de la plaza de Judíos, de la ciudad de Matanzas.

La familia del señor Mederos, salió de la casa con la ropa puesta, asegurándose que á la esposa de éste se le quemaron prendas por valor de más de diez mil pesos.

La quinta del señor Zanetti se hallaba lujosamente amueblada; pero solo vivía en ella un criado.

El siniestro se atribuyó á una mano criminal.

Y no paraban ahí las fechorías de los *regeneradores* de Cuba, que no contentos con destruir la propiedad declararon la guerra á los niños.

«Continúan los insurrectos haciendo de las suyas;—nos decía á pri-

meros de Abril nuestro corresponsal en Matanzas—algunos días nos vemos y nos deseamos para poder conseguir leche para los niños. Yo no sé qué se ha propuesto esa canalla vil, que no tiene piedad ni de las inocentes criaturas.



RÍO LAJAS (Cienfuegos)

»Como incendiarios, dicen que serán tratatados.... es poco; debe tratárseles como víboras; poco aún, porque la víbora solo muerde al que cree que vá á causarle daño en cuanto la tocan, y estos bandoleros, sin más Dios ni más guía que el robo y el saqueo, el incendio y la violación y el asesinato, *muerden* sin orden ni concierto, aun á las inocentes criaturas, deshonrando la causa por que combaten, si es que tienen alguna, y si es combatir la constante fuga ante nuestros soldados.

»Y el remedio es algo difícil, si la autoridad no encuentra medio y modo de limpiar estos alrededores de esos *bichos*, deshonra de Cuba.»

***

No produjo tampoco el resultado que fuera de desear la batida dada en la sierra del Cuzco á las partidas de Maceo en los días 18, 19 y 20. El general Weyler lo reconoció así, al manifestar en el último párrafo de su despacho del 21, que preparaba una operación combinada para dar á los rebeldes *mayor batida*.

Por la relación que se hacía de los lugares que habían recorrido nuestras columnas en esa fatigosa operación, dedúcese que el núcleo de las partidas colocadas bajo la inmediata dirección de Maceo, se mantenía al Sur de Cabañas y Bahía honda, sin perjuicio de abandonar algunos grupos las lomas en que buscaban refugio, para acercarse á la costa siempre que podían.

La permanencia de Maceo en la parte oriental de Pinar del Río, y su insistencia en no alejarse del territorio comprendido entre aquellos dos puertos, debíase indudablemente á dos causas distintas; á su confianza en recibir pertrechos de guerra por aquella costa, protegiendo con sus fuerzas el desembarco, y á la esperanza de que las partidas que se mantenían al otro lado de la línea de Mariel-Artemisa, realizaran un esfuerzo qne él procuraría aprovechar para salvar la trocha.

Hasta la fecha, sin embargo, no había indicios de que esta esperanza suya se realizase, porque Máximo Gómez, que era el único que pudiera, si acaso, prestarle ayuda eficaz, no parecía muy dispuesto á ello, ora porque considerara la operación muy arriesgada, ora porque realmente no estaba en buenas condiciones de salud para tratar de ejecutarla, ya tal vez por los motivos que dejamos indicados.

Las circunstancias no podían ser, por consiguiente, más favorables, teniendo bien guardada la línea militar, para batir á Maceo en Pinar del Río. No sería fácil que se presentasen otras que lo fueran tanto.

Por otra parte, nada más eficaz que un golpe decisivo, para que el país se penetrase bíen de que la campaña iba por buenos rumbos. Los hechos son más elocuentes y convencen mejor que los más hábiles argumentos.

El despacho oficial del 22 señaló varios encuentros en Santiago de Cuba, Las Villas, Matanzas y la Habana, todos ellos de escasa importancia.

* * *

He aquí, ahora, los detalles y el resultado de la batida á las partidas de Maceo, por las columnas del general Suárez Inclán y coroneles Villa y Valcárcel, á que nos referimos en el precedente párrafo:

La columna del coronel Villa atacó el 18 en Vigía Manolita á las partidas de Maceo y Banderas, que ocupaban fuertes y ventajosas posiciones en tapias sobre las Lomas, siendo desalojadas por el fuego de la infantería y de cañón, de las lomas de Lechuza y Rubí, retirando bajas y dejando 25 caballos muertos y heridos, y rehuyendo combate, dirigiéndose hacia la costa, con esperanza de un desembarco de municiones.

En reconocimiento al siguiente día 19, comprobó el coronel Villa la posibilidad de un desembarco en Herradura de península Rica, al fondo de la bahía de Cabañas. Para impedirlo salió al amanecer del 20, batiendo grutos enemigos en San Román y Vigía Claudío, donde sostuvo combate de tres horas, posesionándose de las alturas de Manolita, Caotal, Lechuza y Aguacate, que defendió tenazmente el enemigo, sufriendo muchas bajas.

El general Suárez Inclán envió el batallón de San Fernando á practicar un reconocimiento en la costa de Bahía Honda, desde donde se avistó un vapor sospechoso cerca de Morrillo, en cuyo punto batió un grupo de insurrectos, haciéndole dos heridos y un prisionero, dispersando en Lomas otro de 30 rebeldes de caballería de la partida de Socarras, á los que hizo dos muertos, varios heridos y prisioneros, y destruyendo fuertes trincheras para la defensa contra la artillería sobre el desembarcadero. Además capturó once individuos sospechosos á los que ocupó algunos cohetes de señales.



CABECILLA BORGES

El coronel Valcárcel salió con su columna de Bahía Honda, operando sobre Lechuza, donde tomó al enemigo las posiciones más dominantes y les hizo un prisionero; reconoció el interior de las Lomas y condujo un presentado de Maceo.

Cooperó á la operación combinada el general Inclán con las fuerzas á sus órdenes, batiendo á Maceo y Banderas; atravesó las lomas hasta Candelaria, «reconociendo al llegar al galope al callejón Delicias, cómo el enemigo, casi desnudo, se escondía en las lomas de Rubí y de Cabañas.»

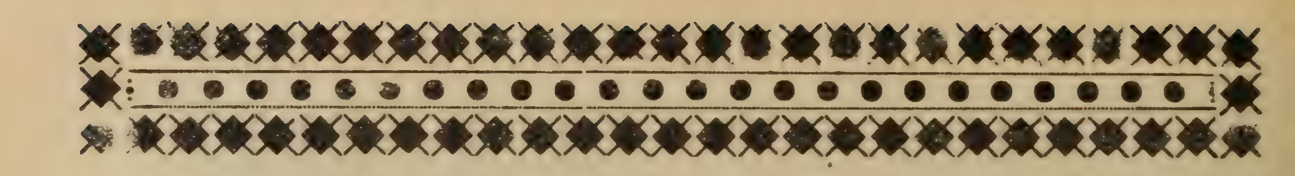
El batallón de Vergara batió en Cangre (Habana) á la partida de

Castillo, haciéndole tres muertos y varios heridos. En este combate se distingió notablemente el bravo sargento Narciso Ruiz, que sostuvo ruda y brillante lucha personal con un grupo de enemigos, á los que puso fuera de combate, saliendo él gravemente herido. El general en jefe recompensó su heróico comportamiento nombrándole segundo teniente de la reserva.





INGENIO «ALEJANDRIA» EN GÜINES (Habana)



LAS REFORMAS

CAPITULO PRIMERO.

Vientos de paz.—Las reformas.—Ansias de paz —El Derecho y el hecho.—Responsabilidades que exigir.—La autonomía.—Elocuentes enseñanzas.—Protestas de la nación.—El problema cubano.

GENERALIZÓSE la impresión, el día 21, ya muy acentuada en días anteriores, de que España iba á dar amplias reformas políticas y económicas á Cuba, y de que, por tal remedio, llegaríamos á la paz dentro de un plazo no remoto.

La primera consecuencia de esta versión, fué un movimiento de alza en los valores públicos. Y la segunda, una de las lamentaciones de ritual sobre el tema de que el dinero no tiene patria ni decoro y de que en las Bolsas, donde se cotiza todo, no entra para nada el patriotismo.

Hemos declarado siempre que no era dable á una nación hidalga como la española, ceder á imposiciones extrañas. Partidarios de una acción militar vigorosa y enérgica, al propio tiempo que de la acción política y de las reformas liberales; convencidos de que era indispen-

sable para las Antillas su inmediata aplicación, y penetrados de que no había otro remedio, para un mal que cuenta de duración todo lo que va de siglo, entendimos, no obstante, que á nosotros solos debía corresponder, sin intervenciones ajenas, el derecho de cortar ó desatar el nudo.

No se nos podrá tachar, pues, de sospechosos, si declaramos con sinceridad nuestra opinión sobre las causas de innegable sentimiento de júbilo, que la perspectiva del término decoroso de la guerra suscitó en el ánimo de la mayoría de los españoles.

El efecto de las noticias más ó menos verídicas propaladas el día 21, no dependió de una interesada operación bursátil. Respondió al hondo dolor con que las madres y el pueblo veían arribar constantemente á nuestros puertos centenares de soldados inútiles ó enfermos, al luto que llevaban en el alma y en el traje millares de familias, á la consternación que infundía la vista de los campos privados de brazos que los labrasen, á la par, y para mayor infortunio, que de lluvia que los fecundase, al presentimiento del hambre que se avecinaba y que en algunas regiones había aparecido ya, y más que todo y sobre todo, á la sospecha amarga de que la campaña iba á continuar hasta el invierno próximo, ó Dios sabía hasta cuando, sin gloria ni provecho.

¿Qué mucho, pues, que halagasen á la opinión las esperanzas de una paz deseada, siquier estuviese firmemente decidida á no admitir esa paz, si tenía el honor nacional por precio?

Desgraciadamente, pareciónos que tal como se hallaba planteada la cuestión, no había probabilidades de que se resolviera como España demandaba y necesitaba.

* * *

Bien se nos alcanza que en las relaciones internacionales la fuerza de las circunstancias obliga á los Estados á obrar, no como deben, sino como pueden; tampoco dejamos de conocer que la política genuinamente idealista, esa política que no atiende sino á recuerdos gloriosos del pasado ó á los ensueños de reivindicaciones futuras, suele fracasar á la manera del sabio de la fábula, que por andar siempre mirando al cielo, caía siempre en el pozo.

Así y todo, afirmamos que si las negociaciones llevaron el curso que se presumía y se dijo, no era ni fuera dable suponer una transacción que viniera impuesta, más que ofrecida, á la voluntad nacional, por una mano extranjera.

Se hubiera podido ceder acaso ante las indicaciones amistosas de las potencias de Europa, que á no dudarlo se interesaban de veras en el problema antillano, y juzgaban que debía ser resuelto dando á Cuba todas las libertades compatibles con la soberanía de España y con la integridad de la patria; no cabía doblegarse ante la mediación única, mejor dicho, ante la imposición denigrante y vergonzosa de los Estados Unidos.

No por estímulos de pasión política, ni por deseo de censura, ni por alardes de patriotismo, sino pensando en intereses supremos y porque preveíamos el desenvolvimiento lógico de medios que innecesariamente tenían que producir efectos determinados, alzamos nuestra voz contra la posible contingencia de que un Gobierno español aceptase, por buenas, ni por malas, la mediación oficiosa de los Estados Unidos.

Una cosa es la intrusión de una potencia extranjera en nuestros asuntos interiores y otra cosa era la paz, una paz duradera y decorosa que, como hemos dicho, no tuviera el honor nacional por precio.

Esa paz, con esa condición, es la que el pueblo español deseaba; esa paz, la que deseaba España entera, aparte de millares de madres que la aceptaran llenas de júbilo, aunque hubiese de venir sin la condición re-

ferida; ese, en fin, el sueño ideal en que coincidían y se compenetraban la dolorosa inquietud de los afectos familiares y la altiva susceptibilidad de los sentimientos patrióticos.

De ahí que fuera acogida como lo fué, y como siguió y seguirá siéndolo, la sola esperanza de obtenerla; de ahí que su simple enunciacion causase impresión avasalladora, lo mismo dentro que fuera de España.

Aun aquellos tan prendados de la guerra, que consideraban punto menos que traidores á los que buscaban á la vez soluciones y remedios políticos, convenían en que los vientos, fueran ó no fueran vientos de deshonra, habían refrigerado los ánimos y suicado con una ráfaga de luz las cerradas tinieblas del horizonte. Confesaron con noble sinceridad y en contra de su propia tésis, que esa aspiración encontraba por todas partes ecos propicios.

«—La Bolsa —declararon— continúa subiendo, y si todo es una jugada de especuladores y agiotistas, hay que reconocer que se trata de una operación colosal, en la cual participan todos los mercados del mundo y todos los periódicos europeos y americanos »

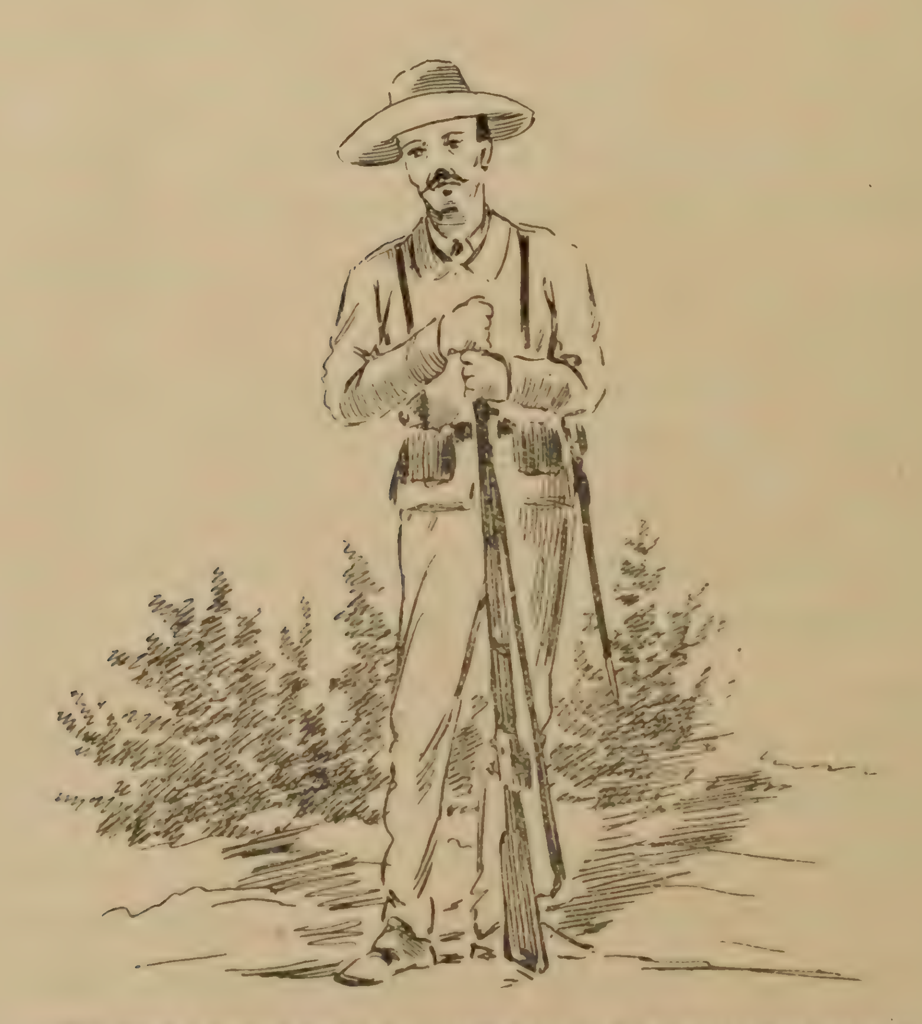
Así lo entendimos nosotros; pero aun sabiendo que por alcanzar tamaño bien sería dable aceptar los mayores sacrificios, hemos interpuesto y seguiremos interponiendo una excepción absoluta. Todo, menos el decoro de la patria; todo, menos la sumisión ante los oficios interesados ó amistosos de un poder extranjero.

Ni una peseta á los que nos reclamen indemnizaciones abusivas: ni una mísera concesión á los que se entrometan á gobernar nuestra casa.

Queremos la paz, sí; no queremos una guerra sin término, una guerra que puede durar dos, cuatro ó seis años, al cabo de los cuales, nos encontraríamos exhaustos de sangre y fuerza; estarían España y Cuba igualmente arruinadas, y surgiría ante nosotros tan tremendo, tan pavoroso, tan irreductible como ahora, el mismo problema que en la actualidad nos exaspera y nos conturba; pero queremos una paz sin detrimento de nuestro decoro y del honor nacional.

*
* *

Concluida la campaña, despues de agotadas las últimas monedas de nuestro Erario y los últimos alientos de nuestra juventud, no habría



VOLUNTARIO DE LAS GUERRILLAS DE GUANTÁNAMO

más remedio que dar á lo que quedase de la grande Antilla, libertad y reformas; no habría más remedio que emprender la obra á que, cuando era tiempo oportuno, se negaron nuestros partidos de gobierno; no habría más remedio que acudir con una tardía acción política á la rege-

neración de una tierra aniquilada por las convulsiones de la lucha, y á la pacificación moral de un pueblo en cuyo espíritu hubiese dejado la derrota semillas de odio mortal y ansias eternas de implacable desquite.

Por eso, ante la perspectiva del año de hambre que nos amenazaba, al ver cómo volvían de Cuba los trasatlánticos abarrotados de militares enfermos y de ciudadanos que cambiaban una miseria por otra y buscaban en la Metrópoli lo que ya no podían encontrar en la colonia; al advertir que tras año y medio de lucha, no había en España una sola familia que no llorase por un muerto, que no se angustiase pensando en un herido ó en un enfermo, ó que no tuviera un miembro inválido allí donde tuviera antes un brazo robusto al cual fiaba su sostenimiento, deseamos con todo nuestro corazón una paz honrosa que atajase la sangría suelta de la patria y que nos permitiera volver al trabajo, sin el remordimiento de haber sacrificado, nó en aras del verdadero patriotismo —que para eso no tiene España reservas ni limitaciones— sino en aras de un mal entendido amor propio, los pobres recursos de nuestros hogares, la vida preciosa de la generación actual y el patrimonio sagrado de las generaciones venideras.

No se hable de un derecho absoluto, que en la realidad está sujeto á restricciones universales. Al lado del Derecho ha ido, vá é irá siempre el hecho como una paralela ondulante que se acerca á la recta ó se desvía de ella, según lo exigen las circunstancias de relación, de lugar ó de tiempo, y las divergencias entre el juicio de los extraños y el juicio de los propios. Las naciones como los individuos son hijas de las circunstancias.

Nada de aceptar imposiciones que lastimen nuestra dignidad ó que cedan en mengua de nuestra incuestionable soberanía. Pero nada de confundir las razones de partido ó las vanidades de secta con la suprema conveniencia de la patria.

Por lo que toca al Gobierno, á sus malaventurados errores, á sus

vacilaciones funestísimas y á sus enormes responsabilidades, cosas son todas ellas de las que algún día les pedirá cuenta la nación.

Ya darán cuenta estrecha, mal que les pese, los conservadores que malgastaron año y medio en una esteril campaña y que ensayaron en vano para dominar la insurrección de Cuba dos procedimientos distintos: ya la darán también los liberales, que perdieron igual espacio de tiempo en discutir la calidad de las reformas y que ni siquiera se atrevieron á hacer suyas las del señor Maura, que luego les parecieron insuficientes, habiéndoles parecido entonces temerarias y excesivas; ya la darán todos los partidos y hombres de Gobierno que cerraron los ojos al peligro, y que no supieron ó no pudieron hacer cosa alguna para impedirlo, una vez convenida la paz tan artificial como insegura de 1878.

Lo que importaba, lo que importa aún hoy, es poner término decoroso á una guerra, en la cual, ni las victorias, ni los fracasos habían ni han de ejercer influencia decisiva.

***

Los que combatían la aplicación de remedios políticos al problema de Cuba, insistían en decir que la autonomía sería fatal al dominio de España, porque ésta es un puente para la independencia.

Prescindamos de que no es á la cuenta de la libertad á la que hay que cargar la sangrienta desastrosísima guerra de los diez años, ni tampoco la actual insurrección. Y prescindiendo de eso, que es muy importante, preguntemos á los que tal dijeron y pensaban:

¿Qué autononía, qué régimen liberal gozaban Méjico, Perú, la Argentina, Chile y todas las vastas tierras americanas que un día poseyera España? ¿Cuántas colonias perdió España por la autonomía?

Y si no las perdió la autonomía, ¿cuál fué, entonces, la causa de la separación? ¿Qué otro régimen tenían aquellos países, al que hay que atribuir la culpa irredimible de tamaño histórico desastre, sino el que preconizan los partidarios de la explotación, del mononopolio y de la arbitrariedad, es decir, los enemigos de toda reforma?

Si todavía fueran tan ciegos los mantenedores de tan absurda opinión, que no quisieran ver dónde está la raíz del mal, nosotros, apelando á los ejemplos de la historia, á la lógica irrebatible de los hechos consumados, á la enseñanza que da la experiencia, les volveríamos á preguntar:

¿Cuántas colonias ha perdido Inglaterra, que aplica á sus dominios el régimen de la autonomía? ¿Cuántas colonias inglesas se han declarado independientes, ó se han levantado siquiera en rebelión, desde que la metrópoli británica aplica á las mismas la libertad y el derecho?

Fuerza es que nos atengamos á esas enseñanzas, por lo menos, hasta tanto que se nos demuestre que la America española tuvo para su independencia el puente de la autonomía.

***

Un año hacía que la prensa democrática española venía protestando contra la ingerencia de los Estados Unidos; un año hacía que los demócratas españoles no descansaban en la tarea de decir al Gobierno que constituía un camino de perdición el doblegarse ante las exigencias y las amenaazs de la República norteamericana; un año hacía desde el grito de Baire que una y otros venían oponiéndose á todo acto que supusiese la ingerencia ó intervención de un poder extraño, que no debía y que no podía mediar en las cuestiones que eran materia de resolución única de nuestra soberanía, de nuestra libérrima voluntad.

Y tantas y tan enérgicas fueron esas protestas, como raras é inútiles en sus resultados, porque el Gobierno afirmaba, y muchos así lo creían, que el transigir y pactar satisfaciones con los Estados Unidos no implicaba mengua del honor, desprestigio de la bandera, pérdida de la soberanía de España.

Airadamente protestó la opinión, y con amargura hemos protestado nosotros, contra la solución dada al conflicto del *Venadito*, porque veía en aquella cesión de nuestro derecho, funestísimo precedente para tolerar expediciones y contrabandos de guerra, y todo linaje de auxilios efectivos por los Estados de la Unión, otorgados á los filibusteros cubanos. Los hechos confirmaron pronto aquella previsión, porque con inaudita frecuencia se vió cómo salian de los puertos *yankees* los barcos que habían de realizar desembarcos en Cuba, y si alguna vez se apresaron hombres y efectos, fué para poner en libertad á los unos y restituir los otros, uniendo así la afrenta á la violación de los deberes de Derecho internacional.



SOLDADO DE LAS GUERRILLAS DE COLÓN

Protestó, como se protesta de una gran iniquidad, al saber que el Gobierno español pretendía adquirir á alto precio la neutralidad de los

Estados Unidos, pagando la injustísima y falsa indemnización Mora, que no debió satisfacerse jamás, que no se fundó nunca en ningún título legítimo. Aquellos treinta millones no satisfechos al Tesoro federal, sino donados á un Sindicato de altos negociantes políticos, no sirvió ni un momento para que depusieran los *yankees* su actitud belicosa. Y sobre no ser aquella indebida indemnización el precio de la neutralidad, más y más alentó á los elementos del *jingoismo* contra nosotros, creyendo que era signo de decaimiento nacional, muestra de debilidad, lo que al fin sólo fué un error imputable á los gobiernos que reconocieron la famosa cuanto fantástica deuda.

Protestó la opinión en masa desde un principio, un día y otro, contra la monstruosa violación del Derecho de gentes que entrañaba discutir en el Senado y en la Cámara de representantes de los Estados Unidos el reconocimiento de la beligerancia á los filibusteros cubanos, á las salvajes hordas de Maceo y Gómez, á los bandidos capitaneados por Manuel García y Matagás. Y con efecto, el hecho solo de discutirse en un Parlamento el trato de beligerantes á los rebeldes cubanos, era —según declarado tienen autoridades en derecho internacional, como la de Fiore— atentar á la independencia y á la soberanía del Estado contra el que se alzó la rebelión. No participó de opiniones tan autorizadas el Gobierno del señor Cánovas, que, creyendo conjurar el conflicto por sus actitudes *prudentes*, prohibió todo género de manifestaciones populares y llegó al extremo inaudito de considerar poco menos que subversivo y *separatista* el grito patriótico de ¡Viva España!.

***

España entera protestó, al modo como protestan los que se ven agraviados, sin causa ni razón, contra las frases ultrajantes y los con-

ceptos injuriosos y calumniosos de los senadores y representantes norteamericanos, persuadida de que así como tales delirantes agravios no serían tolerados en las relaciones individuales, tampoco el honor colectivo, la dignidad nacional, podía consentir los furiosos ataques de los Sherman, los Morgan, los Call y los Lodge, y tantos otros ejemplos de la carencia absoluta del respeto internacional. Y el Gobierno conservador, que por órgano de su ministro se limitó á rectificar hechos, no creyó oportuno ni necesario entablar reclamaciones en forma, cuando se prestaba á dar satisfacciones por criterios mucho menos graves, infinitamente menos graves, emitidos en una conferencia científica.

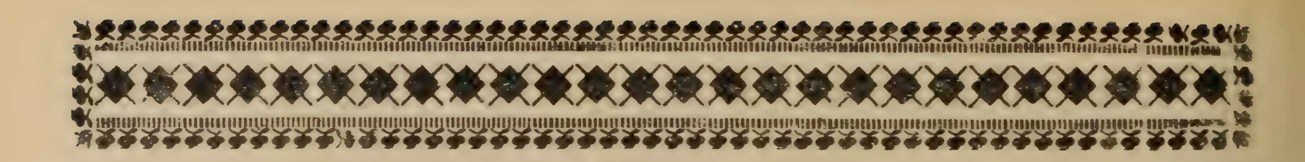
Protestó con igual fuerza é idéntica energía contra el voto de la beligerancia, interpretándola como una verdadera intervención, supuesto que al considerar el Parlamento *yankee* á los insurrectos cubanos con iguales derechos que á los españoles, no obstante ser aquellos bandoleros sin organización, sin gobierno y sin sentimientos de humanidad, de ser, en fin simples facciosos y rebeldes contra la madre patria, bíen claramente se inclinaban á su favor y hacían votos por el imposible triunfo de su causa. Y, sin embargo, ni aun así estimó el Gobierno conservador que debía adoptar determinación alguna, confiando en que la beligerancia sería rechazada por el veto del presidente de la República federal.

Protestó, en fin, contra la existencia discutida, pero no negada, de una nota del presidente de los Estados Unidos, tratando de hacer valer sus *buenos oficios*, para hallar, de común acuerdo, una solución al conflicto cubano. Y pensamos entonces lo que ahora consignamos, y lo que siempre mantendremos; que nadie tiene derecho para legislar en cosas de España, más que sus Cortes; ni ninguna solución á la guerra sería valedera, fecunda y eficaz, si no llevara el sello de la soberana y libre iniciativa del Estado español, que por deber y por justicia y por la patria debía llegar á la paz y á la autonomia.

No es nueva, para nuestros lectores, nuestra declaración y nuestra protesta, como no son nuevos ni se han descubierto ahora los agravios que se nos han inferido por los *yankees*. Ni tampoco es nueva nuestra afirmación, de que al conflicto de Cuba debía aplicarse, al propio tiempo que una acción militar muy enérgica, una política muy sabia, muy liberal y muy justa.

Por eso, haciendo nuestras todas las protestas de la opinión y de la prensa y manteniéndolas en toda su integridad, hemos de convenir todos en que España pudo y puede hacer en Cuba cuanto quiera, y por lo mismo el Gobierno no debió tolerar nunca ingerencia alguna extraña para solucionar el problema exclusivamente nacional.





CAPITULO II

Por la paz.—Opiniones.—Datos elocuentes.—Aserto aventurado.—Divergencia esencialísima.—El sentido común.—Eficacia de las reformas.—Un ejemplo.—Austria y Hungría.—La autonomía no es la independencia.

Sí. Había que implantar en Cuba amplias reformas económicas.

Sí. Había que conceder á Cuba amplias reformas políticas.

Había que implantarlas para que Cuba fuese eternamente española y lo fuese por el amor y la gratitud: para quitar á los separatistas hasta el pretexto de su criminal y odiosa revolución.

Y si esto se hubiera hecho cuando pudo y debió hacerse, habríamos evitado á España la sangrienta y costosísima insurrección presente.

¿Por qué no se hizo? Los que más han contribuído á que no se hiciera son los que tienen que contestar y dar cuenta estrecha de la ruina de la patria y de los miles de vidas estérilmente sacrificadas por sus errores y su imprevisión.

Sí que debían plantearse las reformas en Cuba, porque lo que hiciera la Metrópoli por su colonia antillana era fruto de anteriores compromisos, obedecía á las leyes ya sancionadas. Nadie podría decir que

España obedecía á sugestiones extrañas: el país no las toleraría. Pero en Cuba había muchos españoles leales para los que se acordaron las reformas. Los insurrectos no son ciudadanos; no constituyen un ejército que pelea por una idea. Son un núcleo de aventureros, de foragidos que incendian, asesinan, apelan á la dinamita y no batallan por la independencia, sino por la destrucción y la anarquía.

Y de los malos no debían ser víctimas los buenos: de los leales no podía olvidarse la Metrópoli, que perseguía una rebeldía siempre fugitiva en los combates, que esgrimía como arma única la desolación y el estrago.

Por otra parte, España necesitaba la paz; estaba ya fatigada de que se cubrieran con su bandera los errores y las concupiscencias de los hombres políticos. Si para conseguir esa paz había que hacer lo que era justo, los españoles debíamos felicitarnos de conseguir á un tiempo ser mejores y más felices.

Y lo justo era conceder á los cubanos todas cuantas reformas debieron concedérseles hacía ya mucho tiempo, y hacer saber, á la par, á los Estados Unidos, de una manera digna, que no era á un desplante sino á la ley de la Razón y de la Justicia á lo que España cedía.

A los que soñaban con la independencia, las reformas no les habían de convencer, é insensata ilusión fuera la de creer que al día siguiente de aplicadas las reformas se disolverían los insurrectos.

Pero no puede negarse, al propio tiempo, que en muchos ánimos indecisos y en otros ya fatigados, había de producir esta política la natural influencia, fortificaría la autoridad de los autonomistas pacíficos y leales á España, y quizá ensancharía los recelos entre la raza blanca y la de color.

Cumpliendo honradamente lo prometído; aplicadas por nuestra libre iniciativa las reformas político-administrativas y la arancelaria (ésta aún más ansiada por todos los partidos cubanos), este ejemplo de rec-

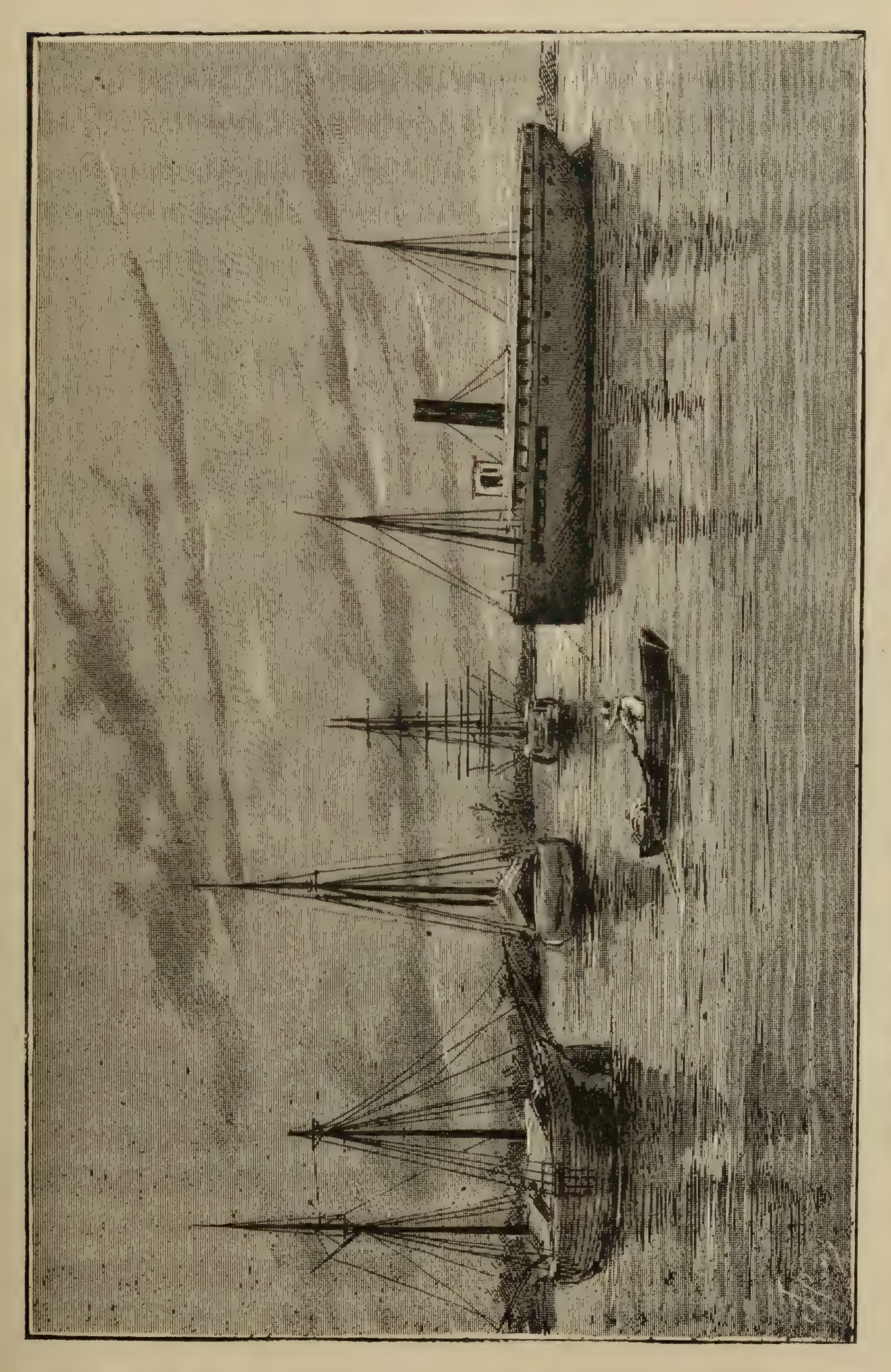
titud daría probablemente sus naturales frutos en la opinión de los Estados Unidos, si era sincera la buena voluntad de su presidente; y si la opinión reaccionaba allí é influía en su gobierno, y los insurrectos carecían en adelante de las simpatías y ayuda que disfrutaban, en esto



UNA CONFIDENCIA DE UN «PACÍFICO»

no podrían verse intrusiones humillantes, sino consecuencia lógica de una política sincera y pacificadora.

¿No era, en último término, más discreto y previsor hacer con tiempo y por nosotros mismos lo razonable, lo prometido, lo que era de justicia, antes de que los sucesos nos impusieran, quizás, mayores sacrificios?



VAPOR Y GOLETAS FILIBUSTERAS EN LAS COSTAS DE LA FLORIDA

Las opiniones estaban todas de acuerdo: primero, en rechazar toda presión, toda ingerencia de cualquier potencia extranjera; segundo, en proceder por nuestra propia iniciativa en todo cuanto se refiriera á Cuba; y tercero, que todos anhelábamos el término de la guerra, todos deseábamos una paz decorosa; paz que por el estado del país y sus sentimientos verdaderos, seguramente no ignoraba el Gobierno, sería inmensamente popular. Sobre todo en la infeliz población de los campos, que es el vivero principal de donde salen nuestros soldados.

***

Hemos dicho diferentes veces en el curso de esta nuestra RESEÑA, que para concluir la guerra lo más pronto y lo mejor posible era necesario unir á una acción militar muy enérgica y vigorosa una política sabia y justa. Y hemos opinado que se aplicaran ambos sistemas al conflicto de Cuba íntegramente, en toda su extensión, sin escatimar los sacrificios del país, pero sin dilatar ni un momento el planteamiento inmediato de las reformas.

La acción militar no podía ser todo lo fructuosa que del heroísmo de nuestros soldados debía esperarse, si no se acompañaba de una política sabia y justa, expansiva y liberal. Como esta política no podía tampoco ser fecunda, si al propio tiempo no demostraba España su energía y su poder, enviando contra la insurrección un formidable ejército que levantase nuestro criterio en el mundo, que nos hiciese aparecer como nación bastante fuerte para tener conciencia de sus derechos y sus deberes.

Por no haber querido aplicar ese sistema de adunadas acciones, por haber excluído totalmente del problema el aspecto político tan substancial á sus causas y á sus efectos, nos encontramos al año y me-

ses de empezada la insurrección, con que la cuestión se planteaba para todos de momento, incluso para el Gobierno, antes en la solución de las reformas que en la solución de las armas.

Y como el problema de Cuba era y es en parte principalísima, por no decir dominante y única, un problema político, no había razón ni fundamento para desconfiar de que la paz fuera pronto posible por el camino de las reformas.

Claro es que, acerca de la eficacia ó ineficacia de las reformas, todo el mundo podía hablar *á priori*, construyendo una serie de hipótesis. Pero no se negará que para afirmar desde luego la ineficacia de las reformas, nadie podía apoyarse en datos experimentales, entre otras muchas razones, porque no se habían ensayado y porque hasta la fecha no se había admitido por el Gobierno conservador ni la posibilidad siquiera de implantarlas.

En cambio, los que siguiendo igual procedimiento afirmaran desde luego la ineficacia de la acción militar aislada y sin el auxilio de la acción política, tendrían á su favor datos experimentales incontrovertibles, que valdrían por si solos para producir un hondo desengaño y una incurable desilusión en el espíritu público.

* * *

Recordemos tan solo algunos de esos datos, de una triste y dolorosísima experiencia. Fióse un día un todo en que la guerra de Cuba acabaría en cuanto se dividiera y descentralizara la jefatura de la campaña, que no podía atender á todas partes, ni disponer de los medios para que sus operaciones en tan vasto territorio fueran de éxito cierto. Y durante todo aquel verano nos estuvieron atronando los oídos con la idea salvadora de enviar á Cuba dos tenientes generales.

Se enviaron al fin y se formaron los cuerpos de ejército que correspondían á esa división de mandos militares, y todavía, á pesar de los meses, de los muchos meses transcurridos, esperamos la buena nueva de lo que se prometió tan irreflexivamente: el término de la guerra. De alguno de aquellos tenientes generales no se sabía otra cosa, al medio año de su llegada á la isla, sino que siendo muy dignos y muy valientes todos, no habían encontrado ocasión de entrar en fuego todavía. Más aún; temiendo estábamos, en vista de lo que estaba ocu-



CONDUCCIÓN DE PRISIONEROS INSURRECTOS

rriendo, que iban á desfilar por la isla de Cuba todos los tenientes generales de nuestro ejército.

Se dijo que el éxito de la campaña militar dependía de que terminada la estación de las lluvias y llegada la de la seca, se pudiera imponer á los insurrectos tremendo castigo. Estábamos, no en la época de la seca, sino para empezar otra vez el período de las lluvias, y no desconfiamos de oir en breve, de prevalecer ese criterio, hacer en Octubre de 1896 las mismas profecías que se hicieran en Octubre de 1895.

Se sostuvo, por fin, que en cuanto llegase á la isla el general Weyler iban á conocerse los frutos de su campaña activa y enérgica, fundándose, entre otras cosas, en sus promesas, hijas más bién de su laudable deseo que del conocimiento de la guerra. Y en efecto; dos meses y medio llevaba ya el marqués de Tenerife al frente de un ejército de 200.000 hombres, y desconocíamos aun su plan de campaña, la nueva organización dada á aquél no había dado fruto alguno, todas las operaciones combinadas para batir á Maceo habían fracasado, y nuestras esperanzas se cifraban en que Máximo Gómez no acudiera en socorro de Maceo. Ni la zafra prometida se había hecho, ni los filibusteros habían dejado de invadir todas las provincias de la isla, ni de pasear la tea incendiaria por todo su territorio, ni de pasar y repasar cuantas veces les venía en ganas las provincias de Matanzas, la Habana y Pinar del Río.

No combatimos la fé, nunca extinta, en el triunfo de las armas españolas. De esa fé hemos participado siempre. Pero no hubiera estado mal que en alguna parte, por insignificante que fuera, de esa confianza á prueba de desengaños, se hubiese dedicado á esperar de las reformas resultados fecundos, beneficiosos, que influyeran poderosamente en la paz.

Porque es el caso que los que sistemáticamente negaban la eficacia de las reformas, se fundaban en que ellas no influirían en el desarme de los insurrectos, partiendo del supuesto falso de que las reformas se otorgaban á los filibusteros y no á la isla en masa, á la isla liberal y adicta, al millón y medio de habitantes que no se habían sumado ni se sumarían nunca á los rebeldes.

***

Tanto valiera entonces suponer que la insurrección estaba mante-

nida por el país en masa, aserto tan aventurado que él por sí bastara para desconfiar de que por la fuerza se sometiese, ni aun con doble ejército del que había, á tan gran número de hombres y de fuerzas.

Equivaldría también á sentar la doctrina absurda de que el Estado español debía suspender todas las resoluciones de su soberanía legítima y todos los actos de justicia y reparación, porque los insurrectos aceptasen ó no las reformas.

¿No significara eso algo así como un voto ejercido por los que pedían la criminal independencia con las armas en la mano?.

¿Es que al plantearse las reformas se iba á hacer otra cosa que afirmar la soberanía de España?

¿Es que si no fuera así la habrían votado unas Cortes españolas y las habría aprobado un Gobierno?

No. Pudiera ser que las reformas no fueran la paz en el instante de promulgarse ¿Acaso, hubo alguien que no pidiera la ocasión de aplicarlas con tan dichoso éxito?

Pero el país cubano seguía teniendo fé en ellas; Europa entera confiaba en su eficacia; y si no se las hubiera condenado á nuevos aplazamientos, y no se las esterilizara con mal aconsejadas limitaciones, su influjo fuera quizás decisivo en el pronto término de la guerra, porque la opinión universal de la isla las había de recibir aplaudiéndolas y bendiciéndolas, como causa de paz, como movimiento de contra-revolución que aislase y ahogara á los filibusteros, como acto de justicia que una vez más afirmase con nuestra fuerza y nuestra justicia la santa causa de la patria.

* * *

Ya lo hemos dicho, y lo repetiremos cien y mil veces, hasta la sa-

ciedad: una cosa es la mediación, entendida como ingerencia de un poder extraño que quisiera forzarnos á adoptar resoluciones contrarias á nuestro interés, á nuestro criterio ó á nuestro gusto, y otra muy diversa la paz, alcanzada por procedimientos honrosos, y aun á costa de grandes sacrificios.

Todos los españoles protestamos con firme entereza contra lo primero: todos deseábamos con vivas ansias lo segundo.

Pero dentro de esta universal conformidad, existía una esencialísima divergencia.

Querían unos que la paz viniera y surgiera, cimentada sobre necesarias victorias: y otros, sin desechar ese procedimiento, querían buscarla y conseguirla por cuantos medios lícitos y honrosos, sin detrimento del decoro nacional, estuvieran á nuestro alcance.

No obraban así éstos por amor á la autonomía colonial, ni como voceros de los derechos de los cubanos, sino porque siendo fundamental para los destinos de España la cuestión que se debatía al otro lado del Océano, consideraban deber suyo analizarla y seguirla con preferente solicitud en todos sus aspectos, en todas sus variantes y en todas sus derivaciones.

Tal vez se nos tache por algunos, al opinar como bueno y único para solucionar el problema cubano el segundo procedimiento, de autonomistas, como se llamó á los defensores de la inmediata aplicación de las reformas concedidas á Cuba. ¿Y qué? ¿Es que había, acaso, otro remedio para llegar pronto á la deseada paz? ¿No bastaban quince meses de guerra cruenta y mortal para los hijos de España, sin que durante ellos se hubiera conseguido dar un golpe decisivo á la rebelión, á pesar de los elementos de guerra allí acumulados y de los enormes sacrificios en hombres y dinero hechos y aportados por la nación, para convencerse de lo infructuoso del sistema de la guerra con la guerra?

Además ya no son estos los días en que tal palabra llevaba den-

tro por voluntad de los reaccionarios de España y de Ultramar una significación calumniosa.

Ya no eran aquellos los días en que el partido de Unión Constitucional y los negreros fundadores de la célebre *Liga* antiabolicionista, asustaban á los demócratas sencillos, disuadiéndoles de trabajar contra la esclavitud por miedo á ser tenidos como traidores á la patria.

Profesan hoy la doctrina autonomista en materia colonial, los monárquicos más monárquicos, y los conservadores más conservadores.

La profesó, treinta años há, el propio Bluntschli, oráculo entonces y hoy de los partidos doctrinarios.

La monarquía inglesa, modelo de las europeas, no contenta con ha-



INSURRECTO DE VIGILANCIA

ber establecido el régimen autonómico en sus posesiones de Africa, América y Oceanía, estudia y admite en principio á la hora presente, la federación de la colonias de Australia.

Sustentamos esta doctrina porque la creemos buena, debida y justa,

y porque estimamos que en tal concepto ha de producir, más tarde ó más temprano, los efectos por todo el mundo anhelados, sin que esto quiera decir, que viéramos en ella una panacea maravillosa, á cuya aplicación hubiera de seguirse inmediatamente la paz y en breve término una serie contínua de prosperidades y venturas.

***

—Lo que importa,—decían los enemigos de toda reforma,—es pelear sin el concurso de ninguna clase de reformas políticas, pues no hay seguridad de que éstas den resultado, y dejar los problemas de lo porvenir para su hora propia, para después de la guerra.

¡Y el sentido común, replicaba:!

—Pero ¿cuándo terminará la guerra? ¿Cómo concluirá la rebelión separatista?

Y añadía después:

—Si al terminar la guerra ha de haber necesidad de aplicarlas, ¿qué inconveniente puede existir en aplicarlas desde ahora? Si no traen la paz, pueden traerla, y en último término, no han de agravar ni un ápice ni de prolongar en un día los horrores de la lucha. Tendrán, además, una indiscutible ventaja y surtirán desde luego un efecto seguro, pues restarán fuerzas y pretextos á la insurrección y reforzarán á los ojos de propios y extraños la razón que nos asiste.

Otorgadas, sin más dilación, nadie se atreviera á suponer que faltábamos á nuestras promesas, que nos encerrábamos en una intransigencia absurda, y que pretendíamos vivir y gobernar á nuestro arbitrio, fuera del comercio y del ambiente de los pueblos civilizados.

¡Paz!, gritamos entonces, como gritamos ahora, y seguiremos gritando hasta conseguirla, cual gritaba por los pueblos de Italia Jacapone de Todi.

En favor de la paz y para evitar que cuando llegue sea deshonrosa, uniremos nuestra voz y todas nuestras fuerzas á cuantos por ella trabajen, asistidos, seguramente, por el voto unánime de España.

A ello nos instigan dos consideraciones capitales: de justicia elemental la primera, y de egoismo patrio la segunda.

Porque, fíjense bien los que en la fecha á que nos referimos continuaban fiándolo todo á victorias decisivas, siempre esperadas y prometidas y nunca halladas ni cumplidas, á pesar de que no faltaba sino una semana ó dos para que comenzase con un nuevo período de lluvias la suspensión por cuatro ó cinco meses de las operaciones militares.

El formidable movimiento de satisfacción con que el sólo anuncio de probabilidades de paz fué acogido en todos los pueblos de Europa, tuvo una significación evidente y en cierto modo terrible.

Significaba que si no la alcanzábamos pronto nosotros por propio esfuerzo y en cumplimiento de nuestras promesas, podría llegar un día en que nos la impusieran y la hicieran los de fuera.

***

Cuando se duda de que la autonomía sirva para afirmar la integridad del territorio nacional y se afirma, por el contrario, que solo aprovecha para preparar la independencia, se olvidan, con lamentable cuanto interesada falta de memoria, cuantos así piensan y tan infundada opinión pregonan, las enseñanzas de la historia, los ejemplos de muchos pueblos en uno y en otro continente.

En precedente capítulo hemos hablado de lo ocurrido en América, donde, sin la autonomía, perdió España cuanto poseía; y de lo ocurrido á Inglaterra, que por la autonomía conservó cuanto tiene. Hablemos en este capítulo de Europa y citemos un solo ejemplo.

En perpétua guerra civil vivían Austria y Hungría por cuanto aquella aplicaba respecto á esta los *clásicos* procedimientos de un régimen tiránico, arbitrario, inícuo de toda iniquidad.

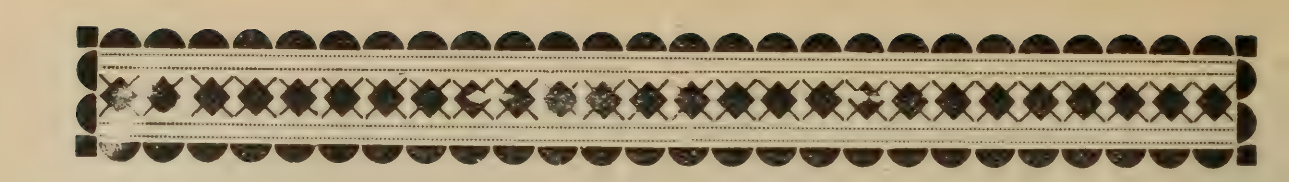
Decidióse Austria, al fin, á conceder á Hungría un régimen autonómico perfecto, que allí llega á lo que no pedía nadie para Cuba; á tener los húngaros un Parlamento propio y un gobierno suyo.

Y desde entonces Austria y Hungría viven en paz, en absoluta armonía y unidad de aspiraciones é intereses, sin que después de tal y tan sabia medida se haya levantado una sola vez contra la patria, la antes legendaria rebelde.

¿Dónde ha servido la autonomía de puente para la independencia?

Ni un solo pueblo existe en el mundo que se haya hecho independiente por la autonomía.





CAPÍTULO III

Esperanza en las reformas.—Remembranzas históricas.—La vida jurídica.—No se ha querido.—La opinión.—Los dos sistemas.—La acción política.—Génesis de la insurrección.—Causas generadoras de la guerra.

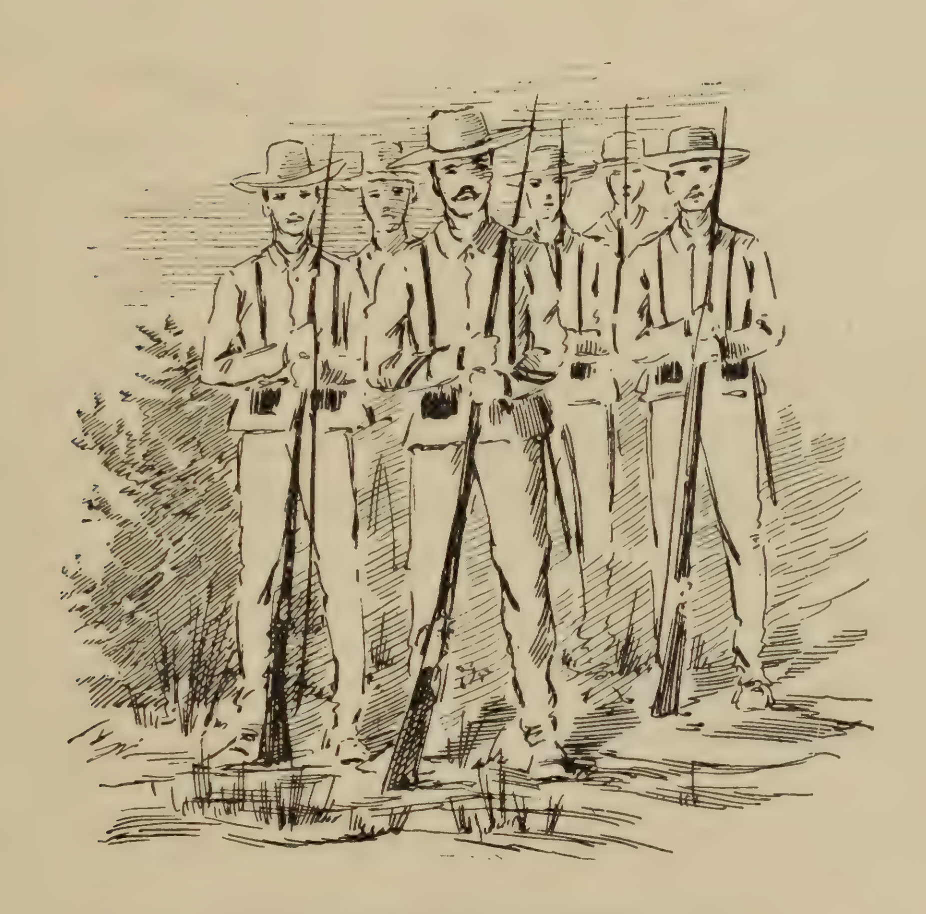
En la aplicación pronta y sincera de las reformas concedidas á Cuba estribaba la más sólida y tal vez la única esperanza de asegurar en plazo breve la pacificación moral de la gran Antilla.

De su establecimiento no podía resultar daño ni perturbación en la isla. Si á pesar de hallarse infestadas de insurrectos las seis provincias, hubo forma de realizar unas elecciones generales, mejor la habría de llevar á cabo una simple elección de consejeros.

Con ellas no había nada que perder y había probabilidades de ganar algo: no cabía, por consiguiente, duda alguna, en cuanto á la oportunidad y á la conveniencia de instituirlas. Fuerza sería darlas mañana, estando como estaban votadas por las Córtes; ¿por qué, pués, no darlas entonces, si podían contribuir, cuando menos, á acallar las acusaciones de aquellos elementos extraños, que nos juzgaban incapaces de toda generosidad y enemigos de todo progreso?

—Es que algunos de los que piden de mucho tiempo acá las reformas antillanas se han marchado á la manigua.

Ese argumento alegaban los enemigos del planteamiento de las reformas, agregando la insinuación que se pasara de pérfida si no adoleciese de cándida, de que los que querían para Cuba y Puerto Rico las libertades y reformas que habían de mantener ambas Antillas eterna-



VOLUNTARIOS DE ALFONSO XII

mente bajo la soberanía de España, habían coincidido años y años con los hombres que al resplandor de la tea incendiaria habían ido á la sazón á estrechar fraternales vínculos con el dominicano Gómez y con el mulato Maceo.

Podríamos, si fuera necesario, recordar á los que de tal modo dis-

currían, que mientras de *El País*, órgano autorizado de los liberales cubanos, no había salido redactor alguno para incorporarse á las filas de la insurrección, eran varios los que lo habían hecho, abandonando las redacciones de *La Unión Constitucional* y de *La Lucha*. Pero no hemos de contentarnos con oponer á un argumento pueril y absurdo, una réplica de la misma clase.

Manifestaremos tan solo que en España no han sido impedimento casos de esa naturaleza, para otorgar los derechos y las libertades bajo cuyo régimen vivimos.

En Agosto de 1883 se sublevaron en Badajoz los republicanos; en Octubre del propio año subió al poder la izquierda liberal, y en ella obtuvieron puestos importantísimos muchos demócratas que tres meses antes eran correligionarios y cómplices de los sublevados.

En 1886 estalló en Madrid otra sublevación poco menos formidable. Ello, no obstante, el mismo gobierno contra quien se había dirigido el movimiento revolucionario, restableció tres años después el sufragio universal, con anuencia, ya que no á gusto, de los conservadores.

¿Qué razón había, pues, para negarse al establecimiento de las reformas, aun en el caso de que no hubieran de determinar éstas desde el día siguiente los resultados apetecidos?

* * *

El único argumento, alrededor del cual daban vueltas los que habían sido, eran y serían enemigos del planteamiento de las reformas antillanas, es que la guerra de Cuba, como estado morboso, paralizaba y alteraba las condiciones normales de la vida jurídica, y creando un estado excepcional, suspendía la aplicación de medidas legislativas en territorio rebelde.

La sinrazón de ese pretendido argumento queda ya demostrada, al afirmar que las reformas no eran para los rebeldes ni se concedían á los insurrectos levantados en armas, sino que debían otorgarse al millón y medio de habitantes que permanecían fieles á la madre patria, que no se habían sumado ni se sumarían jamás á la criminal rebelión.

Ya hemos demostrado, también, que el suspender toda iniciativa legítima de la soberanía del Estado español, legislando sobre materias que son de su dominio, es el mayor atentado á la patria, porque coloca un veto eficaz en manos de los filibusteros y hace depender nuestros poderes de la fuerza y de la voluntad de los que niegan la santa bandera de España.

Pero al hablar así, discurrimos como si el argumento fuera cierto y cual si fuera esa la verdadera causa de no haber aplicado las reformas. Y esto implicaría un agravio y un engaño hecho al país, que sabe bien á que atenerse, que no cree que *no se habían* podido implantar las reformas, sino que le constaba que *no se habían querido aplicar*.

En la isla de Puerto Rico no había ni hubo nunca guerra; en nuestra pequeña Antilla «el estado morboso de una sublevación no había podido suspender las condiciones normales de la vida jurídica».

Pues bien; en Cuba no se aplicaban las reformas porque *había guerra*, y en Puerto Rico no se aplicaban las reformas porque *había paz*. En Cuba había insurrectos y la rebelión era un impedimento absoluto para realizar lo que las Cortes habían votado; pero en Puerto Rico no había insurrectos ni los hubo nunca, y su sumisión, su fidelidad, su incondicional amor á la patria, era un impedimento absoluto para llevar allá las bases de reforma, voto de un Parlamento. A Cuba se le negaban las reformas en castigo de su rebeldía y á Puerto Rico se le negaban en castigo de la sumisión, de su lealtad.

¿Cómo puede decirse, después de tan elocuente ejemplo de contradicción, que era la guerra la causa de no *haber podido* aplicar las reformas?

¿No estaba pregonando la verdad de las cosas el hecho de esa desventurada isla de Puerto Rico, culta, adelantada, fiel, adicta, unida con vínculos indestructibles á España, contra cuya isla se ha cometido sistemáticamente la iniquidad de atenderla y considerarla como especie de paria y de ilota indigna de derechos?

No. No se habían querido las reformas, porque si podían servir al

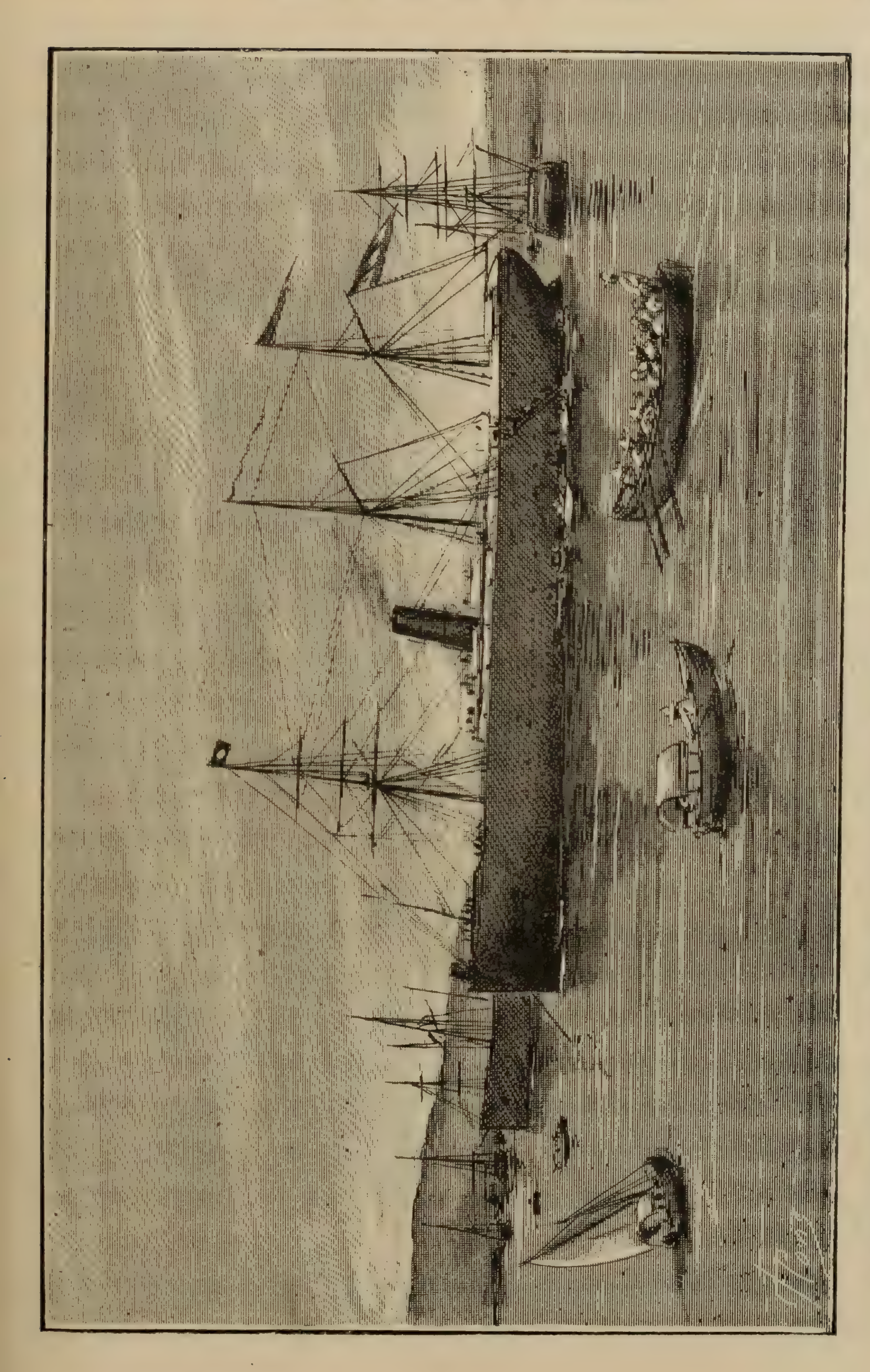


EMBARQUE DE INSURRECTOS EN UN VAPOR FILIBUSTERO

mejoramiento de Cuba y Puerto Rico, podían lastimar los intereses del partido que en esas islas ha querido hacer del sagrado nombre de la patria, pabellón para encubrir sus explotaciones y sus iniquidades.

***

Después de larga disputa sobre si se debía emplear en Cuba el sistema único de la represión á sangre y fuego, ó un sistema combinado, en el cual llevasen la reflexión y la equidad tanta parte como la energía, llegóse por fin al terreno donde convenía que estuvieran y permanecieran los verdaderos patriotas.



VAPOR CORREO DE CUBA EN EL PUERTO DE LA HABANA DISPONIENDOSE A ZARPAR PARA ESPAÑA

Comparando los esfuerzos con los resultados, y las operaciones de la guerra con las probablidades de que ésta por sí sola se resolviera en un definitivo triunfo, la opinión, en su inmensa mayoría, comprendió é hizo comprender al Gobierno la necesidad de que la fuerza moral de las concesiones políticas fuera en auxilio de la fuerza material de las armas.

Era ya general la creencia de que la guerra por la guerra no habría de acabarse nunca.

No quedaba, por lo tanto, otro medio sino aplicar pronto y aplicar bien lo que á todos, ó casi todos, parecía razonable y debido.

No se puede desconocer que en España, en la gran masa social, toda acción pacificadora encontraba simpatías, siempre que dicha gestión fuese exclusivamente nacional.

No son los mismos los conceptos del honor público cuando se trata de extranjeros ó de conciudadanos. Si manchasen aquél las concesiones y los pactos, desde el convenio de Vergara aquí, la gloriosa historia española estaría llena de manchas. Y, sin embargo, nadie lo juzga así..... ¡Por algo será!

En las guerras civiles todo se reduce en ese punto á cálculo y á previsión. ¿Cuál sistema dará mejor resultado? ¿Se llegará con mayor seguridad á una paz duradera por el camino de la intransigencia ó por el camino de la conciliación? El problema entero está ahí.

La mayoría de las gentes se inclinaban no hacía mucho al sistema, muy en armonía con el carácter nacional, de la guerra por la guerra, según todas las observaciones que estaban á nuestros alcances. A la fecha, á juzgar por los datos que de igual manera pudimos adquirir, iba ganando terreno la creencia de que la guerra por la guerra no se acabaría nunca.

La paz del Zanjón, que puso término á la desastrosa guerra de los diez años, fué atacada dura y apasionadamente por los mismos que des-

pués de celebrada la consideraron como suprema necesidad de la nación en aquellas circunstancias.

La forma con que á la presente se pusiera decoroso término, sería por todos bien recibida y por todos igualmente defendida, siempre que se hiciera sobre la base fundamental de la integridad de la patria.

Claro está que cuando los graves problemas nacionales se someten á la suerte de las armas, el triunfo decisivo y glorioso es la mejor y la más satisfactoria de las soluciones; pero las guerras civiles, que suelen prolongarse con gravísimo perjuicio de los pueblos, dentro de los cuales tienen partidarios fervorosos y apasionados unos y otros contendientes, que después de agotados los recursos y de enrojecer con la sangre de sus hijos los campos de batalla, será siempre patriótico terminarlas con fórmulas prudentes, deben acabar honrosamente por medio de transacciones, como, por ejemplo, el ya citado convenio de Vergara, que dió tanto renombre y celebridad al invicto general Espartero, como las victorias por él alcanzadas en la fratricida lucha de los siete años.

Tratándose de la salud de la patria, tenemos por seguro y damos por hecho, que todos los poderes constituidos se inspiran en móviles de alto patriotismo, sin que en esto nos asalte duda alguna.

Las opiniones están divididas, y es natural que lo estén eternamente en todo lo que constituye el régimen y administración del Estado; pero cuando la salvación de la patria lo demanda, deben concentrarse en un solo pensamiento las opiniones y los esfuerzos de todos.

Podríamos hacer la guerra hasta quemar el último cartucho, pero fuera una contrariedad reconocida tener que hacerla contra fuerzas irregulares. Contábamos con un ejército, cuyos prodigios de valor y sufrimiento aplaudimos y celebramos; mas la paz inmediata y sólidamente establecida, haría desaparecer toda clase de pesimismos y de complicaciones que pudieran sobrevenir con la prolongación de la guerra.

La paz significaba para España la vida de cien mil hombres y 500 millones de pesetas.

La implantación de las reformas facilitaría la vuelta á la madre patria, justiciera al fin, de muchos hijos extraviados, de cuantos cubanos no buscaban en la manigua un medio de satisfacer sus instintos malvados.

***

Por lo mismo que era más hondo y más vivo cada día en el espíritu público el sentimiento de la paz, y por lo mismo que entendimos que la paz se acercaría á medida que la acción de las armas se completara en Cuba con la acción política, conviene que se sepa que mientras en la grande Antilla fué general la confianza en una política liberal y progresiva, resultaron inútiles los esfuerzos de los revolucionarios, y que cuantas veces hubo motivo para que aquella confianza decayera, los insurrectos consiguieron más ó menos prosélitos para su causa.

Público y notorio es que hace pocos años tomaron incremento sus trabajos y sus esperanzas, ayudados por las dificultades, cada día mayores, de la situación económica: pero lo es igualmente que al presentarse al Congreso en Junio de 1893 un proyecto de reforma política y administrativa, que aunque no satisfacía por completo las aspiraciones del pais, representaba una nueva política y hacía presentir mayores progresos, los mismos que en el extranjero conspiraban, suspendieron sus trabajos, confesando que aquel proyecto era un golpe mortal para sus intentos; y el país entero demostraba, en manifestaciones elocuentísimas, que no era la guerra, sino la paz, que no era la ruptura del vínculo nacional, sino la reforma del régimen colonial, su más sentida y ardiente aspiración.

Pero no tardaron en variar las circunstancias. Entre la oposición

de unos y la vacilación de otros hiciéronse dudosos, por largos meses, el éxito y el definitivo alcance de la reforma, y los separatistas, creyendo en su fracaso y propagándolo á todos los vientos, estimaron propicia la ocasión para reanudar sus pertinaces empeños: y cuando fué patente al fin que se aprobaría, como en 13 de Febrero de 1895 aprobó el Congreso la debatida reforma, precipitaron el movimiento en previsión del fracaso preparado, y lo iniciaron á los pocos días, el 24 del mismo mes, aprovechando el desconocimiento de los términos exactos de la nueva ley, que no habían podido llegar á Cuba, y presentándola como el falseamiento del primitivo proyecto y como un triunfo de los que á él se oponían y una derrota de los que la sustentaron.

La insurrección, empero, quedó por entonces limitada á una porción de la provincia de Santiago de Cuba, contenida en gran parte por la oposición del partido liberal, que conservaba intacta su autoridad moral y repetía que las reformas políticas, poco después votadas por el Senado y sancionadas por la corona, no eran un engaño, sino un gran progreso; no eran un fracaso, sino una señalada conquista de las aspiraciones liberales, y aseguraba que no tardarían en seguirlas saludables reformas económicas.

Desgraciadamente, y aunque otra cosa hicieron creer las declaraciones de los hombres políticos más importantes de la Metrópoli y del preclaro caudillo á quien se confirió, ante la general expectación, el gobierno de la isla y el mando de su ejército, ni se aplicaron en los meses transcurridos las suspiradas reformas políticas, ni se apresuraron las soluciones económicas que hacía esperar la constitucion, bajo el anterior Gobierno, de la «Comisión arancelaria de las Antillas».

Dictáronse, en cambio, con asombro y disgusto del país, medidas de gobierno y administración contrarias al espíritu de la nueva ley; y entre tanto, la insurrección se extendía á Puerto Príncipe y Santa Clara y tocaba á las puertas de Matanzas.

Pero no todos los que con las armas, con sus recursos ó con su propaganda combatían, y combaten aun, la soberanía española, eran y son separatistas intransigentes é irreductibles, á quienes lancen contra España antigua hostilidad y antiguos compromisos. Los que por ellos movidos, acaso no renunciarán jamás al ideal separatista, fueron los que prepararon el movimiento. Pero á ellos se unieron, con sorpresa del país, y probablemente con sorpresa de ellos mismos, considerables elementos hasta entonces exentos de todo compromiso.


SEGUNDO DEL CABECILLA SARDUY

Cuéntanse entre ellos los hombres, que nunca falta en ninguna perturbación, á quienes incitan pasiones que, contenidas en la normalidad de la vida por no encontrar en ella facil alimento, se desatan y desbordan en cuanto se lo ofrece el desórden. Aumentaron otros las partidas rebeldes llevados de la irreflexión y arrebato de los pocos años, por falaces predicaciones explotados.

Unos se levantaron desconfiando de la aplicación de las reformas ó de que se les diera leal interpretación en el articulado y en la práctica.

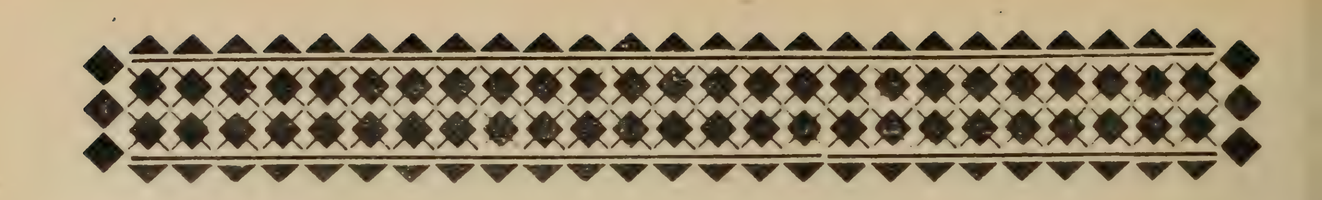
A otros les arrastró la creencia de que, aun practicada con sinceridad y llevada á todas sus consecuencias naturales, sería ineficaz por el olvido en que dejó problemas de tal entidad, como el régimen arance-

lario. A otros les empujaron los apremios de una situación económica tan angustiosa y desesperada cual jamás se había conocido en Cuba.

Más ó menos, esas y otras causas han concurrido á nutrir las filas insurrectas y á mantener alejadas de toda acción y exentas de toda disciplina política y en dañosa indiferencia, á gentes cuya simpatía y cuyo apoyo no fuera difícil conquistar.

Algunas de aquellas causas pudieran ser prontamente removidas, y á todas debieron oponerse desde luego fuerzas morales, mientras se oponían las armas á las armas.





CAPITULO IV

Para la paz.—Ejemplo de disciplina social.—Detalle importantísimo.—Merecido premio á los patriotas.—Un voto de calidad.—Momento decisivo.—Esperanza en las reformas.—*Solitudinem faciunt, pacem apellant.*—Momento crítico.—Tregua patriótica.—Campos deslindados.—A elegir.

DÍCESE comunmente que cuando alguien tiene una lesión ó herida, todos los golpes y encuentros van á parar en el sitio lastimado.

Eso acontecía á España con la guerra de Cuba.

No había noticia ni hipótesis que dejara de deprimir nuestro crédito en el exterior y de renovar dentro de casa las más dolorosas inquietudes, si implicaba bajo cualquier concepto la indefinida prolongación de la campaña.

En la Bolsa de París bajaron, el día 28 de Abril, sesenta céntimos nuestros fondos apenas se supo que en la Cámara del Brasil iba á ser discutida una proposición favorable á la beligerancia de los insurrectos. A ello contribuyó además el anuncio de que el célebre vapor *Bermuda* había emprendido sin tropiezo una nueva expedición, cargado de municiones y armas para los separatistas.

Imposible desconccer, ante esas y otras señales, que el ansia de paz era general en Europa.

Lo era también entre nosotros, siquier le pusiéramos como condición ineludible la de que hubiese de efectuarse por nuestra libérrima voluntad y sin mediaciones ni oficiosidades, intrusiones ni ingerencias extranjeras.

Harto lo sabía el Gobierno, y de igual manera debió alcanzársele que no había tiempo que perder, so pena de que la presión de fuera se nos impusiera con violencia infinitamente mayor que la de los legisladores norteamericanos.

En todas partes crecía y se condensaba el deseo de la paz, fomentado á la vez por nobles sentimientos humanitarios y por anhelos é intereses egoistas.

Fuerza era, por tanto, que demostrásemos nuestro leal propósito de alcanzarla por todos los medios lícitos, para que nadie dudase de nuestra rectitud, si por desdicha sobrevenía un fracaso.

Nada tan admirable como el ejemplo de disciplina social que en los últimos tiempos y á diferencia de lo ocurrido en otros países habían dado en España las clases menos acomodadas.

Al primer llamamiento del poder ejecutivo, á Cuba habían ido á luchar con las inclemencias del clima y con los enemigos de España ciento cincuenta mil hombres, de los cuales muchos, por estar ya en las reservas, habían creado un hogar y una familia, privados con su ausencía de su más esencial amparo.

El hecho es tanto más meritorio y su significación y alcances mucho más de estimar, si en esa prueba viril de entereza que el país había dado, se aprecia y avalora un detalle importantísimo, para todos callado, para ninguno inadvertido.

***

Nadie había faltado á su deber: todos nuestros soldados se habían alejado de las playas españolas con ánimo sereno, pero aunque en las emociones sentidas por los que se marchaban y por los que se quedaban, siempre iba unida la idea de la patria, no es posible negar que en las palpitaciones del entusiasmo nacional se dibujó una nota meláncolica de resignación, completamente distinta de esos movimientos expontáneos é irresistibles, que en otras ocasiones han fundido todo género de impresiones y temores en el santo amor á la patria.

Sin embargo, el honor y la disciplina á todo se han impuesto, y así como nuestros generales y los oficiales de nuestro ejército han hecho como siempre una religión de sus deberes militares, para las clases pobres, para los que no tienen al alcance de su fortuna la redención á metálico, para los que dan á su país todo lo que tienen, que es la sangre de sus hijos, la duda no ha existido, y jefes y soldados han enjugado las lágrimas de sus madres, de sus esposas y de sus hijos y han ahogado al partir la natural emoción en un entusiasta grito de ¡viva España.!

Muy pocos, entre aquellos hijos del pueblo, conocen la verdadera causa de la guerra; muy pocos ignoran sus remedios: no piensan en otra recompensa que la propia satisfacción del deber cumplido, y allá van á mantener el prestigio de la bandera de la patria ó los intereses de una agrupación política, ó la propiedad de los insulares que permanecen fieles á España.

Y una vez en Cuba, desligados de las primeras zozobras, atentos solo á las glorias nacionales, á la confianza, que con razón les impondrán sus jefes, y al natural impulso de vengar á los que han perecido víctimas del enemigo traidor y artero, son capaces de no comprender otra solución que la de la guerra y de desear, como algunos de por acá, que «se gaste si es preciso, hasta el último duro, y que antes de conceder nada perezca el último soldado».

Pues bien, ejemplo tan admirable de disciplina social ¿no mereció

que los que aquí quedamos, pusiéramos el pensamiento en esos ciento cincuenta mil españoles, y solo al pensar en ellos, en sus madres, en sus esposas é hijos, trabajáramos de consuno y con fé para conseguir su pronto retorno al seno de la madre común? Esta sola idea, este supremo y humanitario beneficio que hacía esperar las reformas, debiera haber bastado para que el Gobierno de la nación se hubiese apresurado á llevar á Cuba el ramo de oliva, símbolo de la tan anhelada paz.

***

Al voto unánime de la opinión demócrata y liberal del país, hay que sumar el de un conspícuo conservador, ex ministro de la corona y eximio periodista, famoso corresponsal del *Diario de Barcelona*, y cuyas "Cartas de Madrid" gozaban de merecida fama, por su exacta información y por la rectitud é imparcialidad de sus juicios.

Hé aquí lo que en la "Carta de Madrid" del número del acreditado periódico conservador barcelonés correspondiente al día 26 de Abril se decía á propósito de las reformas:

«En esta cuestión de la aplicación inmediata de las reformas se agita una verdadera maniobra política, en la que, á decir verdad, no entra para nada en cuenta el interés supremo del país, que no puede ser igual al de aquellos que desean la continuación de la guerra. Fuí como se recordará, opuesto desde el principio al famoso proyecto de reformas que el señor Maura presentó á las Cortes; pero, una vez aceptado por el Gobierno como bandera, juzgo temeridad oponerse á su realización, pues no dejo de recordar lo sucedido en Inglaterra con Mr. Gladstone y su famoso *bill* de la autonomía irlandesa, que produjo la caída del partido liberal y su fraccionamiento, y que al fin hubo de aplicar, pues hay cierta clase de reformas que si no se aplican desde el Gobierno después

de anunciadas, constituyen un gérmen de perturbación, cosa que nos sucederá á nosotros si desgraciadamente no se cumpliese en todas sus partes la ley votada por las últimas Cortes con el asentimiento de todos los partidos.

»Ya sé que la sola aplicación de esta medida no traería consigo la paz inmediata, pero, ¿puede acaso negar nadie que produciría un grandísimo efecto moral el solo hecho de ver que aun en las críticas circunstancias por que atravesamos se cumplía lo solemnemente prometido?



CABECILLA SARDUY

»Tengo la seguridad de que los hombres que dirigen los negocios públicos sabrán proteger en esta lucha de egoismos los verdaderos intereses del país, y que con la implantación de las reformas políticas y administrativas, *se dará un gran paso para la consecución de la paz*, sin que esto estorbe para nada á la acción militar, que hasta ahora, juzgando con el desapasionamiento propio de estos escritos, no ha sido tan afortunada como teníamos derecho á esperar, dadas las dotes del general Weyler.»

*
* *

La situación creada á España y á Cuba por efecto de la duración de la guerra, en el orden de sus intereses económicos, políticos y hasta morales, no consentía que se dilatase por más tiempo la solución de un problema en que estaba empeñada la vida de este pueblo, del noble, generoso y sufrido pueblo español, que en un año solo había realizado sacrificios mayores que los que representaban los diez años de la anterior insurrección.

No era posible que se hablase á la fecha, como se hablaba el año anterior por el mismo tiempo, de la necesidad de esperar á que, transcurrida la época de las lluvias, se pudiera emprender con mayor actividad y energía la campaña.

Y mucho menos podíase decir, con una tranquilidad de espíritu de la cual no podía participar el país, que aun aguardando el otoño próximo para avivar las operaciones y redoblar la acción militar, había que contar con el ineludible plazo, como máximum de dos años, para concluir la guerra.

Porque proclamarlo y creerlo, y hacer de tales afirmaciones un programa de gobierno, equivaliera á convertir la guerra en una dolencia crónica, de carácter incurable, contra la cual no sirven más tratamientos que los del tiempo, la paciencia y la providencial ayuda de los sucesos fortuitos.

Grande, muy grande es la resignación del pueblo español, como se prueba al no haberse debilitado su ánimo valeroso con tantas y tan crueles decepciones de promesas no cumplidas, al no sentir desfallecimiento alguno en sus cruentos sacrificios, no obstante no ver realizado los solemnes cuanto impremeditados augurios de limpiar de insurrectos, al concluir el mes de Marzo, tres de las seis provincias invadidas. En ellas estaban, á principio de Mayo, las partidas de filibusteros llevando el llanto, la desolación y el exterminio del extremo Oriente al extremo Occidental de la isla. Allí estaban dando testimonio fehaciente de su

presencia con actos bárbaros, vandálicos y horribles, oprobio de la civilización.

Y cuando tal ocurría, á pesar del heróico comportamiento de nuestros bravos soldados, no obstante los ciento cincuenta mil hombres que España por un esfuerzo sobrehumano envió á pelear contra el vómito y contra los insurrectos, se hablaba de aguardar á que cesasen las lluvias, aún no empezadas, y á que transcurrieran cuando menos dos años más de una lucha imposible.

***

No. Los momentos eran decisivos, y el Gobierno, por los más elementales deberes de patriotismo, debió aprovecharlos. Ansias de paz, ansias vivísimas del término de la guerra, sentía el pueblo español. Experimentaba esos anhelos, no sólo en virtud de los inmensos sacrificios hechos, y á los cuales no hallaba satisfacción en idéntica medida del colosal esfuerzo consumado, sino porque mirando al porvenir no se resignaba á que se diera á la guerra ese carácter crónico, del que no podían provenir ni gloria para sus armas ni provecho para su vida y para su honor.

Instantes fueron aquellos en que el Gobierno debió conducir á la nación á la paz deseada por todos los medios honrosos, eficaces y duraderos, por la acción militar y por la acción política. Y puesto que al fin á ésta se le otorgaba aquel lugar que le correspondía de derecho desde el principio de la campaña, no podía ni debió dilatarse el planteamiento de las reformas, en las que fiaba la opinión tan grandes y tan positivos éxitos.

Si las reformas, lo que no podía ni debía esperarse, no produjeran los fecundos beneficios que de ellas se aguardaban, fuera ocasión de

pensar en esos plazos dilatorios y mortales que se fijaban al término de la guerra.

Porque lo que nadie había podido pensar ni querer jamás, es que la guerra fuese el padecimiento crónico de todo lo que resta de siglo. Si eso lo hubiera querido y pensado el Gobierno, no se hubiera proclamado por el señor Cánovas la necesidad de hacer de una vez los sacrificios que hubieran de hacerse en diez años.

El momento era, pues, decisivo y se debió pedir al Gobierno que tuviera al fin decisión bastante para resolver el conflicto con espíritu amplio, generoso, liberal, elevando el corazón y el pensamiento á la altura de esta patria nuestra tan grande como desventurada.

***

No era dable hacer con las reformas de Cuba lo que se hizo con motivo de la beligerancia.

Cuando se trataba únicamente de esta, pudo el Gobierno durante dos meses entretener la ansiedad del país con versiones contradictorias, diciéndole que jamás el Congreso norteamericano votaría resolución tan injusta, y hablándole á la contínua, para calmar sus inquietudes, de grandes aprestos navales, que servirían en último trance para rechazar toda intrusión extranjera.

Se transigió entonces con el engaño sistemático y con la rectificación indefinida, porque las gentes creían en la posibilidad de dominar la insurrección antes de que surgiese querella internacional alguna. El caso era muy distinto.

El general Weyler, á la vez que significaba su no conformidad con la acción política, había vuelto á decir que había para dos años más de guerra.

Ante tal perspectiva, aún los incrédulos y los adversarios habían convertido su esperanza hacia las reformas, comprendiendo que, en efecto, podía ser camino para llegar honrosamente á la paz ó para abreviar cuando menos la duración de una sangrienta lucha.

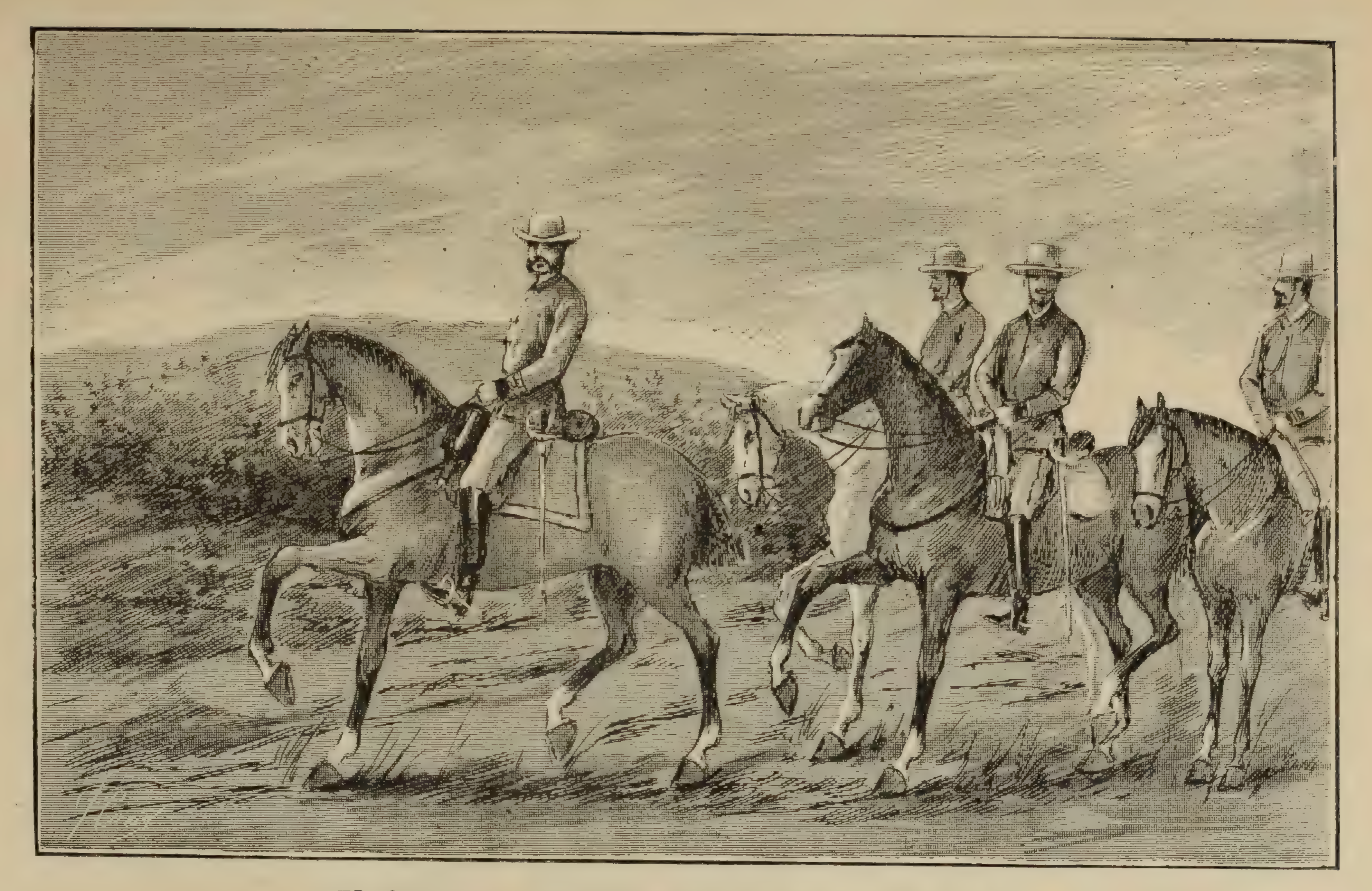
No cabían, pues, respecto de ellas, las alternativas, los aplazamientos, ni los equívocos usados en los meses de Marzo y Abril para sortear los riesgos inherentes á la declaración de beligerancia.



POBLADO DESTRUIDO POR LOS INSURRECTOS

O el Gobierno se negaba en redondo á establecerlas, ó las aplicaba de seguida, prescindiendo de tímidos expedientes dilatorios y de mal intencionados subterfugios.

Si lo primero, ya sabía la nación lo que le aguardaba: llevar á Cuba su último reservista y su última peseta y librar allí tal vez muchos combates como los recientes de Pinar del Río, muy gloriosos para nuestra bandera y para nuestras armas, pero costosísimos por la mucha sangre vertida y perfectamente estériles para el éxito definitivo de la campaña.



EL GENERAL WEYLER Y, SUS AYUDANTES DE CAMPO

Mientras peleáramos de ese modo contra las lluvias, contra la epidemia, y contra lo desconocido, nos acompañaría, tácita por de pronto, quizás expresa mañana, la sorda animosidad de las potencias.

Cosa bien natural, pues habiéndonos manifestado todas su sentir en términos amistosos, todas nos acusarían de no haber querido enplear la fuerza moral, juntamente con la de las armas, para la resolución de un problema cuyas derivaciones y contingencias, además de afectarnos á nosotros, afectaban á cuantos pueblos tenían colonias ó intereses en el mar de las Antillas.

Transcurridos esos dos años, que podían llegar á tres ó cuatro, en el supuesto de que durante período tan largo imitase la conducta de Mr. Cleveland el futuro presidente de los Estados Unidos; admitida la hipótesis de que los gobiernos y las Cámaras de Washington no volviesen á hablar de intervención, de mediación, ni siquiera de beligerancia, y dando de barato que no sobreviniere litigio alguno por reconocimientos ó presas de buques sospechosos, ni á causa de indemnizaciones reclamadas á favor de americanos fraudulentos ó *falsificados*, conseguiríamos acaso la pacificación material de Cuba.

Pero como para entonces habríamos gastado dos mil millones de pesetas y sacrificado cincuenta ó cien mil hombres, al agotamiento de la grande Antilla correspondería el agotamiento de España, y dueños de un campo de soledad y de ruinas, podríamos aplicarnos á nosotros mismos la sentencia del historiador romano: «*Solitudinem faciunt, pacem apellant*».

España no estaba para perder tiempo en empirismos: ó á la guerra por la guerra, y hasta que no nos quedase gota de sangre ni moneda de cobre; ó á la paz por todos los medios decorosos y eficaces y dignos.

* * *

Hemos dicho cuanto había que decir sobre los medios más adecuados para la resolución de los problemas de Cuba, y ya no es necesario fatigar con nuevos ó repetidos argumentos la paciencia de nuestros lectores, toda vez que en breve los hechos ocurridos en nuestro Parlamen-



CENTINELA EN LA ALAMBRADA DE LA TROCHA JÚCARO

to, cuyo relato nos corresponde hacer en otra parte de nuesta Reseña, hablarán con mucha mayor elocuencia que las teorías.

Suficientemente ilustrado el juicio público y de sobra discutidas las acciones, maneras y fórmulas que podían contribuir á la feliz terminación de la campaña, llegó la hora de que la prensa periódica, órgano y eco de la opinión pública, cediera el uso de la palabra al Gobierno.

Bien se vé que el momento era crítico.

La misma prensa americana, que durante los meses anteriores macizaba sus columnas con informes inexactos, desatinadas hipótesis y malévolas apreciaciones, observaba á la sazón un expresivo silencio.

A nadie se ocultaba en España ni fuera de ella, la suma gravedad de las circunstancias; nadie dejaba de sentir honda inquietud en espera de los acuerdos de Gobierno, que en el discurso de la corona habían de hacerse públicos.

Importaba, pues, dar de mano á polémicas que ya fueran ociosas, y aguardar á que resolvieran y decidieran aquéllos sobre cuya cabeza habían de caer todas las responsabilidades.

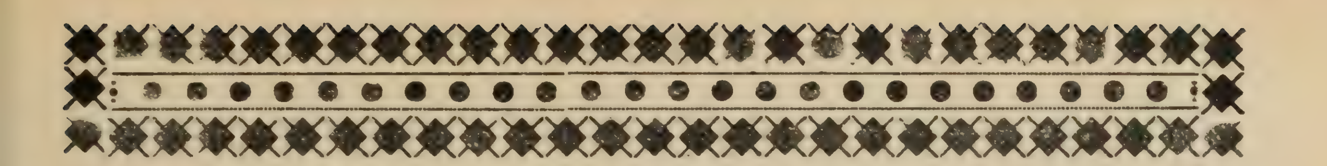
Era preciso que el Gobierno no pudiera disculparse mañana, alegando que el tumulto exterior de las pasiones de partido había conturbado su ánimo ú obscurecido su criterio.

Era indispensable que se cargara á su cuenta, y nada más que á la suya, el resultado de declaraciones y actos, de los cuales tal vez dependiera todo el porvenir de la nacionalidad española.

Estaban bien deslindados los campos. El país sabía quiénes eran los que protestaban contra la política expansiva, y cuántos los que opinaban á favor de ella.

Al Gobierno tocaba elegir.





CAPITULO V

Impresión de desaliento.—Reunión de las mayorías parlamentarias.—El discurso del jefe del gobierno.—Comentos y consideraciones.—La *prudencia* del señor Cánovas.—Extraño procedimiento.—El discurso de la corona.—Período de desmayos.—Ni bríos en las palabras.—Caso nunca visto.—La prensa extranjera.—Suprema filosofía de la conciencia pública.—Fatídicos augurios.—Temores de la opinión.—Causas de desaliento nacional.—Convicción patriótica.

PENOSO efecto causó el discurso que en la reunión de las mayorías pronunció en la noche del 9 de Mayo el presidente del Consejo de Ministros.

Jamás se hizo, en ocasiones tales, una manifestación tan explícita de desaliento y amargura; jamás el jefe de un partido, bajo cuya responsabilidad está la dirección de los negocios políticos, dió á entender con tanta claridad, que carecía de soluciones para atender á urgentísimos problemas y de remedios para conjurar inevitables conflictos.

«—Peligroso y pavoroso sería —dijo el señor Cánovas,— el resolverse á procurar el término de la guerra por la guerra, é igualmente peligroso y pavoroso el entender que se podía llegar á ese fin por medio de concesiones precipitadas.»

¿Qué hacer, pues, si tan malo era lo uno como lo otro.?

Precisaba, según el, decidirse con verdadera generosidad, con verdadero valor, á poner para siempre á salvo la integridad de la patria, la autoridad y la soberanía española en la isla de Cuba.

Esta afirmación pareciera una defensa de la guerra á todo trance si no viniese á renglón seguido esta otra:

«—Pero es preciso al mismo tiempo, en el orden administativo, hacer cuantas concesiones sean imaginables, cuantas puedan desear los más codiciosos de reformas.»

Tampoco se detuvo aquí el señor Cánovas, antes bien introdujo una nueva reserva, echando por tierra las dos proposiciones anteriores, como si viese en ambas idénticos peligros.

«—Es preciso, sin embargo, guardar aquellas concesiones para cuando sean posibles y oportunas.»

De análogos recelos y dudas adoleció el discurso presidencial.

Remontóse á veces el señor Cánovas á la altura á donde debe subir en las horas difíciles el pensamiento de los verdaderos hombres de Estado, para caer de pronto en sofismas pueriles y en trivialidades impropias de un jefe de Estado.

Ejemplo de lo primero, el argumento que adujo en contra de las reformas:

«—Se precipitó la guerra, precisamente para impedir el establecimiento de las libertades y reformas administrativas, precisamente para que no las hubiese, precisamente para que la bandera del separatismo brillase por sí sola.»

Pues ¿qué mejor demostración —preguntarán con nosotros todas las gentes imparciales— de que las reformas eran contrarias y funestas para la causa odiosa del separatismo?

Ejemplo de lo segundo, la tésis de que los rebeldes aspiran principalmente á ser ministros, á ser generales, y á hacerse dueños del poder público; tésis vulgar, si las hay, y más aún, reforzada como apareció, con la teoría de que quien toma parte mayor en la guerra separatista es la raza negra, equilibrada, si no por el número, por la fuerza, con la raza blanca.

Si de tal modo estuviera planteada la cuestión, vendríamos á parar en que sólo quedaban dos medios para acabar ahora y en lo venidero con esa lucha perpétua que fundadamente preocupaba y alarmaba al señor Cánovas del Castillo.

Y esos dos medios consistirían: ó en exterminar á los negros, ó en reducirlos otra vez á la condición de esclavos.

Pero, no es posible la discusión donde no se sienta afirmación alguna.

¿A que discutir, cuando fué el señor Cánovas quien invitó á la nación á que resolviera y decidiera por sí misma, no de otro modo que si esa obligación hubiera dejado de corresponder á la incumbencia exclusiva de los Gobiernos responsables.?

Se apeló y hasta se incitó á la opinión nacional para que declarase su sentir acerca de tan árduos asuntos.

¿Y cómo había de hacerlo, si ante los Gobiernos y los partidos conservadores no tenía ni tuvo nunca más órgano ni más representación, que la representación y el voto de las mayorías parlamentarias, hija del encasillado oficial?

¿Había de concretarse y de buscar la exteriorización debida en grandes reuniones ó asambleas populares? La autoridad, á pretexto de evitar rozamientos de carácter internacional, hubiera prohibido esas reuniones ó hubiese entregado á los que sobresalieran en ellas á los tribunales de justicia.

***

Triste, muy triste impresión, repetimos, fué la que causó aquel discurso, en el cual no se hizo más que presentar el lado malo de todas las soluciones posibles, y entre cuyas diversas consideraciones, apareció

treinta y tantas veces repetida, cual si se tratase de una obsesión, la palabra *prudencia.*

Infirióse de él que no podía, aunque bien lo quisiera, el jefe del partido conservador sustraerse á la influencia, no ya de las antiguas convicciones, sino de los compromisos antiguos, é infirióse por añadidura,



INSURRECTO DE LA PARTIDA DE ARANGUREN

que había perdido toda confianza y toda fé, así en los medios como en las doctrinas que le eran peculiares.

De ahí que, mediante el ofrecimiento, sincero sin duda alguna, de renunciar al poder, se creyera autorizado para limitarse á plantear un problema aterrador, y para encomendar á los demás, á las colectividades políticas, á los periódicos, á los arbitristas, á la masa anónima, el cuidado de resolverlo.

Hallábase el enfermo en estado de suma gravedad, tal vez en riesgo inminente de perder la vida.

Y cuando más necesaria aparecía la aplicación de remedios heroicos, el médico de cabecera, después de lavarse concienzudamente las manos, salió al balcón é invitó á las gentes que pasaban á que iniciasen una controversia sobre las causas del mal, y á que por medio de una sosegada discusión, elígieran el tratamiento que había de salvar al moribundo.

En realidad, no es nuevo, aunque sea extraño, el procedimiento.

Así obraban los antiguos egipcios, cuando no sabían qué hacerse con un desahuciado.

Colocaban el doliente á la orilla de un camino, para ver si alguno de los transeuntes, conocedor de la enfermedad, lograba acertar con el remedio.

* * *

Aquellas indicaciones vagas, aquella manifestación tan explícita de desaliento y amargura, aquella confesión tan clara y paladina de que carecía de soluciones para atender á urgentísimos problemas y de remedios para conjurar inevitables conflictos, que en el discurso dirigido por el presidente del Consejo de ministros á los senadores y diputados del partido conservador dejó el juicio de éstos tan perplejo, aparecieron más confusas, todavía, las primeras; más explícitas y más claras, las segundas, en los párrafos que pusieron en los augustos labios de la Regente sus consejeros responsables.

El discurso de la corona leido en la sesión regia é inaugural de las Córtes, verificada en la tarde del 11 de Mayo, antes que para levantar los corazones pareció escrito para deprimirlos. Transparentóse en él un

decaimiento que no era ciertamente la nota que á aquellas circunstancias y al ánimo de la nación convenía.

Echáronse de menos en él los acentos vigorosos con que frente á las intrusiones de un pueblo soberbio y descomedido se afirmase nuestro derecho á resolver por nosotros mismos nuestras cuestiones interiores y se expresase nuestra voluntad enérgica, resuelta, incontrastable, de sucumbir cien veces antes que ceder á la humillación y la amenaza.

Menos antinomias del estado de Cuba y sus remedios, mayor determinación y más clara tendencia de los propósitos del Gobierno en ese punto, y superiores bríos ante el extranjero, hubieran dejado mejor impresionada la opinión pública.

Después de la penosa y larga temporada en que el pueblo español había sufrido pacientemente las insolencias de los *yankees*, por no parecer á los ojos del mundo quisquilloso y pendenciero, en esa primera ocasión en la que podía haber resonado la voz que fuese como la de la nación entera, bien cabían sin desplantes quijotescos ni jactancias vanas acentos más vigorosos de la española dignidad.

***

Por desgracia pasábamos por un período tal de desmayos en nuestros hombres públicos, que hasta aquella fuerza de expresión, dote especial del señor Cánovas, había menguado lastimosamente. Ya ¡quien lo había de decir! parecía no habernos quedado bríos ni en las palabras.

Presentándonos ante propios y extraños de ese modo, no los Estados Unidos, cualesquiera potencias de las más débiles se atrevieran con nosotros. Se repetía demasiado la palabra *prudencia*, y la opinión comenzó á recelar que se la llevase hasta el límite en el cual cambia de nombre. Sobre el ánimo de muchos españoles pesaban recelos semejan-

tes llenándolo de tristeza, y era de temer que al cabo sucediera á éste un sentimiento más vivo y más en armonía con el carácter español.

Circunstancia tan difícil no escapó á la observación de los ministeriales mismos, y el escaso entusiasmo que en las filas de la mayoría se notó al empezar la campaña parlamentaria, dió testimonio de que á todas partes alcanzaba la general preocupación y nadie se hallaba satisfecho de la marcha que llevaban los negocios públicos. Sin que esto significase esperanza en que cualquiera de los cambios posibles en la situación política mejorase las condiciones de la misma. Si tal esperanza hubiera existido, fuera para todos una fortuna.

Los hombres que tenían entonces sobre sí la pesadumbre y las responsabilidades del gobierno, debieran haberse fijado mucho en ese fenómeno que se produjo en todos los espíritus. En él se encerraban quizás más peligros que en cualquiera resolución, por temeraria que se antojase.

Es preciso que todo Gobierno se inspire siempre y bien en el alma nacional y proceda en consecuencia. De otro modo, se corre el peligro de dar lugar á que se apodere de esa alma el sentimiento más terrible: la desesperación.

***

Había llegado á extremo tal la desconfianza y la incertidumbre de la nación en todo lo relativo á propósitos y resoluciones del Gobierno, que se dió en aquellos críticos momentos un caso nunca visto: el de que las peripecias de la guerra y las últimas complicaciones suscitadas por la malevolencia de los Estados Unidos, ocasionasen en el extranjero sobresaltos, recelos y emociones, muchísimo más fuertes que en España.

Tres ó cuatro días se pasaron los periódicos de Francia é Inglaterra discurriendo sobre tan árduo asunto. Nos defendían los unos, nos

censuraban los otros; pero todos estaban de acuerdo en temer la gravedad de un conflicto, que era, á juicio suyo, tan inminente como inevitable.

Se tranquilizaron luego, y los menos continuaron acusándonos y motejándonos de reaccionarios y de provocadores, en tanto que los más alabaron (suponemos que de buena fé) la corrección y la prudencia de nuestra ejemplarísima conducta.

Dios se lo pague á los segundos y se lo perdone á los primeros.



ESTACIÓN DE CALIMETE

Con igual serenidad de ánimo eran acojidas las demás noticias que atañían al curso de la campaña y á los medios empleados para ponerle término decoroso.

El anuncio de la dimisión del general Weyler, publicado el día 10 de Mayo, hubiera caído dos meses antes como una bomba y levantado en toda España una formidable polvareda. A la sazón fué apreciado como una de tantas contingencias que nada quitaban ni ponían.

¡Ya no dimite! —nos dijo luego el cable— y la buena nueva de su permanencia en la isla, produjo poco más ó menos el mismo efecto que el de su renuncia.

Eran muchos los patriotas de corazón y no pocos los pesimistas de

oficio, que miraban con horror esta suprema filosofía de la conciencia pública, y que deducían de semejante fenómeno —nada frecuente á la verdad en España— los más fatídicos augurios.

Temían que llegase un día en que la opinión acojiera con análoga frialdad los lances favorables y los lances adversos de la lucha; un día en que no pareciera inadmisible ninguna hipótesis, por amarga que fuese, ni rechazable proposición ó imposición alguna por mucho que lastimase el honor y el interés supremo de la patria.

***

Discrepamos, sin embargo, por completo de esa apreciación de los exaltados y de los pesimistas.

No era debido lo que sucedía al agotamiento de la fuerza moral de España, ni á su primordial anhelo de ver terminada una guerra para la cual no se descubría solución ni desenlace, á juzgar por las manifestaciones de los hombres de gobierno; no era debido á que la nación hubiese perdido la fé en sí misma, ni el legítimo orgullo de sus glorias pasadas, ni la ciega confianza en sus destinos futuros.

Lo que ocurría era que había perdido la confianza y la fé en aquellos que la representaban y la personificaban.

¿Cómo no había de perderlas, si hacía quince meses venían fatigándola con demostraciones y promesas que jamás se realizaban ni se cumplían?

¿Cómo no había de perderlas, si aún en los períodos más difíciles y más obscuros, se le había dicho y se le decía que todo marchaba de la mejor manera, que la sumisión de los rebeldes adelantaba á pasos agigantados, y que manteníamos relaciones inmejorables, por lo benévolas y afectuosas, con el gobierno de los Estados Unidos?

¿Cómo no perderlas, si durante las últimas semanas de Abril y la primera de Mayo, se le había estado insinuando por conducto oficioso que había reformas y hasta autonomía administrativa para la población leal de Cuba, y se había venido al fin á declarar solemnemente, en el discurso de la corona, que ni autonomía, ni reformas, ni libertades, podían ya tener aplicación ni efecto?

Y por si todo ello no bastase, hubo quien volvió á indicar la probabilidad de que no sólo el Gobierno, sino el propio general Weyler, hicieron suya, en plazo muy breve, la acción política á que se mostraran tan refractarios el uno y el otro.

***

No; en aquel aparente excepticismo no tuvo culpa la nación, siempre dispuesta á los más grandes arrestos y á los mayores sacrificios, aunque no á ser objeto constante de sofisticaciones y burlas; esa culpa recayó en su totalidad sobre los políticos, tan indecisos como apocados, que no la conocían y que la gobernaban.

Ellos fueron los únicos responsables de la apatía exterior y cada vez más acusada con que aquí íbamos acogiendo, no ya todo lo que pasaba, pero sí todo lo que nos referían de Cuba.

No tuvieron en cuenta que las pasiones humanas son tan indispensables á los progresos del Estado, como al gobierno general del mundo.

Y reprimieron la expansión del sentimiento nacional, á costa de los más perseverantes esfuerzos y de los más pueriles subterfugios, sin advertir que la virtud varonil del patriotismo anda siempre mezclada con alguna de esas pasiones, y que esta amalgama es tan necesaria en la política práctica, como la aleación en la moneda.

Por fortuna de todos, la incredulidad, la indiferencia y el cansancio, se referían tan sólo á la gestión de nuestros gobiernos.

Pero bajo esa exterioridad que la prensa oficial calificó de *suma corrección*, y que algunos periódicos extranjeros apreciaron, favoreciéndonos mucho, como exquisita prudencia, ocultaba España una fir-

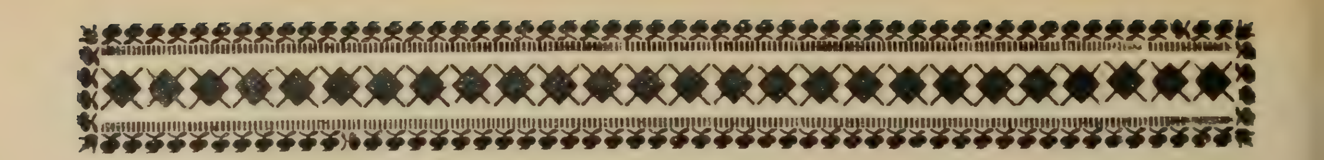


OFICIAL DE VOLUNTARIOS CHAPELGORRIS

me condición que le permitía mirar frente á frente todas las contingencias y todas las complicaciones posibles.

La convicción de que entonces, ahora y siempre, se bastaría ella sola para sacar á salvo su honor y su derecho.





CAPÍTULO VI

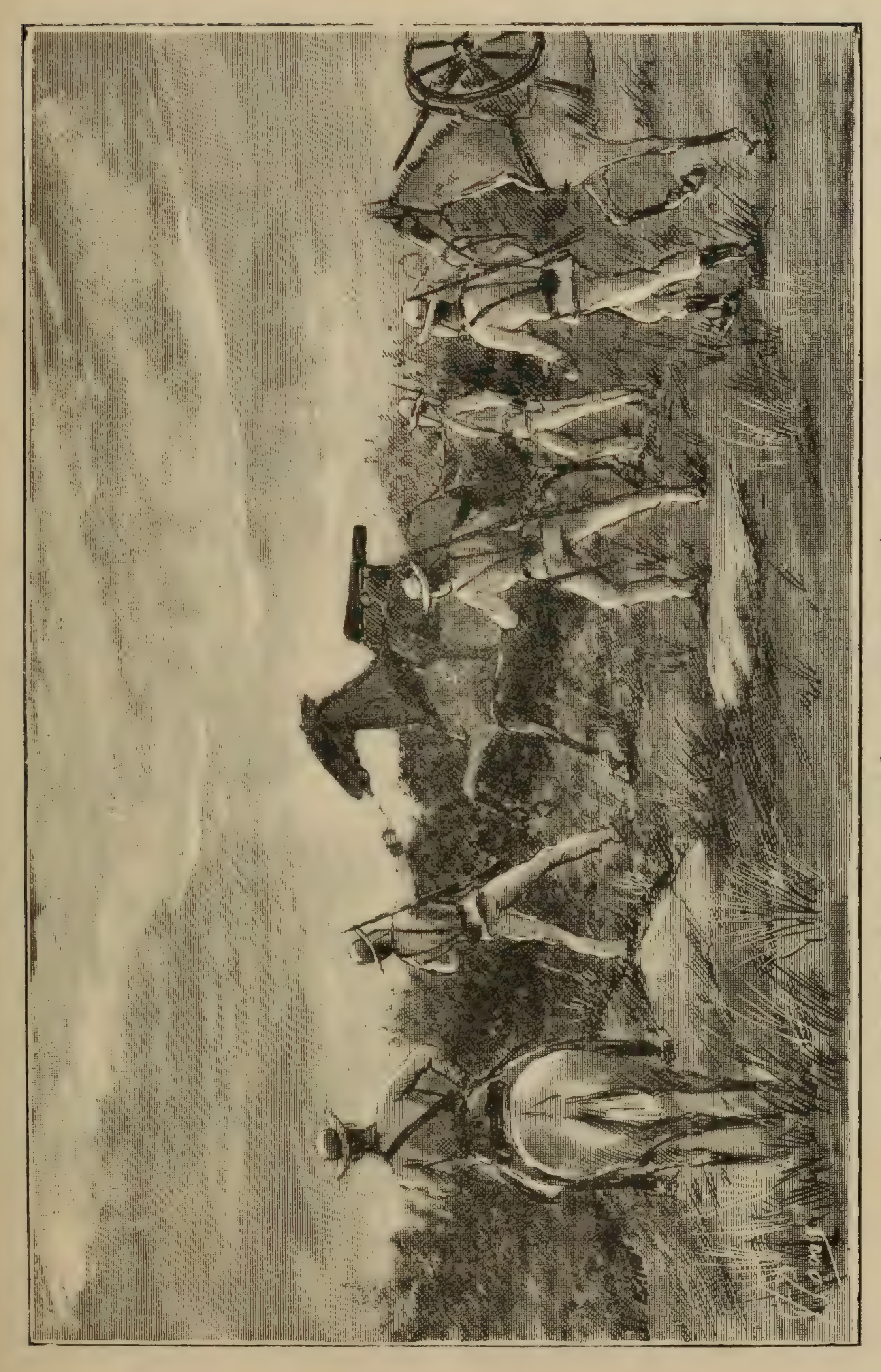
El único camino.—El patriotismo y la guerra.—El gobierno divorciado de la opinión nacional.—El pueblo español.—Mal camino.—Antiguo refrán.—Grave responsabilidad del gobierno.—Los Estados Unidos y España.—El Capitolio de Washington.—Agravio á España y á su reina.—Un suelto oficioso.—Lo intolerable.—Una nota y un comentario, sin desperdicios.—Lo absurdo de un triunfo diplomático.—Un bando del general Weyler y una reclamación de la gran República.—El pacientísimo Job.

HABÍASE simplificado, ya que no llevaba trazas de resolverse, el problema de Cuba.

Los que hasta entonces discutían en cuanto á los medios de sofocar la rebelión, estaban perfectamente conformes en un punto, que era por el momento, y sería mientras durase la estación de las lluvias, el de mayor importancia.

Reconocieron todos que la primera dificultad que necesitaba orillar España, estribaba en la actitud arbitraria, irregular y malévola que para con nosotros observaba el gobierno de los Estados Unidos.

Y reconocieron aquellos mismos, á juicio de quienes únicamente por la guerra se podía acabar con la guerra, que en tanto no se modificase ó no se aclarase aquella actitud, era harto probable que no surtieran efecto los más gigantescos sacrificios, y que permaneciera tal



ARTILLERIA DE MONTAÑA, ATRAVESANDO UN MANIGUAL

cual á la fecha estaba la campaña, así mandáramos allá de una vez sola cien mil soldados y mil millones de pesetas.

Urgía, pues, á nuestro derecho y á nuestro decoro, recabar del gobierno de Washington ó una rectificación de conducta, ó cuando menos una declaración de principios.

Pero ¿cómo y de qué manera íbamos á lograr lo uno y lo otro?

Nuestros ministros, con la tranquilidad que les distingue para tratar asuntos de opinión, manifestaron que ya se encontraba en buena marcha la gestión encaminada á tal objeto.

El día 11 de Mayo presentó nuestro ministro en la gran República reclamación oficial con motivo de las últimas expediciones filibusteras realizadas por el *Laurada* y el *Bermuda*. Y el secretario de Estado, mister Olney, le contestó á los pocos días, en nota igualmente oficial, que se había dispuesto abrir una información respecto de ambos casos, y que serían destituídas las autoridades federales, si resultaba comprobada la ilegalidad de sus procedimientos.

Así dijeron, y de ello se alabaron nuestros gobernantes, quienes agregaron, por conducto de la prensa ministerial, los siguientes detalles y reflexiones:

«—El lunes próximo —día 18 de Mayo— se verá en el Tribunal Supremo de la República la apelación en la causa formada con motivo de la expedición del *Horsa* —(la historia era bastante antigua)— y el Secretario de Justicia, en persona, sostendrá la necesidad de que interpreten las leyes que sobre la materia rigen en el país, de modo que se den facultades bastantes al Poder ejecutivo para evitar expediciones futuras.»

«Estos hechos —agregaba la desahogada versión oficiosa— demuestran *el cuidado* y *la corrección* con que el Gobierno de los Estados Unidos *procura cumplir* sus deberes internacionales.»

* * *

Confesamos que, después de leer los renglones antecedentes, fué inmenso nuestro asombro.

El Gobierno de España estimaba como garantía suficiente y como prueba de corrección internacional, el anuncio de que un funcionario de la justicia americana se apercibiera á sostener la necesidad de que determinadas leyes fueran interpretadas de determinado modo. Cumplido ese trámite demostrativo, comenzaría el de la interpretación subsiguiente, se aprobaría después, ó no se aprobaría, la concesión de facultades bastantes á Mr. Cleveland ó al futuro presidente, y en tanto que legase á término tamaña serie de propuestas y actos, habrían arribado otras diez ó veinte expediciones filibusteras á las costas de Cuba.

Hé aquí toda la acción diplomática entablada por el Gobierno. Puede que algo más hubiera oculto; pero cuando tales cosas se ofrecían á la opinión para probarle que se había obtenido un triunfo, señal era de que no habían de valer mucho más y de que no habían de tener carácter distinto los triunfos venideros.

Conocíamos por igual los dos sistemas. El de nuestros gobernantes empeñados en disfrazar los riesgos y en dorar las verdades amargas, y el de los norteamericanos, que consistía en procesar á los culpables de filibusterismo y en encogerse de hombros, ó en hacer protestas de sentida imparcialidad, cuando el Jurado absolvía libremente á los reos.

Excusado es decir que ni con el uno ni con el otro se conformaba España, é inútil indicar que si continuaban sobre esa pauta las negociaciones, continuarían procediendo de la propia manera que habían procedido hasta la fecha, el Gobierno, las Cámaras, los tribunales y los Sindicatos de los Estados Unidos.

No cabía ya que nos aviniéramos á sufrir por más tiempo ignominia semejante.

Se había agotado la paciencia de la nación, y, ó cambiaban de lenguaje y de actitud, ó dejaban de mortificarla y ponerla en rídiculo los que la representaban.

Para obtener algo de los norteamericanos, no había más que un medio y un camino.

Demostrarles que estábamos dispuestos á todo, incluso á un rompimiento, antes que á tolerar la pérfida conducta que con nosotros venían observando.



INGENIO STA. SUSANA (Sagua)

No quiso el Gobierno emplear ese medio, ni seguir ese camino, y sucedió lo que había de suceder.

***

Ciertamente que toda precipitación ó falta de profundo conocimiento de las cosas, cuando pueden surgir conflictos de fuerza con países extranjeros, implican el peligro de un fracaso, cuando no la derrota y la consiguiente catástrofe.

El patriotismo exaltado fortalece el ánimo de los destinados á sostener la lucha; pero no tiene el poder de dar solución gloriosa á las cuestiones de fuerza, cuando los elementos materiales no están en número

y condiciones de vigorosa organización para tener fé en la victoria; sin lo cual no deben acometerse empresas temerarias.

El patriotismo es la viva y ardiente expresión nacional; pero en las cuestiones de fuerza vence, domina y cambia la faz de las cosas, el más poderoso por mar ó por tierra. Es verdad que los que sucumban por amor á la patria en lucha desigual, tienen gran resonancia y admiración en el mundo; mas nadie al fin repara los males causados, ni evita la opresión ni las condiciones tiránicas impuestas por el vencedor.

Los hombres de Estado y de gobierno que tienen la responsabilidad de sus actos ante la opinion y la Historia, deben meditar con ánimo sereno, pues la impresionabilidad de carácter es fatal en estos casos sobre el pró y el contra de las cuestiones de fuerza, empeñadas entre ejércitos regulares, que se resuelven siempre con elementos materiales en los campos de batalla, y no con fórmulas inspiradas en idealismos que se quebrantan, resultando ineficaces, con los reveses de fortuna, sobre todo, cuando sobrevienen por la suerte de las armas.

De ahí, que el hombre que regía los destinos de la nación hidalga, sólo tuviera presente la diferencia de recursos materiales, de riqueza, ante el conflicto que nos amagaba la gran República, y el clamoreo de la opinión exaltada. De ello provenía ese desaliento, ese desmayo, que en la voluntad es vacilación contínua, y en la inteligencia, imprevisión. La incalculable suma de energías morales que representa la tradición y las glorias nacionales, no fué tomada en consideración por nuestros gobernantes. Estos no tenían fé en el pueblo español, y no la tenían porque no le conocían, ó le conocían mal; y no le conocían porque no habían querido tomarse el trabajo de estudiarle, y porque en su soberbia olímpica vivían de él distanciados, gobernando en completo divorcio con la opinión nacional.

No quisieron, ó no les convino, acordarse de la gloriosa epopeya del *Dos de Mayo*, ni de la explosión nacional cuando el suceso de las Carolinas.

Tal es el pueblo español. Llegada la hora de los sacrificios por la patria, ninguno de estos le parece grande si en honor y seguridad de aquélla redunda. ¡De estos generosos arranques de España, cuánto partido fuera dable sacar si hubiera en sus gobiernos hombres que tuviesen fé en los mismos! La diferencia enorme del patriotismo de naciones formadas por siglos de tradiciones y glorias comunes, y el de pueblos agrupados por la casualidad y los intereses materiales en sólo algunos lustros, está ahí precisamente.

***

Desde que empezó la guerra de Cuba era de inmediata evidencia que el foco de aquel incendio estaba en los Estados Unidos. El gobierno imaginó que podía extinguir ese foco á fuerza de paciencia, de mansedumbre, de complacencias, de humillaciones; sin duda por eso no adoptó medida alguna, por si era preciso sofocarlo con la energía.

Si al estallar el conflicto se hubiera dado, no en los sueltos oficiosos enviados á la prensa, sino en la realidad, todo el posible impulso á las obras de los cruceros protegidos que se construían en el Ferrol, se hubiera facilitado medios y apremiado á la empresa constructora del *Carlos V*, y se hubieran adquirido los barcos de buenas condiciones que había enagenables en el extranjero, al primer asomo de imposición ó de amenaza de los Estados Unidos, hubiéramos contado con fuerzas navales que nos permitieran afrontar sin grave riesgo el conflicto con la potencia americana, que intentando viene hipócritamente, desde el primer día, herir de muerte nuestra soberanía en Cuba, y descaradamente se burla de nuestro derecho.

Con ese material flotante, con un personal escogido de oficiales y jefes, con una marinería llena del espíritu pátrio, cualidad que jamás tendrán las tripulaciones de los barcos de la Unión, reclutadas entre

el personal de acarreo que las poblaciones de Europa arrojan á sus playas, otro respeto hubiéramos infundido á los *yankees*.

No se hizo así, porque todo ello reclamaba mucha actividad, mucha vida, muchos y muy penosos cuidados, mucha tensión nerviosa, de esa que no pueden soportar largos ratos los organismos desgastados por el uso y por el tiempo.

Se quiso tomar por base de conducta con los Estados Unidos el refrán que dice que «cuando uno no quiere, dos no riñen», sin considerar que, sin riña alguna, al hallarse uno de estos dos dispuesto á acabar con el otro, acabará mejor y más pronto cuanto menos resistencia encuentre. Aparte de que, tratándose del pueblo español, cualquiera que con él intente reñir, reñirá; porque en asuntos de honra, pronto se le acaba á aquél la paciencia y el sufrimiento.

En esa imprevisión, que de sobrevenir el conflicto no hubieran bastado á cubrir todos los sueltos oficiosos del mundo, radica la más grave responsabilidad de aquel gobierno. De ahí proceden también los sucesivos males que llora la madre patria, y con ella todos los españoles.

***

Pendiente hacía meses un conflicto entre los Estados Unidos y España, la gran República había ofrecido tantas pruebas de injusticia y descortesía, como nosotros de cordura y de prudencia.

Aquí se había tolerado el daño evidente de la perfidia yankee al hablarnos de amistad importando á la isla de Cuba rifles y balas explosivas; aquí se había visto con paciencia, de la que existen muy contados ejemplares, los mil insultos de codiciosos senadores norteamericanos, y cuando ya las gentes comenzaban á ver con entera claridad que no había paciencia bastante á evitar en definitiva el choque con un

pueblo que contra toda razón y contra todo derecho quería llevar el pabellón de estrellas á la hermosa isla española, un nuevo insulto de quien más se había singularizado en las calumniosas ofensas de nuestro pueblo y de nuestro ejército, sometía á nueva prueba la paciencia de que veníamos haciendo rara ostentación.

En estas muestras de prudente sensatez, cupo no escasa parte á la prensa, desde cuyas columnas venía predicándose diariamente la reserva del supremo esfuerzo, del esfuerzo donde no se regatea una mo-



DESEMBARQUE DE UNA EXPEDICION FILIBUSTERA

neda, ni una gota de sangre, para cuando llegase el instante oportuno, que cualquiera veía cómo avanzaba en el horizonte de nuestras relaciones con los Estados de la Unión.

Pero la prudencia no debe estorbar á la dignidad, ni la paciencia ha tenido jamás entre nosotros mejores títulos que la vergüenza.

Cuando, tratando de España, se habló en el Capitolio de Washington de una reina cruel, nuestro gobierno, el gobierno de la monarquía, dejó ociosa la pluma del ministro de Estado, y no presentó la reclamación que el más modesto y desconocido ciudadano español habría redactado á las pocas horas de inferida la injuria, si hubiera tenido al alcance de su voluntad las bastantes facultades.

Podremos en ocasiones los españoles olvidar la defensa de nuestros intereses; podrá desvanecerse ante nosotros fácilmente la idea de lo útil; la defensa de una dama, el mantenimiento de sus virtudes y prestigios, es asunto que jamás olvidaremos en esta tierra donde escasean los negocios y donde abunda la hidalguía.

Cuando era creencia general que el gobierno guardaba silencio en espera de los resultados de la reclamación que se suponía presentada, apareció un suelto oficioso en varios periódicos ministeriales que corroboró, en opinión de cuantos lo leyeron, el agravio inferido á España y á su reina.

«No ha dicho Morgan en el senado de Wastington—según rezó el suelto aludido—lo que trasmitieron los corresponsales; lo que ha hecho Morgan, y esto declara tranquilamente el gobierno, es hablar de *esa cruel monarquía.*»

¿Quién representa la monarquía en España?...

***

¿No estuvo en esa ocasión mil veces más justificada la reclamación que en el caso del digno é ilustrado jefe de la armada señor Concas? Y añadió luego el suelto, como comentario oficioso, que la palabra monarquía era en el discurso de Morgan sinónimo de nación.

Curioso, novísimo é intolerable procedimiento para desvanecer una ofensa, no pedir explicación y contentarse con la que buenamente se facilita á sí mismo el agraviado.

El gobierno abusó de la nota prudente con notorio daño del decoro nacional.

Era intolerable el proceder de los Estados Unidos, y sobre ser bochornoso el consentir toda suerte de atropellos y todo linaje de insultos, resultaba además inconveniente.

Por reclamar ajustándonos á nuestro derecho y á nuestra razón ningún perjuício podía seguírsenos, y con la deprimente pasividad de que hacía exagerada gala nuestro Gobierno era imposible evitar el conflicto.

Esto no es una apreciación más ó menos racional; esto lo han demostrado los hechos.

Cuando accedimos á la injusta y onerosa reclamación Mora, nos pagaron con las expediciones filibusteras. Cuando toleramos los insultos dirigidos á la Nación, Morgan segundó con otros que alcanzaron á la reina. Cuando fuímos débiles, obligando á que se torcieran muchas verdades prununciadas en el discurso del Señor Concas, pusieron los *yankees* trabas irritantes á la acción militar española, impidiendo el castigo de los piratas del *Competitor*, llamado á evitar que llegaran al campo insurrecto las balas explosivas que mermaban nuestro ejército.

Y el querer el gobierno del señor Cánovas seguir esa hermosa senda de la *prudencia*, desconocida hasta entonces en España, nos ha hecho perder el provecho de nuestro esfuerzo en Cuba y la honra juntamente con él.

***

Con harto fundamento llamó un periódico de Madrid la atención general acerca de noticias publicadas por otro diario oficioso referentes al consejo de ministros celebrado el día 21 de Mayo en Palacio.

Según el último indicado periódico, el presidente del Consejo de ministros dió á la Regente cuenta de una *interesantísima* nota que el secretario de Relaciones exteriores de los Estados Unidos había pasado á nuestro representante en Wastington, y éste había trasmitido al gabinete de Madrid.

La nota, en verdad, no tenía desperdicios, y los comentarios con que el diario ministerial acompañó el estracto de su contenido, tampoco los tenían. Véase el texto, y juzguen nuestros lectores.

«En ella (en la nota consabida), *se excita al Gobierno español á enviar refuerzos para terminar pronto la guerra* en Cuba y *garantir* debidamente en aquella Antilla *los grandes* intereses del *comercio de la Unión.*

«Declara en dicho documento el ministro norteamericano que los aventureros de diversas razas que en Cuba hacen la guerra no pueden ni deben aspirar nunca á constituir una República ó Estado independiente, á juicio del gobierno de su país, y *añade que, en el caso de que España abandonase la isla de Cuba, los Estados Unidos intervendrían para pacificarla y someterla á su soberanía.*

«Es de suponer *el deplorable efecto que estas trascendentales declaraciones han de causar entre los insurrectos cubanos, al ver por completo desvanecidas sus ilusiones* y cada vez más eficaz y cercano su escarmiento.»

Con razón se hizo cruces el diario de oposición al ver que se aceptaba como posible que se dijeran al gobierno español tales cosas y más aún qne se dieran éstas como un triunfo diplomático.

Desde luego el hecho de que el gobierno de los Estados Unidos considerase necesario excitar el ánimo del ministerio español para la terminación de la guerra no era muy lisonjero para éste.

Por grandes que fueran los intereses del comercio de la Unión en la isla de Cuba, es de suponer que allí sean más grandes los intereses de España. Mas, de la excitación de referencia se desprende que el gabinete de Washington encontraba deficiente en la materia la gestión del gabinete de Madrid.

Y éste se hallaba armado de tanta humildad para todo cuanto á sus *leales* amigos los *yankees* se refiriera, que admitía y hacía pública la lección

***

Tocante á la declaración de que si España abandonase la isla de Cuba, los Estados Unidos intervendrían para pacificarla y someterla á su soberanía, pareciónos y así creemos que pareciera á todo el mundo, que ese era un caso del cual no debía oir hablar ningún español y menos los que tenían la representación y la dirección de los asuntos nacionales.

Quitara ó prestase ánimos á los insurrectos la nota de Mr. Olney, no se puede admitir ni aun su existencia. Por muchas ilusiones que arrebatara á los rebeldes cubanos, era mucho más lo que restaba de decoro á nuestra dignidad patria.

Pero no era probable que los separatistas y filibusteros vivieran de ilusiones en su relación y trato con los *yankees*. Quien parecía no sustentarse de otra cosa era el ministerio Cánovas.

Y no sería ciertamente porque aquellos *leales* amigos se esforzasen por ocultar su tendencia y sus propósitos. Una prueba de ello diéronla aquellos días al reclamar contra la medida restrictiva que acerca del tabaco en rama tomó, con excelente acuerdo, el gobernador general de la grande Antilla. El interés preferente debió ser en esto la conveniencia de los Estados Unidos. Más claro ni el agua.

De la mencionada disposición del general Weyler se habló con aplauso y es ocioso encarecerla. Protegía la industria insular y mermaba considerablemente los recursos de los grandes focos separatistas de Cayo Hueso y de Tampa.

Y esto era precisamente lo que no convenía á los *yankees*. Mas, el descaro, la desvergüenza con que se trataba de imponernos lo que nos perjudicaba, pasaba ya los límites de lo intolerable. El pueblo que in-

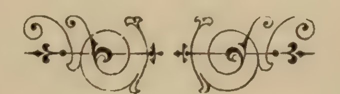
tentó con el *bill* Mac-Kinley inferir gravísima herida á la producción europea, y no tuvo el menor reparo al lanzarlo, carecía de todo derecho al reclamar consideración preferente para el comercio extranjero en las disposiciones que sobre exportación é importación adoptaba otro país.

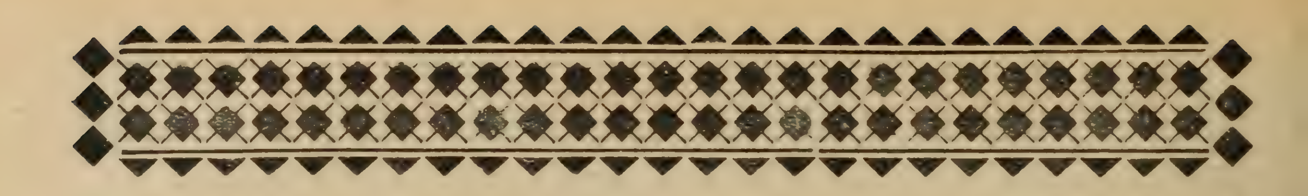
Los Estados Unidos se conceptuaban ya más soberanos de la isla



UN POTRERO

de Cuba que el Estado español. Sin duda por esta causa, en la nota á que se refirió el diario oficioso, el secretario de Relaciones exteriores de la gran República habló como de cosa probable de su traspaso de soberanía. Y por el camino que llevaba el gobierno, el secretario Mr. Olney nos había de decir cosas más estupendas. ¡Y á todo callaba y siguió callando el pacientísimo Job!





CAPITULO VII

La opinión equivocada.—Juicio de *El Nacional* en el problema cubano.—Estupor profundo en la opinión.—Conducta intolerable del gobierno *yankee*.—El Capitolio de Washington. —El buen sentido nacional.—La opinión del señor Cánovas.—El sentido común.—Cuestión de derecho mercantil.—El *bill* Mac-Kinley.—Recomendaciones convencionales.— El pueblo español.—Depresión de ánimo.—Situación de España.—Sin fé ni confianza. —La única fé de la nación.

SONDEANDO el ánimo del gobierno en lo que se refería á las perdurables ingerencias de los Estados Unidos en asuntos de nuestra exclusiva autoridad, creyó la opinión haber obtenido la medida de su irresolución y de su timidez. Habíase equivocado. La depresión del fondo era mucho mayor de la que se había pensado. Y quien lo dude no tiene más que leer el siguiente párrafo de un artículo publicado por *El Nacional* del día 24 de Mayo, para que todos sepan y entiendan cómo el gobierno opinaba—si esto es opinar,—en el problema pendiente.

Era *El Nacional* el periódico que más directamente recibía las inspiraciones del jefe del gabinete; así tenían sus palabras todo el sabor de una declaración oficial:

«Los Estados Unidos tienen en la isla de Cuba muchos y muy importantes intereses: dinero empleado en la industria y en el comercio, vínculos mercantiles muy antiguos y muy arraigados, y es, por tanto, muy verosímil que aquel gobierno se haya creído en el caso de reclamar amparo y auxilio para todos aquellos intereses en peligro.

»No es ello meterse en asuntos agenos; es simplemente cuidarse de los propios, y creemos que sería mucho peor, deprimente y ofensivo para España que, en vez de encomendarnos á nosotros la autoridad y defensa de esos intereses, la hicieran ellos mismos *mediante el envío de una escuadra á las aguas cubanas*.»

Ya lo saben los españoles. El gobierno creía que el de los Estados Unidos había debido presentar la reclamación contra el bando del gobernador general de Cuba, relativo á la exportación de tabacos. Y aun había que agradecerle que la hubiese presentado, porque pudiera haber enviado una escuadra á la Habana para llevarse á cañonazos el tabaco de las vegas antillanas, y el resto de nuestro prestigio.

Juicios tales, viniendo de donde vinieron, nos produjeron estupor tan profundo, que aun nos domina.

Cuando el gobierno pensaba así, era que había perdido totalmente el concepto de sus deberes, era que no sabía cuál era la opinión de los ciudadanos, era que desconocía en absoluto el camino que señalaban nuestros derechos, nuestra dignidad y nuestra conveniencia.

* * *

Obstáculo constante para la campaña de Cuba, el gobierno de Washington acudía á colocarse entre el soldado español y el insurgente mambí siempre que se amagara un golpe rudo á los intereses de la rebeldía, ¿A qué repetir la larga lista de hechos que permiten calificar de intolerable la conducta de los secretarios de Cleveland? ¿Quién no recuerda con verguenza las humillaciones que hemos sufrido? ¿Qué español, al leer la noticia de cada reclamación, no ha sentido en la cara el golpe de una bofetada y en el corazón el ardor frenético de la reparación?

Hipócritas en un principio esos amparadores de Maceo y sus hordas, habían cubierto con un disfraz su intención. Conocida ésta desde

el primer momento, conteníase el sentimiento nacional, no tanto por confiar en las ventajas de lo que pudiera calificarse de un sacrificio de amor propio, cuanto porque no pareciera su exaltación un resabio del romanticismo de los pasados tiempos. A la mal disimulada animadversión del gobierno de mister Cleveland contestaban los españoles con el mal contenido impulso de su justa ira.

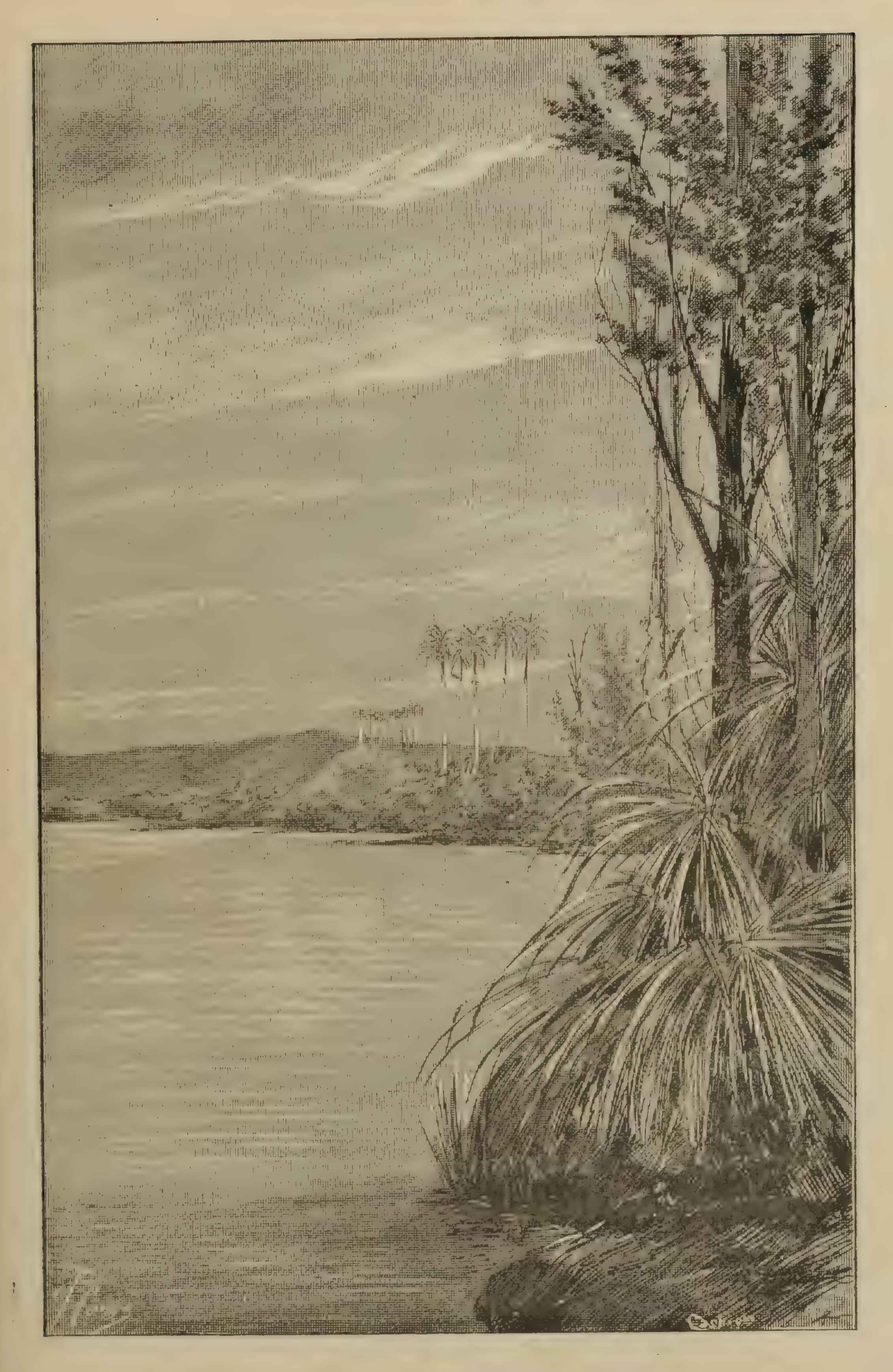
Pero luego depuso el gobierno americano todo disimulo. Y hubo que agradecerle la franqueza, como el gobierno de Madrid le agradeció



UN CORREO INSURRECTO

que no se hubiese molestado en enviar á la Habana la escuadra, la temible escuadra, la escuadra fantástica y pavorosa. Porque ahora ya no se puede dudar de lo que entónces hubo algún optimista que dudara.

¡El Capitolio de Washington! No imaginaba sin duda el genio americano que aquel templo de las leyes, sustentado en mármoles para servir de faro á la humanidad, anhelosa de libertad y de justicia, había de trocarse en oficina de los *mambises* cubanos. ¿Habrá hoy alguien que lo niegue.?



RIO SAN JUAN (Matanzas)

Según Mr. Clevelaud, España no podía castigar á los piratas americanos que conducían pertrechos de guerra á los rebeldes cubanos; no podía ni dictar disposiciones mercantiles—como la que al tabaco se refiere—si al ser cumplimentadas perturbaban en lo más mínimo el curso del santo, del sacratísimo, del inviolable *dollard*.

La vida de España, la vida de miles de españoles, podía ser amenazada por el interés comercial de los tabaqueros de la Florida ¿Cómo dudar en la resolución? ¡Mueran miles de españoles bajo el plomo comprado con los beneficios que el tabaco cubano produce! ¡Cúbrase de sangre española la isla!... Eso vale muy poco, si se compara con el perjuicio que pudieran sufrir aquellos negociantes de la Florida, aquellos comités de Tampa y Cayo Hueso que enviaron en el mes de Febrero 37 000 pesos á Máximo Gomez.

* *

Aparte las razones ya aducidas, el buen sentido nacional, que aplaudió con entusiasmo el bando del generel Weyler, dice que sobre el interés mercantil está el de la vida; y si todos los códigos y la ley divina y natural autorizan al hombre á dar muerte al que intenta arrebatarle la existencia, ¿cómo ha de discutirse el derecho de un pueblo á anteponer su propia conservación á cuantos negocios financieros existan sobre la tierra?

Verdades son estas tan claras, tan indubitables, tan inconcusas, que quien contra ellas vaya se acreditaría como discutidor de mala fé.

Así, pues, mister Cleveland, al pedír que el bando del gobernador general de Cuba perdiera su eficacia—y quedó perdida con las atenuaciones por nuestro Gobierno ordenadas—sabía que servía á los filibusteteros, sabía que ayudaba á la obra de la guerra, sabía que la excelsa

autoridad presidencial descendía de las gradas de oro de Washington para trocarse en recaudador de dinero para Maceo y sus secuaces.

En cuanto al gobierno español, declaramos con toda ingenuidad que no nos explicamos su tibieza y falta de energía. Como españoles, los ministros no pudieron menos de sentir la afrenta que suponen esas reclamaciones. Como hombres de gobierno no pudieron menos de adivinar que los Estados Unidos irían en progresión ascendente en sus demandas, hasta exigirnos lo que material y físicamente fuera imposible. El final estaba claro. El término es conocido. ¿De qué han valido, al cabo, esas humillaciones?

Otros dos puntos de vista debió tener presentes el Gobierno.

¿Podía ser responsable el general Weyler de su gestión en Cuba si se ponían obstáculos á cada una de las declaraciones enérgicas y eficaces que dictara?

¿Habría derecho á pedir á España más sacrificios si se sabía que la abnegación nacional, el heroísmo del soldado, la ruína del Tesoro público eran estériles, porque así lo ordenaba desde su augusto sitial Mr. Cleveland?...

*
* *

El señor Cánovas lo dijo á los periodistas con quienes se dignó hablar del asunto. La reclamación de Mr. Olney contra la medida del general Weyler, prohibitiva de la exportación de tabaco en rama, tenía innegable y poderoso fundamento.

Hasta tal punto eso fué en el concepto del gobierno de inmediata evidencia, que éste ya lo había pensado sin necesidad de que el secretario de Relaciones exteriores de los Estados Unidos tomase la pluma para formular su casi diaria y conminatoria nota. Los comerciantes de

Norte América, al contratar y pagar el tabaco en rama de la isla de Cuba, habían adquirido un derecho tan incontrastable, que era superior á toda la soberanía de España en la grande Antilla.

El sentido común dice que cuando los comerciantes de un país han contratado con los productores de otro en tales determinadas circunstancias de mútuas comunicaciones y de tarifas, ha lugar á la remisión de los contratos si esas condiciones se alteran hasta el punto de hacer éstos imposibles ó lesivos.



DON JOSE CAYO PALOMO
(Comandante de Ingenieros.)

De suerte que si muchos ó pocos mercaderes *yankees* habían contratado con los productores de tabaco habano la compra del mismo y habían á tal fin anticipado cantidades, una vez prohibida por el gobernador general de Cuba la exportación del tabaco en rama, lo natural era que esos contratos se anulasen y los tabaqueros devolvieran el dinero que en tal concepto hubieren recibido.

La cuestión viene á ser pura y simplemente de derecho mercantil. El productor de tabaco de la isla de Cuba se hallaba imposibilitado de cumplir su contrato; devolvía el dinero, y en paz.

¿No lo devolvía? Pues entonces se entablaba contra él por su acreedor las acciones judiciales correspondientes, ni más ni menos que si al general Weyler no se le hubiera ocurrido ni en sueños dar su dis-

posición prohibicionista, y al tabaquero que hubiese recibido anticipados los *dollars* se le ocurriera no cumplir el contrato, ó porque no hubiese cogido cosecha alguna ó porque hubiese dado otro empleo á su producto.

Esto es sencillamente de sentido común.

Pero el sentido común es facultad proscripta por la diplomacia conservadora, la cual empleó todo su arte en convencerse y convencernos de que los *yankees* tenian razón en todo cuanto reclamaban.

Fué esta una tarea colosal, porque iba en un creciente sin término. A pesar de su buena voluntad, el duque de Tetuán y el señor Cánovas no consiguieron convencer al resto de los españoles.

***

Al promulgar como ley de sus relaciones comerciales el *bill* Mac-Kinley, los Estados Unidos no se preocuparon de los pactos y convenios que con los mercaderes de su país podían tener hechos, sobre la base de las anteriores tarifas aduaneras, los comerciantes é industriales de Europa. A los pocos días de promulgado ese *bill* estaba en plena ejecución. A nosotros no nos reconocieron análogas facultades. Se habían empeñado en clasificarnos en un orden inferior de Estados y nuestro Gobierno en consentirlo, y de ahí sus reclamaciones y la razón que aquí se les daba.

La medida del general Weyler fué de lo más político y de mayor alcance que se había hecho desde el principio de la guerra. Con ella, según hemos indicado, se conseguía un doble objeto: favorecer el trabajo de fabricación de cigarros en Cuba y privar de la primera materia á los tabaqueros separatistas de Cayo Hueso y de Tampa, quienes con los recursos de su industria mantenían esos dos poderosos focos de la insurrección.

Pero precisamente como era doble la conveniencia de España en la ejecución de esa medida, era doble también el interes de los *yankees* en que no se aplicara. Primero, porque se lastimaba una industria de su país, que vivía á costa del desarrollo y de la vida de la industria cubana. Segundo, porque se debilitaban aquellos elementos que más favorecían con sus envíos de armas y municiones la guerra que devastaba nuestra preciada Antilla.

En el fiel de la balanza se colocó el gobierno conservador y... la inclinó del lado de los *yankees*. Poco importa que se desmintiera con algún retraso la existencia de la otra nota de Mr. Olney, de la cual diera pelos y señales un diario oficioso. Con la última, con la referente á la mencionada disposición del general Weyler, bastó y sobró para borrarnos de la lista de los pueblos que, más ó menos fuertes, proceden en sus asuntos por virtud de su propia soberanía y de su libre voluntad.

***

Cuando en una nación llegan períodos como aquél, en que la duda y el cansancio se apoderan de la opinión, harta de batallar en lo obscuro, suelen oirse voces muy entonadas, las cuales aconsejan al pueblo que conserve viva su fe, y tratan de demostrarle que no debe ceder á un malsano escepticismo.

Dignas son de aprecio por lo bien intencionadas, pero huelgan por lo convencionales esas recomendaciones.

El pueblo español no ha sufrido desmayos en la única fé que le queda, que es la fé en sí mismo. Sucédele, si, que vejado y dolorido á fuerza de escarmientos, decepciones é incertidumbres, vuelve los ojos á todos los que le rodean, le aconsejan y le gobiernan, y ya en ninguno puede tener confianza.

Dijéronle los conservadores que no había que pensar sino en la guerra para reprimir y sofocar la insurrección de Cuba. Y contestó dando á manos llenas su sangre, su dinero, cuanto necesitaba y cuanto poseía.

Vió que se despoblaban sus campos, que disminuían en proporciones cada vez mayores el trabajo y el alimento; que poco á poco ningún hogar dejaba de sentir la falta de su indispensable apoyo, y ninguna familia la mutilación de un miembro amado; mas no flaqueó, á pesar de ello, en la abnegación y en el sacrificio, y si es verdad que hubo lágrimas en todos los ojos, nadie supo que de labios castellanos se escapase la más mínima queja.

Era indispensable acabar con la rebelión por medio del exterminio; no se debía pensar en la aplicación de remedios simultáneos encaminados á confortar el espíriiu de los leales á la vez que se castigaba la abstención de los rebeldes, é importaba que hasta después de obtenida la paz se limitase la acción de la Metrópoli á acumular en el suelo antillano millares y millares de soldados que arrancasen de aquel infortunado territorio la mala yerba del separatismo.

España aceptó lo que se le indicaba, como más conveniente á su decoro, y sin acordarse de ninguna otra consideración, puso fé ciega y absoluta en la fuerza de las armas.

Encontróse más tarde conque los encargados de aplicar esta fuerza no podían moverse con la debida libertad, á juzgar por las intimaciones y por las quejas indirectas que llegaban de Cuba.

Hallóse luego con un gobierno, que habiendo proclamado la superioridad de aquel método, tuvo que ponerle atenuaciones, cediendo á conveniencias, no perceptibles para la gran masa de la nación, é invocando á media voz ese pretesto misterioso y equívoco que se denomina razón de Estado.

Y al presentir que habría de volverse Weyler como se volvió

Martínez Campos; al notar que la América del Norte, imitando al lobo de Fedro, protestaba á cada momento contra los que, según él, le enturbiaban el agua; al advertir que no era dable avanzar un solo paso sin que surgiera un nuevo tropiezo, y al escuchar con asombro que le hablaban de moderación, de cordura y de prudencia los que no hacía mucho se llenaban la boca con el grito de «guerra á fuego y sangre», experimentaba una depresión de ánimo, harto justificada por los hechos,



ALCANTARILLA DE LA LINEA FERREA DE MATANZAS DESTRUIDA POR LOS INSURRECTOS

y se negaba á tener fé en los gobernantes que con igual resultado, insuficiente y nulo, habian desacreditado en poco más de un año dos sistemas distintos.

* * *

No desmayó, no se amilanó, no se intimidó, pero sabía lo que le esperaba.

A un capitán general sucedería otro, y sin que aquí aparecieran

soluciones adecuadas, ni se concretasen planes seguros para lo venidero, continuaría allí la lucha durante tiempo largo, y una vez terminada á costa de la mitad de nuestra vida, volveríamos á hallarnos cohibidos, preocupados é inquietos ante la probabilidad de que se reprodujera.

Y aún había algo peor. Desde 1868 hasta 1878 pudimos guerrear por nuestra cuenta.

Europa estaba atenta á cosas muchísimo más graves, y ante la caída del poder temporal de los papas, ante el fracaso del imperio Napoleónico, ante los horrores contagiosos de la *Commune* y ante las alarmas de la guerra de Oriente, apenas si paraba la atención en la contienda que dilucidábamos nosotros en el mar de las Antillas.

Las cosas y las circunstancias, para mal nuestro, habían variado por completo.

Aún los más miopes y los menos versados en achaques de política internacional, comprendían que no cabía prorrogar una guerra pequeña por tiempo indefinido.

De todo ello nació la falta de confianza en los conservadores, sobre quienes pesaba la responsabilidad de tamaños problemas y que habían demostrado de sobra su incapacidad para orillarlos.

De ahí vino, además, la desconfianza en los liberales, atados como aquéllos, de piés y manos, sujetos por los mismos vínculos á un partido de Cuba, cuya resistencia á todo progreso, y cuya codicia por todo monopolio, nos habían traido al doloroso trance en que nos veíamos é incapacitado de igual manera para resolver el perdurable conflicto.

¡Y todavía hubo quien pidió soluciones al pueblo!

¡Y todavía hubo quien, á la par que reclamaba contra los hombres de poca fé, invitaba á la prensa, á la opinión y al público á que señalaran y precisaran los remedios con que poder aliviar mal tan hondo!

Los que gobernaban y los que aspiraban á gobernar eran los obligados á buscar y á encontrar esas soluciones y esos remedios.

Si ellos desmayaban y se consideraban incapaces para solucionar el conflicto, ¿qué de extraño tiene que ni conservadores ni liberales merecieran á España confianza alguna?

La única fé que quedaba á la nación era la fé en sí misma.

Y esa fé ciega, esa fé patriótica del pueblo español en sí mismo, basada en su gloriosa historia, cimentada por sus heróicos antepasados en la inmortal epopeya del *Dos de Mayo*, ni la había perdido, ni la perderá jamás.





LA GUERRA

CAPITULO PRIMERO

El diario de la guerra.—Extraño suceso en el barrio de la Víbora.—Operación combinada contra Maceo.—Noticias desagradables sobre la situación general de la isla.—Ataque y heróica defensa del fuerte de Zanja.—Encuentros varios.—La columna de Hernández Ferrer.—Orden general á la división de Gonzalez Muñoz.—Detalles oficiales del ataque y defensa de la Zanja.—Episodio dramático.—La muerte del hijo de Guillermón.—Detalle curioso.

MUY extraño fué, por cierto, al menos tal como se nos comunicó, el suceso acaecido en el barrio de la Víbora, perteneciente al distrito municipal de la Habana.

Refiriónos nuestro comunicante que las fuerzas destacadas en el citado barrio supieron que se iba á levantar una partida, y que puestas en combinación con otras de Vento, Palatino y Calabazar, fuéronse á sorprender á los conspiradores. Los sorprendieron, en efecto, y al darles las tropas el alto, aquéllos salieron en número de sesenta del lugar en que estaban reunidos, la finca *La Pastora*, y procuraron huir. Entonces se les hizo fuego; tres cayeron muertos, 13 quedaron prisioneros y los demás escaparon.

Tal es el relato que se nos dió del suceso, pareciendo desde luego inexplicable que habiendo acudido fuerzas de cuatro puntos distintos

para sosprenderlos, y habiéndolos sorprendido, lograran escapar cuarenta y cuatro de los sesenta que se supuso había reunidos en la finca.

Repetimos que el suceso fué bastante extraño, si ocurrió tal como se nos refirió. Su gravedad, por otra parte, está indicada con solo tener en cuenta que á las puertas de la Habana se levantara á la fecha y á aquellas alturas una nueva partída de sesenta hombres, que pudo reunir allí caballos, armas y municiones.

El parte oficial no habló de tal suceso. Díjonos, en cambio, que las columnas del general Suárez Inclán y coroneles Devós Vila y Valcárcel iban en persecución de Maceo, en Pinar del Río, por las lomas del Norte, y que el general Suárez Valdés avanzaba por Consolación del Sur. Lo que no dijo el despacho fué la fecha en que esto ocurría, porque desde el día 9 de Abril debían estar estas fuerzas sobre Maceo.



ILUSTRISIMO SEÑOR OBISPO DE OVIEDO

De todos modos, la operación demostró que todas esas columnas, salvo la del general Suárez Valdes, que pasaron á vanguardia de Maceo cuando éste se encontraba bastante próximo á la línea Mariel—Artemisa, se habían quedado naturalmente á retaguardia, al retroceder aquél hacia Occidente, cosa que no habría logrado tan fácilmente y con tanto sosiego, á no haber aquellas pasado antes delante de él.

De manera que el papel que debieron desempeñar las fuerzas establecidas en la trocha, quedó encomendado, aunque en sentido contrario,

y claro está que en peores condiciones, á las tropas del general Suárez Valdés, que debía contener el avance de Maceo, al que no se debió haber dejado retroceder, por razones que en capítulos precedentes ya hemos expuesto.

Las noticias que de la situación general de la isla trasmitieron algunos corresponsales, coincidiendo con nuestros informes, fueron bastante desagradables.

En la zona de Sagua los insurrectos habían ahorcado á 22 individuos afectos á España; algunos establecimientos de la Habana, *restaurants* y neverías, se habían cerrado por falta de parroquia; los rebeldes habían atacado cerca de San Antonio de las Vegas el poblado de Guajay; la partida del cabecilla Nápoles sorprendió y atacó á los guerrilleros de la guarnición de Zaza, cerca de Placetas, obligándoles á refugiarse en el fuerte y causándoles ocho muertos y trece heridos, y el general Lachambre, que estaba en Cuba desde antes de iniciarse la insurrección, regresaba á la Península.

***

Habíamos perdido ya la cuenta de los meses que llevábamos sin saber una palabra de lo que ocurría en el Camagüey, donde, á juzgar por tan absoluta falta de noticias, creyérase que no existía un solo insurrecto.

Debíamos suponer, sin embargo, que no se tardaría en saber algo de lo que allí ocurría.

Por de pronto, el parte oficial del día 23 nos trajo una novedad que nos obliga á separar un momento la atención de la línea Mariel-Artemisa y de la provincia de Pinar del Río, llevándola al otro extremo de la isla.

Nos referimos al ataque del destacamento de Zanja por una gruesa partida que hizo fuego de cañón. Conviene advertir que no se citaba el nombre del jefe de la partida que atacó al destacamento, y que no cabe suponer tampoco que la mandara José Maceo, el cual disponía, en efecto, de alguna pieza de artillería, de la cual hizo uso, según recordarán nuestros lectores, en el ataque á Sagua de Tánamo, pero que operaba muy lejos de allí, al otro extremo del departamento Oriental.

Zanja está en la misma provincia de Santiago de Cuba, pero casi en su límite con el Camagüey, cerca de la desembocadura del río Jobabo.

Hasta la fecha no había noticias de que se moviese ninguna partida en aquel terreno; la que se hallaba más próxima era la de Rabí, y ésta operaba generalmente al otro lado del Cauto, hácia Manzanillo.

El destacamento rechazó valerosamente el ataque, acudiendo en su socorro el general Muñoz, con su columna.

Señaláronse, además, varios encuentros en Las Villas, Matanzas y la Habana, y algunas escaramuzas sin gran importancia en la provincia de Pinar del Río. Entre estos hechos descolló uno ocurrido en la provincia de la Habana, y al que debió concurrir el batallón de Puerto Rico, que embarcó al efecto en Batabanó y que debiendo desembarcar en la costa de Alquizar, no llegó á tiempo. Esto no obstante, las partidas de Borges y Acea, contra las cuales iba dirigida la operación combinada, fueron batidas por la columna de Hernández Ferrer, y perseguidas por el escuadrón de España, que cargó contra ellas y les hizo seis muertos, dos prisioneros y muchos heridos, cogiéndoles 94 caballos, armas y municiones.

Hemos dicho que este suceso descolló entre los demás, porque así por el lugar en que fueron batidos los insurrectos, como por las medidas que se tomaron para lograrlo, deducíase que pretendían atacar la línea de Mariel-Artemisa ó por lo menos aproximarse á ella para atraer hácia el Sur la atención de las fuerzas que la guarnecían.

Seguramente no sería esta la última intentona que se hiciera con tal objeto.

***

Más que un relato detallado y minucioso, dará idea cabal y completa á nuestros lectores de la importancia del ataque y de lo heroico de la defensa del destacamento que guarnecía el fuerte de Zanja, la orden general que el día de la llegada á Matanzas del general González Muñoz, de regreso del teatro del suceso, dió éste á la división de su mando, enalteciendo la conducta del capitán Bernal y su gente.

Dice así la orden en su final:

«Hasta 211 disparos de cañón ha sufrido el destacamento en los cinco días de asedio; distintas veces ha tenido esta valiente guarnición que apagar el incendio ocasionado en el fuerte por el fuego enemigo, mientras contestaba á él con certeras descargas que le causaron numerosas bajas; tres intimaciones escritas recibieron por distintos emisarios para que se rindieran; tres veces durante la noche del 18 rechazaron valientemente con nutrido fuego el asalto del enemigo, obligándole á retroceder y desistir de la empresa; por último, convencido de la inutilidad de sus esfuerzos, noticioso de la llegada de la pequeña columna que pude reunir en Manzanillo y al ver los cañones de la marina de guerra que conducían las tropas y apoyaban un desembarco en aquellas playas, el enemigo huyó vergonzosamente, confesando su impotencia.

La heroica defensa del destacamento de la *Zanja* es un ejemplo digno de imitarse, y al honrarme en hacerlo público, póngolo á todos como tal, á fin de que inspirándose en él, confien siempre, cualquiera que sea la situación en que se encuentren, en que recibirán pronto soco-

rro y eficaz auxilio, demostrando al propio tiempo con su conducta, de cuánto es capaz el ejército español, si se inspira en el cumplimiento de su deber y en la jurada fidelidad á sus banderas.

Valientes defensores de la *Zanja*; heroico destacamento del batallón de la Unión, por vuestro brillante comportamiento os felicita y se enorgullece vuestro general.—*González Muñoz*.»

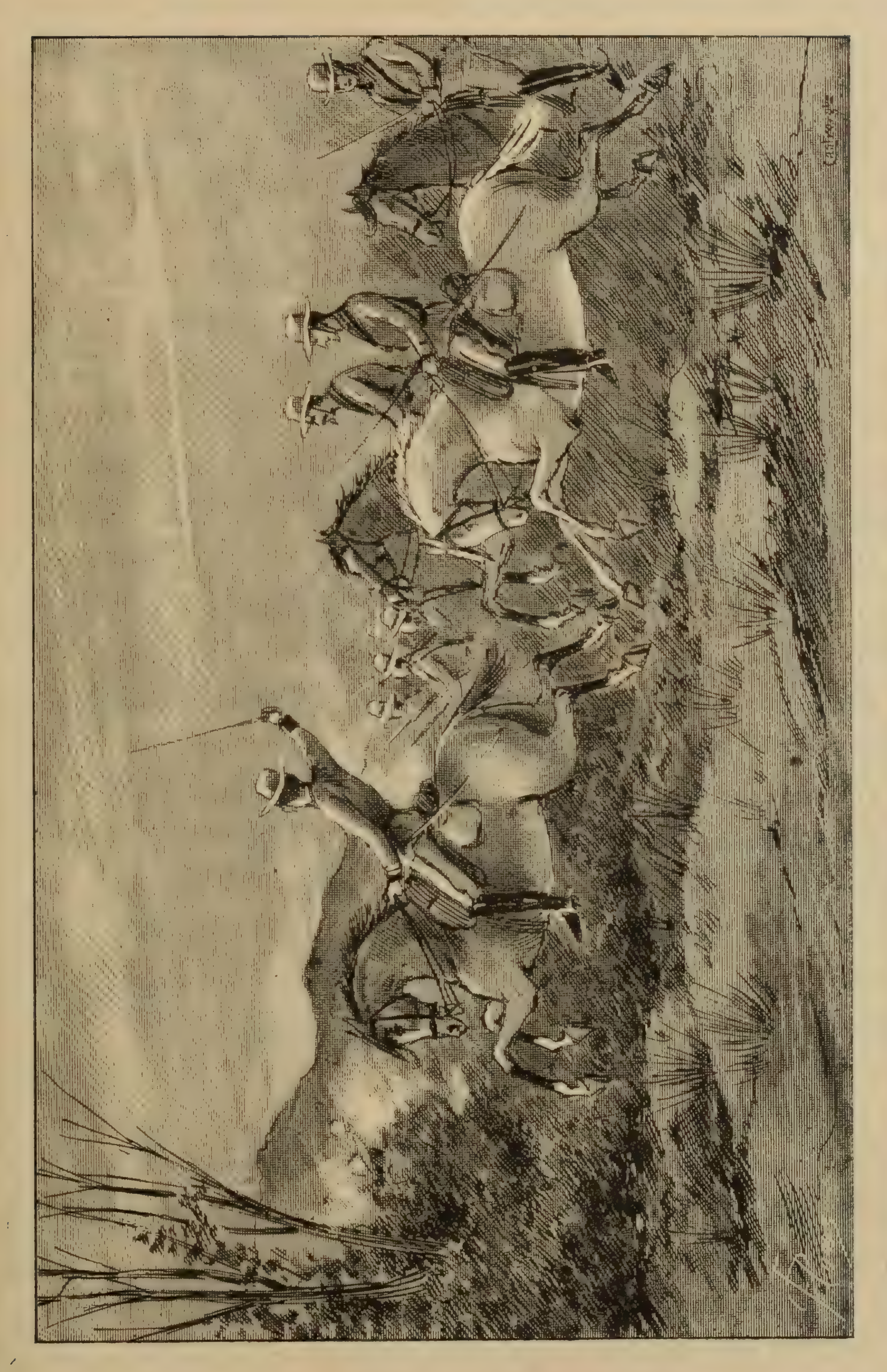


LA LOMA DE PUENTES GRANDES (HABANA)

El primer despacho oficial que dió cuenta del suceso, hizo de él mención como de uno de tantos que ocurrían á diario. Por fortuna, el parte recibido el día 24 le concedía la importancia debida, dando de él los detalles siguientes:

«El general Muñoz, desde Manzanillo, me avisa su regreso de Zanja. La columna, conducida por cuatro cañoneros y dos remolcadores, después de auxiliar á los sitiados contra grandes fuerzas enemigas, que se retiraron tan pronto como los cañoneros rompieron fuego sobre ellos, desembarcó en Pelayo y Estero.

»La defensa del fuerte fué gloriosa durante cinco días, pues sitiados por más de 3.000 enemigos del centro de Oriente, mandados por Rodríguez, jefe insurrecto principal del Camagüey, acompañado de los cabecillas Rabí, Capota y Rojas, que, según confidencias, escoltaban al



COMBATE EN EL INGENIO «JESUS-MARIA» Y LOMAS DE SAN ANTONIO

titulado Gobierno revolucionario, sufrieron 211 disparos de granada y tiro rápido de cuatro centímetros de una pieza servida por Rabí y otra desembarcada cerca de Guayabal con sirvientes americanos.

»El fuerte, que carecía de agua, rechazó tres intimaciones escritas, de manera digna y animosa.

»Tuvimos dos muertos y seis heridos; el enemigo, el primer día, 33 muertos, entre ellos el titulado coronel Peña.

»Se sabe de numerosos heridos por el testimonio de un parlamentario, que optó voluntariamente por no volver al campo rebelde. El fuerte tiene los establecimientos interiores acribillados de proyectiles. El general Muñoz ordenó la reparación del fuerte y el relevo del destacamento.

»Ochenta soldados del batallón de la Unión persiguieron al enemigo hasta Jagüey y Camaniguan, destruyendo campamento; el enemigo huyó á Guaimal...

»Considero digno del ascenso al capitán del destacamento y del batallón de la Unión don Antonio Sánchez Bernal.

»Concedo en nombre de S. M. el empleo de primer teniente á don Victorio Pérez, que mandó dos salidas con bizarría, buscando el convoy y agua.

»Abierto juicio contradictorio para la cruz de San Fernando y el empleo de segundo teniente al sargento Lorenzo Castañer Ramos, que contribuyó eficazmente á la defensa, distinguiéndose. — *Weyler.*»

La defensa del destacamento de Zanca, resistiendo cinco días á varias partidas que reunían fuertes contingentes y disponían de piezas de artillería, fué verdaderamente heróica y digna por todos conceptos de ser recompensada en cuantos tomaron en ella parte.

También fué por demás oportuna la intervención de los cañoreros

Guardián, *Centinela*, *Indio* y *Gaviota* y de sus tripulantes, que contribuyeron, con la columna conducida por el general González Muñóz desde Manzanillo, á la dispersión de los rebeldes, los cuales huyeron en dirección de Guaimaro, poblado situado sobre la trocha que va de Bayamo, pasando por Las Tunas, á Puerto Príncipe.

Hubo una serie de circunstancias que dieron especial interés á este suceso. La de encontrarse en medio de los rebeldes, según el parte oficial, el titulado Gobierno insurrecto; la de haber tomado parte en el ataque artilleros americanos desembarcados recientamente en Guayabal (Camagüey), y la de haberse unido las partidas de Puerto Príncipe con algunas de Santiago de Cuba para llevar á cabo la operación. Todas estas circunstancias, que demuestran el empeño de los insurrectos en apoderarse de Zanja, hicieron más notorio su fracaso y abrillantaron el acierto alcanzado por nuestros valientes soldados.

* * *

De un dramático episódio de guerra nos dió cuenta en carta fechada el 25 de Abril en el campamento de la *Grabiela*, uno de los oficiales del batallón de Murcia, que formaba parte de las fuerzas que guarnecían la línea de Mariel-Artemisa.

He aquí el relato del doloroso suceso á que nos referimos y que demuestra la artería y alevoso proceder de los rebeldes y *pacíficos* separatistas cubanos:

»Grande es la pena que sufren hoy las fuerzas del batallón de Murcia que defienden este puesto: un suceso doloroso, un terrible drama de esta guerra de artería y emboscadas se desarrolló á poca distancia de este campamento, produciendo la cólera é indignación de jefes, oficiales y soldados.

Hace pocos días salió del campamento una pequeña columna en busca de ganado vacuno para atender á las necesidades de la guarnición. Hubo de hacer alto la fuerza en un *bohío* inmediato al potrero donde se pensaba recoger el ganado, y el dueño del bohio que vió el interés con que los guerrilleros preguntaban por los caballos útiles, ofreció generosamente su potro con su montura al cabo Abella, el que debía ir á recogerlo tres días después, tiempo que el *guajiro* señaló necesario para hacerse con el caballo prometido.

El día 22, á las once de la mañana, salió el cabo Abella acompañado de cuatro guerrilleros, aprovechando el que su teniente coronel se dirigía á Artemisa, llamado por el general Arolas, presentándose ante las avanzadas como la retaguardia de la escolta del jefe del batallón.

No bien hubieron llegado el cabo y los cuatro guerrilleros al bohío, y mientras el guajiro fingía salir en busca del potro prometido, fueron sorprendidos por numerosa partida de *mambises* que se arrojaron de improviso sobre ellos, impidiendo á cuatro de los cinco toda defensa y resistencia, y estrechando con furiosos gritos al quinto; pero este valiente y heróico muchacho, sin intimidarse ante la aplastante superioridad numérica de sus enemigos, con un valor temerario á todas luces y con un aplomo y serenidad sin igual, échase el fusil á la cara y hace cinco disparos, que dejan fuera de combate á tres enemigos. Esto le dió algún desahogo, que aprovechó el bravo guerrillero para introducir en el Maüsser un nuevo cargador.

Repuestos los cobardes *mambises*, que huían ante la loca temeridad de un soldado bisoño, ante un niño, pues apenas contaba el valiente muchacho veinte años, cargaron furiosamente contra él, rindiéndole al fin la superioridad del número, mas no sin antes matar á otro insurrecto de un bayonetazo y continuar defendiéndose, después de desarmado, á mordiscos y patadas.

A ustedes, amigos, como á mí, y como á todos, les sorprenderá que no lo hubieran matado en aquel momento, pero pronto se explicarán la causa al decirles, que reunidos el cabecilla Bermúdez y sus canallescas hordas formaron un simulacro de juicio sumarísimo, condenando al bravo y heróico guerrillero á la pena de muerte en vil horca, cuyo suplicio sufrió con asombrosa serenidad dos horas después.

Dícese que el comandante militar de Artemisa recibió carta del citado cabecilla, relatando los hechos y advirtiendo que quedaban en su poder los cuatro guerrilleros como rehenes ó prisioneros.

Excuso decirles el estado de ánimo en que se halla el batallón de Murcia y su bizarro jefe el señor Moreno Nasi. Todos deseamos que el punto designado por los rebeldes de Pinar para forzar el paso de la trocha, si es que algún día se atreven á intentarlo, sea la *Gabriela*. La guerrilla ha solicitado ir sola á rescatar á sus compañeros y vengar al que tan bizarra y heróicamente vendió su vida...**»

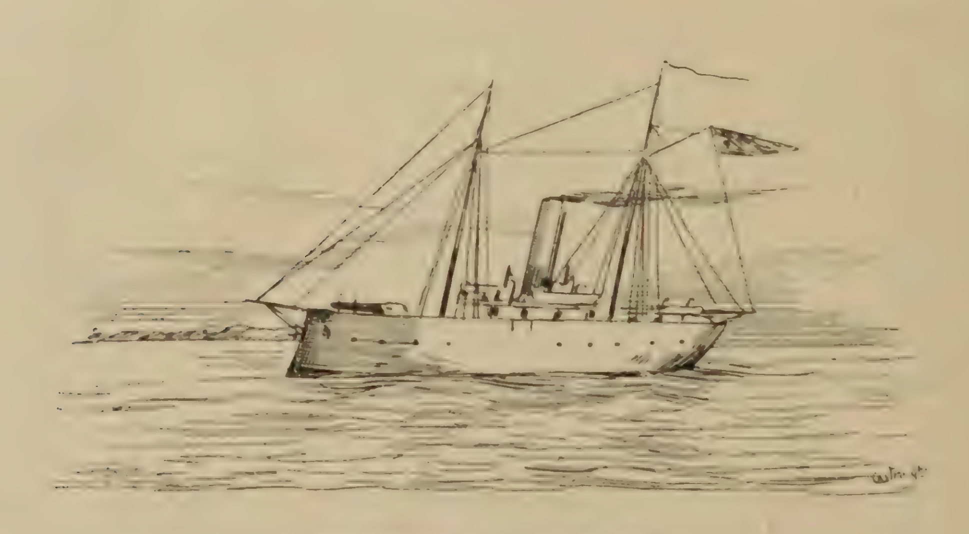
¡Paz eterna al héroe anónimo!

*
* *

Otro de los episodios más interesantes de la presente guerra, según autorizados informes del campo rebelde, fué la muerte del hijo del negro Guillermón, Leoncio E. Moncada. Era éste, como su padre, un negro alto, robusto; tenía el grado de comandante, y por ser ahijado de Antonio Maceo, lo llevaba éste de cornetín de órdenes. ¡Qué menos para un *mayor general* que un cornetín comandante.!

En una de las expediciones del coronel Hernández Velasco á San Cristóbal (Pinar del Río), los soldados del escuadrón de voluntarios que sostiene el comercio de la Habana, y que por cierto han prestado en

esta campaña grandes servicios á la patria, encontraron un pequeño grupo de insurrectos. Se entabló entre unos y otros un combate á machetazos; el hijo de Guillermón, que se contaba entre los rebeldes, recibió un golpe que le derribó del caballo que montaba, mas repuesto enseguida se incorporó y esgrimió su machete sobre el voluntario con quien peleaba, al que le destrozó nna muñeca. Un certero golpe de otro soldado hizo rodar al suelo con la cabeza destrozada al terrible negro. Por muerto le tenían los dos voluntarios; empezaron á registrarle, y es-



CAÑONERO «GAVIOTA»

tando en esta operación, el negro ya moribundo hizo un esfuerzo supremo, y blandiendo su machete atravesó el hígado á uno de los soldados, que murió casi á la par que él.

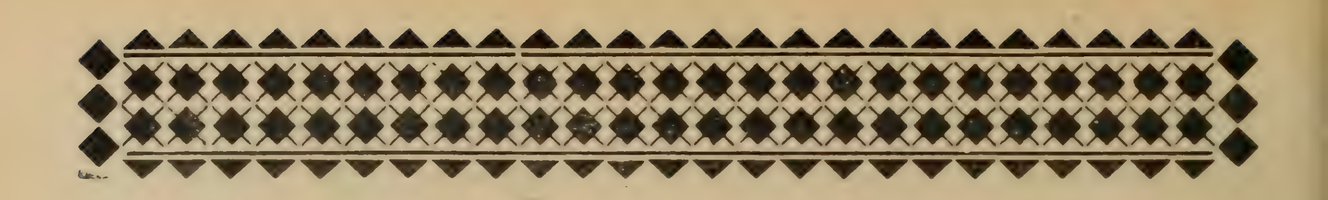
Cuando supo Maceo la muerte de su ahijado, lloró y juró vengarse Al día siguiente, muy de madrugada, abandonó su guarida, y buscando la columna del coronel Hernández se batió hasta que le obligaron á huir, pero no sin haber causado á nuestras tropas bajas muy sensibles, entre ellas la muerte del bravo comandante de artillería Don Manuel Sanz.

Un detalle curioso sacó nuestro informante del relato de este episo-

dio. Al mostrarle, quien lo conservaba, el nombramiento de comandante que llevaba en su ropa el hijo de Guillermón, vió que Antonio Maceo, que lo firmaba, á continuación de su nombre ponía el signo masónico de los tres puntos en triángulo.

No tiene nada de particular que Maceo fuera masón, porque ya sabemos que las logias masónicas, huyendo de Europa, donde resultan ya anticuadas y anacrónicas, se han refugiado en América.





CAPITULO II

Despacho oficial.—Movimiento de partidas.—Varios encuentros y combates.—Resultados favorables para nuestras armas.—Presentaciones.—Diario de la guerra.—Nuevo encuentro de la columna Hernández Ferrer.—El enemigo huye.—Más presentaciones.—Antonio Maceo quebrantado.—Los laborantes de Cayo Hueso.—Aumentan las presentaciones.—Escisión en el campo rebelde.—El aspecto de la campaña mejora.—Maceo sin dar señales de vida.—Perico Delgado batido en Loma de Rubí.—Rumor infundado.—Diario de la guerra.—Sorpresa y emboscada.—Despacho oficial.—Los cañoneros *Alvarado* y *Pizarro*.—Operación combinada contra Maceo.—Noticias alarmantes de la Habana.—Telegrama oficial.—Explosión en la Capilanía general.—Suceso fortuito.

El despacho oficial del día 24 anunció gran movimiento de las partidas rebeldes que operaban en las provincias occidentales y resultados muy favorables para nuestras tropas.

Entre los varios encuentros de que en él dió cuenta el general en jefe del ejército de Cuba, en todos los cuales el enemigo fué rechazado y batido por nuestras columnas, merecen especial mención los siguientes:

El capitán Medina, de la guerrilla de Lajas, con fuerzas del batallón de Vizcaya, desalojó de sus posiciones en el ingenio «Estrella» (Las Villas) á una partida, causándole doce muertos y cogiendo armas y municiones.

En Matanzas, el comandante Cavanna, con dos compañías del Rey, batió en el ingenio «Jesús y María» y lomas de San Antonio, á las par-

tidas Cárdenas, Aranguren y Sanguily, que descarrilaron el tren en Cabezas, haciéndoles varios muertos y capturando á varios incendiarios.

El teniente coronel del batallón de Valencia, señor Aldea, les cortó el paso por San Claudio con guerrillas de Matanzas y secciones montadas del batallón, desplegando en línea la infantería y obligando al enemigo á retirarse á los cañaverales incendiados, abandonando 70 caballos y 23 muertos carbonizados.

La tropa sólo tuvo un muerto, un herido grave y dos contusos.

En Habana, los tenientes coroneles Paglieri y Torrado batieron en Zaldivar y Tienda Lanuza á las partidas de Hernández, Castillo, Rodríguez y Pitirriel, causándoles cuatro muertos, uno de ellos titulado teniente, cuatro heridos, cuatro caballos muertos y ocho cogidos. La tropa un herido y un caballo muerto.

El alcalde de Jaruco y el comandante militar de Lajas capturaron al cabecilla Gil y mataron dos rebeldes más, en emboscadas.

En Pinar del Río, de resultas de operación combinada por el Estado mayor general, el batallón de Cantábria y el batallón de voluntarios de Remates desembarcaron en Cortés, y ausiliados por el batallón de Wad-Rás y el escuadrón de Pizarro, desde La Fé, atacaron á la partida de Varona, batiéndola dos veces y causándole numerosas bajas.

Se presentaron en La Fé, Dimas, Arroyo y Mántua «más de 1.500, de ellos 480 hombres.»

En Catalina y Los Palacios hubo también 150 presentados, llevando reses mayores y menores.

En Cuba, el capitán de voluntarios Canosa, en la zona de la plaza, asaltó la noche del 23 con ochenta hombres un campamento de insurrectos, causándoles siete muertos, entre ellos el titulado comandante Calderón y quemando 300 hamacas.

La brigada de Guantánamo hizo al enemigo tres muertos, uno el titulado capitán Castelví, destruyéndo el campamento y las siembras.

* * *

Pase por que se alimentara á la prensa de provincias con noticias sensacionales, como alguna de las que en la sección titulada *Telegrafo y teléfono* de algunos diarios leímos el día 24, dando cuenta de un combate en el que se hicieron al enemigo *doscientos siete muertos* y *muchos heridos*, que al fin y al cabo esto es cosa de la industria particular, aguijoneada por el furor de la compeencia; pero que 1500 personas, la mayor parte niños y mujeres que se acogen á nuestro campo huyendo de los atropellos de los rebeldes, se convertieran de la noche á la mañana, por obra de la fantasía ministerial, en cuatrocientos insurrectos que se presentan á indulto, parecíónos que era tener de nuestra candidez una idea demasiado exagerada.



EL VALEROSO CABO ABELLA

No era mala señal la venida de esas gentes desdichadas á nuestro campo: ella probaba en definitiva que fiaban más en nuestra fuerza que en la de los rebeldes, pues á creer lo contrario, no es probable que

buscaran nuestro amparo. No era necesario, por consiguiente, sacar las cosas de quicio ni exagerar los hechos para presentar el caso como un síntoma satisfactorio y favorable á nuestra causa.

Nada sabíamos ni se decía de el duende de la manigua, Máximo Gómez, cuya pista habíase perdido hacía tanto tiempo; el movimiento de las partidas parecía, sin embargo, denotar que obedecían al impulso de su dirección.

De otro encuentro nos dió cuenta el telégrafo el referido día 24 ocurrido en el Tumbadero (Habana), entre la columna del coronel Hernández Ferrer y las partidas de Collazo, Acea y Massó, á las que batiera hacía pocos días en la costa de Alquizar. El enemigo tuvo 20 muertos, que recogieron nuestras tropas, distiguiéndose en la lucha los escuadrones de España y Albuera, que dieron varias cargas al arma blanca, y cogieron caballos; los rebeldes se dispersaron, dirigiéndose hacia la Ciénaga.

La permanencia de estos cabecillas en el límite occidental de la provincia de la Habana, vino á confirmar el propósito que les atribuímos de intentar algún ataque á la línea de Mariel Artemisa, para ayudar á Maceo á salvarla.

Entre las nuevas presentaciones de insurrectos que se mencionaron, merecen citarse la del cabecilla Cajizote y la del abogado Coiza, titulado *auditor preboste* y secretario de Maceo, y sus dos hijos, todos armados y montados.

El coronel Echevarría, según nos informó nuestro corresponsal en la Habana, volvería á ponerse en breve al frente de su columna, de la cual fué separado indebidamente.

Antonio Maceo, según referencias oficiales, se hallaba cada día más quebrantado, pues se le acababan los recursos, no podía salir de la sierra y le faltaban pastos para su numerosa caballería.

La estación de las lluvias se creía que sería fatal para el mencio-

nado cabecilla, al que perseguían constantemente tres columnas, organizándose aquellos días otra que saldría también en su busca.

*
* *

En opuesta contradicción con los informes de la Habana, los laborantes de Cayo Hueso, según telegrama de Nueva York de la *Agencia Fabra*, habían hecho circular una noticia que no tenía traza alguna de ser cierta: «la de que Maceo había logrado forzar la línea Mariel-Artemisa, encontrándose ya en lugar seguro.»

La primera parte de la noticia era falsa á todas luces, porque el verbo *forzar* no solo indica que pudo pasarla, cosa no imposible en absoluto, sino que la pasó empleando la fuerza, en cuyo caso parece lógico que lo supiéramos aquí, antes de que nos lo dijeran desde Cayo Hueso. Pero la segunda parte, en la que se suponía á Maceo en *lugar seguro*, encierra una confesión preciosa, que es precisamente lo que nos ha movido á comentar esa fantasía filibustera.

En efecto; la declaración de que una vez fuera de Pinar del Río se consideraría á Maceo en lugar seguro, implica necesariamente la de que á la fecha se le juzgaba por los mismos separatistas bastante apurado.

Más vale así.

Aumentaban las presentaciones de insurrectos, algunos de ellos cabecillas de cierta significación. Muchos de los presentados procedían del campo en que mandaba Antonio Maceo, y manifestaron que, por efecto del desaliento, consecnencia de la activa persecución de las tropas, habían surgido escisiones entre los negros y los blancos, siendo éstos muy vigilados por dicho cabecilla, en prevision de que le jugasen una mala partida.

Los negros querían imponerse á todo trance, y si lo conseguían, en-

tonces la insurrección se vería dividida, pues estallaría entre sus defensores una guerra de razas. Dijose que José Maceo se había negado á ir en auxilio de su hermano.

Por orden del general en jefe del ejército en operaciones se procedió á la organización de nuevas columnas para operar en la provincia de Pinar del Río, habiéndose enviado nuevos refuerzos á la línea de Mariel y sido destinados también á ellas los ingenieros recientemente llegados á la isla.

La desbandada de las familias que seguían á los insurrectos era grande. Diariamente se presentaban muchas acogiéndose á la salvaguardia de las tropas.

Habían comenzado á ser reconstruidos varios poblados arrasados por los insurrectos. Aunque éstos seguían incendiando plantaciones, dijeron de la Habana que todos los indicios eran de que había mejorado el aspecto de la campaña.

No se señaló en los despachos de aquellos días ningún nuevo encuentro con las fuerzas de Maceo, que debían continuar en la sierra del Cuzco; ni se dijo tampoco una palabra de la situación de Máximo Gómez, cuyo paradero se seguía ignorando y cuya quietud se extrañaba, hasta el punto de hacer suponer á algunos que había entrado en negociaciones pacíficas por indicación del gobierno de los Estados Unidos.

* * *

Continuaba fija la atención en la provincia de Pinar del Río y en las dificultades con que tropezaba Maceo para salir de ella. Bien se veía, por otra parte, que la situación apurada en que se encontraba el jefe de los orientales, preocupaba hondamente á los separatistas. Lo revelaban así los rumores que propagaban suponiendo un día que Maceo ha-

bía logrado salvar la línea militar de Mariel-Artemisa, y anunciando al siguiente que había mandado á los cabecillas Bermúdez y Sainiz con mil hombres para que la rompieran.

Maceo, sin embargo, no daba señales de vida. Hacía ya días que los partes oficiales no mencionaban su nombre, ni señalaban ningún encuentro con sus fuerzas, circunstancia que no dejaba de ser extraña, constituyendo la persecución de este cabecilla el objetivo principal de las operaciones que se estaban realizando en Pinar del Río, operaciones que se iniciaron el mes anterior.

El despacho oficial del 27 dió cuenta de un combate sostenido por la columna del coronel Pintos en Lomas de Rubí: el cabecilla batido no fué, sin embargo, Maceo, sino Perico Delgado, que ya había sido derrotado pocos días antes muy cerca de allí, y al cual se le hicieron 14 muertos y numerosos heridos y se le cogieron ocho caballos y cuatro acémilas con víveres.

Verdad es que Maceo no se atrevía á atacar la trocha militar, pero todavía no nos explicamos bien cómo logró sostenerse en la sierra del Cuzco tanto tiempo, andando escaso de municiones, como se dijo que estaba, y con su gente un tanto desmoralizada, según se indicó.

No creímos, sin embargo, qne esa situación pudiese prolongarse mucho, y en que no se prolongara nadie más interesado que el general Weyler, el cual no quería, seguramente, ver las operaciones interrumpidas por las lluvias, que si aquí se retrasaban demasiado, pudiera ser que allí se adelantasen, sobre todo, si el calor apretaba.

Por lo mismo que el haber conseguido encerrar en Pinar del Río á Antonio Maceo y á sus negradas orientales, constituía una ventaja positiva, fuera sensible que se malograra y desluciera, dejando llegar la época de las lluvias sin desbaratar sus huestes.

Confiamos, no obstante, en que no sería así.

* *

Á pesar del telegrama dirigido por un hacendado de Cuba al señor Cánovas del Castillo, diciéndole que la situación mejoraba, no debió rezar esta mejoría con la provincia de la Habana, desde donde el 28 nos telegrafiaron que se reconcentraban en Guanabacoa, Regla y Campo Florido cientosde familias que huían de puntos próximos, en los que hacían frecuentes incursiones los rebeldes.

El rumor que atribuyó á Máximo Gómez el propósito de acudir en auxilio de Maceo, á cuyo efecto se le suponía en Sancti Spiritus recogiendo gente, no nos mereció gran crédito. Extraño era que el 27 no se supiese dónde estaba el duende de la manigua y que al signiente día, además de averiguarse su paradero, se averiguaran también sus proyectos.

No faltó, sin embargo, quien juzgando posible el hecho, preparaba ya los argumentos para contrarrestar el mal efecto que produciría, y olvidándose de que la retirada hacia Oriente del jefe de la rebelión debía considerarse como una muestra de su impotencia para permanecer en Matanzas y en la Habana, argüía que «convendría mucho que intentase el regreso, porque entonces recibiría duro escarmiento.»

Opinamos, sin embargo, que por entonces fuera mejor hacer esa demostración en la cabeza de Maceo, que era el que en aquellos momentos parecía más comprometido, sin perjuício de hacerla después con Máximo Gómez.

En la línea Mariel-Artemisa los insurrectos lograron sorprender á cinco soldados del batallon de Murcia, que quedaron en poder de los *mambises*, y entre Hoyo Colorado y Punta Brava, perecieron en una

emboscada cinco guerrilleros. La importancia de estos hechos, si bien deplorables y sensibles siempre, consiste exclusivamente en que ocurrieron en dos puntos que debían ser de los más vigilados.

***

Dos hechos descollaron entre los que se consignaban en el despacho oficial del día 28. El combate librado en la costa de Baracoa cerca

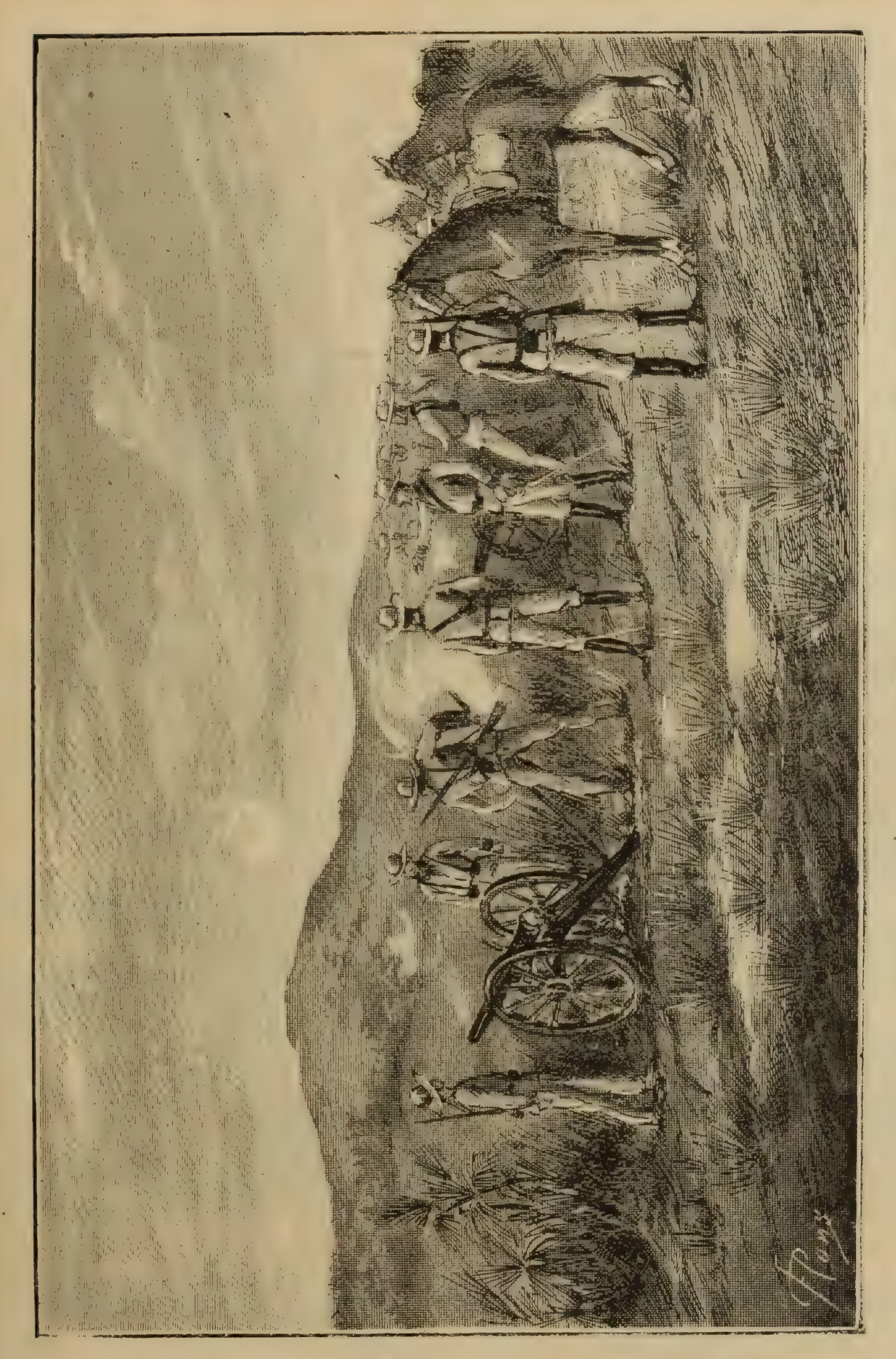


...ochenta soldados del batallón de la Reina... pág. 578

de Punta Maisí, y el sostenido en Pinar del Río contra las fuerzas de Maceo.

En el primero intervinieron los cañoneros *Alvarado* y *Pizarro* y fuerzas de la guarnición de Baracoa embarcadas en ellos, contra las partidas situadas en la costa.

La circunstancia de llevar los cañoneros 150 hombres de infantería, pareció indicar que se proyectaba desembarcarlos en algún punto de la costa; pero ni el despacho, ni las noticias incompletas que del combate tuvimos indicaron si se llevó á cabo esta operación.



LA COLUMNA VALCÁRCEL BATIENDO LAS POSICIONES DE MACEO EN TAPIA (*Pinar del Río*)

Los cañoneros—dijonos nuestro corresponsal—se acercaron cuanto pudieron á la costa é hicieron contínuo fuego de cañón contra los rebeldes, que respondieron con nutridas descargas. Tan cerca de tierra estaban los cañoneros, que resultó con un balazo en la pierna el comandante del *Pizarro* señor Gastón, y heridos también de gravedad los oficiales Manzano y Espinosa, siete marineros y once soldados, y muerto un cabo de guerrillas.

«Los enemigos, que huyeron á la desbandada, sufrieron grandes pérdidas por los disparos de granada que hicieron los dos buques.»

En Pinar del Río díjose que se logró desalojar á Maceo de las posiciones que ocupaba en Tapia, causándole numerosas bajas.

He aquí los detalles oficiales de la operación de guerra contra el cabecilla mulato, consignados en el despacho del día 28:

«Las columnas Devós y Villa operando del 21 al 26 de Bramales á Bahía Honda sobre Lechuza, La Yegua, San Blas, Tapia y las Animas, al mando de Inclán, combinadas con columna Valcárcel, desde Candelaria y en igual dirección, batieron á Maceo con grueso enemigo. Atacó la vanguardia mandada por Valcárcel, entablando fuerte combate en Tapia, desalojando á Maceo de sus posiciones.

Al fuego de fusilería y cañón, acudieron Devós y Villa, causando muchas bajas, al retroceder masas enemigas, la artillería.

Acamparon columnas Villa y Valcárcel con Inclán en Manolita. Devós llevó todos los heridos á Bramales. Recogió raciones para las tres columnas, incorporándose. Tuvimos un muerto, siete heridos y siete contusos, entre éstos un comandante y dos capitanes.

Las operaciones contra Maceo continuaban con plausible actividad.

***

A última hora de la noche del 28 se recibieron alarmantes noticias de la Habana, que causaron gran impresión en todos los círculos donde llegaron á ser conocidas. En ellas dábase cuenta de haber ocurrido una gran explosión en el palacio de la Capitanía general, sin añadir más pormenores.

Poco después fueron conociéndose estos, sabiéndose que la explosión se produjo en la parte de dicho palacio que ocupa el Ayuntamiento, en el sitio donde se halla instalado el motor de la imprenta oficial y cerca del local ocupado por la Contaduría del Municipio.

La explosión, seguida de densa y larga humareda, alarmó á toda la población, extremeciendo las casas próximas y causando en el palacio tales destrozos que fué menester apuntalar los techos y muros de fábrica.

En las habitaciones del capitán general no hubo novedad.

Al momento se presentaron las autoridades y un numeroso gentío, temeroso de que se tratara de un atentado filibustero, procediéndose á la cura de un operario de la imprenta, el cual salió herido, y á desembarazar de escombros el local. También se hicieron varias detenciones de personas sospechosas.

En el ministerio de Ultramar se recibió á la madrugada el siguiente despacho oficial, que vino á calmar los ánimos y la general inquietud que reinaba en todos los centros y á destruir los rumores pesimistas que circularon, propalados por los alarmistas, y á quitar importancia al fortuito suceso.

«*Habana* 28, 11'40 m.—Capitán general á ministro Ultramar: Acaba de ocurrir una explosión en edificio esta capitanía general en la parte ocupada por el Ayuntamiento.

Según dictamen peritos se atribuye verosimilmente á expansión de gases acumulados en foso letrina situada misma pieza donde ocurrió explosión, admitiéndose que puedan haber favorecido al fenómeno las mezclas detonantes que se verifican con el aire atmosférico y los carburos de hidrógeno, los cuales pueden haberse formado en la fosa de la cloaca que con ella comunica y está expuesta á explosiones, como se ha verificado otra vez. Cuando se haga escombreo podrá precisarse más esta opinión.—*Weyler* »



CABECILLA BERMÚDEZ

Los telegramas de la Habana que publicaron al siguiente día los periódicos de Nueva York, dando cuenta del suceso, atribuyeron el siniestro á los laborantes.

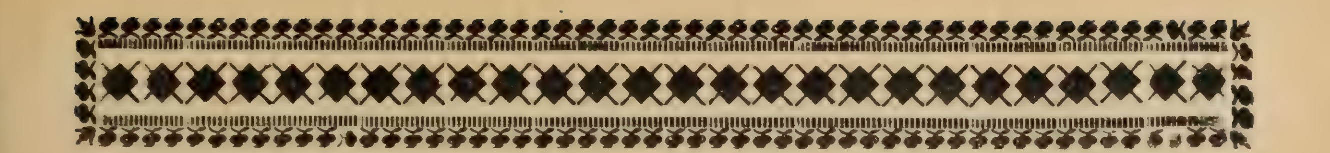
Confirmaron que un tipógrafo, empleado en las oficinas de la Capitanía general, resultó herido, y añadían que no había que deplorar ninguna otra desgracia personal.

Los destrozos materiales fueron de bastante consideración, habiendo quedado resentida gran parte del edificio.

Dichos telegramas supusieron que la explosión fué producida por medio de la dinamita.

Los informes de nuestro corresponsal en la Habana confirmaron la versión oficial, atribuyendo el suceso á causa fortuíta y accidental.





CAPÍTULO III

El diario de la guerra.—Despacho oficial.—Captura de la expedición filibustera del *Competitor*.—Detalles del suceso.—Tres expedicionarios muertos y cinco apresados.—Dos encuentros.—Un presentado.—Noticias de la situación de los rebeldes en Pinar del Río.—Diario de la guerra.—Encuentros y combates en el departamento Oriental.—El combate de Río Blanco.—Ataques á la trocha de Mariel-Artemisa.—Confianza del general Weyler.—Diario de la guerra.—Los batallones de Cantábria y Wad-Rás.—Batida de las partidas del *brigadier* Llorente.—Ataque á El Cristo.

YA hemos dicho en capítulo anterior que Antonio Maceo permanecía en la sierra del Cuzco, con el doble propósito de no separarse mucho de la línea Mariel-Artemisa, y de esperar cerca de la costa Norte de Pinar del Río el desembarco de armas y municiones.

El apresamiento de una goleta filibustera en Berracos, desembocadura del río El Rosario, cerca de Consolación del Norte, vino á confirmar por completo aquella opinión nuestra.

No quiere decir esto que fuera esa la única expedición que había logrado arribar durante el mes de Abril á las costas de Pinar del Río; demostró únicamente de una manera indudable, que los rebeldes continuaban recibiendo pertrechos de guerra en los puntos en que más los necesitaban.

Díjose que algunos de los filibusteros que iban en la goleta cuando el cañonero *Mensajero* la apresó, lograron escapar, de donde se deduce

que estaban en tierra, y esto mismo permite sospechar que ya habían conseguido poner en salvo una parte del alijo, siendo sorprendidos en el momento en que se hallaban empeñados en esta operación.

No por ello tenía menos importancia el servicio prestado por los tripulantes del *Mensajero*; con que la mitad de las expediciones filibusteras que llegaban á las costas de Cuba sufrieran igual contratiempo, nos podríamos dar por satisfechos. Verdad es que barcos de mayor porte, los que hubieran podido cruzar extendiendo su vigilancia á un radio más extenso, haciéndose por lo tanto más eficaz, estaban *amarrados* por el sesgo que se dió al asunto del *Alliance*, y si no amarrados, sobrado cohibidos sus comandantes. No tienen, pues, nuestros marinos la culpa de que no fracasasen más á menudo las expediciones filibusteras. Porque eso de seguir á un barco sospechoso en alta mar, de día y de noche, sin perderlo de vista, cuando no se le puede obligar á detenerse, es problema que no se ha resuelto todavía. Y ya se sabía que cualquier capitán de buque filibustero á quien se sorprendiese á cincuenta brazas de la costa de Cuba, sostendría sin el menor empacho que estaba fuera de nuestras aguas jurisdiccionales, y que el Gobierno fuera capaz de darle más crédito que á nuestros marinos.

El parte oficial dando cuenta del suceso confirmó las suposiciones que dejamos expuestas. Los expedicionarios fueron sorprendidos en el momento de verificar el desembarco y lograron también poner á salvo algunas cajas.

*
* *

Decía así el parte oficial:

«... Utilizando noticias movimientos columnas, la lancha cañonera *Mensajera*, con comandante Butrón y doce hombres en Punta Berracos,

cerca de San Cayetano, capturó expedición filibustera de Cayo Hueso, cogiendo goleta *Competitor*, con dinamita, 100 Remigtons, 51 cajas cartuchos y tres botes.

»Prisioneros, capitán Laborde, médico Vedia, titulado comandante Mesa, presentado anteriormente, Milton director periódico filibustero *El Mosquito*, de Cayo Hueso, y otro que no quiere dar su nombre.

»Guerrilla Palma acudió, capturando 32 cajas de municiones, dos prisioneros al parecer americanos.

»La lancha hizo fuego, matando á tres; lanzándose al agua Laborde y un americano, se les cogió de ella bajo el fuego de unos cuantos desembarcados, desde manglares, que huyeron con armas.

»Recompenso con la cruz de María Cristina al comandante de la *Mensajera*, y pido propuesta tripulación...—*Weyler.*»

Hé aquí, ahora, las noticias y detalles referentes al suceso, que nos comunicó nuestro corresponsal en la Habana.

«En la costa Norte de la provincia de Pinar del Río, punto denominado «Berracos», ha sido apresada por el cañonero *Mensajero* una goleta filibustera denominada *Competitor*, que conducía varios insurrectos y cargamento importante de armas y municiones que iban destinadas á las partidas de Vuelta Abajo.

»Es este uno de los hechos más importantes que ha realizado nuestra marina de guerra en la presente campaña de Cuba.

«Por esto ha producido excelente impresión la noticia en los centros oficiales y en los círculos políticos, donde se han hecho generales elogios de la Armada.

Mandaba la expedición filibustera Alfredo Laborde, y á bordo de la goleta iban el doctor Vedia, tres insurrectos más y un periodista corresponsal de *El Mosquito*, de Cayo Hueso.

Llevaba el *Competitor* 38,000 cartuchos, importante cantidad de dinamita y varias cajas de Maüssers y Remingtons.

El cañorero *Mensajero*, que hizo el apresamiento de la goleta, iba mandado por el alférez de navío don Carlos Butrón, á quien se ha concedido por servicio tan importante la cruz de María Cristina.

El cañonero *Yañez* ha conducido á los prisioneros á la Habana y remolcado á la goleta filibustera.»

. . . .

El cañonero *Mensajero* llegó al sitio en que la goleta *Competitor* intentaba hacer el desembarco, y mandó hacer alto. Los rebeldes, en vez de obedecer, se retiraron, y entonces hizo fuego el cañonero con la ametralladora, haciendo volar una caja de proyectiles que ocasionó la muerte de dos insurrectos; otro de éstos se ahogó. Los que sobrevivían se dirigieron á tierra, siendo perseguidos por el contramaestre Mora y cuatro marineros. Estos abordaron luego la goleta, de la que se apoderaron, cogiendo 38.000 cartuchos, 90 fusiles, una bandera cubana bordada, alfileres de corbata y muchos documentos importantes.



ALFREDO LABORDE
Capitán de la goleta *Competitor*.

De los filibusteros que se dirigían á tierra fueron muertos tres y apresados cinco, contribuyendo á la aprehensión una guerrilla local.

El comandante del cañonero, señor Butrón, embarcó gente en la goleta, ordenando que la llevaran á San Cayetano, donde el *Pinzón* se encargaría de trasladarla á la Habana, quedando él con un maquinista, un cabo de cañón y el cocinero á bordo de su buque guardando los prisioneros, custodiados machete en mano por el cabo y el cocinero.

El jefe de la expedición filibustera era el titulado coronel Monzón que había fracasado ya por tres veces en tentativas análogas.

El señor Butrón llegó con la gente á la Habana y se presentó al general Weyler, quien, entusiasmado, le colocó en el pecho la cruz de María Cristina y pidió los nombres de los tripulantes del *Mensajero* para recompensarlos.

Laborde, uno de los prisioneros, es nieto de un general de Marina é hijo de un coronel de milicias que tenía bastante familia en la Habana.

Una confidencia avisó oportunamente á nuestros marinos el día y sitio del desembarque, por lo cual pudieron llegar en el mismo momento en que se hacía el alijo.

Otro de los detenidos fué el titulado comandante Mesa, que se había ya presentado á las autoridades de Cuba dando palabra de no volver á la insurrección.

Los presos fueron encerrados en el castillo de la Cabaña y sometidos á juicio sumarísimo, á cuyo efecto se pidió al contralmirante Navarro, jefe del apostadero de la Habana, que delegase su jurisdicción en la militar.

***

En lugares distintos, en Soledad y Loma Revuelta, y por columnas tambien distintas, la del coronel Maroto y la del general Bernal, fueron batidos, según telegrama oficial del día 29, en la misma provincia de Pinar del Río, los cabecillas Delgado y Bermúdez, cogiéndose al primero caballos y armas y haciendo al segundo muchas bajas y dos prisioneros, en lucha reñida y personal. Maceo seguía en las lomas del Cuzco donde iban á cercarle, según anunció el general en jefe, varias columnas.

Las operaciones, sin embargo, no arrojaban en su conjunto, hasta la fecha, ventajas positivas, no obstante consignarse que todos los encuentros fueron favorables á nuestras armas.

En cambio la audacia de los rebeldes era cada día mayor, como lo demostró el ataque de José Maceo al importante poblado El Cristo, situado á pocos kilómetros de Santiago de Cuba, donde quemaron ocho *bohíos* y realizaron algunos atropellos.

Los demás encuentros que se consignaban en el citado parte oficial carecieron de importancia.

El día 30 llegó á la Habana el que había sido auditor de Maceo, cabecilla Cainas, presentado á indulto, dando importantes y curiosos detalles acerca de la situación de los rebeldes en Pinar del Rio.

Dijo que los negros y mulatos que siguieron á Antonio Maceo desde el departamento Oriental creyeron que se trataba de un paseo militar, y que al verse tan alejados é incomunicados de *su tierra* se mostraban desesperados y descontentos de su jefe; que la mayor parte de la caballería rebelde había quedado desmontada, y que los de á pie iban descalzos y muchos casi desnudos, cundiendo entre ellos la idea de presentarse á indulto.

Y añadió, que hacía pocos días, Maceo había mandado ahorcar 40 de los suyos, por haberse enterado de que habían manifestado deseos de presentarse, y que á pesar de esto creía que habría más presentaciones, porque el desaliento cundía entre las filas de los orientales.

***

Las partidas insurrectas del departamento Oriental se movían bastante aquellos días. Los ataques á Zanja, á El Cristo, á Santa Rita y á los cañoneros que se aproximaron á la costa, en las inmediaciones de Punta Maisí, lo atestiguaron bien claramente. Señalamos el hecho por

que vimos en él la posibilidad de que con estas muestras de actividad inusitada procurasen inducirnos á distraer algunas tropas de Occidente, para reforzar las que teníamos en Santiago de Cuba, y aunque suponíamos que estas bastarían para tener á raya á los rebeldes de Oriente, bueno fuera que el general en jefe viviera prevenido.

Con algunas partidas de las que atacaron el fuerte de Zanja, probablemente las de Rabí, tuvo dos encuentros en Velasco, jurisdicción de Holguín, el comandante de Estado mayor señor Aranáz, que las derrotó, causándoles muchas bajas.

Al otro extremo de la isla, en Pinar del Río, se señalaron dos hechos de algún interés. |El combate sostenido el día 28, cerca de Rio Blanco, por una pequeña columna compuesta de 42 hombres, al mando del bizarro capitán don Bernardino Pozo, heróico defensor de Palma, que conducía la consignación de las tropas, llevada probablemente á Berracos por el cañonero que apresó á la goleta filibustera, y recogida allí por la guerrilla de Palmas que intervino en la aprehensión de una parte del alijo; y el ataque á Artemisa, centro de la trocha militar de Mariel, por un grupo que mandaba Quintín Banderas. En ambos ataques fueron rechazados los insurrectos: se conocía que estaban, como vulgarmente se dice, tanteando el terreno, para intentar el paso de la trocha militar.

Continuábamos sin saber dónde paraban Máximo Gómez y Calixto García, que al no dar ni uno ni otro señales de vida, nos indujo á sospechar que estaban juntos.

* * *

Por tres puntos distintos, por las cercanías de Mariel, por Artemisa y por Mangas, puede decirse que atacaron los rebeldes de Pinar del Río la trocha militar, pues, si bien es cierto que Mangas no está en la

misma trocha, hállase tan cerca, que apenas dista de ella unos kilómetros. No tuvieron estos ataques, sin embargo, más que el carácter de reconocimientos para averiguar la resistencia que ofrecía la línea militar y probar la vigilancia que en ella se ejercía. Tal vez se quisiera también avivar con ellos la actividad de las partidas que se movían en las otras provincias, bastante remisas para acudir en ayuda de Maceo, indi-



DESEMBARCO DE FILIBUSTEROS EN LAS COSTAS DE PINAR DEL RIO

cándoles que el tiempo apremiaba y que ya era hora de que se decidieran.

Porque parecía, en efecto, que el jefe mulato había pedido auxilio para salir de Pinar. Nuestro corresponsal en la Habana confirmó el hecho diciendo que estaban reconcentrándose las partidas con tal intento. Y por más que no hubiera de ello todavía señales evidentes, tuvimos ya el propósito por indudable.

Esto demostró la necesidad de activar cuanto posible fuere las operaciones en la provincia de Pinar del Río, aprovechando los momentos, antes de que llegase el auxilio reclamado por los orientales, que todavía habría de tardar algunos días, si era cierto, como se indicaba, que

Máximo Gómez estaba en Majaranabo, á veinte ó veinte y cinco kilómetros al Este de Villa Clara.

A Máximo Gómez, pues no creímos á ningún otro cabecilla capaz de realizar esa operación, se le unirían, si se decidía á llevarla á cabo, Lacret en Matanzas y Massó en la Habana, porque los cabecillas de Sta. Clara nos parecían poco dispuestos á abandonar aquella provincia.

De todos modos, si el *generalísimo* no realizaba personalmente la operación, había que contar con que Lacret, Massó y Collazo eran los más indicados para intentarla.

Todo ello demostró, en definitiva, que los rebeldes se encontraban en el caso de arriesgarse en una aventura, con la que no contaban.

El general Weyler mostraba gran confianza en que las operaciones emprendidas contra Maceo dieran el resultado apetecido. Buena falta hacía, porque en aquellos últimos días las partidas de Pinar del Río habían incendiado los poblados de Mangas y Pinos, al Sur de la provincia, y el de Santa Cruz, sobre la carretera de San Cristóbal á San Diego de los Baños.

*
* *

La situación general de la isla había mejorado algún tanto, y se confiaba en que recibieran un descalabro los insurrectos de Vuelta Abajo, á cuyo efecto habíase organizado una activa operación, cuyos planes se esperaba que habían de dar grandes resultados.

La parte difícil de la situación de Cuba, era la económica: la cosecha de tabaco no era, ni con mucho, lo que se esperaba; creíase que habrían de cosecharse, después de las pérdidas ya conocidas, por lo menos, cuatrocientos mil tercios, y sólo se obtuvieron noventa mil. De azucar se cogía un millón doscientas mil toneladas y sólo se cosecharían ciento cincuenta mil.

Los insurrectos seguían incendiando *bateyes*.

La situación de Maceo se consideraba cada día más difícil y se concentraban las partidas del centro de la isla para acudir en auxilio de los orientales.

Preciso era creer que las operaciones iniciadas contra el cabecilla mulato en el mes de Marzo y proseguidas en Abril, iban á tener, por fin, el resultado apetecido. Así lo anunciaban, con gran seguridad, todos los despachos que llegaban de Cuba; lo mismo los oficiales que los particulares.

Ya saben nuestros lectores que se trataba de empujar al *mayor general* insurrecto y á sus negradas sobre la línea militar de Mariel Artemisa, que el general Weyler consideraba infranqueable.

Para lograr este resultado se había dispuesto que las fuerzas mandadas por el general Suárez Valdés, Bernal y Suárez Inclán avanzase de Occidente á Oriente, cubriendo el centro las del segundo, la derecha Suárez Valdés, y Vega é Inclán la izquierda, replegándose, por decirlo así, estas dos alas en sus extremidades para cerrar el paso al Norte y al Sur. Las columnas de Vila y Devós se internarían al mismo tiempo en las lomas para cuoadyuvar á la operación y á fin de que no quedasen grupos sueltos de la gente de Maceo á retaguardia de nuestras tropas.

Tal fué, según se refirió, el movimiento emprendido, para cuya feliz realización se habrían adoptado, sin duda alguna, todas las precauciones necesarias, y entre ellas, la muy esencial de llevar cuantos elementos de combate fueran precisos, á fin de que la operación no se interrumpiera, como en otras ocasiones había ocurrido, por la necesidad de reponer las municiones agotadas.

Toda fuerza armada que necesita volver sobre sus pasos ó desviarse de la línea que debe cubrir, para abastecerse de víveres ó municiones, pierde el terreno ganado y destruye, por consiguiente, su propia obra.

*
* *

Al extremo occidental de Pinar del Río, cerca de Remates, los batallones de Cantábria y Wad-Rás batieron á las partidas de Llorente, Lasso, Varona y otras, haciéndoles bastantes bajas. Por cierto, que siendo la situación de Maceo tan apurada como se decía, pareció extraño



INSURRECTO APRESANDO UN CABALLO

que no utilizase el auxilio que pudieran prestarle estas partidas en el empeño que traía entre manos.

El jefe del batallón de Cantábria con su batallón, el de Wad-Rás y el escuadrón de voluntarios de Remates, marchó sobre Benito, donde habían reconcentrado partidas del Occidente, al mando del titulado brigadier Llorente, enviado por Maceo. Cerca de Remates trabóse combate, desalojando al enemigo con fuego por descargas de dos líneas, de posiciones sucesivas con ataque á la bayoneta y carga de flanco del escuadrón.

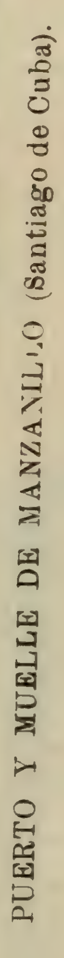
Acampó la victoriosa columna en el lugar del combate, donde acudieron á su amparo gran número de familias. El enemigo tuvo 30 muertos, que abandonó en el campo, y muchos heridos, que retiraron: las tropas tuvieron un muerto y cuatro heridos.

Después se hizo cargo del mando de la columna el coronel Alvarez Sotomayor, agregando el escuadrón de Pizarro y dos piezas de artillería, para reconstituir aquella importante zona.

En la provincia de Santiago de Cuba, según dijo el despacho oficial del día 2 de Mayo, habíase evitado la reconcentración de las partidas, que habían quedado, en efecto, muy desperdigadas, puesto que atacaron casi simultáneamente á Zanja, cerca del Camagüey; á Santa Rita, cerca de Bayamo y á el Cristo, próximo á Santiago de Cuba.

En el ataque á este último poblado resistió y rechazó la guarnición, formada por cincuenta hombres, tres acometidas de más de mil insurrectos, expulsando de las calles á trescientos, que pegaron fuego á varias casas, distinguiéndose notablemente por su valor y heroismo en la lucha personal entablada con las hordas incendiarias y en la extinción del incendio el valeroso cura párroco de El Cristo.





PUERTO Y MUELLE DE MANZANILLO (Santiago de Cuba).



CAPITULO IV

El diario de la guerra.—Operaciones fracasadas.—El despacho oficial.—Reñida acción de Cacarajícara.—Doscientas bajas al enemigo.—Bajas de la columna.—El soldado José Martínez.—Victoria y bravura de nuestros soldados.—El general Bernal.—Opiniones de la prensa.—Despacho oficial.—*¡¡Tableau!!*

No es fácil llevar la cuenta de las operaciones que se habían combinado contra Maceo, desde que este cabecilla invadió por segunda vez la provincia de Pinar del Río. Hasta la fecha, por desgracia, ninguna de ellas había dado el resultado apetecido. Primero, porque las columnas combinadas se acercaron demasiado á la trocha, dejando el enemigo á retaguardia; después porque la columna del coronel Echevarría no acudió en tiempo oportuno: más tarde, porque nuestros soldados se puedaron sin municiones y la columna Devós tuvo qne ir á buscarlas, y últimamente porque el general Bernal se vió detenido en las lomas de Rangel.

Decididamente, el general Weyler, ó su Estado mayor, eran poco afortunados en sus combinaciones. Pero vamos por partes. Hallándose Suárez Inclán en Bahía Honda y Bernal en San Cristóbal, separados por la sierra del Brujo y la de los Condenados, y sin medios de comunicar-

se, era difícil si no imposible, que llegaran al mismo tiempo á Cacarajícara. Desde Bahía Honda la distancia es escasa, quince kilómetros á lo sumo; pero desde San Cristóbal, es casi imposible calcularla, por lo accidentado del terreno que se necesita atravesar, sin contar —y era preciso tenerlo en cuenta— la resistencia que el enemigo habría de oponer en un terreno que le favorecía y en el que acampaba. Cacarajícara está en la vertiente Norte de la sierra del Brujo; de manera que para llegar á ella tenía el general Bernal que atravesar la sierra de los Condenados por Rangel y San Diego de Tapia, y aun así no tenía andada más que la mitad del camino, porque todavía le faltaba atravesar la loma del Brujo desde la vertiente Sur á la del Norte. ¿Era posible en tales condiciones que llegase, no á hora fija, como era preciso, pero ni siquiera en día determinado?

El fracaso de la combinación, tal como dijo el general Weyler, en su despacho del 2, que estaba concebida, era, por consiguiente, poco menos que irremediable.

Y la prueba de que lo estaba así, y no de otra manera, hallámosla en que el día 1.° dijo el general en jefe: «Espero noticias operaciones combinadas lomas Pinar del Río, que se están verificando desde ayer y hoy.» Es decir, que empezaron el 30 y continuaron el día 1.°. Era lógica, en efecto, la suposición de que continuaban este día. ¿Cómo era posible suponer que el general Bernal llegase el propio día 30, día en que daba principio la operación, desde San Cristobal á Cacarajícara, punto objetivo de la combinación? No cabía ni soñarlo. Sin embargo, el día 30 se dió la acción de Cacaríjacara, y el día 1.° en que debía continuar la operación, ya no ocurría nada.

Y de que el objetivo del movimiento era Cacarajícara, está demostrado con la lectura de las siguientes líneas, que transcribimos del despacho oficial. Decía éste:

«Ordenada una combinación de columnas entre el general Inclán,

desde Bahía Honda á Cacarajícara, sobre supuesto campamento de Maceo y grueso de las partidas; el general Bernal, desde San Cristobal, por lomas Rangel y San Diego Tapia, *al mismo punto*; tenientes coroneles Pintos y Valcárcel, sobre puntas Rubí, y los coroneles Devós y Gelabert, en espectativa de las salidas de San Blas y Caimito...»

Al mismo punto, es decir, á Cacarajícara.

Ya se ha visto que era imposible.



POBLADO DE PIPIAN

Y continuaba el despacho oficial:

«El general Inclán con los batallones de San Fernando y Baleares y una sección de artillería, realizó el día 30 de Abril, sin auxilio de Bernal, una brillante operación sobre el enemigo reunido en Cacarajícara, con parapeto de un metro veinte centímetros de tierra y madera, con dos órdenes de fuego, batiendo las avenidas 1.500 insurrectos que ocupaban el fuerte y las maniguas inmediatas y que impedían el despliegue para el ataque.

»Trás tenaz resistencia y á los gritos de ¡Viva España! ¡Viva el rey! ¡Viva la reina!, con apoyo de la artillería, situada á cuarenta metros,

se atacó á la bayoneta, y á los veinte minutos fué tomado el fuerte y arrasado, acampando sobre él, y haciendo al enemigo 200 bajas.

«El general Inclán cumplió con precisión las instrucciones del Estado mayor general en su ida á Cacarajicara, y regresó ayer á Bahía Honda. Sostuvo rudos combates, venciendo siempre dificultades y rechazando ataques por el flanco con fuego de infantería y artillería oportuna, ocasionando al enemigo, al replegarse, bajas muy considerables.

. . . .

De nuestro corresponsal recibimos los detalles siguientes:

El Estado mayor general había combinado una operación sobre Maceo, acampado con sus fuerzas en la sierra de Cacarajícara, para que en un momento determinado se unieran frente al grueso de las fuerzas insurrectas diferentes columnas, y obligar al enemigo á librar combate.

Componían nuestras fuerzas, preparadas para dicha operación, seis columnas; las de los generales Suárez Inclán y Bernal, las de los coroneles Devós y Gelabert y las de los tenientes coroneles Pintos y Varcárcel.

El general Suárez Inclán con la columna de su mando llegó al punto indicado el día 30, y atacó con denuedo dicho campamento defendido por 1500 *mambisses*. Hallábanse éstos parapetados en un fuerte, construído con tierra y maderas entre los maniguales, formando dos órdenes de fuego que batían la entrada á derecha é izquierda y hacían mayores las dificultades con que tenían que luchar nuestros soldados para atacarles, pues tenían que entrar por estrechos callejones sufriendo un fuego nutridísimo. Además, el campamento, cubierto de manigua, dificultaba el despliegue de nuestras tropas para el ataque.

Comprendiéndolo el general mandó emplazar la artillería á distan-

cia de unos cuarenta metros del parapeto y romper fuego de cañón contra el fuerte; pero como de dejar sólo á la artillería la destrucción del fuerte, casi todos nuestros artilleros hubieran perecido, por que desde las posiciones que ocupaban los rebeldes dominaban por completo nuestro campo, dispuso una accion combinada, ordenando que la infantería asaltara por diferentes sitios el fuerte, al mismo tiempo que la artillería funcionaba certeramente.

La infantería atacó á la bayoneta por distintos puntos y con gran denuedo, al grito de ¡viva España!, y el enemigo, á pesar de las excelentes posiciones que ocupaba y de oponer una resistencia tenáz, no pudo resistir el empuje de nuestros valientes de San Fernando y Baleares y huyó, internándose en la manigua.

La victoriosa columna acampó algún tiempo allí y destruyó el campamento y defensas levantadas por las hordas de Maceo, regresando luego á Bahía Honda, y sosteniendo en su marcha un nuevo combate con los rebeldes, á quienes castigó duramente.

Las bajas de los insurrectos pasaron de *doscientas*.

Nuestras tropas tuvieron que lamentar las siguientes:

Batallón de Baleares: tenientes Burguete y Moncada y siete soldados, muertos. Comandante Fernández Cuervo, capitán Herráiz, tenientes Argüelles y Moryll y 29 soldados, heridos.

Batallón de San Fernando: tres soldados muertos; teniente coronel Moreno Navarro, capitán Murcia, teniente Martinez y 22 soldados, heridos; un comandante, dos oficiales y seis soldados, contusos.

Artillería: cuatro muertos y cuatro heridos.

Ordenóse abrir juicio contradictorio para la concesión de la cruz laureada de San Fernando al soldado del batallón de Baleares José Martinez, que coronó el primero la formidable trinchera enemiga al tomarse el campamento.

***

En la Habana concedióse gran importancia á ese combate, entre otras razones porque, además de la señalada victoria de nuestras tropas y el duro castigo de los rebeldes, según parece, Maceo, de acuerdo con algunos ingenieros *yankees*, había dispuesto una línea de trincheras y fortificaciones que defendieran su campamento y que aquéllos consideraban inexpugnables.

Los soldados dispararon durante el combate 50,000 cartuchos y lucharon, á última hora, cuerpo á cuerpo con los *mambisses*, lo cual se comprende, teniendo en cuenta que cuando la artillería llegó á colocarse á cuarenta metros del fuerte, muy reñida y empeñada había de ser la lucha entablada y sostenida entre los dos bandos.

Las tropas de la columna Inclán se batieron en Cacarajícara como se baten siempre nuestros soldados, más que con bravura, con verdadero heroísmo. ¡Lástima grande que el resultado de la operación no correspondiera al esfuerzo realizado, y que la columna tuviese que retirarse á Bahía Honda, abandonando el terreno conquistado á costa de tan preciosa sangre española!

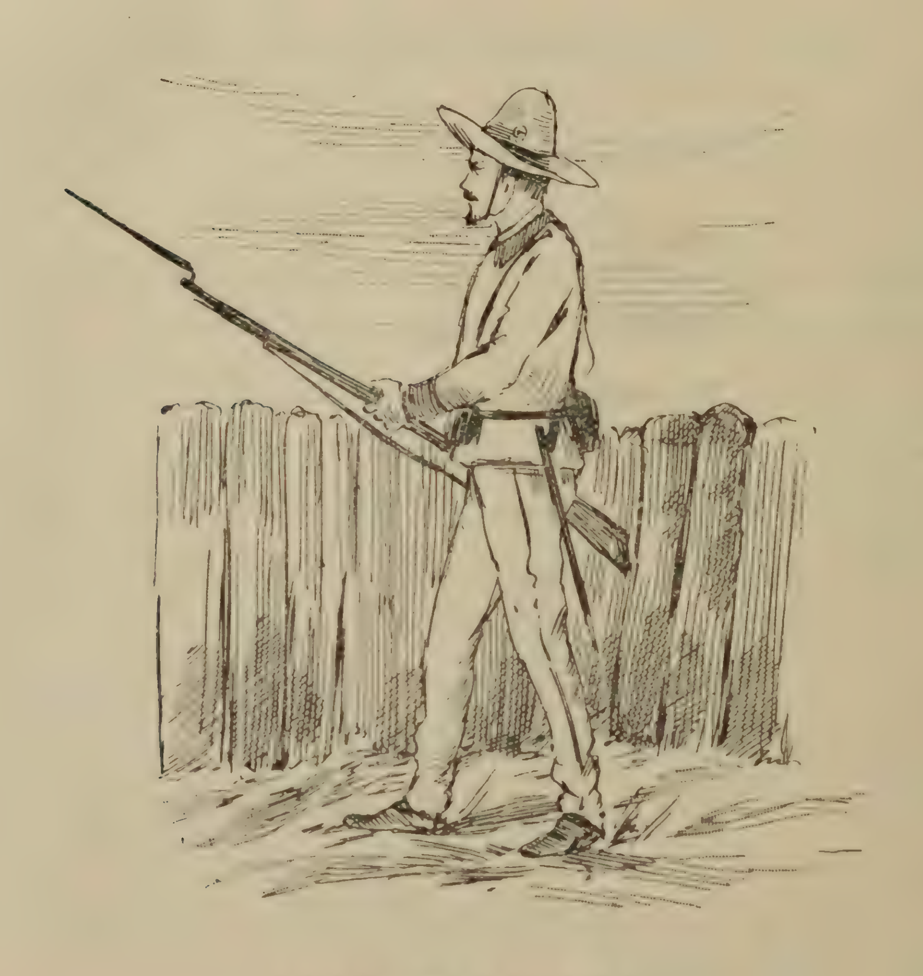
Ya lo hemos dicho en el precedente capítulo, refiriéndonos en general á cualquier movimiento de avance. «Toda fuerza armada que necesita volver sobre sus pasos ó desviarse de la línea que debe cubrir, pierde el terreno ganado y destruye, por consiguiente, su propia obra.»

Y el general Weyler dijo: «*Repongo bajas* y ordeno una nueva operación combinada sobre enemigo, *estrechando más el circulo de acción directa para que el golpe resulte certero.*»

Estrechar más el círculo... ¡Qué confesión!

En fin, que otra vez tendrían que volver nuestros valerosos soldados á Cacarajícara á arrojar de allí á Maceo.

¡Si al menos fuese la última!



JOSE MARTINEZ

(Soldado del batallón de Baleares, condecorado con la cruz laureada de San Fernando).

No fuimos los únicos que comprendimos la imposibililad material de que llegase el día 30 de Abril á Cacarajícara el héroe de Mamey. Por consiguiente, al exponer las apreciaciones que nos mereciera el resultado de aquella operación, lejos de haber pretendido quebrantar

ningún prestigio, lamentamos, por el contrario, que no se abrillantaran más con el éxito.

Y son por otra parte tan lógicas nuestras apreciaciones, que apenas hubo periódico que no las confirmara con argumentos más sólidos y mejor expuestos que los nuestros.

Para demostrarlo así, vamos á copiar lo que dijeron algunos periódicos, empezando por la opinión de un diario cuyos conocimientos en asuntos de guerra no recusará nadie.

Dijo *El Ejército Español:*

«En esta ocasión—(el combate de Cacarajícara)—en que, como siempre, nuestros hermanos se cubrieron de gloria, quisiéramos prescindir de toda indicación que pusiera al descubierto defectos de procedimiento; más como quiera que va repitiéndose un hecho depresivo para ciertos jefes del ejército, que por ampliación resulta depresiva para el mismo ejército, nosotros no podemos contribuir con nuestro silencio á un sistema tan dañoso, ni á crear reputaciones por muy merecidas que sean, á costa de destruir otras dignas de todo respeto.

Ayer fué al coronel don Ulpiano Sanchez Echevarría á quien le tocó en suerte que la maledicencia se apoderara de su nombre para inferirle agravios, cuando el citado coronel es un gran patriota y un gran militar, que en el cumplimiento de sus deberes va mucho más allá que la generalidad de los que combaten en Cuba. El, no solo ha de luchar con el riesgo de la vida, con las privaciones y sufrimientos inherentes á aquel género de campaña, sino que también con las afecciones del alma y con los estímulos de la sangre, que obran sobre las conciencias puras con mayor violencia que todos los restantes inconvenientes de la guerra; y hoy tócale al general Bernal, al héroe de Marahuit y de Mamey, al hombre que en el escaso tiempo que lleva en Cuba ha tenido once encuentros con el enemigo, cuya actividad y denuedo ha sido á menudo elogiada por el general en jefe y á quien decía el general Pando telegráficamente, á raiz de la acción de Mamey, la única verdaderamente importante de esta campaña, que solicitaba para él el inmediato empleo por telégrafo.

Todas cuantas combinaciones se ejecuten preparadas desde las oficinas del Estado mayor general tendrán el mismo resultado poco satisfactorio, porque en una guerra de contínua movilidad en que las líneas y puntos ocupados por el enemigo no están invariablemente jalonados, dado el tiempo necesario a la recepción de la información, al cálculo de probabilidades, á la gestación del plan que se prepara y al invertido en ejecutar la opera-

ción, pueden haber ocurrido tales modificaciones que inutilicen toda esa ímproba tarea.

Además, ¿desde cuando en las guerras irregulares, en país abrupto y escabroso, en el fraccionamiento en que opera el enemigo, con la dificultad de comunicaciones propia de Cuba, fácil de ser aumentada por cualquier obstáculo é inconveniente que surja en el camino, cómo es dable hacer combinaciones de movimientos que necesiten dos ó tres días de maniobras, para llegar al término á la hora y al minuto?

. . . .

«En las guerras de montaña, si bien no con la interinidad y el enlace que en la gran guerra, no se comprenden marchas de columnas coincidiendo á un fin común, sin comunicación alguna entre sí, sin poder darse á conocer su respectiva situación durante, ó por lo menos, al final de cada etapa; y dado este supuesto, la imaginación se resiste á aceptar el que ante un enemigo en posición, atrincherado, no se espere la concurrencia de las demás tropas destinadas al efecto, para el más completo logro del objeto.

No es siempre buen consejero el propio ardimiento y el afán de distinguirse, que puede algunas veces, en el arranque irreflexivo del valor personal, llevar á que se juege á cara ó cruz la suerte de un hecho de armas.»

Con esta opinión, que es la nuestra, coincidieron periódicos de todas opiniones.

Véase lo que dijeron otros estimables diarios.

El País del día 4 de Mayo:

«Ayer á última hora, se comentó mucho en los círculos políticos y militares, la brillante operación de guerra realizada contra las fuerzas de Maceo por la columna del general Suárez Inclán; pero juzgando por las noticias recibidas, que resultan bastante incompletas, muchos jefes y oficiales del ejército suponían que el triunfo de nuestras tropas no fué más decisivo, á causa de haberse adelantado el citado general, que por exceso de celo y acaso pensando con avaricia respecto de la gloria, anticipó el combate y no esperó el tiempo préviamente marcado para la reconcentración de las columnas españolas.

En apoyo de esta sospecha, se citaba la circunstancia de que el telégrafo había anunciado que la columna del general Arolas entraba también en la combinación, y ésta había llegado anteayer á San Cristóbal, punto distante algunas leguas del lugar del combate.

Así, pues, la del general Bernal, que se dice atrasada, acaso marchó con con la debida regularidad dentro del tiempo convenido; pero la del general Suárez Inclán, anticipando los acontecimientos, hizo inútil el concurso de las de Bernal y Arolas.»

El Correo:

«...Pero es el caso que el general Weyler decía en su parte oficial que el general Suárez Inclán llegó oportunamente, es decir, cuando debía llegar.

Aparte de esto, lo que nosotros hemos oido á gente experta, es que no se pueden dirigir con todo acierto las operaciones desde la Habana, porque la guerra ofrece á lo mejor accidentes inesperados, ý estos solo se pueden resolver sobre el terreno.

Por esto encuentran extraño que se combinen las operaciones militares en el despacho de la capitanía general; y de ahí que no correspondan siempre los hechos á los planes.»

El Movimiento Católico:

«La atenta lectura del telegrama que antecede (el oficial) lleva á nuestro ánimo certeza de algo que ya en otras comunicaciones oficiales habíamos advertido. El general Weyler pone tal empeño de amor propio en las operaciones que combina contra el enemigo, que cuando no se realizan tal como él las pensó, prodiga tonos de censura y usa de reticencias mortificantes para tal ó cual jefe que, por las naturales contingencias de la guerra, no puede llegar al sitio designado de antemano con aquella puntualidad que sería de exigir en maniobras y experiencias militares.

Que tal disgusto es explicable en un general en jefe, no tiene duda; pero tampoco la tiene que esas dificultades que retardan ó hacen fracasar una operación dispuesta desde lejos y sobre el mapa, son naturales en la guerra, y por ellas no cabe culpar á nadie, como el mismo general Weyler lo reconoció días pasados al reponer en el mando de su columna al coronel Echevarría.

Sería, pues, no solo más caritativo, sino más prudente, y aún más justo, que el general en jefe del ejército de Cuba, al dar cuenta de una operación que no produjo los resultados que se esperaban, se abstuviera de sacar á plaza nombres de militares cuyo celo no puede ser manchado por conjeturas y prejuicios infundados, sin que al mismo tiempo dejase por eso de manifestar su sentimiento, sin temor de cargar sobre sí censuras que, á buen seguro, nadie le dirigiría.

. . . .

«De pasada diremos que ya no se siguen las prescripciones del general Martinez Campos, quien no quería que se dieran al enemigo más bajas que las que se sabían de un modo cierto é indudable.»

La Correspondencia de España en su número del día 3:

«Sólo hemos de decir que esta vez, como en otras muchas, la combinación *planeada* en el *cuartel general de la Habana*, no se realizó en el terreno

de las operaciones, y que probablemente, como en el caso del coronel Echevarría, ahora el general Bernal resultará limpio de toda culpa.

No creemos que las operaciones de la guerra de Cuba *sean susceptibles de una dirección lejana*, que apenas tiene ya eficacia ni partidarios en la gran guerra, cuando se trata del movimiento de fuerzas en el radio de acción táctico.»

El mismo diario en su número del 4:

«Cuanto ayer dijimos respecto al combate de Cacarajícara, lo confirmamos hoy con más conocimiento del hecho, adquirido por la parte del telegrama oficial que se ha publicado, y por las noticias particulares.

El general Bernal, á quien se supuso en un principio responsable de la tardanza en llegar al lugar del combate, fué detenido en su marcha por fuerzas insurrectas que, como es natural, se opusieron á la combinación *técnica* hecha en la Habana. Operaciones como las de Cuba han de disponerse sobre el terreno, so pena de ser inútiles, cuando no perjudiciales.

El general Iuclán se creyó obligado á atacar á los insurrectos él solo, y sin esperanza de obtener un resultado decisivo, porque en Cuba sigue rigiendo la orden de atacar siempre al enemigo, donde quiera y como quiera que se le encuentre. Esto fue muy lógico al principio de la guerra, para dejar fuera de duda la bizarría de tropas bisoñas. Hoy esas tropas son veteranas, han conquistado toda la fuerza moral necesaria y bien pueden soportar temperamentos de prudencia estratégica, como los que el gran duque de Alba hizo *padecer* á sus soldados en sus memorables campañas.

En resúmen: si las combinaciones estratégicas de que tanto se promete la opinión optimista han de responder á tales esperanzas, creemos indispensables dos cosas; primera, que la dirección suprema de esas operaciones esté más cerca del teatro de ellas; segunda, que el mérito de las operaciones *empiece ya á apreciarse más por los resultados positivos, que por los sacrificios que impongan á la bravura y abnegación de nuestras tropas.*»

Esto mismo, aunque no seguramente con tanta claridad, es lo que dejamos dicho anteriormente.

Eso mismo es lo que entendió todo el mundo que quiso decir el general Weyler, cuando se proponía limpiar de insurrectos, antes de la época de las lluvias, las provincias de Pinar del Río, de la Habana y de Matanzas.

Resultó, además, después, que Maceo no estaba en Cacarajícara el día 30. El despacho oficial recibido el 4 lo declaraba así:

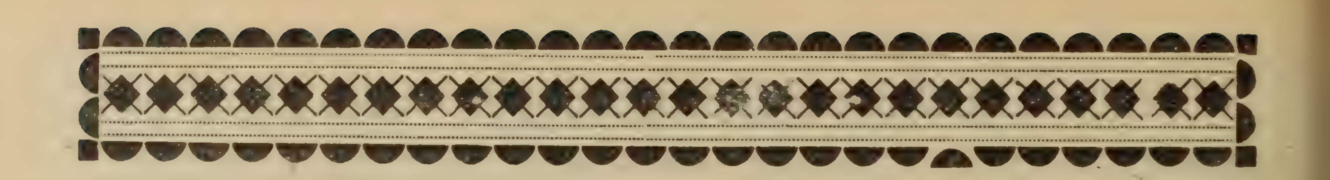
«Maceo—decía—con fuerzas, acudió el día 1.° por Pozas, en auxilio de Cacarajícara, sosteniendo con el general Inclán un combate vivo, al regresar á Bahía Honda.»

También se reconocía en el despacho que el general Bernal coadyuvó á la operación emprendida.

«General Bernal—decía el despacho de referencia—en San Cristóbal, fraccionó sus tropas en dos columnas; una por Rio Hondo al campamento del Brujo, que sostuvo fuego en Minas, haciendo cuatro muertos y cogiendo seis caballos; otra de exploradores cogió tres caballos en acampado montado de 162 personas. Hoy marcha general Serrano Altamira á sustituirle.—Weyler.»

¡¡Tableau!!





CAPITULO V

El diario de la guerra.—Despacho oficial.—El combate de Ceja Pablo.—Detalles del ataque á La Esperanza.—El general Bazán.—Sacerdote heróico.—Desarme de una guerrilla.—El general Bernal.—Justicia de nuestras apreciaciones.—Diario de la guerra.—Despachos oficiales.—Varias noticias.—Ataque al poblado de Cruces.—Varios encuentros y batidas.—Diario de la guerra.—Bajas en Cuba.—Graves noticias de Nueva York.—¿Qué hicieron nuestros ministros?—Abuso por el Gobierno de la nota prudente.

Por varios conductos volvióse á hablar de Máximo Gomez y de Calixto García, cuyo paradero se había ignorado durante tanto tiempo. No fué fácil averiguar todavía si las referencias eran exactas; bueno será, sin embargo, consignar lo que se decía, por si el hecho resultara exacto, y á fin de seguirles la pista.

A Calixto García se le suponía en el Camagüey con los cabecillas Rabí y Roloff, y el titulado gobierno insurrecto.

No eran tan concretas las noticias que se tenían del *generalísimo:* el encuentro de la columna Estruch en la provincia de Santa Clara con una numerosa partida de 1,300 hombres, que llevaba dos piezas de artillería, fuélo que hizo sospechar que Máximo Gomez estaba allí recibiendo fuerzas.

El despacho oficial del día 4, decía así:

«Coronel Estruch batió en Mayajiguas (Remedios) partida 1,300 con

dos cañones, rechazadas cargas caballería, haciéndola 23 muertos; tuvimos dos muertos y 15 heridos. Parece indicar principio concentración fuerzas en Spíritus, reunidas por Máximo Gómez.

El coronel Molina, al frente de su columna compuesta de 500 hombres de infantería y 30 caballos de chapelgorris de Macagua, batió en Ceja de Pablo, provincia de Santa Clara, á las partidas de Lacret, Vázquez y Tamayo, que componían una fuerza de 1.500 hombres.

El combate fué empeñado y reñido y el fuego duró dos horas, tomando nuestras tropas el campamento enemigo, después de un brillante ataque á la bayoneta.

Murieron gloriosamente en la lucha el bizarro teniente señor Macón y dos soldados, quedando además heridos cinco de éstos. Se distinguieron sobremanera el teniente coronel Goicoechea, el capitán Sigüenza, teniente Sánchez y médico del batallón de Cuenca, Don Renato Martín.

Los insurrectos abandonaron caballos y armas y tuvieron numerosas bajas, contándose entre los heridos los cabecillas Lacret, Vázquez y Pancho Pérez.

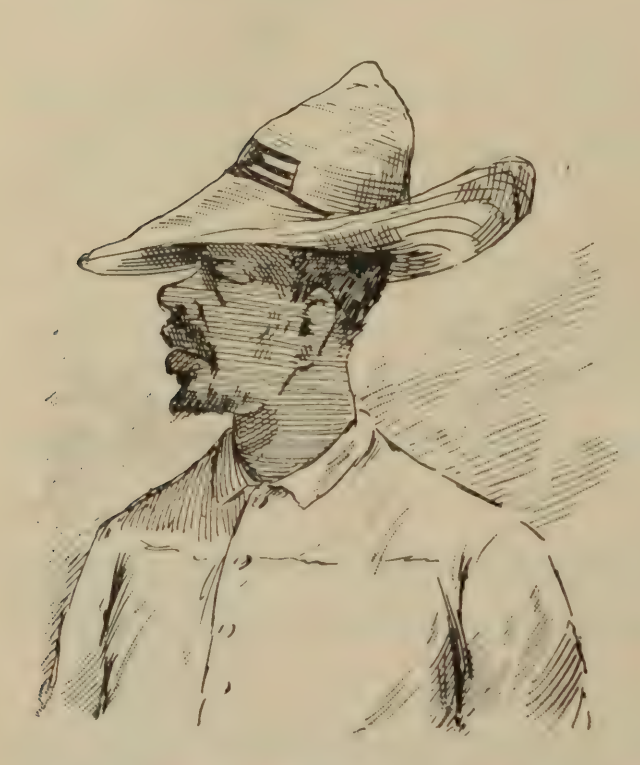
Ampliando detalles del ataque al pueblo de La Esperanza (Las Villas), llevado á cabo por los rebeldes el día 5, nos comunicó nuestro diligente corresponsal en Santa Clara, que las fuerzas insurrectas iban capitaneadas por los cabecillas Zayas, Alvarez y Vázquez y penetraron en el poblado de noche, cometiendo mil tropelías contra las personas y pegando fuego á 26 casas.

Los soldados que guarnecían el pueblo, en número de 70, pertenecientes al batallón de Luchana, se defendieron en los fortines, sin experimentar baja alguna, y causando, en cambio, á los *mambises*, ocho muertos y muchos heridos.

El valeroso cura párroco, viendo que los rebeldes se disponían á entrar en el templo y profanarlo, lanzóse á defenderlo, auxiliado por al-

gunos vecinos, impidiendo con su heroismo que los separatistas cumplieran su sacrílego propósito, y causándoles siete bajas, entre ellos el cabecilla Vázquez.

La brigada Bazán acudió en socorro del pueblo, y el general abrazó al heroico sacerdote, diciéndole:—«Estos son los verdaderos soldados de Dios, que pelean hasta morir por la patria.»



UNO DE LOS INSURRECTOS MUERTO EN EL COMBATE DE CACARAJÍCARA

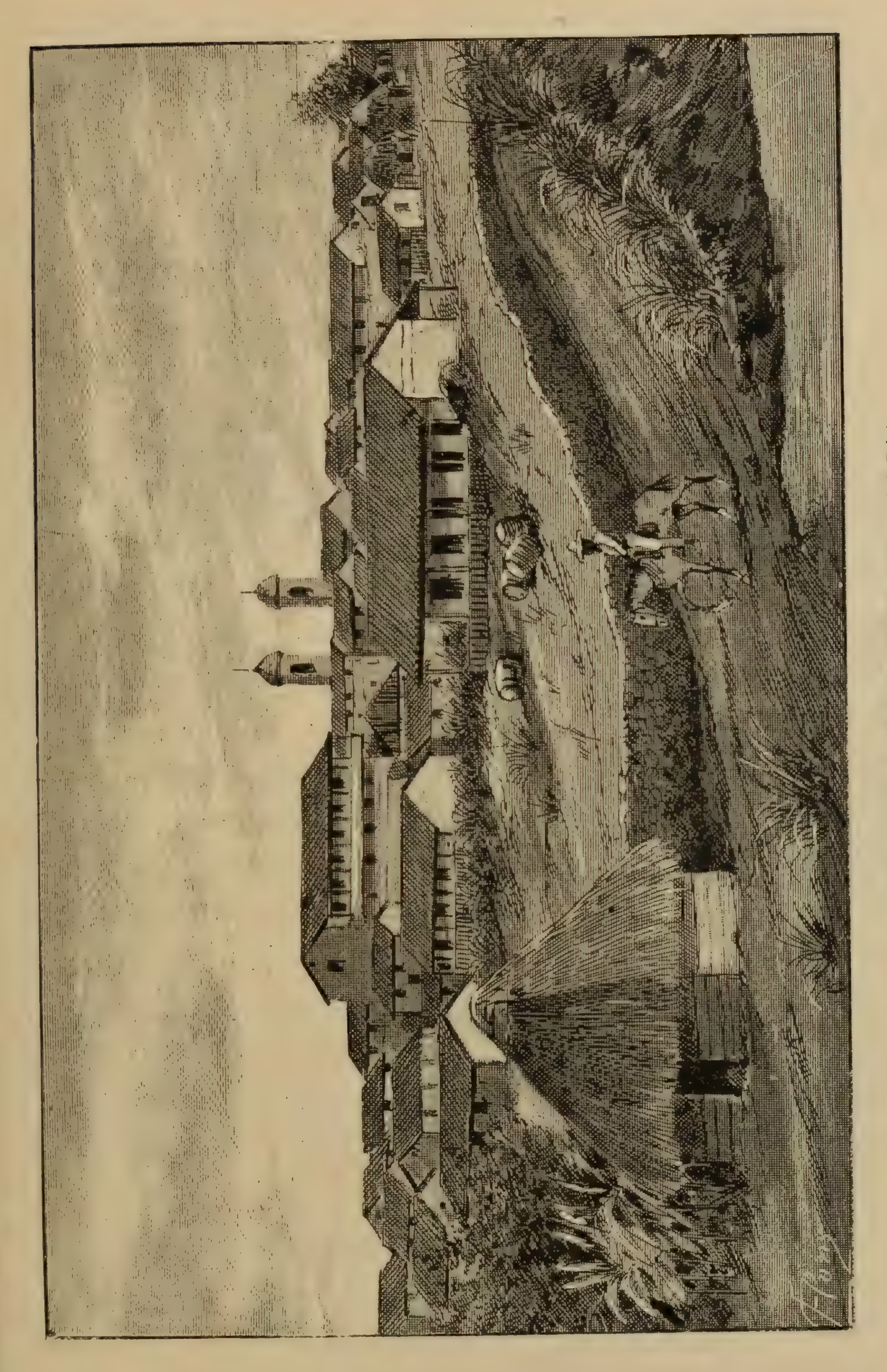
Sabedor, el general, de la cobarde conducta de la guerrilla local, que no acudió á la lucha, en auxilio del valiente párroco y vecinos, la hizo formar en la plaza del pueblo, con armas y bandera, y la disolvió, desarmándola en el acto, en nombre de la Reina, por ser indignos los que la formaban de llevar las armas de la nación.

La actitud enérgica del general Bazán, que ya había disuelto otra guerrilla, y las medidas por él tomadas, produjeron muy buen efecto.

La columna Bazán quedó operando en la jurisdicción, para defender los pueblos de la comarca que fueren amenazados por las partidas, y la guarnición de La Esperanza fué aumentada, en previsión de un nuevo ataque.

***

Los despachos particulares que de la Habana recibimos el día 5 con-



POBLADO DE LOS PALACIOS. (Pinar del Río)

firmaron nuestros juicios respecto de las dificultades con que había tropezado el general Bernal para llegar el día 30 á Cacarajícara.

Decía uno de ellos:

«Acaban de asegurarme, que después de larga conferencia celebrada con el general Weyler por el general Fernández Bernal, aquél ha admitido los descargos que le ha hecho este último, en justificación de no haber llegado á tiempo al ataque de Cacarajícara.

La orden no llegó á tiempo, pues este venía escasísimo para que la columna estuviera á punto en el ataque combinado.

Además, los caminos eran desconocidos y la columna no llevaba práctico. Si á esto se une que el general Bernal llevaba varios días sosteniendo combates con fuerzas insurrectas y que algunos grupos de estos le salieron también al encuentro en su marcha, teniendo necesidad de batirlos, se comprenderá que el general en jefe haya reconocido que no existe la falta que podía haberse atribuido al bizarro general Bernal.»

Otro decía:

«El digno general Bernal habló largamente con Weyler.

Recibió en Lumar la orden de marchar sobre Cacarajícara, para cooperar al ataque ordenado á la columna Inclán; pero no solo el encuentro con partidas rebeldes le obligó á combatirlas, sino que le fué imposible marchar por el camino que se le había indicado, por hallarse borradas todas las huellas de senderos y pasos, que no son conocidos ni aún por los mismos prácticos de la localidad.

Para ir á Cacarajícara tenía que realizar la marcha buscando caminos que forzosamente retrasaban su llegada al campo atrincherado de Maceo.»

No diremos que fuimos los primeros en comprender las dificultades con que debió tropezar el general Bernal para llegar el 30 á Cacarajícara, porque los primeros fueron sin duda los que conocían personalmente á este heróico jefe, al que nosotros no hemos tenido nunca el gus

to de saludar; fuimos, sin embargo, de los primeros en señalar aquellas dificultades, que noblemente reconoció luego el general en jefe, según los telegramas de la Habana, porque tratándose del general Bernal, que en tantas ocasiones había acreditado su pericia y su valor á toda prueba, sabíamos que nadie había de oponer tan relevantes cualidades en tela de juicio.

Los hechos vinieron muy pronto á demostrar la justicia de nuestras apreciaciones y á poner en claro que, como siempre, nos habíamos inspirado exclusivamente en el deseo de enaltecer los prestigios adquiridos, por entender que así dábamos á cuantos luchan en Cuba por la integridad de la patria, una prueba de la confianza que inspiran al país y del alto aprecio en que todos tenemos sus heróicos servicios.

***

El general Obregón perseguía en Sancti Spiritus (Las Villas) á Máximo Gómez, que al parecer estaba reuniendo las partidas de aquella comarca, secundado por el cabecilla Carrillo. Había desaparecido, por consiguiente, el misterio que envolvía al *generalísimo* de los insurrectos, de cuyo paradero nada se sabía desde hacía tan largo tiempo. Y como el enemigo oculto es más temible que el que se tiene á la vista, entendemos que era preferible saber donde estaba el duende de la manigua, que ignorar dónde se ocultaba.

Satisfactorias fueron también las noticias que contenía el despacho oficial del día 6, especialmente por el número de presentaciones que señalaba. Entre los acogidos últimamente á indulto estaban los cabecillas blancos Ricardo Borges y Regino Sánchez, presentados en Güira de Melena.

La línea Mariel-Artemisa había vuelto á ser atacada por Oriente y Occidente, entre San José y Capote, por numerosos grupos de insurrectos, que fueron rechazados y dispersos.

Si era cierto, como en algunos despachos particulares se indicó, que Maceo había bajado desde las lomas hácia Candelaria, pudiera sospecharse que intentaba aproximarse á la trocha. Dudamos mucho, sin embargo, de que el jefe mulato abandonase la sierra en que había ido á buscar refugio.

En la provincia de Pinar del Río se emprendió una nueva operación combinada contra las partidas que se guarecían en aquellas lomas.

Los despachos oficiales recibidos el 5 y 6 contenían la relación de una serie de encuentros, si no de importancia, sostenidos al menos con positiva ventaja por parte de nuestros bravos soldados.

Confirmóse que en el combate del día 1.° resultaron heridos gravemente los cabecillas Pilar, Rojas y Socarras, el cual, según comunicó el comandante militar de San Cristobal, murió de resultas de la herida recibida. También se confirmó la noticia de haber perecido el cabecilla Arzola en un encuentro con la guerrilla local de Seiba de Agua.

Según una carta del cabecilla Collazo, además de los insurrectos de Las Villas, el Camagüey y Santiago de Cuba, había al finar el mes de Abril, en la provincia de la Habana 12.000 hombres, en la de Matanzas 10.000 y 17.000 en la de Pinar del Río.

***

Nos telegrafiaron de Santa Clara, el día 7 de Mayo, que había grande expectación por saber el objetivo y resultado de las marchas de Máximo Gómez, en cuyo perseguimiento iban tres columnas. En las inmediaciones de la capital de aquel departamento fueron batidas varias

partidas por las fuerzas del coronel Parejo, que hicieron 19 muertos al enemigo, cogiéndole armas y municiones.

Las partidas de Alemán, Sarduy, Fonseca, Arbolay y Romero, que sumaban en junto unos mil hombres, atacaron el poblado de Cruces. La guarnición se defendió valientemente en las calles, batiéndose con heroísmo en las avanzadas el batallón de Zamora y obligando al enemigo á retirarse.



CABECILLA REGINO SANCHEZ

La compañía del teniente señor Serrano resistió el empuje de una numerosa partida, causándola cinco muertos é hiriendo gravemente al cabecilla Romero, que quedó prisionero de nuestras tropas.

Los insurrectos dejaron al retirarse seis cadáveres y retiraron 20 heridos, entre estos los cabecillas Sarduy y Arbolay: las tropas tuvieron

dos muertos, un ingeniero de la guerrilla de Cienfuegos y un soldado de la tercera compañía del batallón de Zamora, cuatro heridos y varios contusos de San Marcial, Zamora y Barbastro.

El teniente coronel Palanca alcanzó á las partidas tan valientemente rechazadas por la guarnición de Cruces, en La Esperanza y Prieto, batiéndolas y causándolas muchas más bajas.

En Matanzas, las columnas del coronel Nario y Pavía y fuerzas de Cuenca y guerrilla de Sabanillas batieron al enemigo en los ingenios Cacao, Amistad, Capitolio y Desengaño, haciéndole 13 muertos, de ellos un titulado teniente, y un prisionero, y cogiéndoles 76 caballos, monturas y armamento.

La columna del coronel Tort, con los batallones de Vergara y Almansa y fuerzas de caballería de Pizarro batió á las partidas de Octavio Hernández, Massó y otros cabecillas, en Guanamón y Alto Rey, haciéndoles 14 muertos y cogiéndoles 302 caballos y monturas.

El coronel Francés batió en Cabañas, San Claudio y Manolita (Pinar del Rio) á la partida de Perico Delgado, causándola siete muertos y haciendo tres prisioneros y apoderándose de 23 reses.

* * *

Suponiendo que Máximo Gomez pretendiera ir en auxilio de Maceo, había que fiar en que no lo conseguiría fácilmente. La distancia que los separaba era mucha, y el territorio qne el titulado *generalisimo* habría de atravesar estaba bien guardado por fuerzas aguerridas, según demostraron nuestros valerosos soldados á sus hordas en los diversos encuentros que dejamos reseñados en el párrafo anterior.

Taguasco, donde el general Obregón batió á las fuerzas que aquél estaba reuniendo, se halla entre el Zaza y el Jatibonico, rio este último

que constituye la divisoria del Camagüey con Las Villas. De manera que para llegar á la trocha de Mariel—Artemisa, tendría que cruzar las tres provincias de Santa Clara, Matanzas y Habana, donde se movían numerosas columnas, que le cerrarían el paso.

Era además probable que se viese contenido en su intento por el temporal de lluvias que se había iniciado ya, y que contribuirá á entorpecer su marcha; porque si constituía una dificultad para nosotros, también lo sería para los insurrectos, por la justísima razón de que cuando llueve, allí como aquí, llueve para todos.

Ya hemos visto que las partidas que en la provincia del Santa Clara entraron en Cruces y La Esperanza, fueron durameute castigadas perdiendo en la refriega varios de sus jefes.

También en Matanzas, Habana y Pinar del Río se señalaron una serie de encuentros, siendo en todos batidos los rebeldes. En el extremo Occidental de esta última provincia se había logrado restablecer la comunicación entre Guanes y la capital.

El parte oficial del 7 consignó que continuaban las presentaciones de rebeldes.

***

Según datos tomados de los despachos oficiales dando cuenta de los combates librados y encuentros y sorpresas habidos en todo el territorio de la isla, desde que comenzó la campaña de Cuba hasta fin de Abril de 1896, las bajas de los insurrectos habían sido las siguientes:

Muertos: 63 cabecillas y 4,275 insurrectos.

Heridos: 12 idem. y 1,976 idem.

Prisioneros: 16 id. y 548 id.

Además se presentaron seis cabecillas y 676 insurrectos.

El número de caballos cogidos á los insurrectos, desde el 21 de Marzo de 1895 al 30 de Abril de 1896, fué de 4,657.

Hay que advertir que de los partes no hemos tomado más que las cifras, no siendo posible calcular cuando en ellos se expresa «numerosas bajas», «muchas bajas», «muchos heridos», etcétera. Por lo que, en realidad, las bajas sufridas por los rebeldes debieron ser mayores que las expresadas.

Nuestro ejército, en el período de tiempo que medió del principio de la campaña á fin de Marzo de 1896, había tenido por todos conceptos, por muertos sobre el campo de batalla, de resultas de heridas, por el vómito, enfermedades comunes ó accidentes y desaparecidos, las siguientes bajas:



CABECILLA RICARDO BORGES

Desde el principio de la campaña hasta fin de Diciembre de 1895: tres generales de brigada, tres coroneles, cuatro tenientes coroneles, 16 comandantes, 56 capitanes, 116 primeros tenientes, 64 segundos tenientes, 91 sargentos, 195 cabos, 54 cornetas, 3,526 solados y 10 guias. Total general, 4,138.

En los meses de Enero, Febrero y Marzo de 1896: un teniento coronel, cinco comandantes, 13 capitanes, 12 primeros tenientes, 21 segundos tenientes, 20 sargentos, 38 cabos, 12 cornetas, 631 soldados y un guia.

Total de bajas de generales, jefes y oficiales (y asimilados), desde que comenzó la campaña á fin de Marzo del año siguiente: 314.

Idem de clases, indivíduos de tropas y guías: 4,892.

Total general de bajas de nuestro ejército: 5,206.

Idem id. de id. de los insurreatos: 7 572.

*
* *

Graves fueron las noticias que nuestro celoso corresponsal en Nueva York nos comunicó en carta fechada en la capital de la gran República el 28 de Abril, y que fué á nuestro poder el 9 de Mayo inmediato. Para que nuestros lectores puedan apreciar la importancia y gravedad de los informes de nuestro citado corresponsal, creemos ha de interesarles la lectura del escrito de referencia, que dice así:

«No cabe dudar, porque la duda sería una ofensa á su patriotismo, de que ese Gobierno, ya sea por dificiencias que no podemos explicarnos, ya porque aposta se desfiguran desde aquí los hechos, presentándolos bajo colores engañosos, no está enterado de lo que ocurre en este país. Si el Gobierno estuviese *debidamente enterado* de lo que aquí ocurre, con relación á la insurrección de Cuba, tendría á estas horas en las costas de la grande Antilla todos los buques de la Trasatlántica designados para protegerlos, y hubiese enviado además á aquellos mares la escuadra que está en el Norte de España.

Numerosas expediciones filibusteras saldrán de aquí, porque los laborantes en estos Estados tienen todos los medios necesarios para continuar la guerra y cuentan también en absoluto con el apoyo moral y material del pueblo americano y del Gobierno de Washington, con quien dicen «mantenemos relaciones amistosas.»

Desembarcada con toda felicidad la expedición de Calixto Garcia sin haberse enterado de ello las autoridades de Cuba, era de esperar

que el vapor *Bermuda*, que es propiedad de la *Junta*, procediese á transportar nuevas expediciones, y así ha sucedido. El *Bermuda* llegó á Filadelfía, tomó carbón, provisiones, ropas, medicinas, y despachóse inmediatamente para Puerto Cortés, via Cayo Hueso. Así lo decía el manifiesto, y de ello tendría conocimionto nuestro ministio en Wasthington, cuando no tardó uno de nuestros buques de guerra en rondar á la vista de aquel puerto.

Mientras tanto los laborantes habían enviado armas y pertrechos por mar y por tierra á Jaksonville, al Norte de Florida, y allí fué sigilosamente el *Bermuda*, entrando la noche del Domingo y fondeando en medio del rio. Sin pérdida de tiempo seis lanchas nuevas, cada una de á treinta pies de eslora, que de antemano se habian enviado de aquí, empezaron á hacer viajes desde el muelle al buque, cargadas de armas y material. A la una de la madrugada tenía á bordo 8,000 rifles americanos, 3,000 machetes, 3,000 revólvers, un millón de cartuchos, tres cañones Hostchkis, seis ametralladoras Gattlín y tres cañones de sitio. Así cargado levaba anclas para embarcar, á unas seis millas de Jacksonville, 300 hombres que en su mayoría son americanos, pertenecientes á las secciones de artillería de la milicia ciudadana de varios Estados. Y á las cinco de la mañana de ayer (7) cruzaba la barra el *Bermuda*, sin divisar ninguno de nuestros buques cruceros.

El vicecónsul de España en Jacksonville, señor Mariátegui, quiso detener el buque filibustero durante la noche del Domingo (26), mientras estaba cargando; pero, al parecer, como por magia, se habían ausentado de la ciudad todas las autoridades federales, los jueces, los *marshalls* y los comisionados. Y lo que no deja de parecer aún más estraño es, que la lancha guarda costas del vapor *Boutwell*, saliera del puerto de Jacksonville para Charleston el día antes de la llegada del *Bermuda*.

Así es, que el vicecónsul tuvo que contentarse con comunicar lo que acontecía á nuestro ministro en Wasthington, quien á su vez, te-

legrafió á Cayo Hueso; pero, desgraciadamente, nuestro buque de guerra, que se supone sea el *Reina Mercedes*, habíase alejado de la costa y perdídose de vista.

Si no se coge al *Bermuda* en las alturas de la Florida, es muy probable que esta formidable expedición, que, según se asegura, va mandada por el cabecilla Vidal y un tal Torres, militar hondureño, desembarque pronto en Cuba, como desembarcó la de García.

Y, aún hay más, para concluir. En estos momentos se está organizando en esta ciudad, á solo cincuenta pasos de nuestra oficina, como si dijéramos, en nuestras propias barbas, otra expedición que ganará en importancia á cuantas han llegado á Cuba.

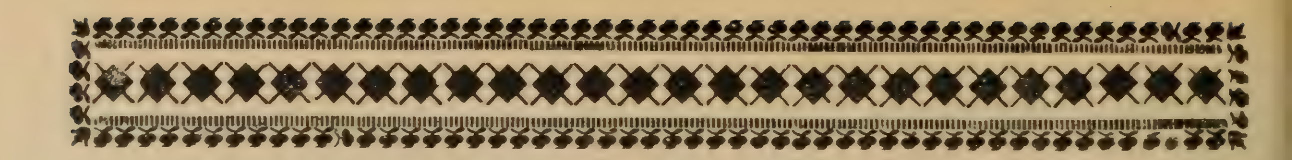
Asegúrase, ademas, que la emisión de *diez millones* de bonos de la «República cubana» la ha tomado un Sindicato americano á 59½.

Esta es la verdad de lo que aquí ocurre, á ciencia y paciencia de nuestro Gobierno y con escarnio del Derecho internacional y de gentes, y de la pregonada *amistad* y *buenas relaciones* de la gran República con la nación española...—*X.* »

. . . .

Ahora bien; esas graves noticias é interesantes informes, que nuestro celoso corresponsal en Nueva York nos comunicara para consignarlos en nuestra Reseña, fueron conocidos por nuestro Gobierno; y ¿qué hicieron nuestros ministros? Seguir atendiendo solícitos cuantas reclamaciones venían de Casa Blanca y doblegarse á toda imposición del omnipotente Mr. Cleveland, asegurando una y mil veces, por medio de sus órganos oficiosos en la prensa madrileña, que nuestras relaciones con el gobierno de Wastinghon y con el pueblo norteamericano eran *cordialísimas.* (1)

Con razón sobrada hemos dicho en capítulo precedente, que el Gobierno del señor Cánovas abusó de la nota prudente con notorio daño y detrimento del decoro nacional.



CAPÍTULO VI

El diario de la guerra.—Ratificación de apreciaciones.—Operación combinada contra Maceo. – Las columnas Serrano, Valcárcel y Suárez Inclán.—Batida y dispersión de las fuerzas de Maceo.—200 bajas del enemigo.—Abandono del campamento insurrecto de Cacarajícara.—Confirmación oficial de nuestros informes.—Telegrama oficial.—Diario de la guerra.—Nuevo conflicto con los Estados Unidos.—Consejo de guerra en la Habana.—Los piratas del Competitor condenados á muerte.—Emoción extraordinaria en Nueva-York.—Reclamación del gobierno de Washington contra el fallo del Consejo de guerra.—Noticias de Washington.—Noticias de la Habana.—El acuerdo del Gobierno español.—Declaraciones del señor Cánovas.—Fundamentos de la negociación entablada.—Criterio del secretario de Estado norteamericano.—Efecto de la nueva reclamación.—La vergüenza nacional.

Otra operación combinada contra las fuerzas que mandaba Maceo en Pinar del Río llevóse á efecto en los días 4, 5 y 6, según anunciaron los despachos recibidos el día 9.

En realidad esta operación era la misma á que debió concurrir, si hubiera tenido tiempo, la columna del general Bernal, puesto que esta misma, al mando del coronel Serrano Altamira, se había unido, como estaba proyectado, á la del general Suárez Inclán.

El enemigo, como ocurría siempre, fué nuevamente batido y puesto en fuga: lo escabroso del terreno no debió consentir, sin embargo, que la persecución continuara hasta obligarle á abandonar las lomas en que se guarecía.

Batido primero por la columna Serrano Altamira, y después por ambas reunidas, se dispersó, sufriendo importantes bajas. Las nuestras

se hicieron ascender á la cifra de 40. Después del combate, nuestras columnas se encaminaron á Bahía Honda para dejar los heridos y municionarse.

La estación de las lluvias se había echado encima, y de temer era que contribuyese á entorpecer grandemente, ya que no paralizar, las



La compañía del teniente Sr. Serrano recibió el empuje... (Pag. 629)

operaciones emprendidas contra Maceo para arrojarlo de la provincia de Pinar del Río. Habíase dicho un mes antes, que carecía de toda clase de recursos, y ya se ha visto, por desgracia, que no era esto del todo exacto. Más amigos de atenernos á la realidad, que de exagerar los hechos, hemos escrito en anteriores páginas, al hacernos eco de aquellas apreciaciones, lo siguiente:

«Confiábase demasiado, á nuestro juicio, en que la falta de elementos de vida obligase á las partidas de Maceo á intentar un esfuerzo supremo para pasar á Oriente. Pudiera ser que los que así opinaban tuvieran razón; pero no sería porque los rebeldes encontrasen allí (en Pinar del Río), mayores dificultades que en cualquiera otra provincia para sostenerse; sería por otros motivos. Aparte de que el suelo de esta provincia es tan feraz como el de las demás, la extraordinaria extensión de sus costas y su proximidad á las de los Estados Unidos, les permitirían recibir por mar recursos de todas especies, no obstante la vigilancia que ejercían nuestros barcos de guerra.»

Habían demostrado ya los hechos, de aquella fecha á la en que nos encontramos de nuestra RESEÑA, que ni Maceo se había aventurado á cruzar la trocha militar, ni habían hecho gran hincapié las partidas de las demás provincias para ayudarle á salir de Pinar del Río.

***

La operación combinada contra el jefe mulato y sus negradas orientales, dió por resultado encontrar y batir las fuerzas insurrectas guarecidas en las lomas de Pinar.

Cumpliendo instrucciones del Estado mayor general, salió el día 4 de San Cristóbal la columna del general Serrano Altamira, llegando á las doce de la noche á Vegas Morales, sin novedad. Al amanecer del siguiente día continuó la marcha hácia Candelaria, y serían las seis de la mañana cuando divisó numerosas fuerzas de Maceo, dispuestas á disputarle el paso. Trabado rudo y empeñado combate, después de sostener cinco horas de fuego, aproximadamente, el enemigo se retiró, con numerosas bajas. La columna tuvo siete muertos; heridos el capitán He-

rrera, los tenientes Gómez y Santamaría y 22 individuos de tropa, y contusos de bala dos oficiales y 21 soldados.

La columna Valcárcel salió de San Blas en dirección de Guacamaya y Candelaria, llegando el propio día 4 al primero de estos puntos, sin novedad. Continuó al siguiente día la marcha, para unirse con las fuerzas de Serrano, encontrando al enemigo que ocupaba fuertes posiciones, cerca de Candelaria, de las que le desalojó y dispersó con fuego de cañón y fusilería.

El general Suárez Inclán, con fuerzas de San Fernando, Baleares, Cuba, Alfonso XIII, dos compañías de Isabel la Cátolica y una sección de artillería, encontró el día 6 á la retaguardia de Maceo, con la que trabó combate, batiéndola y dispersándola.

Al fuego de cañón y fusilería de la columna Inclán, acudió la de Serrano, reuniéndose en Aguacate y marchando unidas desde este punto á Bahía Honda conduciendo los heridos, que fueron luego transportados al lazareto de Mariel por la lancha cañonera *Alerta*.

El enemigo tuvo en esos combates más de 200 bajas: las columnas Inclán y Valcárcel tuvieron varios heridos.

Elogióse mucho el comportamiento de las tropas, y muy particularmente el del coronel Devós y del teniente coronel del batallón de Baleares, que formaba parte de la columna del general Inclán.

Los insurrectos habían abandonado por completo el campamento de Cacarajícara.

***

En corroboración de los informes que desde Nueva York nos comunicara nuestro celoso corresponsal en la gran República, consignaba al final de su despacho del día 8, el general Weyler, lo siguiente:

«Dice el *Herald* de New York, que ha recibido Maceo cañones Gatlin y rifles y municiones que desembarcó el día primero en Punta Mulata el *Bermuda,* que dícese embarcaron en Jaksonville el 7 cabecilla Vidal con 90 insurrectos, armas, pertrechos y dinamita. *Debe haber algo cierto, según los combates que el enemigo sostiene.— Weyler.*»

De tres hechos principales y de verdadera importancia, aunque de significación distinta, ocurridos en Santiago de Cuba, Santa Clara y Pi-



UN OFICIAL DEL VAPOR FILIBUSTERO «BERMUDA»

nar del Río, dió cuenta el general en jefe del ejército de Cuba en su extenso telegrama del referido día 8.

Habíase desarrollado el primero en el Departamento oriental, donde nuestros soldados dieron una batida en regla á las partidas manda-



TROPAS ESPAÑOLAS GUARDANDO LA LÍNEA DEL FERROCARRIL DE LA HABANA Á MATANZAS

dadas por José Maceo, arrojándolas del importante poblado de Cauto Abajo, tomándoles un campamento atrincherado y persiguiéndolas en su huída. Los resultados de esta brillante operación no pudieron ser más satisfactorios.

Decía así el despacho oficial:—«Cumpliendo órdenes del general Linares, primera división Cuba, salió Tejeda con dos columnas, formadas por fuerzas de Constitución, León y guerrillas y escuadrón del Rey; tomó Cauto Abajo, trás porfiada lucha, y campamento atrincherado de José Maceo, que dejó en el campo tres muertos, caballos y municiones.

Alcanzó después su retaguardia, al mando de Cebrero, haciéndole otros siete muertos, cogiendo fusiles y muchas municiones.

Las columnas cuatro guerrilleros muertos, siete soldados heridos y dos oficiales contusos.

General Muñoz, reconociendo desde Manzanillo los pasos del Cauto, hizo un herido á las partidas, teniendo otro; recogió bastantes reses...»

* * *

No fueron tan agradables las noticias de Las Villas. Allí, según dijo el general Pin, Máximo Gómez había logrado reunir un núcleo de dos mil hombres, que marchaba hacia Occidente, suponiéndose que se dirigía á la provincia de Matanzas. Este núcleo, que procedía de la jurisdicción de Sancti Spíritus, donde ya indicó su presencia el general Obregón, debió organizarse ó reconstituirse al otro lado del Jatibonico, entre este río y la trocha de Júcaro á Morón y se había engrosado para atravesar Las Villas, de Este á Oeste, con las partidas locales que se movían al Sur de esta provincia.

Hacía pocos días se observó su presencia en Taguasco, pero á la fecha no solo había debido atravesar el Zaza, sino que se le creía próximo á la línea férrea de Sagua, entre Santo Domingo y Cruces.

El general en jefe dijo que había tomado precauciones para contener esta segunda invasión que amenazaba á Matanzas.

Las últimas operaciones efectuadas en Pinar del Río, parecía haber demostrado la necesidad de aumentar las fuerzas que allí teníamos. Al efecto, se indicó el propósito de formar con algunas de las fuerzas que cubrían la línea de Mariel Artemisa una ó dos columnas que irían á operar contra Maceo, en combinación con las que estaban allí. Para sustituir en la trocha militar á estas fuerzas, irían de la Habana varios batallones de voluntarios.

Hemos dicho repetidas veces que uno de los motivos que inducían á Maceo á permanecer en las lomas de Pinar del Río, cerca de las costas del Norte, era el de protejer algún desembarco de armas y municiones que sin duda esperaba. Y, en efecto, el *Bermuda*, según anunciaron varios corresponsales, había desembarcado una expedición importante en Punta Mulata, cerca de Pozas y á unos veinte y cinco kilómetros de Bahía Honda.

Aunque la observación carece ya de importancia, no holgará apuntar que cuando Maceo, viniendo de Pozas, atacó al general Suárez Inclán, venía, sin duda alguna, de protejer el desembarco de la expedición del *Bermuda*.

*
* *

Un nuevo conflicto, emanado de la ingerencia en nuestros asuntos de la intrusa República norteamericana, por nuestro Gobierno consentida, nos anunció el día 8 la *Agencia Fabra* haber planteado el cónsul general americano en la isla de Cuba.

Un despacho de la Habana, que recibieron los periódicos de Nueva York, decía que el gobernador general de la isla se había negado á aceptar la protesta del cónsul general americano contra la comparecen-

cia ante un Consejo de guerra de las personas cogidas á bordo de la goleta *Competitor*, fundándose en que si eran súbditos americanos debían ser sometidos á los tribunales ordinarios, en virtud del protocolo de 1877.

Añadía el telegrama que habiendo rechazado el gobernador general dicha reclamación, se había verificado el Consejo de guerra ante varios oficiales de la Armada, pidiendo el fiscal la pena de muerte para todos los acusados, y el defensor, que era un teniente de navio, pidió penas menores para cuatro de los reos y la absolución del otro.

El despacho recibido por la prensa neoyorkina daba á entender que si el Consejo de guerra, conforme con la petición fiscal, sentenciaba á los acusados á la última pena, la sentencia sería ratificada por el contralmirante señor Navarro, comandante general del apostadero de la Habana.

Hay que decirlo con toda claridad. La protección decidida que á la insurrección concedían los Estados Unidos, amenazaban malograr los sacrificios sin cuento que hacía España para sofocarla.

En vano nuestros soldados vertían su sangre generosa; en vano perseguían al enemigo y lo acorralaban; en vano el país aprontaba toda clase de recursos para someter á los incendiarios y dinamiteros; porque no era en realidad, según se iba viendo, una contienda contra los rebeldes cubanos la que veniamos sosteniendo, sino una lucha con los Estados Unidos, lucha cobarde y artera, indirecta y enmascarada, vergonzante y aleve, porque proveían descaradamente á la insurrección de hombres, de dinero y de toda clase de elementos de guerra, y al propio tiempo se llamaban *nuestros amigos*.

Lo que hubímos de presenciar, por incomprensible y vergonzosa debilidad de nuestros gobernantes, no se había visto jamás, ni era posible que se consintiera por más tiempo.

* * *

Tomemos, como ejemplo, lo ocurrido en Pinar del Río, para expresar de una manera gráfica nuestro pensamiento.

Penetra Maceo por segunda vez en aquella provincia, alentado por la relativa facilidad con que llevó á cabo la primera correría y con la esperanza de demostrar que puede en cualquier momento pasar de una provincia á otra, seguido de sus negradas orientales.

Pero se equivoca. Nuestro ejército construye la línea militar de Mariel-Artemisa-Majana, le estorba la salida y lo deja encerrado y aislado en la provincia de Pinar del Río para batirlo; porque á esos cabecillas cubanos, que rehuyen cuanto pueden el combate, sólo acorralándoles se les puede obligar á batirse. Pide ayuda á otras partidas y el auxilio no llega. Busca refugio en la sierra; acosánle allí nuestros soldados, que le obligan á gastar las municiones que le quedan; llega á encontrarse en situación tan crítica y apurada, que él mismo envía á nuestro campo centenares de familias, á quienes, sin duda, ofreció engañosamente seguridad y amparo.

Y cuando nuestro ejército está á punto de recoger el fruto de sus fatigas sin cuento y de su abnegación sus límites; cuando ya acosado y sin medios y moralmente vencido no le queda al cabecilla de mayor prestigio en el campo rebelde, más recurso que el de apelar á la fuga por mar ó á un acto de desesperación, cuyo resultado funesto presiente, acuden los Estados Unidos en su ayuda, y el socorro que no ha podido recibir de los suyos, recíbelo de aquella nación, que acude solícita á prestarle amparo material y moral enviándole elementos de guerra en abundancia y declarando al mismo tiempo que no se puede perseguir ni molestar á los que van á destruir en un momento la obra realizada

en varios meses por nuestro valeroso ejército, y á malograr la victoria á costa de tantos trabajos y tan grandes sacrificios alcanzada.

¿Era posible que permaneciéramos impasibles ante hechos semejantes? ¿Era posible que se consintiera inutilizar así el esfuerzo de nuestros soldados y los sacrificios del país? No lo creimos. Era esta una cuestión cuya gravedad no podía ocultarse á nadie y que urgía resolver sin tardanza. Y sin embargo, con hondo pesar lo consignamos, así sucedió, para mengua de España y en daño del ejército de la patria y de los intereses de la nación.

***

A las ocho de la mañana del día 9 de Mayo comenzó en el Arsenal de la Habana el Consejo de guerra constituído para juzgar á los criminales expedicionarios de la goleta filibustera *Competitor*.

El tribunal fué presidido por el capitán de fragata señor Ruiz del Arbol, actuando como fiscal el señor Freire, asesor el señor Suárez Vigil, auditor el señor Montero, y defensor de los acusados el alférez de navío señor Padró (don Ramón).

Los rebeldes eran 43, de los cuales murieron cinco en el ataque al *Competitor*, sabiéndose que uno de éstos se llamaba Quesada; y los apresados cinco: dos americanos, un inglés y dos cubanos.

Habíase dicho que al juício comparecerían dos más de los apresados en tierra, uno de ellos francés; pero éstos no llegaron.

Después de leída la prueba documental, procedióse al interrogatorio de los procesados, declarando el acusado Laborde, que mandaba la goleta como capitán mercante americano, que salió el día 20 de Abril de Cayo Hueso para Lisbombay con 24 pasajeros: y que al llegar á la altura del cabo Sable se le obligó con amenazas á hacer rumbo á la isla de Cuba.

Elías Vedia declaró que fué á despedirse del cabecilla Monzón, que mandaba la expedición filibustera, y la goleta zarpó sin él notarlo, impidiéndole regresar á tierra.

Teodoro Maza manifestó que estaba en el muelle de Cayo Hueso, y se le obligó á embarcar.

Williams Kinley, de nacionalidad inglesa, declaró que era marinero de la tripulación del *Competitor*, y que al hallarse en alta mar los pasajeros obligaron con amenazas al capitán y á la tripulación de la goleta á poner el rumbo á Cuba, donde desembarcaron, no mezclándose en nada.

Y Owja Litlou, corresponsal de *The Unión*, periódico de Jacksonville, dijo que iba en la goleta como corresponsal y no como combatiente.

El fiscal calificó los hechos perpetrados por los cinco acusados como constitutivos del delito consumado de piratería y rebelión, y pidió la pena de muerte para todos.

El defensor pidió clemencia para Laborde y Vedia, añadiendo que, aunque estaban probados los delitos cometidos por sus patrocinados, se debía absolver á Maza, porque no figuraba en el rol del barco, y no estaba probada su intención y complicidad en el hecho, y entendía que debía emplearse menor rigor con los extranjeros, como eran el periodista y el marinero.

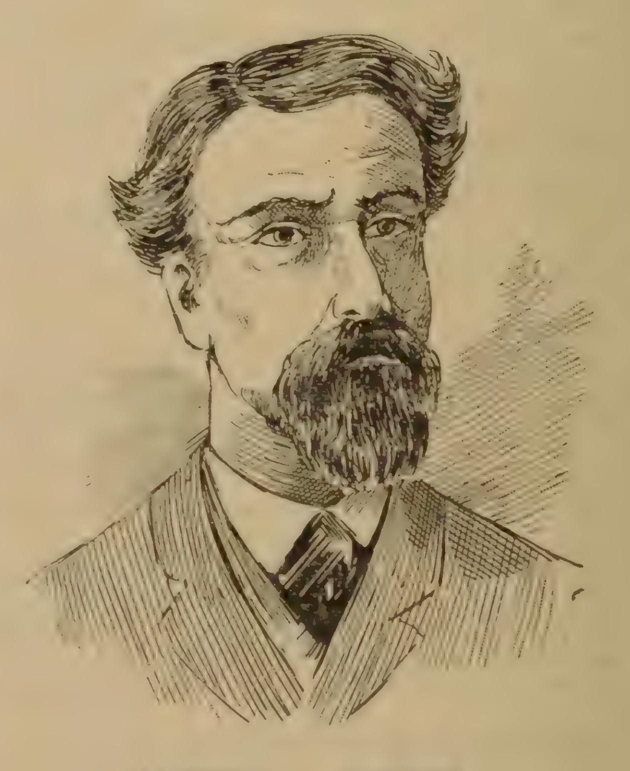
El consejo, de conformidad con el dictamen fiscal, dictó fallo condenando á los cinco acusados á la pena de muerte.

***

La sentencia de muerte dictada por el Consejo de guerra contra los súbditos americanos del *Competitor* produjo en Nueva York una emoción extraordinaria.

Un despacho de Washington, publicado en el *Journal*, dijo que el secretario de Estado, mister Olney, después de celebrar una conferencia particular con el presidente *sir* Cleveland, hizo llamar á nuestro ministro y representante, señor Dupuy de Lome, á quien declaró que el presidente de la gran República conceptuaba que la cuestión de Cuba había entrado en una fase aguda, é insistía en que los prisioneros sentenciados por el tribunal militar no fuesen ejecutados.

Nuestro representante se esforzó en justificar la conducta del gobernador general de Cuba, perfectamente adaptada á lo estatuído por el derecho de gentes; pero mister Olney replicó con firmeza que los Estados Unidos no consentirían jamás la ejecución del fallo militar, y el señor Dupuy prometió telegrafiar á Madrid.



CABECILLA MONZON

El presidente Cleveland dictó dos despachos, dirigidos respectivamente al ministro americano en Madrid, Mr. Taylor, y al cónsul general en la Habana, Mr. Villiams, haciendo constar, que si los prisioneros eran ejecutados sin proceso civil, lo conceptuaría como un acto nada amistoso.

Al mismo tiempo se dispuso que el cónsul general de los Estados Unidos, mister Lee, marchase inmediatamente á la Habana á hacerse cargo de su cometido.

El periódico *World* dijo que, según opinión del secretario de Estado, Mr. Olney, los tripulantes del *Competitor* sólo eran culpables de haber introducido en Cuba contrabando de guerra, y que la pena que por este delito se les podía imponer sólo era de multa ó prisión.

***

Nos comunicaron de Wasthington el día 9, que era allí general la creencia de que no sería cumplida la sentencia dictada por el Consejo de guerra contra los tripulantes del *Competitor*.

El secretario de Estado de la gran República había dado hacía días instrucciones terminantes al cónsul de los Estados Unidos en la Habana, para que protestase contra el procedimiento sumarísimo incoado contra dichos tripulantes y procurase impedir por todos los medios posibles la ejecución de la sentencia.

La opinión general en Washington era que los Estados de la Unión estaban decididos á impedir que España faltase al tratado de 1795 y al protocolo de 1877 juzgando á súbditos de aquel país en tribunales extraordinarios.

De la Habana nos informaron que el cumplimiento de la sentencia dictada contra los reos del *Competitor* estaba esperando la resolución de una consulta hecha por el general Weyler al Gobierno.

El capitán general de Cuba estaba resuelto á que la sentencia se cumpliera, y si el Gobierno disponía lo contrario dimitiría en el acto, por entender que de triunfar la teoría de los *yankees* era imposible hacer nada para dominar la insurrección y castigar á los cómplices y patrocinadores de los rebeldes separatistas.

La opinión en la Habana estaba muy excitada contra los Estados Unidos, cuyo proceder demostraba evidentemente que se habían convertido en protectores de piratas.

Uno de los reos, el corresponsal del periódico *The Unión*, había dicho públicamente:—«A mí no me fusilarán. Soy súbdito norteamericano y ya se mirarán un poco antes de tocarme el pelo de la ropa.»

El cónsul *yankee* estaba haciendo alardes de una actitud provocativa, formulando continuas amenazas para el caso de que los reos fueran ejecutados.

Advertíase que los periódicos norteamericanos que más se habían distinguido en la campaña á favor de los laborantes cubanos, trataban de sacar partido de la cuestión para concitar las pasiones contra España.

***

El Gobierno del señor Cánovas, atendiendo á la reclamación ó imposición del Gabinete de Washington, envió un cablegrama al capitán general de Cuba, señor Weyler, pidiéndole que remitiera inmediatamente la causa instruída á los presos del *Competitor*, para que pasase al Consejo Supremo de Guerra y Marina.

Esta resolución del Gobieno implicaba una dilación de más de dos meses en el cumplimiento de la sentencia dictada por el Consejo de guerra, caso de que el alto tribunal, la confirmase; pero juzgóla el Gabinete indispensable, por ser los reos súbditos americanos, «lo cual exige—dijo—un estudio especial, á fin de que no se deje incumplida alguna de las cláusulas de los Tratados vígentes entre España y los Estados Unidos.»

Declaró el señor Cánovas, á propósito de la reclamación formulada por el gobierno de los Estados Unidos en favor de los filibusteros y piratas del *Competitor* que, en efecto, la reclamación existía, pero que no estaba formulada en los términos enérgicos qee algunos periódicos

suponían, sino en términos moderados, basándose en el párrafo final del artículo 7.° del tratado de 1795.

Dice así el párrafo citado: «Se permitirá á los ciudadanos y súbditos de ambas partes emplear abogados, procuradores, notarios, agentes y los factores que juzguen más á propósito, en todos sus asuntos y pleitos que puedan tener en los tribunales de la otra parte, á los cuales se



GUARDIAS CIVILES DE AVANZADA

permitirá igualmente lograr acceso en las causas y estar presentes en todo exámen y testimonio que pueda ocurrir en los pleitos.»

«En virtud de este tratado, los Estados Unidos no protestan,—dijo el señor Cánovas,—del castigo que se impone á los delicuentes del *Competitor*, pero se creen en el caso de discutir el procedimiento que se emplee; derecho que no puede negárseles, existiendo *desgraciadamente*, y repito esta palabra, el tratado referido.»

La negociación entablada por el departamento de Estado de la República norteamericana, pidiendo que se instruyera un nuevo proceso

para juzgar á los prisioneros de la goleta *Competitor*, fué evidentemente una respuesta á la argumentación del Consejo de guerra, en el cual se sostuvo que el protocolo de Cushing de 1877 se refiere solamente á los americanos habitantes en territorio español.

El Consejo decidió que, puesto que los prisioneros no eran residentes en Cuba, no podían pedir los privilegios del protocolo; y el Departamento de Estado norteamericano rechazó esta interpretación del protocolo como sumamente estrecha y nada liberal.

Mr. Olney sostuvo que sin contar el protocolo de Cushing, está el tratado de 1795, en cuyo artículo 7.° se dispone que á los prisioneros americanos se les concedan ciertos privilegios, los cuales no se les habían otorgado por el Consejo de guerra que había juzgado á los prisioneros del *Competitor*.

«La infracción de esas disposiciones,—añadió el secretario de Estado *yankee*,—es más notoria por cuanto el Consejo de guerra ha obligado á los expedicionarios del *Competitor* á encargar su defensa á un oficial español, que probablemente no habrá sentido grandes deseos de obtener la absolución de los presos. El Consejo ha impedido á los prisioneros elegir sus propios defensores; y dícese también que á los inculpados no se les han dado facilidades para obtener declaraciones de testigos á su favor; condición que se ha declarado siempre inseparable de un procedimiento legal regular.»

En este sentido se formó por el Departamento de Estado del gobierno de Washington un expediente muy documentado contra la ejecución de la sentencia dictada por el Consejo de guerra.

* *

El efecto que causó en todo el país la nueva reclamación del gobierno norteamericano fué tan viva y tan honda como corresponde á

la dignidad de España y á la delicadeza de sus sentimientos de honor. Pocas veces se había pretendido por tan cínico modo humillar el derecho del que se juzga débil porque se le cree pobre.

¡Lástima grande que el Gobierno de España no respondiera á las exigencias de la opinion, nunca tan unánimes como entonces, nunca tan discreta y contenida en sus manifestaciones!

Pero no hay que confundir la cordura con la indiferencia, porque quien este error cometiese haría odiosa la prudencia, virtud de los fuertes.

España sabía que el gobierno de los Estados Unidos, al tender su manto protector sobre los piratas y filibusteros de la *Competitor* faltaba á todas las leyes escritas y no escritas, á la eterna ley moral y al respeto que se merece un pueblo injustamente perturbado en la dominación de sus territorios.

Al mismo tiempo que llegaban á Madrid los telegramas de Washington declarando inviolables á los piratas norteamericanos, salía de la gran República una nueva expedición filibustera con armas y municiones de guerra para los rebeldes de Cuba.

El vapor inglés *Laurada* zarpó del puerto de Nueva York el día 9 con dirección desconocida. Sospechábase que conducía una expedición filibustera, compuesta de unos cien hombres, con armas, municiones y dinamita, transportados al *Laurada* desde un remolcador, cerca de Montank, punta de Long Islan.

El cónsul de España dirigió una reclamación antes de levar anclas el vapor *Laurada*, surto en el puerto de Nueva York, motivando una discusión con el jefe de la policía yankee que, según parece, no se mostró dispuesto á impedir la salida de dicho buque.

* *
*

La policía de nuestros *leales amigos*,—así los llamó el gobierno en el mensaje de la corona,—negóse á impedir que esa expedición se organizase y saliera; pero en cambio la diplomacia yankee quería asegurar la impunidad de tales bandidos.

Ni nuestro honor, ni nuestra conveniencia debieron haber autorizado conducta semejante.

Si preciso era,—porque ya así había tenido el gobierno la debilidad de consentirlo,—que el sumario instruído por el Consejo de guerra de la Habana viniera al más alto tribunal marcial de la nación para su exámen, en buen hora que se cumpliera este requisito; pero al cumplirlo, que se cumpliera la ley, que no puede menos de exigir la pena de muerte para los malvados que iban á llevar á Cuba balas destinadas á matar á nuestros heróicos soldados.

El perdón significara cobardía, la piedad hnmillación vergonzosa.

No tardaría el gobierno de Washington en buscar un nuevo pretexto de reclamaciones, ni los norteamericanos, seguros ya de la impunidad, en conducir y desembarcar nuevas armas y pertrechos de guerra para los rebeldes cubanos. Y España no podía seguir así, á merced de los indignos atropellos de los que querían inventar una historia, que les falta, con hazañas diplomáticas del jaez de las que ocupaban á los Talleyrands de Casa Blanca.

El decoro y la vergüenza de España no podía aguantar más afrentas. La paz adquirida por tal precio, la rechazaba el digno pueblo español.

. . . .

La secretaría de Estado del gobierno de Washington publicó el día 11 en los periódicos de aquella capital, la siguiente nota oficiosa que fué allí aplaudida como un verdadero triunfo de la diplomacia norteamericana.



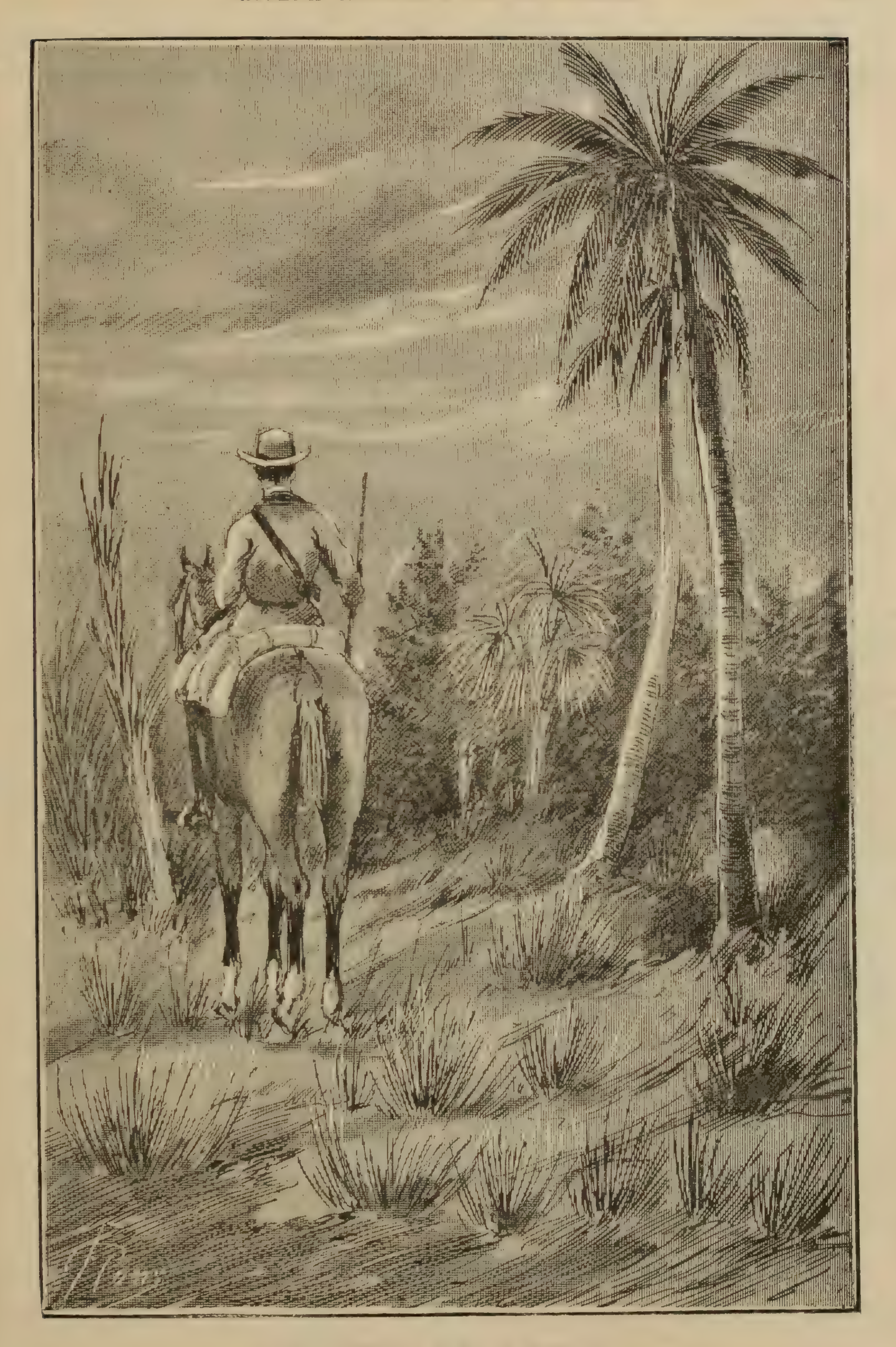
ANTONIO MACEO OYENDO Á UN ESPÍA

«En el caso de la goleta *Competitor*, se puede afirmar que, á petición del gobierno de los Estados Unidos, el español aplazará la ejecución de la sentencia de muerte dictada contra ciudadanos norteamericanos, hasta que pueda ser expuesto y tomado en consideración el crite

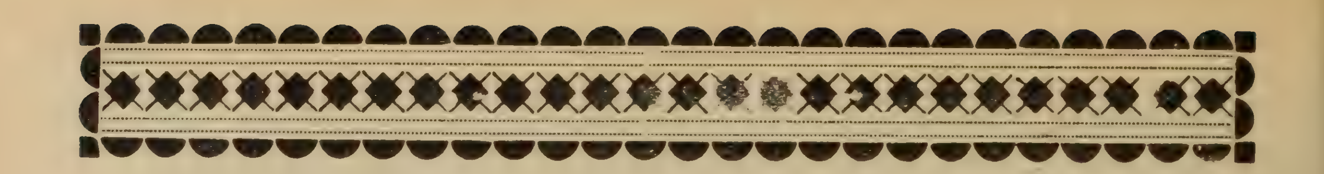
rio de los Estados Unidos respecto de la aplicación del tratado de 1795 y el protocolo de 1877 al caso en cuestión.»

La noticia de que el Gobierno español había ordenado que el asunto pasase á Madrid para su resolución definitiva, dió á la cuestión un sesgo satisfactorio, y un triunfo á los enemigos de España.





DE SERVICIO DE AVANZADA



CAPITULO VII

El proceso del *Competitor*. —Tratados denunciables.—Ni una humillación más.—Diario de la guerra.—Noticias de la Habana.—Máximo Gómez.—Despacho oficial.—Impresiones pesimistas.—Balas explosivas.—Informes por correo.—La verdadera situación.—Necesidad de un supremo esfuerzo.—Nota pesimista y comentada.—Nota triste y desagradable.

No hemos de discutir acerca de si en el proceso formado á los tripulantes de la goleta *Competitor* hubo evidente error por parte de los tribunales encargados de juzgar á los prisioneros, al someterlos á juicio sumarísimo que, según el criterio del Gobierno, ni correspondía por la legislación aplicable al caso, ni podía cumplirse tampoco, toda vez que no se encontraba en la Habana, ni llegó hasta cuatro días después de fallado el proceso, el comandante general del apostadero, autoridad llamada en primer término á aprobar ó no la sentencia dictada por el Consejo de guerra, de lo cual resultó que no había sido juicio sumarísimo, porque transcurrieron cuatro días sin cumplimentarse la sentencia por ausencia del jefe del apostadero, ni tampoco podía considerarse como juicio ampliado, porque no se cumplieron los requisitos legales.

«—De modo —deducía el Gobierno— que ni el proceso tenía las ventajas ni la eficacia del uno ó del otro, ni se cumplió la ley de procedimiento.»

«—Y ni el Gobierno ni nadie —añadían los ministros— tiene la culpa de que en el procedimiento seguido en el proceso del *Competitor* se hayan cometido irregularidades de importancia, que han dado lugar á que el Consejo Supremo de Guerra y Marina reclamase la causa para examinarla, y ver si, en efecto, adolecía de los vicios supuestos.»

Tampoco hemos de discutir, y menos censurar, la disposición por la cual se trajo y sometió el proceso al Consejo Supremo de Guerra y Marina. Este acuerdo del Gobierno basado en aquella irregularidad en el procedimiento, verdaderamente grave, tratándose de una causa que llevaba aparejada la pena capital para los procesados, pudo no ser otra cosa ni tener otra significación que dar una garantía al Gabinete de Washington de que el Consejo de Guerra había obrado con estricta justicia al dictar su fallo y que éste estaba ajustado en absoluto á la ley y al Código de justicia militar.

Además, no queremos presentarnos ante los pueblos donde ejercen hoy capital influencia ciertas sensiblerías humanitarias, protectoras de la vida de un criminal á costa de las de cien inocentes, como resueltos á todo por el gusto de fusilar unos cuantos piratas. Ya hemos consignado en las páginas de esta Reseña que no somos partidarios de la pena de muerte. Pero no podemos por menos que recordar, y recordaremos un día y otro á la nación y al gobierno, que en punto á las iniquidades, los ultrajes y las humillaciones á que los Estados Unidos querían someternos, estaba colmada la medida.

Ofende sobremanera á la dignidad española que se intente por un pueblo de advenedizos tratar á nuestra patria como no se trata por los Estados europeos á Turquía, como no se trata á Marruecos. Esta forma de relaciones entre ambos países no podía ni debió continuar. La peor línea de conducta de nuestro gobierno fué la que le separaba de este vivo y profundo sentimiento de la nación.

*
* *

Los tratados existentes entre España y los Estados Unidos rigen para nosotros; para los *yankees* jamás. Conocida es de sobra por todos los españoles la historia de las expediciones filibusteras salidas de los puertos de la Unión norteamericana para sostener la rebeldía en Cuba. Cada una de ellas, ha sido una ocasión de escarnio de nuestro nombre y



UN QUITRÍN Ó VOLANTE, CARRUAJE DEL CAMPO

nuestro derecho. Y cuando un buque de los que nutrieron la insurrección, que tantos sacrificios ocasiona á nuestra patria, fué apresado é iban á ser castigados sus tripulantes, cogidos en flagrante delito de rebelión, el gobierno de Washington, que no observaba, ni observa, los más rudimentarios y comunes principios del derecho internacional para impedir que desde su territorio se causasen daños á una nación amiga, invocó las cláusulas de un tratado especial para fomentar con la impunidad de los piratas, nuevas y sucesivas expediciones.

Tratados que de esa manera lastiman nuestros intereses y sólo dan ventajas á la otra parte, pueden y debieron ser denunciados.

Y no lo decimos nosotros, lo dicen todas las autoridades en materia de derecho internacional. Bluntschli escribe: «Puede exigirse de un Estado que ejecute los compromisos onerosos que ha contraido; pero no se podrá pedir que sacrifique á la ejecución del tratado su desarrollo y su existencia.»

El mismo publicista viene á insistir sobre la materia en estos términos: «La obligación de guardar fielmente los tratados tiene sus límites. Los convenios sólo tienen un valor derivado, se fundan en el derecho necesario y original de los Estados á existir y desarrollarse; no pueden, por tanto, tener valor alguno si no son compatibles con la vida del Estado.»

Fiore, por su parte, pregunta: «¿Podrá exagerarse el principio de la inviolabilidad de un convenio hasta el punto de sostener que puede ser origen de más grande injusticia, haciéndolo servir de obstáculo insuperable para el desarrollo y la prosperidad del pueblo?» La contestación que á esta pregunta da el insigne tratadista de derecho internacional es negativa.

Podríamos seguir citando textos de no menos valor, si fuera necesario. No lo es. La razón natural dice que cuando un pacto contraído libremente por una y otra parte es lesivo para alguna de ellas, esta tiene el derecho de pedir su revocación.

***

Ahora bien: nuestros convenios con los Estados Unidos sirven solo de arma contra los intereses españoles. Todas las negociaciones que de los mismos nacen para nosotros, nos son exigidas. Ni una sola de las ventajas, que por vía de compensación hallamos en su letra, se nos re-

conoce ni se cumple. ¿A título de qué hemos de consentir que sigan vigentes leoninos tratados?

Denunciarlos hubiera sido y fuera en el gobierno de España un rasgo de virilidad, que reparara muchas de las ofensas sufridas. Las demás naciones vieran seguramente en ello un acto de justicia. Por el carácter del mismo ni hubiéramos perdido ni perderíamos simpatía alguna. Todo inducía, pues, á elegir ese terreno como el más favorab'e á nuestra causa para probar á los Estados Unidos que por ningun género de motivos habíamos de consentir en la sistemática é irritante desconsideración con que su gobierno nos deprimía.

Al proceder de esa manera hubiéramos sido y seríamos los campeones del derecho internacional, los defensores de las relaciones necesarias entre los pueblos civilizados. Eso hubiera puesto y pondría de nuestra parte la conciencia y la buena voluntad de todos.

Si el gobierno del señor Cánovas se hubiera decidido á ello, hubiese tenido de seguro á España entera á su lado, sin diferencia alguna de secta ni partido.

Si el gobierno liberal se decidiera á hacer lo que no hizo el conservador, seguros estamos de que obtendría el aplauso unánime y el apoyo incondicional de la nación. De otro modo su situación correrá pareja con la de su predecesor y vendrá á ser cada día más difícil; porque los Estados Unidos se crecen con nuestra debilidad y no han de parar en sus exigencias si España no se decide de una vez á ponerles cortapisa.

Y lo que es una humillación más, ni por Cuba ni por cien Antillas creemos la soportara ya el pueblo español.



No nos sacó de grandes apuros el despacho oficial del día 10, para averiguar con exactitud la situación de Máximo Gómez. En él indicó

únicamente el general en jefe del ejército de operaciones en Cuba que el coronel Palanca batió en Mamey la retaguardia del grueso de una partida, que se *suponía* fuese la del *generalísimo*; pero como en la provincia de Santa Clara hay varios lugares conocidos por aquel nombre, uno en la jurisdicción de Remedios y otro cerca de Santo Domingo, no fué fácil averiguar á cuál de los dos se refería.

Nos inclinamos, sin embargo, á creer que era al primero. En este caso, hubimos de suponer que los rebeldes estaban reuniendo fuerzas de alguna consideración cerca de San Juan de los Remedios, puesto que por otra parte se anunció que el coronel Segura había tenido en Santa Rosa, entre la sierra de Meneses y el mar (costa de Remedios) varios reñidos encuentros con los cabecillas Carrillo, Mirabal y Gónzalez.

En esos encuentros se hicieron al enemigo 54 muertos, teniendo la columna un oficial y cuatro soldados muertos y dos tenientes y 17 de tropa heridos. La valerosa columna estaba formada por tres compañías del batallón de Sevilla, tres de Zamora, el escuadrón de Camajuaní y una sección de artillería. El enemigo en número de 1600 rebeldes ocupaba fuertes y sucesivas posiciones en Santa Rosa, de las que fué desalojado por las tropas, de una de ellas á la bayoneta, por tres compañías á cuyo frente iba el bravo coronel Segura, jefe de la columna.

Con una partida de las que recorrían la parte occidental de Pinar del Río, y que conviene no confundir con las que estaban á las órdenes inmediatas de Maceo, tuvo un encuentro, al pasar el río Cuyaguateje, la columna de comunicaciones que mandaba el teniente coronel señor Chacel, que tomó al enemigo el campamento, haciéndole seis muertos y recogiendo municiones.

*
* *

Nos comunicaron de la Habana el día 11, que á causa de hallarse próximo á vencer el plazo que fijó en su último bando el general Weyler para que los rebeldes pudieran acogerse á indulto, se notaban ciertas maniobras de los filibusteros ante el temor de tener más deserciones.

Los insurrectos, respondiendo, según parece, á instrucciones recibidas de la junta de laborantes que residía en los Estados Unidos, ha-



LA COLUMNA DEL CORONEL SOTOMAYOR

cían propalar la absurda y malévola especie de que los jefes de las columnas que operaban en Cuba tenían orden de degollar á las familias de los rebeldes que no se acogieran á indulto.

Esta maniobra obedecía al propósito de continuar la campaña emprendida para hacer odioso el nombre de España, inspirando el terror en el país y despertando la indignación en el extranjero.

El día 3 alcanzó la columna del coronel Sotomayor á las partidas de Manuel y Bartolo Cazo, cerca de Remates (Pinar del Río), donde te-

nían el campamento, sosteniendo reñido combate, tomándoles el campamento, causándoles 20 bajas y cogiéndoles 107 reses, caballos y armas.

Confirmóse oficialmente la muerte del cabecilla Aurelio Collazo en uno de los últimos encuentros ocurridos aquellos días.

Afirmábase en la capital que gruesas partidas insurrectas, pertenecientes á la vanguardia del núcleo que mandaba el *generalísimo* Máximo Gómez, había cruzado el río Hanabana é internádose en la provincia de Matanzas.

El general Jiménez Castellanos, con la columna de su mando, tuvo en el Camagüey varios combates, haciendo á los rebeldes muchas bajas y sufriendo por su parte veinte.

En Matanzas fué fusilado dicho día el incendiario Florentino Herrera.

Aclarando una noticia errónea, que con visos de certeza había circulado, nos informó nuestro corresponsal en la Habana, que el cabecilla Mamerto Romero, hombre que gozaba de prestigio entre los suyos y de quien se había dicho que había resultado muerto en el ataque á las Cruces, había sido hecho prisionero y recogido gravemente herido por un balazo que recibió en la cabeza en el referido ataque. Sometido á procedimiento sumarísimo, habíase celebrado el Consejo de guerra, cuyo tribunal habíale condenado á muerte.



Sin negar en absoluto que Máximo Gómez intentara correrse á Matanzas parecíónos, por ciertos indicios, que no abrigaba por entonces tales propósitos. Todo indicaba, por el contrario, que se proponía permanecer en Las Villas.

Si hubiera pensado el *generalísimo* de los separatistas en socorrer á Maceo para ayudarle á salvar la línea de Mariel Artemisa, lógico era que lo intentase cuando el cabecilla mulato andaba escaso de municiones, no después que había recogido las que le llevara el *Bermuda* y las que le llevarían probablemente otras expediciones, alentadas por lo que estaba ocurriendo con los piratas del *Competitor*.

Así debió creerlo también el general Weyler, puesto que por una parte se proponía aumentar las columnas que maniobraban en la provincia de Pinar del Río, y por otra dictaba á los generales Terán y Oliver, que habían ido á la Habana, disposiciones encaminadas á entorpecer los planes del *generalísimo* en Las Villas. Sabido es que el general Oliver era el comandante de las fuerzas de la jurisdicción de Remedios.

Por lo demás, no se necesita ser adivino para comprender que los jefes rebeldes habían dividido el mando de sus fuerzas en tres agrupaciones principales, encargándose Calixto García de las del Departamento Oriental, Máximo Gómez de las del Centro y Antonio Maceo de las de Pinar del Río.

Los últimos encuentros de que dió cuenta el despacho oficial del día 12 carecían de importancia. Lo más saliente que encontramos en él fué la batida que la columna Rodríguez Rivera, compuesta de caballería y guardia civil de Matanzas, dió en la finca Rodríguez á la partida de Eduardo García, de 400 hombres, y su persecución hasta la colonia Felipe, donde fué dispersada, habiéndola causado 14 muertos y cogido 17 caballos y armamentos; como también la recogida de reses en la provincia de Pinar, que á generalizarse contribuiría á privar al enemigo de un elemento de vida importante.

***

La actitud que se atribuyó á los voluntarios de la Habana considerándolos poco dispuestos á guarnecer la línea militar de Mariel Artemisa, en sustitución de las tropas que el general Weyler quería movilizar, fué el día 13 objeto de todas las conversaciones y causó bastante mal efecto, por más que la noticia no se transmitiera con el carácter de hecho comprobado, sino pura y simplemente á título de impresión.

Y no fué esto solo: aludiendo en general á la marcha de la campaña, díjose que en la Habana las impresiones eran de desconfianza y de tristeza.

Aunque la realidad concordaba, por desgracia, bastante con tales impresiones, no podemos menos de confesar que la noticia nos sorprendió. Acostumbrados, como estábamos, á oir todos los días que las cosas iban muy bien, y á leer tal afirmación constantemente consignada en los telegramas que se recibían de Cuba, y en las apreciaciones que se hacían aquí al comentar esos despachos, estábamos harto desprevenidos para recibir á boca de jarro tan desagradable nueva.

Cierto que el sesgo dado á la cuestión del *Competitor* era poco á propósito para levantar los ánimos, y que el discurso de la Corona no fué tampoco un documento muy adecuado para infundir grandes aliento; pero no cabe admitir que este discurso y aquella cuestión hubieran podido influir y reflejarse ya en la marcha de la campaña.

Pudiera ser que influyeran en lo sucesivo, más no era posible que sus efectos se hubieran sentido tan pronto, ni que aparecieran tan decisivos para trocar la esperanza en tristeza, de la noche á la mañana.

Aunque los despachos particulares suponían que la vanguardia de Máximo Gómez había atravesado el Hanabana, nada decia de ello el

parte oficial de dicho día, por más que de su contenido aparecía que en la provincia de Matanzas se movían grandes partidas.

Por otra parte, no era creible que hubiese pasado el *generalísimo* desde Taguasco, donde se tuvo la última vez noticia de su presencia, al otro extremo de Las Villas, sin que le hubiera visto nadie ni hubiese sufrido el menor tropiezo. Debíamos suponer, por tales razones, que la noticia de su entrada en Matanzas era, por lo menos, prematura.



PALO PRIETO

También en Las Villas, entre Palo Prieto y Ciego Romero, no muy lejos de Taguasco, tuvo el coronel Planas un encuentro importante con una partida numerosa. Este combate, como el de Taguasco y el de Santa Rosa, parecían indicar que los rebeldes habían llevado á Santa Clara fuerzas del Camagüey.

El general Weyler transmitió una noticia que causó verdadera indignación: dijo que los insurrectos empleaban en Pinar del Río balas explosivas, que alcanzaban distancias de quinientos metros y producían heridas graves, prohibidas por todos los convenios internacionales.

No hay que preguntar si les habían surtido de ellas nuestros *leales amigos* los *humanitarios yankees*.

***

Corroborando las noticias particulares que se recibieron en la Península el día 14, nos informó nuestro corresponsal en la Habana, en carta del propio día, lo siguiente:

«Las noticias que de la guerra se reciben y las opiniones que he recogido en todas partes no dejan lugar á duda alguna respecto á que hemos llegado á un período de incertidumbre que es necesario y conveniente cese pronto, siquier haya que apelar á esfuerzos supremos.

«La general impresión que aquí domina es de desconfianza y tristeza. Para comprobar lo que se dice he visitado á personas bien enteradas de lo que sucede, y todas ellas han reflejado en sus manifestaciones la gravedad de la situación. El general Weyler muéstrase muy reservado con sus amigos, pero su preocupación constante y su ceño perenne é inalterable dejan adivinar que se halla muy contrariado por el giro dado en Madrid el asunto del *Competitor* contra la opinión española de Cuba.

«Tengo motivos para poder afirmar que al general le ha disgustado sobremanera que se haya puesto veto al cumplimiento del justísimo fallo del Consejo de guerra, especialmente respecto de aquellos filibusteros que, convictos y cogidos en flagrante delito de rebelión y piratería, cuando pidióse para ellos la pena de muerte en el solemne acto del Consejo, hacían gala, no ya de serenidad sino de irónico desdén y jactancia, diciendo á las personas que les rodeaban:

«—No nos fusilarán. Somos súbditos norteamericanos y el gobierno de la gran República sabrá impedirlo.»

«Este lenguaje, que ha sido sancionado por la conducta del gobierno español, ha producido aquí pésimo efecto, influyendo tristemente en el ánimo del capitán general.

«Las explicaciones dadas por el gobierno, publicadas por la prensa ministerial de Madrid y por la norteamericana, y trasmitidas por el cable, que pretendían justificar la debilidad de España, no han convencido á nadie, antes bien han producido sorda irritación y aún enérgicas protestas.

***

«Los periódicos de la Habana, en su mayoría, aplauden el Mensaje de la corona. Verdaderamente, la opinión más general de los amigos de España es absolutamente contraria al planteamiento de las reformas. Hasta algunos de sus promovedores dicen hoy, que serían inoportunas en estos momentos. El general Weyler tampoco las considera oportunas, por ahora.

En lo que se refiere á la guerra ha llegado la ocasión de hacer un esfuerzo supremo y definitivo.

Actívase la organización de fuerzas para aumentar el contingente de las que operan en la provincia de Pinar del Río. Dos brigadas que actuarán en el Norte de aquella provincia, serán mandadas por el general González Muñoz.

Pero la verdadera situación es la siguiente: aun dejando las guarniciones con el menor número posible de soldados, no se podrá reunir un contigente de tropas bastante á dar á las operaciones la actividad y eficacia necesarias. No hay medio hoy de enviar al interior de la provincia de Pinar del Río las grandes masas de soldados que son precisas para operar con ventaja en aquellos terrenos escabrosos y accidentados.

En las Lomas, refugio principal y fuerte núcleo hoy de las partidas de Antonio Maceo, hace falta acumular bastante gente, porque la

aspereza de aquellas tierras erizadas de enemigos fuertemente atrincherados lo exige, si se quiere dar un golpe decisivo y rápido.

No es posible llevar á Pinar del Río fuerzas de otras partes de la isla, sin peligro de que al quedar poco amparadas las poblaciones fueran éstas objeto de ataques y víctimas de la tea incendiaria de los filibusteros.

La trocha de Mariel Artemisa-Majana necesita toda la tropa que la defiende y es indispensable conservar allí la organización que tanto trabajo ha costado y que constituye la única base lógica de operaciones.

Habíase formado propósito y se contaba con que los voluntarios de la Habana se prestasen á ir á la línea de Mariel á ejercer servicio de guarnición y vigilancia, á fin de que, ocupando en ella determinados sitios, pudiera enviarse á combatir á las negradas de Maceo algunos batallones de los que á la fecha se hallan en los atrincheramientos de la trocha.

Al efecto se ha sondeado el ánimo de los voluntarios y explorádose el pensamiento de los más autorizados entre ellos; la prensa de la capital antillana ha publicado patrióticos artículos excitando á los voluntarios para que vayan á ocupar aquellos lugares de honor y de peligro. Y desgraciadamenfe, nada de todo esto ha dado resultado. Los voluntarios no han respondido á estos propósitos.

Siendo tal la situación, las personas que mejor pueden conocer las necesidades del presente, creen que vuelve á plantearse la urgencia de que vengan de la Península cuanto antes veinte batallones más, para acabar con Antonio Maceo en Pinar del Río, é impedir el avance de Máximo Gómez y Calixto García.

Ultimamente los rebeldes han recibido grandes cantidades de armas y municiones. Por mal entendidas consideraciones se ha ocultado que hace poco se han verificado considerables desembarcos de material de guerra enviado desde los Estados Unidos á los rebeldes. En el

mes de Abril, especialmente en sus últimos días, han llegado á diferentes puntos de estas costas muchos pertrechos para los insurrectos.

Los constantes defensores de España dicen que si no hacemos el último esfuerzo, si no se aprovecha el retraso con que este año vienen las lluvias y si no se deja al general Weyler en completa libertad de ac-



... las poblaciones, fueran éstas objeto de ataques y víctimas de la tea incendiaria (pág. 671)

ción, se matarán las esperanzas que hiciera concebir el cambio radical de sistema.

En vista de la frecuencia de las presentaciones de rebeldes, el capitán general ha dispuesto que se prorrogue la concesión que se hacía en el último bando á los enemigos que se presentaran con armas.

En el nuevo bando se prorroga el indulto por tiempo indefinido, haciéndose extensiva la concesión á las provincias de la Habana y de Matanzas.—*X*...**»

La actitud de los voluntarios de la Habana, resistiéndose á ir á

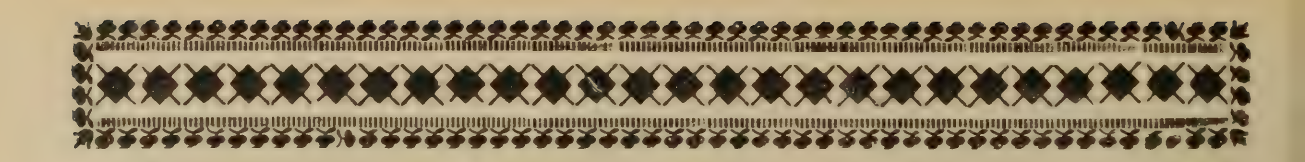
prestar servicio de guarnición á la trocha de Mariel, fué una nota pesimista muy comentada aquí en la Península. Y la necesidad y urgencia



LA COLUMNA DEL CORONEL SEGURA EN EL COMBATE DE CIEGO ROMERO
(Las Villas)

de hacer un supremo esfuerzo, convenida por el Gobierno en Consejo celebrado el referido día 14, una nota muy triste y desagradable para el país.





CAPÍTULO VIII

El diario de la guerra.—Premisas y consecuencias.—La acción política.—La acción diplomática.—Noticias de Santa Clara.—Reconcentración de partidas.—Situación de las fuerzas rebeldes.—En auxilio de Antonio Maceo.—La columna del coronel Segura.—Encuentro en Ciego Romero.—El enemigo batido.—Nuevo encuentro en Arroyo-Palma.—Dispersión de las partidas rebeldes.—Los planes del enemigo frustrados.—La columna del coronel Francés.—En el ingenio «Garro».—En la colonia «Petronila».—Dos héroes.—Diario de la guerra.—Noticias de la Habana.—Sorpresa de un campamento enemigo.—Máximo Gómez en Las Villas.

AMARGA sorpresa causaron entre las gentes de buena fé las noticias llegadas de Cuba á mediados del mes de Mayo. No vinieron por conducto oficial, pero como si hubieran venido.

Meses hacía que los periódicos de la isla invitaron á sus corresponsales en Madrid á que suspendiesen todo servicio telegráfico, en razón á que ni siquiera los informes ministeriales obtenían en la Habana el pase de la censura.

Meses hacía que los corresponsales de los periódicos de Madrid en Cuba anunciaron á sus directores que no era posible, por idénticos motivos, comunicar más noticias de la guerra que las contenidas en los telegramas oficiales.

Dedúcese de ello que cuantos despachos particulares salían de allá para acá, traían el conocimiento previo y el consentimiento tácito de las autoridades superiores de la isla.

Constituían, pues, un texto fidedigno, y no hubo ligereza ni temeridad en tomarlos como fiel expresión de lo que pensaba y deseaba en aquellos momentos el gobernador general de Cuba.

Consignados quedan en los dos últimos párrafos del precedente capítulo los hechos de que se dió cuenta en esos telegramas, y que nos confirmó por correo nuestro corresponsal especial en la Habana.

Oficialmente nada se sabía de lo que dejamos transcrito, y el mismo día 14 declaró el jefe del Gobierno que no había pedido el general Weyler auxilio alguno, ni hecho la menor indicación respecto de los puntos y cuestiones entregados á la consideración del público, por el buen deseo oficioso de algunos corresponsales.

Pero á nadie se ocultó que, con mano agena, estaba ya dado á la nación el oportuno y alarmante aviso. Cosas son esas que los periodistas y corresponsales particulares no inventan ni trasmiten jamás por cuenta propia.

Nos encontramos, pues, con que los datos y las versiones anteriormente consignadas reflejaban de un modo exacto la situación y el estado de la guerra en aquella fecha.

* * *

Había, además, un hecho positivo y cuyo valor oficial no admitía dudas.

El general Weyler, en vista de que las presentaciones de rebeldes eran cada vez más numerosas, había prorrogado indefinidamente el plazo ofrecido á aquéllos para acogerse á indulto. Al mismo tiempo habia extendido el beneficio de la prórroga á las provincias de la Habana y de Matanzas.

Otro dato evidente. Los elementos genuínamente españoles de la

isla y el propio general en jefe se habían alegrado mucho de que en el Mensaje no hubiera ninguna promesa reformista, porque entendían que la acción política, además de los obstáculos que había de oponer á la militar, sería á la sazón peligrosa é inoportuna.

Sentadas las anteriores premisas, renunciamos á todo comentario ó apreciación y nos limitaremos con toda la frialdad posible á deducir las más inmediatas consecuencias.

Descubrióse la necesidad ó la conveniencia de que fueran nuevos refuerzos á Cuba, precisamente á la hora en que el Gobierno español, estimando que no había para qué pensar en ello hasta Septiembre, licenciaba los excedentes del cupo de 1895 y aplazaba para el Otoño el llamamiento de los de 1894.

Tratóse de demostrar que no era dable el aniquilamiento de los rebeldes de Pinar del Río en tanto que no se destinase á tal efecto un ejército de 30,000 hombres ó que no cesase por completo el auxilio que en armas y municiones les prestaban constantemente los mercaderes ó los especuladores norteamericanos.

Ultima consecuencia. Al exponer los resultados de la protección encubierta de los Estados Unidos, los partidarios de la guerra por la guerra hacían comprender al país que era indispensable la *acción diplomática*, si se había de evitar que aquella equívoca y peligrosa situación continuase.

Y al prorrogar por plazo indefinido la concesión de indultos, no solo se declaró procedente, sino que se ejercitó sin reparo aquella *acción política* sobre la cual habían caído y seguían cayendo las más terribles censuras y abominaciones.

* * *

El gobernador general de Cuba empleaba á la sazón el mismo sis-

tema que su antecesor había empleado; aquel sistema que levantó tan justas iras en el ánimo de la gente belicosa, y al cual se atribuyó principalmente el mal éxito alcanzado en 1895 por el general Martinez Campos.

Unánime fué el clamoreo de entonces. En todos los tonos se dijo que, gracias á tales indultos, los insurrectos, fatigados, podían irse á sus casas, descansar algunas semanas en ellas, y volverse luego, mudados de ropa y confortados de ánimo, á la manigua.

Según se vió, á la sazón parecía de nuevo provechoso y útil lo que el año anterior había parecido imprudente y detestable.

Otra vez se ejercitaba, por consiguiente, la acción política. Otra vez se esperaba, sin duda, que muchos insurrectos depusieran á favor de tal remisión, su mortal enemiga contra España.

Y á los labios de las personas discretas salta una pregunta:

Si eso se pretendía por parte de las autoridades españolas, ¿cómo desconocer que el efecto, lejos de malograrse pudiera haberse mejorado, si juntamente con la amnistía hubiesen encontrado los arrepentidos ó los neutros reformas y franquicias que les sirviesen para una total rectificación de conducta?

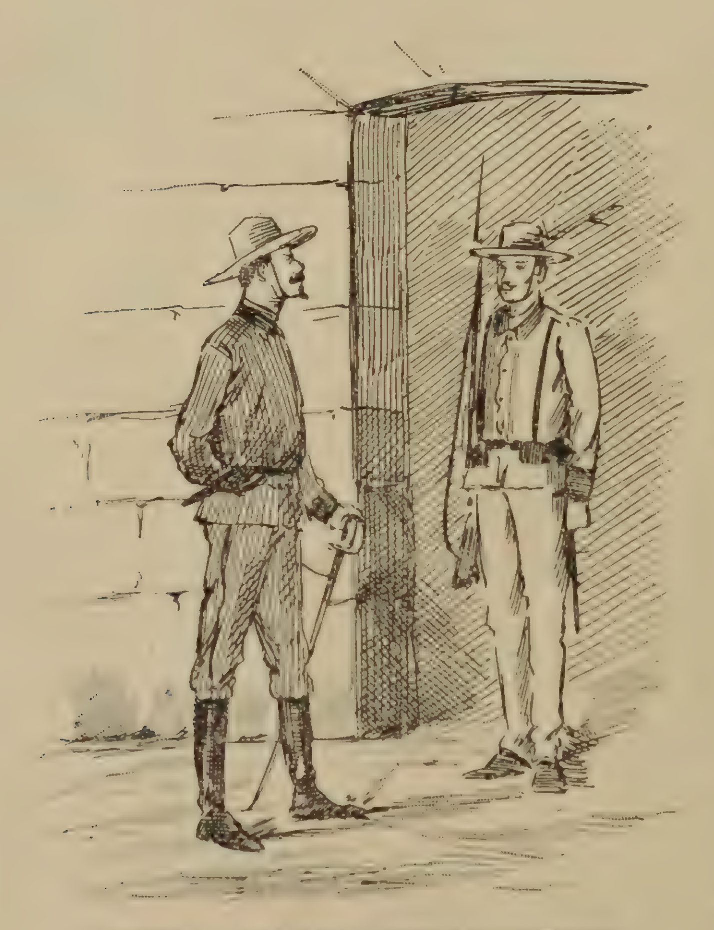
Pero hemos prometido excusar apreciaciones y comentarios, y no queremos faltar á nuestro propósito.

Encerrándonos, por ende, en la frialdad que nos aconseja el patriotismo, añadiremos tan solo algunas palabras.

Los desagradables informes llegados los días 13 y 14 del prenombrado mes, vinieron á demostrar lo que desde un principio sabíamos y anunciamos. Que por medio de la accción militar exclusiva, la guerra concluiría seguramente, pero tardaría en concluir.

Así lo reconoció el mismo Gobierno, al confesar, por conducto de la prensa oficiosa, que estaba ejercitando con perseverancia y buen éxito la *acción diplomática*.

Por cierto que esta se diferencia de la *acción* meramente *política*, en que ofrece á los extraños una participación en nuestros asuntos, lo cual en ley de verdad, y por motivos que á nadie se ocultan, debiera única y exclusivamente haberse reservado á los propios.



OFICIAL DANDO INSTRUCCIONES

Quedamos, por tanto, en que estaba perfectamente aclarada la situación político-militar de Cuba.

Enviaríamos allá veinte mil, cuarenta mil hombres, todo lo que se nos pidiera y se necesitase para acabar la guerra; pero forzoso sería, en vista de lo que ocurría, que á la vez que se nos impusieran esos nuevos sacrificios, se nos dieran garantías de que habrían de resultar más eficaces y más útiles que los anteriores.

De lo contrario llegaría un día en que la nación demandase la paz á gritos.

*
* *

Según informes de nuestro diligente corresponsal en Santa Clara, el día 6 estuvo Máximo Gómez en la jurisdicción de Sancti Spíritus, acampado cerca de Juncal. El propósito del *generalísimo* parece que era concentrar numerosas fuerzas, para acudir al auxilio de Antonio Maceo.

El jefe dominicano llevaba tres mil hombres, casi todos montados, asegurándose que el día 11 hizo desmontar la mitad, para formar una fuerza de infantería, que consideraba necesaria para luchar con nuestras tropas. Esta fuerza estaba al mando del cabecilla Mayía Rodríguez.

El mismo día 11 acamparon en Robles, también de la provincia de Santa Clara, las partidas mandadas por Zayas, los hermanos Manuel y Florentino Rodríguez, Aguilar, Mendoza y el negro Sterling, cuyas fuerzas se calculaban en otros tres mil hombres.

En el potrero «Peje» se hallaban acampadas, además, las partidas de Celestino Lolo, Sarduy, Camacho y Joaquín Rodríguez, cuyo número era de 1.500 rebeldes.

En Manicaragua estaban los cabecillas Fonseca, Font, otro Sterling, también negro; Núñez, Cayito Alvarez y Arboláez, con sus partidas, que reunían, según cálculos aproximados, 2,500 insurrectos.

Creíase que todas esas fuerzas, que sumaban un total de diez mil hombres, iban con rumbo á Manajanabo, mandadas por Máximo Gómez, José Maceo y Rabí, para seguir hacia Vuelta Abajo, acudiendo en auxilio de Antonio Maceo.

La infatigable columna del bizarro coronel Segura, después de diez

horas de marcha, encontró el día 12 en Ciego Romero (Las Villas) un numeroso núcleo de insurrectos, que ascenderían á 3.000 ginetes, mandados por Zayas, García Carrillo y tal vez Máximo Gómez.

El enemigo hizo frente á nuestra columna, recibiéndola en orden abierto de combate, con sostenes y reservas. Mas, fué tan decisivo y valiente el ataque de los soldados, que los *mambises*, no obstante lo excelente de sus posiciones, tuvieron que abandonarlas, después de dos horas de combate, en que jugaron las tres armas, pronunciándose en desordenada fuga y dejando sobre el campo de la lucha 32 caballos muertos. Además, según manifestaron unos campesinos, un sólo grupo de los rebeldes retiró atravesados en caballos 25 ó 30 muertos y bastantes heridos.

La valerosa é incansable columna siguió en persecución del enemigo batido, encontrando al día siguiente, después de otra marcha de catorce horas, el campamento donde la noche anterior durmieron los rebeldes. Horas después fueron nuevamente alcanzados en Arroyo Palma, donde la columna Segura volvió á batirles con fuego de cañón y fusilería, haciéndoles nuevas y numerosas bajas, sobre todo con la artillería, que jugó principalísimo papel en este nuevo encuentro. No resistieron mucho tiempo los *mambises* el certero y mortifero fuego de nuestros cañones, marchando hacia Munda, «lo cual prueba—decía el parte oficial—la fuerza moral de esta bizarra columna que derrotó al enemigo.»

De nuestras tropas resultaron heridos el teniente señor Coca y nueve soldados, habiéndose distinguido notablemente en ambos combates el capitán del regimiento de Sevilla, señor Hevia y Ruiz.

El resultado de esa valerosa operación fué frustrar los planes del enemigo en su avance hacia Occidente, por lo cual el general en jefe felicitó al bizarro coronel Segura y á sus bravos soldados.

*
* *

Siguiendo instrucciones del Estado mayor general, el coronel Francés con el batallón cazadores de Puerto Rico, dos compañías de Almansa, el escuadrón de Farnesio y una sección de artillería ejecutó con éxito una brillante operación á retaguardia de la línea Mariel, extremo occidental, en los límites de las provincias de la Habana y Pinar del Río.

Dividiendo en dos su columna se corrió por las lomas de la costa en busca del enemigo: la primera, á su mando, encontró y batió á las partidas de Mira y Acosta (el *Dominicano*) cerca de Banes, desalojándolas de las posiciones que ocupaban en el ingenio «Garro» y dispersándolos, recogiendo doce muertos en el campo y haciéndoles muchos heridos y un prisionero y cogiéndoles caballos, armas y monturas. Las tropas tuvieron un herido y cuatro contusos.

La segunda media columna, al mando del comandante Trujillo, dió con el enemigo y lo batió en la colonia Petronila, haciéndole 15 muertos al arma blauca, entre ellos un titulado capitán, llamado Soler, y cogiendo caballos, armas y municiones. En este sangriento combate se distinguieron el bravo capitán de caballería señor Porrúa; el valeroso soldado Juan Mayo y Fuertes, que en lucha personal al machete con el títulado capitán insurrecto Soler le dió muerte, no sin sufrir dos machetazos, y el valiente cabo de Farnesio, Felipe Prieto, que mató á sablazos á tres *mambises*.

*
* *

El telegrama oficial del día 15 dió cuenta de siete encuentros par-

ciales en las provincias de la Habana, Matanzas y Pinar del Río. De ellos sólo uno correspondía á la última provincia, y aún siendo todos de muy escasa importancia, el ocurrido en Pinar fué el más leve, el que tenía más carácter de escaramuza sostenida con fuerzas sueltas del enemigo.

El despacho del general Weyler no decía que el encuentro del Peniche (Pinar del Río) hubiese sido con fuerzas de Maceo; se limitaba á hablar de las partidas de Occidente.

Tanto una cosa como otra probaban, en nuestro concepto, que el titulado general mulato había conseguido que sus huestes orientales se hubiesen adaptado perfectamente á vivir con el riesgo de la persecución de nuestras columnas en el Occidente de la isla, región que no pensaban sin duda, abandonar por entonces.

El haber dado una extraordinaria importancia al hecho de que permaneciese ó no Maceo en la provincia de Pinar del Río, y el ver que la trocha de Mariel Artemisa no privaba á aquél cabecilla ni á los que le seguían, de los medios de vida, hicieron pensar en la conveniencia, expuesta ya muchas veces, de que antes de que empezasen las lluvias se les fuera á buscar y se les batiera y se les venciera.

Si estaban sitiados, para que el asedio fuera mayor; si no lo estaban, para obligarles á hacer una salida en la que se castigase duramente su audacia. Ansias de la opinión fueron estas que movieron á algunos á pedir el envio á la isla de Cuba de cien mil hombres, afirmando que si no se obtenían mayores resultados era por falta de fuerzas disponibles para desarrollar por completo el plan del general Weyler. Sin *cien mil* hombres más, enviados en mes y medio, y sin *ochocientos millones* de pesetas para un año, temían los que tal sostenían, que pudieran ser estériles los nuevos sacrificios que hiciéramos.

***

De la Habana nos comunicaron que el día 14, á las cinco de la tarde, fué fusilado en Las Cruces el cabecilla Romero, capturado por las tropas en el ataque á dicho poblado.

El gobernador general dictó un bando, que se publicó el día 15, concediendo un plazo de veinte días para transportar el maíz de los campos á los poblados. Las operaciones de acarreo serían auxiliadas por los destacamentos.

Pasado el plazo que se concedía, sería considerado contrabando de guerra todo el maíz, y juzgados como tales contrabandistas y traidores á la patria cuantos fueran sorprendidos conduciéndolo.

El día 15 salió para Bahía Honda (Pinar) una comisión técnica presidida por el general Fernández Losada, inspector general de Sanidad militar, para estudiar la forma y efectos de las heridas que recibieron algunos de nuestros soldados en el combate librado últimamente en dicho punto, á fin de averiguar por los estragos que presentaban si habían sido producidas por balas explosivas, no consentidas en las guerras entre pueblos civilizados.

Toda la prensa de la capital apoyaba el proyecto de movilización de los voluntarios de la Habana. Los órganos de éstos hallábanse en la misma actitud patriótica que los demás diarios.

Ninguna señal ostensible existía, hasta la fecha, que permitiera suponer que los voluntarios hubieran de negarse á acudir á donde les llamase su deber como buenos españoles.

La actitud de los voluntarios era altamente patriótica y de unánime aplauso.

*
* *

No nos extraña que la opinión anduviera aquellos días á tientas y sin orientación fija en los asuntos de Cuba, no sabiendo en realidad á que atenerse. Si se hubiera atenido á los hechos más que á las palabras, tal vez hubiera podido fijar su parecer, colocándose en condiciones de apreciar los sucesos con conocimiento de causa. Por desgracia, el país no podía formar opinión porque le faltaban para ello los elementos necesarios; los que se le proporcionaban, sólo podían contribuir á mantener en pie sus dudas y á acrecentar su confusión.



COMANDANTE SR. TRUJILLO

Así vimos que á las más halagüeñas esperanzas sucedían repentinos desalientos, y que esto se repetía periódicamente, sin que se explicase bien el público el fundamento de tales alternativas en tan poco espacio de tiempo.

Desde el primer día se pretendió amenguar la importancia de la insurrección, y esta falta de sinceridad estaba á la sazón imponiéndose todavía á los hechos más evidentes.

Fijo teníamos aquellos días el pensamiento en la trocha militar de Mariel-Artemisa,—tales fueron las esperanzas que en ella se hicieron concebir—y apenas se mencionaba de tarde en tarde la reconcentración de partidas que se había estado efectuando en la provincia de Santa

Clara. Aquella formidable línea militar había perdido, sin embargo, parte de su importancia, desde el momento en que no sirvió en tiempo oportuno para aniquilar á Maceo y sus huestes. La reconcentración de las partidas del Camagüey y Las Villas, teníala, por el contrario, muy grande en aquellos momentos.

A la actividad que mostraba á la sazón Máximo Gómez se había dado una explicación, atribuyéndole el propósito de acudir con fuerzas en auxilio del jefe mulato. La explicación nos satisfizo poco.

Para conocer los propósitos del enemigo, es bueno prescindir de lo que nos convendría y tener en cuenta lo que le convenia á él. Cuando se creyó que la invasión de las provincias occidentales no tenía más objeto que el de una recia acometida para impedir la zafra, se pudo pensar en que las grandes partidas volverían inmediatamente á sus guaridas del Camagüey y de Santiago de Cuba. A la fecha había que pensar en que tenían interés en permanecer y sostenerse en las provincias del Centro y de Occidente. No debían, por lo tanto, mostrar gran enpeño en que Maceo abandonara la provincia de Pinar del Río. Si Máximo Gómez avanzaba sobre la trocha, otro sería el propósito que le llevara.

Convenía, por ende, estar prevenidos á todo evento, para que los sucesos no nos sorprendieran, y, sobre todo, para frustrar los intentos de la insurrección.

***

El teniente coronel señor Rodríguez, al frente de una columna formada por el batallón de Tetuán y alguna fuerza de artilllería, sorprendió el dia 14 en Piedra Plata y Placetas (Santi Spíritus), un campamento enemigo, que se supuso fuera el de Máximo Gómez.

La vanguardia de la columna llegó hasta muy cerca de los rebeldes y sostuvo el fuego con ellos hasta llegar la columna. A los primeros disparos de la artillería los insurrectos abandonaron el campamento en completa dispersión, dejando en el campo 17 muertos y retirando varios heridos, entre ellos el cabecilla Monteagudo.

Continuó la columna, que había tenido tres heridos, en persecución del núcleo principal de los fugitivos, y aún consiguió hacerles otras cinco bajas. Los insurrectos incendiaron los cañaverales de Limonar, sin duda para cortar el paso de las tropas que les perseguían; pero al otro lado del cañaveral se encontraron con una guerrilla que les batió, haciendo fuego sobre ellos mientras desfilaban y causándoles 15 muertos. La guerrilla solo tuvo dos heridos.

Bien hicimos en poner en duda la certeza de las noticias que dieron como realizado el paso del Hanabana por las partidas de Máximo Gómez y su entrada en la provincia dc Matanzas.

Era inconcebible, en efecto, que fuerzas de tal consideración—fíjóse su número en diez mil hombres—pudieran cruzar la provincia de Santa Clara, aunque se dividieran en grupos, sin que las columnas lo advirtieran ni se dieran cuenta de su paso los jefes de las zonas de aquella comarca. ¡Ni que fueran hormigas!

En esto, como en todo, se pasaba con demasiada facilidad de una opinión á la opinión diamentralmente opuesta.

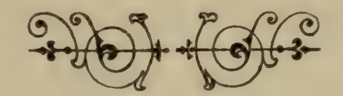
Allá, por Septiembre ú Octubre del año anterior, se dijo con la mayor formalidad, que el ejército de Las Villas se podía poner en movimiento de mar á mar, con un solo toque de corneta; á la fecha, en cambio, casi se había llegado á decir que ocho ó diez mil insurrectos podían cruzar la provincia desde Iguara á Voladores sin que nadie lo notase.

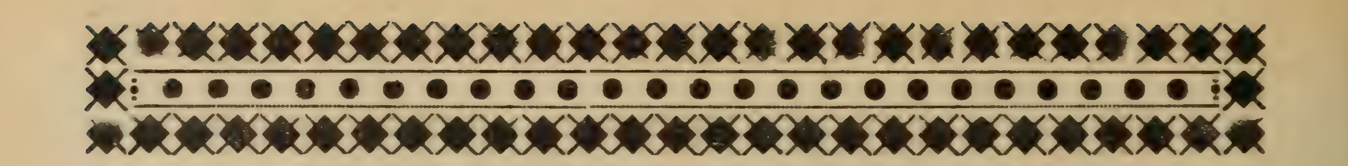
Entre esos dos extremos, á cual más absurdo, hay un término medio al alcance del más vulgar sentido común. La mayor prueba de

que Máximo Gómez no estaba tan cerca de Matanzas, como equivocadamente se suponía, nos la proporcionó el combate que al principio dejamos reseñado sostenido por el batallón de Tetuán, cerca de Placetas, en Piedra Plata, con mil quinientos insurrectos de la partida de aquel cabecilla.



EL CAPITAN SR. PORRUA EN EL SANGRIENTO COMBATE DE «PETRONILA»





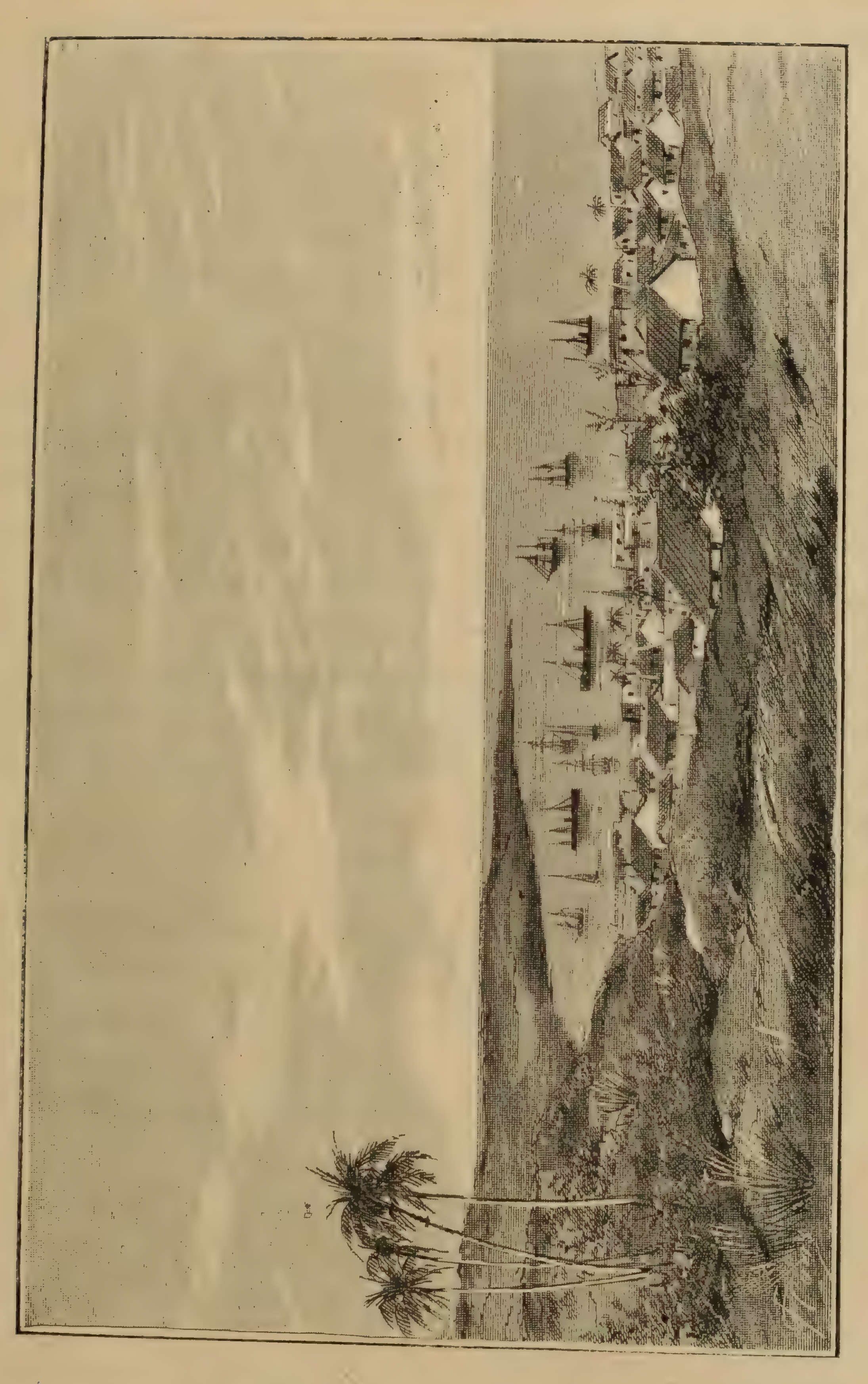
CAPITULO IX

Deducciones y dudas.—Detalle original.—El excabecilla Cajizote.—Sin noticias de Pinar del Río.—Espectación —Causas á que obedecía la interrupción de operaciones contra Maceo. —La línea Mariel-Artemisa-Majana.—Ataque al fuerte de Majana.—Páginas de la guerra.—Detalles del ataque á Batabanó.—Salvajada filibustera.—Tres mártires de la patria.

POR lo que expuesto dejamos en el último párrafo del precedente capítulo, se deduce, y parecía indudable, que Máximo Gómez tenía divididas sus fuerzas en varios núcleos situados en la parle oriental de la provincia de Santa Clara desde Remedios hasta Sancti-Spíritus y Manicaragua.

¿Avanzarían esos núcleos, que á la fecha se hallaban bastante distanciados unos de otros, hacia Matanzas, ó se reconcentrarían con algún otro propósito en determinado punto de Las Villas? Esto es lo que faltaba averiguar.

En un combate librado cerca de Limonar (Matanzas) contra la partida de Cepero, por fuerzas del destacamento de María Cristina, voluntarios y guerrilla al mando del comandante de armas de Limonar, que causaron al enemigo 15 muertos, cogiendo un prisionero y 12 caballos se señaló un detalle bastante original. El ex-cabecilla Cajizote que se cogió á indulto hacía poco, y prestaba servicios como práctico á



VISTA DE LA BAHIA DE MATANZAS

nuestras columnas se batió con tal bizarría, que perdió dos caballos sucesivamente y dió muerte por su mano, al arma blanca, á tres insurrectos, recibiendo á su vez dos heridas graves de machete. Por su comportamiento en esta acción, luchando en las filas de nuestros soldados, fué condecorado por el general en jefe con la cruz roja del mérito militar pensionada, para estímulo de cuantos sirvieran la causa española.

De las operaciones en Pinar del Río no se tenía noticia alguna. La circunstancia de que, al regresar á Bahía Honda las columnas de Suarez Inclán y Serrano Altamira, después de los combates sostenidos el 5 y 6 en las Lomas, se apresuraron algunos corresponsales á indicar que en cuanto se racionaran y municionaran, saldrían nuevamente á operaciones dichas columnas, fué causa de que se mantuviera viva la expectación que aquí produjera la campaña emprendida contra Maceo y sus negradas.

Esa indicación errónea contribuyó á despistar un poco á las gentes, que no se explicaban cómo habían transcurrido tantos días sin que llegasen noticias de nuevos é importantes encuentros en la provincia de Pinar del Río.

La explicación del hecho es, sin embargo, muy sencilla.

***

El general Weyler, antes de emprender nuevas operaciones, creyó conveniente adquirir informes exactos de las fuerzas con que contaban los insurrectos, de los recursos de que disponían y de las posiciones que ocupaban, y al efecto, llamó á la Habana al general Suarez Valdés, que por haber tomado parte en las últimas operaciones contra Maceo, era el más indicado para asesorarle.

Semejante precaución, no solo era lógica, sino de todo punto nece-

saria, para que el éxito de las nuevas operaciones no se frustrase por la escasez de los elementos que precisara aprontar para su más acertada ejecución.

En una palabra; que era necesario ajustar las fuerzas y recursos que urgía reunir, á las fuerzas y recursos de que disponía el enemigo, cosa que pudo ignorarse antes, pero sobre la cual los últimos encuentros debían haber arrojado bastante luz.

Y como era posible que á consecuencia de los nuevos datos adquiridos se hubiese tenido que modificar en parte el plan de operaciones iniciado contra las fuerzas de Maceo, no era extraño ni debe sorprender á nadie que no se tuvieran noticias de nuevos encuentros con las partidas que mandaba este cabecilla.

Lo único temible era que ya quedaban pocos días de buen tiempo para aprovecharlos como fuera debido, porque en cuanto arreciasen las lluvias no sería empresa fácil la de maniobrar en las sierras y lomas de Pinar del Río.

* * *

Por correo recibimos curiosos detalles de la brillante defensa hecha por nuestros marinos en la Ciénaga de Majana y el modo que habían tenido de terminarse las fortificaciones en la línea militar de Mariel-Artemisa.

Comprendiendo el bravo é inteligente general Arolas, que por la parte correspondiente á la playa de Majana podía ser forzada la trocha por los insurrectos, única parte débil que por fortificar quedaba, encomendó á su ayudante de campo, el entusiasta y activo capitán de artillería, don José de León, la delicada y peligrosa misión de ir con una pequeña columna, compuesta de 40 ingenieros y 60 infantes, á construir un fuerte en la playa de Majana.

Después de nueve días de fatigosa marcha por espesa manigua y lodienta ciénaga, llena de *tembladeros*,—(blanduras del terreno en que fácilmente desaparece un hombre)—con atmósfera palúdica y separados del ejército bastantes kilómetros, tras mil trabajos y penalidades, llegó la columuna á la referida playa.

Con muy pocos elementos empezaron las operaciones de levantar un fuerte el día de Jueves Santo, que quedó terminado el Domingo de



FUERTE DE MAJANA (Pinar del Río).

Pascua, haciendo de él entrega á las fuerzas de Marina de los cañoneros *Almendares* y *El Dardo*.

En el mismo día que las fuerzas del capitán León se retiraban á sus cuarteles, el enemigo atacó el fuerte recien construído, siendo bizarramente rechazados los insurrectos por los 21 marineros que lo guarnecían y por los certeros disparos de cañón con que el *Almendares* y *El Dardo* apoyaron la brillante defensa hecha por sus compañeros del fuerte.

El general Weyler felicitó en expresivo telegrama al señor León,

por las acertadas obras y á don Manuel Andújar y don Adolfo Suances, que respectivamente mandaron las fuerzas que tan bizarramente se batieron en Majana, por su brillante comportamiento en la defensa del referido fuerte.

*
* *

En la frecuente correspondencia que uno de nuestros colaboradores ha mantenido con uno de los bizarros jefes del batallón de Saboya, desde que marchó á Cuba, ha venido éste dándole cuenta, con encantadora sencillez y modestia, de brillantes hechos de armas realizados al frente de sus heróicos soldados.

Aunque las cartas son de carácter íntimo, y su autor no ha podido sospechar que el público pudiera enterarse de ellas, nuestro amigo no ha querido privar á la opinión—defiriendo á nuestros ruegos, y á condición de reservar el nombre del noble militar—del interesante y conmovedor relato que el bravo y entendido jefe hace de su vida de campaña y de las brillantes operaciones por él dirigidas, que á continuación transcribimos:

«A los tres días de mi llegada á Sagua—dice en su primera carta—salí con fuerzas de Saboya á batir una partida en las lomas de Pañolete y Loma Bonita; y el 20 de Enero partí de Colón con mi columna, compuesta de cuatro compañías de Saboya, sesenta caballos de Santiago y diez lanceros de Villaviciosa.

«Al día siguiente, 21 de Enero, ataqué con las citadas fuerzas en el potrero Vista Alegre (Manjuarí), á dos partidas insurrectas, que en número de 1200 esperaban combate, perfectamente parapetados en las cercas de piedra del potrero. Duró el fuego desde las once hasta la una menos cuarto, hora en que fueron completamente desalojados de sus posiciones con gran número de bajas y haciéndoles siete prisioneros.

«Supe después que en este extensísimo monte de Manjuarí, casi inexpugnable por lo abrupta y espesa de su vegetación, tenían los insurrectos dos ó tres campamentos y decidí apoderarme de ellos, en operaciones sucesivas.

«En dos acciones casi consecutivas lo conseguí, si bien teniendo que lamentar en una de ellas las graves heridas que recibió el comandante de Saboya, nuestro amigo señor Perez Royo, y algunas, aunque relativamente pocas, bajas de mí columna.»

En la carta de 10 de Febrero, después de referirse á la toma del primer campamento, que queda mencionado, dice lo siguiente:

«El día 4 del actual dispuse el ataque al segundo campamento enclavado en el mismo corazon de Manjuarí. A las diez y media de la mañana encontramos al enemigo, en número de 2 500 próximamente de las partidas Cayito Alvarez, Pepe Roque, José Dolores, Anieva y un tal García.

«Sus avanzadas avisaron la llegada de la columna por medio de disparos, por lo que mandé *paso largo*, para no darles tiempo de retirarse y obligarles á aceptar combate.

«A los 45 minutos de romper el fuego, los soldados, con su bizarro coronel don Ricardo de Vicuña á la cabeza, se posesionaban del campamento al grito de ¡viva España!, arrollándo al enemigo, que se puso en precipitada dispersión, dejando 32 muertos y 29 caballos.

Nos apoderamos de 13 reses acabadas de sacrificar y ocho vivas, 21 gallinas, siete caballos más con monturas, provisiones, un botiquín bien surtido, cuatro escopetas, un revólver, cinco machetes, dos bayonetas, dos cornetas, herramientas, cartuchería, ropas y otros efectos.

«Al retirarnos se ordenó fueran quemadas las ochenta y nueve chozas de que se componía el campamento.»

*
* *

La carta que fechada en la Habana el 9 de Abril recibió nuestro amigo, es interesantísima en lo que á la campaña se refiere.

Después de reseñar el entendido y bravo jefe varias acciones de más ó menos importancia, reñidas á diario durante el mes de Marzo con los insurrectos, y entre ellas una con Máximo Gomez en las inmediaciones del ingenio Joaquin de Ibáñez, se expresa de esta manera:

«El día 7 tuve la importante acción del ingenio Diana y Lomas de Andrea (Pinar del Rio), donde batí con gran éxito para la buena marcha de la campaña á las partidas de Lacret y Antonio Maceo.

«Primeramente las desalojé del indicado ingenio, yendo á parapetarse á las Lomas, bien provistas de cercas y manigua. Allí se defendieron por espacio de cuatro horas, no pudiendo resistir por más tiempo el valiente empuje de mi columna que, trepando por terreno tan escabroso, logró coronar aquellas alturas, en medio de nutridísimo fuego, apoderándose de tan importantes posiciones y dispersando al enemigo, que tuvo en esta jornada *setenta y un muertos* vistos y gran número de heridos. Nostros tuvimos tres de los primeras y diez y nueve de los segundos.

«Esta acción dividió y separó á Maceo del resto de las partidas á que estaba reunido, las que no han logrado volvérsele á incorporar...»

En la última de sus cartas, dice el valeroso jefe:—«Efectivamente, estoy satisfecho. En los tres meses que llevo de operaciones, he dado rienda suelta á mis instintos y á los nobles impulsos de mi corazón, defendiendo la soberanía de España en esta tierra de ingratos...»

No dudamos que al leer estas admirables y hermosas páginas de la

guerra, nuestros lectores, como nosotros, se habrán sentido orgullos de poder mostrar al resto del mundo hasta donde llega el indomable heroísmo de nuestros soldados.

***

De nuestro diligente corresponsal en la Habana recibimos por correo los siguientes detalles del último ataque á Batabanó:

«La noche del 25 (Abril) fué atacado de nuevo este pueblo por la numerosa partida de Massó.



GOLETA FILIBUSTERA

Los rebeldes rompieron el fuego, á la vez, desde varios puntos de la entrada de la población.

Desde los primeros momentos de la alarma, el comandante de armas de esta plaza, que se hallaba en el Surgidero, ordenó se hicieran varios disparos con granadas sobre los distintos grupos rebeldes.

Los proyectiles disparados por el cañonero *Delgado Parejo*, que manda el teniente de navío don Pedro Tineo, cayeron en medio de las fuerzas insurrectas causando muchas bajas, á la vez que un verdadero pánico, entre los sitiadores.

El destacamento de Batabanó, compuesto de fuerzas de la guardia civil y del batallón de la Lealtad, se portó admirablemente, rechazando varias veces los ataques del enemigo, que procuraba penetrar en las calles, para huir del vivo fuego que le hacían los fuertes.

Las fuerzas del destacamento se distribuyeron en varios grupos que de antemano tenían señalados, siendo muy bien secundados por los serenos y guardias municipales del pueblo.

El ataque empezó como á las siete de la noche, terminando antes de las dos de la madrugada.

Dícese que el fuego de cañón hecho por el cañonero *Delgado Parejo*, desconcertó de tal modo á los rebeldes—(cuyo número se hace ascender á tres mil),—que se apresuraron á dar la señal de retirada.

En el Surgidero se oían perfectamente los extentóreos gritos de los *mambises* mientras atacaban al pueblo.

También el cañonero *Diego Velázquez* prestó muy buenos servicios, haciendo fuego de cañón sobre los invasores, aun cuando los primeros disparos de granada del *Delgado Parejo* bastaron para amenguar los ímpetus de Massó y su gente.

Muchas son las casas quemadas por las hordas invasoras, contándose entre ellas las principales del pueblo.

Se hacen grandes elogios de la guardia civil y soldados de la Lealtad, que rechazaron varias veces á los grupos insurrectos, que venían sobre la entrada del pueblo, obligándoles á retirarse con grandes pérdidas.

* * *

Comprobación de los *sentimientos humanitarios* que adornan el sensible corazón de los que *nuestros cariñosos amigos* del Senado de Washington citan como modelo de hidalguía y dechado de nobleza, es el siguiente hecho de que se ocupó toda la prensa de la isla y de la Península y fué objeto allá y aquí de todas las conversaciones.

Parece ser que el cabecilla Varona, estando de operaciones en el Occidente de la provincia de Pínar del Rio, ó más bien descansando de ellas en una de sus guaridas de la Sierra Acostas, tuvo la *caritativa* idea de deshacerse de don Joaquin Barquin, don Blas de Peral y don Andrés Delgado, personas conocidas por su honradez y lealtad á la causa de España.

Para lograr su propósito encargó á uno de sus secuaces, llamado Ramón Laso, que buscara pretexto para llevarlos á sitio á que pudieran ser *chiminados* con el menor ruído posible.

No tardó el Laso en encontrarlo, y aprovechando la coincidencia de que los desdichados condenados á muerte por el feroz bandolero tenían que hacer un viaje á Mántua, se apresuró á acompañarlos «para ponerlos á cubierto y defenderlos en todo caso de cualquier posible agresión.»

Llevados una madrugada al encinar, empezó á infundir sospechas en los viajeros la presencia inopinada de varios *mambises* armados y la actitud de su guía, hasta el punto de que, parándose en seco el señor Barquin, exclamó:

«—Mira, Ramón, es preferible que nos volvamos. El camino es más largo y penoso de lo que yo creía, y mi mula no podrá resistir.»

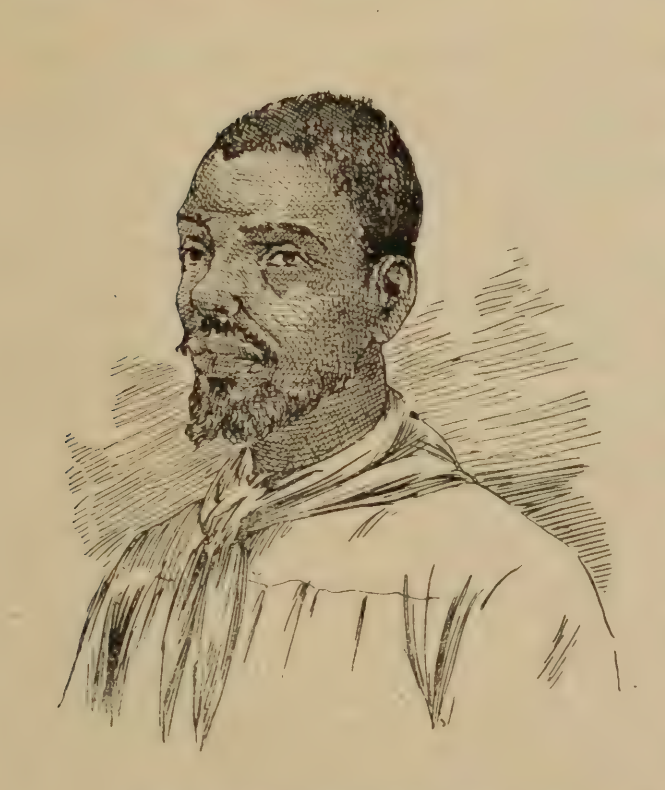
A lo que Laso contestó con siniestra burla:

«—Vais á llegar al fin de la jornada, don Joaquin, más pronto de lo que sospechais.

Y como al arrastrar á los viajeros al trillo de un encinar, vieran éstos tres lazos pendientes de un árbol, Barquin dijo por lo bajo á su compañero don Blas Peral:

«—Me dá el corazón que esas cuerdas son para nosotros.

Al oir lo que, Peral, presa de un síncope, cayó del caballo que montaba, quedando muerto en el acto.



UNO DE LOS ASESINOS DE D. JOAQUÍN BARQUÍN

Ante aquella desgracia, don Andrés Delgado, ciego por la ira y viendo que era inútil intentar una lucha con los que á sangre fría iban á asesinarlos, asió, sin desmontarse, uno de los fatídicos lazos, diciendo á sus verdugos:

«—Puesto que por español me vais á ahorcar, sabed que los españoles no dejamos que la mano de ningún malvado nos manche. Ya que la muerte es la que me libra del roce con bandidos y traidores, muero gustoso... ¡Viva España!»

Y ajustándose el lazo al cuello espoleó su caballo, que dejó el cuerpo tambaleándose, colgado de una rama.

Barquin, por el contrario, más reposado y dueño de sí, rogó á Ramón Laso que para evitarle sufrimientos cambiara la horca de lugar,

porque la rama de que pendía la cuerda amenazaba desgajarse al menor peso.

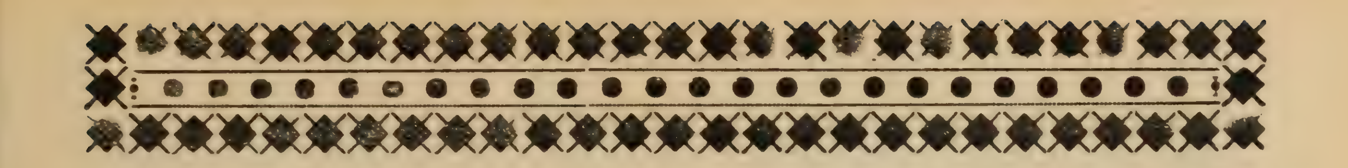
Sin atenderle ni escucharle, el feroz verdugo y sus ayudantes se apoderaron de él y lo colgaron de aquella rama que, con efecto, cuando el caballo partió dejando suspendido el cuerpo de su desventurado dueño, se vino éste al suelo, sufriendo horribles magulladuras y heridas.

En tal estado se incorporó, pidiendo con los acentos de la más espantosa desesperación á sus verdugos que se le perdonara la vida. Pero sus acentos, lejos de ser escuchados por aquella taifa de bandidos fueron ahogados por las más soeces burlas, y colgado de nuevo con bárbaros refinamientos de crueldad de la encina, sufrió la misma suerte que su compañero.

Es más, para que el acto no quedara incompleto, tampoco la muerte libró del suplicio al desdichado don Blas Peral, cuyo cadáver fué colgado también al lado de los de sus compañeros de infortunio.

¡Paz eterna á los mártires de la patria!





CAPITULO X

El diario de la guerra.—Noticias de la Habana.—Las columnas Hernández y Garrido.—Reñido encuentro en Lomas Canoa.—Cambio de táctica.—Esfuerzos d l enemigo para salvar la trocha militar de Mariel.—Los insurrectos de la provincia de la Habana y Matanzas faltos de municiones.—El general Vicuña.—El general Bernal y el coronel Echevarría repuestos en sus mandos.—Diario de la guerra.—El cabecilla Urra batido en Playa Salado.—La columna del coronel Molina.—Combate de Motembo.—Encuentro en Recreo.—Máximo Gómez en Sagua la Chica.—Avance de las partidas hacia Matanzas.—Ataques á los poblados de Cabezas, Camuño y Capellanes.

RARA vez tenían confirmación las noticias que solían comunicar de la Habana sobre la situación y planes de los insurrectos. Por tal razón nos mereció muy escaso crédito la que transmitieron de allí el día 19 de Mayo anunciando que Antonio Maceo se proponía fortificarse en Las Pozas. Hállase esta población demasiado cerca de la costa y no bastante protegida por la fragosidad del terreno, para que el cabecilla mulato tratase de sentar en ella sus reales; y aun suponiendo que abrigase tal empeño, dudamos mucho de que pudiese realizarlo, por las condiciones del terreno, ya indicadas, y por la proximidad de Las Pozas á Bahía Honda, centro militar importante en aquellos momentos, donde contábamos con numerosas fuerzas y á donde podian conducirse por mar, en pocas horas, cuantas fueran precisas.

Todo ello indicó, á lo sumo, que, á falta de noticias concretas sobre las operaciones, se procuraba dar suelta á la fantasía para entretener el tiempo.

Lo que parecía observarse con mayor claridad era un cambio de táctica en la persecución contra Maceo. Desde luego había motivo para sospechar que se había renunciado á la combinación últimamente anunciada, puesto que en ella debía intervenir el general Arolas, y éste había vuelto, según se decía, á encargarse nuevamente del mando de las tropas que guarnecían la trocha de Mariel-Artemisa.

Verdad es que para aquella combinación se quería movilizar una parte de estas fuerzas, sustituyéndolas en la línea militar con voluntarios de la Habana, y que tal vez se hubiera renunciado á aquel plan, por la dificultad ó los inconvenientes que ofrecía la realización de semejante cambio.

Estábamos desde hacía varios días sin notícias de las partidas reunidas en la provincia de Santa Clara por Máximo Gómez.

El parte oficial del día 19 dió, lo mismo que el del día anterior, noticias de una serie de encuentros, sin que descollara ninguno por su importancia, ni merezca la pena de comentarse.

Las escaramuzas que se señalaron en Pinar del Río, tuvieron por teatro el extremo Occidental de esta provincia.

De Maceo y de las partidas que se mantenían en las lomas del Cuzco, no se decía una sola palabra.

***

El resúmen de los combates ocurridos el día 17—según nos comunicaron de la Habana—de que se tuvo noticia en la Capitanía general, arrojaba estos datos:

El enemigo tuvo un total de 66 muertos; fué herido gravemente el cabecilla Cepero; murió el cabecilla Pisa, y creíase que también había muerto el cabecilla Juan Delgado. Los rebeldes ahorcaron en Jovellanos á ocho negros.

Los comerciantes extranjeros protestaron por medio de los cónsules respectivos de los perjuicios que les irrogaba la suspensión de la exportación de tabaco.

Según los partes que los jefes de las columnas enviaron, dando cuenta del resultado de las operaciones efectuadas el 18, el enemigo tuvo 23 muertos, entre ellos el cabecilla Felipe Rodriguez.

Nuestras columnas tuvieron dos soldados heridos y un teniente coronel contuso.

La *Gaceta* de ese día publicó un importante decreto, prorrogando todo crédito hipotecario hasta 30 de Abril de 1897 y suspendiendo el curso de los pleitos incoados y de los procesos por créditos, de cualquiera clase que fuesen, con el Estado, la provincia y el Municipio, continuando sólo hasta la toma de razón del embargo en el Registro.

Esta disposición causó buen efecto entre los hacendados arruinados por causa de la guerra y por los atropellos de los rebeldes.

Una numerosa partida de insurrectos atacó el pueblo de Cascajal, en la provincia de Matanzas.

La guerrilla local defendió bizarramente la población, consiguiendo rechazar al enemigo, al cual se hicieron bastantes bajas: uno de los voluntarios resultó muerto y hubo, además, cuatro heridos graves.

Nuevamente atacaron los rebeldes la línea de Mariel, con propósito de romperla y pasarla; pero de nuevo fueron rechazados por nuestras tropas, que les causaron algunas bajas.

* *

Las columnas de los comandantes señores Hernández y Garrido,

formadas por los batallones de Simancas y Príncipe, un escuadrón y artillería, combinaron un movimiento saliendo el 15 de Guantánamo para impedir un desembarco que varias partidas trataban de proteger.

Los insurrectos tuvieron confidencia de la salida y propósito de las columnas, así que del número de soldados que iban á batirlos, y viendo que disponían de fuerzas muy superiores, creyeron fácil rechazar á las tropas y se aprestaron al combate, parapetándose en fuertes

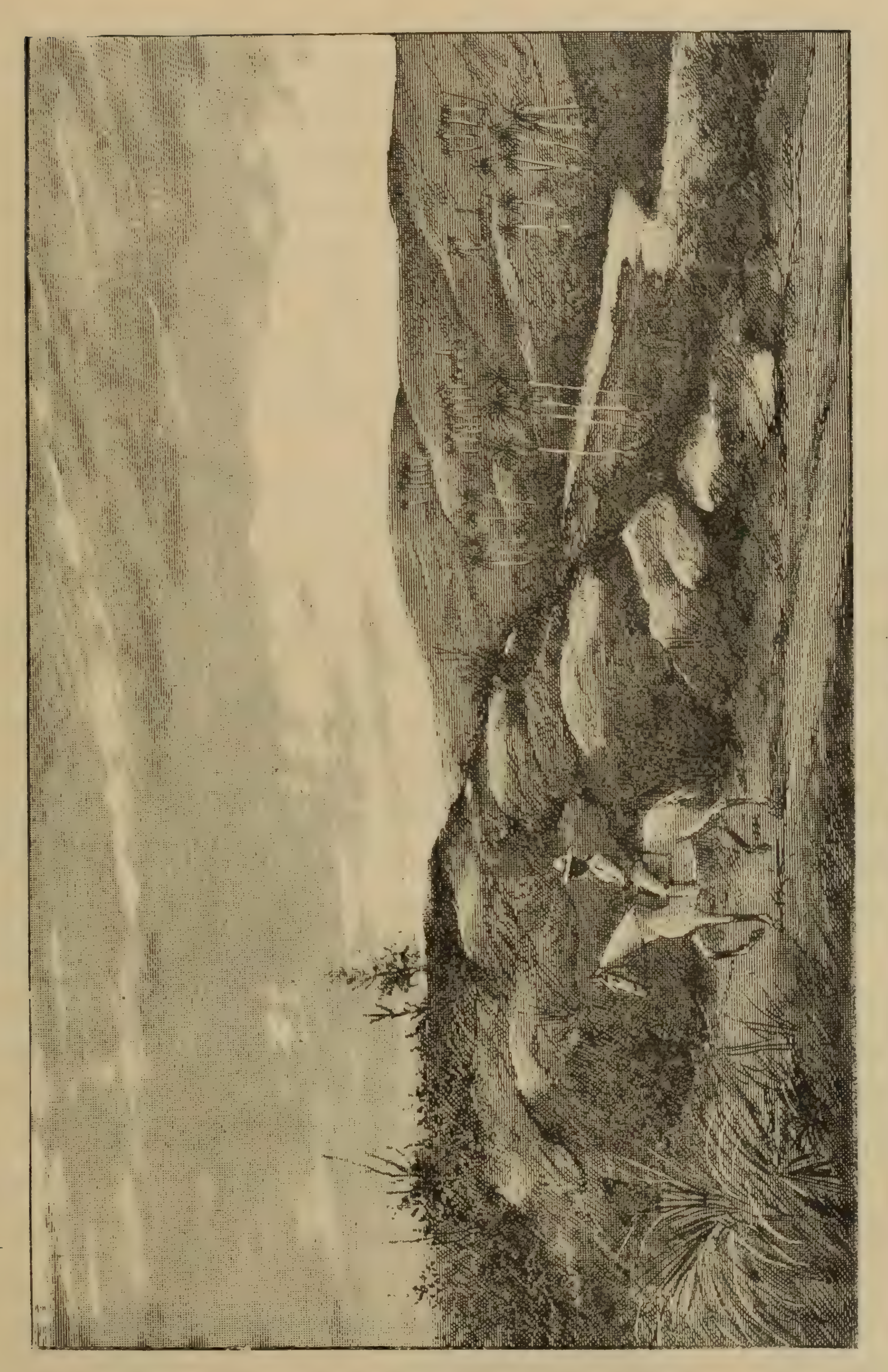


FUERZAS DE SABOYA ESPERANDO EL TOQUE DE MARCHA

posiciones en Río Anberes y en Loma Cana, terreno abrupto y montuoso.

Las posiciones de los rebeldes eran excelentes y sus fuerzas muy superiores en número; pero los valerosos jefes de nuestras columnas no quisieron dejar de cumplir las órdenes recibidas.

Sin pararse á medir el peligro y las ventajas del enemigo, atacaron las dos columnas sus posiciones con tal brío y empuje, que pronto los *mambises* las desalojaron y huyeron á la desbandada. El primer choque fué tan terrible, que las tropas sufrieron en la lucha, que era inevitable, sensibles bajas: veinte y cuatro heridos graves y seis leves.



VALLE DEL YUMURI (Matanzas)

Los insurrectos dejaron en los cerros, que tenían convenientemente atrincherados, dos muertos, sufriendo al huir numerosas bajas.

Distinguiéronse mucho en este combate, verdaderamente rudo, el comandante señor Garrido y el teniente señor Novella.

En otros varios encuentros de que dió cuenta el parte oficial del 19 tuvieron los insurrectos 17 muertos.

* * *

Hemos señalado en precedente capítulo, refiriéndonos á las operaciones emprendidas para arrojar á Maceo de las lomas del Cuzco, que parecía observarse «un cambio de táctica en la persecución de que era objeto este cabecilla.» Opinión que la prensa oficiosa de Madrid confirmó al noticiar que, para dar á las operaciones en aquel territorio toda la amplitud necesaria, era preciso establecer en él algunos centros de zona donde las columnas pudieran encontrar raciones y cartuchería, dejando állí á sus enfermos y heridos, sin necesidad de volver á la costa, después de cada operación, «*como hasta hoy ha sucedido*» lo cual disminuía el resultado de las victorias alcanzadas sobre los rebeldes.

Mucho nos complace reproducir las anteriores líneas, porque precisamente al reseñar el combate de Cacarajícara decíamos «que todo cuerpo que necesita volver sobre sus pasos ó desviarse de la línea que debe cubrir, pierde el terreno ganado y destruye, por consiguiente, su propia obra.»

Y á remediar tan gran deficiencia, que disminuía el resultado de las victorias, según reconoció el general en jefe del ejército de operaciones en Cuba, iban encaminadas los modificaciones que taxativamente se señalan en el párrafo que dejamos transcrito, en el cual también aparece, por consiguiente, el cambio de táctica á que nos hemos referi-

do, ya que se procuraba que en lo sucesivo no se interrumpiera la operación volviendo á las costas, «como hasta hoy ha sucedido.»

Los repetidos ataques á la trocha Mariel Artemisa, que se consignaron en el despacho oficial del 20, y los encuentros ocurridos en lugares próximos á aquella línea, indicaron que los rebeldes reconcentraban sus esfuerzos por salvarla, con el intento probable de facilitar armas y municiones á los rebeldes que recorrían la provincia de la Habana, y que por no poder surtirse de aquellos elementos tan fácilmente como los de Pinar del Río, debían estar apurando los últimos cartuchos.

Ya decía el general Weyler en un despacho suyo, el día 17, refiriéndose á Las Villas, que el cabecilla Zayas, con un grupo de insurrectos, intentaba pasar por Sagua municiones á Occidente, es decir, á Matanzas y á la Habana. Si estas municiones no habían pasado, como era probable, ó para el caso de que no llegasen, era natural que por el lado opuesto intentasen los de Pinar del Río facilitárselas.

Tal vez esta explicación que damos de los ataques á la trocha satisfaga poco á los que creían que Maceo tenía gran empeño en salir de la provincia de Pinar; pero respetando su parecer, nos atenemos al que nos dicta la irrebatible lógica de los hechos, que paso á paso seguimos.

De temer era, por desgracia, que los rebeldes de Matanzas y la Habana recibieran las municiones de que, al parecer, carecían, si era cierto, como nuestro corresponsal telegrafió, que las avanzadas de Máximo Gómez habían cruzado el Hanabana.



Víctima de la fiebre amarilla, falleció en Corral Falso (Matanzas) el bravo general don Ricardo Vicuña de Diego.

Su muerte fué muy sentida, y el entierro, verificado el día 20 en la ciudad de Matanzas, una solemne manifestación de duelo, en la que tomaron parte todas las clases sociales.

Murió el general Vicuña á consecuencia del vómito, esa traidora enfermedad que tantos estragos hace en los peninsulares que, en cumplimiento de su deber sacratísimo, van á defender la integridad del territorio en la grande Antilla.

No hay que enumerar los grandes servicios prestados en el campo de operaciones á la causa española por el bravo Vicuña.

«Han sido tantos los triunfos que ha obtenido y lo mucho que ha castigado á los enemigos de España —dijo con justicia *La Correspondencia Militar*,— que no habrá ciertamente quien pronuncie el nombre de ese soldado, sin la natural veneración y cariñoso respeto á que los valientes se hacen acreedores, tanto más si defienden una causa justa.»

El señor Vicuña contaba 53 años de edad y 41 de servicios, y había obtenido recientemente el empleo de general de brigada por mérito de guerra en la isla, donde se había distinguido mucho por su actividad y bravura al frente del batallón de Saboya.

¡Descanse en paz el cumplido caballero y bizarro soldado, que tantos y tan legítimos triunfos proporcionó á las armas españolas con su indomable valor y sus iniciativas!

El general Bernal se hizo cargo y se puso al frente de la columna que mandaba el general Vicuña. También vimos con satisfacción que al coronel Echevarría se le había confiado el mando de otra columna en operaciones por la provincia de la Habana.

De todas veras nos congratulamos por la reposición de ambos jefes, cuyos servicios á la patria son bien notorios, y por la justicia que se les hizo; y sinceramente lamentamos la sensible pérdida que experimentó España y el ejército de la patria con la muerte del bravo general Vicuña, que tanto se distinguió en esta campaña.

***

Confirmóse la noticia de que la vanguardia de Máximo Gómez había cruzado el río Hanabana; hecho que vino á corroborar la suposición de que el *generalísimo* se dirigía hacia la línea de Mariel para atacarla en combinación con el *mayor general* mulato, y que demostraba, á la par, que la situación de éste en Pinar del Río iba haciéndose cada día más difícil.

El general Losada, inspector general de Sanidad militar en la isla, regresó á la Habana de su visita de inspección á Pinar del Río, habiendo comprobado que los rebeldes hacían uso de balas explosivas. De ello llevó pruebas innegables que se participarían á los agentes extranjeros.

En la capital de Pinar del Río se acogió á indulto el cabecilla José Gutiérrez, que se fué á la insurrección abandonando la dirección del periódico *El Occidente*.

El comandante de San Quintín señor Ramos, con fuerzas de su batallón, sorprendió en Playa Salado á la partida que capitaneaba el cabecilla Urra, después de larga persecución, haciendo al enemigo 17 muertos, cogiéndole ocho armas blancas y seis de fuego, 30 caballos, monturas y dos lanchas, y apresando á la concubina de Urra, que huía á caballo, y cuyo sentido moral puede apreciarse al saberse que en Abril anterior su amante había ahorcado á su madre.

Una partida rebelde que pasaría de 1.500 hombres y en la cual figuraban varias amazonas, asaltó el día 20 el barrio de Capellanías, cerca de Guanajay.

Los insurrectos, después de cometer todo género de excesos y tropelías, se retiraron, no sin haber pegado fuego á setenta casas, que fueron pasto de las llamas.

***

La columna del coronel Molina, después de perseguir durante once horas las partidas que mandaba el cabecilla Zayas, encontró y dió alcance el día 21 á las avanzadas del enemigo en Polvorosa (Matanzas), á las que arrolló, persiguiéndolas hacia Motembo, donde el grueso de la



DESCARRILAMIENTO DE UN TREN POR LOS INSURRECTOS EN LA LÍNEA DE SAGUA

partida ocupaba fuertes posiciones en una extensa línea perfectamente defendida.

Los rebeldes rompieron nutrido fuego contra la columna é intentaron varias veces realizar un movimiento envolvente; pero sus propósitos se estrellaron contra el denuedo de nuestros soldados, que no solamente rechazaron valerosamente los tres ataques que, tratando de envolver á la columna, emprendieron los *mambises*, sino que los arrojaron de las posiciones que ocupaban y se apoderaron de su campamento,

donde recogieron cinco muertos, que no habían podido retirar los rebeldes al pronunciarse en su precipitada fuga.

El coronel dió orden de que la columna continuara persiguiendo á la partida fugitiva. Esta se refugió é hizo fuerte en un antiguo cuartel de la guardia civil, desde donde defendía con tenacidad pocas veces demostrada por los rebeldes en esta campaña, el paso del río.

Una sección de caballería, compuesta de 25 hombres al mando del valeroso capitán señor Cortés, dió varias admirables cargas, hasta conseguir arrojar á los rebeldes de la casa-cuartel.

La pequeña sección sufrió en estas cargas once bajas; un muerto y diez heridos y perdió 14 caballos.

Se distinguieron notablemente en este combate el comandante del batallón de Cuenca, don Manuel López, que mandaba la vanguardia, y el médico don Justo Martín, que estuvo curando los heridos en la misma línea de fuego.

En este nuevo combate, aseguraron los sitieros que las partidas tuvieron diez muertos, entre ellos un ayudante de Máximo Gómez llamado Mir, y veinte heridos.

Las fuerzas rebeldes, que iban mandadas, como ya hemos dicho, por Zayas, y además, por los cabecillas Collazo y Tamayo, se encontraron en su huída, cerca de Recreo, con la columna del coronel Nario, que las derrotó nuevamente, haciéndoles otros diez muertos y muchos heridos y cogiéndoles cien caballos.

En la marcha tuvo la columna Nario cuatro heridos graves de la caballería, tres graves y dos leves de Bailén, y cinco caballos muertos.



El despacho oficial del día 21 confirmaba el combate sostenido en Motembo y Recreo por las columnas de los coroneles Molina y Nario

y hacía referencia, además, á otros encuentros habidos el mismo día en Las Villas y Pinar del Río, en los cuales se causaron al enemigo 23 muertos, entre ellos el prefecto Francisco Agüero y un mulato titulado capitán, que sucumbieron en el combate sostenido por la columna Imbert en Caoba, (Guantánamo).

El general Pín avisó por su parte que Máximo Gómez trataba de reconcentrar fuerzas en Sagua la Chica y que esperaba mayores refuerzos de Oriente y del Camagüey.

De todo ello parecía deducirse que algunas partidas de Las Villas, las de Zayas y los González, pugnaban por penetrar en Matanzas por el Norte, es decir, por encima del ferrocarril de Matanzas á Santa Clara, en tanto que Máximo Gomez aparecía todavía bastante alejado del Hanabana, si era cierto que se encontraba en Sagua la Chica.

Consignemos de paso que el general Weyler enviaba desde Alquizar á Matanzas 500 caballos del regimiento de la Reina, al mando del coronel Maroto, para sostener á las partidas que intentaban entrar en esta provincia.

De Maceo se dijo que había disgregado sus fuerzas por las lomas de la zona Norte de Pinar. Algunas partidas, sin embargo, habían descendido á la línea férrea, puesto que se presentaron cerca Los Palacios, y en su persecución habían salido los generales Molins y Serrano Altamira.

La situación, en definitiva, había variado poco. Lo más evidente era que la insurrección iba acumulando fuerzas importantes en Las Villas.

Varias partidas reunidas, en número de 2,000 hombres, al mando de Eduardo García y otros cabecillas, atacaron el 21 el pueblo de Cabezas, en la provincia de Matanzas, siendo rechazados por las fuerzas de la guarnición, que no pudieron impedir que al retirarse las hordas de incendiarios quemaran algunas tiendas.

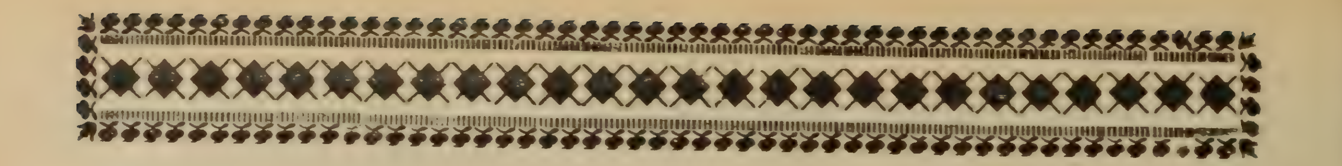
Tambien atacaron el mismo día los rebeldes de la provincia de la Habana el poblado de Camuño, situado en la carretera de Guanajay, límite de la provincia de Pinar del Río con la de la Habana, junto á la trocha de Mariel.

Las tropas que guarnecían el poblado rechazaron con bizarría el ataque del enemigo, resultando herido el bravo teniente de la guerrilla, señor Deunió.

Asimismo otra partida numerosa de filibusteros asaltó el barrio de Capellanes, cerca de Alquizar, cometiendo grandes excesos y quemando al retirarse setenta casas.

En la partida figuraba una amazona que dirigía un importante núcleo de *mambises*.





CAPÍTULO XI

El diario de la guerra.—Importante combate en las Cruces.—Cablegrama aclarante.—Tropas á Matanzas.—Las avanzadas de Máximo Gómez en dirección de la Habana.—Sorpresa de un destacamento.—Diario de la guerra.—Sorpresa y toma de un campamento rebelde.—El general Weyler á la trocha de Mariel.—Una visita de inspección.—Retroceso de los rebeldes á Las Villas.—La columna del general Molins.—Ataque á Palmira.—Encuentro en Socorro.—Regreso del general Weyler.—Noticia curiosa.—Encuentro en Perico Viñolas.—Combate de Guanacal.—Ataque á Consolación.—La columna del general Hernández Ferrer.—Encuentro en Jaruco.—Diario de la guerra.—En persecución de Maceo.—Máximo Gómez retrocede al Camagüey.

AUNQUE muy confusamente, íbase ya dibujando poco á poco la marcha de las partidas puestas en movimiento por el *generalísimo* de los rebeldes cubanos. En páginas anteriores hemos indicado que las fuerzas reconcentradas por Máximo Gómez, se extendían en la provincia de Santa Clara, desde la jurisdicción de San Juan de los Remedios por la de Sancti Spiritus hasta Manicaragua. Estos últimos núcleos, que eran los que mas avanzaban hacia el Oeste, parecían los destinados á constituir la vanguardia.

Así lo creyó todo el mundo, y de ahí que se viniera repitiendo que las avanzadas de Máximo Gómez habían pasado el Hanabana. Esta maniobra no tenía, sin embargo, más objeto que el de encubrir los propósitos verdaderos del *generalísimo*, que al llamar la atención por aquella zona, manteniéndose él mismo entre Taguasco y Placetas, centro de su línea, pretendió facilitar el avance hacia Matanzas de las partidas situadas cerca de Remedios.

Esta primera parte de su plan, conocida hasta la fecha por el desarrollo de los sucesos, habíase cumplido. Los despachos oficiales del 21 y 22 no dejaron lugar á duda.

Las partidas que aparecieron en Motembo, al Oeste de Santa Clara,



VOLUNTARIO DE CABALLERÍA DE LA HABANA

que atravesaron después el ferrocarril de Cárdenas, en Matanzas, y las que el coronel Nario alcanzó en Recreo, provincia también de Matanzas, fueron, indudablemente, las que se corrieron desde San Juan de los Remedios, por el Norte de Las Villas, para verificar esta segunda invasión.

Si alguna duda nos quedase, después de los combates ya citados, del ataque á Cascajal, del encuentro sostenido cerca de Cárdenas por el batallón de Pavía y de la colocación de bombas de dinamita sobre la via férrea entre Sumidero y Coliseo (Cárdenas), de que dió cuenta el general en jefe en su despacho del 22, y que eran indicios evidentes del avance de estas fuerzas rebeldes por la provincia de Matanzas, nos la desvaneciera la medida tomada por el general Weyler, y consignada en uno de sus despachos, de enviar desde Alquizar, extremo occidental de la provincia de la Habana, fuerzas de caballería *para* salirles (á aquellas partidas) de frente por Matanzas. Medida que no se tomó, seguramente, para batir á las partidas locales.

El brillante combate que nuestros soldados habían sostenido cerca de Cruces, prueba fué de la imposibilidad de distraer fuerzas de la provincia de Santa Clara en aquellos instantes.

***

He aquí los detalles de ese importante combate:

Sabedor el general Pín de que en La Teresa hallábanse reunidas las partidas rebeldes mandadas por los cabecillas Alemán, Sarduy, Fonseca y otros, dispuso que saliera de Las Cruces, límite de las provincia de Santa Clara y Matanzas, una columna compuesta del batallón de Búrgos y el escuadron de Pavía, al mando del coronel Delgado. Estas fuerzas, al llegar á Pimienta dieron vista al enemigo, sobre el que cargó resueltamente el escuadrón, sembrando el pánico en las filas rebeldes, destrozándolas y poniendo al enemigo en fuga desordenada trás breve aunque rudísima lucha.

Los insurrectos, en su precipitada huída, dejaron abandonados en

el campo 20 muertos de arma blanca, entre ellos los cabecillas Piñeiro y Garrido.

La victoriosa columna tuvo diez heridos, ocho contusos y nueve caballos muertos, distiguiéndose singularmente en el combate los comandantes señores Alvarez Nieva, Gomez y O'ías y los tenientes Pignatelli y Gonzalez. El enemigo sufrió completo descalabro y sus fuerzas quedaron dispersas.

Un alarmante cablegrama particular de la Habana, que recibióse en las primeras horas de la madrugada del 23, concentró todo el interés de la guerra.

Decía el aludido despacho, fechado el 22 en la capital de la grande Antilla, que habían salido de la Habana seis trenes llenos de tropa, en dirección de Unión de Reyes, centro de comunicaciones de la provincia de Matanzas, y otros tres en busca de caballería para embarcarla y transportarla al mismo punto.

La precipitada marcha de esas tropas obedecía á haberse tenido noticia de que la vanguardía de las fuerzas de Máximo Gómez, formada por las partidas de Massó y Valdés, habían pasado por Bolondrón, en dirección de la provincia de la Habana, y para atajarles el paso salieron aquellas fuerzas. Esperábase que estas lograrían impedir el avance de las fuerzas rebeldes.

Los insurrectos habían causado grandes desperfectos en la línea férrea, cerca de La Salud.

Una partida de mil quinientos insurrectos, mandada por el cabecilla Núñez, sorprendió el destacamento que defendía el ingenio «Capote,» en Lagunillas (Cárdenas), compuesto de cincuenta movilizados. Estos se batieron valerosamente, pero la enorme diferencia del número hizo inútiles los esfuerzos y la bravura de aquellos valientes é infructuosa la heróica defensa.

En el ataque resultaron muertos un oficial, un sargento y varios voluntarios, ignorándose la suerte que corrieron los demás.

***

Con el rápido avance de las partidas puestas en movimiento por Máximo Gómez, la situación se había modificado bastante, entrando en un período agudo. Ya veremos lo que al fin resultó.

En la Habana causó cierta sorpresa que las partidas rebeldes hubiesen entrado en la provincia de Matanzas sin llevar á su frente á su *generalísimo*, circunstancia que indujo á algunos á propalar la noticia de su muerte.

El despacho oficial del 23 consignó, sin embargo, que los rebeldes habían atacado á Cartagena (Santa Clara) y este ataque parecía indicar el avance de las partidas rebeldes que se hallaban al Sur de Las Villas. Por otra parte, se dijo que Zayas había retrocedido desde Matanzas, donde ya había entrado, á la provincia de Santa Clara.

De todo ello se deduce, como ya hemos dicho, que la invasión se verificó exclusivamente por el Norte, y por el momento parecía contenida.

A las nueve de la noche del 23 salió de la Habana para Jaruco el general Ochoa, al frente de una columna compuesta por el escuadrón de Galicia, la guerrilla de Guadalajara y fuerzas de voluntarios montados, con objeto de sorprender el campamento de los cabecillas Arango, Aranguren y Valencia, en los montes de Don Martín.

Descuidados y con poca vigilancia los insurrectos, cargó de improviso y de frente el escuadrón, sembrando el pánico y causando gran confusión en el campamento rebelde, que á la desbandada se apresuraron á abandonar, sin oponer más que ligera y debil resistencia, dejan-

do sobre el terreno 19 muertos de arma blanca y seis caballos muertos, y abandonando 16 caballos vivos, dos mulos, armas y municiones.

Un cablegrama en cierto modo extraño, ó mejor dicho, que nos causó cierta extrañeza, recibimos en la noche del 23 de nuestro activo corresponsal en la Habana.

Decía así:

«*Habana* 23.—En la mañana de hoy, embarcado en el crucero *Marqués de la Ensenada*, ha salido el general Weyler de este puerto, acompañado de los generales Ahumada, Ochando, Losada y todo su Estado mayor, con rumbo á las costas de Pinar del Río.

Parece que el capitán general de esta isla va á inspeccionar la trocha de Mariel-Artemisa y mañana regresará á la capital.

Según expresa la nota oficial facilitada hoy á la prensa en la Capitanía, el cabecilla Máximo Gómez no ha podido reunir fuerzas bastantes para realizar la invasión á Occidente que proyectaba.

La partida de Zayas y otros, que habían llegado á los límites de la provincia de Matanzas, después de ser batidos por la columna Molina, variaron de rumbo y retornaron á las Villas.

Antonio Maceo se halla en Las Pozas, cerca de Bahía Honda.—*El corresponsal.*»

Claro está que nos abstenemos de comentarlo, pues empezamos por declarar que todavía no nos hemos dado exacta cuenta de su alcance y significación.

Lo que sí diremos es que nos pareció extraño que el general en jefe del ejército de operaciones en Cuba fuera en aquellos críticos momentos, con todo su Estado mayor, á visitar la línea de Mariel-Artemisa.

* * *

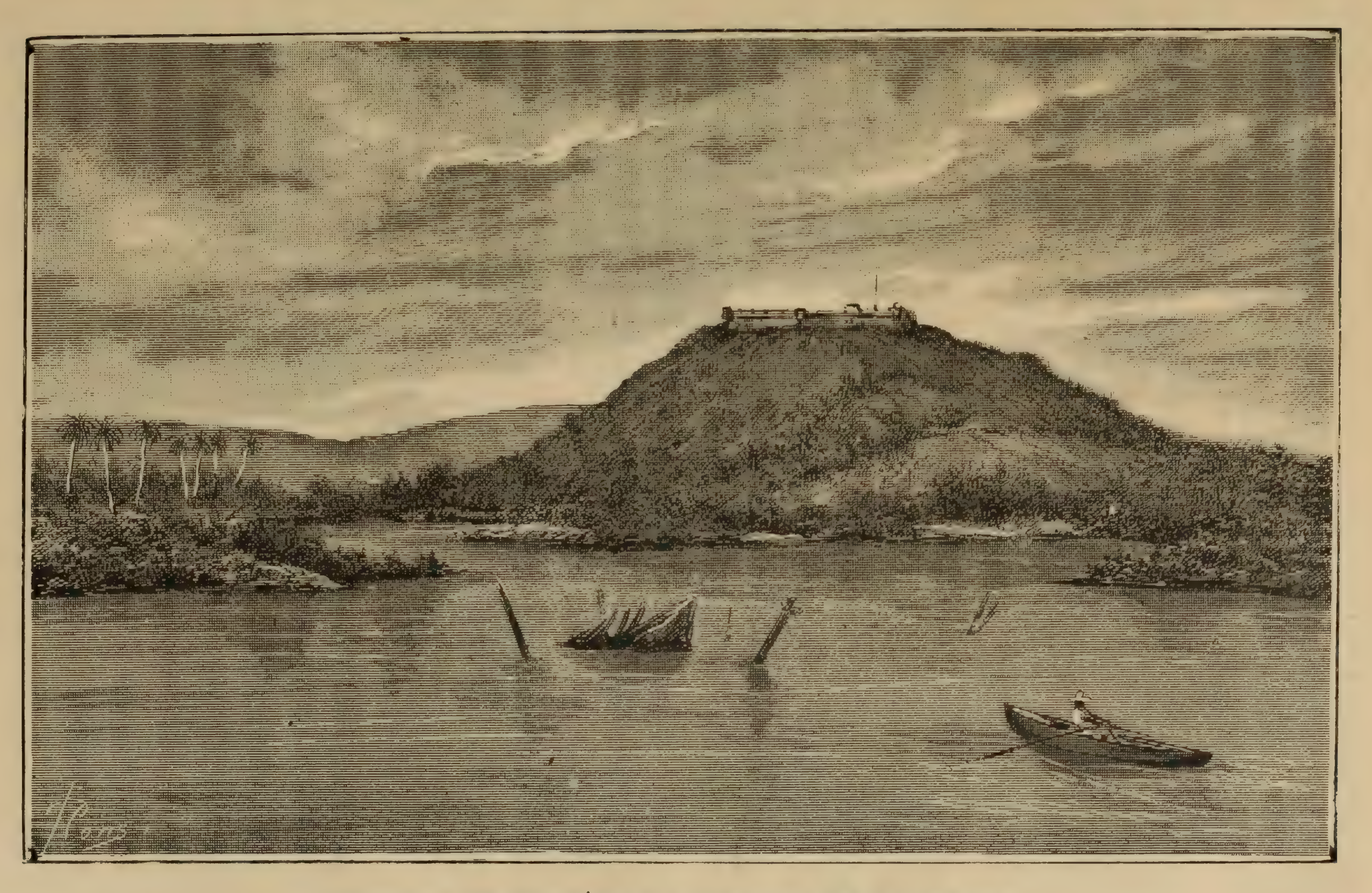
Esa visita de inspección á la trocha militar, hecha por el general Weyler en los momentos en que parecía estar á punto de realizarse el avance de Máximo Gómez y la nueva invasión de Matanzas por las fuerzas rebeldes de Las Villas y de Oriente, anunciado con tanta anticipa-



CENTINELA INSURRECTO

ción por los corresponsales de la Habana, indicaba bien á las claras la confianza que el general en jefe mostraba en que aquellos pronósticos no estaban á punto de realizarse.

De otro modo, por grandes que fuesen las precauciones adoptadas



CASTILLO DE ATARÉS EN EL PUERTO DE LA HABANA

para contener la invasión, por seguro tenemos que no se hubiera apartado de ella la vista, cuando todavía estaban en camino las tropas enviadas á los puntos que se suponían amenazados.

Todo esto nos permitió creer con fundamento que Máximo Gómez no pasaría de Las Villas. La excursión de Zayas á Matanzas había tenido también término breve. Fiamos en que ni siquiera le habría servido para introducir en esta provincia las municiones que el general en jefe dijo en uno de sus despachos que había ido á buscar á Santa Clara.

Tampoco los insurrectos de Pinar del Río mostraban, por lo que se veía, gran confianza en recibir el auxilio que, según se dijo, esperaban de su *generalísimo*, pues si bien se aseguraba que Antonio Maceo continuaba en la jurisdicción de Bahía Honda, nos encontramos con que Perico Delgado, que andaba hacía pocos días por las inmediaciones de la trocha, habíase corrido nada menos que á Herradura, cerca de Consolación del Sur, al Este de la capital de Pinar, donde en compañía de su colega Bermúdez había sido batido por la columna del general Molins, que les causó cinco muertos y cogióles una bandera, armas y efectos.

Volviendo á la provincia de Santa Clara consignaremos que los despachos particulares dieron cuenta de dos hechos de armas ocurridos en aquel departamento. El ataque á Palmira, población situada cerca de Cienfuegos, por una gruesa partida que fué rechazada, y el encuentro sostenido en Socorro, cerca de Quemado de Güines, por la columna del coronel Elola, con una partida que retrocedía de los combates de Matanzas, á la que causó numerosas bajas, teniendo nosotros al práctico muerto, al teniente Terrines, herido grave, y al comandante Piñeiro, herido levemente.

***

En la mañana del 24 regresó á la Habana el general Weyler á bor

del cañonero *Alerta*, por haber encallado en el fango el crucero *Marqués de la Ensenada*, en el que embarcó con todo su séquito en Cabañas, apenas separado de la costa, sin que afortunadamente sufriera averías.

Las noticias de la rápida excursión realizada por el capitán general de la isla fueron bastante contradictorias. El único punto en que estuvieron conformes todas las versiones, fué en que el *Marqués de la Ensenada,* á cuyo bordo iba el Estado mayor con el general en jefe, varó en Cabañas.

Que estuvo en ese punto no cabe duda; y si es verdad que también llegó á Bahía Honda, resulta, dado el escaso tiempo que empleó en el viaje, que en donde no se detuvo fué en Mariel, que era el punto al cual se indicó que se dirigía el general Weyler, para inspeccionar la trocha militar.

No se puede suponer, sin embargo, que no llegó á este último puerto, sino que pasó de largo delante de él, puesto que Cabañas y Bahía Honda están mas al Oeste, y, por lo tanto, á mayor distancia de la Habana.

Una noticia verdaderamente curiosa nos proporcionó el despacho oficial del día 24 Decía que Máximo Gómez se dirigía al Camagüey para conferenciar con el titulado gobierno insurrecto y con una Comisión extranjera.

Hasta la fecha habíamos estado bastante mal informados de los proyectos de los rebeldes. Hechos bien recientes lo habían demostrado así.

Habría, pues, que convenir en que estábamos de enhorabuena, si tales rumores se confirmasen, porque ello demostraría que nuestras confidencias eran á la sazón más exactas, y como por otra parte las conferencias del *generalísimo* con el gobierno trashumante era cosa de poco cuidado, parecíónos que no había perjuício en que el hecho se confirmara.

Para cerrar al *generalísimo* el paso de la trocha de Júcaro á Morón, dijo el general en jefe que había tomado las disposiciones debidas, avisando á las fuerzas que se hallaban en Ciego de Avila.

***

En Matanzas señalóse un encuentro importante con las partidas de Eduardo García y Sanguily, que hacía pocos días atacaron al pueblo de Cabezas. El coronel Maroto, en reconocimientos en Galeón Zapata, batió en Perico Viñolas á las referidas partidas y otras, reunidas en número de 2000 hombres, causándolas 16 muertos sobre el campo, haciéndoles ocho prisioneros y cogiéndoles armas y municiones. La columna tuvo ocho heridos y diez caballos muertos.

La columna del general Molins, en operaciones en Pinar del Rio, alcanzó en Guanacal á las partidas de Bermúdez, Delgado y otros desalojándolas de sus posiciones, haciéndoles 12 muertos, que abandonaron y cogiéndoles 57 caballos, armas y municiones. Las tropas tuvieron cuatro soldados heridos y ocho contusos, y herido gravemente el coronel Gelabert al tomar á la bayoneta el puente de Siguanea, en el campamento de Guanacal.

En la provincia de Pinar del Río los rebeldes atacaron los arrabales de Consolación del Sur, á las nueve y media de la noche del 23, siendo rechazados por los voluntarios que defendían la población y por la columna del general Molins, que alojada, había confiado la defensa á aquéllos. Al amanecer practicó la columna un reconocimiento en dirección de Las Lajas, causando muchas bajas al enemigo: las tropas tuvieron cuatro muertos y veinte heridos. El general Valdés acudió desde Pinar, organizando la persecución de las partidas diseminadas en combinación con la columna del general Serrano, desde Los Palacios.

En la misma provincia, según decía el parte oficial, «el general Muñóz protegía la ocupación de Cayajabos y Cañas, al Sudoeste de Guanajay.

La columna del general Hernández Ferrer, recorriendo el interior de la Ciénaga, donde los insurrectos habían creído que estaban más libres de las acometidas y persecución de nuestras tropas, encontró en término de Güira de Melena (Habana), un improvisado poblado y un hospital, levantados por los insurrectos en Playa Bajía. La acometida de las tropas fué terrible y su empuje incontrarrestable, por lo que la resistencia de los mambises fué débil y corta, abandonando el caserío y dejando en el campo algunas bajas.

La valerosa columna destruyó las viviendas y el hospital, ocupando al enemigo armas, 30 caballos, y botiquines.

En la propia provincia y término de Jaruco, el comandante Fonsdeviela batió el 25 á las partidas mandadas por los cabecillas Aranguren y Cárdenas.

El combate, empeñado y reñido, duró cinco horas, llegando las fuerzas de uno y otro bando á colocarse á cincuenta metros de distancia. Al fin, la victoria se decidió en favor de nuestras armas, dejando el enemigo en el campo siete muertos y llevándose al retirarse bastantes heridos.

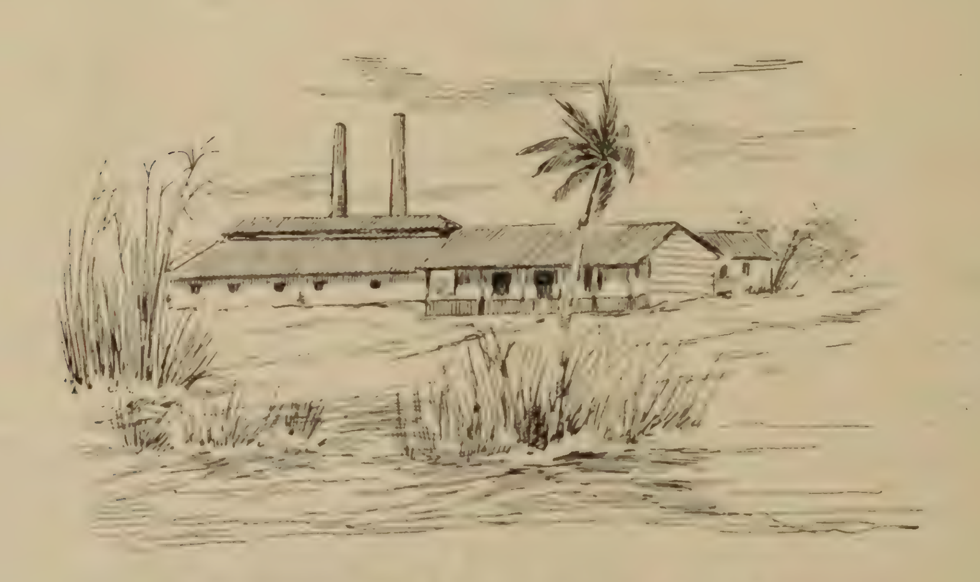
* * *

De nuevo los rebeldes de Pinar del Río dieron suelta á sus feroces y criminales instintos produciendo terribles incendios en la provincia. En la línea de Mariel, cerca de esta población, destruyeron todos los campos. Los ingenios Merceditas, Santa Isabel, Asunción y otros,

situados en dirección de la capital de la provincia, fueron todos incendiados por las salvajes hordas filibusteras.

Un nuevo encuentro entre fuerzas del ejército hubo que lamentar el día 24, en la provincia de Matanzas, que con ser de lamentables consecuencias, no las tuvo tan temibles como los anteriores, merced á haberse advertido, por fortuna, pronto el error.

La columna Pavía encontró en el ingenio Olimpo, cerca de Cimarrones (Cárdenas) á un numeroso grupo de guerrilleros de Cimarrones,



INGENIO POTOSÍ (San Diego de los Baños)

y creyéndose ambas fuerzas rebeldes se tirotearon durante algunos minutos, resultando muerto un voluntario del batallón de la Habana y dos ingenieros heridos.

Las noticias de operaciones que se consignaban en el parte oficial del día 26 tenían escaso interés. Había con todo un hecho saliente, muy satisfactorio para nuestras armas; el ocurrido cerca de Palos, en lomas Gavilán, donde la columna del coronel Tort batió dos veces á las partidas reunidas de Vidal y Sanguily, cargando el escuadrón de Pizarro y las guerrillas de Vergara, al mando del bravo teniente coronel Tejerizo,

con tal empuje y bizarría que causaron al enemigo 15 muertos y 22 heridos, sin que las tropas tuvieran que lamentar más que dos heridos, y algunos caballos muertos.

El punto donde tuvo lugar el combate demostró que las citadas partidas se habían corrido de la provincia de Matanzas á la de la Habana.

El cabecilla Zayas, cuya gente debía estar bastante desmoralizada, volvió á ser alcanzado y batido en Peñón (Las Villas), por fuerzas al mando del teniente coronel Zubia, que le causaron cinco muertos.

Otra noticia satisfactoria nos proporcionó el referido despacho oficial. Hacía ya algunos días que no se decía nada de Maceo, á quién se suponía en Las Pozas. No debía estar allí, sin embargo, puesto que el general en jefe de nuestro ejército aseguraba que las columnas de los generales Valdés, Serrano y Molina continuaban su persecución por el Sur de la provincia. Esto nos hizo esperar que no tardarían en alcanzarle y que tendríamos pronto noticias de algun importante encuentro favorable, como todos, para nuestras armas.

La actividad que los insurrectos desplegaran en Santa Clara, durante aquellos días, desde el ataque á Las Cruces hasta el de Palmira, se había apaciguado bastante. Ello parecía confirmar, en efecto, el retroceso de Máximo Gómez al Camagüey.





CAPITULO XII

Esperanza realizada.—Importante encuentro y brillante combate en las lomas de Lajas.—La columna del general Suárez Valdés y las fuerzas de Maceo.—Seis horas de lucha.—Victoria de nuestras tropas.—Sorpresa y batida del cabecilla Carrillo en Herrera.—Varios encuentros.—Combates de San Blás y Lomas de Gato.—Dos valientes.—Explosión de una bomba de dinamita.—Diario de la guerra.—Noticias de Santiago de Cuba.—Rudo y brillante combate de Ti-Arriba.—Campaña destructora.—Actividad de los rebeldes en Matanzas.—Diario de la guerra.—Detalles del brillante combate del «Triunfo»

La esperanza que nos hiciera concebir la actividad de nuestras columnas en persecución de Maceo vímosla, con efecto, realizada á las pocas horas de concebida. Un telegrama particular, recibido á última hora de la noche del 26, y confirmado oficialmente por despacho del general en jefe llegado á primera hora de la madrugada siguiente, nos dió cnenta de un importante encuentro y brillante combate sostenido en la mañana del 25 por la columna del general Suárez Valdés con las partidas que mandaba el cabecilla mulato.

En la madrugada del 25 salió de Consolación del Sur el general Suárez Valdés, al frente de las columnas del general Molins y coronel Gelabert y fuerzas de Chacel y de Pinar, formando en junto 1,070 hombres, de todas armas, en busca del enemigo. Al llegar la columna á

las estribuciones de la sierra de Las Lajas encontró numerosas fuerzas insurrectas, parapetadas en la extensa línea de lomas que hay entre Lajas y el ingenio «Potosí,» en dirección de San Diego de los Baños.

Las fuerzas rebeldes mandábalas personalmente Antonio Maceo, quien se propuso rechazar á la columna de Suárez Valdés aprovechando los atrincheramientos que habían levantado en las citadas lomas.

El general dispuso el ataque de las fuertes posiciones enemigas combinando acertadamente los fuegos de la artillería y la infantería. La resistencia de los *mambises* fué tenaz y empeñada, como en pocas ocasiones; pero el general Suárez Valdés no cesó en el ataque hasta conseguir arrojar de sus trincheras á los rebeldes.

El combate, reñido por ambas partes, duró seis horas, ganando siempre terreno en su avance la columna y estrechándose tanto las distancias que se oían y confundían las voces de mando de uno y otro campo. Al llegar las tropas á una distancia de 80 metros de las trincheras, dióse la orden de cargar á la bayoneta, y tan vigorosa fué la carga y tan impetuoso el empuje de nuestros bravos infantes, que los insurrectos, no pudiéndolo resistir ni contener, huyeron en vergonzosa dispersión dejando abandonadas muchas reses, resguardadas por las trincheras, y el rancho que tenían preparado, y que aprovecharon los vencedores, quienes se apoderaron también de muchos caballos y gran cantidad de armas y municiones.

En las posiciones tan valientemente ganadas por las tropas encontráronse 39 insurrectos muertos, entre ellos el titulado comandante Naranjo y dos extranjeros, habiendo visto retirar al enemigo durante el combate algunos otros muertos, y buen número de heridos.

Los insurrectos se retiraron en fracciones hacia Caiguanabo, no persiguiéndolos la columna por impedirlo la lluvia torrencial que descargó al finalizar el combate.

***

Al comenzar la acción y poco después de roto el fuego, el general Suárez Valdés, que se puso al frente de la línea de ataque y á la cabeza de las tropas, recibió un balazo en el brazo derecho, á pesar de lo cual siguió á caballo, negándose á ceder el mando y continuando dirigiendo el ataque.

Dos horas más tarde, el general fué de nuevo herido, librándose por milagro de la muerte. El proyectil dio contra la culata del revólver del general, y resbalando hirióle en la cadera derecha, pero produciéndole tan solo una fuerte contusión. Tampoco consintió el bizarro general en retirarse y abandonar el mando de sus tropas, negándose á que le curaran hasta ocupar las posiciones que defendía Maceo, y continuando en su puesto á fin de evitar el efecto moral que la noticia de sus heridas pudiera causar en el ánimo de sús valientes.

El general fué el primer herido que hubo en la lucha, de la que resultaron 27 heridos, algunos de gravedad: los oficiales de infantería de Marina don Antonio Muster y don Manuel de la Cruz y 12 soldados. graves, cinco de tropa leves y cinco contusos, se portaron bizarramente

En el combate se distinguieron notablemente el general Molíns, los tenientes coroneles Castilla y Diaz Vento, de Estado mayor, el comandante Reina y el capitán Maura, de ingenieros. Estos, que mandaban una compañía que iba á vanguardia de la columna, se portaron bizarramente.

Se elogió mucho el comportamiento de la sección de artillería que intervino en la acción al pronunciarse en fuga el enemigo. Varias de las granadas disparadas lo fueron con tal acierto, que se vieron caer y estallar entre los grupos de rebeldes.

Durante el combate, los dos médicos militares que llevaba la columna curaron á nuestros heridos en la misma línea de fuego, con desprecio del inminente peligro que corrían sus vidas, á causa del nutridísimo fuego del enemigo.

Precisamente en los momentos en que terminaba la acción rompió á llover de un modo torrencial, impidiendo la persecución del enemigo fugitivo.

La victoriosa columna marchó á refugiarse á San Diego de los Baños, desde donde el general Suárez Valdés dirigióse en carruaje á Consolación y Pinar, con objeto de que le hicieran la cura de las heridas que había recibido.

Posteriormente se aseguró, por referencias del campo insurrecto, que las partidas de Maceo habían tenido 130 heridos, la mayoría de ellos de gravedad.

***

En las inmediaciones de San Cristobal (Pinar), la columna mandada por el general Serrano Altamira sorprendió y derrotó el día 26, en Herrera, á la partida del cabecilla Carrillo, fuerte de 600 hombres, que se retiró en desórden dispersándose por las lomas, causándola 30 bajas, de ellas ocho muertos que dejaron en el campo, y cogiendo 56 caballos y cuatro acémilas, sin que sufriese la columna más que una baja, por efecto de la huída del enemigo. En este encuentro fué rescatado un soldado del batallón de Castilla, que tenían los rebeldes prisionero.

El teniente Carriles con la guerrilla de San Antonio de los Baños, operando por las inmediaciones de esta población, encontró en la finca Berbic á la partida Collazo, atacándola al arma blanca y haciéndole seis muertos, uno de ellos el cabecilla Emilio Collazo, y muchos heridos.

El coronel Moncada, que en la madrugada del 27 iba custodiando con su columna un convoy desde Madruga á Pipián (Habana), cerca de la divisoria con Matanzas, supo que el enemigo se hallaba muy próximo, en las inmediaciones de San Blas, y dejando una compañía protegiendo aquél, dirigióse con las demás fuerzas en su busca. Al poco rato de marcha encontró, en efecto, ocupando muy buenas posiciones en las cercanías de Cangre, á las partidas de Llerena, Mirabal, Aguirre y otros cabecillas, en número de unos dos mil rebeldes.

El bizarro coronel, al dar vista al enemigo, ordenó que el escuadrón de la Princesa y una compañia del batallón de Mallorca atacaran



POBLADO DE STA. CRUZ DE LOS PINOS

á los rebeldes; tan rudo fué el empuje de las tropas, que los *mambises* al verse sorprendidos y arrollados de improviso, no pudieron resistirse en sus posiciones y las desalojaron sin aceptar combate.

Los soldados perseguieron al enemigo en su fuga, y éste al llegar á las Lomas de Gato hízose fuerte y resistió durante tres horas el ataque de la pequeña columna, hasta que por fin tuvieron que declararse de nuevo en fuga ante la tenacidad de nuestros valientes, dispersándose en diversas direcciones y llevándose gran número de heridos.

En este segundo encuentro resultaron gravemente herido de dos balazos el teniente de Mallorca señor Martinez Vivar y con heridas leves el segundo teniente señor Lopez Valera y un soldado.

Un grupo de rebeldes sorprendió cerca de Sancti Spiritus á una pareja de guardias civiles. Los insurrectos, trás de deliberar algún rato acerca del género de muerte que darían á los guardias, resolvieron atarlos á un árbol y dejarlos morir de hambre.

Así lo hicieron; pero aquellos dos valientes, aprovechando un descuído de sus verdugos, rompieron las cuerdas que los sujetaban, rescataron sus fusiles y atacaron valerosamente al grupo de *mambises*, teniendo la suerte de matar al cabecilla que los mandaba, llamado Bandomo, y herir gravemente á otro de aquéllos. Los restantes huyeron cobardemente ante el imprevisto y desesperado ataque de los guardias.

En la línea férrea de Cárdenas á Jovellanos, al pasar un tren de viajeros el día 26, estalló una bomba de dinamita colocada por los insurrectos entre los raíles de la vía. La horrible explosión destrozó dos vagones y causó heridas de más ó menos gravedad á algunos de los empleados del tren y á varios soldados de los que formaban la escolta.

***

Las operaciones en la provincia de Pinar del Río se proseguían con notoria actividad. El rudo y brillante combate sostenido en Lajas contra Antonio Maceo; la dispersión en Herrera de la partida de Carrillo por la columna del general Serrano Altamira, y las órdenes dadas á las columnas de los generales González Muñóz, Molíns, Serrano y Suárez Inclán, según consignó el general en jefe en su despacho del 26, para que avanzaran los tres primeros por Santa Cruz de los Pinos y

el último por el Norte de las Lomas, todos sobre el enemigo, así lo demostraron.

En el combate de Lajas, que dirigió el general Suárez Valdés, secundado por el general Molins, las partidas de Maceo fueron desalojadas de las fuertes posiciones que ocupaban en las lomas, después de cinco horas de fuego, lo que demostró la tenacidad con que se defundió el enemigo. El empuje de nuestros bravos soldados triunfó en difinitiva de tal resistencia, obligando á los rebeldes á emprender la retirada hacia Caiguanabo, dejando 39 muertos en el campo conquistado por nuestros valientes y llevándose 130 heridos.

Nuestras bajas fueron relativamente pocas, ya que no obstante lo rudo de la pelea y el tiempo que duró, solo tuvimos 27 heridos.

Aunque de menos importancia, fueron también satisfactorios por sus resultados los encuentros de que dió cuenta el despacho oficial del 27. Los más salientes fueron los sostenidos en los dos extremos de la provincia de la Habana; uno de ellos en Pipián, cerca de la divisoria con Matanzas, y el otro en San Antonio de los Baños, sobre la línea férrea de la Habana á Guanajay.

Los insurrectos continúaban, no obstante, su obra criminal, destruyendo los campos en las cercanías de Mariel, incendiando ingenios en Pinar del Río y produciendo catástrofes, por medio de la dinamita, en las líneas férreas.

Para colmo de desventuras señalóse también otro desgraciado encuentro entre fuerzas leales, ocurrido en la provincia de Matanzas. No alcanzó, por fortuna, las proporciones de los anteriores, porque el error fué advertido pronto.

***

De los lugares en que se libraron los últimos combates en la pro-

vincia de Pinar del Río, se deduce que el grueso de las fuerzas de Maceo, que venía sosteniéndose en la vertiente Norte de la extensa sierra de Guaniganico, había pasado á la vertiente Sur, corriéndose algo al mismo tiempo hacia el Oeste y trazando, por decirlo así, una línea diagonal con relación á dicha sierra.

Por el Norte, las estribaciones de esta cordillera llegan hasta la costa; por el Sur, hasta la línea férrea de Pinar del Río.

Independientemente de aquel grupo principal que atacó en la noche del 23 el pueblo de Consolación del Sur, de donde lo rechazaron los voluntarios, y que fué derrotado en Lajas el 25 por el general Valdés, otro grupo menos importante, mandado por Carrillo, se presentó en Herrera (San Cristobal) cerca también de la línea férrea, pero bastante más al Este que el primero. Esta segunda partida fué la que batió el general Serrano Altamira, causándola treinta bajas.

De todo ello parecía deducirse que la costa Norte, desde Bahía Honda hasta la desembocadura de El Rosario, estaba á la sazón en condiciones favorables para establecer en ella fuertes destacamentos que la vigilasen y evitasen en lo futuro nuevos desembarcos de armas y municiones, pues sabido es que los últimos se verificaron precisamente en ese trozo de costa.

No se tenía el 28 ninguna nueva noticia de Pinar del Río, ni sabiámos tampoco si Máximo Gómez logró pasar al Camagüey, cual pretendía.

En cambio, tuvimos noticias del Departamento Oriental, del que hacía tiempo nada se decía.

Nos comunicó nuestro corresponsal en Santiago de Cuba, que los insurrectos atacaron el 26 á San José de Bayamo, siendo rechazados por la guarnición y dejando en el campo tres muertos y siete heridos, uno de éstos sargento desertor y dos de aquéllos desertores de guerrillas.

En las inmediaciones de Songo, en Espartillas, la columna man-

dada por el coronel Albert encontró y batió el 27 una avanzada de los rebeldes. Estos se resistieron algo, pero al fin declaráronse en fuga, dispersándose y dejando siete muertos y dos heridos graves.

*
* *

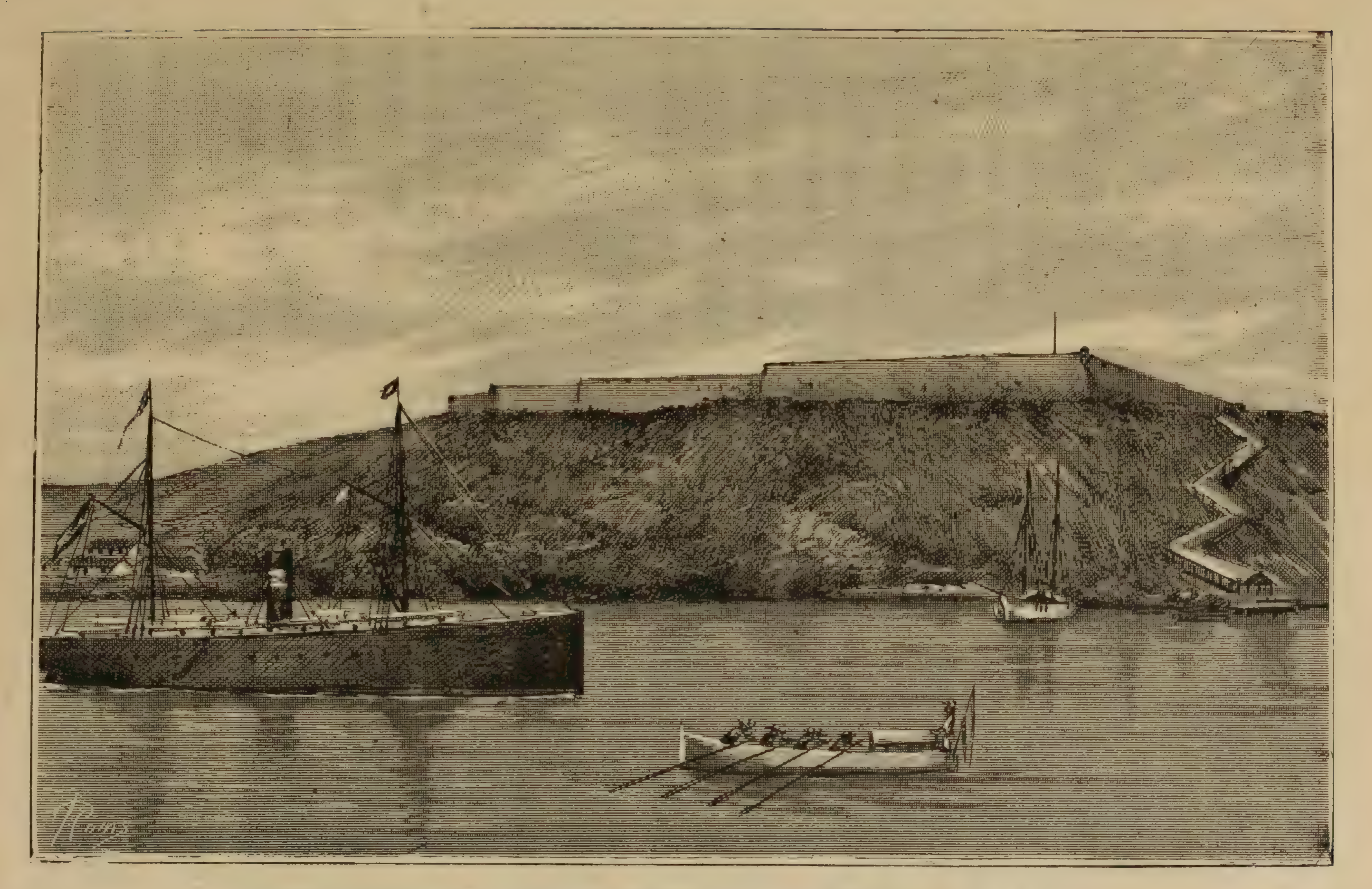
La columna continuó practicando reconocimientos por aquellos alrededores y destruyó un extenso campamento con cien casas impro-



... huyeron en vergonzosa dispersión... (Pág. 729)

visadas y siembras, recogiendo los soldados miles de aves de corral y muchos cerdos.

El coronel Albert prosiguió en la persecución del enemigo hasta Ti Arriba, donde supo que éste se había parapetado, dispuesto á opo ner tenaz resistencia. Y, con efecto, los rebeldes ocupaban tan venta-josas posiciones, que era una verdadera temeridad acometerlos en tan desfavorables condiciones para las tropas. Además, la lluvia torrencial



CASTILLO DE LA CABAÑA, EN EL CANAL DEL PUERTO DE LA HABANA

que caía y el terreno encharcado en que los soldados tenían que maniobrar con barro hasta la rodilla dificultaba aún más la operación.

A pesar de tantas dificultades, la valerosa columna rompió el fuego avanzando á pecho descubierto hacia las trincheras, tras de las cuales combatían los insurrectos.

El combate duró once horas, á causa del empeño de los rebeldes en conservar las posiciones que ocupaban y las dificultades mentadas con que, además, tuvo que luchar la tropa. Por fin, un último y vigoroso ataque á la bayoneta desalojó de las trincheras al enemigo, que huyó en desbandada hacia el interior de la manigua, abandonando sobre el campo de la lucha veinte muertos y llevándose gran número de heridos.

La bizarra columna sufrió sensibles, aunque no numerosas bajas, dadas las desventajosas condiciones en que luchó. Murió el bravo teniente de la guerrilla de Cuba, señor Meseguer, y sufrieron heridas de más ó menos gravedad cuatro soldados.

Los rebeldes habían recrudecido su campaña destructora por medio de la dinamita. De pocos días á la fecha se advertía aumento en los criminales atentados que realizaban por tales procedimientos.

La dinamita produjo á las seis de la mañana del 28 la voladura de un tren cerca de Jovellanos sin que, por fortuna, ocasionara desgracias personales. En Cortén, cerca del fuerte Tosca y Coliseo (Matanzas), una bomba de dinamita colocada por los insurrectos, hizo descarrilar la máquina y carro blindado de un tren de carga sin producir, afortunadamente, desgracia personal alguna. La escolta rompió fuego contra el enemigo, que se retiró.

El temporal de lluvias habíase desencadenado ya de un extremo á otro de la isla no siendo, por tanto, extraño que las operaciones sufrieran con ello sensible entorpecimiento.

*
* *

En la provincia de Matanzas era donde estaban dando en los últimos días de Mayo mayores señales de actividad las partidas insurrectas. Aparte de los encuentros ocurridos en el ingenio Isabel, donde el coronel Nario en reconocimientos dispersó grupos insurrectos, haciéndoles bajas y un prisionero, y en el potrero Jesús María y Central Chino, donde una pequeña columna formada por fuerzas de Navarra, batió á las partidas de Acebedo, Sánchez y otros, parapetadas en cercas, haciéndolas 18 muertos y un prisionero y cogiendo 17 caballos, de ellos doce con monturas; el descarrilamiento de un tren de mercancías y otro de viajeros, fueron indícios evidentes de los elementos de destrucción que la partida Zayas logró introducir en aquella provincia, antes de ser rechazada á la de Santa Clara.

Recibiéronse noticias en la Habana de que el vapor filibustero *Bermuda* intentaba desembarcar una nueva expedición entre Júcaro y Trinidad.

Esta cuestión de los desembarcos filibusteros iba picando ya en historia y era cada día mayor el desenfado con que se preparaban en los Estados Unidos.

Antonio Maceo había estado recibiendo armas y municiones en la costa Norte de Pinar del Río, y á la sazón, por lo visto, le tocaba el turno á Máximo Gómez, que debía andar cerca de la costa que se extiende entre Júcaro y Trinidad.

Ya se estaban sintiendo los efectos de las lluvias, según se desprendía del despacho oficial del día 29, en el que se indicaba que el general Suárez Valdés había tenido que enviar un convoy á las fuerzas del general Molíns, que se encontraban detenidas en el paso de los rios por causa del temporal de aguas.

***

A la amabilidad de uno de nuestros colaboradores, sargento del batallón de León, de operaciones en el teatro de la guerra, debemos los siguientes interesantes detalles del brillante combate sostenido en el ingenio «Triunfo» (Departamento Oriental), por fuerzas del citado batallón y guerrillas, con las partidas de José Maceo y Calixto García.

«....Deseando dar á conocer á nuestra querida patria cómo sus hijos saben defenderla, le comunico por medio de esta carta, hasta el último detalle del combate sostenido con las partidas de Maceo, Calixto García y otros cabecillas, que en número de cuatro mil *mambises* atacaron al batallón de León, guerrilla montada del regimiento de Cuba y guerrilla local de Songo, siendo en total novecientos hombres, y estando acampados en el ingenio «Triunfo.»

Salimos el 26 del corriente de Alto Songo, racionados por cuatro días y al mando del señor coronel de la guardia civil, don Eduardo Roca Rizzareli. Después de tres penosísimas marchas llegamos al ingenio «Triunfo,» propiedad de un norteamericano, á las cuatro y cinco minutos de la tarde, llevando once horas de marcha y sin comer. No bien habíamos acampado y dedicádonos á la cocion del rancho unos, y entregándonos al descanso otros, cuando empezó á llover de una manera torrencial y oyéronse sonar tres golpes en la campana del ingenio. Inmediatamente, cual si las tres campanadas hubieran sido una señal convenida y esperada, nos vimos de improviso acometidos por todas partes, es decir, envueltos completamente por una negra nube de *mambises,* que no bajarían de cuatro mil, y los que, sin duda, creerían coparnos por su superioridad numérica.

Afortunadamente, no fue así, y pronto se convencieron de que al soldado español no le amedrenta la superioridad numérica del enemigo.

Una vez repuestos de la sorpresa y sacudido el letargo en que nos encontrábamos, por efecto del cansancio y del calor, se tomaron las armas y al grito de ¡Viva España! se rompió el fuego por descargas cerradas, avanzando; y, después de dos horas y media de horrible fuego, se hizo huir cobardemente al enemigo con una brillante carga á la bayoneta, quedando nuestro el campo.

Todo el batallón, justificando y honrando el nombre que lleva, se



EL SARGENTO NICOLÁS PEREIRA

portó como verdadero león español, que sabe, según demostró, morir antes que rendirse.

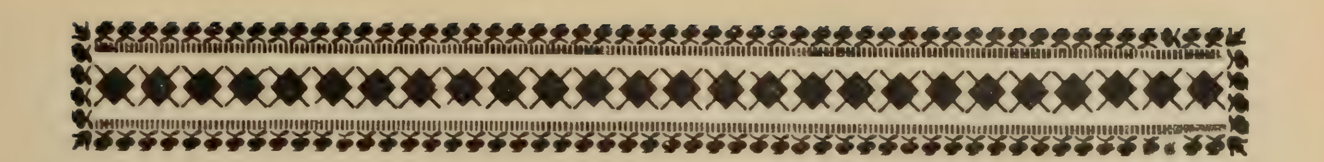
Tuvimos tres muertos y veinte heridos, entre éstos, el capitán don Luís Fernandez Marcote y sargento Nicolás Pereira Hernández, de la tercera compañía; segundo teniente don Francisco Rodriguez Ortiz y

sargento José Monserrat, de la segunda, los cuales supieron no abandonar sus puestos, á pesar de encontrarse heridos desde los primeros disparos.

En el reconocimiento practicado después del combate, se encontraron siete insurrectos muertos; pero según los rastros de sangre y árboles cortados, que para hacer camillas se encontraron, y por lo que luego varios trabajadores del ingenio nos aseguraron, las bajas del enemigo fueron innumerables...X.**»

Songo 30 de Abril de 1896.





CAPÍTULO XIII

El diario de la guerra.—Circular del general Weyler.—Los cabecillas Aguirre, Rodriguez, Bethancourt y otros, batidos por nuestras columnas.—Reconcentración de partidas en jurisdicción de Cienfuegos.—Ataque á un convoy.—La columna del coronel Vázquez. —Muerte de los cabecillas Toledo y *Pelón*.—Nueva expedición filibustera.—La dinamita y la tea incendiaria.—Diario de la guerra.—El *generalísimo* y su lugarteniente Calixto García.—El *Tartufe mambí*.—Combate en el Camagüey.—Consulta necesaria. —El pozo Arión.

ESTÁBAMOS demasiado acostumbrados á ver desmentidos un día los informes que el anterior se dieran por ciertos, cuando se referían á la situación ó á los propósitos de los principales cabecillas y jefes de la insurrección, para que nos sorprendiera la noticia de que Máximo Gómez continuaba en Sancti Spíritus, no obstante haberse afirmado recientemente que se dirigía al Camagüey, para conferenciar allí con el titulado gobierno insurrecto.

Pero la noticia del día 30 no se limitó á este particular, después de todo de poca monta; lo que resultaba, si la noticia era cierta, es que en vez de pasar Máximo Gómez á Puerto Príncipe, era Calixto García el que había ido de Oriente á meterse en Las Villas.

Eso se decía ese día en la Habana, á juzgar por lo que telegrafiaron los corresponsales. Bueno será, no obstante, esperar á que los he-

chos subsiguientes confirmen la noticia y se concrete con nuevas referencias, para darle completo crédito; que si en el paso del *generalísimo* al Camagüey pudo haber error, no hay razón para admitir como indudable y sin mayor acopio de datos el avance de Calixto García hacia las provincias del Centro. Sin negar en absoluto la posibilidad del hecho, cabía dudar de la certeza de la noticia.



EL GENERAL TORT Y SU CORNETA DE ÓRDENES

De varios encuentros en Las Villas, Matanzas y la Habana, favorables todos para nuestras armas, dió noticia el parte oficial del día 30. La emboscada preparada en el cementerio de Cárdenas á la guarnición de esta ciudad, demostró, por desgracia, hasta donde llegaba la audacia de los rebeldes.

En Pinar del Río se señaló un encuentro cerca de Cayajabos, entre la columna del coronel Francés y una partida de 300 rebeldes mon-

tados, que perseguida y alcanzada en terrenos del ingenio «Navarrete» fué batida por nuestras tropas, causándola cinco muertos; y la noticia de que Antonio Maceo se había corrido hacia Viñolas, á donde iban á perseguirle varias columnas. La del general Molins, que estaba detenida por el desbordamiento de los ríos en su marcha á la capital de la provincia, había llegado á Pinar, donde el general Suárez Valdés, herido recientemente, hizo entrega del mando al general Molíns.

* * *

El general Weyler publicó el 30 una circular ordenando que próxima á caducar (el 10 de Junio inmediato) la disposición en que se concedía á los concentrados pobres ración de etapa, siguiera dándose ésta durante otros dos meses, previos los requisitos que exigía la autoridad civil, concediéndose quinientos gramos de carne, ciento veinte y cinco de arroz, y veinte de sal á los mayores de catorce años, y á los menores de esta edad doscientos cincuenta gramos, sesenta y tres y diez, respectivamente.

De los beneficios de esta circular, se disponía fueran excluídas las mujeres y los hijos de los insurrectos que se hallasen en armas en el campo rebelde, y se ordenaba que á esas familias se las expulsase de las poblaciones y se procurase enviarlas á unirse con los insurrectos, donde éstos se encontrasen.

Por este procedimiento quería el general en jefe separar de nuestras columnas gentes que solo servían de confidentes al enemigo y colocar en las filas insurrectas una impedimenta que les causase extraordinario embarazo.

En la misma circular dispuso el gobernador general que se recogiera todo el ganado vacuno, entregando á los propietarios de las reses un recibo de las mismas, siempre que, entre otros requisitos, se

probase que los dueños de aquellas eran personas afectas á España.

En un combate que cerca de Aguacate, en Juguetillo, sostuvo la columna Albergotti con la partida del cabecilla Aguirre, las fuerzas insurrectas fueron batidas y dejaron sobre el campo 17 muertos y varios caballos abandonados.

El general Ochoa, con guerrillas de Guadalajara y caballería alcanzó cerca de Jaruco (Habana), á la partida de Pancho Rodriguez, á la que batió y causó 14 muertos y le cogió 15 caballos.

La columna del general Tort encontró á las partidas de Bethancourt, Castillo y Pérez, en Añilito Plátano, cerca de Nazareno (Habana), á las que hizo siete muertos y cogióles armas y caballos.

***

A juzgar por los encuentros ocurridos en la jurisdicción de Cienfuegos (Las Villas)—los telegramas recibidos el 31 señalaron nada menos que cuatro—hubimos de creer que entre Manicaragua y Aguada de Pasajeros se habían concentrado varias y numerosas partidas.

Contra algunas de ellas, que debían reunir numerosas fuerzas, sostuvieron las columnas mandadas por los coroneles Segura y López Amor repetidos ataques, protegiendo un convoy que la columna Vázquez condujo de Cienfuegos á Manicaragua, distinguiéndose en la batida ésta última que, al amanecer del 28, sorprendió á los rebeldes ocupando ventajosas posiciones para oponerse al paso del convoy, y cargando sobre ellos los arrolló y dispersó, causándoles 50 muertos, entre ellos el cabecilla Toledo, y 40 heridos, y cogiéndoles armas, caballos y municiones. Las tropas tuvieron que lamentar la muerte del bravo capitán del batallón de Bailén, don Lesmes Asenjo, y de un soldado, y las heridas de otros cinco de éstos.

La guerrilla de Sagua batió también á otra partida, teniendo el capitán de aquella la fortuna de dar muerte en combate personal al jefe de los rebeldes, el titulado coronel Sánchez (a) *Pelón*, cuyo cadáver fué conducido á Cienfuegos, haciéndoles además otros cinco muertos y tomándoles armas y caballos.

Una nueva expedición filibustera llegó á las costas de Cuba desembarcando, según se dijo, en Punta del Ganado, al Este de Nuevitas, (Camagüey,) cerca de los límites del Departamento Oriental. Citóse el nombre del jefe que la mandaba, pero no el del barco que la condujo.

En Pinar del Río continuaban las operaciónes contra Antonio Maceo, en las que además de las fuerzas que mandaban los generales González Muñóz y Serrano Altamira, intervendría la columna del general Suárez Inclán, que había salido con tal objeto de Bahía Honda.

*
* *

El principal empeño de los insurrectos en la provincia de Matanzas consistía á la sazón en interrumpir la marcha de los trenes, utilizando la dinamita, con el doble propósito de hacerlos descarrilar y de llevar el espanto al ánimo de los empleados de las vias férreas, para que se negasen á prestar servicio.

Grupos de cuatro á cinco insurrectos continuaban poniendo bombas de dinamita al paso de los trenes. El 31 explotó una de esas bombas puesta en la línea férrea de Sabanilla á Unión de Reyes y destrozó la máquina y un vagón, causando la muerte de un emplendo de la empresa ferroviaria y produciendo heridas á otros.

Si en Matanzas era la dinamita el arma de que se valían las hordas filibusteras para su obra destructora, en la provincia de la Habana era

la tea incendiaria la que manejaban para llevar la desolación y la ruína á los poblados.

La partida del cabecilla Alberto Rodriguez penetró en el poblado de Puerta Güira, situado en la retaguardia de la línea Mariel-Artemisa, quemando cuarenta casas. Las tropas acantonadas en la trocha no pudieron cañonear á los incendiarios para evitar que perecieran las familias pacíficas que vivían en el poblado.

También quemaron los *mambises* el poblado de Jamaica, que está



...Una nueva expedición filibustera llegó á las costas... (Pag. 747)

á dos kilómetros de San José de las Lajas, en la calzada de la Habana á Güines.

Una partida atacó el pueblo de Santiago de las Vegas, que dista 20 kilómetros, al Sur, de la Habana y que contaba con unos 5,000 habitantes. Las fuerzas de la guarnición rechazaron al enemigo, sin poder impedir que al retirarse incendiara algunos bohíos de las afueras ó *sitiería* de la población.

En la provincia de Pinar del Río la crecida de los ríos dificultaba grandemente la persecución de Maceo y sus negradas. Esto no obstante

hubo algunos encuentros de escasa importancia con las partidas llamadas locales, para diferenciarlas, así en esta provincia como en las demás, de las que seguían al jefe mulato y á Máximo Gómez.

Por el silencio que se guardaba acerca la situación del *generalísimo*, que por las señas quería justificar el título que venimos dándole de «duende de la manigua» ó aspiraba al de «cabecilla fantasma,» había que creer que había hecho lo posible para que se volviera á perder su pista. Porque la verdad es que el célebre chino viejo tenía un modo especial de guerrear: el mismo que empleara el no menos célebre bandido Manuel García, y que consistía principalmente en ocultarse y despistar á sus perseguidores, cosa bien fácil, por cierto, en aquella extensa y frondosa manigua. Semejante conducta no será ni muy airosa ni muy gallarda, pero no se puede negar que es nueva; como que no hay en la historia de las insurrecciones, ni en Europa ni en América, ningún jefe que la haya seguido.

***

El que estaba muy bien, en calidad de cabecilla «pundonoroso», era Calixto García. En una proclama que á últimos de Mayo dirigió «al pueblo de los Estados Unidos,» el hombre se arrepentía de haber burlado las leyes de aquel país; entonaba el *mea culpa*, se daba unos cuantos golpes de pecho y ofrecía ir á dar cuenta de sus actos.... pero más tarde.

El documento es demasiado curioso para que no reproduzcamos aquí alguno de sus principales párrafos, con tanto más motivo por cuanto constituye la prueba más evidente de la complicidad de las autoridades *yankees* en las expediciones filibusteras.

Decía así:

...«Bien conozco la obligación que he contraído de presentarme á

ser juzgado por mis supuestas violaciones de las leyes de vuestro país. No me he quedado para hacer frente á las consecuencias de mis actos, simplemente porque creo que tengo un deber más alto que cumplir, como soldado y como cubano.»

. . . .

«Si caigo, mi muerte expiará á vuestros ojos, así lo espero, cualquiera ofensa por la cual hubiese yo tenido que ser juzgado en esa; si vivo, os doy mi palabra de hombre y de soldado, que volveré á vuestro país y me someteré gustoso á las consecuencias que contra mi aparejen vuestras leyes.

Mi conciencia me dice que con este proceder satisfaré las leyes de la justicia, y abrigo la confianza de que los ciudadanos de los Estados Unidos así juzgarán mi conducta...»

Hemos conocido á *Tartufe* bajo muchos aspectos; pero en honor de la verdad, ese *Tartufe mambí* supera á todos los demás.

* * *

Hacía tiempo que no se tenía noticia de ningún hecho de armas ocurrido en el Camagüey. En el parte oficial del día 2 de Junio venían enlazados dos sucesos allí acaecidos. No se indicaba, sin embargo, que estuviesen relacionados el uno con el otro; pero la noticia de un combate en aquel territorio, habitualmente tan pacífico, coincidiendo con la de la entrada en él de Máximo Gómez, parecían demostrar cierta conexión entre ambos.

En Cunagua, jurisdicción de Morón, y al Este de la trocha militar que lleva este nombre, la columna del batallón de Reus tuvo un encuentro con los rebeldes, á los que batió haciéndoles bajas. Al mismo tiempo el general Luque avisó que Máximo Gómez había cruzado la trocha para el Camagüey.

Como el parte fué tan conciso, que ni siquiera indicaba la ruta que seguía el *generalísimo*, ¿habremos de deducir por el lugar en que ocurrió aquel encuentro que Máximo Gómez pasó al Norte de Morón para evitar el paso de la trocha, que empieza allí precisamente? El despacho oficial no nos proporcionó ningún dato que nos permita suponerlo así; sólo nos ofrece la coincidencia indicada que adquiere alguna fuerza, exclusivamente por ser contados los encuentros que en esta guerra han tenido por teatro la provincia de Puerto Príncipe.

Conveniente fuera, sin embargo, que acertáramos en nuestra suposición, porque ello indicaría que Máximo Gómez había estado tanteando el paso de la trocha, y que no pudiendo cruzarla se había visto obligado á correrse del Sur al Norte para pasar por encima de Morón, entre Rincones y la laguna. Conste, no obstante, que esto no es más que una suposición optimista, que hacemos sin gran fundamento, pero que nos hubiera agradado ver confirmada.

Las esperanzas que se concibieron de dar un golpe decisivo á la insurrección, arrojando á los rebeldes de las provincias occidentales de la isla antes del período de las lluvias, se habían desvanecido por la fuerza de las circunstancias.

Las operaciones, sin embargo, no sufrirían, según manifestación del general en jefe, más que un entorpecimiento relativo.

Es verdad que no se podrían emprender en gran escala; pero ocupada la isla como estaba por nuestro ejército y reducidas las columnas á moverse en sus zonas respectivas, no cabía dudar de que éstas estarían siempre vigiladas y que podríamos esperar el mes de Septiembre con bastante tranquilidad.

* * *

Fué muy razonable lo que dijo en su editorial del día 3 de Junio,

en sus comentarios de la guerra, el periódico «La Correspondencia de España.»

Reconoció el popular diario que los hechos, contra todas las previsiones, habían demostrado cómo existían circunstancias adecuadas para permitir á los insurrectos, no sólo la invasión, sino también la

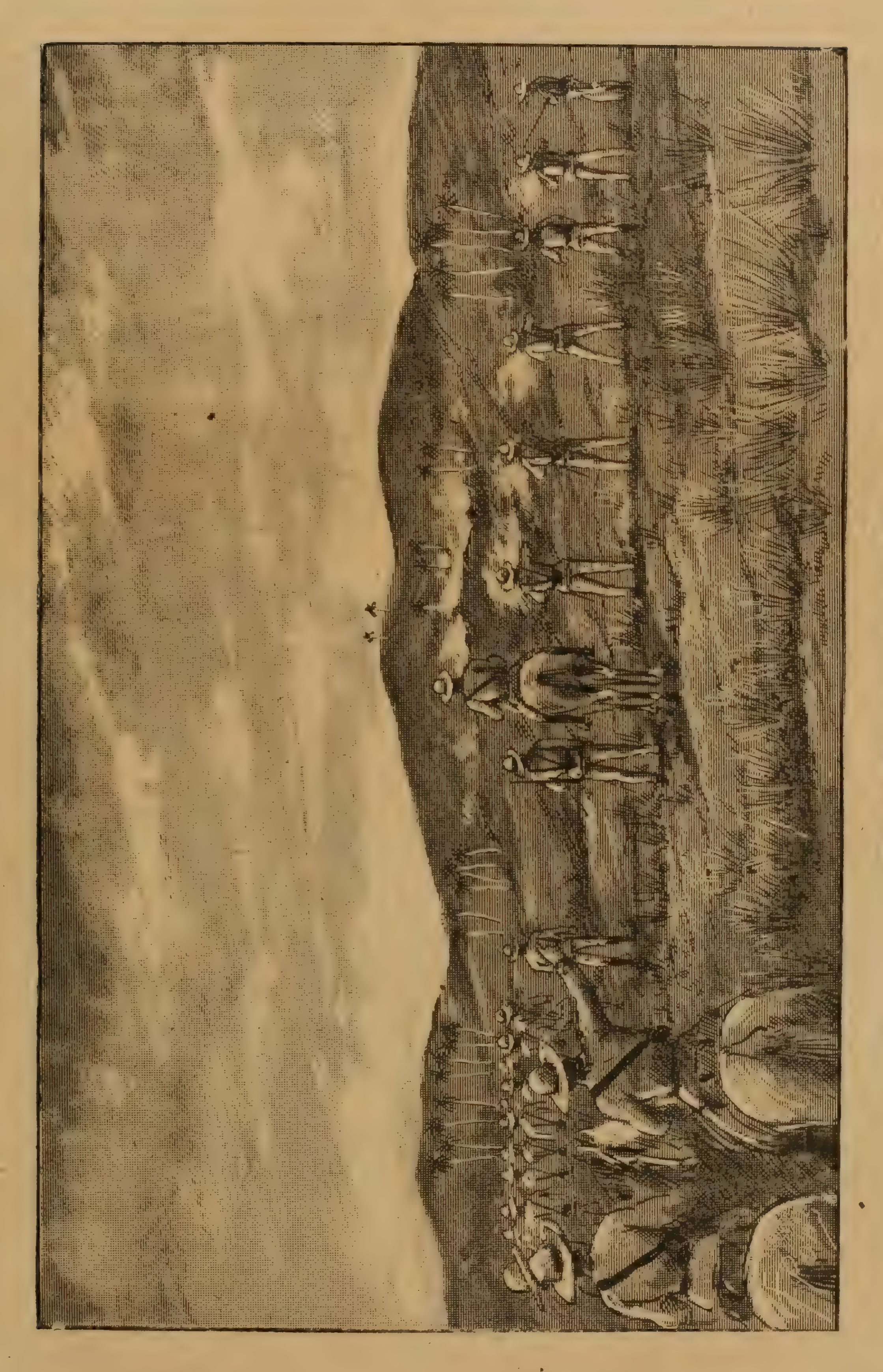


UN MAMBÍ, DE CENTINELA

permanencia durante cinco meses en las tres provincias occidentales de Cuba.

Y en vista de ello, dirigía la siguiente pregunta á los políticos españoles:

«—¿No habrá llegado la hora de aprovechar una época poco propicia para las operaciones militares, en someter el problema cubano al



COMBATE EN LOMA PEGAGROGA

estudio de las Cortes, por medio de una discusión patriótica impregnada de una tolerancia que salve los yerros y la buena intención de todos, y que nos mueva á adoptar una conducta y á emprender una gestión cuyos resultados sean más eficaces que los obtenidos hasta la fecha?»

Por nuestra parte contestamos: sí.

Eso pedía el espíritu del tiempo, eso demandaban las incertidumbres de la opinión, eso exigían los sentimientos de la generalidad que, no por tener un carácter esencialmente negativo, dejaban de representar alguna vehementísima aspiración oculta.

Las cosas y las ideas se definen por sus contrarias.

¿Qué podían significar la indiferencia y el marasmo, harto patentizados en aquellos obscuros días de prueba?

¿A qué obedecían la atonía, el abandono y el descreimiento que por instantes iban ganando terreno en el espíritu nacional, y que llevaban trazas de entumecerlo, ya que no de rendirlo?

¿Cómo explicar la aparente resignación y el aparente olvido de la causa propia, cuando ese olvido y esa resignación en una raza tan altiva, tan enérgica, tan descuidada del mezquino interés y tan celosa del punto de honra, cual es la raza española, parecían el mayor entre todos los contrasentidos y el más inconcebible entre todos los absurdos?

Es que se había perdido la fé en los gobiernos y en las clases que dirigían los negocios públicos; es que había entrado y se había arraigado en los ánimos la convicción de que iba á prolongarse indefinidamente esa guerra en las sombras, en que no los insurrectos, sino las fuerzas naturales y la mala voluntad de los Estados Unidos, constituían nuestros verdaderos enemigos.

*
* *

Dícenos la historia que Felipe II, al recibir la mala nueva del desastre de la *Invencible*, exclamó con un estoícismo muy propio de los corazones castellanos: «—No la mandé yo á luchar contra los elementos.»

Algo semejante nos acontecía entonces, y nos acontece ahora.

Habíamos enviado á Cuba 140,000 soldados heróicos, para cuyo arrojo hubiera importado muy poco que fuese cuatro veces mayor el número de las dificultades, y cuatrocientas más grande el número de los enemigos que había que vencer.

Pero al cabo de diez y seis meses habíamos tenido que convenir en que aquellos valientes no podían esgrimir con el fruto deseado sus armas, ni ejercitar en provecho de la patria, con toda la eficacia apetecida, su incontestable bravura.

De ahí venía el que la opinión, ante la perspectiva de cuatro meses de forzosa inactividad, y ante el recelo, sobradamente justificado, de que, una vez transcurrido el período convencional de las lluvias, volviera á empezar la campaña en los mismos términos y con tan escasas esperanzas de éxito definitivo como se había desarrollado hasta la fecha, se hubiese recostado en el surco, ya convencida de que la guerra tardaría mucho en concluir, si no se hacía todo, absolutamente todo lo necesario para que concluyera.

Debiera, por tanto, haberse arrostrado de frente las consecuencias de una pregunta que no se atrevía á salir de ningún labio, aunque bullera en el fondo de todos los pechos.

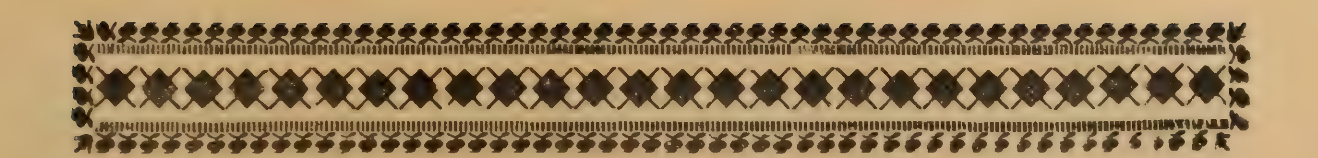
Era necesario, era indispensable, era urgente llamar á capítulo al

país desde la tribuna parlamentaria é interrogarle para que dijera lo que pensaba acerca de la guerra de Cuba.

Y una vez sabido lo que verdaderamente quería España, y conocida su voluntad, haberse apresurado todos, gobernantes y gobernados, á cumplirla fielmente y con verdadero ardor patriótico.

Mas, el gobierno no quiso atender ni escuchar la voz de la opinión, y sucedió lo que indefectiblemente había de suceder, lo mismo que tan sábiamente había ella previsto: la campaña continuó en los mismos términos y con tan escasas esperanzas de éxito definitivo como se había desarrollado hasta entonces, y Cuba fué para España el pozo Arión adonde han ido á parar su juventud y sus riquezas, su legendaria altivez y sus energías todas.





CAPÍTULO XIV

¿Quién fué el culpable?—Diario de la guerra.—Operación sobre Marabí.—El parte oficial.—Muerte del valeroso comandante González Moro.—Varios encuentros.—Noticias de la Habana.—La opinión insular.—Sin explicación.—Apuros del Gobierno.—Las operaciones de guerra suspendidas en Vuelta Abajo.—Expediciones filibusteras.—Despacho oficial.—La Marina de guerra en el Departamento Oriental.—Una opinión nuestra.—Cómo debe hacerse la guerra.—Encuentros y combates en Matanzas y Las Villas.—Sin noticias de Maceo.

Por todos lados y en todas las cuestiones advertíase la gran atonía en que se encontraban las energías del país, antes tan prontas á sentir el odio ó el amor, el entusiasmo ó la indignación, las pasiones, en fin, que constituyen el gran sér colectivo que se llama nación.

Pero esa atonía, de la que todo el mundo aparecía poseido, no era producto de la voluntad de nuestro pueblo, ni de que éste hubiese perdido los signos de su carácter, tan sensible á los males de la patria.

Esa atonía, esa indiferencia, esa depresión del ánimo nacional, venían de muy lejos y tenían causas muy hondas. No se había producido en un día, ni en un año, sino que era fruto de largos desengaños, de terribles escarmientos en las esperanzas y en las ilusiones del país. No era siquiera el cansancio, por los males sufridos, á cuyo embate se ren-

día la indomable fibra de España. Recuérdese, sino, cómo algunos meses antes respondía aún hasta con gozo al llamamiento hecho á su patriotismo, alzando el ejército mayor que envió nunca potencia europea, para dominar la rebeldía de una colonia.

La depresión del espíritu público tenía una causa, la mayor de las causas: reconocía un culpable, el que menos perdón merecía. Y esa causa era la conducta del poder, que sistemáticamente, y aun diríamos que conscientemente—si hubiera algo hecho con conciencia por los gobiernos—se había complacido en matar todo lo que fuera estímulo, acicate, revulsivo nacional.



PUENTE SOBRE EL RÍO DE JARUCO (Habana).

Sin política exterior, con una política económica contraria á los intereses generales del país, en completo abandono la agricultura, con una contínua emigración de brazos que hacía inminente y cuasi irremediable la despoblación de provincias enteras, España se encontraba sola, reñida con todo el mundo, en completa indefensión frente á frente de conflictos internacionales pavorosos, desangrándose por todos lados, caminando sin protesta, con resignación muslímica á la ruína, á la muerte.

Todavía pudo creerse que en medio de esas causas de abatimiento

y depresión, habría algo que pudiese levantar el espíritu nacional, y ese algo fueron los ultrajes hechos al honor español por los norteamericanos.

*
* *

No se equivocaron los que creyeron que la patria respondería. Se organizaron por todas partes manifestaciones expontáneas. Las masas populares, sin discurrir el peligro, se lanzaron á afrontarlo, gritando; ¡Viva España!

Se reprimieron las manifestaciones, se ahogó el entusiasmo, se predicó la prudencia, se dijo que si España sabia tener calma, se respetaría la neutralidad por los Estados Unidos. Las expediciones filibusteras continuaron, á pesar de la prudencia de España. La beligerancia era un hecho, no obstante la correctísima conducta de nuestro pueblo y «las buenas disposiciones» de mister Cleveland. Y acaso, acaso hoy no serían tan fáciles de organizar manifestaciones como las que por explosión voluntaria de la Península entera se formaron al comenzar los debates del Congreso *yankee*.

El pesimismo, el terrible pesimismo, la desconfianza, la tremenda desconfianza en las fuerzas de la nación, que había invadido las regiones del poder, se infiltraba y se iba apoderando y hacía estragos en todas las clases de la sociedad española.

Diríase que aquella exclamación que puso un tiempo el señor Cánovas del Castillo en todos sus discursos, el *¡Que le hemos de hacer!* de un hombre sin consuelo, sin esperanza y sin fé, ya no era tan solo un grito de dolor, sino un principio de filosofía política, una razón suprema de estadista de salvarse y de salvarnos.

Pues bien. La culpa del mal que todos lamentamos, fué de los que

desconfiaron de todo cuanto debiera confundir alientos, hacer cobrar ánimos, encender el calor de los entusiasmos patrios. Y en vez de mantener ese entusiasmo, lo que se hizo fué arrojar sobre él pelotones de tierra, montones de cenizas.

¿Qué extraño, pues, que la atonía, la depresión, el abatimiento, el pesimismo, la indiferencia, parecieran el único ideal de esta tierra desdichada?

***

Al Norte de Baracoa (Departamento Oriental), después de pasar el río Toar, hay un puerto que se llama Marabí, del que aparecían posesionados desde hacía algún tiempo los insurrectos. Dos cañoneros nuestros que intentaron allí desembarcar tropas sufrieron sensibles bajas, hacía próximamente un mes. El general en jefe se refirió incidentalmente á las operaciones que se preparaban sobre Marabí en su telegrama del día 30 de Mayo.

Estas operaciones dieron principio en los últimos días de ese mes, y de su resultado dió cuenta el general Weyler en el parte oficial que se recibió el día 3 de Junio.

Decía así.

«....El general Linares desde Barcia reconoció el día 26 el vado del río Duaba con fuerzas de León y Talavera y guerrillas, batiendo al enemigo desde la orilla opuesta; tuvo dos soldados muertos y seis heridos. Emplazada la artillería, retiróse el enemigo con 24 bajas, y encontrando infranqueable el vado regresó la fuerza.

Comandante González Moro, con columna de Talavera y guerrilla combatió con numerosa partida el día 27, en Loma Pegagroga; dos guerrilleros heridos graves, y capitán Martínez y un sargento leves. Per-

siguió al enemigo hasta Buena Vista, cogiéndole caballos y cartuchos Maüsser, y, creyendo el vado practicable, que no lo estaba, se lanzó al paso, muriendo este valiente jefe: tuvimos ocho heridos de tropa.

Regresó la columna á la plaza, sin ser hostilizada. Otra mandada por el comandante de Estado mayor Ramos, con fuerzas de León y guerrillas, tuvo ligero tiroteo en la costa. Vista dificultad paso río, practicó Linares el día 28 reconocimiento con cañoneros *Pinzón* y *Pizarro,* para desembarcar fuerzas más allá del río Toar, preparando operación desde Marabí.— *Weyler*».

. . . .

La crecida de los ríos Duaba y Toar, especialmente este último, que es bastante caudaloso, cerró el paso á nuestras fuerzas, que intentaron en vano vadearlos, llevando tal ardimiento en este empeño, que el heróico comandante señor González Moro, arrastrado por la corriente, pereció ahogado.

El general Linares, que dirigió esas operaciones, vista la imposibilidad de cruzar el Toar para dirigirse por tierra á Marabí, dispuso que los cañoneros hicieran un reconocimiento á lo largo de la costa, más al Norte de la desembocadura de aquel río, con el propósito de verificar un desembarco en lugar apropiado, para seguir luego sobre Marabí.

***

En Las Villas, Matanzas y la Habana ocurrieron varios encuentros, en todos los cuales fué batido el enemigo, y cayó prisionero de la guerrilla movilizada de Calabazar el titulado coronel Jesús Rodríguez.

El propósito de los insurrectos de interrumpir la circulación de trenes, manifestóse nuevamente en la línea de Güines (Habana), donde destruyeron la vía férrea, haciendo estallar varias barrenas de dinamita,

y volaron un puente entre Durán y Guara, quedando interceptado el tránsito.

Nos comunicó nuestro celoso corresponsal en la Habana el día 3, que se notaba un cambio muy notable en la opinión de la isla desde que con la llegada allí del último correo de la Península, por impresiones consignadas en cartas particulares y contenidas en los artículos de los periódicos de Madrid, se había visto palpablemente que España no vacilaba en hacer nuevos sacrificios, por enormes, por dolorosos que fuesen, con tal de concluir pronto la guerra que devastaba y arruinaba su perla de las Antillas.

Indudablemente mucha gente de allí tenía grandes dudas y desconfianzas respecto á la actitud de la opinión peninsular. Al leer los periódicos y las cartas los más desconfiados sintieron renacer sus esperanzas y hasta sus entusiasmos.

La opinión era unánime en reclamar el inmediato envío de grandes refuerzos para acabar con la insurrección en breve plazo.

«Para ello—decían algunas personas de gran prestigio y muy conocedoras del estado de la guerra—sería convenientísimo que la prensa habanera y la madrileña hicieran una campaña en demostración de que son menores los peligros y las fatigas que tendría que sufrir el ejército en una breve temporada, aun siendo ésta la de las lluvias, que si se prolongase la lucha durante muchos años, como indudablemente se prolongará si ahora no hace España un supremo y definifivo esíuerzo.»

En este sentido se telegrafió á algunos diarios de Madrid, y en opinión de nuestro informante, de conformidad con las impresiones que nos tenía ya comunicadas, los refuerzos eran absolutamente precisos y urgentes.

La prensa de la Habana, al ocuparse del aspecto que presentaba la campaña, se mostraba partidaria de que fueran nuevos refuerzos.

«Enviando—decían—25 ó 30.000 hombres que permitieran al ge-

neral en jefe lanzar 12.000 más sobre Maceo, podría destrozarse *en el término de un mes.»*

La afirmación era tan rotunda, como satisfactoria la promesa que enunciaba. No nos pararemos, sin embargo, á discutirla. Quien tan agradables vaticinios hacía no adquiría con ello ningún compromiso.

El gobierno, mejor enterado que nosotros del estado y aspecto que presentaba la campaña, no necesitaba indicaciones ni estímulos de ninguna especie para acelerar el término de la guerra.

El sacrificio, á pesar de ser de consideración para obtener un resultado parcial, parecía, sin embargo, pequeño, y el país hiciéralo con gusto, si con él hubiera de alcanzarse en el breve término de dos meses una ventaja tan real y positiva como la que anunciaba la prensa de la Habana.

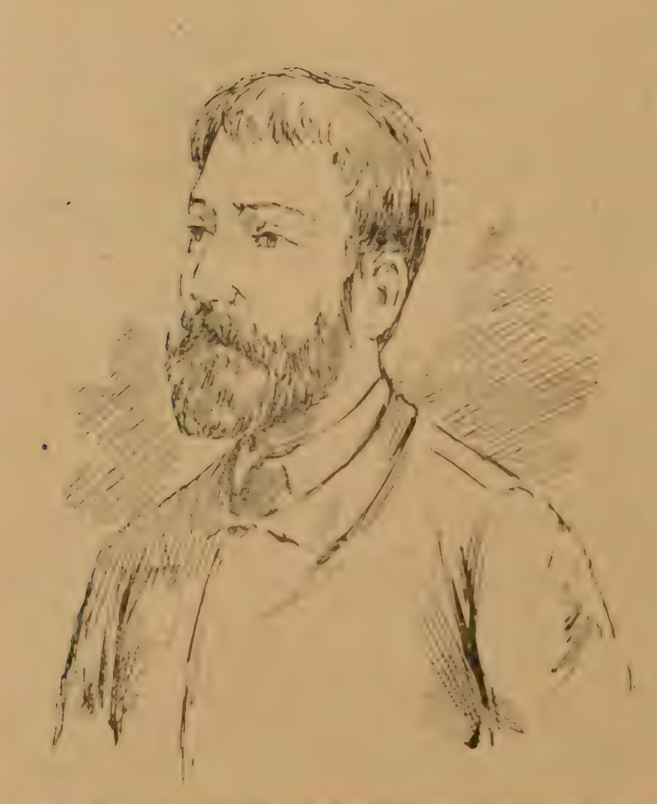
Lo que no nos explicamos bien es, cómo se fijaba un plazo tan corto, comprendido además dentro del período de las lluvias, cuando los corresponsales que daban cuenta de las manifestaciones anteriormente expuestas, aseguraban «que el crecimiento de los ríos en toda la isla suscitaba grandes obstáculos á la acción militar», y en el mismo despacho oficial del día 4 se decía que «el general González Muñoz, aislado en San Diego de los Baños por el horroroso temporal de agua, trataba de unirse con el general Serrano,» obligado á permanecer, á su vez, en Palma.

Comprendemos, por lo tanto, los apuros del Gobierno y las dudas con que debió batallar. Por una parte le señalaban la conveniencia, casi la necesidad, de mandar inmediatamente veinte y cinco ó treinta mil hombres á Cuba para proseguir las operaciones, y por otra le decían que las lluvías torrenciales suscitaban grandes obstáculos á la acción militar.

Razón tuvo la opinión pública para pedir que se empezase por exponer el estado real de las cosas; porque parecía, en efecto, que en esta cuestión de Cuba todo el mundo se había confabulado para que la verdad no se supiera.

*
* *

Teniendo en cuenta que la provincia de Pinar del Río está atravesada en toda su longitud por la cordillera de Guaniguanico, y que de ambas vertientes descienden innumerables arroyos, que los aguaceros convierten en torrentes infranqueables en la época de las lluvías, cualquiera puede formarse idea de las dificultades con que tropezarían en sus marchas nuestros soldados, mientras durase el temporal. No era, pues, extraño que las columnas que perseguían á Maceo se encontrasen, como á la sazón ocurría, detenidas y paralizadas.



UNO DE LOS YANKEES QUE DIRIGIERON LAS TRINCHERAS DE LOS REBELDES EN CACARAJÍCARA

Si en tales consideraciones se tenía confianza de alcanzar algún resultado positivo, lógico y natural era que las operaciones continuasen; pero si se había de renunciar dentro de un mes á proseguirlas por imposibilidad material de continuarlas, hubiera valido más desistir desde luego, en tanto durase el período de las lluvias. Habíase repetido hasta la saciedad—y este fué tal vez el únieo punto en que todos estuvimos de acuerdo—que la insurrección se alimentaba exclusivamente de los socorros que recibía de la República norteamericana en hombres y pertrechos

y que si se lograse impedir el desembarco de armas y municiones se le daría un golpe mortal.

Confirmó la exactitud de esta opinión el aliento que aún conservaba la rebelión, merced al número de expediciones filibusteras que conseguían arribar á las costas de Cuba. Precisamente en aquellos días este mal parecía haberse recrudecido, pues además de asegurarse con gran insistencia, que los insurrectos habían logrado desembarcar dos expediciones importantes por Marabí y Campiguey, (Departamento Oriental), dijo un telegrama de Jacksonville, capital de la Florida, que había regresado á aquel puerto el vapor filibustero *Three Friends* (Tres amigos) cuyos tripulantes se vanagloriaban de haber conducido á las costas de Cuba, con el más completo éxito, el mayor cargamento de fusiles, cañones, municiones, dinamita y otros pertrechos de guerra, que hasta la fecha había sido enviado desde los puertos de los Estados Unidos á los insurrectos de la grande Antilla, y acusó otro de Nueva-York, que una partida de cubanos, cuyo jefe usaba machete, se había embarcado á bordo del vapor *Algiers* que lo trasladaría en alta mar á otro vapor con destino á Cuba.

***

Pues bien, si esto era así y el temporal de lluvias imponía á las operaciones militares, especialmente en Pinar del Río y en el Departamento Oriental, una pausa obligada, un período de forzoso descanso, ¿no fuera conveniente aprovecharlo, aumentando la vigilancia de las costas con fuertes destacamentos en ellas establecidos en posiciones adecuadas y bien defendidas?

Mas, no necesitamos explicar la idea más detenidamente. El siguiente parte oficial que se recibió el 5 por la noche, nos dió el trabajo hecho:

«*Habana* 5.—(Recibido 11'15 n.)—A pesar de la dificultad de sacar fuerzas de Cuba, por reunirse enemigo en Cauto, dispuse operación al mando del general Linares, de acuerdo con el general del Apostadero, sobre Marabí.

El día 1.° embarcó en Baracoa una expedición con batallones de León, Talavera, guerrillas, artillería montaña, en goleta *Anita*, cañoneros *Alvarado, Pizarro* y *Pinzón*, auxiliados por el crucero *Jorge Juan*. Al amanecer del día 2 desembarcaron en lanchones, protegidos por botes y barcos, en la playa de Toar.

Roto el fuego el enemigo, fué contestado por los buques de guerra y desembarcó la infantería, que se hizo rápidamente dueña del campo, teniendo cuatro heridos leves, sin poder desembarcrr ganado; pernoctó en tierra con lluvia torrencial, esperando barcos.

En alturas Sagua acudieron al amanecer del 3 fuerzas, que cañonearon posiciones del enemigo, posesionándose la columna del Sur y Este de la ensenada, vadeando fondo el comandante Patiño, que con dos compañías de León se apoderó de la parte Oeste, donde hizo el enemigo última resistencia.

Queda en nuestro poder la ensenada Marabí: elegidos emplazamientos fuertes, empezaron los trabajos.

Linares elogia el comportamiento de las tropas y de los comandantes y dotaciones de los buques.

Disminuida crecida Cantillo permitió á general Gasco llegar á Jiguaní, sin combate....—*Weyler*.»

Empezaremos por consignar, con verdadera satisfacción, que la operación sobre Marabí, de cuya ensenada se apoderaron nuestras tropas, *estableciéndose en ella*, fué ejecutada con todo el acierto apetecible, tanto por los jefes que la dirigieron como por las fuerzas de mar y tierra que tomaron parte en su ejecución.

El éxito más completo coronó dignamente el arrojo y la serenidad

de los oficiales y soldados que llevaron á cabo ese brillante hecho de armas, que nos aseguró la posición de un puerto que tanto interés tenía el enemigo en conservar.

Pues bien; lo que se hizo en Marabí, es lo que entendemos que debió hacerse en aquellos puntos de la costa que no podían estar bien vigilados poı los cañoneros, y que, sin embargo, tenían buenas condiciones para facilitar el desembarco de las expediciones filibusteras.

No necesitamos decir que para establecer esos destacamentos, que habrían de contar con fuerzas de alguna consideración y que podrían racionarse por mar, no habría necesidad de emprender ninguna operación como la que fué preciso llevar á cabo en Marabí, puesto que éramos dueños de toda la costa.

***

Sin duda porque la atención estaba fija en Pinar del Río y se cuidaba menos de los sucesos que se desarrollaban en el Departamento Oriental, ni el público, ni la prensa, salvo dos ó tres periódicos, pararon mientes en la operación sobre Marabí, una de las más brillantes, y á nuestro juicio, la más acabada de la actual campaña, hasta el día de la fecha.

Cierto que nuestras bajas fueron escasas y que tampoco se afirmó que los rebeldes dejaran el campo sembrado de cadáveres; pero esta circunstancia no contribuye en modo alguno á quitar importancia á la operación, sino que por el contrario, avalora su mérito estratégico, puesto que fué combinada y ejecutada en condiciones tales de seguridad y firmeza, que desde luego se impusieron al enemigo, llevando á su ánimo el convencimiento perfecto de su inferioridad é impotencia, y por

consiguiente, de lo infructuoso que había de ser su resistencia. Así es como se hace y hacerse debe la guerra.

Los coroneles Maroto y Pavía, en Matanzas, y Molina, en Ceja de Pablo (Santa Clara), tuvieron varios encuentros con las partidas insurrectas, á las que batieron, causándoles buen número de bajas. El cabecilla Lacret, al que se supuso gravemente enfermo á consecuencia de una herida, estaba tratando de reunir las partidas de Las Villas, según comunicó el coronel Molina.

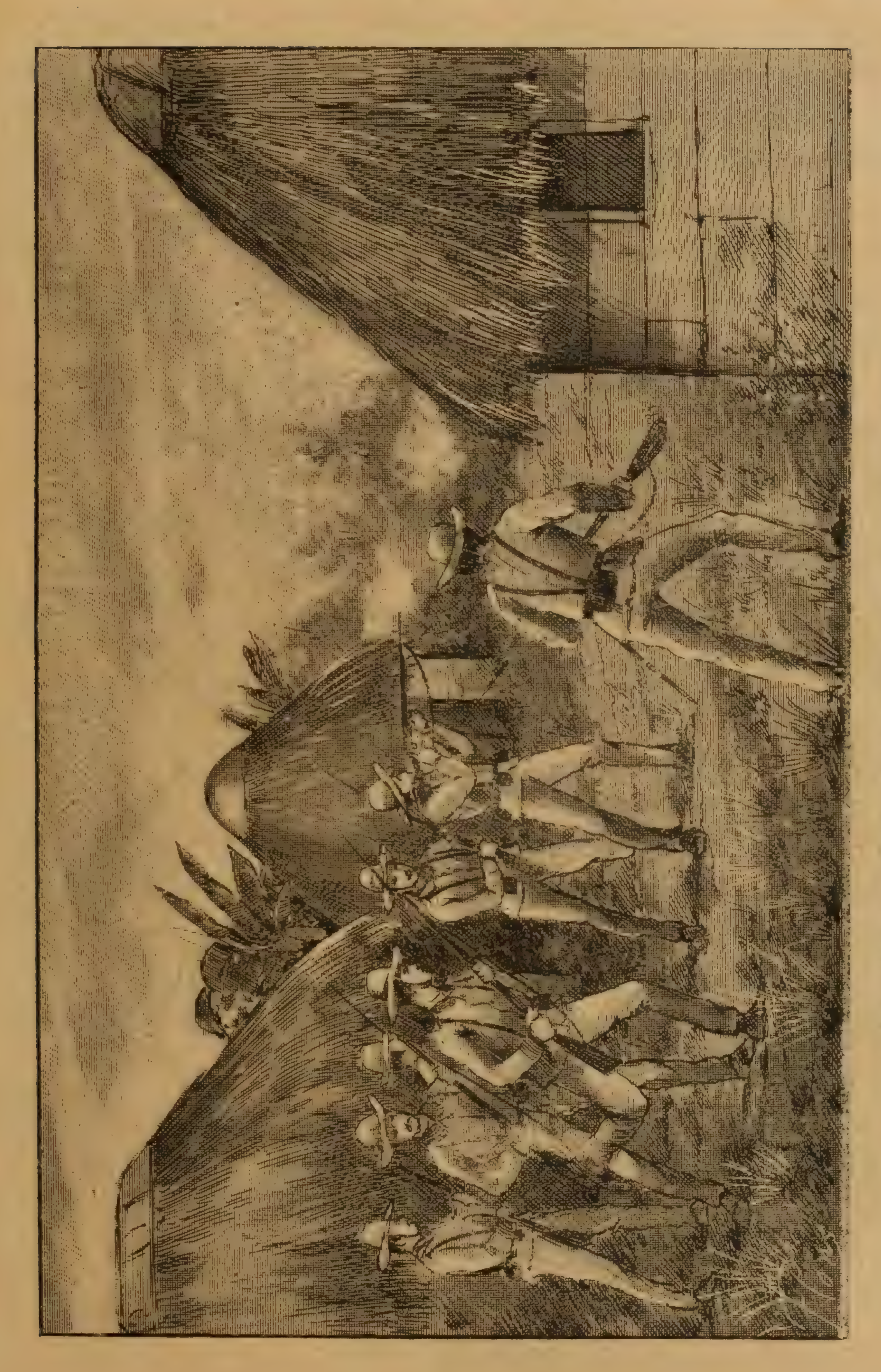


CRUCERO *JORGE JUAN* CAÑONEANDO LA PLAYA DE TOAR

He aquí los detalles que acerca de esos encuentros nos comunicó nuestro corresponsal en la Habana:

La columna de caballería que mandaba el coronel Maroto encontró al enemigo ocupando excelentes posiciones cerca de Corral Falso. Atacados los rebeldes por nuestras tropas, se resistieron y defendieron trás sus trincheras y parapetos, sosteniendo nutrido y tenaz fuego durante dos horas. Al cabo de éstas ordenó el coronel Maroto una carga á fondo. Los rebeldes no pudieron resistir el empuje de nuestros bravos y se pronunciaron en fuga, abandonando 20 muertos y 35 caballos.

La columna tuvo 11 heridos, en su mayoría leves.



ATAQUE Y DEFENSA DEL POBLADO DE LAS CRUCES

En el término de Limonar, en lomas de Santa Ana, cerca del Coliseo, la columna del coronel Pavía sorprendió á las partidas de Rojas y Bienvenido Sánchez, en número de más de 300 rebeldes que acababan de acampar en las lomas.

A la vanguardia de la columna iba la guerrilla mandada por el comandante Díaz Vicario. Este bravo jefe cargó con sus valientes guerrilleros al arma blanca sobre los insurrectos, haciendo verdaderos estragos en las filas enemigas.

El resto de la columna rompió nutrido fuego contra los fugitivos, apoderándose tras breve aunque enconada lucha del campamento enemigo, que huyó en diversas direcciones.

En el lugar donde acamparon los *mambises* encontraron las tropas 28 muertos, 27 tercerolas, 30 machetes, 3.600 cartuchos, dos banderas, cuatro cajas de dinamita, cien caballos con monturas y cuatro acémilas cargadas con provisiones de boca.

Las bajas de la columna fueron un soldado muerto y un sargento y tres soldados heridos.

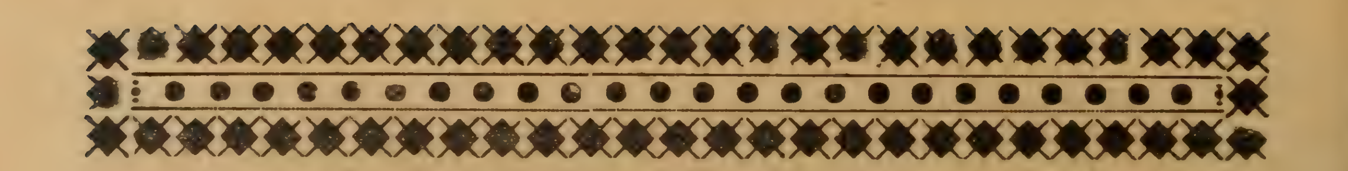
Distinguiéronse notablemente en tan brillante operación el comandante señor Díaz Vicario, los tenientes señores Sánchez Binter, Antiguera y Borrás, el médico señor Durán, el guerrillero Manuel Blanco y los guías de la columna.

El coronel Molina al frente de las fuerzas de su mando batió el día 4 en Montes San Román, (Covadonga), á las partidas de Vázquez y Clotilde García, causándoles bajas y cojiendo caballos.

El siguiente día 5 encontró y batió en Ceja de Pablo á la partida del cabecilla Lacret, que «trataba de reunir partidas en Las Villas», persiguiéndola en su huída á la sierra, y distinguiéndose en la persecución la guerrilla de Macagua, que les causó dos muertos y varios heridos y recogió armas y caballos que abandonaron en la fuga.

En el extremo Occidental de la provincia de Pinar del Río señalóse un encuentro de escasa importancia del batallón de Cantabria con una pequeña partida, á la que causó seis muertos y cogió armas y caballos; pero de la situación de Maceo nada se sabía ni se consignaba en el parte oficial del general en jefe, recibido en la noche del 6.





CAPITULO XV

El diario de la guerra.—Los dinamiteros en acción.—Bárbaro atentado.—Protesta de la opinión indignada.—El combate de Palos.—Máximo Gómez en el Camagüey.—El parte oficial del ataque al poblado de Cruces.—Diario de la guerra.—La acción de Caridad.—Combate de las Lomas de Santa Bárbara.—Ataque al fuerte de Gabriel.—Conferencias de generales.—Combates en Oriente.—Noticias de la Habana.—Los rebeldes de Pinar.—Diario de la guerra.—Funesta sorpresa de un destacamento.—Una carta de Máximo Gómez.—Las operaciones de guerra paralizadas.—Ataques é incendios.—Un fusilamiento.—Nuestra Marina de guerra.—Activa persecución de partidas en Matanzas.

La atención de las gentes estaba fija en los primeros días del mes de Junio en la parte central de la isla, donde habíase confirmado plenamente que se hallaba Máximo Gómez y sus huestes.

En la provincia de Matanzas era donde se notaba, á la fecha, mayor movimiento de fuerzas insurrectas, y á juzgar por los contingentes que reunían los grupos rebeldes que allí se movían, hubo motivo para creer que habían sido reforzados recientemente con gente de la provincia inmediata de Santa Clara.

También el general en jefe estaba reforzando las columnas que teníamos en aquel territorio. Así se dedujo del despacho oficial del día 6, en el que manifesto que el tren que los insurrectos habían hecho descarrilar por la explosión de una bomba de dinamita, conducía un es-

cuadrón de Lusitania, de Güines á Palos, que, como es sabido, está en el extremo Oriental de la provincia de la Habana, tocando por decirlo así, á la divisoria de Matanzas. Por fortuna, la fuerza que iba en el tren no sufrió daño alguno por efecto de la explosión.

Comentóse mucho el frecuente uso que por los insurrectos se hacia de la dinamita para descarrilar trenes y destruír líneas.

En los días 4 y 5 fueron volados: un tren cerca de Palos, resultando heridos el maquinista y el fogonero y con desperfectos la vía y la máquina; otro tren entre Bermejo y La Unión, quedando como víctimas de la explosión uno de los voluntarios de la escolta, que quedó muerto, y varios heridos, y otros varios trenes que descarrilaron por efecto de la voladura de alcantarillas.

La opinión protestó indignada de esos bárbaros atentados.

Esto no obstante, varios periódicos ministeriales refirieron que el día 6 se recibió en Madrid una carta de la Habana, en la que se decía que aquella provincia recobraba su estado normal.

Súpose oficialmente ese día que Calixto García había estado pocos días antes en Jiguaní y se dirigía con sus huestes á Occidente.

La columna del teniente coronel Ferro acuchilló á la retaguardia de la partida de Castillo, en las inmediaciones de Palos, causándola 15 muertos, entre ellos un titulado capitán.

Después se trabó un reñido combate, en el cual nuestras tropas tuvieron al teniente Lázaro y á tres soldados de Albuera heridos, y el enemigo numerosas bajas.

El comandante general de la trocha de Júcaro, general Luque, participó al general en jefe que le constaba que Máximo Gómez se encontraba en el Camagüey y Calixto García á la otra parte de la trocha.

El *generalísimo* pasó la trocha, con una pequeña escolta, por Cacarrata y la laguna de Morón.



Aunque en anteriores páginas dejamos reseñado el importante ataque al poblado de Cruces (Santa Clara), realizado en la noche del 5 de Mayo por varias partidas reunidas, á fin de que nuestros lectores puedan apreciar en todos sus detalles el heroísmo de los defensores y



LLEGADA DE TROPAS A PUERTORICO

la barbarie de las hordas invasoras, copiamos á continuación el parte oficial que del suceso dió el comandante de armas de la plaza.

Dice así:

«....De doce á una de la noche anterior ha sido atacado é invadido en parte este poblado por las partidas reunidas de Fonseca, Arbolay, Desiderio Hernández y Lolo Sarduy, en número de 1.200 hombres próximamente, haciendo nutridísimo fuego de Remington, Maüsser y proyectiles explosivos sobre él y las fuerzas que lo guarnecían, que han sostenido y rechazado el asalto, consiguiendo desalojar al enemigo, que

fué perseguido hasta el exterior, después de prender fuego á algunas casas del poblado y saquear otras y algunos establecimientos, habíendose retirado como á las tres y media de la madrugada, con rumbo al Blanquizal, habiendo dejado seis muertos abandonados, entre los que se encontraba el titulado comandante Mamerto Romero, de extraordinaria corpulencia y que quedó con un lazo de cuerda sujeto á los piés y una gran rozadura en toda la espalda, ocasionada por el arrastre.

También se sabe por la aseveración de los vecinos y los infinitos rastros de sangre encontrados en patios y calles, que han llevado numerosos heridos y muertos, contándose entre los últimos el joven vecino de este poblado apellidado Francesena, y se han recogido cinco escopetas, una tercerola, dos revolvers, seis machetes, cuchillos, bandoleras ensangrentadas y otros efectos.

Las fuerzas todas han rivalizado en valor y entusiasmo, distinguiéndose el comandante de voluntarios ingenieros, un oficial de éstos y otro del ejército. Hemos tenido que lamentar un muerto, un herido grave y un contuso de voluntarios ingenieros; un herido grave y uno leve del batallón de Barbastro y un muerto y un herido grave del de Zamora. De la clase de paisanos han sido víctimas del fuego enemigo una niña de dos años y una joven de 16, muertas; dos mujeres heridas y dos hombres también heridos.

La oficialidad no ha sufrido baja alguna ni tampoco la fuerza de este puesto, habiendo recibido este edificio bastantes disparos. Algunas fuerzas han salido haciendo reconocimientos por los alrededores, encontrando muchos rastros de sangre.

Tengo el honor etc.—*Cruces* 6 Mayo de 1896.—El capitán.—*Juan de Pablo Blanco.*»

***

El despacho oficial del día 8 de Junio, al anunciar el regreso de la columna Suárez Inclán á Bahía Honda, pareció indicar que se había renunciado por entonces á la operación preparada contra Maceo, en la cual debía intervenir esta columna en combinación con las de los generales González Muñoz y Serrano Altamira.

Ya se recordará que el general Suárez Inclán se había trasladado á Palma con tal objeto, y que en San Diego de los Baños se encontraban detenidos los otros dos generales antes citados, por las lluvias torrenciales y la crecida de los ríos que imposibilitaban sus movimientos.

No nos extrañaron estas dificultades, verdaderamente insuperables, con que se tropezara para operar en la sierra de Guaniguanico durante aquella época de lluvias. Por tal razón, hemos indicado en anteriores páginas que en aquellos momentos hubiera sido tal vez más eficaz en aquella provincia los servicios que las tropas pudieran prestar en las costas, impidiendo el desembarco de las expediciones filibusteras que los rebeldes procurarían introducir en la isla.

Las marchas y contramarchas en la sierra, por lo mismo que habrían de ser dificultosas y lentas, no darían, probablemente, en los meses de verano, ningún resultado en frente de un enemigo que se fraccionaba con extraordinaria facilidad y que no se sentía humillado por la necesidad de apelar á la fuga, abandonando el terreno en que momentáneamente se establecía ó acampaba. En cambio, sin disparar un tiro ni gastar un cartucho, sin más que obligar á nuestros soldados á perseguirle, el enemigo nos llenaría de enfermos en poco tiempo todos los hospitales.

En terreno menos quebrado, como el de la Habana y Matanzas, y

mucho más poblado también que el de Pinar del Río, la persecución de las partidas no había de sufrir seguramente idénticos entorpecimientos, muchos de los cuales habían de ser debidos á la falta de vías de comunicación, que en las provincias centrales son por fortuna abundantes.

Practicando un reconocimiento por la costa de Guantánamo el día 5, 170 hombres del batallón del Príncipe y escuadras, al mando del capitán señor López, tuvieron contacto con el enemigo cerca de Santa Cruz. Eran las avanzadas de una partida bien armada, compuesta de unos 600 hombres, al mando de un titulado coronel.

Hasta llegar á luchar con el grueso de la partida, resistieron tres ataques del enemigo las guerrillas montadas. En Caridad, cerca de Bayamo, se generalizó la lucha, llegando las fuerzas de una y otra parte á hacer uso del arma blanca. Terminó la acción con una brillante carga á la bayoneta, y el enemigo se dispersó dejando en el campo 18 muertos vistos.

Nuestras tropas tuvieron que lamentar las siguientes bajas: dos soldados muertos y diez heridos graves, entre éstos el capitán señor López, jefe de la fuerza, á quien un proyectil le atravesó la pierna, con rotura del hueso.

***

La columna del coronel Figueroa, en constante persecución del enemigo por la provincia de la Habana, batió con tres escuadrones de Pizarro, en las lomas de Santa Bárbara, á varias partidas reunidas, causándoles 14 muertos, que abandonaron, y aprehendiéndoles 10 caballos y dos armas. La columna tuvo tres soldados heridos y perdió 12 caballos.

Entre las estaciones de La Salud y Güira de Melena, sobre la vía férrea de la Habana á Pinar del Río, una partida bastante numerosa

atacó en la noche del 6, el fuerte de Gabriel, cuya rendición intimó á la tropa, que rechazó á tiro limpio á los rebeldes, haciéndoles cinco muertos y varios heridos.

Los insurrectos durante el ataque lograron incendiar 14 casas.

Según consignó el general en jefe en su parte del día 7, la persona que colocaba bombas de dinamita al paso de los trenes, haciéndolas explotar con alambres en momentos oportunos, parecía ser un extranjero, con pequeña escolta, mandada por el cabecilla Alvarez, natural de Galicia.

Los generales Garrich, Ruíz, Bazán y otros, estuvieron en la Habana á conferenciar con el general Weyler y con el jefe de Estado mayor, general Ochando, corriendo en la capital de la isla, con tal motivo, el rumor de que se preparaba una operación para contener el avance de las fuerzas insurrectas procedentes de Oriente que trataban de avanzar hácia las provincias occidentales.

Era indudable que más pronto ó más tarde las partidas que estaban en el centro procurarían nutrir sus contingentes y reponer sus pérdidas, con lo que podríamos llamar sus reservas del Camaguey y Santiago de Cuba, y que convenía estar prevenidos para impedirlo, porque de la debilidad que se apoderase de los rebeldes del centro, por efecto de la persecución y de las bajas que sufrieran, había de depender el éxito de la primera parte de la campaña.

Agregábase, sin embargo, que esas fuerzss rebeldes, cuyo movimiento de avance se suponía iniciado ya, iban mandadas por Calixto García, y en esto debió haber algun error, si era verdad, como se decía, que nuestras fuerzas acababan de tener un encuentro con él en Ventas de Casanova, al Sur del Cauto y al extremo, por consiguiente, del Departamento Oriental.

Por lo tanto, es preciso *suponer* que el avance no se había iniciado aún, suposición poco admisible, dada la necesidad que tenían en el

centro de recibir fuerzas, ó que de haberse iniciado no era Calixto García el encargado de mandar esas fuerzas rebeldes.

Esta última opinión nos parece la más lógica.

***

En efecto; la marcha del general Gasco desde Ventas de Casanova á Jiguaní, siempre hostilizado por fuerzas enemigas, y la escasa resistencia que el enemigo opuso en el territorio que constituía por decirlo así, el cogollo de la rebeldía, del cual fué desalojado el día 6, después de vivo, pero breve combate en Tumbas Vacas, Managuaco y Lomas Piedra, á pesar de tener el camino sembrado de dinamita, una de cuyas explosiones causó á la vanguardia de la columna ocho heridos, por fortuna, leves, parecían indicar que algunas partidas de Oriente se habían puesto en marcha para auxiliar á las del centro, y era probable que se encontrasen ya en el Camagüey y en demanda de la trocha de Júcaro á Morón. En tal caso, lo probable era que estas fuerzas fuesen mandadas por Rabí ó por José Maceo; más bien por este último.

Nos comunicaron de la Habana el día 9 que ya podía considerarse terminada la zafra, no habiéndose hecho más que una octava parte de la del año anterior.

Como esto suponía gravísimo quebranto en los capitalistas cubanos, preocupaba mucho al general Weyler el problema económico, pues muchos jornaleros sin trabajo podían engrosar las filas rebeldes.

Las dificultades económicas eran tan grandes que ya se debían cuatro meses á los militares.

Decíase que Máximo Gómez que, como sabíamos ya, estaba desde hacía días en el Camagüey, preparaba allí algún golpe de efecto que

distrajera la atención de las tropas en Occidente, hacia donde, según noticias fidedignas, marchaba el cabecilla Carrillo (?) con numerosas fuerzas insurrectas; todo lo cual tenía, al parecer, por principal objetivo facilitar á Maceo su salida de Pinar del Río.

Los rebeldes de Pinar del Río, según informes que llevó á la Habana el general Suarez Valdés, estaban guarecidos en la sierra y de ella no se movían, siendo completa de tal suerte la tranquilidad en las poblaciones y poblados, que parecía que no había insurrección en aquella provincia.

***

La tardanza de los insurrectos de Oriente y del Camagüey en obedecer las órdenes que recibieran de acudir en auxilio de las partidas de Matanzas y la Habana, obligó indudablemente á Máximo Gómez á pasar á Puerto Príncipe.



COMANDANTE INSURRECTO
MAMERTO ROMERO

Esa tardanza obedeció, sin duda, á las disensiones que habían estallado, según parecía, entre Calixto García y José Maceo, á pretexto de la dirección ó jefatura de las fuerzas rebeldes de Santiago de Cuba, á que ambos aspiraban.

Máximo Gómez concedió el mando de las partidas de Oriente á Calixto García, cuando éste desembarcó en la isla; pero como José

Maceo había sido designado por su hermano para ese mismo mando al emprender la expedición á Occidente, no es extraño que se negara á desprenderse de él y que se resistiera á acatar lo dispuesto posteriormente por el titulado *generalísimo*.

Los rozamientos surgidos con tal motivo debieron perturbar bastante los planes de Máximo Gómez, y para suavizarlos, y, sobre todo, para decidir á los Orientales á acudir en auxilio de los del centro, se vió, sin duda, obligado á pasar al Camagüey. El pleito parecía haberse decidido en definitiva, por lo que á la jefatura del Departamento Oriental se refería, á favor de Calixto García; y siendo así, lo natural era que José Maceo se pusiera al frente de las partidas expedicionarias, si se habían decidido al fin á emprender la expedición.

Hubo quien supuso, sin embargo, que la ida de Máximo Gómez á Puerto Príncipe tenía otro objeto, que sería el de dar un golpe inesperado allí mismo para obligar al general Weyler á distraer fuerzas de la Habana y de la trocha de Mariel, con objeto, según hemos dicho ya, de facilitar de tal modo la salida de Antonio Maceo de Pinar del Río.

Esta segunda versión nos pareció, á decir verdad, poco fundada.

Las columnas que se habían internado hácia el centro de la provincia de Pinar, habían vuelto á aproximarse á la trocha, puesto que la de Suárez Inclán regresó á Bahía Honda, y el parte oficial del día 10 indicaba que la del general González Muñoz se encontraba entre Candelaria y Cayajabos. De la situación de Maceo nada dijo el despacho.

El grueso del enemigo, que se mantenía, sin duda, en las lomas, no descuidaba por eso de destacar algunos grupos á la costa. Varios de estos tirotearon un lanchón que conducía soldados enfermos. El batallón de San Fernando y guerrilla local de Bahía Honda los persiguió, haciéndoles siete muertos y cogiéndoles caballos y municiones.

Por lo mismo opinamos, que lo conveniente fuera vigilar mucho la costa.

***

En la colonia Joaquina de Vieja Bermeja, el enemigo sorprendió al destacamento que la defendía, compuesto de treinta guerrilleros.

Mandaba la partida insurrecta, formada por trescientos hombres, el cabecilla Alvarez.

La fuerza rebelde organizó el ataque á la guerrilla, que se dispuso á defenderse; pero el cabecilla, viendo el escaso número de los leales, les ofreció la deserción. Negáronse éstos al principio á aceptar la odiosa proposición; mas, ante las amenazas de los trescientos insurrectos, once de los guerrilleros, incluso su jefe, se pasaron al enemigo.

De los diez y nueve restantes que se negaron resueltamente á imitar el indigno proceder de sus compañeros desertores, dos desaparecieron. Se supuso que habían muerto á manos de los rebeldes; los otros consiguieron unirse á la columna.

Nuestros lectores recordarán, sin duda, que en uno de los encuentros que tuvieron nuestras tropas á principios de Mayo con los insurrectos, quedaron en poder de aquéllas armas y documentos, figurando entre los últimos una carta del *generalísimo* al cabecilla polaco Roloff, secretario de la Guerra de la llamada República cubana.

La carta, de que nos dió un extracto uno de nuestros corresponsales en la isla, empezaba diciendo que, próxima á comenzar la campaña de verano y en la urgente necesidad de aprestarse la insurrección á nuevas y formidables contingencias, le había sido preciso al *generalísimo* abandonar las comarcas de Occidente «en las que el rudo batallar de nuestros soldados (los *mambises*) no obtenían, por necesidad númerica, los resultados á que aspiraban» y se había dirigido á la comarca de Las Villas á fin de reorganizar las fuerzas existentes y tomar de ellas los

elementos que le fuera dable para reforzar aquellos cuerpos «que hace tanto tiempo vienen soportando el peso todo y contrarrestando el activo y poderoso empuje del enemigo».

«A ese centro superior—continuaba diciendo Máximo Gómez—deben haber llegado comunicaciones mías, en que por modo incontestable evidencié la urgente é indiferible necesidad del envio de nuevos contingentes de fuerzas, que de haber llegado á la sazón y oportunidad con que los mandé organizar y poner en camino, se habría evitado abandonar el centro de operaciones, y en que de un momento á otro habrá de fijarse la acción que decidirá del resultado final de la contienda.»

Luego de hacer constar que había despachado comisionados especiales con órdenes concretas para que organizaran contíngentes de los primero, segundo y tercer cuerpo de ejército, y se dirigieran á la mayor brevedad á su cuartel general, añadía que esperaba que los comisionados recibirían de la Secretaria de la Guerra el incondicional y patriótico apoyo que merecían, contando con que le serían remitidos los más valiosos elementos de guerra de que dispusiera para emplearlos en parte donde su acción sería de provecho efectivo, y donde únicamente lo reclamaban las verdaderas necesidades de la guerra.

La carta, en la que había su parrafito (¡y cómo no!) dedicado á dar incienso á las proezas de los *mambises*, terminaba así:

«Nuestro enemigo, con mayores recursos y más numeroso ejército, hace aprestos colosales para la próxima campaña, á fin de recuperar lo que fué suyo.

«La nueva campaña será doblemente ruda, y en mi sentir, ahí se deben acumular todos los elementos de fuerza de que podemos disponer. Si contra lo que tengo derecho de esperar, mis disposiciones son mal ó tardemente secundadas, combiará por modo asaz sensible y desventajoso nuestra actual posición »

* * *

Basta pasar la vista por los despachos oficiales de aquellos días para adquirir el convencimiento de que las lluvias habían paralizado casi por completo las operaciones de guerra. Los encuentros de que en ellos se dió noticia carecieron en absoluto de importancia.

Únicamente en el Camagüey era donde se señalaba el movimiento

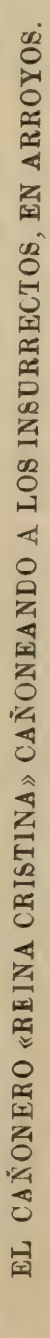


... cargó con sus valientes guerrilleros... (Pág. 770).

de tres ó cuatro columnas combinadas sobre el ingenio Senado, lo que parecía denunciar la presencia y reconcentración en aquel sitio de varias partidas.

Nada se decía, sin embargo, de Máximo Gómez, cuya pista parecía que se había vuelto á perder: lo propio ocurría en Pinar del Río con Antonio Maceo, de quien los partes no decían hacia días una sola palabra.

En la noche del 7 una partida de 500 rebeldes, capitaneada por el



EL CAÑONERO «REINA CRISTINA» CAÑONEANDO A LOS INSURRECTOS, EN ARROYOS.

cabecilla Raul Arango, atacó el fuerte del poblado de San Antonio de Río Blanco.

Se halla situado al Norte de la provincia de la Habana, entre la línea férrea de Matanzas y la costa, y á unos cuarenta kilómetros de la capital.

Rechazados los rebeldes por la pequeña guarnición que defendía el fuerte, dirigióse á atacar el del poblado de Jaruco, próximo al anterior, cuyo pequeño destacamento resistió también brillantemente los ataques.

Lo que no pudieron impedir nuestras fuerzas fué que los *mambises* incendiaran varias casas de ambos pueblos, entre otras la Casa Consistorial de San Antonio de Río Blanco, que fué destruída por el fuego.

Otra partida muy numerosa incendió los caseríos de Plana, Santa Cruz y Rincón, que se hallan también próximos á la costa Norte y cercanos á la divisoria de Matanzas y la Habana. Estos y los anteriormente citados se encuentran en una extensión de veinte y tantos kilómetros.

La misma partida destruyó igualmente por el incendio el poblado de Guanabo, situado á unos veinte y cinco kilómetros de la Habana.

Otra partida insurrecta, que mandaba el cabecilla Alberto Hernández, entró en Ceiba del Agua, donde quemó también varias casas.

En el castillo de la Cabaña fué fusilado el día 11 el insurrecto Benito Falcón, que había sido hecho prisionero en uno de los encuentros ocurridos aquellos días. Fué juzgado sumarísimamente y condenado como incendiario.

***

El cañonero *Reina Cristina* destruyó á cañonazos una finca próxima á Arroyos, donde se reunían infinidad de rebeldes protegidos por

los dueños que hacía tiempo auxiliaban en cuanto podían á los insurrectos.

Soldados de infantería de Marina y marineros que el *Yañez Pinzón* desembarcó en la ensenada de la Mora, hicieron huir á los rebeldes, los cuales abandonaron una embarcación que aquéllos destruyeron y quemaron.

El cañonero *Hernán Cortés* también desembarcó tropas en el sitio llamado Cuevas, con objeto de perseguir á varios grupos rebeldes que merodeaban por la costa. Los separatistas huyeron al sonar los primeros disparos.

Los botes de nuestra marina que reconocieron en Manglares un bote americano que había llevado á cabo un desembarco, vieron otro con gente que procuraba ganar tierra.

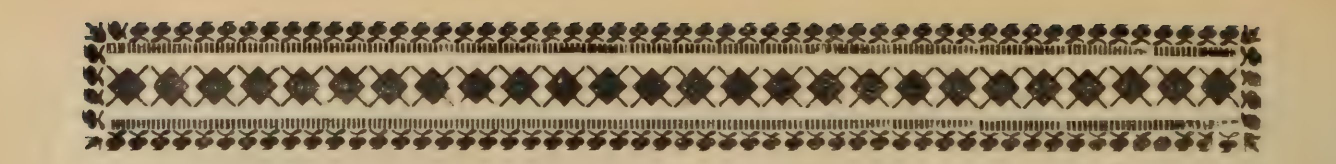
Las fuerzas que iban en los botes hicieron fuego sobre los expedicionarios del bote filibustero. Estos, no pudiendo sustraerse á las balas de nuestros soldados, se arrojaron al agua dejando el barco abandonado.

El vapor *Praviano* desembarcó en Río del Medio fuerzas de infantería de Marina para perseguir una partida numerosa.

Los marinos atacaron con verdadero denuedo á los insurrectos, que al advertir su superioridad numérica trataron de hacer frente y conservar las posiciones que acampaban. Después de sostener un vivo tiroteo, las fuerzas de infantería de Marina dieron una carga al machete, desalojando al enemigo de sus posiciones y matando á doce rebeldes, seis de ellos con arma blanca.

En la provincia de Matanzas era donde á la fecha continuaba con más actividad la persecución de las partidas rebeldes.





CAPÍTULO XVI

Junta de generales en la Habana.—Diario de la guerra.—El temporal en Pinar del Río.—Penalidades de nuestros soldados.—La situación de Maceo.—Resultado de la junta de generales.—Noticias del Camagüey.—Máximo Gómez irritadísimo.—Las columnas Castellanos y Godoy en busca del *generalísimo*.—La batalla de Saratoga.—Brillante victoria de nuestras tropas.—500 bajas al enemigo.—Importancia de la acción.—Resultados positivos.—Explosión de bombas en la Habana.—Diario de la guerra.—Máximo Gómez emulando á Mahoma.

Con ansiedad era esperada la resolución que adoptase la junta de generales y jefes de las columnas que operaban en la provincia de Pinar del Río, que en la capital de la grande Antilla celebróse el día 13, convocada por el capitán general de la isla, con objeto de fijar el plan de campaña que convendría seguir durante el período de las lluvias en dicha provincia.

En este caso, y tratándose de lo que convenía hacer de allí á Septiembre, no debe, sin embargo, entenderse que plan de campaña significara lo mismo que plan de operaciones. El general en jefe manifestó que éstas se hallaban suspendidas por causa del fuerte temporal que reinaba; pero añadió que continuarían al aclarar.

Dudamos mucho de que en algún tiempo pudiera hacerse en Pinar del Río cosa de provecho. La necesidad de convertir el lazareto de Mariel en hospital, por el número de enfermos, indicó bien á las claras la

magnitud de las dificultades y el género de peligros con que en aquella época tenían que luchar nuestros soldados.

Por consiguiente, fuera de aquella medidas que sirvieran para impedir que el enemigo se proveyera de medios de existencia, entendemos que eran muy contadas las que podían adoptar con alguna probabilidad de que dieran resultados satisfactorios.

No habiendo sido posible arrojar á Maceo de Pinar del Río ni desbaratar sus huestes, antes de la época de las lluvias, difícil fuera lograrlo á la fecha.

Según cartas que de allá recibimos, era imposible operar allí: las columnas quedaban á lo mejor aisladas por las crecidas de los ríos y torrentes, los soldados quedaban descalzos, recibían sin defensa terribles aguaceros y no tenían medios de secarse, y el suelo estaba convertido en un inmenso lodazal, sin rastro de caminos ni veredas. Había, además, muchos enfermos cuyo número aumentaba á diario.

Recientemente había regresado á la costa occidental un convoy de 25 carretas protegidas por el batallón de Wad-Ras. Las penalidades que habían sufrido los valerosos soldados de ese bizarro batallón fueron enormes.

Caminando por terrenos encharcados, recibiendo fuertes chubascos y sosteniendo al propio tiempo contínuo fuego con el enemigo, habían tenido que marchar todo un día para avanzar algunos kilómetros.

Díjose que la situación de Maceo había empeorado, á causa de las muchas bajas que sus huestes sufrían por enfermedad y escaséz de provisiones, pues aunque se habían llevado á cabo varios desembarcos de éstas y de armas, procedentes de los Estados Unidos, no habían llegado tales recursos hasta Maceo.

Las deserciones en el campo rebelde eran frecuentes, y una prueba del descontento ó desaliento que reinaba entre los orientales fué el castigo que vióse obligado el jefe mulato á imponer á los desertores, de

los cuales fueron encontrados en la costa del Sur 42 ahorcados. De un solo árbol pendían 11 cadáveres.

***

El resultado de la junta de generales y jefes celebrada en el palacio de la Capitanía general fué, tras un cambio de impresiones y una exposición de las respectivas observaciones hechas sobre el teatro de la guerra, convenir en la necesidad de modificar las operacinnes activas, por lo muy difícil y aun casi imposible de continuarlas durante la estación de las lluvias, limitándolas á los casos precisos en que las circunstancias las exigieran.

Al efecto, se fortificarían los pueblos para rechazar todo ataque que pudiera intentar al enemigo.

Se convino también en que el general González Muñoz dirigiera las operaciones desde Bahía Honda al Sur y el general Melguizo se encargara del gobierno de la capital de Pinar del Río.

Resolviéronse igualmente varios detalles acerca de la forma en que operarían las columnas: las fuerzas del Este las mandaría el general Bernal, quien tendría á sus órdenes las columnas Tort y Sotomayor.

Acordóse asimismo que los generales prestaran gran atención á las medidas sanitarias y á los consejos que acerca de este punto dió el inspector general de Sanidad, señor Fernández Losada, conviniéndose en establecer en Mariel un campamento para enfermos.

De la Habana nos trasmitieron el día 14 las siguientes noticias particulares recibidas del Camagüey;

Habiendo sabido Máximo Gómez que los jefes de las partidas que operaban en aquella provincia permitían el pase y conducción del ganado á las poblaciones, mediante un crecido impuesto que les abonaban

los vecinos, acudió furioso al lugar donde se hallaba el grueso de las partidas de Puerto Príncipe, dispuesto á castigar con rigor á los contraventores de sus bandos, produciendo su presencia gran marejada entre los cabecillas.

Gómez, irritadísimo, ordenó que dos de ellos fueran inmediatamente fusilados, orden que se cumplió en el acto. Además el *generalísimo* destituyó incontinenti á otros varios cabecillas del mando de sus partidas.

*
* *

Noticioso el general Jiménez Castellanos de que el *generalísimo* Máximo Gómez habíase dirigido hacia el campamento de Najasa (Puerto Príncipe), salió el día 8 de la capital, con dos mil hombres y dos piezas de artillería, encaminándose en su busca.

En la misma dirección debía acudir á la vez, por otro lado, el día 10, la columna que mandaba el general Godoy, en la que formaban los batallones de Gerona y Cádiz y tiradores del Camagüey.

A mitad de camino, próximamente, entre la ciudad de Puerto Príncipe y Santa Cruz del Sur, se encuentra la sierra de Najasa y, próxima á ésta, la llamada *llanada* de Saratoga, que dista unas diez leguas de la capital.

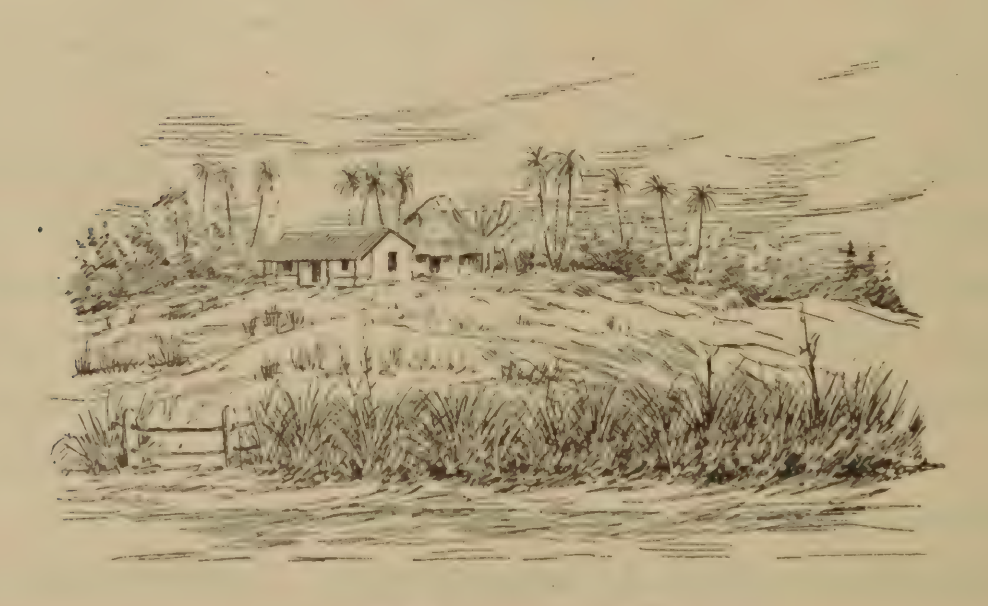
La columna del general Castellanos, compuesta de 1.114 soldados de infantería de los batallones de Tarragona y María Cristina, 342 caballos del escuadrón de Hernán Cortés y dos piezas de artillería, llegó al siguiente día por la mañana al Nuevo potrero, «Santa Inés», enclavado en la línea de Saratoga, donde acampó y tomó posiciones para pernoctar y dar algun descanso á las tropas.

Las partidas reunidas de Máximo Gómez, Rabí y otros cabecillas,

que sumaban en total más de 5.000 rebeldes, se hallaban cerca del lugar donde acamparon nuestros soldados, en Ciego Najasa, á unas tres leguas de nuestro campamento.

* * *

Máximo Gómez, confiado en la superioridad numérica de sus parciales, trató de apoderarse de nuestro campamento. Para ello puso en



POTRERO «SANTA INÉS»

práctica un plan, que consistía en atacar aquél de un modo decisivo con la caballería insurrecta, y cuando hubiera producido el natural desórden entre nuestros soldados, caer con el resto de sus fuerzas y derrotar á la columna.

Además, había preparado una emboscada terrible para el caso en que la columna tuviera que batirse en retirada hacia Puerto Príncipe.

A las cinco de la tarde de dicho día 9 se presentó á la vista del campamento el enemigo, en número de 1.000 ginetes, que cargaron

como una avalancha sobre aquél por todos sus frentes, acometiendo con brío á la primera línea de defensa, al galope de sus caballos.

Nuestros soldados estaban apercibidos. Cuatro compañías del batallón de María Cristina que formaban la primera línea defensiva, con heróica serenidad, rodilla en tierra, recibieron con descargas cerradas el ataque de la caballería rebelde, haciéndola retroceder.

El enemigo se retiró momentáneamente, con muchas bajas, para aguardar la llegada de nuevas fuerzas, que no se hicieron aguardar mucho tiempo: quinientos *mambises* más se unieron á los que habían sido rechazados, en partidas que llegaban de diferentes puntos, y de nuevo cargaron sobre la columna. Mil quinientos insurrectos en perfecto orden avanzaron decididamente hacia el campamento.

La primera línea de nuestras fuerzas replegóse para dejar funcionar á la artillería, la cual rompió el fuego enviando 19 granadas que sembraron el pánico y la destrucción entre las filas insurrectas. Tan certeros fueron los disparos, que de nuevo los rebeldes tuvieron que retirarse, después de haber sufrido numerosas bajas. No abandonaron, por eso, el campo y ocuparon posiciones fuera del alcance del fuego de las tropas.

Entonces el general Castellanos distribuyó sus fuerzas convenientemente, para evitar que durante la noche los rebeldes intentaran cualquier sorpresa.



Acertada fué la medida previsora del bizarro general, pues, en efecto, pronto los rebeldes se rehicieron y recibieron nuevos refuerzos aprestándose al combate nuevamente al anochecer, hora en la que, dejando sus caballos, atacaron haciendo fuego pié en tierra.

A media noche, un fuerte grupo enemigo, al grito de «al machete», atacó el frente Norte del campamento, arrollando una sección del batallón de Tarragona, que estaba en las avanzadas.

Los bravos soldados de Tarragona se defendieron con heroísmo del violento ataque del enemigo, y cuando la superioridad del número se había impuesto y estaba próxima á ahogar el valor de la bizarra sección de Tarragona, que se hallaba en peligro inminente y á punto de caer en poder del enemigo, acudió oportunamente en su auxilio el bravo teniente coronel Mira y Miquel, con una compañía y la escuadra de gastadores, que salvaron del copo á la sección, y recobrando las posiciones, restablecióse el combate.

El choque fué rudo, la lucha reñidísima, pero el empuje de los refuerzos y el ardimiento de los atacados obligó al enemigo á huir.

El fuego duró toda la noche, haciéndose general el tiroteo entre las avanzadas de nuestra columna y las partidas, que no cesaban de hostilizarlas.

Al amanecer del siguiente día 10, ocupaban unas y otras fuerzas las mismas posiciones de la noche anterior. A las seis de la mañana volvió á atacar la caballería enemiga, haciéndose general el combate entre las fuerzas de uno y otro bando.

La lucha, cada vez más empeñada, duró algunas horas, sin que los rebeldes lograran avanzar un paso, antes al contrario, viéronse obligados á retroceder, vista la inutilidad en su empeño y el indomable valor de nuestros soldados, que sin descanso y apenas sin comer, se batían con el mismo ardor y empuje que al iniciarse el combate.

Para la curación de los heridos que tuvo la columna en los primeros ataques se improvisó un hospital de sangre en una casucha de madera. Los rebeldes, percatados de ello, se corrieron hacia una loma, situada á mil metros del campamento, desde la cual molestaban á los nuestros y destrozaron á tiros la casucha, viéndose en inminente riesgo

nuestros heridos y el personal sanitario. Una compañía de María Cristina, apoyada por otras dos de reserva, destacóse del campamento y en brillantísimo ataque á la bayoneta arrojó al enemigo de la Loma, quedando ya perfectamente protegido el improvisado hospital.

***

Durante todo el día y noche del 10 no cesaron un momento los rebeldes de tirotear y hostilizar nuestro campamento. Al amanecer del 11, dejando ocupadas las posiciones por el batallón de María Cristina, apoyado por guerrillas de caballería y artillería, decidió el general Castellanos repasar el Arroyo Saratoga con el resto de la infantería por el frente, objetivo principal de los combates anteriores, para romper la línea enemiga y comunicar con el general Godoy.

Los insurrecctos, al advertir el movimiento de la columna, repitieron el ataque; pero apenas trabado combate, apareció la columna del general Godoy. Entonces atacaron redoblando su empuje nuestros infatigables soldados, y el enemigo se declaró en fuga, retirándose en varias direcciones.

Como la columna del general Jiménez Castellanos llevaba cuarenta y dos horas de incesante lucha, sin descanso y apenas sin comer, y las tropas sentían la natural fatiga, renunció dicho jefe á continuar la persecución del *generalísimo* y sus gentes.

La columna del general Godoy, durante su marcha, sostuvo también frecuentes tiroteos con el enemigo, haciendo fracasar la emboscada que Máximo Gómez había preparado para cuando regresara la columna del general Castellanos.

Reunidas ambas columnas, después de practicada la primera cura de los heridos y cumplida la triste y penible tarea de dar sepultura á

los muertos, regresaron á Puerto Príncipe, sin otro incidente que ligeros tiroteos, sin consecuencias, durante la marcha.

Las bajas del enemigo fueron muy numerosas, haciéndose ascender, según referencias del mismo campo insurrecto, á quinientas.

La valerosa columna Castellanos tuvo treinta y cinco bajas: tres



UN PRÁCTICO

soldados muertos y cuatro heridos mortalmente; heridos de gravedad el primer teniente del batallón de Tarragona don Pío Peñalver Ríos y el primer teniente de María Cristina don Federico Jiménez García, y más ó menos graves 26 soldados.

Las fuerzas rebeldes iban mandadas por Máximo Gómez, el bandido Calunga y se cree que también Rabí.

Para tener una idea de lo reñido y empeñado del combate, basta consignar que los insurrectos hicieron unos 25.000 disparos, y nuestros soldados dispararon 50.000 cápsulas y 30 granadas.



El despacho oficial de la acción de Najasa, ó batalla de Saratoga, como la hemos titulado, coincidió en casi todos sus detalles con nuestro precedente relato.

El suceso, en definitiva, tuvo verdadera importancia. Sería inútil querer negarla, porque del parte oficial se desprende bien claramente que la columna del general Castellanos se vió un momento comprometida por efecto de la superioridad numérica del enemigo; pero esta misma circunstancia acredita la serenidad y el valor de nuestras tropas, que hicieron frente á tan grave situación, resistiendo y rechazando las furiosas acometidas de la caballería insurrecta.

Ni luchando protegida por obras de fortificación, hubiera demostrado ninguna fuerza el aplomo que demostraron nuestros bravos soldados, batiéndose á cuerpo descubierto.

El resultado de la acción, dadas las condiciones en que se libró, no pudo ser en definitiva más satisfactorio para las tropas que sostuvieron tan brillante combate.

Nos complacemos en consignar que en aquellos últimos meses nuestras tropas consiguieron resultados prácticos y de indudable importancia, así en Oriente, con la ocupación de la ensenada de Marabí, como á la fecha en el Camagüey, con el duro castigo impuesto á las huestes del *generalísimo*.

Gran alarma produjo en la Habana la explosión de dos bombas que los rebeldes colocaron é hicieron estallar en el paseo de Carlos III y en el puente Cristina, con objeto, sin duda, de destrozar la cañería que surte de aguas potables á la población.

La explosión ocurrió á las diez y media de la noche del 13, hora en que las calles de la capital están llenas de gente, entre la que la formidable detonación produjo sustos y carreras.

Por milagro no ocurrieron desgracias personales, pues muy cerca del sitio de la explosión paseaban muchas personas.

Las bombas debían tener gran cantidad de dinamita, porque la detonación fué espantosa y los destrozos muy considerables. Baste decir que se rompieron las cañerías del gas y del agua.

***

Todo el interés de las operaciones, reconcentrado en Occidente durante los anteriores meses, trasladóse aquellos días al extremo opuesto de la isla, al Camagüey y al departamento Oriental.

Como las noticias de estas dos provincias llegaban á la Habana con bastante irregularidad y notorio retraso, ocurría á menudo que algunos cabecillas aparecían de pronto á larga distancia del lugar en que se les creía.

Así ocurrió con Máximo Gómez, que desde Cacarrata, al Oeste de Morón, donde se acusó últimamente su presencia, apareció de pronto al Sur de Puerto Príncipe, en las inmediaciones de la sierra de Najasa.

Así ocurrió también con Calixto García, á quien dejamos, ó dejó el último despacho oficial que hablaba de él, á Oriente del Cauto, y que apareció el 12 camino de Victoria de las Tunas, á juzgar por las dispo-

siciones que en espectativa de su avance había tomado el general March reuniendo en San Andrés una columna de 1400 hombres.

Ello vino en definitiva á confirmar lo que hemos indicado en anteriores páginas: que el paso de Máximo Gómez al Camagüey, tenía por principal objeto la reconcentración de las partidas de Santiago de Cuba y de Puerto Príncipe, para ir con ellas en auxilio de las que re-



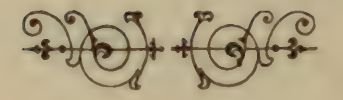
CAÑONERO «HERNÁN CORTÉS»

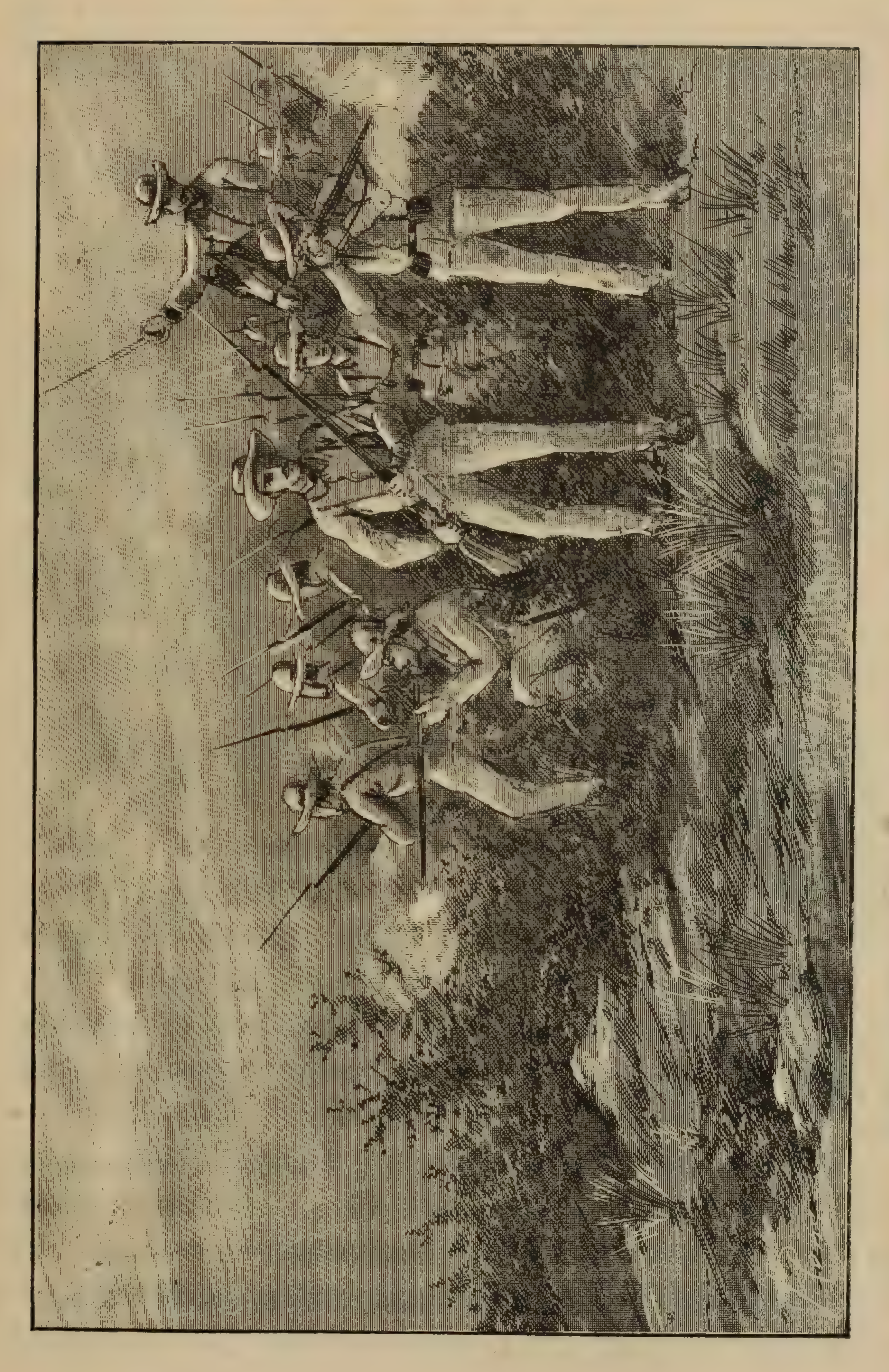
corrían las provincias de Matanzas y la Habana, mermadas á diario por la persecución que sufrían y la necesidad de moverse constantemente en un territorio que no ofrecía para ellas las garantías de seguridad que el monte y la manigua les proporcionaba en el resto de la isla.

El encuentro que en Bocas y Velasco (Holguín), entre Gibara y Puerto del Padre, tuvo el día 14 con varias partidas una guerrilla de infantería de Marina, fué un indicio más de que los orientales trataban de correrse hacia el Camagüey.

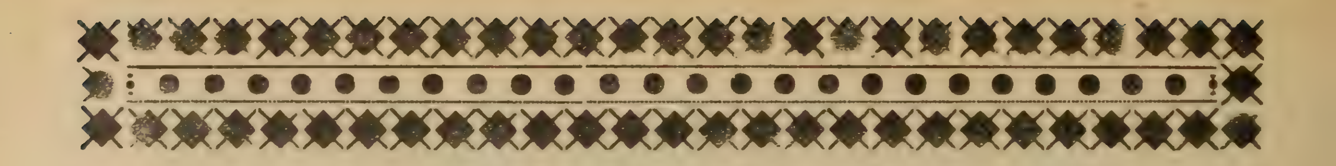
Las medidas extremas que con los suyos había tenido que emplear Máximo Gómez, fusilando á algunos cabecillas y destituyendo á otros,

no debieron obedecer á las causas de menor cuantía á que se atribuían, sino á otras más hondas; probablemente á la resistencia que oponían algunos jefes del Camagüey á salir de aquella provincia. Esperándolos estuvo el *generalísimo* en Taguasco, y al ver que no llegaban, tuvo que emular á Mahoma; no yendo la montaña á él, tuvo que ir él hacia la montaña.





COMBATE DE LA COLUMNA DEL CORONEL NARIO, EN HATO NUEVO



CAPITULO XVII

El diario de la guerra.—Actividad de las tropas.—Varios encuentros y batidas.—Un valiente.—Muerte de Periquito Pérez.—La columna del coronel Moncada y el escuadrón de la Princesa.—El bravo sargento Azpeteguía.—Un tren volado.—Ataque á un convoy fluvial.—Noticias de Antonio Maceo.—Reconcentración de guajiros.—Fechorías *mambises*.—Diario de la guerra.—Ataque, varadura y apresamiento del vapor *Bélico*.—La salud del soldado.—Obra destructora.—Osadía de los *mambises*.—Escisiones en el campo rebelde.—Expedición filibustera.—Diario de la guerra.—Tarea árdua.—Inútil empeño.

MUCHOS y muy varios fueron los hechos agrupados en los despachos oficiales del 15 y 16. Los encuentros sostenidos por los coroneles Nario, Maroto y Moncada en la provincia de Matanzas, acreditaron la actividad que e desplegaba en la persecución de las partidas. Estas, por su parte, tampoco descansaban, á juzgar por los ataques á Batabanó, al convoy fluvial que remontaba el Cauto y á los descarrilamientos de trenes que acusaron los partes.

La columna del coronel Nario batió en Hato Nuevo á varias partidas rebeldes, haciéndolas diez muertos, que abandonaron en el campo, y varios heridos, que retiraron. Distinguióse singularmente en el combate el sargento del batallón peninsular de Bailén, Emilio López, que en combate personal mató á cuatro insurrectos, resultando herido

grave de machete. Uno de los muertos recogidos por la columna fué el cabecilla Periquito Pérez, identificado.

El coronel Moncada, con las fuerzas á sus órdenes, encontró en Lomas Purgatorio á la partida de Pepe Roque, á la que atacó con una brillante carga el escuadrón de la Princesa, á las órdenes del comandante Zabalza, que sembró el pánico en las filas enemigas, desordenándolas y poniéndolas en fuga y dispersión, dejando en el campo 14 muertos de arma blanca, 20 caballos, armas y municiones, y teniendo muchos heridos.

Nuestras tropas tuvieron al teniente Manellas y al sargento Francisco Azpeteguía, del escuadrón de la Princesa, que atacado y rodeado de ocho insurrectos, se defendió contra todos y dió muerte á dos, siendo el primero que cargó al frente de su sección, heridos leves, y cuatro caballos muertos.

La columna del coronel Maroto alcanzó en Miguel de Pomareda á la partida qu mandaba el cabecilla Morejón. Los insurrectos, parapetados tras de cercas de piedra, hicieron frente á los escuadrones, que sostuvieron el fuego pie á tierra, hasta que al amagar una carga huyó el enemigo, dejando 19 muertos en el campo y llevándose muchos heridos.

La columna tuvo nueve heridos y siete contusos; 16 caballos muertos y 12 heridos.

El día 14 fué volado, por medio de la dinamita, un tren de viajeros en la línea de Matanzas. Una partida de 50 hombres armados, al mando del cabecilla Caceta, colocó una bomba en la vía, que al paso del tren estalló, volando dos vagones y resultando heridos un pasajero americano y un moreno. La escolta de la guardia civil, desde el carro blindado, contestó al ataque de los *mambises*, haciéndoles cuatro muertos y obligándoles á retirarse.

***

El día 13 salió de Manzanillo un convoy compuesto de la chalana *Eulalia* y del vapor *Pedro Pablo*, protegido por el cañonero *Centinela*.

Al llegar al río Cauto, explotó un torpedo que el enemigo había colocado en la angostura Minas, alcanzando la proa de la chalana. Al propio tiempo unos mil insurrectos desde las orillas hicieron fuego sobre el cañonero, que contestó con cañonazos.

En la defensa, que fué brillantísima, se distinguieron el comandante del *Centinela*, alférez de navío don Eugenio Rivas, y el primer teniente de infantería de la escolta, don Lúcas Lacuadra.

En el *Centinela* tuvimos cinco heridos de tropa y marinería; en el *Eulalia* un muerto y ocho heridos de la escolta; y un muerto y diez heridos, entre estos el timonel y sobrecargo y pasajeros, en el vapor *Pedro Pablo*. El convoy llegó á su destino.

La partida del cabecilla Rodríguez penetró la noche del 14 en Ba curanao, sorprendiendo á los voluntarios que guarnecían la población, hiriendo al alcalde, incendiando algunas casas y llevándose los fondos que hallaron en la tesorería municipal y bastante ganado.

Se recibieron noticias acerca del lugar en que se encontraba Antonio Maceo y sus huestes orientales. Según aquéllas, el jefe mulato ha bía abandonado su guarida en las lomas del Toro, y después de pernoctar el 16 en el ingenio «Linares», situado en la falda de las lomas, había emprendido la marcha con rumbo á la trocha de Mariel, suponiéndose que quizás con propósito de intentar forzar el paso de la línea militar.

El día anterior habíase dado orden para que la gente que habitaba

en los bohíos á la vanguardia de la trocha de Mariel, se reconcentrase en esta población, por considerarla sospechosa.

Esta disposición fué dictada para facilitar el avance del general Arolas y sus tropas hasta diez kilómetros de la línea, sin que los rebeldes tuviesen confidencias del movimiento.

El tren de viajeros descendente de Matanzas, descarriló el día 6 en Bainoa (Habana) entre Aguacate y Jaruco: los rebeldes apresaron al maquinista y al fogonero de la máquina exploradora, prendieron fuego á varios vagones y desvalijaron á los pasajeros de cuanto de algún valor llevaban.

***

No pecó, ciertamente, por exceso de claridad el parte oficial, en que se dió cuenta del apresamiento en el Cauto de la tripulación del vapor *Bélico*; mas, no obstante lo que tuvo de confuso, bien se advertía que las noticias comunicadas por el general en jefe del ejército de Cuba eran poco satisfactorias. Con ser el suceso indicado sensible por todos conceptos, pareciera escasa su gravedad, si se nos hubiera ofrecido aislado. En tal hubiéramoslo tenido por uno de tantos accidentes que ocurren en toda campaña.

Lo que le dió mayor importancia fué que vino á coincidir con una serie de hechos, cuya simultaneidad no cabía atribuir á efectos puramente casuales.

El combate de Najasa, la concentración de las partidas orientales á orillas del Cauto y el avance de Maceo en Pinar del Río, hacia la trocha de Mariel, debían considerarse como consecuencia de un plan, cuya ejecución estaba, á la fecha, plenamente evidenciada. A fin de que no se pudieran distraer fuerzas del Camagüey, Máximo Gómez agrupaba

allí las partidas de esta región; amenazaba en tanto Calixto García un punto todavía no bien determinado del departamento Oriental, y amagaba Maceo al otro extremo de la isla un ataque sobre la trocha Mariel-Artemisa, debilitada ya por la necesidad de contener en la Habana el avance de Carrillo y Collazo hacia la línea militar, y la de enviar refuerzos—los que ya señaló el parte que se embarcaban en Batabanó—á Manzanillo y á Bayamo.

Tal era la situación, al mediar el mes de Junio, según se despren-



SECCION DE LA GUARDIA CIVIL PREPARANDOSE A MARCHAR

día de los partes oficiales, que acusaron también un recrudecimiento de actividad en nuestras columnas, á juzgar por los brillantes encuentros que sostenían á diario con las partidas locales.

De todo ello se deduce que la insurrección presentaba en aquellos momentos tres núcleos principales; el de Calixto García, en Oriente, el de Gómez en el Camagüey, y el de Maceo en Pinar del Río, y que por el número de las fuerzas que cada uno de ellos había logrado reconcentrar, fuera muy posible que tuviera que modificarse la distribución de las de nuestro ejército, para desbaratar los planes del enemigo.

***

Enterado el general Bosch de que el convoy enviado por el río Cauto corría gran riesgo de caer en poder de los insurrectos, que en número de 2.000 se habían reconcentrado en Las Tunas, Bayamo y Manzanillo para atacar á Cauto Embarcadero ó Bayamo, ordenó que desde Manzanillo saliera inmediatamente el cañonero *Relámpago* para avisar en Guamo el peligro en que estaba dicho convoy.

Como quiera que al citado cañonero se le estaban reparando algunas averías que había sufrido recientemente, se habilitó á toda prisa un vaporcito del comercio, de bastante andar, nombrado *Bélico*, que se hallaba en aquel puerto.

En ese vaporcito embarcaron el alférez de navío don Genaro Pando, un condestable y cuatro marineros, zarpando el día 12 el barco con rumbo á Guamo, á detener el convoy fluvial.

A su llegada á este punto, supo el señor Pando que el convoy había continuado su navegación, y decidió ir en su busca siguiendo el viaje al otro día por el río Cauto.

Poco había avanzado en su derrota por el centro del río el vapor *Bélico*, cuando desde ambas orillas del Cauto los rebeldes emboscados hicieron sobre el barco terribles descargas.

La exígua dotación del vaporcito se aprestó á la defensa, contestando al fuego del enemigo; pero en los primeros momentos del combate, el comandante del *Bélico*, señor Pando, y tres de los marineros cayeron gravemente heridos. Así y todo siguieron batiéndose heróicamente, hasta que agotaron las municiones.

En aquellos supremos instantes rompióse el cilindro de la máquina, y el barco, sin gobierno y sin hombres, fué arrastrado por la corriente hacia la orilla izquierda del río, en la que varó.

Los rebeldes, entonces, se arrojaron sobre el barco varado, se apoderaron de él, é hicieron prisioneros á los heridos y á los demás tripulantes. Registrado el barco en busca de municiones, y no hallándolas por haber agotado sus valientes defensores hasta el último cartucho, echáronle á pique, después de bajar á tierra á sus tripulantes. Ya en tierra éstos, los insurrectos ahorcaron de un arbol al práctico que iba en el buque; los otros prisioneros fueron conducidos y entregados al destacamento que guarnecía el fuerte de «Melones».

***

Los despachos recibidos el 18 no acusaron ningún suceso de mayor relieve. El convoy fluvial que se dirigía á Cauto Embarcadero, y cuya suerte inspiraba algún cuidado, por el ataque que había sufrido y por saberse que á orillas del río se habían reconcentrado fuerzas rebeldes de alguna importancia, había llegado sin otro contratiempo, por fortuna, á su destino.

La cuestión que en aquellos momentos preocupaba bastante á las autoridades de la isla, era la de la salud pública. Entre las tropas que guarnecían la trocha de Mariel-Artemisa se había desarrollado con bastante intensidad la disentería, hasta el punto de que en un sólo día, según noticias particulares que aquí se tuvieron, un sólo batallón tuvo *ciento treinta* atacados de dicha enfermedad.

En la provincia de Matanzas también la salud pública dejaba bastante que desear, según las impresiones comunicadas por el inspector general de Sanidad, señor Losada, á su regreso de la visita de inspección girada á la capital y algunos pueblos de la provincia, y como se desprendía del parte oficial del día 18, en el cual se consignaba que el teniente coronel de Estado mayor, señor Ceballos, emprendió una ope-

racion sobre Macagua con fuerzas del batallón de Cuenca sin llevar jefes, por encontrarse todos enfermos.

Los rebeldes no cejaban un instante en su obra destructora, que á la fecha acentuaban más que en ninguna otra parte en la provincia de la Habana, donde no transcurría un solo día sin que llevasen á efecto algún nuevo atentado, tan pronto en las vías férreas como incendiando las casas de algún poblado.

La partida del cabecilla Aguirre, que recorría el Norte de dicha provincia, entre Guanabacoa y Río Blanco, y á la que se debió sin duda el descarrilamiento ocurrido cerca de Bainoa, y que llevó á cabo el asalto del pueblo de Bacuranao, atropellando á sus indefensos habitantes, incendiando la mayor parte de sus casas, tiroteó en la noche del 16 las afueras de Guanabacoa. Este mismo cabecilla debió ser el que amenazó con la pena de muerte á los campesinos que iban á diario á la Habana á expender artículos de primera necesidad.

***

A consecuencia seguramente de esas amenazas, los lecheros de Guanabacoa suspendieron el 17 el acarreo de leche á la Habana.

Desde que los rebeldes invadieron esta provincia, luchaban aquéllos ya con algunas dificultades para llevar á la capital su mercancía, habiendo suspendido varios de dichos pequeños industriales su tarea, durante algunas semanas, en distintas ocasiones.

A la fecha lo hicieron definitivamente ante las amenazas de los rebeldes que merodeaban por los alrededores de la capital, quienes habían prometido á los lecheros que moririan ahorcados si se obstinaban en seguir llevando su mercancía á vender en la Habana. Antes les habían exigido una crecida contribución, muy superior á los productos que los infelices obtenían con su trabajo.

Esas osadías de los *mambises*, á las que convenía poner coto para castigarlas desde luego, demuestran la imposibilidad en que se hallaba el general Weyler de distraer fuerzas de la provincia de la Habana, sino en el caso de que algún suceso imprevisto y de gravedad lo exigiera.

Informes particulares de uno de nuestros corresponsales particulares en el teatro de la guerra, confirmaron las escisiones que habían surgido entre los jefes de la insurrección en Oriente.



SARGENTO DON EMILIO LOPEZ

Mientras el *generalísimo* Máximo Gómez estuvo en Occidente, los cabecillas del Camagüey y del departamento Orientalse mostraron tolerantes—por la cuenta que les tenía—con la propiedad y los ganados, tanto que pudo recogerse gran parte de la cosecha de café en las comarcas de Santiago de Cuba y la población de Puerto Príncipe no se vió privada de comer carne.

Para todas las necesidades de la agricultura y de la población, pudo sacarse ganado de los potreros y vacadas de Puerto Príncipe.

Máximo Gómez, al regresar al Camagüey castigó de la manera terrorífica que conocen nuestros lectores esas infracciones á sus órdenes; de lo que resultó una especie de liga de los descontentos, que sacaban

partido de la calidad de extranjero del jefe dominicano para oponerle á los cubanos que veían con amargura la devastación y la miseria que iba creciendo en el país.

Estos fueron los motivos que explicaban las deserciones de revolucionarios tan importantes como Agramonte, y la resistencia de los orientales á pasar á las provincias de Occidente.

*
* *

Anunció el telégrafo el día 19 la salida de otra expedición filibustera que embarcó en Jaksonville el día anterior á bordo de los vapores *Thries Friends* y *Maby,* para trasbordar en alta mar al *Commodore,* destinado á Cuba. Era inútil, sin embargo, quejarse de la facilidad con que se preparaban esas expediciones en los puertos de los Estados Unidos. Nuestro ministro de Estado no negaba la evidencia; pero como aseguraba á la vez que el gobierno de Washington se conducía *muy correctamente* con el de Madrid, parecíale que no debíamos pedir mayores gollerías y sí darnos con ello por satisfechos.

Convenía, no obstante, todo el mundo, en que mientras la insurrección siguiera recibiendo recursos del exterior, sería difícil reducirla. La razón es bien sencilla; es la misma en que nosotros nos fundamos para sostener que los rebeldes no lograrán triunfar. Lo decimos y lo creemos de buena fé, fundándonos en los elementos de todo género que podemos enviar á Cuba. En lo mismo confiaban y confían los insurrectos para sostener la guerra: en que no han de faltarles medios para proseguirla.

Y hay que convenir en que hasta la fecha no habían visto defraudadas sus esperanzas, todo lo contrario; cada día menudeaban más las expediciones que embarcaban en los Estados Unidos y que llegaban á

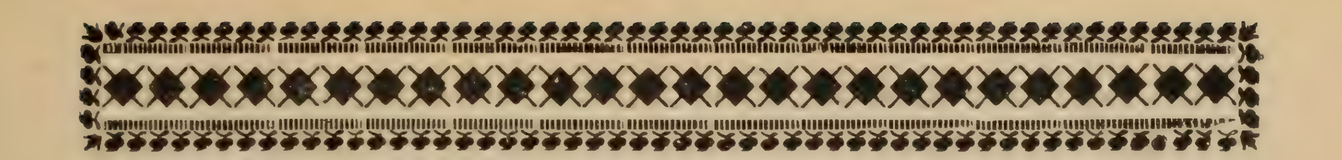
las costas de Cuba para dar nuevos alientos y nuevas fuerzas á la insurrección.

Así, entonces, mientras nosotros nos disponíamos á enviar á la gran Antilla *cuarenta mil* hombres más en Agosto inmediato, los rebeldes hacían acopio de armas y de municiones y recibían sus correspondientes contingentes de hombres para reponer sus bajas, sin sufrir la más leve dificultad ni el menor contratiempo.

De modo, que al pensar en la tranquilidad con que el Gobierno veía llegar á Cuba las expediciones filibusteras, se nos antojaba contemplar á un sugeto empeñado en la árdua tarea de apagar un incendio, sin cuidarse para nada de otro individuo que por el lado opuesto se entretuviese á la vez en arrojar nuevo combustible al fuego.

¡Y vengan cubas de agua!...





CAPÍTULO XVIII

El diario de la guerra.—Reconocimientos en las lomas de Pinar.—Detalles de la brillante operación.—Combate en San Claudio.—El enemigo arrojado de sus campamentos.—El teniente coronel Escario y sus exploradores.—Reñido combate.—Destrucción de campamentos, trincheras y bohíos.—Nuestras bajas.—Combate en las lomas Zalcain.—Victoria de nuestras tropas.—Resultado de las operaciones.—Lo que dijeron los prisioneros hechos á Maceo.—Muerte de los cabecillas Varona y Hernández.—La columna del teniente coronel Gastón en persecución de los filibusteros de la expedición Trujillo.—Veinte combates y cinco horas de lucha.—Dispersión de los expedicionarios.—Diario de la guerra.—Suspensión de operaciones.

De otra operación combinada contra Antonio Maceo, á quien se suponía en la sierra de Rabí, cerca de la trocha militar de Mariel-Artemisa, dieron cuenta los despachos de la Habana recibidos el 23. Concurrieron á esta operación, si los datos transmitidos por los corresponsales eran exactos, doce batallones de infantería con ocho piezas de artillería, á las órdenes de los generales Muñoz y Melguizo y del coronel Valcárcel.

Por otra parte, nuestro corresponsal nos dió noticia el propio día de un violento ataque á la trocha Mariel, realizado por los rebeldes en la noche del 21, ataque que fué vigorosamente rechazado por las tropas que cubrían aquella línea militar, mandadas personalmente por el general Arolas, el cual y el coronel Ore, que le acompañaba constantemente, recorrieron la línea en una y otra dirección, á pecho descubierto, dando órdenes.

Ambos hechos parecían indicar que Maceo se sentía estrechado por las fuerzas que operaban contra él y que buscaba salida por el Norte de la trocha, entre Guanajay y Mariel. Esta misma operación, salvo alguna variante difícil de apreciar, pero de escasa importancia, era la que había intentado en varias ocasiones.

Posible fuera que el jefe mulato intentase correrse al Sur, aunque para ello tendría que abandonar las lomas, si encontraba el paso bien guardado por el Norte. Lo que importaba principalmente, á la sazón, era que no pudiera retroceder otra vez al interior de la provincia. Por la trocha no había de pasar, si al fin lo conseguía, sin perder mucha gente, de no atravesarla solo ó acompañado únicamente de unos pocos; pero tal vez no fuera posible quebrantarlo tanto si ejecutase un movimiento de retroceso.

Otra expedición filibustera de 200 americanos, con armas, municiones y dinamita, había logrado desembarcar en la noche del 21 al 23 en la playa Camacho, entre Camarioca y el varadero de Cárdenas, costa Norte de la provincia de Matanzas, casi en el mismo sitio en que desembarcó dos meses antes la de uno de los Collazos.

De los encuentros que en el despacho oficial del día 23 se citaban, los más importantes fueron los que había sostenido en su marcha por la sierra, desde Bramales hasta Rubí, el general Muñoz. El no citarse á Maceo entre los cabecillas batidos, parecía indicar que éste se encontraba más al Este, y por lo tanto, más próximo á la trocha que aquellos otros, cuyos campamentos habían destruído las tropas del citado general.

* * *

No fué una operacion combinada, como dijeron los corresponsales en la Habana, la emprendida por el general González Muñoz, sino una

serie de reconocimientos, como los calificó el parte oficial, en las lomas de Pinar del Río. Estos reconocimientos, que empezaron el día 19 continuaron en los días 22, 23 y 24, según dijo el despacho del 25, con igual éxito que los verificados anteriormente, quemando los bohíos y destruyendo los sembrados y algunas obras de defensa levantadas por los insurrectos.

He aquí los detalles de la brillante operación realizada por nuestras tropas contra las fuerzas insurrectas del *mayor general* Antonio Maceo:

El día 18, el general González Muñoz, al frente de media brigada, compuesta de seis batallones y cuatro piezas de artillería, salió de Bramales hacia el ingenio «Manuelita», con objeto de practicar reconocimientos en la sierra Rubí.

La vanguardia de la columna, al mando del coronel señor Sanchez Echevarría, adelantóse hacia las lomas de San Claudio, con el propósito de sorprender el campamento enemigo y coger desprevenidos á los rebeldes. Con gran oportunidad llegó nuestra fuerza al punto que se le había ordenado, pues el enemigo estaba acampado en la falda de la sierra y de allí fué arrojado á cañonazos hacia el interior del monte, refugiándose en su parte más abrupta y escondida, desde donde trató de oponerse al avance de la columna hacia el citado ingenio, con ligero tiroteo.

Al día siguiente, la columna se apoderó del campamento que los rebeldes tenían en el interior de la sierra y siguió avanzando hasta la entrada de la Loma de Rubí, donde el enemigo tenía otro campamento atrincherado en la forma empleada por los carlistas en la última guerra civil.

Para apoderarse de esta nueva y verdaderamente formidable posición, el coronel Echevarría mandó de flanqueo al teniente coronel señor Escario con 600 hombres. La operación resultó brillantísima: las fuerzas exploradoras atacaron vivamente por los flancos el campamento

rebelde, mientras la artillería, colocada en el centro, avanzaba sin cesar de cañonear hasta conseguir que el enemigo se retirara de las trincheras huyendo hacia el interior de la sierra y dejando el paso libre á la columna que logró reunirse con el grueso de la fuerza.

***

El general Muñoz, cuando tuvo sus fuerzas reunidas, dispuso que el regimiento de Isabel la Católica ocupase las lomas próximas, á fin de



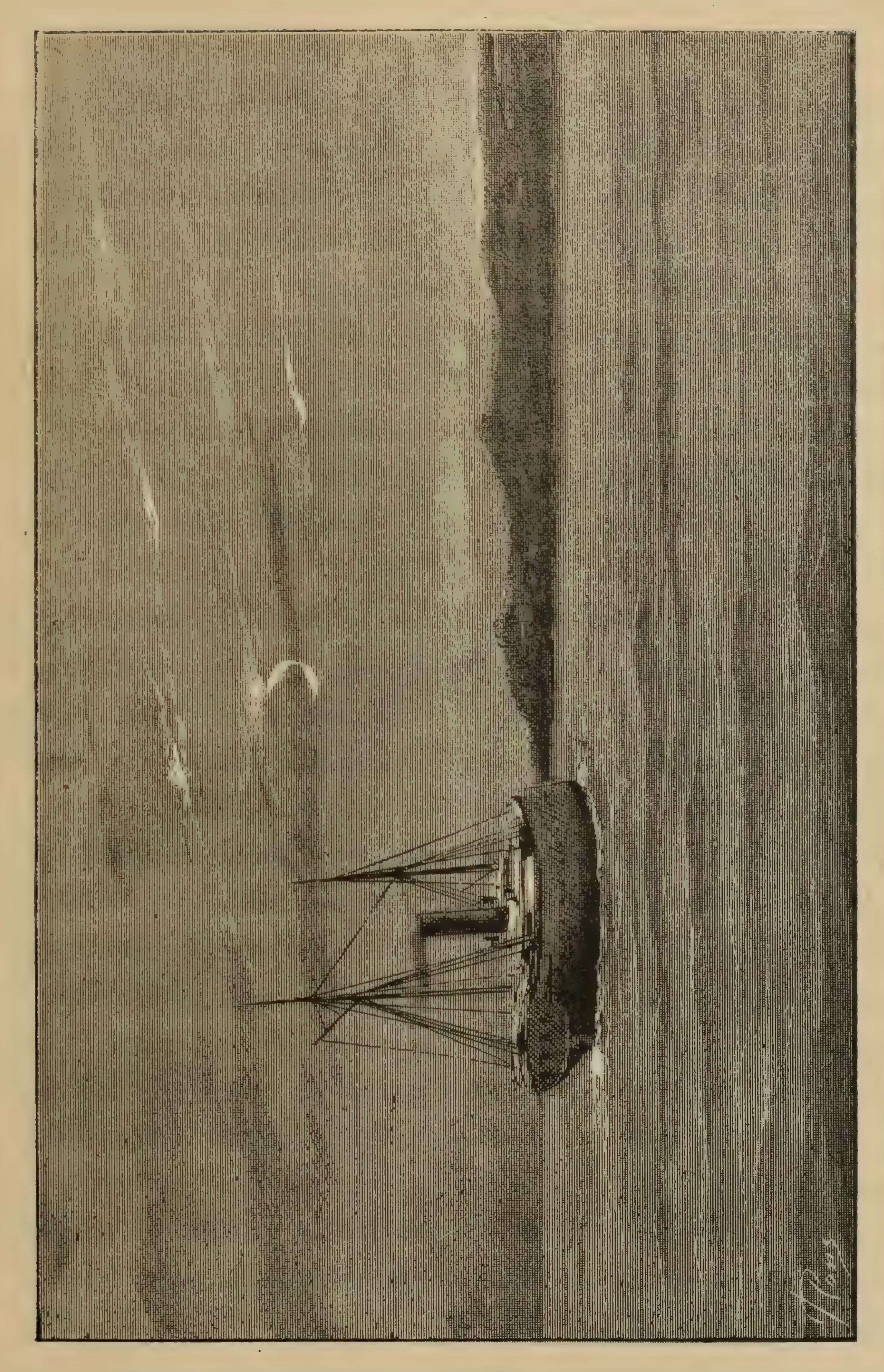
POTRERO «MIGUEL POMAREDA»

pernoctar en aquel sitio la columna, y que ésta avanzase por el interior de la sierra hasta dar con el campamento principal de los rebeldes.

Bien pronto salieron éstos al encuentro de nuestras tropas, oponiéndolas tenáz resistencia.

El combate fué aquí bastante empeñado por parte de los *mambises*, pero el empuje y vigoroso ataque de nuestros soldados decidió muy pronto la acción en favor de nuestras armas, poniendo en fuga al enemigo, que entonces se refugió en los altos de la sierra.

Las tropas se posesionaron de este tercer campamento, mejor atrincherado aún que los otros y dispuesto en forma tal, que era capaz y su-



VAPOR FILIBUSTERO TRATANDO DE ARRIBAR EN LAS COSTAS DE CARDENAS

ficiente para que 2 800 hombres se resguardaran perfectamente de las lluvías.

Los rebeldes en su huída abandonaron 14 muertos, entre ellos el titulado oficial Ramón Rovira, ayudante del cabecilla Delgado, y se les cogieron nueve prisioneros. Según manifestaciones de éstos, ocupaban los campamentos tomados por la valerosa columna los cabecillas Quintín Banderas, Díaz y Delgado, con sus gentes.

Las tropas destruyeron los campamentos y trincheras de los rebeldes, muchas y abundantes siembras y más de 300 hohíos.

Las bajas de la columna fueron: el teniente del batallón de Valladolid don Isabelo Ballesteros y el médico don Domingo Jover, heridos leves, y 10 soldados graves, 9 leves, y 14 caballos, entre muertos y heridos.

Suponiendo el general González Muñoz que Maceo acudiría con sus fuerzas en apoyo de las partidas de Banderas y Díaz, salió el 23 de San Juan Bautista hacia el valle de Tapia, organizando dos columnas y marchando la derecha á sus órdenes, por Vigía, y la izquierda al mando del general Suárez Inclán, por las lomas de Santa Isabel.

Al llegar ambas columnas al valle de Tapia, rompió fuego el enemigo desde las lomas Obaga Zalcaín, y, trabado combate, que fué rudo y duró dos horas, el general Inclán tomó tres campamentos y el general Muñoz, al frente del batallón de Isabel la Católica, se apoderó del sitio «Reyes», donde tenía su campamento el jefe mulato, que lo defendió tenazmente con 3.000 de sus orientales.

El enemigo dejó en el campo de la acción 31 muertos y cuatro prisioneros.

Después de incendiar el campamento «Reyes», quedó el general Muñoz con la impedimenta en «Manuelita», y envió al general Inclán con cuatro batallones á la ligera en dirección de Lechuza y Bejarano, donde tenían los rebeldes otros dos campamentos, de los cuales se apo-

deró la valerosa columna, trás ligera resistencia, destruyéndolos también por el incendio.

Nuestras infatigables tropas tuvieron en esos sucesivos é importantes combates las siguientes bajas: dos soldados muertos; el teniente del batallón de Valladolid, don José Asensio, herido grave; el teniente de Isabel la Católica don Manuel Sancho, herido leve; 29 soldados heridos y 12 contusos.

Las valerosas columnas, después de siete días de penosas operaciones, á causa de las lluvías, regresaron con el laurel de la victoria á Cabañas, Bramales y Bahía Honda.

* * *

Conduciendo á los heridos y prisioneros *mambises* que las columnas tuvieron é hicieron en esas operaciones contra el *mayor general* Maceo, llegó á la Habana, el día 24, el ayudante del general González Muñoz, don Rafael Echagüe.

En una *interview* que nuestro diligente corresponsal en la capital de la gran Antilla apresuróse á celebrar con tan bizarro oficial, manifestóle éste que el resultado de las operaciones realizadas por las columnas de los generales Muñoz é Inclán y llevadas á cabo con tan brillante éxito, había sido dejar completamente limpio de campamentos rebeldes toda la cordillera de Rubí.

Los campamentos teníanlos establecidos los insurrectos en las faldas de las lomas, casi en la llanura, porque en el interior de la sierra era menos que imposible la vida á los *mambises*.

Asimismo visitó nuestro celoso corresponsal á los prisioneros que llevó el señor Echagüe, los cuales hiciéronle las siguientes manifestaciones, que por ser de bastante interés reproducimos:

«Desde la segunda quincena de Abril—dijeron—teníamos instalados nuestros campamentos en los puntos donde se han librado los últimos combates.

«A partir de aquella fecha, nadie nos había molestado: vivíamos bien y perfectamente tranquilos con nuestras mujeres y familias y teníamos abundantes comestibles y pertrechos de guerra, que diariamente enviaban desde los *bohíos* y poblados próximos á nuestros campamentos.

«En éstos vivíamos sobre unos tres mil hombres, la mayoría de ellos negros y la casi totalidad orientales. El mando supremo de todos estaba á cargo del cabecilla Quintín Banderas.

«Alguna vez presentábase de improviso ante nosotros el *general* Maceo; pero en cuanto pasaba rápida revista á las fuerzas se marchaba sin detenerse en el campamento, para continuar, según decía, recorriendo *su campo.*

«El *general* no tiene residencia fija, á lo menos nosotros—(los rebeldes de fila)—no la conocíamos nunca.

«El ataque de las fuerzas del general Muñóz nos sorprendió, y los disparos de la artillería con que nos anunció su imprevista llegada nos causaron muchas bajas, que pudieron nuestros compañeros retirar y llevarse á lo más alto de las sierras.»

Lo transcrito fué lo más importante que manifestaron los prisioneros *mambises,* quienes juzgaban como un golpe terrible para sus compañeros de manigua la destrucción de sus campamentos perfectamente acondicionados para resistir sin molestia ni peligro la estación de las lluvias.

El teniente coronel del batallón de María Cristina señor Gastón, tuvo confidencia del desembarco efectuado entre Varadero de Cárdenas y Camarioca, y avisadas las fuerzas destinadas en los puntos más inmediatos á la costa, se puso en movimiento una columna de 700

hombres, que salió en persecución de los expedicionarios, mandados por el cabecilla de la anterior guerra separatista Ricardo Trujillo, el día 22.

En el potrero «Luisa» é ingenio «Dos Rosas» encontró la columna rastros de las partidas Lacret y Collazo, y siguiendo sin descanso la persecución, diólas alcance el propio día en el ingenio «Dolores,» donde habían tomado posiciones para defenderse.

Atacados en sus posiciones por nuestras tropas, en breve fueron desalojados de ellas por el vivo y certero fuego de nuestros soldados, marchando á refugiarse en el próximo ingenio Buenavista, del cual fueron muy pronto arrojados, retirándose entonces á las lomas de Martel.

Alcanzados de nuevo en las lomas y en el ingenio «Jesús María,» fueron otra vez batidos y arrojados de cuantas posiciones elegían para defenderse, hasta que, por fin, rendidos por la lucha y maltrechos, se dispersaron en pequeños grupos, que tomaron distintas direcciónes.

La infatigable columna, en su activa persecución del enemigo, sostuvo veinte combates parciales y sucesivos durante cinco horas de marcha contínua y sin descanso, realizando en repetidas ocasiones violentos ataques á la bayoneta y brillantes cargas de caballería, cuyo resultado fué completamente satisfactorio; pues se hicieron al enemigo 23 muertos, que abandonaron en el campo, y gran número de heridos que iban retirando y llevándose la caballería, y se le cogieron 53 caballos, muchas armas y gran cantidad de cartuchos Maüsser con la marca de la compañía *The Unión Metallic Castridge.*

De nuestras fuerzas resultaron 11 heridos, entre ellos el capitán del batallón de María Cristina, don Manuel González, de gravedad; seis soldados del batallón peninsular de Bailén, uno del escuadrón movilizado de Cárdenas y los restantes del de María Cristina. Además perdimos 9 caballos.

El general en jefe propuso y recomendó para su ascenso á coronel al bravo jefe de la valerosa columna, don Antonio Gastón, teniente coronel antiguo y de muchos y relevantes servicios.

Esa expedición estaba anunciada desde el día 16, habiéndose notado por aquellos días la presencia en aquella parte de costa de fuertes partidas rebeldes que iban concentrándose para proteger el desembarco de los expedicionarios y pertrechos de guerra que esperaban.

* * *

Sin que hubiera mejorado de una manera sensible la situación general de las cosas, puesto que la insurrección lograba sostener en el Centro y Occidente las partidas que allí llevó y acrecentó la invasión de Diciembre y Enero, bueno será consignar que aquellos últimos días no se movían con tanta facilidad, como hacía un mes, ni en Matanzas, ni en la Habana, ni en Pinar del Río.

Todavía en determinadas ocasiones conseguían los rebeldes incendiar unas cuantas casas de algún poblado de poca importancia; todavía, aunque más de tarde en tarde, conseguían descarrilar un tren; pero ya no se decidían á entrar, ni mucho menos á pernoctar, en poblaciones como Alquizar, Quivicán ó Güira de Melena, ni tenían amenazadas casi de una manera permanente las líneas férreas de la provincia de la Habana.

Convencidos los rebeldes del mal efecto que había de causar entre los laborantes su falta de actividad en la provincia de la Habana, reveladora de su impotencia, no fué de extrañar que intentasen reforzar las partidas de aquella provincia con algunas de las de Matanzas. Ya lo habían intentado, según se deducía del despacho oficial del día 27, pero distribuídas las tropas como lo estaban á la sazón, confiamos en que los propósitos de los insurrectos prosperarían.

A hacer más evidente su impotencia para empresas de mayor cuantía, contribuirían acciones tan brillantes y decisivas como la librada cerca de San Antonio de los Baños, en Callejón Bruzo, donde el escuadrón de Farnesio castigó duramente á la partida del cabecilla Acea y otros, que ascendía á 500 hombres. Setenta caballos, al mando del bizarro comandante don Luis Trujillo, cargaron resueltamente contra los 500 *mambises*, haciendo al enemigo 21 muertos, recogidos en el campo, y muchos heridos, cogiendo 19 caballos, monturas y armas y persiguiendo á los dispersos hasta cerca de Puerta Guisa.

De un nuevo desembarco filibustero dió cuenta el despacho oficial del día 29, verificado al extremo de la provincia de Pinar del Río, por la cala llamada María la Gorda, es decir, en el cabo Corrientes, donde los expedicionarios no tropezaron con el menor obstáculo para desembarcar, porque ni existían allí destacamentos de tropa ni había ningún cañonero.

Después de verificado el alijo, los insurrectos se dirigieron al Noreste, camino de Sitio Nuevo y de Remates, á unirse con las partidas que operaban en aquella zona.

No dijo el despacho cuál fuera el número de expedicionarios ni el barco que los había conducido.

Después de los reconocimientos hechos por el general Muñóz en la vertiente septentrional de las lomas que se extienden desde Bahía Honda hasta Cabañas, nada había vuelto á decirse de Antonio Maceo.

Tampoco se había vuelto á tener noticia alguna del paradero de Máximo Gómez, después del combate de Najasa, ni se sabía que se hubiese preparado ninguna operación para batirlo.

Contadas eran ya en aquellos días las noticias de la guerra que ofrecían algún interés; ni siquiera nos queda el recurso de consignar la escasa importancia de las recibidas al finir el mes, porque el telégrafo no transmitió ninguna.

Las lluvias, que contribuían tanto á entorpecer las operaciones, las tendrían paralizadas muy á menudo durante los meses de verano hasta la época de la seca, y á no surgir algún suceso inesperado, había que suponer que al comienzo del Otoño estarían las piezas del tablero casi en la misma disposición que á la entrada del Verano.

No quiere esto decir que durante estos tres ó cuatro meses no hubiera ningún encuentro; se contarían poco menos que á diario; pero de importancia y trascendencia harto limitadas para que ejercieran influencia en el conjunto de las operaciones.

La mejor prueba de que el general en jefe tampoco esperaba que ocurrieran grandes novedades durante ese lapso de tiempo, hallámosla en que no tenía prisa alguna por recibir los nuevos refuerzos que se preparaban, considerando que no los podía utilizar hasta últimos de Septiembre ó mediados de Octubre.

En consideración, pues, á la poca importancia de las operaciones y al escaso interés que ofreció la campaña durante la época de las lluvias, abriremos un paréntesis en nuestra Reseña, á fin de no fatigar á nuestros lectores con el relato de escaramuzas y ligeros encuentros sin trascendencia alguna para la marcha de la guerra, y dedicaremos la pimera parte del tomo V de nuestra obra á tratar la cuestión de la beligerancia de los rebeldes cubanos, pretendida por los laborantes y propuesta por los *jingoes* norteamericanos al Congreso de los Estados Unidos, y á reseñar someramente los sucesos que motivados por aquélla se desarrollaron en la Península.



INDICE

DE LOS

sucesos narrados y comprendidos en el tomo IV

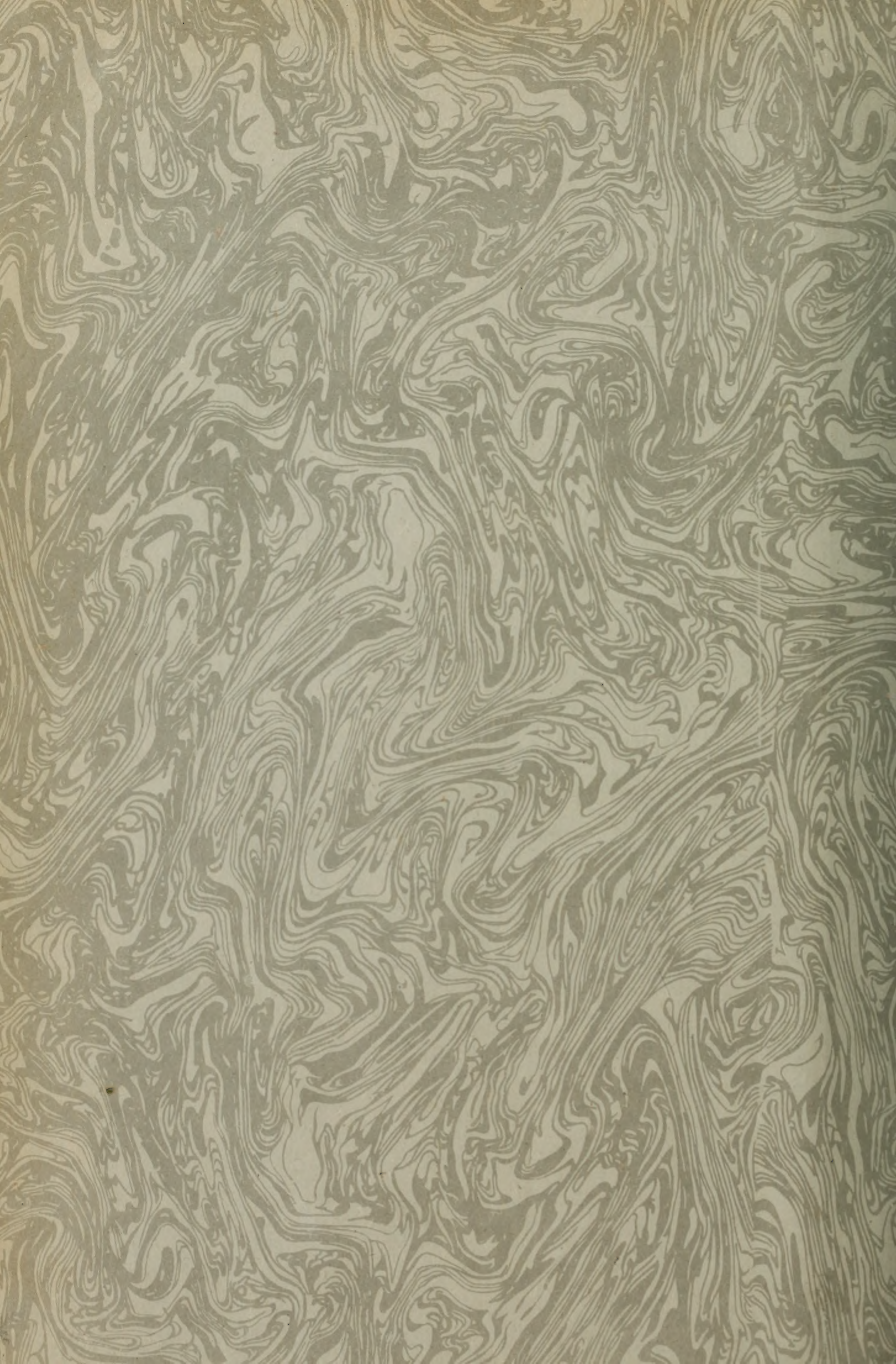
WEYLER

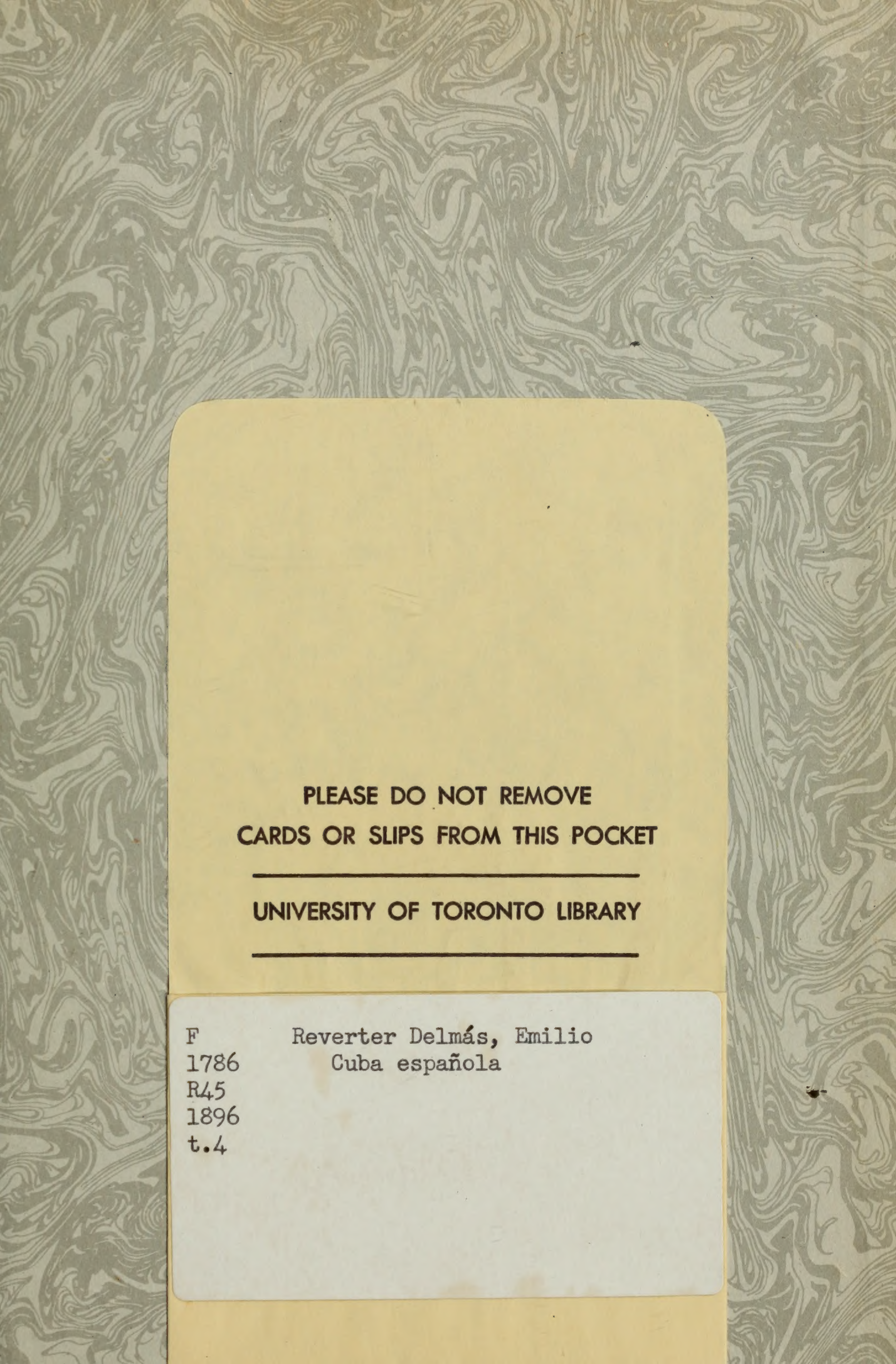
SUMARIO

LAS REFORMAS

LA GUERRA






PLEASE DO NOT REMOVE
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET
UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY
F
1786
R45
1896
t.4
Reverter Delmás, Emilio
Cuba española

